

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

En torno al dialecto

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

José Ramón Heredia Ranz

DIRECTOR:

Manuel Alvar

Madrid, 2015

TP
1983
120

José Ramón Heredia Ranz



X- 53-047110-7

EN TORNO AL DIALECTO

Departamento de Lengua Española
Facultad de Filología
Universidad Complutense de Madrid
1983



ARCHIVO

Colección Tesis Doctorales. Nº

120/83

© José Ramón Heredia Ranz
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-13749-1983



BIBLIOTECA

E N T O R N O A L D I A L E C T O

JOSE RAMON HEREDIA RANZ

TESIS DOCTORAL DIRIGIDA POR EL DR. D. MANUEL
ALVAR LOPEZ

FACULTAD DE FILOLOGIA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE (MADRID)

)

A la memoria de mi madre

Por el futuro de mis hijos

Son numerosas las personas a quienes tengo que agradecer, bien su colaboración material, bien su estímulo moral, prestados a lo largo de mi tarea. Por temor a omitir nombres, renuncio a darlos. Pero en un intento (no sé si muy válido) de simbolizar toda esa ayuda, lo hago, mencionando, de un lado, al Dr. D. Manuel Alvar, director de esta tesis -que, por lo demás, no ha dejado de alentarme- y, de otro lado, a mi mujer, ajena a nuestro "mundo filológico", pero que también ha contribuido materialmente al logro de la empresa.

INTRODUCCION

El título del presente trabajo tiene algo de ampuloso, retórico y, por ende, de fórmula un tanto gastada. Tales rasgos no reflejan una actitud premeditada, observable a lo largo de la obra, ni se corresponden -al menos en intención- con su estilo general. Nos hemos inclinado por "En torno al dialecto" porque con este título se apuntan dos caracteres generales de la materia que aquí se va a tratar y el modo de enfocarla. En efecto, "en torno a" tiene un doble valor: 'acerca de' y 'alrededor de'. Es decir, aprovechando la ambivalencia de la expresión, queremos dar a entender que, por un lado, trataremos sobre el dialecto y que, por otro lado, atenderemos a su delimitación con respecto a otros conceptos (y realidades) adyacentes o circundantes.

El dialecto es el objeto fundamental de estas páginas. Varios han sido los motivos de la elección, los cuales serían difíciles de enumerar y aun de delinear; pero pueden resumirse en uno principal: el

el dialecto constituye, a nuestro entender, la mejor expresión del equilibrio sintético entre dos tendencias opuestas que rigen el funcionamiento lingüístico: unidad y diversidad, que apuntan, a su vez, a los términos de la relación dialéctica sociedad-individuo. Es decir, una reflexión sobre el dialecto trasciende implícitamente sus propios límites técnicos para cobrar ribetes filosóficos, sin que ello signifique que un trabajo de esa índole haya de desembocar, de manera expresa, en filosofía (con toda probabilidad, de escasos vuelos). Pero dicho tono filosófico, que no tiene por qué —más aún, no debe— manifestarse, dota al tema del dialecto de un singular atractivo, que, en nuestro caso, explica su elección.

Hay que decir cuanto antes que lo que aquí se va a examinar no son dialectos, sino el dialecto genérico, o mejor, la noción de dialecto. No vamos a hacer, pues, dialectología, sino, en todo caso, teoría dialectológica. El campo es sensiblemente menor, pero no tanto como para que pueda decirse que el tema resulte inédito. Nada más lejos. Basta solo con hojear cualquier manual de lingüística para encontrar referencias al mismo. Por otra parte, y muy especialmente desde que la dialectología se ha constituido en disciplina (o articulación) de la ciencia del lenguaje, la reflexión sobre su propio objeto —el dialecto— ha venido acompañando su desarrollo; son incontables los estudios monográficos que se le han dedicado, por

más que no pueda decirse que exista absoluta unanimidad en las soluciones alcanzadas. Además, nuevas tendencias o ámbitos disciplinares -vecinos, cuando menos al dialectológico- proporcionan, de forma más o menos directa, abundantes fuentes de reflexión sobre el concepto de dialecto. Añadamos, por último, la repercusión que tiene el tema fuera del marco estrictamente lingüístico; o al revés, cómo un asunto "vital" se ve reflejado o encauzado en una estructura científica. En fin, todo esto se traduce en un verdadero universo bibliográfico, en un inmenso corpus de materiales, cuya magnitud hace difícil introducir en él elementos sustancialmente nuevos.

¿Cuál será entonces nuestra aportación? ¿Cómo se justifica este trabajo? ¿Qué es lo que nos proponemos hacer? Nuestro objetivo es llevar a cabo una síntesis; y no solo de estudios o aportaciones ajenas, sino -y esto es lo más importante- de las distintas perspectivas con que se enfoca el dialecto, de todo cuanto implica su delimitación conceptual. Es decir, lo que aquí intentaremos ofrecer es una visión global, totalizadora, de la materia, pues creemos que es precisamente eso lo que falta. Por ejemplo, ese monumental compendio dialectológico que es La dialectologie, de S. Pop, adolece de una ausencia absoluta de aparato teórico, más concretamente, de una verdadera definición de 'dialecto'; y no es esta una apreciación particular: en la segunda parte

del presente trabajo (capítulo V) aducimos testimonios de Martinet en tal sentido. En otras obras, se echa de menos visión histórica. Y, las más de las veces, son aspectos concretos, particulares, los que aparecen tratados (en ocasiones, unilateralmente).

Ahora bien, no se entienda que nuestra pretensión es agotar, ni mucho menos, la materia. El hecho de que adoptemos desde el principio un enfoque genérico no significa que vayamos a desarrollar al máximo todas las líneas a que conduce nuestro razonamiento. Por lo demás, la orientación no presupone, ni desdén por las que trata de englobar, ni que su puesta en práctica -el contenido de estas páginas- adquiera automáticamente validez. Se comprenderá, asimismo, que el intento "universalista" no se corresponda en la práctica con el empleo de todas las fuentes que hubiera sido de desear. No están todas las que son, y ni siquiera estamos seguros de haber elegido las más importantes. La amplitud del tema y nuestras propias limitaciones explican esta circunstancia.

Antes se ha dicho que, más que en la dialectología, íbamos a movernos en el campo de la teoría dialectológica. Sería simplista, sin embargo, interpretar esto al pie de la letra, como si la dialectología tuviera un dominio teórico específico, perfectamente compartimentado y desconectado de la ciencia matriz: por el contrario, podemos afirmar que toda teoría dialectológica es teoría lingüística, forma parte de

la teoría del lenguaje. En consecuencia, el presente trabajo entra dentro de la esfera de esta última, y lo hace en varias de sus vertientes. Dos son las principales: la que denominamos metateoría y la que coincide con el concepto saussureano de lingüística externa (en su lado teórico).

Una teoría del dialecto ha de incidir necesariamente en una cuestión previa al quehacer lingüístico organizado: el establecimiento de su propio campo de análisis: la lengua en el sentido saussureano del término, la estructura lingüística, que -apresurémonos a decirlo- se identifica con el concepto de dialecto.

En este punto acaso convenga aludir a un hecho que se viene manifestando no solo en nuestra experiencia diaria, sino -lo que es más llamativo- en nuestra experiencia científico-docente: la consideración del dialecto como "lengua" de segunda clase; y en otro orden de cosas -el correlato lingüístico de lo anterior-, la identificación plena de la langue con lo que todo el mundo entiende por lengua, y consecuentemente, la ubicación del dialecto -en el mejor de los casos- en un limbo intermedio entre la langue y la parole. No hace falta salir al paso aquí de tales malentendidos; no hace falta reivindicar el estatus semiológico del dialecto, en idéntico nivel que el de la lengua; no es preciso subrayar que los conceptos de dialecto, de patois, de argot ... se ajustan exacta-

mente a la categoría langue , y no a otra cosa. Y, sin embargo, hemos de reconocer que semejantes equívocos se presentan todavía -si no a las claras, sí veladamente- en ciertas explicaciones de la naturaleza del dialecto, lo cual ha constituido uno de los estímulos remotos y subjetivos de este trabajo. Pero dejemos lo anecdótico.

Si 'dialecto' es 'lengua', se comprenderá que la doctrina de Saussure -sobre todo, lengua/habla- reciba aquí un tratamiento especial y algo determinado. Más aún, dicha doctrina se va a erigir en punto de partida de toda nuestra reflexión teórica posterior.

En fin, volviendo a la idea de antes, la delimitación del dialecto se convierte en un a priori de la descripción lingüística, y mostrar la necesidad de tal delimitación y cómo se ha de llevar a cabo será, entonces, asunto metateórico.

Ahora bien, además del carácter unitario, el dialecto es "diferencia". Ambos rasgos -unidad y diversidad-, si bien no lo definen por completo, se presentan íntimamente unidos al dialecto y representan la base de su caracterización. Si el primero nos conduce a la aludida faceta metateórica, el segundo nos sitúa en la vertiente de la lingüística externa. En efecto, puede "suponerse" la homogeneidad del objeto de análisis y puede "hacerse abstracción" de los factores externos que lo ro-

rodean; pero en cuanto introducimos la noción de 'diferencia' -concomitante al dialecto- restituimos necesariamente la estrecha relación entre lo lingüístico y lo social. Así, por ejemplo, habrá de mostrarse cómo el dialecto se concreta en diversos tipos de estructuras sociales (geográfica, ocupacional, de clase, de comportamiento, etc.). En suma, el tema del dialecto -mejor que ningún otro- nos pone en contacto con la realidad viva del lenguaje, con su acontecer histórico, con su verdadero entorno. Surge entonces la lingüística externa o lo que E. Haugen llama ecología del lenguaje; veamos qué es para este autor dicho concepto:

"Language ecology may be defined as the study of interactions between any given language and its environment. The definition of environment might lead one's thoughts first of all to the referential world to which language provides an index. However, this is the environment not of the language but of its lexicon and grammar. The true environment of a language is the society that uses it as one of its codes"(*).

Y añade en otro lugar:

"[...] I propose to treat the 'life' of language in the spirit which I take to be that of the science of ecology. The term grew up as the

(*) "The Ecology of Language", en la obra del mismo título, p. 325.

Advertencia: Las referencias bibliográficas de las citas van a pie de página, adonde se remite mediante asterisco (al final de la cita y al principio de la referencia); en la bibliografía final se da la referencia bibliográfica completa. Las notas propiamente dichas aparecen al término de cada capítulo; en este caso empleamos la numeración ordinaria.

name for a branch of biology and may be defined as "that branch of biology that embraces the interrelations between plants and animals and their complete environments" [...]. Sociologists have extended the meaning of the term to the interrelations between human societies and their environments [...]. Language ecology would be a natural extension of this kind of study and has long been pursued under such names as psycholinguistics, ethnolinguistics, linguistic anthropology, sociolinguistics, and the sociology of language" (*).

Por último, delinea su posible campo de acción:

"For any given 'language', then, we should want to have answers to the following ecological questions: (1) What is its classification in relation to other languages? This answer would be given by historical and descriptive linguistics; (2) Who are its users? This is a question of linguistic demography, locating its users with respect to locale, class, religion or any other relevant grouping; (3) What are its domains of use? This is a question of sociolinguistics, discovering whether its use is unrestricted or limited in specific ways; (4) What concurrent languages are employed by its users? We may call this a problem of diolinguistics, to identify the degree of bilingualism present and the degree of overlap among the languages; (5) What internal varieties does the language show? This is the task of a dialectology that will recognize not only regional, but also social and contactual dialects; (6) What is the nature of its written traditions? This is the province of philology, the study of written texts and their relationship to speech; (7) To what degree has its written form been standardized, i. e. unified and codified? This is the province of prescriptive linguistics, the traditional grammarians and lexicographers; (8) What kind of institutional support has it won, either in government, education or private organizations, either to regulate its form or regulate it? We may call this study glottopolitics; (9) What are the attitudes of its users towards the language, in terms of intimacy and status, leading to personal identification? We may call this the field of ethnolinguistics; (10) Finally we may wish to sum up its status in a typology of ecological classification, which will tell us something about where the language stands and where it is going

(*) Ibidem, p. 327.

in comparison with the other languages in the world"(*).

Pues bien, de algún modo, la reflexión sobre el dialecto nos lleva a todo este inmenso campo. Y aunque aquí no desarrollaremos todo -ni mucho menos-, nuestra teoría del dialecto no se debe limitar al supuesto marco estricto que indica la palabra, sino que habrá de ser necesariamente una suerte de teoría sobre la ecología del lenguaje, o, como proponemos, una teoría de la lingüística diferencial. Este último término resulta menos expresivo, menos marcado que el de Haugen, y carece de las connotaciones físico-biológicas que sin duda posee el que propone este autor. Se basa, además, en el rasgo 'diferencia' (con lo que ello implica) y presenta mayor afinidad con lo propiamente dialectológico, que, aun no siendo nuestro dominio exclusivo, sí es quizá el más característico.

En cuanto al tono expositivo, uno de los lemas de este trabajo es la explicitud, que incluso puede parecer en exceso redundante, pero que quiere corresponderse con la complejidad inherente a la materia -es decir, intentar paliarla-, con el inevitable carácter conceptuoso que en ocasiones imprime a su análisis. Y es que podemos aplicar al dialecto las siguientes palabras de M. Black, referidas al lenguaje en general:

(*) Ibidem, pp. 336-337.

"Una de las morelejas que he tratado de sugerir [...] es la de que toda teoría simple del lenguaje tendrá que ser excesivamente simplista [...]"(*).

En resumen, a la vista de cuanto llevamos dicho, podría cifrarse el verdadero objetivo de esta obra en un intento de formalización explícita de la lingüística diferencial, que permita plantear el problema del dialecto en sus justos términos (1).

Digamos por último que la materia ha sido dispuesta en dos grandes partes: Historia y Sistema. De las dos es, evidentemente, la segunda la que forma el núcleo del trabajo y su propia razón de ser. Y, sin embargo, la parte histórica, que originariamente habíamos concebido como un mero complemento introductorio, iba adquiriendo con su elaboración mayores dimensiones de las previstas, cierta autonomía y una justificación por sí misma. Casi sin quererlo, el inicial apunte histórico, cuya finalidad era la de centrar el tema de estudio, se ha convertido en una suerte de historia de la dialectología. Sobre el sentido y alcance de esta expresión en nuestro caso, damos cuenta en el capítulo inmediato. Pero quizá proceda aquí advertir que no hemos pretendido hacer una verdadera historia dialectológica, sino más bien un análisis de ella, ateniéndonos sobre todo a un aspecto:

(*) El laberinto del lenguaje, p. 271.

el de mostrar cuáles han sido las vicisitudes históricas de la reflexión sobre el dialecto (o, mejor, la vertiente diferencial de la lingüística), las actitudes que ha suscitado, y cómo se ha ido formando ese "acervo dialectológico", ese patrimonio científico, que ha hecho posible la dialectología actual. Muchos datos y referencias han sido omitidas en esta historia. No se ha hecho uso de fuentes directas. Pero creemos que nuestras recién declaradas intenciones explican -al menos en parte- dicha circunstancia. Hay otras causas: el plano secundario que, si bien en menor medida de lo esperable, hemos dado a esta primera parte, y, ¿por qué no decirlo?, las dificultades que nos presentaba una materia tan vasta. Más consideraciones sobre lo "histórico" del presente trabajo aparecen -insistimos- en el capítulo que viene a continuación.

En cuanto a lo que hemos llamado "sistemática del dialecto", a ella se refiere la mayoría de cuanto llevamos dicho; en ella estábamos pensando, fundamentalmente, al redactar esta introducción.

Notas

(1) Existe sin duda una problemática del dialecto, que comprende, entre otros, el "problema por antonomasia": la definición de los conceptos de lengua y dialecto. Esto se contempla aquí no tanto como un objetivo primario, sino como aplicación de una teoría anterior, o si se quiere, como caso particular dentro del marco formal que pretendemos establecer. Y recibe su oportuno tratamiento dentro de los últimos capítulos de la obra.

HISTORIA

CAPITULO I

PRELIMINARES. EL TERMINO DIALECTO

¿Historia de la dialectología?.- Historia de la dialectología e historia de la lingüística.- El término dialecto.

1.1. ¿Historia de la dialectología?

Puede decirse que la historia de los estudios dialectológicos va a ocuparnos a lo largo de todas estas páginas, cuyo carácter histórico ya ha sido anunciado en el encabezamiento y cuyo objeto, como el del resto del trabajo, es -huelga decirlo- el hecho dialectal. Sin embargo, la denominación -historia de la dialectología- no resulta enteramente satisfactoria; la prueba está en que no se ha empleado -ni se empleará- de forma explícita como tal. En cambio, hemos titulado la parte que ahora se inicia como Historia, quizá por simplificar las cosas y buscando cierto paralelismo con el Sistema que vendrá después. Eso no significa que el título sea el adecuado, pues aparte de resultar demasiado genérico, no se ajusta plenamente a lo que aquí se va a tratar. A pesar de todo lo mantenemos, no sin hacer ciertas precisiones sobre lo que vamos a entender por historia dialectológica, es decir, qué va a haber aquí de ella y qué

es lo que falta para que se considere estrictamente como tal. Ello plantea a su vez dos interrogantes: 1) ¿cuál es el objeto de nuestra historia? y 2) ¿cómo va a ser esa historia?

Una somera ojeada al presente trabajo, un simple vistazo al índice permitirán comprobar que en esta "historia de la dialectología" se va mucho más allá -cronológicamente hablando- de la época en que nuestra disciplina cobra carácter científico y autónomo, esto es, de cuando empieza a llamarse propiamente dialectología. Más adelante justificaremos esta actitud, pero ahora no estaría de más advertir que es nuestro propósito trazar una historia, más que de la dialectología, de los estudios dialectales, o mejor, de la reflexión sobre el hecho dialectal, fenómeno de origen remoto y larga tradición.

Pero no solo vamos a remontarnos más de lo "previsible" en el tiempo, sino que, por diversas razones de las que poco a poco iremos dando cuenta, ampliaremos la noción básica de dialecto a la de "diversidad idiomática", con lo cual nuestra historia dialectológica se convertirá en una historia de la lingüística diferencial (1). Concretamente, sobre este punto insistiremos en el próximo apartado.

Añadamos por último que la historia de la dialectología propiamente dicha es lo bastante conocida como para no requerir nuevas aportaciones; y aunque no puede decirse que exista una obra consagrada específicamente al tema, lo cierto es que hay voces más autorizadas que la nuestra para llevarla a cabo en las debidas condiciones.

Por lo que se refiere al modo en que entenderemos historia -el segundo de los interrogantes antes aludidos-, hay que decir que no pretendemos una historia per se, esto es, una rigu-

rosa disposición de datos relacionados entre sí exclusivamente por el orden cronológico. Es más, toda nuestra "historia" adquirirá validez solo en la medida en que sirva de base, de contexto, de dato global para la formalización "a-histórica" posterior. Aproximación histórica sería, pues, la designación oportuna, dentro de la cual se tomará el hilo cronológico tan solo como criterio ordenador de un conjunto de datos cuya presentación no se justifica por sí misma.

Pero, además, el enfoque que intentamos dar no es el meramente informativo. Por el contrario, nos interesa más destacar las influencias recíprocas entre los hechos, las tendencias que los rigen y sus verdaderas relaciones de causa-efecto (no de anterioridad-posterioridad). Puede decirse, por tanto, que todo esto nos aparta algo de la acepción habitual del término historia, del que sin embargo vamos a hacer uso de manera, si se quiere, un tanto convencional.

De cuanto llevamos dicho se desprende una caracterización anticipada de las páginas que siguen, una aclaración general de su contenido y propósitos. Se comprenderá asimismo que esto no sea exactamente una historia de la dialectología. Acaso sí una, es decir, "una peculiar historia de la dialectología".

1.2. Historia de la dialectología e historia de la lingüística

En el prólogo del libro de M. Alvar Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual, puede leerse lo siguiente:

"Enfrentarse con el tema que me fijó el Comité organizador del Congreso [XII Internacional de Lin-

güística y Filología Románicas; abril, 1968] plantea ni más ni menos que intentar una historia de la dialectología románica. Porque la situación actual de nuestros estudios no es otra que la historia recibida o la historia que estamos haciendo, pero será difícil aislar una de otra. Al pensar en esa "situación actual" no podremos desentendernos de una metodología que viene actuando desde atrás, y al hablar de "estudios dialectales" tampoco podemos hacer abstracción de otros estudios lingüísticos" (*).

Es decir, lo que viene a propugnar Alvar es la imposibilidad de llevar a cabo una descripción de la situación actual de los estudios dialectales sin remontarse a épocas anteriores y limitándose a lo meramente "dialectal". Coincidimos plenamente con este juicio que, convenientemente adaptado a nuestro objetivo específico, constituye -como se ha dicho- uno de los principios básicos de este trabajo: planteamiento global de la materia. Ello implica -repetimos- 1) llegar a los antecedentes históricos por muy remotos que sean y 2) no perder de vista la inseparabilidad de la historia de la dialectología y la de la lingüística. Sobre este segundo punto vamos a insistir a continuación.

Es sabido que cuando se trata de trazar una historia de cualquier ciencia o disciplina, sobre todo si se hace con amplitud de miras, huyendo del inmanentismo y de la excesiva atomización, se ha de desembocar necesariamente en la ciencia matriz de la que forma (o formó) parte. Una comparación trivial: no cabe hacer historia de la psicología sin referencias explícitas a autores considerados hoy como filósofos; en otras palabras, sin hacer a la vez historia de la filosofía. Pues bien, la distancia actual entre estas dos últimas disciplinas es infinitamente mayor que la que existe entre la lingüística y la dialectología. Es más, no puede decirse que la dialectología se haya

(*) M. Alvar, op. cit., p. 13.

separado de la lingüística, hasta el punto de que cuando hacemos dialectología no dejamos de hacer lingüística, ni se concibe la historia de esta última sin que en ella se recojan cuestiones de índole dialectológica. Y viceversa: no cabe hacer historia de la dialectología sin remitirse a la de la lingüística. Por lo tanto, no exige mayores explicaciones el hecho de que aquí se aluda, por ejemplo, a la repercusión en nuestra disciplina de movimientos, escuelas e ideas desarrolladas en el seno de la lingüística general.

Pero hay más. En el apartado anterior habíamos propuesto el término lingüística diferencial -dentro del presente trabajo- como sustituto de dialectología. En realidad lo que hacíamos era identificar ambos, admitiendo el uso de dialectología con la acepción básica de "lingüística diferencial". Esta "convención" terminológica aproxima aún más lo "lingüístico" y lo "dialectológico" y justifica su tratamiento conjunto en las páginas que siguen. En efecto, no vamos a ceñirnos al ámbito meramente dialectal, sino más bien al hecho de la diversidad dentro de la unidad, independientemente de las formaciones que lo manifiesten, sean éstas dialectos, lenguas, familias de lenguas, etc. Con otras palabras, trataremos de examinar cómo se articula la institución social del lenguaje en comunidades y subcomunidades lingüísticas -y, como tarea inmediata, esbozar una historia de las reflexiones que este fenómeno ha suscitado.

Así, pues, ni lingüística es "descripción de lo que se suelen considerar lenguas", ni dialectología tendrá para nosotros el sentido de "descripción de los dialectos de una lengua". Pero incluso en el supuesto de que adoptáramos esas equivalencias, tampoco habría separación tajante de ambas disciplinas, pues cualquiera de ellas afloraría necesariamente en la otra; por contraste, implícitamente, y de manera explícita a la hora de determinar sus objetos respectivos.

Quizá todo este largo razonamiento se sintetizara en una sola frase: lengua y dialecto son conceptos inseparables; no hay distinción esencial entre ellos. Habría sido una forma más simple -aunque menos matizada- de decir las cosas.

1.3. El término "dialecto"

Διάλεκτος tenía en griego el sentido originario de "charla, conversación, diálogo". En la misma Grecia llegó a desarrollar una significación secundaria que, en líneas generales, se aproxima bastante a la de "lenguaje". De esta última se derivaron acepciones como las de "lenguaje articulado", "lenguaje corriente" -que aparecen en Aristóteles- o "manera de hablar", que origina, a su vez, las de "locución particular" (Plutarco), "estilo" (Dionisio de Halicarnaso), "lengua propia de un país" (Polibio) o lo que actualmente se entiende por dialecto (Dionisio de Halicarnaso, Sexto Empírico, Clemente de Alejandría) (*).

Reminiscencias de la significación primaria las tenemos en términos como dialéctica -tanto en sentido ordinario como en el filosófico- o diálogo, mientras que de la secundaria nos queda la palabra dialecto, que tiene uso científico y vulgar, si bien el contenido varía considerablemente de uno a otro ámbito. Obsérvese, asimismo, cómo estas dos grandes significaciones y las acepciones derivadas de ellas se registran en sucesivos períodos de la historia de la lengua griega: Platón emple-

(*) Cf. A. Bally, Dictionnaire Grec-Français, p. 477, s. v.

Διάλεκτος, ον (ή).

a la *διαλεκτος* en los sentidos de "conversación", "discusión por preguntas y respuestas", y la acepción de "dialecto" y similares se registra en época helenística (2).

La dialectología, como tal disciplina, no surge hasta bien entrado el siglo XIX. Solo a partir de esa época se lleva a cabo un estudio sistemático de los dialectos. Y es entonces cuando puede decirse que el término dialecto se incorpora plenamente a las lenguas "de cultura", primero, en el léxico científico, y poco a poco, en el léxico general. Actualmente, su empleo está generalizado, aunque con preferencia en el llamado nivel culto, y desde luego, dentro de la terminología lingüística. Hagamos un poco de historia acerca de esta palabra y de la suerte que ha corrido hasta la época en que se empieza a generalizar.

De origen griego, como hemos visto, fue tomada por el latín en fecha tardía (3). Sin excluir la posibilidad de algún uso esporádico durante la Edad Media, la palabra adquiere carta de naturaleza en el siglo XVI y se "reincorpora" a las lenguas románicas en forma de cultismo. Así tendríamos dialecte (4), dialetto (5), dialecto (6), etc.

Durante los siglos XVII y XVIII se va ampliando su uso. En esta última centuria, cuando "los progresos de la lingüística se acentúan incontinentemente"(*), se observa un manifiesto interés por las hablas regionales, lo cual constituye el antecedente más claro e inmediato de la dialectología del siglo posterior. Es así como la palabra dialecto se va imponiendo, en consonancia con estos rudimentos de ciencia dialectal, con un carácter entre erudito y científico, para alinearse junto a otros

(*) I. Iordan, Lingüística románica, p. 6

términos que abarcaban una realidad más o menos semejante y a los que, en muchos casos, llega a suplantar (7). Como muestra del empleo de la palabra en la época, una cita textual de Antoine Court de Gebelin:

"[...] les dialectes ou idiomes élevés sur le débris de l'ancienne Langue Romance sont aussi nombreux en quelque sorte que les Provinces du Royaume [...]"(*)

Buena prueba de este empleo nos la da la mención explícita de la palabra en títulos de obras como las de Galiani (8), Hervás y Panduro (9), Jovellanos (10), etc.

Se dice que en el siglo XIX tuvo su origen la ciencia lingüística. Afirmación tajante para muchos, lo que no se puede negar es que esta época representa uno de los hitos clave en la formación y desarrollo de nuestra disciplina (11). El siglo XIX marcará, pues, el límite de nuestro "rastreo" filológico de la palabra dialecto, ya que, a partir de esta época, el término, aun con su evidente uso no especializado, se asienta de lleno como eje de unos estudios bautizados a sí mismos con el nombre de dialectológicos; en otras palabras, el dialecto entra ya a formar parte de la dialectología, lo cual nos exime por ahora de seguir trazando su historia.

(*) A. Court de Gebelin, Dictionnaire étymologique de la langue française, París, 1778; apud Angel del Río, "Los estudios de Jovellanos sobre el habla de Asturias", R.F.H., V, 1943, p. 211.

Notas:

(1) La psicología nos ha proporcionado el modelo terminológico. De la misma manera que existe una psicología diferencial cuyo objeto consiste en la descripción y delimitación previa de tipos de individuos, puede hablarse de una lingüística diferencial como conjunto de estudios que tratan sobre la diversidad lingüística según la "diversidad social". J.-B. Marcellesi y B. Gardin proponen lingüística socio-diferencial, o simplemente, lingüística social para semejante conjunto de estudios:

"C'est pourquoi nous nous proposons d'isoler un sous-ensemble de la "sociolinguistique" et d'appeler linguistique socio-différentielle ou linguistique sociale cette discipline qui s'occupera des conduites linguistiques collectives caractérisant des groupes sociaux [...], dans la mesure où elles se différencient et entrent en contraste dans la même communauté linguistique globale".

(J.-B. Marcellesi y B. Gardin, Introduction à la sociolinguistique, p. 15)

(2) La etimología de la palabra va a aportar datos de indudable interés para la delimitación conceptual que nos proponemos llevar a cabo. Gran parte de los sentidos etimológicos de la palabra integrará en alguna medida la matriz de rasgos que el dialecto posea en nuestro modelo teórico.

(3) La palabra no aparece ni en Du Cange (Glossarium mediae et infimae latinitatis), ni en Walde (Lateinisches etymologisches Wörterbuch), ni en Meillet (Dictionnaire étymologique de la langue latine). En cambio, en el Diccionario etimológico de la lengua latina, de R. de Miguel, sí está; se explica su etimología, se dan dos formas -dialēctus y diālēctos- y se registra su uso en Suetonio.

(4) El Dictionnaire étymologique de la langue française, de Bloch y von Wartburg, registra su empleo por Ronsard. En la obra de Henri Etienne Précurrence du langage français (1579), puede leerse:

"Le parler des Piccards seroit un dialecte qui pourroit beaucoup enrichir nostre langage français".
(p. 182.)

(5) Según el Dizionario etimologico italiano, de C. Battisti y G. Alessio, la palabra dialetto, del latín tardío dialectos, se introduce en el italiano a través del francés dialecte, registrándose por vez primera en 1565.

(6) El más antiguo testimonio de la palabra en español data, según Corominas, de 1.604. Pero una prueba de la consagración del término en la época nos la da Covarrubias al registrarla en su Tesoro de la lengua castellana, o española:

"lo que es particular en cada lengua y propio suyo, por donde distinguimos, el Castellano nuevo, y viejo: el Andaluz, y los demas, que aun que hablan un mesmo language Castellano, tienen alguna manera de pronunciacion, y formacion de vocablos, en que nos distinguimos unos de otros: como entre los Griegos, los Atticos, Ionicos, Doricos, AEolicos: y el language comun y vulgar: y todas las demas naciones tienen ellas mesmas diferencias, por las quales se distinguen los que son de una Provincia, o de otra [...]"

(s. v. dialecto.)

(7) Sería de gran interés hacer un estudio histórico de la distribución semántica de dialecto y otras palabras afines en su significado. En este trabajo se va a llevar a cabo tal delimitación semántica, pero en un plano científico y dentro de un peculiar marco teórico, lo cual difiere bastante del estudio que ahora sugerimos. Sin embargo, los pocos datos que estamos manejando para esta aproximación histórica nos hacen pensar que, en la época en cuestión, tanto la palabra dialecto como otras afines -pongamos por caso, patois-, se aplicarían a un mismo ámbito de la realidad, y la oposición terminológica se cifraría en un uso erudito-científico de dialecto frente a un uso erudito-popular de las otras denominaciones. Actualmente, en el uso general, hay sinonimia, si bien la ciencia trata de imponer distinciones; así, dice Gilliéron:

"Les patois ne sont que le débris des dialectes, organes tombés en déchéance par la défection des classes intellectuelles".

(apud I. Iordan, Lingüística románica, p. 292, n. 75.)

(8) Del dialetto napoletano, Nápoles, 1.779.

(9) Catallogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinità e diversità (1.784), traducción y reelaboración en español con el título Catálogo de las lenguas conocidas según la diversidad de sus idiomas y dialectos (1.800-1.805); Saggio pratico delle lingue con prolegomini e una raccolta di Orazioni dominicali in più di trecento linguè e dialetti (1.787).

(10) Por ejemplo, Instrucciones para la formación del dialecto asturiano (1.791)

(11) "Según el punto de vista en que uno se sitúe, la lingüística-

tica ha nacido hacia el siglo V antes de nuestra Era, o en 1.816 con Bopp, o en 1916 con Saussure, o en 1926 con Trubetzkoy, o en 1956 con Chomsky" (Georges Mounin, Claves para la lingüística, p. 20).

CAPITULO II

"PREHISTORIA" DE LA DIALECTOLOGIA:
DE LOS ORIGENES A LA EPOCA MODERNA

Los precursores.- Grecia y Roma.- Edad Media y Renacimiento.- El siglo XVIII.

"La lingüística no estalla en el siglo XIX como una tempestad en un cielo sereno. Ha sido preparada por toda la reflexión anterior sobre el lenguaje [...]"

(G. Mounin) (*) y (1)

Parece incuestionable el hecho que señala Mounin en la cita que abre este nuevo capítulo, a pesar de que en la práctica haya sido frecuentemente pasado por alto. Y es evidente que una historia comprensiva de la lingüística ha de remontarse mucho antes de la época en que esta recibe su acta de nacimiento oficial. Algo parecido puede afirmarse de los estudios dialectológicos, nacidos para la ciencia en época relativamente cercana, pero enraizados en una larga y variada tradición, sin la cual ese "nacimiento" no hubiera sido posible. Precisamente a demostrar hasta qué punto esto es así vamos a dedicar el presente ca-

(*) G. Mounin, Historia de la lingüística. Desde los orígenes al siglo XX, p. 39.

pítulo, donde va a ser examinado el largo período que va de los orígenes -que se pierden en los tiempos más remotos de la historia- hasta la época moderna (siglo XVIII inclusive).

Puede parecer contradictorio con lo que acabamos de decir el hecho de que en un solo capítulo se resuman tantos siglos de "prehistoria" dialectológica, a la que no dudamos en atribuir cierta importancia en el desarrollo de nuestra disciplina. Sin embargo, una cosa es no desdeñar la reflexión precientífica sobre el hecho dialectal, y otra, bien distinta, situarla en el mismo plano de interés que la indagación dialectológica que se lleva a cabo desde la segunda mitad del siglo XIX. De ahí que únicamente le dediquemos un capítulo (y una parte de otro, el IV), pero eso sí, de considerable extensión, en consonancia con la amplitud del período que dentro de él se va a tratar.

2.1. Los precursores

La naturaleza y fines de este trabajo nos llevan a examinar épocas y culturas donde la frontera entre actividad y reflexión lingüísticas aparece un tanto desdibujada; mejor dicho, donde no se percibe esta última de forma explícita, aunque es de suponer que la hubo en alguna medida. Por eso mismo, es preciso siquiera consignar casos como los del antiguo Egipto, la civilización sumerio-acadia, los judíos o los hindúes (2). En efecto, merced a ciertos indicios se vislumbra en tales casos algún tipo de atención hacia los hechos de la lingüística diferencial, lo cual bien merece reconocimiento en una historia de dicha disciplina.

2.1.1.

Del antiguo Egipto no poseemos ningún dato que permita inferir la existencia de una reflexión consciente y sistemática sobre los hechos del lenguaje. Sin embargo, y aun prescindiendo de algo tan significativo como el empleo de la escritura (3), sí poseemos testimonios de que el fenómeno lingüístico suscitó entre los antiguos egipcios curiosidad y atención especiales; y fue precisamente en torno a los hechos de lingüística diferencial. Sabemos, por ejemplo, que existía una especie de casta de traductores; sabemos que se conservaban documentos muy antiguos cuya lectura no podía ser inmediata -por la incuestionable evolución de la lengua a lo largo de varios milenios- para los escribas de distintas épocas (filología en ciernes), etc. Aunque no disponemos de ningún tratado gramatical -o cosa por el estilo- de los egipcios, esta conciencia de la diversidad lingüística, que sin duda la hubo, ¿no supone ya un rudimento de reflexión pre-científica sobre el lenguaje? (4)

Semejante es el panorama "lingüístico" que presenta la civilización sumerio-acadia. Pero, en lo referente a la conciencia de diversidad, parece que, aparte del reconocido bilingüismo entre lo sumerio y lo acadio, concretamente los sumerios se dieron cuenta de la existencia de dos variedades de su lengua:

"Han formado léxicos en los que aparecen registradas, una junto a otra, estas dos formas distintas, que ellos denominaban la eme-sal y la eme-ku. Pero no se sabe si se trata de dialectos geográficos o, por el contrario, si el eme-ku es un dialecto "social", usado específicamente en el ámbito religioso" (*).

(*) G. Mounin, op. cit., p. 56.

2.1.2.

Los gramáticos hindúes -Panini (siglo V o IV a. J.C.)- nos legan la primera reflexión manifiesta sobre el lenguaje, la primera descripción(¿inmanente?) de una lengua, la primera gramática. El interés "dialectológico" que ofrecen los estudios lingüísticos en la antigua India queda, pues, relegado a segundo plano: lo importante es la consideración de esa unidad llamada lengua y su análisis -vyākaraṇa- inmediato. La lengua descrita es el sánscrito, vehículo de la literatura védica, lo cual no deja de tener leves implicaciones "dialectológicas". En efecto, una gramática del sánscrito suponía el registro fiel de la lengua sagrada, de la lengua de los dioses, que difería ostensiblemente de la lengua del pueblo. Hay, pues, acusada conciencia de diversidad, lo que, junto con la impronta de carácter religioso, está en la base de la singular actividad gramatical desplegada por los hindúes.

En cuanto a los hebreos, no parece que hayan desarrollado nada parecido a una ciencia autónoma del lenguaje. ¿Cómo no mencionar, sin embargo, esas alusiones de la Biblia al lenguaje referidas a su origen o a su fragmentación? El mito del origen del lenguaje -"Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría"- y el de la Torre de Babel constituyen piedras de toque sobre las que se ha aplicado la especulación lingüístico-filosófica posterior. Pero además, como en los casos anteriores, no pasaron desapercibidos a los judíos los hechos de diversidad. Y es precisamente en la Biblia donde encontramos quizá el primer testimonio explícito de la conciencia de diferenciación dialectal:

"Y cuando llegaba alguno de los fugitivos de Efraim, diciendo: Dejadme pasar, le preguntaban: ¿Eres efraimita? Respondía: No. Entonces ellos le decían: A ver,

di: schibboleth, y él decía sibboleth, pues no podían pronunciar así"(*).

2.2. Grecia y Roma

Si bien es cierto que la idiosincrasia de los distintos pueblos en las diferentes épocas encuentra su razón de ser en la actividad desplegada en tiempos anteriores por otras generaciones de individuos, no es menos cierto que hay épocas en que el hombre parece desvincularse un tanto de lo que le precede, desarrollando una actividad "nueva" que, en última instancia, se convierte en cultura con rasgos marcadamente peculiares. Hablamos entonces de revolución; decimos entonces que la historia, que sigue siempre un curso continuo, evolutivo, "acelera" su marcha, de modo que, en esas épocas, parece "funcionar a saltos". Este es el caso de Grecia (5), que merece por tanto un capítulo aparte en la historia de la civilización y, más concretamente, en la de nuestra disciplina.

Con la Grecia clásica surge el germen de la cultura occidental, hecho que lleva emparejada la ruptura con antiguas concepciones del mundo. Y el gran cambio consiste en el nacimiento de la ciencia, es decir, "en el estudio sistemático de una determinada materia o conjunto de fenómenos, alentado y transmitido deliberadamente de una generación a otra por personas reconocidas por su prestigio y por los conocimientos demos-

(*) Jueces, 12, 5-6; apud G.Mounin, op. cit., p. 89.

tradós en determinada actividad" (*). Esa labor creadora se ve completada por Roma, que se encarga de consolidarla y transmitirla a la posteridad. Estamos, pues, ante la creación y transmisión de la ciencia en general, entre cuyas ramas se encuentra la ciencia del lenguaje.

2.2.1.

Con los griegos la reflexión en torno al lenguaje queda despojada de esa envoltura mítica que la rodeaba en culturas precedentes; y es que lo que entendemos por nacimiento de la ciencia o de la filosofía no es más que la superación del saber mítico por el saber científico. En el caso del lenguaje, mientras que en civilizaciones anteriores las concepciones míticas encontraban en este un terreno particularmente propicio para su arraigo (6), para los griegos el estudio del lenguaje -como la ciencia en general- tiene su justificación en sí mismo, sin que medien consideraciones de otra índole. (Ello no significa que la cultura griega haya erradicado por completo esas concepciones míticas, que hoy día las ciencias del comportamiento detectan en el llamado inconsciente colectivo.)

Hay que precisar también que el hecho de no estimar como científicas las aportaciones de orden lingüístico de culturas anteriores a la griega estriba en su carácter esporádico, que no nos permite seguir una línea continua de desarrollo. Esto sí que podemos hacerlo con la tradición lingüística europea, cuyo origen está en la antigua Grecia. Como dice Robins:

"Los resultados prácticos y teóricos de los lingüistas griegos fueron llevados a Roma (así como casi todos los valores de la vida intelectual) y pasaron y siguieron adelante, desde Roma, en manos de los últimos gramá-

(*) R.H.Robins, Breve historia de la lingüística, p. 14.

ticos latinos, hasta la Edad Media, para ser tomados de éstos, a su vez, por el mundo moderno, durante y después del Renacimiento, junto con las aportaciones esenciales de fuera de Europa. En ningún momento existe ruptura que signifique discontinuidad en la tradición lingüística europea. Se encuentran repetidamente cambios de teoría, de fines, de métodos y de conceptos, y esto constituye el material de la historia de la lingüística; pero cada generación de lingüistas europeos ha tenido a su disposición el conocimiento de la existencia de predecesores y también las obras de éstos"(*).

Por supuesto que el carácter de ciencia que atribuimos a la lingüística debe entenderse en el sentido amplio del término, esto es, en el que engloba tanto a las llamadas ciencias puras como a las ciencias del hombre. Por otra parte, no reclamamos para la "lingüística" griega la condición de ciencia autónoma, con límites precisos que la separen de las demás en cuanto a métodos y objetivos.

En suma, la actividad en lingüística de los griegos presenta ya un planteamiento científico (pero sin que, vista en su conjunto, y al igual que otras manifestaciones de su cultura, se desvincule por completo de formas y contenidos míticos); a ese carácter científico no podemos añadirle el adjetivo independiente; y, con la lingüística posterior, comparte la característica de no ser ciencia exacta.

2.2.2.

Hecho este largo preámbulo --justificable en la medida en que nos ahorrará precisiones ulteriores--, podemos pasar directamente a reseñar los hechos más significativos de lingüística diferencial que se traslucen a partir de la actitud de los grie-

(*) R.H.Robins, op. cit., p. 18.

gos hacia el lenguaje y su concepción del mismo. Y en este sentido, lo primero que cabe destacar es la acuñación del término dialecto -término clave de la lingüística diferencial-, que ha pasado al acervo científico-cultural de la civilización de Occidente. La creación de un término (en nuestro caso se trata, más bien, de la ampliación de significado de un término ya existente) y su consiguiente empleo suponen constatar la existencia de una realidad que tiene su importancia para una comunidad determinada (o para determinados grupos de esa comunidad). Es así como puede afirmarse que hubo entre los griegos una clara toma de conciencia de sus divisiones dialectales y de que estas configuraban una misma lengua (7). Pero, lamentablemente, tales comprobaciones no se tradujeron en la creación de una lingüística diferencial propiamente dicha y con un mínimo de carácter científico.

Sin embargo, ya en plena época helenística, asistimos al desarrollo de una incipiente filología. Al decir de Mounin:

"La parte más original de [la obra de los gramáticos alejandrinos] es la fundación en Occidente de la noción de filología. La toma de conciencia del envejecimiento de la lengua de los antiguos poetas, en primer lugar Homero, ha llevado a Zenodoto, Aristarco y sus discípulos al estudio de las formas ilegibles en su época, de los arcaísmos, de las diferencias dialectales, frente a la lengua griega común, la [koiné"](*).

Hay otro aspecto de la lingüística diferencial que apenas fue tratado por los griegos: el de la diversidad de lenguas. Evidentemente, reconocieron la existencia de lenguas extranjeras; en algunos casos los historiadores -Herodoto- citaron y examinaron sus vocablos (el propio Platón admitía la posibilidad del origen extranjero de parte del vocabulario griego).

(*) G. Mounin, op. cit., p. 98 ([koiné] aparece así en el texto).

Pero, en general, puede decirse que prevalecía la falta de interés hacia esas otras lenguas, como lo evidencia el matiz peyorativo que presenta el término con que se designa en griego a sus hablantes: bárbaroi (8).

2.2.3.

Como se ha dicho, el papel que representa Roma en la historia consiste en la consolidación y transmisión de la cultura griega. Si su originalidad pasa por ser escasa, la importancia del papel desempeñado no puede negarse: obra como complemento necesario sin cuya presencia la civilización occidental no sería lo que actualmente es (9). Ambas culturas llegan a formar un todo en el que las funciones de las partes se diferencian y se complementan. Es más, no sería inapropiado hablar de una sola cultura greco-romana.

La aportación a la lingüística de los gramáticos latinos no puede decirse que sea exigua. Es cierto que en este campo, como en los demás tipos de saber, se siguió la línea trazada por los griegos; pero, por la atención prestada a los estudios gramaticales, por la proliferación de gramáticos como Varrón, Quintiliano, Donato, Prisciano, etc., cabe afirmar que estamos ante un rasgo preponderante de la actividad intelectual latina (10). La obra de estos autores consiste en la absorción de las teorías lingüísticas griegas y su aplicación para elaborar un modelo gramatical del latín, modelo que pasará a las generaciones posteriores, constituyéndose en uno de los ejes de la ciencia y preceptiva medievales.

En cambio, poco hay que decir sobre la contribución de los romanos a ese otro aspecto de la lingüística que son los estudios sobre la diversidad. En un imperio dilatado espacial y

temporalmente, como lo fue el de Roma, hubo sin duda experiencia de esa diversidad (11), pero ello no se tradujo en reflexión sistemática sobre la misma.

Sin embargo, el gran servicio prestado por Roma a la lingüística diferencial no está tanto en la contribución de sus gramáticos al desarrollo de esta disciplina, como en habernos transmitido el rico testimonio de una lengua matriz, en su unidad y en su incipiente desintegración, de la que se han derivado las actuales lenguas romances. Aunque sean distintos el objeto de estudio y el estudio mismo, no podemos dejar de mencionar aquí este hecho, obligado punto de referencia de los estudios actuales sobre la diversidad lingüística (12).

2.3. Edad Media y Renacimiento

Si en los apartados anteriores nos deteníamos en consideraciones generales que se salían incluso del marco de la lingüística, ello se justificaba por la naturaleza de los temas que allí se trataban. Era preciso, en efecto, subrayar la importancia de hechos como la conciencia de la diversidad -en tanto que estímulo para la reflexión lingüística- y la novedad que a esta reflexión imprime la actitud científica. Inicios y ciencia, pues, que había que explicar en su contexto. Por el contrario, para los apartados y capítulos siguientes, referidos a las sucesivas etapas -que no son sino la continuidad y desarrollo de lo anterior-, sería redundante detenerse en generalidades de esa índole; y aun arriesgado, pues ello nos apartaría sensiblemente de nuestra materia específica.

En este apartado vamos a examinar, desde la óptica de la lingüística diferencial, el dilatado período que se inicia con la Edad Media y concluye en los albores del siglo XVIII, etapa esta que reclama una consideración aparte. En dicho período hay poco de dialectológico en sentido estricto. Pero sí, en cambio, numerosos hechos que, aun sin presentar propiamente este carácter, caen dentro de lo dialectológico en sentido amplio, es decir, dentro de lo que aquí se viene llamando lingüística diferencial.

2.3.1.

Durante toda la Edad Media, como se ha dicho, apenas hay hechos dignos de mención en lo tocante a las cuestiones que estamos tratando. De finales de la misma data, sin embargo, el tratado inconcluso de Dante De vulgari eloquentia (1304?-1308?), obra que se ha llegado a considerar como un claro antecedente de la filología románica y de la dialectología (13). En efecto, en ella se enumeran y caracterizan catorce dialectos italianos, delimitados casi como lo están hoy aún. Pero no puede decirse que haya habido por parte de Dante una descripción científica de los mismos, ni siquiera una orientación científica de su estudio: lo lingüístico (¿dialectológico?) no constituye un fin en sí mismo, aunque la percepción de la realidad lingüística sea sumamente valiosa. Entre los objetivos de Dante al escribir esta obra figuraba la defensa de la actividad literaria que poetas sicilianos, boloñeses, florentinos -incluido él mismo- desplegaban y habían desplegado, y la unificación de todos estos idiomas en uno solo, "vulgar ilustre", capaz de ser equiparado con el latín y vehículo del quehacer literario posterior. Este idioma cuyas características no cumplía, según Dante, ninguno de los dialectos itálicos -y he ahí una de las razones de su examen-

sería, en frase de Mounin, "una especie de Michsprache literaria, sobre la base de formas nobles comunes a todos los dialectos regionales usados por los mejores poetas"(*).

En De vulgari eloquentia se trata también la cuestión de las familias lingüísticas, en especial de las lenguas romances (14), al comprobar el parentesco existente entre el italiano, el español y el provenzal, las tres únicas lenguas consideradas "neolatinas". Pero, como en el caso de los dialectos, las observaciones de Dante en este punto, por intención y resultados, están lejos de ser científicas: atribuye al provenzal el origen de las otras dos; no hay el menor bosquejo de comparatismo (histórico), pues llega hacer del latín "en este aspecto una especie de creación artificial, cuasi de esperanto literario, creado con toda clase de piezas para luchar contra la confusión de lenguas"(**).

En cuanto a las causas de la diferenciación, acude Dante -y en esto no hace sino reflejar la creencia al uso de la época- al mito de la Torre de Babel. Al iniciar la construcción de esta solo una lengua era hablada por los hombres, el hebreo, que es por tanto la lengua primitiva, la lengua madre de todas las demás.

2.3.2.

Anterior a De vulgari eloquentia es el Edða de Snorri Sturluson (1179-1241), cuatro tratados gramaticales de distinta época y probablemente autor, de los cuales el primero esconde, tras su pretensión de reforma de la ortografía islandesa, un

(*) G. Mounin, op. cit., p. 119.

(**) Ibidem, p. 121.

numeroso precedente de las actuales descripciones fonológicas. El hecho por el que mencionamos aquí esta obra es, sin embargo, porque suele considerarse como uno de los primeros apuntes filológicos, concretamente en lo que se refiere a la filología germánica; en efecto, allí se descubre el parentesco entre el inglés y el islandés:

"Since we are of one tongue with them [los ingleses] even though one of our languages has been greatly changed or both of them somewhat"(*)

Por cuanto supone de atención hacia la lengua hablada, cabe citar las escasas muestras de gramáticas de lenguas vernáculas que se confeccionaron durante la Edad Media. Así, para el irlandés, el *Auricept na n-Eces* de Conn Faelad (muerto en 679); la gramática latina que en Inglaterra redactó Aelfric el Gramático (955-1025) para sus monjes (con un glosario latino-sajón); el *Edda* ya citado; *L'aprise de la langue françoise*, de Walter de Bibbesworth (siglo XIV); las *Leys d'amor* (1323-1356) para el provenzal, etc. Más que gramáticas en el sentido actual del término, se trata, en unas más que en otras, de reflexiones en torno a la lengua vernácula. Si se tiene en cuenta que la reflexión lingüística medieval se aplicaba de una u otra manera al latín, fácilmente se justifica el alcance que otorgamos a dichas elaboraciones gramaticales al incluirlas dentro de estas páginas (15).

Y fuera de los estudios de árabes y judíos, donde se satisban planteamientos de tipo filológico, poco queda por resaltar dentro del marco de la lingüística diferencial a lo largo de la Edad Media. Efectivamente, los hechos aquí consignados y otros de parecida índole constituyen aportaciones aisladas, eslabones sueltos que no llegan a formar cadena si los comparamos con ese otro objeto de atención de la mayor parte de los estudios medievales del lenguaje: la gramática lógica o especulativa que, nacida bajo los auspicios de la escolástica, va a tener siglos más tarde su refrendo y su manifestación más clara en la

(*) Recogido en E. Haugen, *First Grammatical Treatise. The Earliest Germanic Phonology*, Language Monograph 25, Supl. a Language, vol. 26, núm. 4 (1950), p. 12; apud G. Mounin, *op. cit.*, p. 120.

Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal. Puede decirse, entonces, que el panorama que presenta la lingüística medieval está casi exclusivamente dominado por la gramática especulativa.

2.3.3.

Al igual que en otras esferas de la cultura, el Renacimiento supone en lingüística un cambio de actitud en relación a las concepciones medievales. Es el triunfo que en La batalla de las siete artes se auguraba, tras una primera derrota, para los auctōres (16); es el triunfo del individuo. Como afirma Kukenheim:

"On comprend les protestations des Humanistes du XVI^e siècle qui reprochaient aux auteurs des grammaires spéculatives non seulement de négliger les belles lettres, mais encore d'enseigner une grammaire universelle qui ne permettait de comprendre que le latin. A l'époque de la Renaissance, le latin -mais alors celui des bons auteurs classiques- continue d'être objet d'étude, mais il n'est plus seul: s'y ajoutent le grec et l'hébreu et même l'étude des langues vulgaires [...] Notons que l'intérêt reste centré sur la langue écrite et que l'idéal des Humanistes réside dans le culte du mot: le but de leurs études, c'est la rhétorique et l'émulation avec les auteurs classiques [...]"(*).

Y cita a continuación a Erasmo:

"Primum illud constat, Grammaticen esse disciplinarum omnium fundamentum ... Quum autem Grammaticam dico, non sentio inflexionem nominum ac verborum, et appositi cum supposito congruentiam, sed rationes enmendate propieque loquendi"(**).

En 1492 aparece la Gramática de la lengua castellana de Nebrija, la primera gramática de una lengua romance (17), cuya influencia se dejó sentir en los estudios gramaticales poste-

(*) L. Kukenheim, Esquisse historique de la linguistique française et de ses rapports avec la linguistique générale, p. 21.

(**) Opera omnia, ed. Clericus, Lugd., Bat., 1703-1706, V. 851 B; apud L. Kukenheim, op. cit., p. 21.

riores, tanto de lenguas románicas como no románicas (18). Durante el siglo XVI proliferaron las gramáticas de lenguas vulgares: unas sesenta se publican en Italia, alrededor de treinta y cinco en Francia, y veinte en España aproximadamente. Asistimos con ello al nacimiento del normativismo, aspecto que, si no nuevo en los estudios del lenguaje, toma carta de naturaleza en este período. El normativismo ha de entenderse, en el plano de las teorías lingüísticas, como una reacción contra las concepciones lógico-filosóficas que presidían las gramáticas especulativas medievales. En el contexto histórico, puede verse el normativismo como una consecuencia del espíritu nacionalista reinante en la época, el cual dio lugar a la creación del estado moderno.

Estas dos circunstancias imprimen a la lingüística renacentista un doble carácter aparentemente contradictorio: por un lado, el de la atención a las lenguas vulgares, es decir, a las formas reales de comunicación; por otro, el del rechazo de esas formas reales si son fruto del particularismo lingüístico, que atenta en última instancia contra la naciente unidad estatal. Detengámonos en este doble carácter.

2.3.4.

El normativismo surge como una toma de conciencia de la realidad de los hechos lingüísticos, y muy especialmente, de su diversidad. Pero, constatada la existencia de distintas formas o registros expresivos dentro de una comunidad lingüística, los "codificadores" de lengua eligen una de esas formas, que pondrán como modelo de todas las demás; el paso siguiente -o acaso paralelo- consistirá en el rechazo de esas formas por ser "impuras, incorrectas o vulgares". Hay que distinguir, pues, dos etapas en el desarrollo del normativismo, de las cuales la segun-

da, la que da nombre a estos estudios, no sigue necesariamente a la primera, aunque históricamente así haya sucedido.

En la lingüística del Renacimiento —que provisionalmente hemos llamado normativa— se observan estas dos orientaciones. La publicación de las gramáticas de las lenguas vulgares constituye una defensa de la lengua viva y, a la vez, un ataque contra una de las consecuencias de ese ser vivo de la lengua: su fragmentación (19).

La defensa de la lengua viva se traduce, sin ir más lejos, en la elección de los ejemplos. Muy lejos de las preocupaciones de los gramáticos especulativos medievales quedaba la aceptabilidad situacional de las frases con que ejemplificaban sus teorías (a este respecto, piénsese en un ejemplo muy utilizado por los modistae: "Sōcratēs albus currit bene"). Por el contrario, en la gramática renacentista y en su desarrollo normativista, son constantes las citas textuales de frases efectivamente emitidas; es más, el ejemplo —hecho lingüístico tal como se produce— constituye el punto de partida de la propia reflexión gramatical, como lo pone de manifiesto, entre otras, una obra como el Diálogo de la lengua, de Valdés, constantemente salpicada de alusiones a las frases emitidas y admitidas por Nebrija (en la mayoría de los casos para rechazarlas).

Por lo que acabamos de decir, se podría hablar de método inductivo frente al deductivo de los gramáticos medievales. Sin embargo, la atención hacia el lenguaje real, lo que bien pudiera ser el embrión del empirismo lingüístico, se tiñe enseguida de consideraciones extralingüísticas y acientíficas, desviándose hacia el más puro normativismo, presente, por ejemplo, en la citada obra de Valdés y en las que le sirvieron de modelo: Pro- po della volgar lingua, de Bembo, o Il cortegiano, de Castiglione. No importa tanto el "qué se dice" cuanto el "cómo se debe

decir" (prescriptivismo más que descriptivismo). Así se explican las primeras medidas que se toman contra el empleo de dialectos:

"[...] l'Acte d'Union du Pays de Galles à l'Angleterre (de 1535) contient, dans sa troisième clause, une disposition qui stipule que "la jouissance de toute espèce de charge sur tous les États du Roi serait refusée aux personnes employant la langue galloise... à moins qu'elles n'adoptassent la langue anglaise" (p. 928). Trois ans plus tard (en 1539), des mesures identiques sont prises en France par François I^{er} dans son ordonnance de Villers-Cotterets (p. 9)" (*).

De 1582 data la fundación de la primera academia de la lengua: la Accademia della Crusca, que fue modelo de la Academia Francesa de Richelieu (1635); a imitación de esta última surgen, entre otras, las de España (1713), Suecia (1739), y Hungría (1830). Las academias constituyen, por así decirlo, el refrendo oficial del normativismo, su órgano ejecutivo, su credo y su ideario, en el que criterios políticos y pragmáticos priman en ocasiones sobre lo estrictamente lingüístico.

2.3.5.

En cuanto a los hechos de lingüística diferencial, hay atisbos filológicos en buena parte de las gramáticas ("sincrónicas") renacentistas: la obra de Valdés, donde se descubren elementos prerromanos, árabes, griegos y latinos (por descontado) en la lengua española, puede servir de muestra. Pero el gran impulso a la filología se da a través de un comparatismo rudimentario, posibilitado por el conocimiento cada vez mayor de un mayor número de lenguas; en muchos casos, lenguas remotas, descubiertas por conquistadores, misioneros, colonizadores o, simplemente, via-

(*) S.Pop, La dialectologie, p. XXV.

jeros (20). Así, se publican gramáticas, estudios e informes sobre lenguas habladas de uno a otro extremo del mundo; por lo que a la escritura respecta, son notables las transcripciones al alfabeto latino de lenguas del lejano Oriente, que los misioneros llevaron a cabo; en 1555 aparece en Zurich el Mithridates de Conrad Gessner, recopilación del Padrenuestro en veintidós lenguas y modelo de una larga lista de obras de esta índole que proliferaron a lo largo de más de tres siglos (según Pop (*), "on ouvre ainsi la voie aux enquêtes par correspondance"). En suma, nos hallamos ante lo que Firth ha llamado "el descubrimiento de Babel": una atención casi sistemática hacia las divergencias en el lenguaje (especialmente, hacia las lenguas remotas); en general, un irrefrenable movimiento de curiosidad por todo lo lingüístico.

Durante la Baja Edad Media se había iniciado ya el contacto con las lenguas árabe y hebrea, fundamentalmente a través de España, donde comunidades árabes, judías y cristianas convivían en sucesivas fases de enfrentamiento y armonía. En esta época, e incluso en anteriores, surgían voces en defensa del conocimiento, en particular, del hebreo, por ser esta la lengua del Antiguo Testamento. Aunque poco a poco su estudio fuera implantándose en Europa, la tónica general era de rechazo hacia los estudios semíticos, que hubieron de realizarse casi en la clandestinidad, debido, sin duda, al influjo de la Iglesia, a los prejuicios que fomentaba y a los temores que infundía (los cristianos podían ser acusados de asociarse con los "enemigos de Cristo", y los judíos lo serían de proselitismo).

Con el Renacimiento cambian las cosas: el relajamiento de los vínculos cléricos es factor decisivo en el desarrollo y auge que experimentan los estudios semíticos. Los eruditos de la época conocen el hebreo (para cuya descripción se emplean las categorías establecidas para su lengua por los gramáticos árabes), y el incipiente comparatismo al que ya hemos aludido se relaciona con la atención prestada a esta lengua. En efecto, cobra cada vez mayor aceptación la idea de la monogénesis (divina) del lenguaje: el hebreo, lengua madre e infundida por Dios

(*) Apud R. H. Robins, op. cit., p. 165.

(*) Op. cit., p. XXVI.

a los hombres; idea que había sido sostenida con anterioridad por Dante. Las obras más representativas de esta tesis son las de G. Postel, De originibus seu de Hebraicae linguae et gentis antiquitate, atque variarum linguarum affinitate (París, 1538), y Bibilander, De ratione communi omnium linguarum et litterarum commentarius (Zurich, 1548). Pero aún estamos lejos del verdadero comparatismo. Obras como las citadas apenas presentan fundamento científico, y menos aún teorías como la de Goropius Becanus, según la cual el "cimerio", la lengua adámica, perduraba todavía en el flamenco holandés, u otras elucubraciones de índole semejante que proliferaron durante la época.

La obra de J. J. Escaligero, aun sin estar despojada de concepciones erróneas (el hebreo como lengua origen, el parentesco lineal del latín y del griego), parece guiada por intereses más científicos que los mítico-teológicos o chauvinistas de la mayoría de sus contemporáneos. A él le debemos el primer esbozo de clasificación tipológica de las lenguas europeas. En su Diatriba de Europeanum linguis (1599) se establecen cuatro grandes familias (21) según las formas de la palabra dios: lenguas con theos (griegas), con deus (latinas), con Gott (germánicas) y con bog (eslavas). En lo tocante a las lenguas romances se ve apuntar, como afirma Mounin, "la idea de que han salido del latín por una evolución natural y que no son producto de una corrupción del latín por las lenguas de las invasiones bárbaras" (*). Estamos, pues, ante el embrión de una verdadera lingüística comparada, de la que Escaligero puede ser considerado, con toda justicia, como uno de sus más claros precursores.

Los modelos de parentesco se fueron sucediendo a lo largo de este período, pero no puede decirse que cada uno de ellos tuviera en cuenta los anteriores. No hay, por tanto, ciencia, en el sentido de que no hay transmisión directa de conocimientos sobre los que se fundamente el avance posterior. Entre las clasificaciones de familias lingüísticas merece, no obstante, destacarse, por proporcionarnos un modelo más elaborado, la del lingüista sueco de finales del XVII A. Jüger. Hay en él intuición del indoeuropeo: llegó a atisbar la existencia de "una lengua que se extendió por toda Europa y Asia a causa de los movimientos migratorios, engendrando lenguas "hijas", que a su vez produjeron las lenguas conocidas hoy con los nombres de persa, griego, celta, gótico, y las lenguas romances, eslavas y germá-

(*) G. Mounin, op. cit., pp. 130-131.

nicas, no conservándose ningún rastro o señal de la lengua materna"(*).

A esta búsqueda de una lengua originaria que dio lugar a la comparación de las lenguas existentes, hay que añadir la nostalgia de una lengua universal, que se traduce en la construcción de lenguajes artificiales para desempeñar tal cometido. Este lenguaje universal construido artificialmente vendría a subsanar las deficiencias de las lenguas naturales, de modo que en él se pudieran expresar todos los saberes, pensamientos e ideas. Con su utilización se eliminaría el confucionismo que había creado la "babelización", fenómeno del que, como se ha visto, eran cada vez más conscientes las gentes de la época. Esta idea, que tan ardientemente defendería años más tarde Leibniz, fue puesta en práctica en repetidas ocasiones bajo los auspicios del racionalismo imperante y de una buena dosis de optimismo a toda prueba. Un ejemplo elocuente -y, por otra parte, nada desdeñable desde el punto de vista de la gramática general- lo constituye el Essay towards a real character and a philosophical language, del obispo inglés John Wilkins.

Como es sabido, el descubrimiento del sánscrito representa un hito en la historia de la lingüística: decisivo en el desarrollo del comparatismo, marca además, para muchos, la frontera entre la edad antigua y moderna de nuestra ciencia. Pero mucho antes del descubrimiento "oficial", se tuvo noticia de esta lengua y se observó su parecido con otras europeas. De 1585, por ejemplo, data una carta de Filippo Sasetti donde se ponen explícitamente de manifiesto dichas concomitancias, "montrant ainsi une intuition empirique de la parenté linguistique bien avant W. Jones à la fin du XVIII^e siècle"(**).

2.3.6.

El panorama relativo a las cuestiones propiamente dialectales es, sin embargo, bastante restringido. No cabe esperar, por supuesto, una atención científica hacia el fraccionamiento dialectal de las lenguas. Pero ni siquiera abunda la atención de

(*) R.H. Robins, op. cit., p. 165.

(**) S. Pop., op. cit., p. XXVI.

otro tipo. Como queda dicho más arriba, la confección de gramáticas de lenguas vernáculas es factor decisivo y característico por excelencia del período que estamos examinando. Una gramática normativa (como lo fueron las más representativas de la época) supone la constatación implícita de diversas formas de habla según diversas circunstancias, pero muy especialmente, según las distintas comunidades que integran una colectividad lingüística; en otras palabras, ello supone el reconocimiento, entre otras cosas, de lo que hoy llamaríamos -y en parte así se hizo ya en la época- dialectos. Para la dialectología, estamos ante un hecho notable y positivo, que se ve contrarrestado inmediatamente con una actitud de menosprecio -y, por tanto, "dialectológicamente negativa"- hacia dichos dialectos. Fruto, sin embargo, de la primera de esas actitudes son unos cuantos hechos y aportaciones cuya naturaleza y finalidad los sitúan muy lejos de una dialectología estrictamente científica, por más que reclamen su sitio en un esbozo histórico del desarrollo de esta disciplina.

El dialecto es considerado como fuente de abastecimiento léxico de la lengua nacional en formación:

"En 1549, Joachim du Bellay publie sa Défense et illustration de la langue française, considérée comme le manifeste de l'école de Ronsard ou de la Pléiade, où il expose les moyens d'enrichir la langue française: l'emprunt de mots aux Grecs et aux Latins, la formation de mots composés, ainsi que l'emploi des termes dialectaux [...]" (*).

En esta época se desarrolla la actividad de Salviati, uno de los precursores de la dialectología italiana:

"En 1584, Leonard Salviati entreprend la traduction en douze dialectes de l'Italie de la neuvième nouvelle de la première journée du Décaméron de Boccace, afin de mettre en lumière les différences entre la langue écrite et la langue parlée [...]. Le Vocabulaire publié par

(*) S. Pop, op. cit., p. XXV.

l'Accademia della Crusca, dont la rédaction est due à la proposition de Salviati, aura une grande influence sur les travaux similaires qui paraîtront plus tard"(*).

Anotemos, por último, una disposición real sobre las cuestiones dialectales, dada en Suecia en pleno siglo XVII:

"En 1630, le roi Gustave-Adolphe de Suède recommande, dans une résolution officielle, l'étude des dialectes et des noms de lieu"(**).

2.4. El siglo XVIII

"En el siglo XVIII los progresos de la lingüística se acentúan incontestablemente. Por una parte, el racionalismo filosófico, y, por otra, el enciclopedismo influyen en nuestra disciplina. El primero origina la aparición de diversas obras sobre el origen del lenguaje, mientras que el segundo, dominado por una fuerte historicidad, introduce en las investigaciones lingüísticas un espíritu histórico [...]"(***)).

En efecto, es notable el auge de los estudios lingüísticos durante el siglo XVIII, donde se manifiestan las tendencias que señala Iordan. Sin embargo, no puede hablarse de giro o revolución, y ni siquiera de avances espectaculares. Las líneas maestras de la actividad científico-cultural ya habían sido trazadas anteriormente; pero es en esta época cuando se desarrollan al máximo dichas tendencias antagónicas -racionalismo y empirismo-, cuando se recogen sus numerosos frutos(22).

(*) Ibidem, p. XXVI.

(**) Loc. cit.

(***) I. Iordan, Lingüística románica, pp. 6-7.

2.4.1.

La figura de G.W.Leibniz, situada en la transición del siglo XVII al XVIII, representa la síntesis donde se hermanan las dos corrientes de pensamiento dominantes en la época. Pero además es digna de destacar su actividad en lingüística, por la cual merece un puesto de honor en la historia de nuestra disciplina. Ya mencionábamos antes su idea sobre un lenguaje universal; pero sus aportaciones no se ciñen meramente a este ámbito fronterizo con la filosofía o la lógica, sino que se adentran de lleno en lo lingüístico, y concretamente, en su vertiente diferencial.

No le pasan desapercibidas las cuestiones dialectales: entre sus preocupaciones está la de "enrichir la langue littéraire allemande par des mots d'origine patoise, en accordant une grande attention à tous les idiomes de la famille des langues germaniques; il obtient souvent par correspondance des informations plus précises"(*).

Sin embargo, su labor más fecunda dentro de la lingüística se desarrolla en el marco del comparatismo (23). Es más, Leibniz, que estableció algunos principios básicos para la investigación futura, se cuenta entre sus más ilustres promotores. Fue él quien desechó por primera vez la tesis del hebreo como lengua originaria, aunque no se atreviera a descartar la teoría monogenética, ni a dejar de relacionar los parentescos lingüísticos que encontraba con la historia bíblica.

Para llevar a cabo una clasificación de las lenguas en orden a sus parecidos y diferencias, es necesario recoger previamente muestras del mayor número de ellas, con lo que se obtiene el corpus sobre el que aplicar la clasificación. Esta labor previa de registro, o mejor, la necesidad de la misma, no pasó inad-

(*) S.Pop, op. cit., p. XXVI.

vertida a Leibniz. Concibió la vasta empresa de confeccionar una especie de glosario de todas las lenguas del mundo, para lo cual alentó a buen número de gentes, entre ellas, Pedro el Grande. Años más tarde fue P. S. Pallas quien, bajo los auspicios de Catalina II, llevó a la práctica en parte la vieja idea de Leibniz, publicando los Vocabularios comparados de todas las lenguas del mundo (24).

Podemos resumir, en fin, el significado de la obra de Leibniz, su dimensión científica, con unas palabras de Kukenheim:

"[...] nous constatons chez [lui] que le rationalisme va de pair avec l'empirisme, tendance qui oppose grosso modo le rationalisme du XVII^e siècle à celui du XVIII^e, le premier étant plutôt théorique, le second tendant de plus en plus vers l'observation exacte des faits"(*).

2.4.2.

Si en el Renacimiento se toma conciencia de la "babilización" y se advierte un interés creciente hacia las lenguas habladas de todo el mundo, traducido en descripciones, gramáticas y diccionarios de estas lenguas, así como en recopilaciones y comparaciones de conjuntos de ellas, en el siglo XVIII el afán de este tipo de conocimientos -con la consiguiente publicación de trabajos de tal naturaleza- supera el límite de lo previsible. Ya se han mencionado los Vocabularios de Pallas, que tanto deben a las insistentes sugerencias de Leibniz. Hay que citar, además, el Mithridates de Adelung (obra del XIX, pero dieciochesca en el planteamiento), inventario del Padrenuestro en las diversas lenguas; y, muy especialmente, la actividad de L. Hervás y Panduro (25), que publicó, entre otras, las obras Catálogo delle

(*) Op. cit., p. 38.

lingue conosciute e notizia della loro affinità e diversità (1784), traducida después al español, y Saggio pratico delle lingue con prolegomini e una raccolta di Orazioni dominicali in più di trecento lingui e dialetti (1787), obra esta última que, a decir de Pop, constituye "la première grande enquête linguistique à l'échelle mondiale, qui a sûrement influencé les ouvrages de Pallas et d'Adelung"(*).

Con el acopio de material (textos, gramáticas, diccionarios) de las diversas lenguas, se cumple la primera etapa de un proceso científico cuya segunda fase consiste en el análisis y comparación de este material, y la tercera, en extraer conclusiones. Estas dos últimas etapas se ven presididas por una orientación histórica: surge en la segunda una hipótesis sobre el parentesco genético que liga a las lenguas que se están comparando, hipótesis que se va a confirmar en las conclusiones, tras una minuciosa reconstrucción de los estados -hasta desembocar en uno común- por los que han pasado dichas lenguas. Simplificando las cosas, puede decirse que en el tránsito del siglo XVIII al XIX se ha cumplido casi perfectamente la primera etapa, y solo en parte la segunda. Hasta entonces, quizá, como afirma Mounin, porque "en un siglo centrado en la "filosofía", es decir, en la omnipotencia de explicación de la razón universal abstracta, el sentido de la historia no es dominante todavía"(**), lo cierto es que el registro fiel de la evolución, paso a paso, de las lenguas no atrae la atención de los lingüistas. Naturalmente, hay excepciones (26), que demostrarían que la actitud histórica no falta; pero estamos lejos de ese papel que el siglo posterior va a conferir a la historia. En el XVIII, ni abundan los inves-

(*) S.Pop, op. cit., p. XXIX.

(**) G.Mounin, op. cit., p. 152.

tigadores sobre lingüística histórica, ni ejercen influencia, ni su concepción de la disciplina se aproxima a la de los grandes autores de la siguiente centuria.

Mucho más significativo -y, quizá, importante- es el panorama propiamente dialectológico. El interés hacia el hecho dialectal aumenta de manera ostensible, al punto de poder decirse que el siglo XVIII representa el primer intento serio de aproximación a las hablas regionales. Ahora bien, ni son solo los lingüistas quienes se ocupan de ellas, ni la actitud del estudioso -lingüista o no- está exenta de prejuicios o finalidades ajenas a lo científico. El dialecto no suele ser considerado como objeto de estudio en sí mismo; se va a él -diríamos- de manera entre paternalista y folclórica. Unas veces se toma como causal de enriquecimiento léxico de la lengua general; en otros casos, se preconiza su estudio para el posterior destierro de su uso (así, "le célèbre curé d'Embermesnil, Henri-Baptiste Grégoire, envoya de tous côtés, le 13 août 1790, une circulaire pour obtenir des renseignements précis sur l'état des patois qu'il voulait immoler afin de réaliser l'unité du pays"(*))... Pero esto que puede llamarse "desviación de objetivos" no ha de hacer creer que la labor dialectológica durante el siglo XVIII fuera, ni mucho menos, estéril, entre otras cosas porque proporciona el marco sobre el que posteriormente se va a desarrollar nuestra disciplina; además, hay que tener presente que esa dialectología posterior no se desprende por completo de ciertas concepciones típicamente dieciochescas, y no por ello deja de ser dialectología en el sentido propio del término.

(*) S.Pop, Bibliographie des questionnaires linguistiques, p. 11.

2.4.3.

Citemos a continuación algunos de los ejemplos más significativos de la actividad dialectológica durante el siglo XVIII.

La utilización por vez primera de la parábola del hijo pródigo para recoger el habla vernácula ha de atribuirse a Jacques le Brigant, cuyo trabajo Elémens de la langue des Celtes Gomerites ou Bretons... (1778) termina con la traducción en lengua bretona de varios fragmentos de la Biblia, entre ellos la mencionada parábola; de este modo se inaugura una serie de gran aceptación, que representa en dialectología lo que los Mithridates en lingüística comparada: la compilación del material como exigencia previa de su estudio posterior. Coquebert de Montbret, en lo que puede considerarse la primera gran encuesta por correspondencia, cuyos resultados se publicaron en 1824 -la encuesta se inició en 1807- bajo el título Matériaux pour servir à l'histoire des dialectes de la langue française ou collection de versions de la Parabole de l'Enfant prodigue en divers idiomes ou patois de France, justifica así la elección del citado texto:

"La Parabole de l'Enfant prodigue est le morceau qui a été choisi à cause de la juste étendue et de la simplicité de la plupart des expressions qu'il renferme. L'Oraison dominicale qui a été préférée dans beaucoup d'ouvrages sur les langues [...] a paru ne pas réunir au même degré ce genre d'avantage"(*).

El panorama dialectológico de la época queda además configurado por una larga lista de aportaciones, las unas en forma de estudios y monografías, la mayoría dispersas en obras ajenas a nuestra disciplina, como libros de viaje u otras de índole varia. He aquí algunas de las que más directamente tratan las cuestiones dialectales.

(*) Apud S.Pop, La dialectologie, p. 20.

En 1775 publica J. Oberlin su Essai sur le patois lorrain de Ban de la Roche, que Gröber considera como el primer ensayo científicamente válido en dialectología, comparándolo con los "poco científicos" Dictionnaire provençal-français (1722), de S. Pellas, Dictionnaire languedocien-français (1775), de P. Sauvages, y Dictionnaire wallon-français (1787), de J. Cambrésier (27). Dentro del dominio franco-provenzal, un intento de clasificación y delimitación de estas hablas con respecto al alemán lo constituyen las Recherches sur les langues anciennes et modernes de la Suisse..., de Elie Bertrand (1758). Para el portugués, puede citarse la obra Regras da lingua portuguesa, espelho da lingua latina (1725), de Jerónimo Contador y Argote, cuya segunda edición contiene un capítulo titulado Dos dialectos da lingua portuguesa. En Italia, donde la toma de conciencia del problema dialectal viene desde antiguo, fueron múltiples las publicaciones de este tipo durante el siglo XVIII: diccionarios, ensayos, monografías, etc.; pueden destacarse el Vocabolario siciliano etimologico..., de M. Pasqualino (Palermo, 1785-1795), y el estudio Del dialetto napoletano (Nápoles, 1779), de Ferdinando Galiani. También en los países nórdicos hay un considerable desarrollo de los estudios dialectológicos: Johan Ihre, continuador de la labor del arzobispo Erik Benzeliuss, publica un léxico dialectal sueco, Swenskst dialect lexicon (Upsala, 1766) y el célebre Glossarium Suigothicum (I-II, 1769); Sven Hof, el Dialectus vestrogothica ad illustrationem aliquam linguae suecanae veteris et hodiernae (Estocolmo, 1772); sobre los dialectos noruegos cabe citar el Glossarium Norvagicum (1749), del danés Erik Pontoppidan.

Mención especial, por razones de proximidad, merece la labor que en el ámbito hispano llevaron a cabo el monje benedictino Martín Sarmiento y Gaspar Melchor de Jovellanos. Para Angel del Río, Sarmiento "merece [...] el título de precursor de la dialectología peninsular" (*), a pesar de que su obra ha permanecido mucho tiempo ignorada. Constituyen esta el Onomástico etimológico sobre la lengua gallega, los Escritos filológicos y los Elementos etimológicos, según el método de Euclides. Observaciones acertadas, intuiciones acertadas, metodología sorprendentemente moderna (como el empleo de encuestas por correspondencia), se aúnan en esta verdadera aportación a la ciencia dialectal española.

(*) "Los estudios de Jovellanos sobre el dialecto de Asturias", RFH, V, 1943, p. 212.

Las Instrucciones para la formación del diccionario del dialecto asturiano (1791), de Jovellanos, ocupan, según Pop, "une place très importante dans l'histoire de la dialectologie, puisqu'il s'agit, pour la première fois, d'un plan et d'instructions pour la rédaction d'un vocabulaire complet des mots dialectaux employés par la population des Asturies"(*). Jovellanos, de sólida formación filológica (entre sus lecturas se cuentan la Grammaire universelle de Court de Gebelin, el Glossaire de Du Cange, los diccionarios de la Academia francesa y de la Crusca, etc.), recibió la influencia del padre Sarmiento: según testimonio del autor, este último fue el artífice de su vocación por las cuestiones dialectales, quien le "inspiró esta curiosidad"(**). Aparte de las Instrucciones se pueden destacar otros dos trabajos de Jovellanos sobre el bable de Asturias: la Carta a D. Francisco de Paula Caveda y Solares sobre la formación de un Diccionario del dialecto asturiano, y un Diccionario geográfico de Asturias (1791) y el Apuntamiento sobre el dialecto de Asturias y lista de algunas palabras geográficas y geopónicas entresacadas por vía del ejemplo del dialecto de Asturias (1804) (28).

2.4.4.

Tras este breve e incompleto examen de los datos que configurarían la historia dialectológica del siglo XVIII, cabe preguntarse si son sostenibles las tesis de ciertos lingüistas que han historiado nuestra disciplina, para quienes este tipo de tentativas carece de valor o pasa simplemente desapercibido. Muy ilustrativas al respecto son las palabras de Dauzat que citamos a continuación, donde se evidencia una actitud negativa

(*) S. Pop, Bibliographie des questionnaires linguistiques, p. 12.

(**) Apud A. del Río, op. cit., p. 212, nota 2.

hacia los estudios anteriores a Rousselot y Gilliéron (no alude Dauzat explícitamente al siglo XVIII, pero no por ello queda este excluido de su tajante y severo juicio):

"[...] on ne saurait trop déplorer le temp [sic] perdu, surtout au siècle dernier, par des travailleurs de bonne volonté mais sans éducation scientifique, qui ont publié sur les patois des travaux sans valeur et à peu près inutilisables"(*).

Ante juicios de esta índole, bástenos esgrimir aquella frase de Mounin con que abríamos el presente capítulo: "la lingüística no estalla ... como una tempestad en un cielo sereno"; pensemos que, sin esos "travailleurs de bonne volonté" no hubiera sido posible la edad de oro posterior. Si sus trabajos son prácticamente inservibles, sus objetivos, por un lado, y el impulso creador de dichos trabajos, por otro, van a transmitirse a las siguientes generaciones, proporcionando así el punto de partida de una dialectología adulta. Pero además, en lo que al siglo XVIII se refiere, quienes menosprecian la actividad dialectológica de esa época olvidan, como apunta Jules Feller, que es entonces cuando "on avait commencé à les mettre [les dialectes] en glossaire"(**).

(*) Apud A.del Río, op. cit., p. 210, nota 4.

(**) Ibidem, p. 210, nota 4.

Notas

(1) Estas palabras de Mounin salen al paso de ciertas actitudes que no hacen sino suscribir juicios tan categóricos como este de Whitney:

"[La lingüística] es por completo obra de este siglo [...]. Estas investigaciones antiguas [anteriores al siglo XIX]... no han tenido por resultado nada que merezca el nombre de ciencia ... [de este siglo procede] el verdadero comienzo de una ciencia lingüística".

(W.D. Whitney, Language, pp. 1-3; apud Mounin, op. cit., p. 38)

(2) El caso de los hindúes es completamente aparte en lo que a lingüística descriptiva se refiere. Como nos recordaba Mounin en el capítulo anterior, puede muy bien atribuirse a estos la creación de nuestra ciencia. No se puede, en cambio, decir lo mismo acerca de la lingüística diferencial.

(3) La invención de la escritura supone ya un verdadero análisis lingüístico. Como dice Meillet:

"Los hombres que han inventado y perfeccionado la escritura han sido grandes lingüistas y son ellos quienes han creado la lingüística". (A. Meillet, reseña de Baudouin de Courtenay, B.S.L., apud Mounin, op. cit., p. 42.)

(4) Pensamos que, de la misma manera que la filosofía, el saber en general, tienen su origen en la contemplación de algo que nos admira, que nos causa extrañeza, el saber del lenguaje, el lenguaje como objeto de conocimiento, es consecuencia de la extrañeza ante el hecho de que otros hablen de manera distinta a la nuestra; en otras palabras, de la conciencia de diversidad lingüística.

(5) Así explica Robins la revolución cultural de la Grecia clásica:

"[...] toda rama viva del saber atrae a unos cuantos hombres, de iniciativa sobresaliente, que son capaces de hacerse con el control de la dirección y de responder positivamente a los retos que el presente hereda del pasado. Estas personas piensan con mayor profundidad y ponen en tela de juicio, con espíritu indagador, las teorías y prácticas aceptadas. Si una cultura no ha de permanecer estática, esas personas son una necesidad y, en nuestra propia historia europea, es afortunado el que la Grecia clásica produjera hombres de semejante genio, en número sin precedente hasta ahora, y

con cualidades sin precedentes en las muchas esferas del pensamiento y de la actividad humana" (R.H. Robins, Breve historia de la lingüística, p. 16).

(6) Como dice Robins:

"[...] muchas culturas poseen mitos etiológicos, que tratan de describir el origen del lenguaje o el de la lengua oficial de su pueblo. La concepción del lenguaje como don especial de un dios aparece repetidamente en culturas aisladas sin ningún tipo de contacto, y es muy significativa por el respeto concedido, con toda razón, por las personas reflexivas de una comunidad, a esta valiosa capacidad humana" (op. cit., p. 13).

Pensemos simplemente en los casos mencionados de los hindúes y los judíos -casos, por otra parte, bien atestiguados-, donde la reflexión lingüística va estrechamente ligada a la religión, sin olvidar que en este eje de implicaciones desempeña un papel importante la conciencia de diversidad y de superioridad de una forma lingüística por ser la "lengua de los dioses".

(7) Efectivamente, Herodoto narra cómo uno de los argumentos de los delegados griegos en favor de su unión temporal contra los invasores persas era el de que "toda la comunidad griega fuera de una sola sangre y de una sola lengua" (apud Robins, op. cit., p. 22).

(8) "La palabra bárbaros es elocuente: nacida por armonía imitativa para indicar gritos de pájaros, aplicada luego peyorativamente a los que no hablan griego, evoca la actitud frecuente en los pueblos primitivos, para quienes únicamente su lengua merece el nombre de tal, siendo comparadas las demás lenguas con emisiones animales o patológicas" (G. Mounin, op. cit., p. 97).

(9) Cabría preguntarse si la asimilación y transmisión culturales no son en sí mismas un hecho esencial de esa cultura, de la misma manera que el público contribuye con la comprensión de la obra del artista a convertirla en hecho cultural y darle trascendencia. Los propios romanos advirtieron claramente la misión que la historia les encomendaba y los medios que les permitirían desempeñarla. La célebre frase de Virgilio que alude al deber que tiene el pueblo romano de salvaguardar la paz, cauce indispensable de actividad cultural, ilustra bien este hecho:

"Que otros (los griegos) destaquen, si lo desean, en las artes, mientras que Roma sea la guardiana de la paz del mundo" (apud Robins, op. cit., p. 54.)

(10) Hay motivos políticos -extralingüísticos- que favorecen la dedicación especial de los romanos a las cuestiones gramaticales y que se resumen en el establecimiento y consolidación del imperio. En efecto, se hacía necesaria cierta política lingüística para lograr la unificación plena de las diversas comunidades que integraban ese imperio.

(11) Numerosos hechos atestiguan esta experiencia. Bien conocida es, por ejemplo, la admiración que los romanos profesaban a Mitridates, rey del Ponto, quien dominaba más de veinte lenguas correspondientes a las distintas comunidades lingüísticas que estaban bajo su mandato. Por otra parte, sabemos que, sobre todo en las primeras etapas de la conquista, hubo una gran demanda de intérpretes, sujetos bilingües y verdaderos agentes de la transculturación posterior.

Cabe reseñar, en otro orden de cosas, la intuición sobre las familias lingüísticas, mejor dicho, sobre las lenguas puras y las lenguas mezcladas, doctrina pre-comparatista que llegará hasta los albores del siglo XIX:

"Cuando, señala Pedersen, daban con un tipo de concordancia entre griego y latín, que nosotros hemos aprendido a explicar basándonos en una lengua más antigua, extinguida desde hace tiempo, y de la que habrían salido estas dos lenguas, no tenían otra solución que suponer un préstamo, o considerar una de las dos lenguas como origen de la otra. De este modo, el latín pasó con frecuencia por ser una forma corrompida del griego, y algunas observaciones superficiales dieron lugar a la suposición de que descendía de un dialecto griego particular, el eolio, hablado en las zonas costeras próximas a Troya, de donde la leyenda pretendía que Eneas, el antepasado de los romanos, había salido" (H. Pedersen, The Discovery of Language, pp. 2-3; apud Mounin, op. cit., p. 104).

(12) "Le romanisme est le domaine qui se prête le mieux à illustrer les développements linguistiques, et celui où les méthodes qui conviennent à l'histoire des langues se laissent le mieux discuter" (A. Meillet, Bull. de la Soc. de Ling. de Paris, t. XXIV, 1923 n°74, p. 80; apud S. Pop, La dialectologie, p. XXIII)

(13) E incluso de la sociolingüística, como señala Alvar en una de sus anotaciones a la Lingüística románica de I. Iordan, donde habla de:

"la fina captación de la realidad al tratar cuestiones de sociología lingüística" (nota 5 del capítulo I)

En la misma nota lo corrobora con una cita de Dante tomada de Jaberg:

"Discrepant in loquendo... convenientes in eodem nomi-

ne gentis, ut Napolitani et Caetani, Ravennates et Faventini; et quod mirabilius est, sub eadem civitate morantes, ut Bononienses Burgi Sancti Felicis et Bononienses Strate Maioris" (De vulgari eloquentia, I, IX, 4, cit. por K.Jaberg, Aspects géographiques du langage; apud I.Iordan, Lingüística románica, p. 4, nota 5).

(14) Dante distinguió tres familias lingüísticas en Europa: la germánica al norte, la latina al sur y la griega al este; para esta diferenciación examinó las formas de afirmación que, según las familias, eran semejantes en las distintas lenguas.

(15) No es este el lugar apropiado para hacer un análisis exhaustivo sobre las causas y consecuencias del papel desempeñado por el latín durante el Medievo. Diremos, sin embargo, que "sirvió de lengua franca en la vida medieval culta" (R.H.Robins, op. cit., p. 27), con lo que se constituyó en eje de la actividad científica y pedagógica de la época (indudablemente, a ello contribuyó el ser la lengua oficial de la Iglesia). No debe extrañarnos, por tanto, la consideración al uso en la Edad Media de que las demás lenguas "no han adquirido [...] la ilustración ni la fuerza suficiente para denotar un arte; son idiomas más débiles, según la expresión usada a menudo: sólo son vulgares" (G. Mounin, op. cit., p. 117). En este contexto, pues, es sumamente significativa la atención prestada a estos idiomas, que manifiesta la confección de las primeras gramáticas de lenguas vernáculas.

(16) "Esta especie de oposición entre las artes y los auctōres no era nueva en la Europa cristiana; algo parecido puede verse en la controversia sobre si San Jerónimo y algunos otros fueron culpables de preferir a Cicerón en vez de a las Sagradas Escrituras; con el nacimiento de la gramática especulativa esta oposición se agudizó y entró con todo vigor en los estudios lingüísticos. Llegó a ser el tema de una alegoría muy conocida, La batalla de las siete artes, en la que los auctōres, los autores clásicos a partir de Homero, están acampados en Orleáns, centro donde se habían atrincherado la erudición y la literatura clásica, y salen a combatir con los filósofos y representantes de las siete artes en París, centro importante de la lógica y la gramática especulativa [...]

En la alegoría las artes ganan, pero al final de la historia se profetiza que en su día la verdadera gramática de los textos clásicos volverá para vencer. Así sucedió, y lo fue como parte de uno de los muchos movimientos que modificando profundamente la forma de pensar dieron carácter y distinción al lado cultural e intelectual del Renacimiento, el cual significó a la vez

el resurgir completo del saber clásico y el nacimiento del mundo moderno" (R.H. Robins, op. cit., pp. 93-94).

(17) Sin embargo, anteriores son, por ejemplo, las Leys d'amor o L'aprise de la langue françoise, pero no puede decirse que estas obras constituyan gramáticas en el sentido actual del término.

(18) "[La Gramática de la lengua castellana] constitue la première "codification" du langage vulgaire; elle a eu une influence considérable sur l'étude de toutes les langues romanes et non romanes" (S. Pop, op. cit., p. 388).

(19) En Occidente, durante la Edad Media, los hechos fónicos pasan desapercibidos. Una excepción la constituye el Edda de Snorri. En el Renacimiento, en cambio, se empieza a tomar conciencia de la fonética, y la pronunciación de la lengua empieza a formar parte de la descripción de la misma. Se va imponiendo la necesidad de distinguir claramente el sonido de la letra, así como la necesidad de llevar a cabo una reforma de la ortografía para adecuar esta lo más posible a las producciones sonoras reales. Las gramáticas renacentistas contienen, cada vez más, referencias a la pronunciación; abundan los tratados: The introduction to write and pronounce frenche, de A. Berkley (1521); De pronuntiatione linguae gallicae (1580), de Cl. de Sainlien; De Francicae linguae rectae pronuntiatione tractatus (1584), de Théodore de Bèze, etc. Todo esto es consecuencia del interés por el habla viva, a diferencia de los intereses de los gramáticos medievales, aplicados casi exclusivamente al estudio de la elocución (existen incluso -y ello es bien significativo- obras sobre la pronunciación de las lenguas clásicas, como el De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione Dialogus, del propio Erasmo).

(20) "Ciertamente se viajaba antes del siglo XVI, pero el desarrollo de los viajes pone entonces en contacto a más gente con mayor número de lenguas nuevas. Busbecq y Guillaume Postel estuvieron en Constantinopla. Después de Francisco Javier, los jesuitas se instalan en China, en el Japón. El P. Thévet llega hasta el Río de la Plata; Moscovia llega a ser conocida por los ingleses y los holandeses. Boris Godunov envía estudiantes a París, etc. Se describen estos viajes, se aprenden estas lenguas, se las [sic] escribe [...]" (G. Mounin, op. cit., p. 128).

(21) En realidad, distinguió once familias, cuatro mayores y siete menores; dentro de cada una de ellas se podía establecer el parentesco de sus miembros, pero no el de las familias entre sí.

(22) Sobre la actividad lingüística y su fundamentación teórica en España durante esta época, puede verse F. Lázaro Carreter, Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII.

(23) Para delimitar la extensión de las lenguas en épocas anteriores, se sirvió del testimonio de los nombres de lugar y de ríos. Según esto pudo probar, por ejemplo, cómo el vasco, limitado, al igual que en la actualidad, a una pequeña zona de la frontera franco-española, tuvo en el pasado una extensión mucho mayor. La metodología que supone la utilización de este tipo de observaciones constituye uno de los pilares de la lingüística histórica, y más concretamente, de la teoría del sustrato.

(24) Linguarum totius orbis vocabularia comparativa (Petersburgo, 1787-1799).

(25) Llamamos la atención sobre la condición de misionero del padre Hervás, por lo que hubo de aprender numerosas lenguas indígenas, para así transmitir la doctrina cristiana; además de misionero, ejerció de bibliotecario en el Vaticano, donde pudo disponer de un considerable material bibliográfico que le permitió realizar su ingente obra. Hay que subrayar la importancia que tiene la actividad misional en el desarrollo de la lingüística, tal como se observa a partir del siglo XVI, época de los descubrimientos y colonizaciones. Mucho debe la ciencia del lenguaje a los misioneros y -digámoslo también- a los lingüistas judíos (en especial, la lingüística de nuestro tiempo). Este tipo de circunstancias merecería, a nuestro juicio, más que una simple consideración, acaso un amplio estudio, que evidenciaría, entre otras cosas, el papel que la observación de la diversidad lingüística y el uso del bi(multi)lingüismo desempeñan en la reflexión sobre el lenguaje en general.

(26) Podríamos citar, por ejemplo, a Gregorio Mayans y Siscar, cuya obra Orígenes de la lengua española se adelanta en cien años, según Pop, a Diez (op. cit., p. XXVIII). En un plano más propiamente comparativo (o histórico-comparativo) cabe mencionar aquí nombres como los de Job Ludolf, Edward Bluyd, Lambert Ten Kate etc.

(27) Véase Angel del Río, "Los estudios de Jovellanos sobre el dialecto de Asturias", RFE, 1943, V, p. 210, nota 4.

(28) No nos detenemos más en la obra de Jovellanos habida cuenta del ya citado artículo de Angel del Río, donde, aparte de "rescatar del olvido" una parte importante de su "obra tan abundante y variada", se pone de manifiesto "un capítulo interesante de la historia de los estudios lingüísticos en España, muy deficientemente conocida, y de los antecedentes de la dialectología peninsular moderna" (p. 209).

CAPITULO III

EL SIGLO XIX

La primera mitad del siglo XIX.- Lingüística histórica y lingüística comparada: Franz Bopp.- La consolidación: Schleicher.- La nueva lingüística.

"La lengua sánscrita, cualquiera sea su antigüedad, es de una estructura maravillosa; más perfecta que la lengua griega, más abundante que la latina, de una cultura más refinada que ambas, tiene sin embargo con ellas un parentesco tan estrecho, tanto en lo referente a las raíces verbales como a las formas gramaticales, que este parentesco no podría ser atribuido al azar. Ningún filólogo, después de haber examinado estos tres idiomas, podrá dejar de reconocer que se han derivado de una fuente común, que quizá no existe ya. Hay una razón del mismo tipo, aunque quizá menos evidente, para suponer que el celta y el gótico, aunque mezclados con un idioma completamente diferente, han tenido el mismo origen que el sánscrito; y podría añadirse a esta familia el antiguo persa..."(*)).

Estas palabras, pronunciadas en 1786, forman parte de una famosa comunicación que Sir William Jones leyó en la Royal Asiatic Society de Bengala, y representan lo que se ha venido en llamar el "descubrimiento" del sánscrito. Si cronológicamente habrían de haberse incluido al final del capítulo anterior, hemos

(*)W.Jones, Asiatic Researches, t. I, p. 422; apud G.Mounin, op. cit., pp. 164-165.

preferido presentar con ellas el que aquí se inicia, pues simbolizan el punto de arranque de la nueva era lingüística que ahora nos corresponde examinar.

No hubo, sin embargo, verdadero descubrimiento por parte de W. Jones, pues -como ya se ha indicado- desde el siglo XVI se conocía la lengua sánscrita y se habían atisbado sus semejanzas con el griego y el latín. El mérito de Jones no está, pues, en el descubrimiento propiamente dicho, sino en haber llamado la atención, de manera clara y explícita, sobre la relación genética entre el sánscrito y ciertas lenguas europeas, esto es, en haber planteado el problema del sánscrito en sus justos -y actuales- términos. A partir de entonces, el sánscrito acapará la atención de buen número de estudiosos; en París, y dirigido por Silvestre de Sacy, se creará un centro de estudios orientales al que acudirán, entre otros, los Grimm, los Schlegel, Humboldt y el propio Franz Bopp. Fruto de este clima de estudio e interés -en cuyo centro se encuentra el sánscrito-, surge una nueva orientación en los estudios del lenguaje -refrendada después con A. Schleicher y, sobre todo, los neogramáticos en el último tercio del siglo-, que representa para muchos el verdadero nacimiento de la lingüística tal como la entendemos actualmente.

En este capítulo analizaremos en qué consiste ese giro y qué incidencia tiene en la lingüística diferencial y, especialmente, en la dialectología. No habrá mención explícita de estudios dialectales -de los que nos ocuparemos en el capítulo siguiente-, pero sí, en cambio, un detenido análisis del marco histórico-científico en el que estos se van a desarrollar.

3.1. La primera mitad del siglo XIX

Más arriba nos hacíamos eco de una idea de Kukenheim según la cual habrían de distinguirse tres fases sucesivas que definen estos primeros pasos de la lingüística moderna: una primera, iniciada en el siglo anterior, que se caracterizaría por la compilación de datos (fiel exponente de la misma sería, por ejemplo, el Mithridates de Adelung); una segunda etapa -comparatismo estricto- que consiste en establecer relaciones internas entre el material recogido; y, por último, una tercera, que se desarrollará en gran parte en el segundo tercio del siglo, cuya tarea será sacar las conclusiones, o buscar las causas, de las analogías constatadas, y que tendrá una dimensión fundamentalmente histórica (1).

Por otra parte, si 1786, año del descubrimiento del sánscrito, puede ser considerado como fecha simbólica del cambio de rumbo que toman los estudios del lenguaje, será en 1816 -fecha también simbólica y año en que aparece la primera obra de Bopp- cuando la nueva lingüística tome carta de naturaleza. Recordemos con Robins que son hechos de significación histórica

"aquellos que se caracterizan por servir de eslabón en una cadena causal permanente, en la que los participantes posteriores parten de las posiciones adoptadas por sus predecesores. Este estado de cosas puede verse en el desarrollo y análisis gramatical de la antigua Grecia y también en el curso de la lingüística histórica del siglo que siguió a la declaración de Jones, durante el cual constituyó la principal rama de los estudios lingüísticos"(*).

Pues bien, la publicación del Konjugationssystem de Bopp supone, por un lado, el tránsito de la primera a la segunda fase que menciona Kukenheim, y por otro, el inicio de una actividad ininterrumpida en esa rama de la lingüística a que

(*) R.H.Robins, op. cit., p. 134.

alude Robins, circunstancia esta que, según dicho autor, le confiere verdadera trascendencia y valor científico. La obra de Bopp se va a erigir en representante de la actividad de un grupo de lingüistas que, durante los primeros decenios del siglo XIX, contribuyó a dar una nueva orientación a los estudios del lenguaje, propiciando de este modo la autonomía científica de la lingüística.

3.1.1.

Siempre resulta arbitrario establecer límites en el continuum del tiempo que se correspondan con períodos culturales bien diferenciados. Hay, sin embargo, hechos relevantes que nos permiten efectuar tales delimitaciones, por otra parte necesarias para la comprensión de esas diferencias y la ubicación cronológica de las mismas. Así, hablamos de los años 1786 y 1816 como las fechas que marcan, respectivamente, el inicio de la época que ahora examinamos y la consolidación del cambio que la define (ya se ha dicho, no obstante, que se trata más bien de fechas con valor simbólico). Ahora bien, ¿sucede lo mismo con 1850, límite de esa "primera mitad del siglo" que da título al presente apartado? ¿Cuál es el hito en la historia de la lingüística que hace posible hablar de una primera y una segunda mitad del siglo XIX? Efectivamente, existen dos períodos bien diferenciados, dentro de este siglo, en lo que a métodos y objetivos de nuestra ciencia se refiere. Pero no van a estar separados por el ecuador de un siglo, ni siquiera por el hecho decisivo que, siempre convencionalmente, marca fronteras cronológicas y que, para hacerlo en nuestro caso, debía estar situado en ese punto del tiempo. Sin embargo, ese hecho decisivo lo encontramos años más tarde en una de estas tres fechas: 1862, año en que Schleicher publica su obra capital sobre comparatismo; 1865, cuando

aparece la obra de este que mejor refleja su asimilación de las teorías darwinianas; ó 1878, año en que irrumpen en el panorama lingüístico los Junggrammatiker, a través de su órgano de difusión, la revista Morphologische Untersuchungen, cuyo primer volumen contiene ya la declaración programática de este movimiento. Si se quiere establecer un paralelismo con la época precedente, podría hablarse de inicio en 1862 ó 1865, y de consolidación en 1878.

Así, pues, nuestra delimitación en 1850 es doblemente arbitraria. Permitásenos, no obstante, dejar las cosas tal como están y entender esa "primera mitad" a grandes rasgos, o como el período entre 1786 y 1865, con lo que el convencionalismo quedaría reducido a un primer grado.

3.1.2.

El contexto ideológico-cultural en que se ha desarrollado la actividad de los lingüistas de la primera mitad del XIX se define -según una atinada apreciación de Mounin, de la que nos vamos a hacer eco- por dos caracteres no del todo independientes entre sí. Hay que considerar, en primer término, la curiosidad hacia los orígenes del pensamiento, de la religión, que demostraron los hombres de ciencia de la época:

"Se vuelve hacia el Oriente, se escudriñan las filosofías más arcaicas con la esperanza de encontrar en ellas revelaciones más satisfactorias sobre los orígenes del espíritu humano. Para la mayoría de los lingüistas que se forman entonces, según la palabra muy justa de Bréal, el estudio de la lengua es una servidumbre inevitable para acceder al pensamiento religioso"(*).

(*) Op. cit., p. 177.

Se trata de una corriente ideológica compleja que encuentra sus raíces en el siglo anterior, en la filosofía de las luces, como también señala Mounin.

A ello hay que añadir el influjo del romanticismo alemán, una de cuyas manifestaciones más típicas consiste en el desmedido interés hacia el pasado, con el consiguiente desarrollo de los estudios históricos. (Esta actitud histórica, en relación con el carácter antes mencionado, asoma ya en el siglo precedente: el romanticismo, en efecto, se deja sentir en los últimos decenios del XVIII con sus principales características suficientemente apuntadas -se habla, entonces, de prerromanticismo-.)

"La voluntad de promover los valores nacionales con el fin de dar al traste con el clasicismo francés, invasor y anquilosado, lleva a investigaciones históricas sobre el pasado germánico. A la antigüedad greco-romana se oponen las antigüedades nacionales; a las epopeyas greco-romanas, las epopeyas nacionales, Edda, Nibelungen, Ossian; después, una vez conocidos, el Ramayana, el Mahabharata. [...] se distingue con cuidado entre Kunstpoesie y Naturpoesie; [...] se erige la tesis de la creación popular espontánea, de la pujante intuición creadora de los pueblos primitivos [...]"(*).

A su vez puede advertirse una creciente admiración por la sabiduría y costumbres populares, que tiene su origen en las doctrinas sobre el "buen salvaje", de Rousseau. Visión histórica, pues, pero teñida de sentimientos patrióticos y prestando singular atención a la peculiaridad de los pueblos, verdaderos agentes de esa historia, según las concepciones románticas.

I. Iordan, que parte de la afirmación explícita de que el movimiento romántico es el responsable más o menos inmediato de la lingüística moderna, resume así el proceso de gestación

(*) Ibidem, p. 178.

de esta y la repercusión que en ella tuvieron las ideas románticas:

"[...] Pero la revelación del pasado sólo indirectamente lleva al conocimiento del alma humana, y éste era el objetivo supremo de los románticos. Entonces se inició la investigación de la lengua y literatura, las cuales nos dan informaciones directas sobre la vida espiritual de un pueblo. Por esta vía se llegó a la creación de la filología. Se empezó, por supuesto, con el estudio de las lenguas y literaturas clásicas, que desde los tiempos del Humanismo y del Renacimiento no habían dejado de despertar el interés y la admiración de los europeos; después se sumaron a ellas la literatura y la lengua sánscritas, las cuales, por muchos motivos, debían atraer a los románticos, deseosos de misterio y exotismo. No debemos olvidar, sin embargo, que el romanticismo aparece como una reacción contra el clasicismo, que, con la severidad de sus reglas, impedía, aunque no aniquilara completamente, la libertad del poeta. De este modo las lenguas y literaturas modernas adquieren a los ojos de los románticos un valor notable, hecho que lleva rápidamente a la creación de la Filología Germánica, primero, y a la de la Románica, después" (*).

3.2. Lingüística histórica y lingüística comparada: Franz Bopp

Poco a poco, a lo largo del siglo XIX se van poniendo los cimientos científicos de la lingüística:

"De l'étape des "curiosités linguistiques et de l'érudition, nous passerons alors à l'étape de la "science", qui s'annonce dès Leibniz et M. Mercier, auteur d'une Lettre sur la possibilité de faire de la grammaire un

(*) Op cit., p. 9 (hemos respetado el procedimiento de realce empleado por Jordan).

art-science aussi certain dans ses principes, aussi rigoureux dans ses démonstrations, que les arts-sciences physico-mathématiques(1806)"(*).

En este y sucesivos apartados examinaremos la obra de los estudiosos que más han contribuido a la consolidación científica de nuestra disciplina. El examen se llevará a cabo: 1º) atendiendo, más que a los aspectos concretos de las obras en cuestión, a la línea teórica o metodológica en que se inscriben (o que inauguran), de modo que sea su significado o alcance históricos lo que aparezca con mayor nitidez; 2º) aplicándonos en determinar los rasgos generales de la época, esto es, qué es lo que la diferencia de la precedente y qué le falta por lograr con respecto a la posterior; 3º) orientándonos hacia lo "diferencial" -que lo es casi todo en esta época-, es decir, procurando mostrar el desarrollo de subdisciplinas -lingüística comparada, lingüística histórica, dialectología propiamente dicha ...- que participen del aludido carácter. (Esta enumeración de objetivos no implica su consideración por separado ni en el mismo orden correlativo.)

3.2.1.

F.von Schlegel, en su Ueber die Sprache und Weisheit der Indier (1808), es el primero en utilizar ampliamente el término gramática comparada -aunque su paternidad se debe a Raynouard (2)- y el primero en demostrar con toda claridad la relación genética de las lenguas indoeuropeas. Su comparatismo, en todo caso, es incipiente: priman en él motivaciones extralingüísticas

(*) L.Kukenheim, op. cit., pp. 51-52.

-históricas, filosóficas, ¿místicas?--; la comparación y sus términos apenas son apuntados; si bien no identifica el sánscrito con la tan buscada Ursprache, le atribuye superioridad estructural y mayor antigüedad sobre las demás, que se derivarían de ella. Por eso se cita a Schlegel simplemente como precursor, y no como creador de la gramática comparada.

El nacimiento de esta lo sitúan todos, pero especialmente los lingüistas alemanes, en 1816, fecha de publicación del Konjugationssystem de Bopp. Sin embargo, de 1814 data una Investigación sobre el antiguo noruego o islandés, memoria manuscrita de Rasmus Rask en respuesta a un tema-concurso que la Academia Danesa de las Ciencias había propuesto tres años antes; esta memoria no será publicada hasta 1818 y traducida al alemán, aunque mal y parcialmente, en 1822. Rask, cuyo trabajo se centra sobre las lenguas germánicas, es el primero en formular una ley fonética, la de las mutaciones consonánticas germánicas, llamada "ley de Grimm". Para Pedersen, Rask ha escrito el primer esbozo de una gramática comparada, pero con faltas, muchas de las cuales habría podido subsanar si hubiera vivido más tiempo y menos dedicado a empresas de otra índole (*). En general, se le considera -siguiendo en esto la opinión de Meillet- más científico, riguroso y moderno que a Bopp, solo que un cúmulo de circunstancias (escribe en danés, no tiene en cuenta por completo el sánscrito, se le conoce tarde, vive poco...) ha impedido hacer de él el fundador de la gramática comparada (3).

(*) The discovery of language, apud G.Mounin, op. cit., p. 174.

3.2.2.

La figura de Franz Bopp se erige en símbolo de la nueva lingüística, o de la lingüística simplemente, sin adjetivos, pues la opinión más generalizada hace partir nuestra ciencia como tal de 1816. Su obra, orientada fundamentalmente hacia el ámbito diferencial, no trata, sin embargo, cuestiones propiamente dialectológicas; ello no obsta para que la dialectología -como disciplina integrada dentro de la lingüística- le deha, de manera indirecta, parte de su fundamentación teórica y metodológica. Pero, además, Bopp se cuenta entre los que crearon un clima científico tan decisivo en el nuevo rumbo que toman los estudios lingüísticos y, más tarde, los dialectológicos. Todas estas razones nos mueven a detenernos en aquellos aspectos de la obra de Bopp que presenten conexión con la materia que nos ocupa, aun sin entrar en un análisis pormenorizado de su producción concreta.

A los 25 años, y tras una fructífera estancia en París, donde entra en contacto con los pioneros del comparatismo, así como con las ideas de los enciclopedistas, publica Bopp su memoria Ueber das Konjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache. A partir de entonces, inicia una larga actividad como comparatista que le instalará en la cátedra de sánscrito -creada para él por Humboldt- de la Universidad de Berlín. Dicha actividad culminará con su Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Send, Armenischen, Griechischen, Lateinischen, Litauischen, Altslavischen, Gotischen und Deutschen (1833-1852), de influencia decisiva en indoeuropeística y lingüística comparada. Una labor, pues, de cerca de medio siglo, con notables evoluciones, progresos y cambios de óptica, que hace difícil su caracterización de un modo unívoco.

Efectivamente, si en un principio Bopp participa del espíritu que anima los trabajos del comparatismo ingenuo, pronto su producción se irá despojando -aunque no por completo- de ese lastre de misticismo metafísico, haciéndose cada vez más técnica y objetiva, hasta el punto de acreditar a su autor como -en opinión de Kukenheim- "un positiviste avant la lettre"(*). Se podría añadir: un positivista a pesar suyo, porque nunca renunció, a través de la reconstrucción histórica, a alcanzar ese primitivo estado del lenguaje del que pensó que el sánscrito era uno de sus testimonios más próximos. Es significativo, en este sentido, el prólogo de su maestro Windischmann al Konjugations-system, donde se pone de manifiesto el propósito que guiaba a Bopp al hacer su gramática comparada:

"[Se] consagra ante todo a la investigación de las lenguas porque espera llegar por este camino a un conocimiento más íntimo de la naturaleza y de las leyes del espíritu humano"(**).

Los resultados, en cambio, no vinieron a corroborar estas esperanzas: esa especie de lingüística trascendente solo se quedó en las intenciones, porque Bopp se dedicó cada vez con más ahínco a estudiar las lenguas en sí mismas, como afirma en el prólogo de su Vergleichende Grammatik:

"Las lenguas de que trata esta obra son estudiadas por sí mismas, es decir, como objeto y como medio de conocimiento"(***)).

Frases como esta son las que definen a su autor como el menos romántico de los lingüistas de su época, "más apasionado por el Kleinarbeit que por la amplia Geisteswissenschaft"(****),

(*) L. Kukenheim, op. cit., p. 65.

(**) Apud G. Mounin, op. cit., p. 177.

(***) Ibidem, p. 184.

(****) Ibidem, p. 183.

que presidía los estudios filológicos de sus contemporáneos.

A diferencia de estos, por ejemplo, dejó de considerar el sánscrito como la protolengua de donde salieron todas las demás:

"No creo -escribe en los Anales de literatura oriental- que haga falta considerar como salidas del sánscrito el griego, el latín y las demás lenguas de Europa [...] Me veo más bien llevado a considerar todos estos idiomas sin excepción como modificaciones graduales de una única y misma lengua primitiva"(*).

A esa lengua la llamó indoeuropeo, en contra de la nomenclatura más generalizada a partir de Klaproth de indogermánico:

"No puedo aprobar -escribe- la expresión indo-germánico, ya que no veo por qué razón se va a tomar a los germanos como representantes de todos los pueblos de nuestro continente"(**).

He aquí una buena prueba de objetividad y serenidad científicas, precisamente en unos tiempos en que el nacionalismo alemán, fruto del movimiento romántico, estaba en plena efervescencia. Libre de prejuicios, poco dado a la especulación, Franz Bopp imprimió un nuevo carácter a los estudios del lenguaje, dándoles justificación por sí mismos.

En cuanto a sus doctrinas lingüísticas propiamente dichas, puede decirse que están por completo superadas: "su teoría fundamental -como afirma Mounin- está muerta"(***). Sin embargo, situados en el contexto histórico en que esta surgió, no se puede ignorar su capital importancia. En efecto, Bopp no solo sentó las bases de la lingüística histórica posterior, sino que supo dotar de autonomía a la ciencia que practicaba, librándola

(*) Ibidem, p. 180.

(**) Ibidem, p. 183.

(***) Ibidem, p. 180.

de todo ese bagaje más o menos filosófico que le impedía su propio desarrollo.

3.2.3.

Asistimos, además, con Bopp al nacimiento de la lingüística histórica, porque su gramática comparada, a diferencia de los tratados y compilaciones anteriores, no se limitaba a establecer correspondencias entre las lenguas objeto de la comparación, sino que indagaba las causas de su similitud y consiguiente divergencia; es decir, la gramática de Bopp contenía ya un método histórico gracias al cual era posible remontarse hasta el origen de las lenguas comparadas, método cuya expresión más pictórica la dará años más tarde Schleicher con su esquema arborescente. Ahora bien, aún estamos lejos del historicismo a ultranza que caracterizará la lingüística de finales del XIX y principios del XX, que tiene sus antecedentes más claros, no ya en Bopp, sino más bien en Diez y Grimm, creadores, respectivamente, de la romanística y la germanística.

En este punto, conviene hacer alguna precisión sobre los conceptos de lingüística histórica y comparada, que, aunque distintos, no suelen considerarse por separado. Estrictamente hablando, no habría lugar a confusión entre ambas disciplinas, por cuanto la gramática comparada tendría como objetivo principal el señalar las semejanzas formales entre dos o más lenguas y, secundariamente, explicar la causa de este parecido: su parentesco genético; la gramática histórica, por el contrario, no se aplica necesariamente a un haz de lenguas, sino más bien a una serie sucesiva de estados de una misma lengua, mostrando su línea evolutiva a través del tiempo. Es decir, la misión de la gramática comparada se cumple una vez demostrado el parentesco genético de las lenguas que son objeto de estudio, sin necesidad de mostrar

su historia paso a paso. La gramática histórica, en cambio, no agota sus posibilidades tras la reconstrucción de un determinado estado de lengua; puede ir más allá. En tanto que no encuentra más límites que los que convencionalmente señalan los intereses concretos de la investigación, cabe hablar, más que de lingüística o gramática histórica, de método histórico, aplicable a tal o cual lengua o grupo de lenguas y en tal o cual período de su historia.

Sin embargo, lo que en teoría aparece nítidamente diferenciado en la práctica no lo está, porque el comparatismo, al menos a partir de Bopp, no ha dejado de tener preocupaciones históricas. Precisamente en esto se oponía a esa otra "gramática comparada" de los siglos anteriores, que hacía de la Ursprache el objeto de sus intereses y especulaciones (con ribetes filosóficos o metafísicos). El comparatismo del XIX promueve, en cambio, el desarrollo del método histórico. Por eso se suele hablar de un siglo histórico-comparatista dividido en dos etapas: la primera, orientada en especial hacia el comparatismo; la segunda, más propiamente histórica. Así, por ejemplo, Bréal puede advertir el paso de una a otra, en 1868; cuando escribe:

"De este modo, nuestra ciencia va desarrollándose constantemente, y tendiendo cada vez más a cambiar su denominación de gramática comparada, que puede prestarse a equívocos, por su nombre verdadero, el de gramática histórica"(*).

La gramática comparada, entendida como la entendieron Bopp y sus seguidores lleva, pues, el germen del historicismo, de manera que el interés de los estudiosos fue desviándose hacia los problemas históricos de las lenguas (¿"historia por la historia"?). Es así como en plena época del comparatismo -si nos

(*) Idées latentes, p. 5; apud G. Mounin, op. cit., p. 187.

atenemos a esa consideración de dividir el siglo XIX en dos etapas- surgen las primeras manifestaciones de la lingüística histórica: la Deutsche Grammatik de Jakob Grimm (1819-1837) y la Grammatik der romanischen Sprachen de Friedrich Diez (1836-1844), obras con una orientación historicista y comparatista a la vez, que abren la vía de los estudios históricos de las lenguas germánicas y románicas, respectivamente.

Estos hechos han de entenderse, por un lado, como el punto de arranque de una nueva disciplina -la lingüística histórica- dentro de los estudios del lenguaje, y por otro lado, como el desarrollo natural de la lingüística comparada. A las obras de Grimm y Diez sucedieron otras de parecida índole para las lenguas célticas -Zeuss-, eslavas -Miklosich y Leskien-, clásicas -Curtius-, etc., que representan la ramificación y parcelación de la lingüística indoeuropea. Con ello, la comparación irá dando paso al enfoque histórico -cada vez más preciso e intensivo-, que paralelamente alcanzará mayor autonomía y justificación por sí mismo.

La propia indoeuropeística se beneficiará de los resultados obtenidos por las ciencias que nacieron de ella, al contar desde su base con el método histórico. Las obras de Pott y Rapp (4), por ejemplo, son una buena prueba del cambio operado en este sentido y una primicia de la acentuación que dicho cambio recibirá con la escuela neogramática.

Además de un específico interés por la historia paso a paso de las lenguas, hay que constatar la importancia que se va otorgando a la fonética y los procesos fisiológicos. En fin, se perfila de este modo un conjunto de factores que determinan el giro de la lingüística a mediados de siglo -dentro de la línea marcada por Bopp-, en consonancia con el clima cultural y científico de los nuevos tiempos -singularmente con el adveni-

miento de las teorías darwinianas-. En palabras de Kukenheim:

" "Ainsi les linguistes se détournent peu à peu de la langue écrite et des "belles lettres", en même temps qu'ils cessent de croire à l'immobilité du langage. Cette évolution ne va pas, cela s'entend, sans véhémentes protestations du côté des latinistes et des hellénisants. Ceux-ci, en effet, considéraient avec une grande réserve et retenue, sinon avec une méfiance croissante, que la langue "se déshumanisait" par certaines "lois" et "formules" qui ne rappelaient que trop les méthodes des sciences telles que la physique et la physiologie [...] Mais la nouvelle orientation fut irrésistible quand s'y joignirent les renforts de la biologie: en 1859, Charles Darwin publia son On the Origin of Species by Means of Natural Selection, d'après lequel toutes les plantes et tous les animaux ne dérivent que de quelques rares espèces fondamentales, peut-être même d'une seule"(*).

3.3. La consolidación: Schleicher

La figura más representativa de la segunda etapa del siglo XIX (o de la transición de la primera a la segunda) es, sin duda, la de August Schleicher (1821-1868), maestro indiscutible de la lingüística y del que puede decirse que culmina el período iniciado con Bopp. Sobre su obra afirma Mounin:

"se puede definir como el último de los grandes sistemas a la manera del siglo XVIII en el sentido que está edificado sobre a priori filosóficos; y la primera de las grandes síntesis modernas, en la medida en que trata de presentar un punto de vista integrado por el conjunto del saber lingüístico de su tiempo"(**).

(*) Op. cit., p. 67.

(**) Op. cit., p. 205.

La obra de Schleicher supone uno de los pasos más decisivos hacia la constitución de la lingüística moderna, aunque, como acabamos de ver, no está exenta de apriorismos e interpretaciones metafísicas al estilo de épocas anteriores. De particular interés para nuestros propósitos son algunos aspectos de sus teorías, verdadero hito en la historia de la lingüística diferencial.

3.3.1.

Como ya se ha indicado más arriba (véase especialmente 3.1.1.), Schleicher representa la transición de la primera mitad del siglo XIX -presidida por el movimiento romántico- a la segunda -influida poderosamente por el positivismo-. Ambos caracteres se dan cita en la obra de Schleicher, como apuntaba Mounin en la cita anterior. Ahora bien, por paradójico que resulte, encontramos en un mismo hecho -"visto" de dos maneras- la manifestación de ese doble carácter aludido. En efecto, la concepción de Schleicher de las lenguas como organismos es apriorística, ingenua y "primitiva" en lo que tiene de metafísico (lo mismo podría decirse de toda su lingüística general); pero es "moderna" en lo que tiene de metodológico. Como es sabido, Schleicher, hijo de naturalista e iniciado en la materia, trata de aplicar a la lingüística los principios de las ciencias naturales y, especialmente, las teorías evolucionistas darwinianas, de donde resulta la equiparación de la lengua a un organismo vivo. Esto mismo ya lo habían hecho Bopp y otros lingüistas. Pero lo que en ellos no pasaba de ser algo metafórico, en Schleicher cobra valor operativo y se constituye, no solo en el fundamento de toda su doctrina, sino en piedra angular de los estudios lingüísticos que van a venir después.

Estamos ante un hecho de capital importancia en la historia de nuestra disciplina: la manifestación más o menos explí-

cita de que las lenguas se pueden y se deben estudiar objetiva-
mente, al igual que lo hacen la biología y la botánica con los
organismos biológicos, con los cuales las lenguas guardan simi-
litudes. Prescindiendo de lo exacto o afortunado de la compara-
ción, de lo que no cabe duda es de la validez -o eficacia- de
la base ideológica que la inspira, que se traduce, ni más ni
menos, en la posibilidad de hacer del estudio del lenguaje un
estudio científico (5).

3.3.2.

De entre las aportaciones concretas de la obra de
Schleicher, su teoría del árbol genealógico de las lenguas es,
sin duda, la más famosa y la que se mantiene hoy día con mayor
vigencia. En efecto, este modelo, aunque en cierto modo supe-
rado, constituye el marco de referencia tácito de todas las
reflexiones en la indoeuropeística actual, su punto de partida.
Por suficientemente conocido, huelga toda explicación sobre la
naturaleza de dicho modelo, pero sí, en cambio, se hace necesá-
rio retener aquí alguna de sus características, poniendo de re-
lieve la repercusión que tuvo y ha tenido, y las controversias
a que ha dado lugar.

La aceptación de que gozó en su época la Stammbaumtheo-
rie fue inmensa. De enormemente trascendente hay que calificarla,
como lo prueba el hecho de que, aún hoy, historiadores de las
lenguas y dialectólogos, por ejemplo, acudan a esquemas arbóreos
semejantes cuando tratan de dar explicación genética a determina-
dos estados de lengua o de fragmentación dialectal. Ello, sin em-
bargo, no significa que el modelo, tal como lo elaboró y presen-
tó su autor, haya salido airoso de todas las críticas. Por el
contrario, estas han puesto de manifiesto su excesivo esquematis-
mo, que no tiene en cuenta la verdadera complejidad de los hechos.

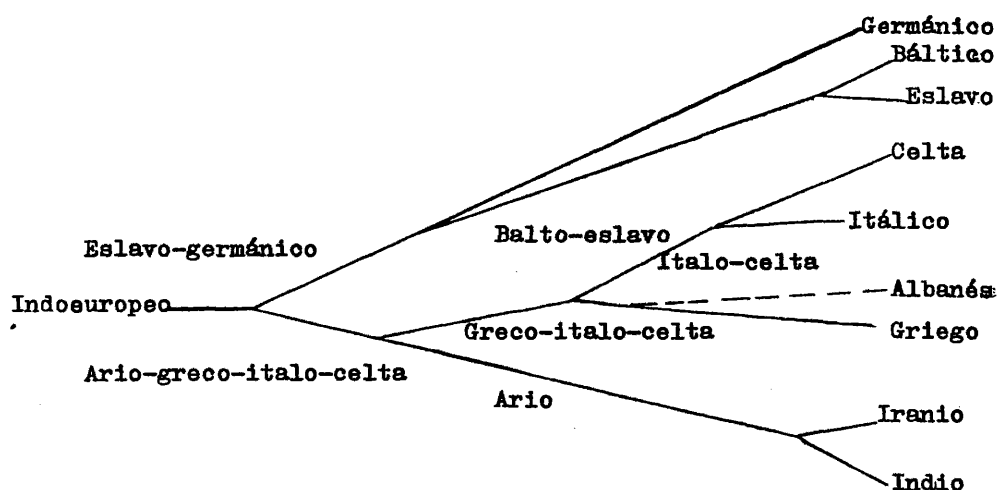


Fig. 1: Esquema del árbol genealógico de las lenguas indoeuropeas según Schleicher (tomado de E.Villar, Lenguas y pueblos indoeuropeos, p. 25).

Así, una interpretación al pie de la letra de la Stammbaumtheorie sugiere que las lenguas se separan de manera radical, dando lugar a estados bien definidos y homogéneos (6), que a su vez se subdividen de la misma forma. La dialectalización se representa como un rasgo reciente de la evolución, es decir, al final de las ramas del árbol; todo, en cambio hace pensar que dicho proceso se dio desde el principio, incluso en la protolengua: una observación sobre el desarrollo y condiciones "vitales" del lenguaje lleva a creer, en el caso del indoeuropeo, en una primitiva y, por otra parte, incesante fragmentación dialectal. El modelo arbóreo tampoco contempla un hecho que la posterior teoría

de las ondas -Wellentheorie- se encargó de poner de relieve: la influencia mutua de las lenguas que, aun siendo distintas, se encuentran próximas geográficamente. Para la Stammbaumtheorie, toda afinidad entre dos lenguas se explica solo por una anterior unidad o es fruto del azar; en otras palabras, una vez separadas dos lenguas del tronco común -como dos ramas de un árbol- sigue cada una su propio camino, sin interferencias posibles entre sí, lo cual parece, claramente, una simplificación extrema.

Estas y otras objeciones no invalidan, sin embargo, el modelo genealógico de Schleicher (o, al menos, no por completo). La aceptación, por ejemplo, de la teoría de las ondas, que explica el parentesco entre las lenguas indoeuropeas de manera antagónica a como lo hace el esquema arborescente, no exige el total abandono de este último, sino, más bien, una interpretación más prudente y flexible del mismo. Esa interpretación pasaría por el reconocimiento de que la Stammbaumtheorie supone el primer intento ambicioso de sintetizar y representar todos los conocimientos relativos a una familia lingüística, concepto este que le debe su propia elaboración; en segundo lugar, dicha interpretación habría de tener en cuenta que, por encima de sus puntos vulnerables, el modelo representa el eje o esqueleto de toda reflexión en torno al parentesco lingüístico; y, por último -y consecuencia de lo anterior-, lo consideraría como un modelo abierto, susceptible de mejoras y modificaciones, y no únicamente aplicable a la situación para la que fue ideado (el esquema arborescente, en este sentido, forma parte tanto de la indoeuropeística como de la lingüística general).

En resumen, pues, la teoría del árbol genealógico de las lenguas constituye un considerable esfuerzo de sistematización, aunque excesivamente rígido y acaso precipitado. Sin embargo, como acabamos de ver, ello no significa su total rechazo.

Otro tanto podría decirse de la lingüística general de Schleicher, en especial de su tesis sobre la lengua como organismo, concepción errónea en sí misma, pero de la que se extrajo uno de los principios metodológicos fundamentales de la lingüística moderna: la necesidad de estudiar el lenguaje desde un punto de vista objetivo. Serán los neogramáticos -como veremos seguidamente- quienes hagan de este principio profesión de fe, elevándolo a la categoría de dogma de la nueva lingüística que proclaman.

3.4. La nueva lingüística

Los tratados e historias de la lingüística actual suelen tomar como punto de arranque la escuela neogramática. Pensemos que la formación -y, en buena medida, la labor- de quienes son considerados fundadores de la moderna orientación de la lingüística, Saussure y Bloomfield, sigue las líneas de dicha escuela; pensemos también que gran parte de las pautas metodológicas de esta permanece aún en vigencia, más o menos tácitamente, y que representa uno de los pilares en que se asienta la instrucción del lingüista de hoy -como reza el conocido aserto: "todos somos neogramáticos"- . Ello explica la consideración de esta escuela como el verdadero inicio de la lingüística contemporánea; o bien, dentro de nuestra concepción evolutiva, como una marcada inflexión ascendente hacia la constitución y "toma de conciencia" de la lingüística como disciplina científica.

La pretendida ruptura de la lingüística posterior -estamos pensando, sobre todo, en el estructuralismo- con la tradi-

ción neogramática lo es solo en cierto modo: fundamentalmente en cuanto al enfoque sincrónico que preconiza aquella frente al diacrónico de esta. En cambio, muchos de los presupuestos estructurales -en particular, todo lo referente a la actitud del estudio- ante el hecho lingüístico: observación directa, inmanentismo, exigencia de rigor científico, etc.- son herederos directos del programa de los neogramáticos. Es como si, a partir de esta escuela, quedara configurada la impronta, el estilo del nuevo lingüista, que, de ahora en adelante, abandonará la mera especulación, el devaneo metafísico sin fundamento sólido, para aplicarse al dato concreto, al testimonio directo, como toda posible explicación de la realidad lingüística objeto de estudio.

En otro orden de cosas, la vinculación de la neogramática con la actual lingüística histórica es mucho más estrecha. En este campo puede decirse que no se ha hecho más que continuar -eso sí, desarrollándola considerablemente- la labor iniciada por los "jóvenes" lingüistas de la escuela de Leipzig. Solo en los últimos tiempos se están revisando algunos de sus principios, pero sin que se haya llegado a una ruptura metodológica completa.

Digamos por último que en esta época, dominada de lleno por los neogramáticos, los estudios dialectológicos cobran un impulso más que notable. Cuál es el marco teórico-ideológico en que tiene lugar este avance, cuál es el influjo ejercido por la neogramática en dialectología, cuál es el alcance de sus postulados e hipótesis en el ámbito dialectal, son cuestiones, pues, que hay que plantearse a la hora de mostrar el desarrollo de la lingüística diferencial. Y es lo que vamos a hacer en este apartado, dedicado íntegramente a tratar de caracterizar el "pensamiento" de los neogramáticos.

La tarea no resulta ni mucho menos simple, porque este

movimiento no es tan homogéneo como suele pensarse; además, aun entre sus más genuinos representantes y sus expresiones más puras, existe buena dosis de ambigüedad y contradicción -!y no solo en lo que va de la teoría a la práctica!(7)-. Un análisis matizado de la obra de los neogramáticos, siquiera centrado en sus aspectos teóricos, requeriría, por tanto, un planteamiento acorde con esta circunstancia. Tal labor excede con mucho nuestras posibilidades y se aparta de nuestros intereses específicos. De aquí que el presente apartado se mueva entre dos coordenadas opuestas: la exigencia de mostrar los hechos en toda su complejidad y la necesidad de simplificación derivada de la importancia marginal que el tema posee en el conjunto del trabajo.

3.4.1.

Hagamos "historia". En 1878 aparece en Leipzig el primer tomo de una revista que sería el órgano de expresión del movimiento neogramático: Morphologische Untersuchungen, cuyos editores -Brugmann y Osthoff- firman un prólogo que pasa por ser el manifiesto de la naciente escuela. Antes, se habían producido una serie de hechos poco edificantes que, por conocidos y más anecdóticos que trascendentes, no vale la pena recordar. Dichos acontecimientos y el tono agresivo y desafiante del manifiesto hicieron que a poco surgiera la polémica, enconada y recrudecida por la intervención de unos y otros, dando lugar a una radicalización de posturas y a la consiguiente formación de incondicionales adeptos -la "escuela"- y firmes detractores. La pretendida brecha entre "jóvenes" -seguidores de Brugmann y Osthoff- y "viejos", la distancia entre una "antigua lingüística" y la "nueva lingüística" en ciernes no era tanta, como veremos a continuación.

Em efecto, precisamente uno de los argumentos que se esgrimieron contra las doctrinas de los Junggrammatiker -apelativo que ellos mismos aceptaron con sumo gusto- era el de que sus ideas no tenían nada de novedoso, que todo cuanto afirmaban se encontraba ya en Grimm y en otros sabios, incorporado al patrimonio científico de la lingüística. Pero lo que no supo ver este tipo de crítica -sustancialmente válida- fue lo que a nuestro juicio constituye el principal mérito de los neogramáticos: ellos supieron reunir lo que se presentaba disperso, hacer explícito lo que estaba simplemente aludido; en suma, poner orden dentro de los estudios del lenguaje y encauzar la investigación lingüística hacia metas bien definidas (8).

Se considera que son tres los núcleos o ejes en torno a los cuales gira toda la doctrina de los neogramáticos: leyes fonéticas, historicismo y psicologismo. Por este orden vamos a someterlos a continuación a un examen algo detenido, a raíz del cual quedará patente el significado intrínseco del movimiento dentro de la lingüística y sus importantes implicaciones en la vertiente diferencial de nuestra ciencia (concretamente, en la dialectología).

3.4.2.

Es bien conocida la actitud de los neogramáticos con respecto a las leyes fonéticas, cuyo más claro exponente lo constituye la célebre frase de Osthoff:

"Die Lautgesetze wirken blind, mit blinder Notwendigkeit"(*).

Tres años antes de la publicación de las Morphologische Untersuchungen, K. Verner había enunciado una ley que, a su vez, explicaba las excepciones a la ley de Grimm sobre la mutación

(*) Apud L. Kukenheim, op. cit., p. 83.

consonántica en germánico, problema que había turbado a los lingüistas pre-neogramáticos. Poco después, A. Leskien formulaba por primera vez de manera categórica un principio similar al antes aludido de Osthoff:

"Si se considera posible la existencia de todo tipo de desviaciones casuales, que pueden relacionarse unas con otras, esto significa, en realidad, que la lengua no es accesible a un conocimiento científico"(*).

El descubrimiento de Verner proporcionó un apoyo real al principio de indefectibilidad de las leyes sonoras, al que llegó Leskien y del que se hicieron eco Brugmann y Osthoff (9). No obstante, la necesidad del mismo no se deriva tanto de una comprobación empírica de sus efectos, como de la imposibilidad de hacer ciencia sin atenerse a él. Este es el sentido de la propia formulación de Leskien arriba reproducida. Y este es el significado profundo de lo que suele considerarse lema de los neogramáticos: la inexorabilidad ciega, independiente de los individuos, de la ley fonética.

Desde principios de siglo -cuando tuvo lugar el nacimiento del comparatismo-, pero, sobre todo, a raíz de la publicación del Kompendium, de Schleicher, época en que se multiplicaron las investigaciones y trabajos sobre las lenguas indoeuropeas, la base que sustentaba el edificio de la lingüística histórica y comparada era la creencia -tácita- en la regularidad de los cambios fonéticos. Los neogramáticos la elevaron a la categoría de dogma y llevaron este hasta sus últimas consecuencias, cosa que no se había hecho antes por simple descuido o porque los hechos se encargaban de contradecir dicha regularidad. Como muy bien afirma Heschen:

"la indefectibilidad es [para los neogramáticos] un postulado científico apriorístico. Si se mantiene la fe huma-

(*)Apud I. Iordan, op. cit., p. 29.

nística en las ciencias del espíritu, en la flexibilidad, autonomía e irrepeticibilidad de lo humano, ello significa que lo humano no es científicamente describable. Pero si no se acepta esto último, entonces no le queda a uno más que partir de la validez de una concepción reglista, si no se quiere caer de nuevo en la arbitrariedad y subjetividad. Así, pues, en el puesto de un apriori empírico entra ahora un apriori teórico-científico, en el que se expresa la absoluta fe de los neogramáticos en la posibilidad de comprender el mundo mediante una ciencia positiva mecanicista"(*).

Al lado de la ley fonética, y un poco en compensación de sus efectos, "la creación de formas lingüísticas nuevas por medio de la analogía desempeña un papel muy importante en la vida de las lenguas modernas"(**) y (10). Para los neogramáticos el principio de la analogía, que es de naturaleza psíquica, se opone -y, consiguientemente, actúa en oposición- al principio mecánico que representa la ley fonética. Osthoff y Brugmann insistieron mucho en hacer ver la importancia de aquel principio en el desarrollo de las lenguas, y criticaron con vehemencia a los lingüistas que solo se fijaban en los aspectos materiales de estas, aplicándose únicamente en describir lo puramente mecánico. Ello podría hacer pensar que Osthoff y Brugmann otorgaban primacía al factor psíquico, pero, en realidad, esto no fue así. Ni en la práctica, ni en la teoría (11), le concedieron más que un papel meramente circunstancial, como explicación tan solo de "las migas que caen de la mesa de las leyes fonéticas"(***). La importancia (relativa) que atribuyen los neogramáticos, al menos teóricamente, a la analogía hay que relacionarla con su declarado psicologismo. Insistiremos sobre estas cues-

(*) Cuestiones fundamentales de lingüística, p. 21.

(**) H.Osthoff y K.Brugmann, Morphologische Untersuchungen, I. Teil, p. XIII; apud I.Iordan, op. cit., p. 31.

(***) I.Iordan, op. cit., p. 31.

tiones precisamente al examinar el papel que desempeña la psicología en el conjunto de la doctrina neogramática.

3.4.3.

Hemos dicho que el historicismo es el segundo de los caracteres del pensamiento y obra de los neogramáticos. En este punto es preciso referirse explícitamente a Hermann Paul (12), principal teórico de la escuela, que es quien con mayor ahínco hace apología y exégesis de la historia lingüística. Ya el título de su obra máxima -Prinzipien der Sprachgeschichte- ilustra a las claras la concepción eminentemente histórica que él tiene de la ciencia del lenguaje. Muy significativas a este respecto son sus célebres declaraciones extraídas de dicha obra:

"El único estudio científico del lenguaje es el método histórico; [...] todo estudio lingüístico científico que no es histórico en sus fines ni en sus métodos puede explicarse únicamente ya por una deficiencia del investigador, ya por la insuficiencia de las fuentes de que dispone"(*).

Estas palabras, escritas en 1880, refrendan una práctica metodológica seguida desde principios de siglo y que ha prevalecido a lo largo del mismo en la ciencia del lenguaje: el historicismo. Sin embargo, este historicismo no se hará pleno hasta el último tercio del siglo, por lo que las afirmaciones de Paul, más que refrendar la práctica anterior, anuncian una nueva orientación historicista que en aquellos momentos estaba tomando cuerpo. En efecto, conforme va avanzando el siglo, pero más perceptiblemente en sus últimos decenios, se observa un progresivo interés por la evolución de las lenguas en cuanto tal, lo que se traduce en una investigación rigurosa y detallada de todas las fases intermedias por las que atraviesa una lengua

(*) Apud G. Mounin, op. cit., p. 218.

o un grupo de lenguas entre un punto de partida y uno de llegada. Cada vez va cobrando más importancia el registro minucioso de material relativo a aquellos estados de lengua de los que se poseen testimonios veraces, en detrimento de las grandes reconstrucciones a la manera schleicheriana, más basadas en hipótesis que en datos reales. Hay que tener presente que, en el período inmediatamente anterior a la neogramática, el modelo de Schleicher se va desacreditando paulatinamente por la aparición de doctrinas que lo ponen en entredicho: la Wellentheorie, antagónica al rígido esquema arborescente; o la obra de W. Scherer, con su condena de la separación tajante entre período prehistórico e histórico de las lenguas, y el rechazo de las metáforas biológicas sobre el desenvolvimiento de estas.

Los neogramáticos, pues, se encargan de recoger y ampliar este tipo de críticas -adversas al comparatismo historicista- que se iban fraguando entre los lingüistas post-schleicherianos. Muy significativo a este respecto es el siguiente párrafo de Brugmann, tomado del prólogo de Morphologische Untersuchungen:

"El objeto principal y el centro de interés de la lingüística comparada en todas sus manifestaciones han sido hasta el momento la reconstrucción de la lengua madre i.-e.; de ello derivaba que durante toda la investigación se volvía continuamente la vista hacia esta lengua originaria. En el marco de cada una de las lenguas que conocemos por documentos literarios, en el marco de la evolución lingüística del sánscrito, del iranio, del griego, etc., lo que provocaba un interés casi exclusivo eran los períodos más antiguos, lo más cercanos posible de la lengua originaria, etc. Se dejaban de lado las evoluciones lingüísticas recientes, tenidas en cierto desprecio, como períodos de extinción, de agotamiento, seniles [...]. Debemos imaginarnos la representación general del desarrollo de las formas lingüísticas no a través de hipotéticos símbolos lingüísticos originarios, ni siquiera a través de las formas más antiguas que nos han sido transmitidas del sánscrito, del griego, etc., [sino] basándonos en evo-

luciones lingüísticas cuyos antecedentes, gracias a los documentos, pueden ser seguidos en un espacio de tiempo mayor, y cuyo punto de partida nos sea conocido directamente"(*).

Implícitamente se está reconociendo que la lingüística es una ciencia histórica. Pero en un sentido nuevo: si en Bopp o Schleicher no era ya necesaria la Ursprache -entendida a la manera tradicional- como justificación de su tarea, a partir de ahora no será necesario siquiera ese común punto de arranque que representa el indoeuropeo. Hay una importante variación de objetivos: el cambio lingüístico desplaza en interés a la comparación lingüística, el historicismo al comparatismo. Es, en otras palabras, el triunfo de la historia por la historia.

Dentro de este marco de apogeo de todo lo histórico, las afirmaciones de Paul arriba reproducidas adquieren pleno sentido. Sin embargo, no se limitan estas a ser únicamente la constatación de un determinado estado de cosas, a corroborar una práctica de época (algo diferente, como hemos visto, de la anterior), elevándola a la categoría de principio metodológico. El manifiesto de Paul acerca de la necesidad -mejor, obligatoriedad- del estudio histórico del lenguaje encuentra sus propias justificaciones, sin que, por tanto, pueda hablarse de apriorismo. La concepción historicista de Paul se halla en estrecha relación con el cientifismo a ultranza que intenta imprimir a la lingüística. Así lo muestra un sugerente análisis de Heeschen, del que nos vamos a hacer eco. En efecto, según este autor, para los neogramáticos, y especialmente para Paul:

"el ideal de una descripción científica de la lengua sería el trazado completo de todos los actos idiomáticos de todos los individuos de una determinada sociedad desde el principio histórico hasta el presente" (**).

(*) Apud G.Mounin, op. cit., p. 217.

(**) Op. cit., pp. 17-18 (las sucesivas citas de Heeschen remiten a las páginas 18-19 de la mencionada obra).

Es decir, el lingüista tendría como misión registrar todos esos actos, algo así como un "magnetófono universal". ¿Y la explicación de los mismos?

"En realidad no falta en Paul el concepto de explicación científica. Explicación es para él la exposición de un hecho como resultado de otro hecho que funciona como causa, y esto quiere decir: poner el hecho observado bajo una ley general"(13).

Como la explicación causal ha de desprenderse del lastre de las abstracciones, que se sitúan innecesariamente entre las cosas y el observador, queda excluida de la lingüística científica la descripción de un estado de lengua, toda vez que ello comporta recurrir a la abstracción:

"[...] habría que explicar una determinada palabra como elemento de una clase de palabras [...], y eso sería una abstracción".

Tampoco tendrían cabida dentro de la lingüística científica posiciones como las de Schleicher o las de los "psicólogos de los pueblos", que hacían derivar los hechos idiomáticos, respectivamente, de una fuerza biológica inherente a la lengua, o de un espíritu nacional. En resumen, pues:

"Paul no puede imaginarse ninguna otra explicación científica, y por tanto mecanicista, más que la histórica: un hecho idiomático se explica como producto de un cambio regular a partir de un hecho anterior. El descubrimiento de esta transformación regular es propiamente la tarea nuclear del lingüista".

3.4.4.

Cuando más arriba se hablaba de la analogía como tendencia que compensaba los efectos de las leyes fonéticas, se aludía al papel primordial que asignaban los neogramáticos al elemento psicológico en la vida del lenguaje. Ese recurso a la psicología se explica como reacción, por un lado, contra el logicismo de la gramática tradicional, y por otro, contra el primitivo

mecanicismo que imperaba entre los seguidores de Oeschleicher (14). En el Prólogo de Brugmann y Osthoff son constantes las referencias a la psicología -parece, incluso, que se le presta mayor atención que a las leyes fonéticas-, así como los reproches a los lingüistas que, atendiendo excesivamente a la fisiología de los sonidos, se desprecupan de la parte espiritual del proceso lingüístico. A la vez, se preconiza una ciencia del lenguaje más atenta al papel de los factores psíquicos en el hecho lingüístico, una ciencia que haga sitio a observaciones generales sobre el comportamiento de dichos factores, proclamando así la necesidad de un mayor ensamblaje entre la lingüística histórica y la psicología.

Detrás de cada hecho lingüístico se halla uno psicológico que lo condiciona, puesto que la lengua es siempre actuación humana. Para los neogramáticos, también el cambio lingüístico (aunque no su regularidad) está gobernado por factores psíquicos: algo sucede en la mente del individuo, verdadero agente de la innovación, que le hace apartarse del uso de su comunidad idiomática; esta innovación puede imponerse entre los demás miembros de la comunidad, y entonces es cuando el cambio queda consumado. Por consiguiente, las leyes que gobiernan el cambio han de ser leyes puramente psicológicas. Sin embargo, los neogramáticos no se ocupan tanto de determinar esas leyes como de constatar sus resultados; de ahí que no pueda considerarse la ley fonética como verdadera ley, al no estar basada en la relación causa-efecto.

En este punto, por tanto, los supuestos psicológicos son del todo irrelevantes. Y es que el psicologismo de los neogramáticos, al menos el de sus más genuinos representantes, no pasa de ser una mera declaración de principios, ambigua y, las más de las veces, contradictoria (15). Todo esto se pone de mani-

fiesto en el terreno de la práctica, donde, por ejemplo, cabría esperar una atención a la analogía -exponente del condicionamiento psíquico- pareja a la que se le concede teóricamente. No es ni mucho menos así. La ley fonética, con su regularidad apriorística prevalece siempre -tanto cualitativa como cuantitativamente- sobre el factor analógico.

La clave de la actitud psicológica de los neogramáticos no radica tanto en sus insistentes alusiones a la psicología, en su obstinada reivindicación y defensa de esta disciplina, como en haber señalado la existencia de la lengua en el individuo hablante y reclamar de la lingüística una postura acorde con este hecho. El principio de observación pura que propugnan exige la atención hacia las cosas realmente existentes, y entre ellas no se encuentra la lengua, sino, más bien, los actos elocutivos de los hablantes. Como no hay una lengua que sea absolutamente común a los miembros de una colectividad, lo que se suele entender por lengua no es más que una categoría abstracta, que Paul llama "uso idiomático", sin existencia real. Este "uso idiomático" se define como el resultado de la interacción de las distintas lenguas individuales que se dan dentro de una comunidad -algo así como su término medio-, gracias al influjo recíproco de quienes las hablan. De ahí la insistente recomendación de los neogramáticos hacia el estudio de las hablas vivas (y su historia), en menoscabo del que había predominado en la época anterior.

En efecto, por un lado, si se quiere esclarecer la naturaleza del lenguaje, no es necesario remontarse a hipotéticos estados de lengua, toda vez que, como se ha demostrado, distan mucho de la forma originaria: la naturaleza del lenguaje, su componente psíquico, se observa mejor en las lenguas actuales, que se encuentran ante nuestros ojos. Por otro lado, el estudio de esas lenguas "muertas", de las que no se poseen testimonios

veraces, comporta un mayor grado de abstracción que el que requiere la investigación de las lenguas vivas, aparte de una excesiva dosis de especulación, inadmisible para una mente positivista.

3.4.5.

Una vez examinadas las tres coordenadas que configuran la doctrina neogramática -leyes fonéticas, historicismo y psicologismo-, pasaremos a hacer un balance valorativo de este movimiento, atendiendo a cuanto supuso para su época, a la repercusión que en ella obtuvo y a su verdadero alcance en el marco más amplio de la historia de las ideas lingüísticas.

En primer lugar, hay que convenir que "el gran éxito de esta escuela se debe en buena parte al espíritu del tiempo"(*), como dice Iordan, quien comenta más adelante:

"La reunión de un material cada vez más rico, gracias a la multiplicación de las lenguas y dialectos, investigados por un número de eruditos en continuo crecimiento, había aumentado la impresión de confusión y desorden que producía la vida misma del lenguaje, exigiendo la intervención enérgica de un "legislador". Este no tardó en venir y en "legislar" [...]("**).

Y lo hizo con arreglo a las líneas maestras que más o menos expresamente habían gobernado la actividad lingüística de la época. En gran medida, la doctrina neogramática consiste en hacer explícita la subordinación de la lingüística a unos modelos que le habían sido suministrados por las ciencias naturales: fundamentalmente el procedimiento inductivo, que se elevó con los neogramáticos a la categoría de principio teórico-metodológico. La formalización de una práctica generalizada, la canali-

(*) I. Iordan, op. cit., p. 32.

(**) Ibidem, pp. 32-33.

zación de los estudios del lenguaje hacia unas direcciones bien definidas, conciliando incluso tendencias antagónicas, constituye lo esencial de la "revolución" neogramática. Y ahí reside la clave de su éxito.

Hemos entrecomillado la palabra revolución porque conviene hacer ciertas precisiones acerca de su sentido. Es bien sabido que algunas de las críticas dirigidas contra los neogramáticos ponían en entredicho precisamente lo novedoso de sus ideas, a pesar del halo revolucionario con que aparecían revestidas. Esta impresión la causaban el tono provocativo en la forma de exponerlas, la desproporción de la polémica a que dieron lugar y, sobre todo, la autocomplacencia de que hicieron gala sus autores en la imagen adquirida (a ello colaboró también la traducción que en 1885 hizo Ascoli del término Junggrammatiker por el de neogrammatici, difundiéndose este a otras lenguas). Si atendemos al contenido de la doctrina, es cierto que poco o nada encontramos en ella de estrictamente nuevo. Y en este sentido, los neogramáticos no son acreedores al calificativo de revolucionarios.

Sin embargo, hay otros factores que pueden hacer variar este juicio. El mero hecho de hacer propias y explícitas una serie de ideas que flotaban en el ambiente, y conferirles de este modo un estatus de principio teórico-metodológico, ya es de por sí una notable aportación. Ello supuso el más importante paso hacia la autonomía científica de la lingüística. Pero no solo se daba vía libre, carta de naturaleza, a una práctica ya existente, sino que a la vez se abrían nuevos campos de investigación: el historicismo puro, entendido como rastreo minucioso de la evolución de la lengua, al margen de intereses comparativos; la atención hacia las hablas vivas, que tan encarecidamente recomendaron los neogramáticos, propiciando así el auge espectacular de disciplinas como la fonética, la dialectología o la

geografía lingüística, etc. A este respecto hay que consignar la enorme proliferación de estudios que desencadenó la aparición de la neogramática, hasta tal punto que se puede decir con Heeschen que:

"la lingüística no ha vuelto a ver una explosión tan grande de conocimientos fácticos, [comparable] sólo a los años 20 y 30 en América con la investigación masiva de las lenguas de los indios por obra de los estructuralistas americanos"(*).

El ejemplo lo dieron los propios neogramáticos, puesto que, fieles a su programa estrictamente positivista, se aplicaron con ahínco al registro minucioso y exhaustivo de un corpus de datos relativos a la evolución de las lenguas indoeuropeas. Aunque aquí solo nos hayamos hecho eco de su vertiente teórica es quizá más importante la labor práctica que desarrollaron; y lo es no solo cuantitativamente (sus manifiestos teóricos, con la excepción del caso de Paul, se encuentran en prólogos tan contundentes como breves), sino porque en sus teorías predomina lo metodológico sobre lo ideológico, con una clara y consciente orientación hacia la praxis.

La "revolución" neogramática no fue, pues, estrictamente innovadora, pero no por ello puede negársele el carácter de revolución. El excesivo celo de quienes la protagonizaron en el cumplimiento de su papel de "legisladores", por un lado, y el enfrentamiento entre generaciones, por otro, provocaron una ruptura más aparente que real. Si bien esto es verdad, no lo es menos que los neogramáticos 1) afianzaron la base que apuntaba hacia la constitución de la lingüística como ciencia autónoma y positiva; 2) llevaron a cabo una necesaria depuración del lastre metafísico-especulativo que retardaba la consecución de este fin; 3) crearon un clima de euforia y confianza científicas

(*)Op. cit., p. 23.

que se tradujo en un aluvión de estudios empíricos como nunca lo ha habido en la historia de nuestra disciplina; y 4) dejaron la puerta abierta a nuevos objetivos, perspectivas y orientaciones dentro de la ciencia del lenguaje, puesto que sus doctrinas, en esa mezcla curiosa de eclecticismo e incoherencia, contenían ya el germen de su propia superación. Naturalmente, todo esto representó un gigantesco paso adelante, un notable servicio a la lingüística que, cuando menos, bien merece ser calificado de revolucionario.

Notas

(1) Naturalmente, la correspondencia de estas tres fases con períodos sucesivos de tiempo no es absoluta y solo puede hacerse con ciertas reservas. El mismo Kukenheim nos advierte de ello cuando afirma:

"Sans doute, nous schématisons un peu, car, si Bopp commençait par compiler et par comparer, c'était en vue de recherches historiques: il voulait remonter à la source même des langues indo-européennes" (op. cit., p. 51, nota 4).

(2) Según Kukenheim, el término gramática comparada fue acuñado por Raynouard, en contra de la opinión generalizada, que lo atribuye a Schlegel. Pero ni siquiera Raynouard, como demuestra Mounin, fue el creador de dicho término:

"éste se encuentra ya en el Discours préliminaire (1799) de Thurot a su traducción del Hermes" (op. cit., p. 192).

(3) Este juicio de Meillet aparece citado en la Historia de la lingüística, de Mounin, quien por su parte rebate las opiniones generalizadas sobre Rask, de las cuales la de Meillet es fiel exponente. Mounin ve en Rask, más que un pionero del comparatismo que por diversas circunstancias no alcanzó un brillo mayor, un lingüista general -en el sentido actual del término- malgrado por esas mismas circunstancias, y más cerca de las preocupaciones del siglo de las luces que de las del XIX. Advierte en él un romanticismo de fachada y una formación y convicciones de la época anterior. Cree Mounin que el haber publicado gramáticas descriptivas de diversas lenguas, que tanto desconcierta a quienes esperan de él una gramática comparada, forma parte de sus verdaderos objetivos científicos, antes que esa especie de devaneos comparatistas que llevó a cabo para contentar a la gente de su época.

(4) A.F.Pott, Etymologische Forschungen auf dem Gebiete der Indogermanischen Sprachen mit besonderen Bezug auf die Lautumwandlung im Sanskrit, Griechischen, Lateinischen, Litauischen und Gothischen (1833-1836); K.M.Rapp, Versuch einer Physiologie der Sprache nebst historischer Entwicklung der abendländischen Idiome nach physiologischen Grundsätze (1836-1841).

(5) Otro rasgo que denota las posiciones avanzadas de Schleicher con respecto a sus antecesores es la atención preferente que presta a la fonética, -todavía el primer tomo de su Kompendium-, a diferencia, por ejemplo, de Bopp, que apenas le dedicaba unas páginas del Konjugationssystem.

(6) Pensemos, por ejemplo, en las lenguas intermedias, como lo son en el esquema, entre otras, el eslavo-germánico o el ario-greco-italo-celta. La teoría les reconoce una existencia real, cosa que no demuestra y que, por supuesto, no puede menos que ponerse en tela de juicio.

(7) En este sentido, suscribimos plenamente las opiniones de Iordan, quien, en el capítulo de su Lingüística románica dedicado a los neogramáticos, pone de relieve este hecho; así, al referirse al "Prólogo" de Brugmann y Osthoff, y al comparar dos de sus pasajes, dice:

"Parece que entre las palabras reproducidas aquí y algo de lo afirmado más arriba hay cierta contradicción, que, por lo demás, se encuentra en todo el sistema de los neogramáticos: por un lado protestan contra el hecho de que se tome en consideración sólo (o casi únicamente) el elemento físico, y piden, en consecuencia, que se preste la debida atención al factor psíquico; mientras que, por otra parte, hablan con mucha convicción de la regularidad de las modificaciones fonéticas, lo que presupone precisamente una concepción mecánica del lenguaje"(p. 29).

Y en otro lugar afirma:

"No sólo la práctica ha demostrado que los neogramáticos se encontraban en contradicción consigo mismos, sino que también lo han probado determinadas declaraciones de principio hechas por sus dos corifeos"(p. 31).

(8) Esto mismo es lo que viene a sostener Robins:

"Algunas de las críticas alegaron que no había nada nuevo en los principios de los neogramáticos, sino simplemente una explicación de lo que hacían todos los lingüistas historicistas o comparatistas. Esto ya es de por sí un gran servicio, como puede ser cualquier inventario en la teoría y en la metodología científica. Además, al explicitar los principios en que se basaba la ciencia, dieron un gran paso asegurando todas las ideas y creencias de una forma ordenada y disciplinada, y librándolas de argumentaciones equívocas y de relaciones etimológicas falsas"(op. cit., p. 183).

(9) Así lo expresan en el "Prólogo":

"Cualquier cambio de sonido, por realizarse de manera mecánica, se produce conforme a unas leyes que no admiten excepciones" (apud I. Iordan, op. cit., p. 30).

(10) "Y del mismo modo habrían tenido que producirse las cosas en épocas anteriores", como apostilla Iordan en la p. 31 de su Lingüística románica, de donde hemos extraído la cita de Brugmann y Osthoff que aparece en el texto.

(11) "Nuestro principio, aplicado de la manera más estricta posible, es recurrir a la analogía sólo cuando nos o b l i g u e n a ello las leyes fonéticas" (K.Brugmann y H.Osthoff, "Prólogo" de Morphologische Untersuchungen, p. XVII; apud I.Iordan, op. cit., p. 31).

(12) La figura de Paul, paradójicamente, se resiste a ser enca-sillada dentro de esta escuela. En primer lugar, como señala Iordan (ibidem, p. 34), él es quien menos participa en la contradicción latente en toda la doctrina neogramática y en la todavía mayor contradicción entre teoría y práctica. Por otra parte, la propia dimensión teórica de Paul le excluye, en cierto modo, del grupo de los neogramáticos, poco dados a la elaboración de idearios -salvo los estrictamente imprescindibles- y más atentos a la "busca y captura" del dato, del hecho o del detalle. Pero si comparamos los manifiestos teóricos de Brugmann y Osthoff, por un lado, y de Paul, por otro, se advierte una clara diferencia de actitudes: mientras que los primeros se aplican exclusivamente a señalar objetivos de investigación, Hermann Paul se esfuerza en dar explicación de los hechos del lenguaje y de los principios que han de regir la actividad científica en lingüística. Paul no es solo un "legislador" o un mero director de programa; es un verdadero teórico del lenguaje, en el sentido más amplio de la expresión.

(13) Este tipo de razonamiento recuerda a los que, años más tarde, esgrimirán los lingüistas de la escuela de Bloomfield; no en vano estos se declaran inspirados en el modelo neo-behaviorista, movimiento directamente entroncado con el positivismo, que sustenta el aparato teórico de Hermann Paul.

(14) No hay que olvidar que, por aquella época, la psicología, que está reclamando su autonomía científica, irrumpe con extraordinaria fuerza en el ámbito de las ciencias humanas y se pone de moda entre las esferas intelectuales. Los neogramáticos no son ajenos a este clima de efervescencia psicológica, máxime cuando lo están viviendo directamente en Leipzig, verdadera cuna de la psicología moderna, donde se está formando en torno a Wundt una escuela psicológica de primer orden. Pero es la obra de Steinthal, discípulo de Humboldt y Herbart, la que más decisivamente influyó en los neogramáticos, sobre todo en Paul.

(15) Sin embargo, el psicologismo de Paul es, como el resto de sus doctrinas, más sólido, sistemático y consecuente que el de Osthoff y Brugmann. No queda reducido a simples y bellas palabras, sino que, por el contrario, se ve sustentado en firmes concepciones ideológicas y adquiere valor operativo tanto en la teoría como en la práctica lingüísticas.

CAPITULO IV

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LA DIALECTOLOGIA

La dialectología durante la primera mitad del siglo XIX.- Hacia la constitución científica de la dialectología: la escuela italiana.- La reflexión en torno al dialecto.

"Bien qu'en réalité on puisse retracer les origines de la dialectologie dans les ouvrages d'amateurs de l'époque romantique, c'est seulement aux environs de 1875 qu'Ascoli, Schuchardt et Paul Meyer s'occupent sérieusement du problème"(*).

Iniciamos un nuevo capítulo de esta historia de la actividad dialectológica con una cita de Kukenheim que, aparte de servir como elemento introductorio, justifica el título de aquel y caracteriza la época a la que se va a referir. Pero en lugar de este testimonio bien pudieran haber figurado otros muchos pertenecientes a otros tantos historiadores de la materia, porque expone un hecho incuestionable: la importancia capital que tuvo para la dialectología la obra realizada por los estudiosos mencionados en torno a esa fecha decisiva, hasta el punto que puede afirmarse que es entonces cuando nuestra disciplina se constituye como tal.

(*L.Kukenheim, op. cit., p. 85.

No hay que olvidar, sin embargo, que, desde la época romántica -como nos recuerda el propio Kukenheim- hubo no pocos amateurs que fueron preparando el camino. Por otra parte, es preciso considerar que el origen de la reflexión sobre el "hecho dialectal" es antiquísimo, simultáneo al de la reflexión sobre el lenguaje, e incluso determinante de la misma. Uno de los fines que nos hemos propuesto al trazar esta historia dialectológica ha sido justamente el de analizar con algún detalle la génesis y evolución del problema que suscita, haciendo ver su conexión con otros que se consideran en principio bien diferenciados de él y mostrando una larga cadena de factores históricos o antecedentes de los que, de forma más o menos inmediata, depende. En cierto modo, pues, la mayor parte de cuanto se ha dicho hasta ahora -y algo de lo que a continuación se va a tratar- no es más que una extensa matización a la cita que abre este capítulo. Y quizá su posible valor esté en el intento de sacar a la luz aspectos de diversa índole que, si habitualmente se desatienden o pasan desapercibidos, no pueden ignorarse en una historia comprehensiva de la dialectología.

4.1. La dialectología durante la primera mitad del siglo XIX

Vistas en el capítulo anterior las líneas maestras de la lingüística en general durante el siglo XIX, nos toca ahora retroceder hasta sus albores, retomando el hilo expositivo donde lo habíamos dejado den el capítulo II, para examinar la actividad específicamente dialectológica a lo largo de la primera mitad del siglo.

En esta época se sigue la línea trazada con anterioridad, pero se observa un considerable incremento de los estudios dialectológicos, que se vieron impulsados en gran medida con el

advenimiento del romanticismo. Si la fundación de la dialectología como disciplina científica se suele situar en la década de 1870, la labor desarrollada en años precedentes, y muy en especial a partir del segundo cuarto del siglo, proporciona la base empírica que la hace posible. Lejos de desdeñarlo, hay, pues, que considerar este período como un paso decisivo hacia la constitución de una verdadera dialectología, de una dialectología con conciencia de serlo. Por otra parte, tampoco aquí cabe hablar de diferencias sustanciales, de límites precisos entre una etapa que, simplificando, podría llamarse pre-científica, y otra científica; es más, en rigor, esta última (a partir de 1870) no sería tal si la comparamos con las sucesivas, donde se alcanza un notable perfeccionamiento en todos los órdenes de la investigación. No podemos perder de vista que en la historia todo es cuestión de grados. Y, a su vez, la diferencia "gradual" entre el período que vamos a examinar (desde principios de siglo hasta 1870, aproximadamente) y el anterior vendría dada por ese aumento del interés hacia las hablas regionales, fruto de las ideas románticas en boga, que se traduce en una vasta y creciente producción de obras dedicadas a ellas. Su abundancia explica que solo nos detengamos aquí en las principales.

4.1.1.

La gran encuesta por correspondencia emprendida en Francia por Coquebert de Montbret es, sin duda, una de esas obras relevantes. Se inició en 1807 bajo los auspicios del Ministerio del Interior, y los resultados se publicaron, primero, en 1824 (en el sexto tomo de las Memorias de la Sociedad Real de Anticuarios de Francia y se reeditaron siete años más tarde en un volumen de largo y expresivo título: Mélanges sur les langues, dialectes et patois; renfermant, entre autres, une collection de versions de

la Parabole de l'Enfant prodigue en cent idiomes ou patois différents, presque tous de France; précédés d'un essai d'un travail sur la Géographie de la langue française.

Mediante su encuesta, Coquebert de Montbret se proponía registrar el estado lingüístico de Francia a principios del siglo XIX, lo que consideraba imprescindible para el trazado de una especie de mapa del Imperio, que reflejara, en primer término, los límites de la lengua francesa, y en segundo lugar, su dialectalización. Para ello eligió un texto -la parábola del Hijo Pródigo- que sería enviado a los distintos departamentos de la nación con objeto de que allí fueran recogidas sus diferentes versiones en las distintas hablas vernáculas de la zona. Solo se publicó una parte de las respuestas obtenidas, lo más significativo para los fines que se perseguían. En palabras de Coquebert de Montbret:

"Parmi les traductions de ce morceau [...], on a choisi qui ont paru le plus caractéristiques. Cependant on ne se dissimule pas qu'il s'en trouve dont les différences sont peu tranchées: mais les dialectes d'une même langue appartiennent tous à un fonds commun; on passe le plus souvent de l'un à l'autre par des nuances peu sensibles d'abord, mais qui le deviennent à proportion de la distance de lieu où ils sont en usage"(*).

Anotemos el comentario de S.Pop a estas afirmaciones:

"Ces justes observations furent souvent confirmées par les enquêtes dialectales modernes; Coquebert de Montbret les a reconnues depuis plus d'un siècle"(**).

La realización de esta encuesta, hecho de incuestionable trascendencia para la dialectología, aunque no lo suficientemente reconocido, no es fruto del azar ni se produce de manera

(*) Apud S.Pop, op. cit., p. 21.

(**) Loc. cit.

repentina. Por el contrario, viene a ser una nueva modalidad de las grandes compilaciones y glosarios del siglo anterior -pensemos en las obras de Pallas y Adelung-, solo que concebida más intensivamente: mientras que los Vocabularios comparativos y el Mithridates se ocupaban de todas las lenguas del mundo partiendo, respectivamente, de una lista de palabras y del Padrenuestro, Coquebert de Montbret dirige su encuesta a un ámbito más reducido -un solo país- y se sirve de un texto más extenso, del que cabe esperar mayor información. El clima científico-cultural de la época obra también como contexto de esta vasta empresa. Así, el "interés" hacia las hablas regionales que presupone la encuesta se percibe ya con claridad en los últimos decenios del siglo anterior. Por otra parte, si la encuesta tuvo al principio carácter oficial, su verdadera plataforma de lanzamiento lo fue la Sociedad de Anticuarios -continuación de la Academia Céltica-, en cuyo programa de actividades habría que inscribir de alguna manera el trabajo de Coquebert de Montbret. Pues bien, en la creación de este tipo de sociedades científicas no se hizo más que seguir una práctica muy extendida durante el siglo XVIII; más concretamente, estas dos encuentran su modelo en una Sociedad de Anticuarios fundada en Londres en la segunda mitad de dicho siglo. Todo esto nos puede dar una idea del ambiente favorable en que se desarrolló la primera gran encuesta por correspondencia, notable paso adelante hacia la formación de una ciencia dialectal.

Muchas críticas podrían hacerse a su planteamiento y metodología, algunas de las cuales se derivan de su naturaleza: realizada por correspondencia no podía dar -como, en general, todas las de este tipo- la medida exacta del estado de una lengua. Además, de la escueta traducción de un texto como la parábola del Hijo Pródigo, pocas conclusiones se podían extraer. Habrían

hecho falta unas instrucciones precisas para su puesta en práctica, un cuestionario que completara la información obtenida y, en suma, una mayor planificación del trabajo, con hipótesis, fines y objetivos bien trazados. Si a eso añadimos que no se dispuso de un sistema de transcripción adecuado para representar sonidos que no se correspondían con la grafía francesa normativa, habrá que convenir que el valor de la muestra era escaso y relativo.

Pero, naturalmente, a la primera aproximación empírica al estado dialectal de un país no se le puede pedir rigor, precisión y exhaustividad. Desde nuestra perspectiva actual, puede decirse que el cometido de la encuesta era precisamente el de poner de relieve la existencia de esa situación dialectal, al tiempo que señalar objetos de estudio sobre los que se iría a aplicar una ciencia por entonces no creada. Y esta tarea, previa a cualquier elaboración científica, la cumplió a la perfección, pues "elle seule donna, jusque vers la fin du XIX^e siècle, une orientation sur les patois de la France ainsi que sur le provençal"(*).

Hay que decir, por último, que la encuesta de Coquerbert de Montbret sirvió de punto de partida para otras similares que, en sus respectivos dominios geográficos, desempeñaron un cometido semejante.

4.1.2.

Así, para Suiza, F.J.Stalder publicaba en 1819 una colección de versiones en dialectos suizos de la parábola del Hijo Pródigo: 71, exactamente, de las cuales 41 pertenecían a las hablas germánicas; 15, a las francesas; 8, a las italianas; y 6, a las romanches. Para ello, no solo se inspiró en la encuesta de

(*) S.Pop, op. cit., p. 23.

Coquebert de Montbret, sino que siguió casi al pie de la letra su pauta metodológica. A su vez, la obra del pastor Stalder, de la que la citada encuesta es solo una parte, tuvo una gran transcendencia en el ámbito germánico. Influyó poderosamente en G.Wenker -autor del primero de los atlas lingüísticos-, pero sobre todo en la gran empresa científica de F.Staub y L.Tobler: el Schweizerisches Idiotikon. Ello le ha valido a Stalder la consideración de fundador de la dialectología suiza y, por ende, de la germánica (honor, este último, que habría de compartir con Schmeller) (1).

También en Italia se empleó el modelo de la parábola del Hijo Pródigo como texto de encuesta dialectal. Se sabe que, entre 1830 y 1835, G.Vegazzi-Ruscalla trabajó en la recopilación de versiones de la mencionada parábola en todos los dialectos italianos. Por motivos desconocidos abandonó la empresa, y fue Biondelli quien, años más tarde, utilizó los materiales obtenidos por Vegazzi-Ruscalla, en su Saggio sui dialetti gallo-italici, obra de la que nos ocuparemos más adelante.

La labor de estos y otros muchos pioneros de la ciencia dialectal -más que innovadores, continuadores de una tradición iniciada en las postrimerías del siglo XVIII- tuvo una favorable acogida entre los estudiosos de la época. Esto fue debido al arraigo de las nuevas ideas en torno al lenguaje que tienen su origen en la doctrina romántica. En última instancia, hay que atribuir al romanticismo un papel capital en el desarrollo de la dialectología: la atención desusada hacia las hablas populares, el impulso y proliferación de los estudios dialectales, y el ambiente propicio que estos encuentran, son sin duda resultado del influjo ejercido por el movimiento romántico. Así, son muchos los autores que toman lo que podría llamarse la "defensa de los dialectos". Por ejemplo, J.Grimm, en una reseña a la gramática islandesa de Rask, se pronuncia de esta forma sobre el tema:

"Toute individualité doit être tenue pour sacrée, même dans le langage; il est à souhaiter que chaque dialecte, fût-ce le plus petit, le plus méprisé, soit abandonné à lui-même, que toute violence lui soit épargnée, car il a certainement ses supériorités cachées sur les plus grands et les plus estimés"(*).

(*) Apud A.Meillet, Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes, p. 461

Pero es en Francia donde esta defensa del uso y estudio de las peculiaridades lingüísticas cobra especial relieve, por cuanto se observa un acusado contraste con la actitud desdeñosa de la época precedente, en la que, incluso, se llegaron a tomar medidas encaminadas a hacer desaparecer los dialectos. En un capítulo dedicado a los patois de la obra de Charles Nodier Notions élémentaires de Linguistique...(1834), pueden leerse frases tan expresivas como estas:

"[Le patois] n'est pas transitoire comme une mode. Il est immortel comme une tradition. Le patois c'est la langue native, la langue vivante et nue. Le beau langage c'est le simulacre, c'est le mannequin"(pp.222-223).

Y en otro lugar de la misma obra:

"[Le patois] a une grammaire aussi régulière, une terminologie aussi homogène, une syntaxe aussi arrêtée que le pur grec d'Isocrate et le pur latin de Cicéron"(223-224) (*).

J.F.Schnakenbourg publicó en 1840 una obra de divulgación sobre los patois franceses, con el fin de que su conocimiento ocupara "une place dans la lecture de toutes les personnes instruites"(**). Según el autor, la revolución operada en Francia merced al movimiento romántico, que reivindicaba la excelencia de las hablas vernáculas, exigía una obra sobre ellas dedicada al gran público, accesible pero objetiva, lejos de las monografías especializadas y de las apologías al uso. El título de esta obra puede dar una idea bastante clara sobre su contenido: Tableau synoptique et comparatif des idiomes populaires ou patois de la France; contenant des notices sur la littérature des dialectes; leur division territoriale, ainsi que celle de leurs sous-espèces; des indications générales et comparatives sur leurs

(*) Ambas citas apud S.Pop, op. cit., p. 28.

(**) Apud S.Pop, op. cit., p. 29.

formes grammaticales; le tout composé d'après les meilleures sources et les observations faites sur les lieux, et accompagné d'un Choix de morceaux en vers et en prose dans les principales nuances de tous les dialectes ou patois de la France par...

Pierquin de Gembloux, gran defensor de los estudios dialectales, y uno de los eruditos más preocupados por darles un cariz científico, reprochaba a Schnakenbourg su intromisión en un terreno que no le correspondía, ni por sus conocimientos, ni por su condición de extranjero. Aquel, por su parte, publicó en 1841 una Histoire littéraire, philologique et bibliographique des patois, donde se aludía insistentemente a un Langatlas de la France, de la Belgique wallonne et de la Suisse romande, que llevaba preparando desde hacía veinte años:

"Alors seulement il me sera possible de compléter le Langatlas que je compose avec tant de peine, et si lentement; monument précieux élevé à notre gloire nationale, en linguistique, en ethnographie, dont il n'est point encore d'exemple, et qu'un Prussien vient d'exécuter, en partie, à notre grande honte"(*).

Al parecer, las investigaciones para la confección de este atlas lingüístico estaban muy avanzadas cuando se publicó la Histoire littéraire, pero, lamentablemente, lo que prometía ser una obra clave de la dialectología francesa nunca llegó a ver la luz.

4.1.3.

En Alemania los dialectos fueron objeto de atención generalizada mucho antes que en Francia. El hecho de haber sido este país la cuna del romanticismo explica, en parte, esta circunstancia. Más arriba reproducíamos unas palabras de Grimm que ilustraban el particular. La obra de J.A.Schmeller, co-fundador junto con Stalder de la dialectología alemana, constituye buena



BIBLIOTECA

(*) Apud S.Pop, op. cit., p. 33.

de ello. En efecto, Die Mundarten Bayerns y el Bayerisches Wörterbuch datan, respectivamente, de 1821 y 1837 (esta última, saludada por Grimm como la obra maestra de la dialectología bávara). Y en ambos casos se puede hablar, si no de una ciencia dialectal perfectamente formada, sí de un claro anhelo de constituir la. A diferencia de los primeros tanteos de los franceses, una dialectología más vinculada a la lingüística histórica, consecuencia y complemento de esta. Schmeller se da cuenta de que la descripción del antiguo alemán exige un profundo conocimiento de las formas populares actuales. Y a ello dedica sus esfuerzos, llevando a cabo un registro de esas formas en Baviera, gracias al cual podrá reconstruir -con la ayuda de un rudimentario, pero eficaz, sistema de transcripción- el estado primitivo de los sonidos dialectales. La segunda parte de Die Mundarten Bayerns contiene además un buen número de canciones, cuentos, conversaciones, dichos y refranes, que ilustran no solo aspectos lingüísticos, sino la peculiar idiosincrasia de los hablantes de dialecto.

La labor de Stalder y Schmeller fue continuada por muchos estudiosos, entre los que cabe citar, para esta primera época, a K. Weinhold, autor de una Alemannische Grammatik y una Bayerische Grammatik (ambas con un enfoque primordialmente histórico del tema dialectal). Pero quizá uno de los hechos de mayor relieve, y no solo para la dialectología alemana, es la publicación de la revista Die deutschen Mundarten, la primera consagrada a los dialectos, cuyo primer número apareció en Nuremberg en 1853. La creación de dicha revista es un claro exponente del interés que despertaban las cuestiones dialectales y del clima favorable en que se desarrollaba su estudio, en Alemania, durante esta época.

Los países nórdicos constituyen otro foco importante de actividad dialectológica en la primera mitad del siglo XIX, especialmente Noruega, donde la atención a los dialectos es consecuencia de un acusado sentimiento nacionalista que el romanticismo se encarga de potenciar. Como señala Pop, las ideas románticas ejercieron una doble influencia en este país: por un lado hay que atribuirles la aparición de un nuevo estilo literario basado en las hablas locales, y por otro, la ruptura idiomática con la comunidad danesa (*). A raíz del tratado de Kiel (1814), por el que Noruega dejaba de pertenecer a Dinamarca y pasaba a formar parte del reino de Suecia, se imponía entre los noruegos el objetivo de lograr una independencia cultural y espiritual. El primer paso era disponer de una lengua propia. Ya en 1836, Ivar Aasen proponía crear una lengua nacional fundamentada en las múltiples hablas vernáculas, tarea a la que dedicó todos sus esfuerzos; y para ello consideraba imprescindible efectuar un registro fiel de los dialectos del país. Es

(*) Op. cit., p. 884.

así como Aasen se erigió en el gran impulsor de la dialectología noruega, disciplina que, como se ve, surgió por razones prácticas -hoy diríamos: de planificación lingüística-, más políticas que científicas. La labor de Aasen y la de otros estudiosos e intelectuales dio lugar al landsmål, lengua unificada semiartificial que aspiraba a ser la verdadera expresión del pueblo noruego y la reencarnación de su vieja lengua. Hasta 1890, año en que se promulgaba una ley por la que se hacía obligatoria la enseñanza del landsmål en la escuela, el riksmål -o danés "adaptado"- había desempeñado exclusivamente el papel de lengua de cultura, literaria y oficial. (Actualmente, tanto el landsmål -llamado nynorsk 'neo-noruego'- como el riksmål -o bokmål- poseen este último rango, si bien el segundo sigue gozando de mayor prestigio y empleo en medios urbanos.)

Un tratamiento más profundo de estos problemas caería más bien dentro de ámbitos sociolingüísticos, donde por ahora no vamos a entrar. Pero conviene poner de relieve que la constitución del landsmål, aparte de lo que tiene de curioso antecedente de la planificación idiomática moderna, supuso la puesta en práctica de una considerable actividad dialectológica, que se hizo más científica a medida que fue perdiendo su carácter subsidiario, a medida que fue encontrando justificación por sí misma.

4.1.4.

Hasta aquí, un somero examen de la labor dialectológica desarrollada durante la primera mitad del siglo XIX. Se ha podido ver cómo el arraigo de las ideas románticas despierta un interés inusitado hacia todo lo "popular", en especial el habla, y obra como determinante de dicha labor. Sin embargo, en esta primera etapa, caracterizada por un considerable incremento de los estudios dialectológicos, apenas se dejan sentir los progresos de la lingüística general. Es, quizá, este el rasgo que la diferencia de la segunda etapa, donde la dialectología asume con claridad su condición de disciplina integrante de la lingüística y participa plenamente de sus avances. A partir de ahora, los estudios dialectales encontrarán su puesto dentro del marco de la ciencia del lenguaje, como un eslabón más de la ca-

dena de la nueva lingüística, o una de sus derivaciones. Y, en este sentido, cabe hablar de verdadero nacimiento de la dialectología.

4.2. Hacia la constitución científica de la dialectología: la escuela italiana

A medida que avanza el siglo se va observando una paulatina modificación de los antiguos "presupuestos dialectológicos", que desemboca, hacia 1870, en el acta de nacimiento oficial de nuestra disciplina. Pero esto -insistamos- no sucede de forma repentina, sino que constituye un estadio -difícilmente aislable- de un proceso de evolución. Además, en cierto modo, ese nacimiento no se cumple por completo en la época señalada: dentro de una perspectiva evolutiva puede decirse que, con el progreso, una ciencia está "naciendo" constantemente.

En las páginas sucesivas trataremos de explicar en qué consiste la nueva orientación que define la actividad dialectológica en la segunda mitad del siglo XIX, haciendo hincapié en el análisis de las causas que la motivan y las circunstancias en que tiene lugar.

4.2.1.

Durante los primeros años de la segunda mitad del siglo, la actividad dialectológica sigue su "marcha ascendente", todavía un tanto impermeable a los avances de la lingüística de la época. Una excepción la constituye la obra de Bernardino Bion-

delli Saggio sui dialetti gallo-italici (1853), que S.Pop considera de primera magnitud y antecedente inmediato de la obra dialectológica de Ascoli; es más, en algunos aspectos, superior a la de este último. En su reivindicación de Biondelli, afirma Pop:

"Il me semble que la plupart des idées de Biondelli se retrouvent dans les études dialectologiques italiennes, sans cependant être attribués à leur premier auteur"(*).

Y más adelante:

"Le type de monographie réalisé par Biondelli [...] fut malheureusement abandonné (il pouvait être facilement amélioré), quoiqu'il présentât les parlers avec un peu de "vie", c'est-à-dire dans leur cadre social, économique, historique, etc., comme c'est le cas pour les bonnes monographies dialectales actuelles"(**).

El prefacio del Saggio sui dialetti gallo-italici constituye un programa de trabajo y un manifiesto del autor acerca de la situación dialectal italiana y la manera de estudiarla. Allí se critican los métodos y orientaciones de cuanto se había llevado a cabo hasta la fecha, especialmente glosarios, por sus intereses pragmáticos: elaborados más para enseñar la lengua común que para sacar a la luz la riqueza lingüística de las hablas vernáculas. Allí se recomienda que la recogida de los materiales sea directamente de la boca del pueblo y no a través de testimonios escritos; para lo cual se hace necesario un sistema de transcripción más amplio que el de la ortografía oficial, y que el autor, empleando signos tomados de las grafías de otras lenguas, se encarga de elaborar. Allí, finalmente, se expone un conjunto de apreciaciones acertadas sobre las peculiaridades históricas y sociológicas de Italia y la forma en que han afectado estas a la evolución de sus dialectos, así como una serie de

(*) Op. cit., p. 481.

(**) Op. cit., p. 525.

consideraciones sobre el hecho dialectal y el modo en que ha de describirse.

Prescindiendo de lo atinado o erróneo de sus descripciones y clasificaciones dialectológicas, estas y otras muchas ideas valiosas hacen que la obra de Biondelli merezca un puesto de honor en la historia de la dialectología, sobre todo en la italiana. Sin embargo, hay todavía en dicha obra -sin que esto sea en sí mismo un demérito- cierto halo romántico, perceptible en su manifiesta veneración de las costumbres y tradiciones populares, y en su claro propósito de exaltación de lo nacional; y ello contrasta con la actitud más serena, más metódica y planificada o, si se quiere, más fría, de Ascoli y sus seguidores. Si a ello añadimos la débil resonancia de los trabajos de Biondelli, su escaso poder de convocatoria (en el sentido de que no llegó a crear escuela), se explica el que sea considerado como un precursor, y no verdadero iniciador, de la ciencia dialectal en el ámbito románico.

Otra figura digna de mención es la del príncipe Luis Luciano Bonaparte, cuya actividad en lingüística llama la atención por la amplitud y por el alto grado de entusiasmo y diletantismo que manifiesta. Conocedor de gran número de lenguas y dialectos, este sobrino de Napoleón publicó, a sus expensas y en reducidas tiradas de ejemplares, una larga serie de traducciones de textos bíblicos en dialectos pertenecientes a diversos dominios lingüísticos. Destacan sus obras dedicadas a los ámbitos italiano, español, gallego-portugués y vascuence, en las que el tema del Evangelio según san Mateo se erige en motivo principal. Si bien la labor del príncipe Bonaparte merece todo elogio y respeto, lo cierto es que hay en ella más de compilatorio y acumulativo (un poco al estilo del siglo anterior) que de estrictamente científico, lo que hace que no sea considerada como un jalón importante en la historia de la dialectología.

En Italia, desde los primeros años del siglo, se venía desplegando una considerable actividad dialectológica, que representa los cimientos de la tendencia más científica inaugurada más tarde por Ascoli. Se multiplican los glosarios y diccionarios, las gramáticas y las monografías dialectales, con lo que, a mediados del XIX, se dispone ya de un corpus bastante amplio sobre la situación lingüística del país.

En esta segunda etapa cabe citar entre los pioneros de la dialectología italiana, aparte de Biondelli, a Francesco Cherubini, Pietro Monti, Giovanni Spano, Gabriele Rosa, V. Angius y Antonio Tiraboschi (2). Podemos citar también a A. Zucagni-Orlandini, cuya Raccolta di dialetti italiani con illustrazioni etnologiche (1864) ofrece la novedad de registrar un diálogo (entre un señor y su criado) en varios dialectos italianos. Al dominio italiano -recordémoslo- pertenece buena parte de la obra del príncipe Luis Luciano Bonaparte. Y, por último, merece especial mención I parlari italiani in Certaldo alla festa del V centenario di Giovanni Boccacci (1875), de G. Papanti, que viene a continuar la encuesta dialectal emprendida en el siglo XVI por Salviati sobre un texto del Decamerón; en esta ocasión fueron más de setecientas las versiones recogidas, lo que constituyó, al decir de Ascoli, "un vero monumento nazionale"(*).

4.2.2.

Esta enumeración, por fuerza, incompleta, de autores y obras, es una clara muestra del auge que la investigación dialectológica cobra en Italia, hasta el punto de hacer de este país la cuna de la dialectología (hay que tener presente que en Italia el problema dialectal se vive muy de cerca y que, además, su estudio cuenta con una venerable tradición iniciada en la Edad Media).

El notable aumento de publicaciones sobre temas dialectales -en donde Italia se sitúa a la cabeza- viene acompañado de una reflexión teórica sobre la naturaleza del dialecto. Este hecho contribuye en mayor medida a la formación de la ciencia dialectológica. Y fue H. Schuchardt, fuera de Italia, quien primero

(*) Apud S. Pop, op. cit., p. 478.

aludió explícitamente al problema de la determinación del objeto de esta. En efecto, en su obra Vocalismo del latín vulgar, que data de 1866, sostiene Schuchardt que los dialectos se encabalgan y entrecortan de tal forma, que es imposible fijar límites entre ellos, contrariamente a como se venía suponiendo en la lingüística comparada de la época. Schuchardt iniciaba así un debate que tomaría cuerpo después, con la intervención de Ascoli, P. Meyer, Gaston Paris ..., convirtiéndose en una de las cuestiones capitales de la naciente dialectología. Por lo demás, el Vocalismo del latín vulgar, notable aportación al conocimiento del latín hablado, constituye uno de los trabajos clave de la romanística del XIX y, por otra parte, un marco de referencia para la dialectología, como lo son la Gramática de Diez (1836) y, naturalmente, la de Meyer-Lübke (1890).

Otro de los factores impulsores de la dialectología en esta época es la aparición creciente de revistas, inmejorable vehículo de intercambio de contenidos científicos, exigencia continua de superación y desarrollo (pensemos únicamente en la polémica sobre la naturaleza y límites del dialecto, sostenida a través de las revistas Romania y Archivio glottologico). Entre las no consagradas específicamente a los estudios dialectológicos -pero que contribuyeron en diversa medida a su afianzamiento-, destacan la Revue de philologie comparée (París, 1867), las Mémoires de la Société de Linguistique de Paris (1868), la Revue des langues romanes (Montpellier, 1870), los Romanische Studien (Strasbourg, 1871), la Romania -verdadera impulsora de la dialectología francesa-, la Zeitschrift für romanische Philologie (Halle, 1877), la Zeitschrift für neufranzösische Sprache und Literatur, las Romanische Forschungen (Erlangen, 1883), etc. Y entre las más próximas a la materia dialectal, el Archivio glottologico italiano, la Revue des patois (luego Revue de philologie française) y la Revue des patois gallo-romans.

En 1873 aparece el primer número de la revista Archivio glottologico italiano, considerada como el punto de partida de la investigación dialectológica italiana sobre bases científicas. A partir de esa fecha, y a través de ese órgano, se va publicando una serie de estudios y monografías que tienen por finalidad mostrar el panorama lingüístico y dialectal de Italia, y su evolución a lo largo de la historia. Desde el principio, la revista se propone "promover la exploración científica de los dialectos italianos aún vivos, bien recogiendo materiales nuevos y reales, bien ayudando a comprender los materiales que ya se poseen"(*). Dedicada fundamentalmente al análisis de la historia de los dialectos en plena vigencia, no excluye de sus propósitos los estudios especiales sobre las lenguas de la Italia antigua y los de los idiomas extranjeros hablados todavía en territorio italiano (**).

El Archivio fue, desde su fundación, el reflejo de la obra de Graziadio Isaia Ascoli y su escuela (3), a quienes, por el impulso que imprimieron a los estudios dialectológicos, tanto en Italia como fuera de ella -en el sentido que sirvieron de modelo a investigadores de otros países-, hay que atribuir la creación de la dialectología moderna. Así lo reconoce Iordan cuando afirma:

"Ante todo debe decirse que este lingüista [Ascoli] creó la *dialectologia* como disciplina estrictamente científica y, en consecuencia, debe ser considerado como el iniciador de la dialectología románica en general, porque hasta entonces las hablas populares de la Rumania habían atraído sólo la atención de los diletantes"(***)).

Ya en 1875, es decir, dos años después de la aparición del primer número del Archivio, G.Paris y P.Meyer reconocían la

(*) T. I, p. XXXV; apud S.Pop, op. cit., pp. 487-488.

(**) Ibidem, p. XLI; apud. S.Pop, op. cit., p. 488.

(***) Op. cit., p. 19.

importancia de la labor desarrollada por Ascoli y propugnaban que esta fuera imitada en Francia y en el resto del ámbito románico. Bien significativo al respecto es el siguiente testimonio:

"[...] Il n'en faut pas moins prévoir et désirer le moment où les études de ce genre auront besoin d'un organe spécial... Que l'idée se répande peu à peu, qu'on se persuade de l'utilité, de l'importance, de la beauté de ces études, et bientôt nous verrons se fonder, soit une Société des patois, comme celle qui existe en Angleterre, soit un recueil analogue à l'admirable Archivio glottologico italiano, soit, et c'est ce que nous trouverions le meilleur, une société ou une revue qui réunirait à l'étude des dialectes romanes de la France celle des traditions poétiques ou autres encore vivants dans le peuple français"(*).

Con Ascoli se da, además, un hecho que es necesario tener en cuenta, y es su voluntad de incorporar los estudios dialectológicos a la lingüística histórica de la época, en tanto representan la línea de continuidad de esta. Sin duda, aquí radica la diferencia de la etapa que él inaugura con respecto al período anterior, que bien pudiera llamarse pre-dialectológico.

4.3. La reflexión en torno al dialecto

En la cita de Kukenheim que abre este capítulo, junto con el de Ascoli se mencionan los nombres de Schuchardt y P. Meyer, como autores "que se ocuparon seriamente del problema [dialectal]". Y aunque ninguno de estos dos últimos fue estrictamente dialectólogo, al menos en la misma medida que lo fue Ascoli, lo cierto es que su contribución al desarrollo de nuestra disciplina pasa por decisiva.

(*) Romania, t.IV, 1875, pp. 159-160; apud S.Pop, op. cit., p. 37.

4.3.1.

Ya se ha aludido a H. Schuchardt como el iniciador de la polémica en torno a la naturaleza del dialecto, al atribuir a este un carácter vago, impreciso, sin límites fijos. El comparaba la lengua a la superficie del agua, cuyas olas u ondas serían los dialectos, de tal manera que no se pudiera determinar -al igual que las olas- dónde empezaba un dialecto y terminaba otro. Esta imagen sirve de base a la llamada "teoría de las ondas", que fue ampliada y dada a conocer por J. Schmidt. Sin embargo, como hemos visto, la idea fue apuntada ya por Schuchardt en 1868 (Vokalismus des Vulgärlateins, III) y formulada con mayor rigor en su tesis doctoral, Ueber die Klassifikation der romanischen Mundarten, inédita en 1872, año en que Schmidt expone su Wellentheorie. Sin entrar en detalles y litigios sobre quién fue el verdadero autor de la famosa teoría -si hubo o no apropiación indebida de la misma-, nos remitimos a un testimonio del propio Schuchardt, quien concluye, al tratar expresamente la cuestión de dicha paternidad, que "la idea de la diferenciación geográfica flotaba en el aire"(*).

Bien conocida es, por otra parte, la oposición de Schuchardt a los neogramáticos, que se tradujo, de manera explícita en su artículo Gegen die Junggrammatiken (subtítulo muy elocuente de Ueber die Lautgesetze, Berlín, 1885). Vamos a hacernos eco del pormenorizado análisis que de este artículo hace Iordan (**):

"[...] Schuchardt combate en primer lugar la noción de 'ley', tal como la concebían los neogramáticos, aunque puntualiza que éstos no tienen una idea clara del carácter de las leyes fonéticas. En la vida de las lenguas no se puede hablar de leyes ciegas, como en la naturaleza, debido a que las normas lingüísticas no tienen una aplicación general y absoluta como la tienen

(*) Apud I. Iordan, op. cit., p. 83, nota 121.

(**) Op. cit., pp. 49-51. Hemos respetado los espaciados del autor; es nuestro, sin embargo, el subrayado propiamente dicho.

aquellas. Y es más: la relatividad de las denominadas leyes fonéticas está condicionada, de una manera bastante compleja, tanto por el tiempo como por el espacio: en un mismo período de tiempo y sobre el mismo territorio lingüístico, una ley fonética no se aplica del mismo modo a todas las palabras del mismo tipo. La relación entre las leyes fonéticas y su expansión exterior es variable y casual".

Y añade a continuación:

"Otra cuestión estrechamente relacionada con la anterior es la existencia de los dialectos. Schuchardt pregunta '¿qué es d i a l e c t o ?' (los neogramáticos habían utilizado este término en la formulación de sus teorías) y muestra que nos encontramos frente a una noción abstracta, sin una concreta existencia real: en el interior de la misma comunidad lingüística y del mismo dialecto, encontramos innumerables hablas individuales, que varían según el sexo, edad, temperamento, cultura, etc. Al mismo tiempo, estas hablas influyen una sobre otra, recíprocamente y en gran medida, pero sin llegar a suprimir las diferencias existentes entre sí, porque la moda también actúa aquí de forma irresistible: la manera de hablar de las personas influyentes, las que se dice que son reputadas como "superiores" por los otros hablantes, es imitada de manera incontenible, lo que lleva fatalmente a la modificación de la lengua, así como a una mezcla tan grande de las distintas hablas que cualquier intento de aplicar la ley en este campo es totalmente infructuoso".

Dice más adelante:

"Con la misma energía, Schuchardt combatió la noción de p e r í o d o l i n g ü í s t i c o que empleaban los neogramáticos al afirmar que, en el transcurso de una misma época de la vida de una lengua, la ley fonética actuaba sin excepciones. Así como no existen límites geográficos rígidos entre diversas lenguas, los límites cronológicos entre las fases sucesivas de una misma lengua son una ficción de nuestra mente: el tránsito de una fase a otra se efectúa insensiblemente, como el paso de un dialecto a otro: por eso no podemos apreciar cuándo termina una época y cuándo empieza otra, igual que nos resulta imposible establecer dónde termina un dialecto y dónde empieza otro. Los neogramáticos hablaban también de las 'condiciones fonéticas idénticas', que son necesarias para que la mutación del

sonido se produzca sin excepciones. Pero estas condiciones idénticas tampoco existen, dice Schuchardt, porque cada palabra se encuentra en circunstancias especiales, por más que nos parezca que se asemeje a otras palabras que contienen los mismos sonidos".

Y, por último:

"Al final de la polémica, Schuchardt expone su propia opinión sobre el problema planteado por los neogramáticos. No nos sorprende, sino, al contrario, nos parece lógica su actitud antidogmática y relativista, teniendo en cuenta cómo percibió la complejidad y variedad de los fenómenos lingüísticos. Schuchardt no sostiene que las denominadas leyes fonéticas tengan excepciones, sino que afirma con decisión que hay o a mb i o s e s p o r á d i o s d e s o n i d o s y que, hasta cierto punto, cualquier mutación fonética tiene, en un determinado momento de su realización, un carácter esporádico, es decir, individual. He aquí la única "ley" sin excepciones, si queremos emplear semejantes términos".

Un análisis de la obra de Hugo Schuchardt, admirable por su riqueza, amplitud y variedad, nos llevaría demasiado lejos -si es que nos sintiéramos con fuerzas para acometerlo-. Por eso hemos traído aquí esta extensa cita, que sintetiza a la perfección las líneas maestras de su pensamiento. Constituyen estas, por lo demás, el aspecto que realmente nos interesa subrayar y retener de la inmensa aportación de Schuchardt a la lingüística.

Tomando como base el comentario que hace Iordan del artículo Gegen die Junggrammatiker, uno de los de mayor alcance teórico de cuantos escribió Schuchardt, se pueden destacar los siguientes puntos esenciales de su doctrina: 1) Negación de las leyes fonéticas tal como las concebían los neogramáticos. 2) "Cada palabra se encuentra en circunstancias especiales" (la constatación de este hecho se opone a la inexorabilidad de las leyes fonéticas; por otra parte, dicha afirmación -como apunta Iordan- recuerda mucho a la que Gilliéron haría más tarde: "cada palabra

tiene su propia historia"). 3) Inexistencia de dialectos con límites fijos (es su conocida fórmula sobre el "encabalgamiento" dialectal). 4) Falta de homogeneidad de las hablas dentro de una comunidad (tesis por la que Schuchardt se sitúa entre los precursores de la sociolingüística). 5) Al igual que no existen estrictamente fronteras dialectales, no existen límites cronológicos (la noción de período o época en que actúa una ley fonética es una cómoda simplificación del estudioso).

Estas concepciones y otras semejantes configuran lo que podría denominarse relativismo schuchardtiano. Y es cierto que, tanto la obra como la persona de Schuchardt, tienen la impronta de una actitud relativista y antidogmática, contrariamente a la que caracteriza a sus "adversarios" de la escuela de Leipzig. Sin embargo, en el análisis que se ha realizado de este movimiento, se ponía de manifiesto cómo su pretendida ortodoxia y coherencia interna no eran tales, cómo su doctrina estaba llena de ambigüedad y eclecticismo, lo que posibilitaba que, dentro de ella, estuviera contenido el germen de su superación. Por ello, y con las lógicas reservas, no sería descabellado calificar a Schuchardt de "hijo de la neogramática sin saberlo, o ... a pesar suyo". Y si esto parece demasiado, cabría al menos reducir la distancia que los separa, su irreconciliable antagonismo. Porque Schuchardt no hace sino seguir una de las líneas del pensamiento neogramático -eso sí, apenas perceptible dentro del énfasis con que se subrayaron otras-: aquella que nos lleva al individuo como sujeto hablante, aquella que conduce al nuevo marco de la pragmática lingüística.

En esto, como en muchas otras cosas, fue Schuchardt verdadero precursor de posteriores orientaciones en el estudio del lenguaje. Algunas de sus ideas, así como sus trabajos sobre el bilingüismo o la mezcla de lenguas, caen de lleno en el ámbito

de la actual sociolingüística (4). Conocida es, por otra parte, su conexión con el movimiento "Wörter und Sachen", hasta el punto de atribuírsele la paternidad del mismo (5). La geografía lingüística le sitúa también entre sus directos precursores. Y, por último, es preciso destacar su estrecha afinidad con la escuela idealista vossleriana, dentro de la cual muchos no dudarían en incluirle(6). En suma, pues, obra y personalidad enormemente atractivas las de Hugo Schuchardt, que no conviene perder de vista a lo largo de estas páginas.

4.3.2.

El otro de los vértices sobre los que se cimenta la nueva dialectología hay que situarlo en Francia y concretarlo en los nombres de Gaston Paris y Paul Meyer. Este último sostuvo una polémica con Ascoli sobre la existencia de fronteras dialectales, polémica que, como se ha dicho, había suscitado ya Schuchardt en 1868.

La opinión de Schuchardt sobre el particular es bien conocida. Contrariamente, Ascoli, en sus Schizzi franco-provenzali (1874), afirmaba que los dialectos eran como organismos bien definidos, que tenían, al igual que las plantas y los animales, particularidades específicas (*). P.Meyer, por su parte, negó la existencia de dialectos con límites fijos, así como la existencia del grupo franco-provenzal, el cual no tenía ningún tipo de unidad geográfica y parecía haberse creado sólo a través de las informaciones suministras por los libros impresos; en palabras textuales:

"[...] le dialecte est une espèce bien plutôt artificielle que naturelle; [...] toute définition du dia-

(*) S.Pop, op. cit., p. 741.

lecte est une definitio nominis et non une definitio rei. Or, si le dialecte est de sa nature indéfini, on conçoit que les groupes qu'on en peut former (c'est à dire le groupe franco-provençal) ne sauraient être parfaitement finis"(*).

Ascoli concedió a Meyer que, en efecto, no podía hablarse de unidad absoluta, pero que ello no invalidaba su concepción, atenta más bien a los rasgos esenciales existentes. Y Paul Meyer volvió de nuevo sobre el tema insistiendo en consideraciones similares a las ya expuestas (7).

En 1888, Gaston Paris pronunció el discurso titulado Les parlers de la France, interviniendo así en la polémica y poniéndose del lado de su amigo P.Meyer. Suya es la siguiente frase: "Les parlers populaires se perdent les uns dans les autres par des nuances insensibles"(**).

En contra de estas opiniones se alzó en su momento la voz de Ch. de Tourtoulon, el cual, junto con O.Bringuier, y a base de encuestas sobre el terreno, había trabajado en la fijación de la frontera entre el francés y el provenzal. De la comunicación que presentó al Primer Congreso de Filología Románica (Montpellier, 1890), titulada La classification des dialectes, extraemos este testimonio bien revelador:

"N'en déplaise à M.G.Paris, il y a bien deux langues françaises séparées par une frontière non imaginaire... Explicable ou non, un fait est ou n'est pas, et lorsqu'il s'agit seulement de constater s'il existe ou n'existe pas, c'est une déplorable disposition d'esprit pour un observateur que de se préoccuper de l'explication à donner" (***) y (8).

Las investigaciones dialectales posteriores vinieron a confirmar tesis como la de Tourtoulon y a contradecir el re-

(*) Romania, t. IV, 1875, p. 294; apud S.Pop, op. cit., p. 741.

(**) Apud S.Pop, op. cit., p. 45.

(***) Ibidem, p. 294.

lativismo a ultranza de P.Meyer y G.Paris. El concepto de "murala imaginaria" de este último se vio sustituido los de "límites aproximados", "haces de isoglosas", "haces de isófonas", etc., como probó, entre otros, L.Gauchat en su artículo Gibt es Mund-artgrenzen? (1903).

Más filólogos que lingüistas, G.Paris y P.Meyer se consideran como los grandes impulsores de la dialectología francesa. Fundamentalmente a través de la revista Romania -fundada por ambos en 1872-, fomentaron el estudio de las hablas y tradiciones populares. Recordemos, a título de ejemplo, la llamada que hicieron desde las páginas de su revista para la creación de un órgano dedicado específicamente a los patois; dicha llamada obtuvo la respuesta adecuada en la Revue des patois gallo-romans (Gilliéron y Rousselot) y en la Revue des patois (L.Cédat). Pero sobre todo se ha de pensar en que J.Gilliéron, creador de la geografía lingüística, se formó en la escuela de G.Paris y recibió de este el estímulo necesario para emprender la ambiciosa tarea de salvar las hablas populares de Francia de su total desaparición.

Notas

(1) Entre las publicaciones de Stalder cabe destacar, aparte de la encuesta, Probe eines schweizerischen Idiotikons, hie und da mit etymologischen Bemerkungen untermischt (1806) y Versuch eines schweizerischen Idiotikons mit etymologischen Bemerkungen untermischt, samt einer Skizze einer schweizerischen Dialektologie (1812).

(2) Francesco Cherubini publicó un diccionario milanés-italiano en 5 volúmenes (1839-1853). De Pietro Monti pueden citarse Vocabolario dei dialetti della città di Como (1845) y Saggio di vocabolario della Gallia Cisalpina (1856). Giovanni Spano, además de una Ortografia Sarda nazionale, ossia Grammatica della Lingua Logudorese, publicó un excelente Vocabolario sardo-italiano e italiano-sardo (1851-52). De Gabriele Rosa es digno de mención su ensayo Dialetti, costumi e tradizioni delle provincie di Bergamo e Brescia (1855). Y, por último, la obra de mayor envergadura de Antonio Tiraboschi es la publicada en 1867 Vocabolario dei dialetti bergamaschi, antichi e moderni. (Cf. Carlo Tagliavini, Orígenes de las lenguas neolatinas, pp. 59-60, nota 22.)

(3) En el primer número de la revista, Ascoli publica sus Saggi ladini, trabajo con el que se inaugura la dialectología sobre el romanche, y que sigue siendo fundamental para el estudio de las hablas réticas. De 1874 datan sus Schizzi franco-provenzali, donde se reconoce la existencia del franco-provenzal, dominio lingüístico bien diferenciado del francés del norte y de la lengua d'oc; este trabajo suscitó una acalorada polémica sobre las fronteras dialectales, de enorme eco y trascendencia durante el último cuarto del siglo. Y, por último, cabe destacar de la obra dialectológica de Ascoli L'Italia dialettale (1882-1885), donde quedan establecidos "para mucho tiempo, los principios y métodos de trabajo de la dialectología italiana" (I. Iordan, op. cit., p. 19).

Por lo que respecta a sus colaboradores, he aquí algunos de los trabajos publicados en el Archivio, que dan una idea de la contribución de la revista y la escuela de Ascoli a la dialectología italiana: G. Morosi, Dialetti romaiici del mandamento di Bova in Calabria (t. IV, 1878); F. d'Ovidio, Fonetica del dialetto di Campobasso (t. IV, 1878); C. Salvioni, Saggi intorno ai dialetti di alcune vallate all'estremità settentrionale del Lago Maggiore (t. IX, 1886); G. Morosi, L'odierno linguaggio dei Valdesi di Piemonte (t. XI, 1890); E. G. Parodi, Il dialetto d'Arpino (t. XIII, 1892-1894); S. Pieri, Il dialetto gallo-ro-

mano di Gombitelli nella provincia di Lucca (t. XIII, 1892-1894); N. Zingarelli, Il dialetto di Cerignola (t. XIV, 1899), etc.

(4) Es bien significativo que en una de las obras iniciadoras (y fundamentales) de la moderna sociolingüística, Languages in contact, de U. Weinreich, aparezca constantemente el nombre de Hugo Schuchardt, con el reconocimiento implícito de la aludida labor de pionero en esta materia.

(5) La revista Wörter und Sachen, fundada por R. Meringer, se empezó a publicar en 1909. Con anterioridad había escrito Schuchardt algunos artículos que, con el nombre genérico de Sachen und Wörter, trataban sobre el mismo tema y propugnaban un método de estudio similar. Parece que existió cierta polémica sobre quién fue el iniciador de este movimiento. Datos sobre la misma pueden verse en la Lingüística románica de I. Iordan, pp. 112-113.

(6) "[...] H. Schuchardt critica a los neogramáticos por el carácter metafísico de su materialismo, que se manifiesta en la reducción de las leyes lingüísticas a leyes mecánicas. Mas con esto no logra, sin embargo, superar el mecanicismo tan criticado y demuestra ser, en realidad, adepto a un positivismo subjetivo. Esto se pone de relieve en la importancia exagerada con que valora el factor individual en la lengua. Por eso llega a negar tanto la existencia de leyes lingüísticas que funcionan, evidentemente, en un período determinado, como el carácter general de fenómenos existentes en el habla de los individuos, aisladamente considerados. Desde la perspectiva de lo individual erróneamente entendida, H. Schuchardt lleva las cosas hasta el subjetivismo, cayendo en lo que he dicho que debería llamarse positivismo subjetivo.

"Pero conviene no perder de vista la diferencia cualitativa entre el materialismo inconsecuente que ignora la riqueza de lo general, como hacen los neogramáticos, y el positivismo idealista que enfoca unilateralmente y "subjetiviza" lo individual, como hace Schuchardt." (I. Iordan, op. cit., p. 52.)

(7) Archivio Glottologico Italiano, t. II, 1876, pp. 385 y siguientes; Romania, t. V, 1876, pp. 505-506, y t. VI, 1877, pp. 630-631.

(8) S. Pop, tras señalar cómo la labor de Charles de Tourtoulon ha pasado injustamente inadvertida, reivindica su papel dentro

de los fundadores de la lingüística románica:

"Je crois que Charles de Tourtoulon mérite d'être mentionné dorénavant parmi les fondateurs de la dialectologie romane moderne, car son importante activité précède celle de l'abbé Rousselot et de J. Gilliéron" (op. cit., p. 295).

CAPITULO V

LOS PRIMEROS ATLAS LINGUISTICOS.
EL ATLAS LINGUISTICO DE FRANCIA

Los atlas de Wenker y de Weigand.- El método de la encuesta directa.- Les parlers de France, de Gaston Paris.- El Atlas lingüístico de Francia.

Creada la dialectología en el último tercio del siglo XIX, gracias sobre todo a la labor de Ascoli y su escuela, recibirá un impulso decisivo años más tarde con la aparición del Atlas lingüístico de Francia, fiel exponente de una nueva disciplina que revolucionaría no solo la incipiente dialectología, sino toda la ciencia del lenguaje: la geografía lingüística. Es más, para muchos, el verdadero nacimiento de la dialectología tiene lugar como resultado de su unión fecunda con esta última, hasta el punto de considerar que lo que fue un método (geografía lingüística) se ha convertido en el método por excelencia de la dialectología, e incluso que ambos términos son perfectamente sinónimos y se refieren a un mismo objeto de estudio.

¿Qué es la geografía lingüística? En el próximo capítulo se tratará de dar cumplida respuesta a esta pregunta, al tiempo que se analizarán sus conexiones con la dialectología y

se expondrán algunos de sus principales logros. De momento, hemos de contentarnos con la siguiente definición: la geografía lingüística es esencialmente el registro cartográfico de los hechos lingüísticos directamente observados.

5.1. Los atlas de Wenker y de Weigand

El acontecimiento más importante de la primera época del presente siglo, dentro del ámbito dialectológico, es sin duda la publicación -entre 1902 y 1910- del Atlas lingüístico de Francia, de J. Gilliéron. Hay, sin embargo, una serie de antecedentes más o menos directos, una labor preparatoria, que es preciso tomar en consideración. De ello nos ocuparemos en este y sucesivos apartados.

5.1.1.

La idea de recoger en mapas las formas que caracterizan a los dialectos surgió por primera vez en Alemania, alrededor de 1875. En efecto, Georg Wenker concibió el plan de cartografiar el estado lingüístico de la provincia renana, para lo cual envió un cuestionario de treinta y ocho frases a los maestros de la zona, quienes debían remitírselo una vez traducido al dialecto local. Las respuestas fueron reunidas y cartografiadas en la obrita Das rheinische Platt (Düsseldorf, 1877). La encuesta se extendió a Westfalia (1877) y, dos años más tarde, la idea de un atlas lingüístico de toda Alemania fue sometida para su aprobación a la Academia Real de Ciencias de Berlín. En 1881 se inició la empresa y apareció ya el primer fascículo -y único publicado en vida de Wenker-, titulado Sprachatlas von Nord- und Mitteldeutschland, auf Grund von systematisch mit Hülfe der Volksschullehrer gesammeltem Material aus circa 30.000 Orten, que

contiene únicamente seis mapas (dos fonéticos y cuatro morfológicos).

Estos mapas no reproducen los materiales lingüísticos tal como fueron remitidos por los corresponsales; se trata, más bien, al decir de S. Pop, "d'une photographie linguistique retouchée par le savant dans son cabinet de travail"(*). Y ahí radica precisamente una de las principales diferencias con respecto al Atlas lingüístico de Francia, en donde los mapas reflejan con la mayor fidelidad las respuestas obtenidas.

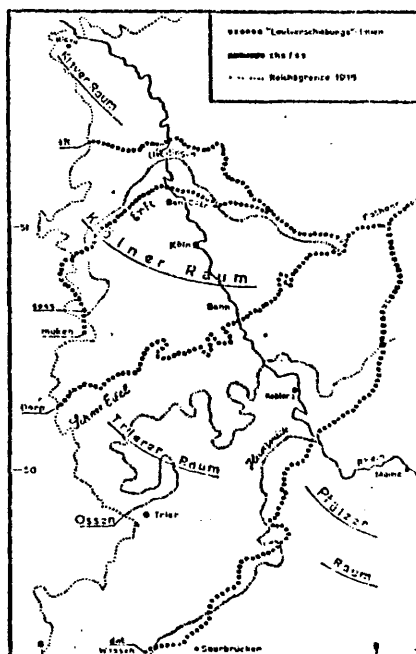
Al margen de cuestiones técnicas o metodológicas, interesa destacar un aspecto del atlas de Wenker, y es la disparidad entre sus premisas teóricas y sus resultados. Wenker creía fervientemente en las doctrinas de los neogramáticos y esperaba encontrar confirmación a las mismas en sus estudios dialectales, toda vez que en las lenguas literaria y común, debido principalmente a factores externos, no se daba la regularidad pretendida por los neogramáticos. La idea de Wenker era que en dialectos "genuinos", no contaminados por la influencia externa, sí se encontraría.

Sin embargo, no se cumplieron sus esperanzas. Los mapas por él editados mostraban cómo cada palabra tiene sus propias fronteras y su propio desarrollo fónico; en especial, la llamada mutación consonántica ofrecía distintas soluciones según los casos (véase mapa de la página siguiente):

"Concluyó que no existen las fronteras dialectales y, por lo tanto, en sentido estricto, tampoco los dialectos"(**).

(*) Op. cit., p. 744.

(**) I. Iordan, op. cit., p. 256; hemos respetado el espaciado del autor.



(Fronteras lingüísticas en Renania. En el mapa aparecen los límites de la mutación fonética del alto alemán en varias palabras: ik-ich, lo más al norte; maken-machen, algo más al sur; sigue Dorp-Dorf; y por último, dat-das (*).)

La publicación del Atlas quedó interrumpida durante cuarenta y cinco años, hasta que F. Wrede, colaborador de Wenker desde 1887, hiciera aparecer el primer fascículo de un nuevo Deutscher Sprachatlas, mucho más completo y ambicioso que el primigenio. Entretanto se habían producido diversos acontecimientos en la investigación dialectal que determinaron una modificación sustancial en el plan y los fines de la obra: desde que este tipo de estudios alcanzó su propia justificación -y el mismo

(*) Apud B. Malmberg, Los nuevos caminos de la lingüística, p. 63.

Wenker llegó a tomar conciencia de ello- tuvo lugar un cambio de actitud hacia la cuestión dialectal, personificada en nombres como los de F. Wrede, B. Martin y W. Mitzka, que se tradujo en la creación en Marburgo del Zentralstelle für den Sprachatlas des Deutschen Reiches und deutsche Mundartenforschung, verdadero centro impulsor no solo del Atlas, sino de toda la dialectología alemana.

5.1.2.

Aunque editado con posterioridad al Atlas lingüístico de Francia (al menos, a la mayor parte de los fascículos de este), el atlas dacorrumano de Gustav Weigand (Linguistischer Atlas des dacorrumänischen Sprachgebietes, Leipzig, 1909) es anterior en su concepción. Y lo es en dos sentidos: cronológicamente y en cuanto a sus características y bases metodológicas.

En 1895, dos años antes de que Edmont iniciara las encuestas del Atlas de Francia, Weigand emprendió su labor sobre el territorio dacorrumano, si bien no es seguro que lo hiciera pensando en un futuro atlas lingüístico. Con respecto al de Wenker, el atlas de Weigand presenta la novedad de que se realizó por medio de encuestas directas con ayuda de cuestionario. Cabría, pues, considerarlo como un modelo directo del Atlas lingüístico de Francia. Sin embargo, ello no parece probable. Aparte -como se ha dicho- de su publicación posterior a la gran obra de Gilliéron, el método de la encuesta sobre el terreno era conocido y puesto en práctica mucho antes: sin ir más lejos, los trabajos del propio Gilliéron (Petit Atlas phonétique du Valais roman, 1881) y de Rousselot (Modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin, 1891) partían de la observación directa de los hechos lingüísticos.

"Es verdad -apunta I. Iordan- que estos lingüistas no utilizaron un cuestionario como hiciera Weigand, pero en 1895, cuando el sabio alemán comenzó sus investigaciones sobre las hablas dacorrumanas [...], la idea de un cuestionario previo a la investigación sobre el terreno se había difundido entre los lingüistas, "estaba en el ambiente", como suele decirse."(*)

El Atlas dacorrumano contiene 67 mapas, de los cuales 16 son sintéticos, es decir, una especie de resumen de los otros. El mismo Weigand realizó la mayor parte de las encuestas, con la ayuda (en 47 de los 752 puntos investigados) de tres colaboradores; para ello se valió de un cuestionario de 114 palabras, seleccionadas para comprobar aspectos meramente fonéticos. En opinión de S. Pop:

"la méthode d'enquête est d'un homme qui croit aux lois phonétiques sans exception: l'atlas ne contient que des mots choisis à cause de l'interêt de leurs phonèmes"(**).

A pesar de sus innegables valores y de la novedad que supuso la encuesta directa como método de trabajo, el Atlas dacorrumano no resiste una comparación con el Atlas lingüístico de Francia, en especial por su apriorismo y enfoque unilateral, y, naturalmente, en lo que a riqueza de materiales recogidos se refiere.

(*) Op. cit., p. 256.

(**) Op. cit., p. XLVI.

5.2. El método de la encuesta directa

Si la geografía lingüística es el "registro cartográfico de los hechos lingüísticos directamente observados" y se atribuye su fundación -con entera justicia- a Gilliéron, hemos podido ver, no obstante, cómo tuvo sus precedentes en lo tocante a la elaboración de mapas lingüísticos: el caso de Wenker es quizá el más representativo. Otro tanto puede decirse sobre la segunda parte de la definición: la observación directa, la encuesta sobre el terreno.

5.2.1.

Entre los precursores del método hay que mencionar a Biondelli (véase 4.2.1.) y G. Morosi (que en 1870 publica el resultado de sus encuestas sobre las hablas griegas de la Italia meridional). Pero es la obra de Ch. de Tourtoulon, cuya importancia no ha sido lo suficientemente reconocida, la que, a nuestro entender, supone un mayor avance en este punto y se constituye, pues, en el antecedente inmediato de la práctica que más tarde se generalizaría.

Provenzalista, miembro fundador de la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Romanes (1869) y de su órgano de difusión, la Revue des langues romanes, ya ha sido mencionado en estas páginas al tratar sobre las concepciones de G. Paris y P. Meyer acerca de la "inexistencia" de los dialectos. Como ya ha quedado señalado, su posición teórica en torno al problema, bien distinta de la de estos autores, apareció en su comunicación al Congreso de Filología Románica de Montpellier; allí, Ch. de Tourtoulon sustentaba una idea contraria a la de la "muralla imaginaria", que era para Gaston Paris la frontera dialectal. En concreto, Ch. de Tourtoulon defendía la existencia de una clara frontera que separaba dos lenguas francesas distintas. Y proponía la

siguiente hipótesis para explicar los hechos:

"Ne peut-on pas admettre que des larges espaces boisés et inhabités aient longtemps séparé les populations du Nord et celles du Midi, que les parlers des uns et des autres se soient développés dans des sens différents, et que le défrichement ayant progressivement rétréci, puis supprimé la zone déserte, les idiomes se soient rencontrés à une époque où leur développement ne leur permettait plus de se fondre les uns dans les autres?" (*).

Las concepciones de Ch. de Tourtoulon al respecto no eran, ni mucho menos, de base especulativa; eran, por el contrario, fruto de una larga experiencia en la observación directa de los hechos, adquirida principalmente gracias a la encuesta realizada años atrás para fijar la frontera del provenzal.

Prescindiendo ya de los resultados de dicha encuesta —que vinieron a probar la existencia de una divisoria entre las lenguas d'oïl y d'oc—, interesa subrayar que se trata de la primera gran encuesta sobre el terreno en Francia; concluida en 1875 —bastante antes, pues, de que iniciaran sus trabajos Rousset y Gilliéron—, reclama, junto con el resto de la labor dialectológica de su autor, un puesto de honor en la historia de la dialectología románica, así como su consideración entre los antecedentes inmediatos del Atlas lingüístico de Francia; y ello porque representa la primera tentativa, a no pequeña escala, de recogida directa del material lingüístico, método que va a emplear profusamente Gilliéron años después en su famoso atlas.

(*) Apud S. Pop, op. cit., p. 294.

5.2.2.

Hemos mencionado a Rousselot, cuya labor hay que situarla también entre las preparatorias del Atlas lingüístico de Francia. Es más, algo de la paternidad espiritual de tan magna obra puede atribuirsele a este estudioso.

Colaborador y discípulo de Gilliéron, el abate Pierre Rousselot funda con este, en 1887, la Revue des patois gallo-romans, vehículo de difusión de los primeros trabajos dialectológicos verdaderamente científicos en el ámbito francés. De este modo se colmaban las aspiraciones de P. Meyer y G. Paris, expresadas a través de la Romania, acerca de la necesidad de que aparecieran en Francia revistas u otro tipo de órganos dedicados al estudio de las hablas y tradiciones populares.

En el primer número de la Revue publicó Rousselot un importante estudio; "Introduction à l'étude des patois", que, a modo de artículo-programa de la revista, no era sino un manifiesto sobre la metodología dialectológica que habrían de seguir los trabajos recogidos en ella. Al decir de S. Pop, en la "Introduction" de Rousselot se da "pour la première fois [...] une méthode scientifique pour étudier les patois"(*).

Lo más destacable del artículo es la preferencia que se otorga a la encuesta directa como medio de conocimiento del habla, así como la atención primordial que se reclama para la fonética —no olvidemos que la gran aportación del abate Rousselot a la ciencia del lenguaje fue la creación de la fonética experimental—; además, en esta obra propone Rousselot un sistema de transcripción que, con leves modificaciones, ha servido para la mayoría de los trabajos dialectales posteriores en Francia.

Una aplicación de sus propios métodos y concepciones teóricas la constituye su valiosa monografía Les modifications

(*) Op. cit., p. 38.

phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (1891), donde queda reducido considerablemente el objeto de estudio, quedando limitado a su propia familia, a su "dialecto" familiar.

Este minucioso trabajo trasciende, sin embargo, sus estrechísimos límites, en el sentido de que vino a demostrar cómo la perfecta unidad lingüística no existe ni siquiera dentro del reducido ámbito de una familia; de esta forma, se convirtió en la obra símbolo de la dialectología de la época y, en cierta manera, en el germen y modelo de la geografía lingüística propiamente dicha, entendida esta como "estudio de campo", "lingüística empírica" (1). Realizada al amparo y en apoyo de las doctrinas "relativistas" de G. Paris, la monografía de Rousselot constituyó, por otra parte, una de las más claras refutaciones de los rígidos presupuestos de los neogramáticos (2).

5.3. "Les parlers de France", de Gaston Paris

Para completar este breve bosquejo del contexto inmediato del atlas de Gilliéron, de los trabajos, circunstancias y hechos en general que en alguna forma influyeron en su realización, es preciso siquiera mencionar lo que muchos consideran su punto de partida: la conferencia pronunciada en 1888 por Gaston Paris con el título Les parlers de France, y publicada en la Revue des patois gallo-romans del mismo año.

Aparte de expresar sus principales ideas sobre la naturaleza de los dialectos, aparte de alabar su estudio y a quienes a él se dedican, así como encarecer a su prosecución, Gaston

Paria exhorta claramente en dicha conferencia a que se confeccionara un atlas o un gran número de ellos que cubran toda Francia:

"Si on possédait un grand nombre de ces atlas [como el de Gilliéron sobre el Valais], on verrait, en les juxtaposant, se former de grandes aires phonétiques et morphologiques qui ne se recouvriraient pas l'une l'autre, tout en coïncidant sur une certaine étendue: la constitution de ces aires pourra seule nous fournir des données précises sur les faits essentiels de notre géographie linguistique"(*).

5.4. El "Atlas lingüístico de Francia"

La publicación del Atlas lingüístico de Francia, de Jules Gilliéron y Edmond Edmont, marca un hito no solo en la historia de la dialectología, sino en la de la lingüística en general. Hoy día así se reconoce, y se da toda la razón al propio Gilliéron cuando, en 1904, en respuesta a la crítica demasiado injusta de A. Thomas al Atlas, declaraba que, con la aparición de este, se iba a abrir una nueva era en el estudio del lenguaje.

¿Cómo va a ser esa nueva era? ¿En qué medida la inicia o la determina la aparición del Atlas? Primeramente, hay que apresurarse a decir que con la obra de Gilliéron nace oficialmente la geografía lingüística (no es preciso recordar que el método tuvo sus precursores y sus antecedentes inmediatos). Y tal acontecimiento supuso una remodelación total de la dialectología, hasta el punto de que puede hablarse de una dialectología pre-gilliéroniana y una post-gilliéroniana, o en otros términos, de una dia-

(*) Rev. des patois gallo-romans, 1888, p. 170; apud S. Pop, op. cit., p. 48.

lectología pre-científica y de una dialectología científica propiamente dicha. Así, pues, en un sentido formal, y desde el momento en que la dialectología experimenta un cambio significativo de orientación, dicho cambio repercute en la lingüística, ciencia de la que la dialectología depende: de este modo se justifica plenamente la afirmación hecha más arriba sobre el verdadero alcance de la obra de Gilliéron.

Pero, además, desde un punto de vista más sustancial, el nuevo método trasciende los límites de la dialectología, por cuanto con él la experiencia de la realidad viva del habla pasa a ocupar un primer plano en la ciencia del lenguaje, el estudio de campo se convierte en componente esencial de la misma, o, dicho de otro modo, la lingüística se hace fundamentalmente empírica.

5.4.1.

Cuando, en 1888, Gaston Paris lanzó la idea de realizar un atlas de todos los dialectos y patois de Francia, nadie mejor que Gilliéron estaba en condiciones de hacerse eco de ella y ponerla en práctica. Profesor de dialectología francesa desde 1883 en la Ecole Pratique des Hautes Etudes, fundador con Roussetot de la Revue des patois gallo-romans (1887), Jules Gilliéron dedicó todos sus esfuerzos a una intensa investigación dialectal, que se vio culminada con la publicación del Atlas linguistique de la France (ALF). Con anterioridad había realizado numerosos trabajos dialectales, entre los que destacan la monografía Patois de la commune de Vionnaz y el Petit Atlas phonétique du Valais roman (ambos aparecidos en 1880), que, naturalmente, se cuentan entre los antecedentes o trabajos preparatorios del ALF.

No se sabe hasta qué punto fueron las palabras de Gaston Paris el estímulo inmediato para la realización del ALF, pero lo cierto es que, a partir de entonces, un proyecto de tal envergadura fue adquiriendo consistencia en Gilliéron, y toda su labor dialectológica se fue encaminando a dicho fin.

Era preciso: 1) "salvar" para la ciencia y para la posteridad al menos una parte de la riqueza y variedad histórica de las hablas locales, muy amenazadas ya por la difusión de la lengua común; 2) obtener un registro de todos los dialectos, sin lagunas importantes, de modo que su estudio comparativo pudiera hacerse sobre bases seguras; 3) que dicho registro fuera lo más homogéneo posible (*). Solo una obra como el ALF satisfaría, por lo menos en parte, estas necesidades.

En uno de los viajes de trabajo de Gilliéron por el norte de Francia, conoció a Edmond Edmont, comerciante y erudito local de la pequeña ciudad de Saint-Pol, quien resultaría ser la persona idónea para llevar a cabo las numerosas encuestas que requería tan vasto proyecto (3). Así, bajo la dirección de Gilliéron, en agosto de 1897, emprendió Edmont su larga tarea: el ALF se ponía en marcha, iniciándose de este modo lo que había de ser la primera investigación directa y sistemática de todas las hablas francesas; primera, a su vez, de este tipo en la historia de la lingüística.

5.4.2. .

El cuestionario, preparado por Gilliéron, constaba, al principio de la encuesta, de unas 1.400 preguntas; más tarde fue aumentado hasta 1.920. Y el número de informantes, superior a 720

(*) E. Coseriu, "La geografía lingüística", ya cit., p. 40.

(en 550 de las 639 localidades seleccionadas, un informante por localidad; en los demás casos, dos, tres y hasta cuatro informantes por localidad). Multiplíquese el número de preguntas por el de sujetos interrogados y se obtendrá una cifra superior al millón, número de respuestas que registró efectivamente Edmont al final de su itinerario. Esto nos da una idea de la magnitud del proyecto, sobre todo si lo comparamos con cualquiera de sus precedentes.

A diferencia de obras anteriores, interesadas casi exclusivamente por el aspecto fonético, Gilliéron incluyó en su cuestionario palabras (y frases) que le suministraran información sobre la morfología, sintaxis y léxico de los dialectos, de manera que el conocimiento acerca de los mismos fuera lo más completo posible. Además, no solo se interesó por las formas genuinamente populares, sino que dispuso las cosas de forma que se reflejara el grado de penetración de la lengua común en las hablas locales.

Por lo que respecta a la extensión del proyecto, fueron, como se ha dicho, 639 los puntos elegidos. Estos abarcaban toda el área galorrománica de Francia y zonas lingüísticamente afines de países limítrofes, quedando excluidas, en consecuencia, las regiones francesas de habla bretona, flamenca o vasca.

En cuatro años (1897-1901), tiempo verdaderamente record dada la envergadura de la empresa, llegó Edmont a investigar todos los puntos seleccionados, con lo que en 1902 se pudieron publicar ya los primeros materiales (fascículos 1-3) del ALF; el resto fue apareciendo entre 1903 y 1910. La obra completa comprendía, al término de su publicación, 36 grandes fascículos, con 1920 mapas ordenados en tres series; la primera serie (abeille-vrille) constaba de 1.421 mapas y abarcaba todo el territorio francés; la segunda (s'abriter-vous autres), de 326 mapas, se

limitaba a la zona meridional; y la tercera (abricot-voler), de 173 mapas, cubría solo una parte de esta última zona. En 1912 le fue añadido a la obra un grueso índice; en 1914-15, un suplemento para Córcega (799 mapas); y en 1920, un tomo de materiales recogidos por Edmont no previstos en el cuestionario.

7.4.3.

El ALF recibió en su momento la acogida favorable, y aun entusiasta, que era de esperar: el propio Gilliéron era consciente de la importancia y novedad de su obra. Esas cualidades fueron reconocidas enseguida y en círculos cada vez más amplios. Al lado de esto, también hubo sus reservas, incomprensiones, críticas negativas y hasta actitudes hostiles (4), las cuales no impidieron que el ALF se convirtiera pronto en un modelo a imitar y que el método geográfico con él inaugurado pasara a ocupar un puesto de honor en la ciencia lingüística.

Sin embargo, no puede decirse que con la aparición del primer gran atlas surgiera inmediatamente la geografía lingüística. Tras la presentación cartográfica de los hechos del lenguaje, era preciso dar un paso más para que aquello pudiera considerarse una nueva disciplina y no una simple técnica: su posterior interpretación. En palabras de I. Iordan:

"[...] Porque, por muy nueva que fuera la técnica de recoger y presentar el material dialectal, tal y como imaginó y realizó Gilliéron, la parte más importante de la empresa tenía que comenzar a partir de aquel momento. Ese conjunto extraordinario de palabras y formas dialectales necesitaba una interpretación para que los lingüistas sacaran provecho de él: los mapas debían ser comentados; la vida de la lengua, presentada en ellos de cierta manera estática, debía ser seguida paso a paso en sus fases anteriores para entender cómo y por qué se había llegado a la situación actual... Solamente después de esto se podría hablar de una nue-

va disciplina: la geografía lingüística "(*)".

Esa labor tan necesaria para la consolidación del método no se hizo esperar: una larga lista de trabajos sobre los resultados que el Atlas mostraba fue apareciendo en los años siguientes a la publicación de este; entre dichos trabajos destacan los del propio Gilliéron (y colaboradores), que venían a ilustrar el modo de lectura e interpretación de los mapas lingüísticos, a aclarar y comentar ciertos aspectos de su realización y, sobre todo, a extraer importantes conclusiones para la dialectología y la historia lingüística, a partir de los datos observados en el Atlas. Es así como la obra gilléroniana queda configurada por la confección del ALF y por los tratados posteriores de geografía lingüística basados en este (5).

Pero la obra de Gilliéron no se cierra en sí misma, sino que en cierto modo se continúa en la de otros muchos que, tomándola como modelo, la ampliaron, mejoraron y desarrollaron, hasta el punto de llegarse a formar una verdadera escuela, una nueva disciplina y metodología lingüísticas. Las publicaciones y enseñanzas de Gilliéron despertaron numerosas vocaciones. Entre sus discípulos directos puede citarse a Gauchat, Jeanjaquet, Tappolet, Murat, Bloch, Bruneau, Dauzat, Fouchet(6)... Y una larga lista de estudiosos que, de forma indirecta, recibieron sus enseñanzas o se vieron influidos por su doctrina.

5.4.4.

Vamos a ocuparnos a continuación de algunos aspectos del ALF y a exponer brevemente algunas de las tesis de Gilliéron

(*) Op. cit., p. 263; hemos respetado el procedimiento de realce empleado por el autor al final del texto citado.

basadas en observaciones, comprobaciones e inducciones hechas sobre el propio Atlas.

En primer lugar, cabe preguntarse sobre la naturaleza de un atlas lingüístico y sobre las ventajas que la representación cartográfica ofrece frente a otras formas de registro y estudio de los hechos de habla. Un atlas lingüístico constituye fundamentalmente un inventario de formas. Es cierto que esas mismas formas pueden ser registradas no cartográficamente, en estudios dialectales de otra índole; pero solo la investigación sistemática en una red de puntos con "mallas" aceptablemente estrechas -exigencia impuesta para la realización de atlas- garantiza la homogeneidad y amplitud del inventario. A su vez, un atlas no presenta los hechos aislados en un solo hablar, sino que lo hace en conjunto, mostrando así una panorámica global de las hablas que comprende un dialecto, una lengua, un idioma o aun una familia lingüística, en un determinado territorio.

Estas características, propias de toda representación cartográfica, permiten ver en el ALF cómo las palabras migran: parten de un punto determinado -centro de irradiación- y se expanden hacia otros más o menos cercanos, según las circunstancias. Normalmente, estas palabras -formas lingüísticas, innovaciones- entran en conflicto con otras, a las que en algunos casos suplantán y en otros no. El mapa presenta las áreas en que ha triunfado la innovación y aquéllas en que persiste la forma antigua. Lo común es que en un mismo mapa lingüístico aparezcan dos o más formas y, consecuentemente, dos o más áreas diferenciadas. Se establece en tales casos, con ayuda documental, la llamada estratigrafía lingüística, que no es sino el estudio del orden en que han ido apareciendo las sucesivas innovaciones y la extensión de las mismas.

Una vez hecho este tipo de comprobaciones, Gilliéron va más lejos: intenta explicar el íntimo mecanismo del cambio lingüístico. Entre las muchas nociones que emplea para dar cuenta cabal del proceso, destacan las de patología y terapéutica verbales. Hay "patología" verbal, principalmente, cuando una palabra, debido a los cambios fonéticos, llega a hacerse homófona de otra; o cuando, por la misma causa, una palabra, al quedar muy reducida en entidad fonética, pierde poder expresivo. En ambas circunstancias se requiere una "terapéutica": modificación o sustitución de la palabra "enferma". Otras veces, el proceso evolutivo que conduce a una situación "patológica" se ve interrumpido con el fin de evitar esa situación: "terapéutica preventiva", que se da con alguna frecuencia particularmente en los casos de posible colisión homonímica.

Por otra parte, entra en juego la etimología popular (asociaciones nacidas en la mente de los usuarios de la lengua), factor decisivo en el rumbo que puede tomar un determinado cambio lingüístico. Gilliéron ve en la etimología popular la prueba palpable de cómo el hablante integra la palabra en su mundo psíquico y material, y de ahí la valoración que otorga a este procedimiento en su sistema, del cual se constituye en verdadero núcleo.

Y es que, desde la concepción misma del atlas, toda su doctrina está orientada hacia la reivindicación de la palabra, no solo como factor del cambio lingüístico, sino como su marco exclusivo de referencia. Para Gilliéron, cada palabra tiene su historia, y es tarea de la lingüística trazar la historia individual de las palabras. Ello le lleva a negar el dialecto como realidad y como objeto de estudio:

"La réflexion et les faits s'accordent pour détruire cette fausse unité linguistique dénommée patois, cette conception d'une commune ou même d'un groupe qui se-rait resté le dépositaire fidèle d'un patrimoine la-

tin... Force nous est donc de repousser le patois comme base d'opération scientifique... à l'étude du patois nous opposerons l'étude du mot"(*).

5.4.5.

Lo cierto es que, como dice Coseriu:

"Gilliéron no tenía un interés real por la lengua, como entidad histórico-cultural, sino más bien por el lenguaje en su múltiple variedad: su cariño por los patois era, justamente, la forma de su interés por la espontaneidad expresiva, por el hablar como síntoma inmediato de fenómenos de conciencia. Por eso trató de ir mucho más allá de las observaciones objetivas, intentando descubrir, con la ayuda del atlas y también de otros datos, el mecanismo interno del lenguaje, la razón íntima de las innovaciones"(**).

Esto lo aproxima bastante a Schuchardt y lo sitúa no lejos de las concepciones idealistas del lenguaje.

En cualquier caso, las ideas y doctrinas gilléronianas pasan por ser el más firme rechazo de las teorías, excesivamente esquemáticas, de los neogramáticos. Ya el atlas de Wenker mostraba cómo las áreas de difusión de los fenómenos que caracterizaban a priori a un dialecto no coincidían entre sí, e incluso que ni siquiera coincidían las áreas de distintas palabras que presentaran el mismo fenómeno. Semejante comprobación ponía en tela de juicio la existencia de fronteras dialectales y el funcionamiento "ciego" de las leyes fonéticas. Pero Gilliéron, dada su peculiar idiosincrasia y su formación "heterodoxa", y en la medida en que poseía un corpus de datos mucho mayor, hizo del contraejemplo -numéricamente más elevado- la refutación de las tesis neogramáticas, llegando a negar, de forma más o menos explícita, la existencia de límites dialectales (y aun de los dialectos).

(*) J. Gilliéron y J. Mongin; Etude de Géographie: "Scier" dans la Gaule Romane du Sud et de l'Est; apud B. Malmberg, op. cit., p. 65.

(**) Op. cit., p. 56.

lectos), así como la de las leyes fonéticas. La geografía lingüística posterior, de cuño gilléroniano, manifestó una tendencia similar.

A este respecto, E. Coseriu (La geografía lingüística, pp. 53-60) hace un luminoso análisis que suscribimos plenamente. Por su exactitud, rigor filosófico y atinada visión de los hechos, vamos a reproducir extensamente algunas de sus partes más significativas:

"[...] Pero, en realidad, el subrayar que no hay límites dialectales revela la misma actitud fundamental de los que insisten en que los hay, pues implica pensar que debería haberlos: significa que se piensan los dialectos como cosas concretas, existentes de por sí, antes e independientemente de la comprobación de las áreas que presentan los varios hechos lingüísticos en un territorio. En efecto, la existencia de los dialectos no implica la existencia de límites dialectales, así como negar estos límites no implica afirmar la no-existencia de los dialectos. Los dialectos no existen antes, sino después de la comprobación de las áreas en las que se registran los fenómenos concretos del hablar; no son cosas, sino abstracciones, sistemas de isoglosas que se estructuran por encima de la multiformidad del hablar. Y entre los dialectos puede haber, naturalmente, interferencias y caracteres comunes: todo depende de las isoglosas que, por convención, se adopten como límites dialectales [...]"(*).

Y, en relación con las leyes fonéticas, afirma más ade-

lante:

"Lo mismo vale con respecto a las llamadas "leyes fonéticas". La comprobación de las distintas áreas no implica un rechazo de la idea de "ley fonética" (pues se reconoce que hay zonas en las que ella se aplican), sino que sólo señala la existencia de "excepciones", hecho reconocido también por los neogramáticos. En realidad, la comprobación no se refiere al cambio fonético en sí, sino a la manera de difundirse los cambios, y afecta sólo la idea neogramática del cambio simultáneo en toda una lengua, es decir, la concepción de la lengua como organismo natural y autónomo y de la ley foné-

(*)E. 53.

nética como ley física: señala que los cambios se difunden con las palabras, de individuo a individuo; que no son fenómenos físicos, sino fenómenos sociales y culturales. La normalidad y uniformidad de un cambio es un hecho, pero un hecho de carácter histórico, una comprobación a posteriori. En efecto, los mapas lingüísticos presentan zonas donde un cambio ha ocurrido y otras donde no ha ocurrido: no revelan sólo que el cambio no es uniforme, sino también que en ciertas zonas es uniforme. No se trata, pues, de negar o afirmar una ley, sino de explicar dos hechos históricos: la uniformidad del cambio en unas zonas y la no-uniformidad en otras. Lo que ocurre es que, aquí también, hay interferencias entre zonas; pero no hay que considerarlas como "anormales" (así se consideran sólo si se piensa que realmente la "ley fonética" debería ser general): pueden interpretarse como interferencias entre dos o más normas [...]. En otros términos, el principio neogramático es útil si se considera histórica y no físicamente, y la geografía lingüística no contribuye a destruirlo, como a veces se cree, sino, justamente, a transformarlo de físico en histórico(*).

En otro lugar, tras exponer algunos de los fundamentos de la doctrina de Gilliéron y su atención preferente hacia las unidades léxicas, añade:

"Ciertos estudiosos, dados los hechos que señala la geografía lingüística y el tono polémico adoptado a menudo por Gilliéron, han visto en su método y en su obra una total negación de las "leyes fonéticas" y una oposición esencial a la ideología neogramática. Pero en el fondo no hay tal oposición o, por lo menos, ésta no es tan radical como a veces se cree. Algunos de los ejemplos fonéticos más conocidos de Gilliéron caben dentro de la ideología neogramática, como excepciones que hay que explicar "psicológicamente" o como "empréstitos" (aunque suponen un concepto de "empréstito" mucho más elástico). Y los mismos fenómenos de "patología" y "terapéutica" implican la admisión del principio de la normalidad, y hasta de la "inexcepcionalidad" de los cambios fonéticos (gallus se vuelve gat a pesar de la confusión con cattus, y es por esto que se llega a una situación "patológica").

(*) Pp. 54-55.

"En realidad, la geografía lingüística no modifica aquéllo que los neogramáticos habían comprobado como "hecho" histórico. Pero proporciona más hechos, permite una nueva visión de los hechos mismos y contribuye a modificar su interpretación, colaborando de esta manera en la estructuración de una concepción más propiamente "histórica" de la "lengua". Lo que el nuevo método comprueba es lo que era razonable esperar, si se considera que la "lengua" no existe concretamente fuera del hablar, de la actividad lingüística concreta: es decir, que en el hablar no domina la regularidad mecánica, sino que hay compromisos entre formas viejas y formas nuevas, sobreposiciones de normas, zonas intermedias, focos de resistencia a la innovación, sobrevivencias, etc. Bajo este aspecto, lo más valioso de la polémica de Gillieron es el haber intuido este estudioso que el secreto de la "lengua" se halla encerrado en el hablar: que toda innovación tiene un origen individual; y el haber tratado de explicar la innovación misma, colocándose en la mentalidad de quien la introdujo, antes aún de explicar su difusión o aceptación"(*).

Y, por último, con respecto a la oposición entre historia de la palabra e historia de la lengua, comenta:

"En realidad, no se trata de eliminar la historia de la lengua, sino de justificarla; así como no se trata de destruir el concepto de "lengua", sino de mostrar de qué manera se estructura y cuál es su realidad. El método geográfico empleado con discernimiento no afirma ninguna posición dogmática: ni el esquematismo simplificador que ve en el lenguaje la absoluta regularidad y uniformidad, ni el individualismo atomizante que sólo ve la arbitrariedad, heterogeneidad y variedad. Mejor dicho, no afirma ninguna posición, sino que muestra, por un lado, el constante juego dialéctico entre innovación y conservación, entre creación individual y tradición, y, por otro lado, el juego entre acto individual y norma social, entre heterogeneidad y homogeneidad, no sólo con respecto a la lengua común, sino también con respecto a las normas limitadas, de la familia, aldea, región, etc. La idea de la uniformidad en la variedad constituye la base misma de la geografía lingüística, porque la investigación con un solo informador en cada punto implica la suposición de que en esta localidad (y en una región circunstante) la gente habla "más o menos" como el sujeto interrogado.

(*) P. 59.

"Si esto se admite, es evidente que la historia lingüística no puede atender sólo a los episodios (historia de las palabras), sino que debe atender también a las etapas (historia de la lengua); lo que debe comprobar es de qué manera la historia de la palabra refleja la historia de la lengua, y se inserta en esta misma historia"(*).

Creemos que estas palabras de Coseriu glosan a la perfección el significado y alcance de la obra gilliéroniana, y concilian, en armoniosa síntesis, dos posturas aparentemente antitéticas: el atomismo de la geografía lingüística y el esquematismo generalizador de la neogramática. Nada, pues, mejor que dichas palabras en este apartado que hemos dedicado al análisis de las tesis de Gilliéron, y de ahí la larga cita.

5.4.6.

En cuanto a las relaciones con las doctrinas de otros lingüistas, hay que consignar, en primer término, la indudable afinidad entre Schuchardt y Gilliéron. Este último reconocía la influencia que en él ejerció Schuchardt y se sentía identificado con su visión de los hechos del lenguaje; prueba de la admiración y respeto de Gilliéron por la figura del gran maestro alemán la constituye la dedicatoria a este de su trabajo L'aire "clavellus", d'après l'Atlas linguistique de la France. Lo cierto es que la mayor parte de las doctrinas gilliéronianas se encuentra ya en Schuchardt, aunque sin el apoyo empírico con que contaba el autor del ALF. Así, la consideración de la lengua en estrecha relación con la vida psíquica y el entorno material del hablante (7), la oposición al mecanicismo de las leyes fonéticas, la idea de que la lengua es un continuum, la de que no existen lenguas (dialectos, etc.) sin mezcla, y tantos otros aspectos que hacen de Schuchardt un claro precursor de Gilliéron.

(*)P. 60.

Se han señalado con frecuencia, también, las concomitancias entre las doctrinas del autor del ALF y la lingüística posterior inaugurada por Saussure. Así, Kukenheim:

"D'autre part, considérant l'utilité et la nécessité comme les principes mêmes de l'évolution linguistique, Gilliéron prélude aussi aux conceptions antihistoriques modernes" (*).

Y Iordan compara, especialmente por este no-historicismo a Gilliéron con Saussure:

"[...] Como éste, Gilliéron se interesa sobre todo por el aspecto estático del lenguaje humano, hace lingüística descriptiva o, en términos de Saussure, sincrónica" (**).

Y añade otros puntos de contacto entre ambos lingüistas:

"Su concepción del lenguaje es también análoga a la de F. de Saussure, ya que ambos consideran al lenguaje humano como un mero instrumento de entendimiento entre los hombres, descuidando por completo el elemento artístico, que innegablemente existe en la lengua. En esto se aproximan ambos a los neogramáticos. Al mismo tiempo, los dos se muestran racionalistas puros, viendo en el habla humana un producto exclusivo de la razón" (***).

Sin embargo, la lingüística descriptiva que hace Gilliéron esta todavía lejos del descriptivismo puro que Saussure propugna para la ciencia del lenguaje. No hay en Gilliéron lingüística sincrónica per se; por el contrario, la realización del ALF —es decir, el registro de las hablas en un vasto territorio coetáneas a la investigación— parece obedecer, en última instancia, a la consigna "historicista" de los neogramáticos: la necesidad de conocer mejor el estado actual del lenguaje para estudiar con base más firme su desenvolvimiento histórico. Aunque en la obra

(*) Op. cit., p. 120.

(**) Op. cit., p. 334; hemos respetado el espaciado del autor.

(***) Ibidem, p. 334.

de Gilliéron predomine cuantitativamente la lingüística estática, no puede decirse que lo haga desvinculándose por completo de la historia, encontrando su razón de ser en sí misma.

En mayor medida existe afinidad entre las concepciones del lenguaje de uno y otro, por cuanto consideran la función comunicativa como la función lingüística central, lo que apunta hacia la autonomía de la ciencia del lenguaje. Y en este sentido, la relación con los neogramáticos es evidente.

Así, pues, neogramáticos, Gilliéron y Saussure representan, por este orden, una línea de continuidad en la que el factor común es la visión autónoma del lenguaje. Sus diferencias estriban en el objeto de estudio: eminentemente histórico para los primeros, sincrónico para el último, mientras que Gilliéron adopta una posición intermedia: estudio sincrónico pero fundamentado en la historia y para la historia.

Pero el gran servicio de Gilliéron a la lingüística es el haber desarrollado su vía empírica, tal como preconizaban los neogramáticos y tal como es preceptivo en nuestros días. El propio Gilliéron era consciente de ello:

"En voulant soustraire la linguistique à l'examen de la géographie on la diminue d'un facteur puissant -le plus puissant peut-être- qui peut lui donner le droit d'être considérée comme une véritable science"(*).

A partir de Gilliéron, los estudios "de campo", la encuesta directa, se hacen componentes imprescindibles de la reflexión científica sobre el lenguaje. Por ello es preciso ver en la geografía lingüística mucho más que un método relegado al ámbito dialectológico; no solo concierne a este, sino que reviste consecuencias trascendentales para la lingüística en general.

(*) Pathologie et thérapeutique verbales, II, p. 10; apud I. Iordan, op. cit., p. 333, nota 150.

Hay que señalar, por último, otro de los marcos de referencia de las doctrinas gilliéronianas, advertido en numerosas ocasiones: por paradójico que pueda parecer, Gilliéron muestra afinidades con la tendencia opuesta a las ya consignadas de los neogramáticos y de Saussure: el idealismo de corte vossleriano. (A decir verdad, no es tanta la paradoja si tenemos en cuenta las evidentes conexiones entre Gilliéron y Schuchardt, a quien puede considerarse vinculado con el idealismo lingüístico) Ya Leo Spitzer encontraba un punto de contacto entre ambos cuando afirmaba:

"Gilliéron llegó a la lengua literaria a través de los dialectos, de tal modo que sus estudios resultaron, en cierta medida, idénticos a los de Vossler, quien desde el comienzo, y como cuestión de principio, hizo de la lengua escrita el objeto de sus investigaciones"(*).

Lo cierto es que existen entre Gilliéron y los idealistas lazos más estrechos, que resumiríamos en dos puntos esenciales: por un lado, la importancia que, tanto el uno como los otros, conceden al elemento psíquico en la creación y evolución del lenguaje; por otro lado, su común atención al habla, a los hechos lingüísticos tal como se presentan, y no a la esquematización de los mismos que supone la lengua. No obstante, el determinismo gilliéroniano de la "patología" y "terapéutica" verbales evidencia un residuo positivista, procedencia que denuncia, en general, toda su terminología, basada en imágenes y metáforas fisicistas; a este respecto, comenta Kukenheim:

"Esprit paradoxal, le fondateur de la dialectologie française aime, à ce qu'on voit, le style imagé dont les figures sont souvent empruntées à la biologie"(**).

En resumen, pues, podemos figurarnos mentalmente un esquema que simboliza el haz de relaciones e influencias obser-

(*) Apud I. Iordan, op. cit., pp. 333-334.

(**) Op. cit., p. 120.

vables en la obra de Gilliéron: a la línea ya mencionada, en cuyos extremos se sitúan los neogramáticos y Saussure, llega otra que, pasando por Schuchardt, tiene su origen en Vossler. El centro lo ocupa Gilliéron, cuya obra, donde confluyen dichas tendencias antagónicas, representa un hito y marca una nueva etapa en la historia de la lingüística.

Notas

(1) I. Iordan (op. cit., p. 263) refiere cómo Meillet considera que la geografía lingüística fue creada por el abate Rousselot, precisamente con la publicación de Les modifications phonétiques, mientras que lo que Gilliéron hizo fue crear la llamada geología lingüística. Sin entrar en discusiones terminológicas, nos hacemos eco de esta opinión de Meillet porque confirma, en todo caso, el carácter de antecedente inmediato de la geografía lingüística que revistió la obra de Rousselot.

(2) "Sin embargo -nos recuerda Coseriu- hay que señalar que, si las conclusiones de la dialectología contradicen ciertos postulados de la escuela neogramática, los estudios dialectológicos como tales, lejos de ser contrarios, coinciden con una exigencia sostenida por la misma escuela: la de estudiar e investigar directamente las 'lenguas vivas'." ("La geografía lingüística", p. 39.)

(3) Pensaba Gilliéron que la encuesta habría de hacerla una sola persona (para que el material recogido fuera homogéneo) y que no fuera lingüista o dialectólogo (de forma que dicho material se correspondiera con la realidad del hablar, sin que mediaran los prejuicios o apriorismos inevitables -según Gilliéron- de un especialista). E. Edmont era la persona indicada, pues aunque conocedor de las cuestiones dialectales -había publicado un léxico del dialecto de su ciudad-, no era lingüista de profesión; su contacto con la materia y su afición por este tipo de estudios aseguraban un alto grado de entusiasmo y dedicación, requisitos indispensables para llevar a cabo la empresa y de los que, a decir verdad, Edmont dio buena prueba. Añádase a ello una notable capacidad para percibir y distinguir los matices fonéticos, y se comprenderá que nadie mejor que él, según el criterio de Gilliéron, podría satisfacer las exigencias del encuestador ideal.

(4) Para este aspecto, véase I. Iordan, op. cit., pp. 314-351. En general, para toda la doctrina gillieroniana, nos remitimos al extenso capítulo que le dedica esta obra. Allí se analizan en amplitud y profundidad, así como con un riquísimo corpus de datos e informaciones, los pormenores del método geográfico y la contribución de Gilliéron a su desarrollo. (Tanto en este capítulo como en el resto de la obra, no puede silenciarse la labor de M. Alvar -en grado casi de co-autor-, especialmente por lo que tiene de adaptación al ámbito hispano.)

(5) Algunos de los trabajos de Gilliéron sobre el ALP fueron publicados con la colaboración, primero, de J. Mongin, y después, de M. Roques; otros, en cambio, sobre todo a partir de 1915, fueron escritos solo por él. Una lista completa de esos trabajos puede verse en I. Iordan, op. cit., pp. 269-271, nota 35.

(6) Puede mencionarse también a G. Millardet, que, si bien en un principio aceptó la influencia de Gilliéron (Petit Atlas linguistique d'une région des Landes, 1910 -precedente del NALP-), después renegó en parte de sus principios gilliéronianos y hasta se mostró hostil al método (Linguistique et dialectologie romanes, 1923). En el ámbito germánico destacaríamos a K. Jaberg, de cuyo Atlas italo-suiizo nos ocuparemos más adelante (citamos aquí su Geografía lingüística -1908-, magnífica exposición del método geográfico, y sus Aspects géographiques du langage -1936-, antecedente de la "dialectología vertical"); a E. Gamillscheg, autor también de una obra explicatoria sobre la geografía lingüística: Die Sprachgeographie und ihre Ergebnisse für die allgemeine Sprachwissenschaft (1928); a W. v. Wartburg; a H. Morf; al propio L. Spitzer...

(7) La idea de la dependencia de la lengua con respecto al mundo material de los hablantes evidencia un punto de contacto con el movimiento "Wörter und Sachen". Esta observación parece, por lo demás, innecesaria, sobre todo en lo que toca a H. Schuchardt, a quien, junto con R. Meringer, se atribuye la creación de dicho movimiento.

CAPITULO VI

DIALECTOLOGIA Y GEOGRAFIA LINGUISTICA

El idealismo lingüístico.- Otras tendencias.- La geografía lingüística durante la primera mitad del siglo XX.- Dialectología y geografía lingüística.

Aunque no proceda fijar los límites cronológicos exactos de los hechos que aquí se van a exponer, sí conviene adelantar que la materia de este nuevo capítulo se centra en lo que podría llamarse "edad de oro" de la dialectología, que abarca, en líneas generales, desde principios del siglo XX hasta los años cincuenta. Si esta apreciación sobre el período de máximo esplendor dialectológico resulta algo simplificadora, también lo es la acotación cronológica que hemos marcado de la materia, dado que el factor temporal no es sino el hilo conductor de una serie de reflexiones que trasciende a menudo sus límites; por ello no requiere, según nuestro criterio, ser seguido paso a paso, con total exactitud.

Solamente por convención puede aceptarse la fecha de los años cincuenta como la que marca el auge del estructuralismo lingüístico, de cuyo análisis, sobre todo en lo que concierne a su repercusión en dialectología y disciplinas afines, nos ocuparemos en el próximo capítulo; allí se tratarán, igualmente, las

tendencias y métodos posteriores a este movimiento. Así, la materia del presente capítulo versará sobre el desarrollo de la dialectología en esos cincuenta años, aproximadamente, que se inician con el nacimiento de la geografía lingüística y concluyen con la irrupción espectacular del método estructural. Avances y realizaciones concretas, concepciones y teorías lingüísticas que están en su base, así como la relación entre dialectología y método geográfico, constituirán los tres puntos en torno a los cuales va a girar esta exposición.

Pero es preciso reconocer previamente que la materia que ahora se abre desborda por completo nuestros propósitos: solo dar noticia sucinta de los principales trabajos dialectológicos realizados exigiría páginas y páginas. De ahí que, en este aspecto, se imponga una amplia selección con sus inevitables elipsis, supeditada a los otros dos puntos que aquí van a ser tratados. Es más, incluso para estos, se buscará un compromiso entre su importancia teórica y nuestras limitaciones de espacio (y de otro tipo).

6.1. El idealismo lingüístico

Si la obra de Gilliéron, y en general, la geografía lingüística ejercen, como se ha visto, una reacción contra el positivismo a ultranza de etapas anteriores, existe otra reacción paralela, pero más clara y premeditada, que representan el nacimiento y arraigo del llamado método idealista. Al contrario que la geografía lingüística, que parte de presupuestos similares a los de la neogramática, y solo en sus resultados se vuelve contra ella, el método idealista es, por encima de todo y de forma consciente, antipositivista.

Sobre el papel que ha desempeñado el idealismo en lingüística, habría bastante que analizar; pero podría resumirse en el hecho de haber servido de contrapeso a concepciones del lenguaje excesivamente esquemáticas y simplistas, aparte de haber propiciado el desarrollo de una disciplina como la estilística. Sin embargo, interesa más a nuestros fines su trascendencia en el terreno dialectológico; y hay que decir que ha sido enorme, hasta el punto de que el rumbo tomado por la geografía lingüística post-gilliéroniana no puede explicarse sin destacar el influjo ejercido por las doctrinas idealistas.

6.1.1.

Desde finales del siglo XIX se observa una orientación filosófica que contrasta con el positivismo dominante de la época inmediatamente anterior. M. Blondel, H. Bergson y B. Croce se cuentan entre los filósofos que mejor personifican esta tendencia, consistente; por su lado negativo, en un rechazo del pensamiento mecanicista, esquematizante, apegado a la superficie, que surgió al iniciarse los tiempos modernos y llegó a su máximo apogeo durante el siglo XIX; en lugar de esto se propugnaba una vuelta al "espíritu", poniendo de relieve el valor de lo intuitivo, lo singular, lo anímico, lo vivencial y lo inmaterial. Una reacción pareja se puede observar en el ámbito artístico: el simbolismo viene a suplantarse al naturalismo literario; y, por lo que se refiere a las artes plásticas, a la observación minuciosa de los detalles sucede la deformación voluntaria del expresionismo y, más tarde, del cubismo (1).

El clima cultural apuntaba, pues, a unos derroteros que, si bien eran distintos entre sí, tenían en común la voluntad de diferenciarse radicalmente de lo precedente. En lingüística se observa con claridad la repercusión de este movimiento general:

lo más significativo es la resistencia acentuada contra las doctrinas de los neogramáticos. Y la figura que mejor la representa y que domina a su vez el primer tercio del siglo XX es la de Karl Vossler.

En Vossler toman cuerpo, en un marco propiamente lingüístico, las concepciones idealistas del lenguaje sustentadas por Croce, al que, a más de reconocida influencia ideológica, le unió una profunda y larga amistad. Por su parte, Croce desarrolló un sistema de filosofía lingüística, apoyado en la teoría de la intuición, de Bergson, por el que se equipara la expresión lingüística -siempre creativa- a un fenómeno estético. Esta idea había sido expuesta casi dos siglos antes por G. Vico, a quien Croce puede decirse que "descubrió" y, en cierto modo, mitificó.

El otro gran eje sobre el que se asientan las doctrinas de Vossler es W. v. Humboldt, particularmente en dos puntos fundamentales: el concepto de innere Sprachform y la consideración del lenguaje, más que como producto acabado, como actividad constante (esto último enlaza con la tesis croceana, ya enunciada, de la lengua como hecho artístico).

Un testimonio del propio Vossler sobre sus bases ideológicas nos lo ofrece el siguiente párrafo, al término del cual, y como reconocimiento explícito de la influencia ejercida, aparecen los nombres mencionados, a los que se añade el de Cassirer:

"La idea de que la lengua es primariamente una criatura y una herramienta de nuestra fantasía creyente y observante, de que no solo sirve a la comunicación y a la contrastación de opiniones entre los hombres, sino también a la explicación con nuestro yo, con Dios y el universo, con los astros y la Tierra y con el más allá, de que cumple fines más antiguos, más altos y más íntimos que los meramente sociales y reflejos; la gran idea que Giambattista Vico, el más poderoso adversario de Descartes, lanzó al mundo, no ha llegado hasta hoy, por lo que veo, a plena conciencia de ningún lingüista francés. Saussure, Meillet, Gilliéron, para no nombrar sino a los más destacados, por muy diversamente que hayan

pensado en detalle sobre la esencia de la lengua y por muy variados que sean los aspectos en que la hayan iluminado, ninguno de ellos, ni siquiera Bergson -que tan profundamente exploró el concepto de la intuición-, ha concebido una fructuosa duda sobre la esencia social del lenguaje y sobre el carácter sociológico de la lingüística. Esta imperturbabilidad es para mí (que he seguido la escuela de Vico, de Wilhelm von Humboldt, de Benedetto Croce y de Ernst Cassirer) algo tan grandioso y elegante como desesperante"(*).

6.1.2.

El anterior párrafo de Vossler ilustra el rasgo esencial de su doctrina: la lengua como expresión individual; por ello lo hemos citado en su integridad.

Llama la atención, en primer término, un estilo expositivo alejado un tanto de los cánones habituales de la prosa científica y en perfecta consonancia con las ideas que el autor sustenta sobre la expresión lingüística. Es esta una característica que preside toda su obra. Pero la brillantez formal, como dice Iordan, "tiene una importante contrapartida: a veces, la belleza del estilo de una obra científica puede conquistar de tal modo al lector que le hace aceptar como verdaderas algunas afirmaciones sin fundamento, peligro que con frecuencia se esconde en los escritos de Vossler"(**). Efectivamente, la deslumbrante y arrebatadora prosa vossleriana encierra importantes puntos de vaguedad, vacilación, inconsistencia y aun contradicción, que, en última instancia, no hacen sino perturbar al lector en su afán de comprensión profunda del lingüista muniqués.

Se hace difícil, por tanto, sintetizar de modo coherente el cuerpo de su doctrina, y ello además porque gran parte de

(*) Wesenszüge romanischer Sprache und Dichtung: Italienisch, Französisch, Spanisch, p. 42; apud B. E. Vidos, Manual de lingüística románica, p. 101.

(**) Op. cit., p. 214.

ella no satisface las actuales exigencias de nuestra ciencia (recordemos el lema de Hjelmslev: "la descripción lingüística ha de ser coherente, exhaustiva y lo más sencilla posible"). Sin embargo, es preciso situarse en la época en que fue elaborada, y reconocer que representó un papel trascendental en la historia de las ideas lingüísticas, constituyendo una verdadera aportación al desarrollo de la filosofía del lenguaje. La unilateralidad del método positivista hacía necesario el enfoque opuesto, el polo antitético que, actuando de contrapeso, contribuyera a lograr una visión más equilibrada de los hechos. Y para aceptarlo, para admitirlo con reservas, para criticarlo o para rebatirlo, ahí está Vossler con su obra, consciente de la misión histórica que le tocó (y aceptó) desempeñar.

Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft (1904), Sprache als Schöpfung und Entwicklung... (1905) y Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie (1923), se cuentan entre sus textos más representativos en lo que a teoría y filosofía lingüística se refiere. El libro Frankreichs Kultur in Spiegel seiner Sprachentwicklung (1913), reelaborado y publicado en 1929 con el título Frankreichs Kultur und Sprache. Geschichte der französischen Schriftsprache von den Anfängen bis zur Gegenwart, constituye el intento de aplicación a una lengua románica de sus principales ideas sobre la naturaleza y evolución del lenguaje. A su obra sobre materia propiamente lingüística hay que añadir una ingente producción en el terreno de la historia y crítica literarias, de la cual no procede aquí siquiera mencionar algunos títulos.

Sin pretender entrar de lleno en un análisis de las concepciones lingüísticas vosslerianas -tarea que entraña grandes dificultades y de la que nos exime nuestro objetivo inmediato-, vamos a enunciar los aspectos de las mismas que consideramos más significativos:

En primer lugar, plena conciencia de la necesidad de un cambio de orientación de los estudios lingüísticos: dicha convicción se hace explícita en la mayor parte de la obra de Vossler, pero especialmente en Positivismus und Idealismus..., verdadero programa o manifiesto de la escuela idealista que él encabeza. Esta característica hace del idealismo -no sabemos hasta qué punto es exacta la denominación- un antipositivismo (positivistas son, para Vossler, quienes se contentan con investigar los hechos lingüísticos per se, aspirando únicamente a disponer de colecciones de material lo más exhaustivas posible). Así, pues, en Vossler hay, por encima de todo, una premeditada y explícita voluntad antipositivista, que constituye quizá el rasgo principal (en sentido negativo) de su doctrina.

Su contenido puramente sustancial podría resumirse en los siguientes puntos: 1) El espíritu humano es el eje de toda la actividad lingüística, el verdadero motor de las manifestaciones y cambios lingüísticos (clara ruptura con la noción neogramática del lenguaje como organismo autónomo). 2) "Lingüística, en el puro sentido de la palabra, es Estilística, y ésta pertenece a la Estética. La lingüística, como estudio concreto del lenguaje es Historia del Arte"(*) (idea desarrollada por Croce, paralela a la del lenguaje como creación). 3) Aceptación de la "innere Sprachform" humboldtiana en su doble aspecto: individual y supraindividual: "un pueblo puede ser considerado como una individualidad sobre la base de diversos factores comunes, como su origen, su cultura, etc., una individualidad que posee determinadas capacidades creadoras comunes, la misma 'innere Sprachform'" (**). 4) Distinción entre creación y evolución ("Schöp-

(*) Positivismo e idealismo en la lingüística, p. 48.

(**) A. Pagliaro, Sommario di linguistica ario-europea, pp. 56-57; apud B. Vidos, op. cit., p. 88.

fung y "Entwicklung"), dualidad que preludia la antinomia saussureana "habla"/"lengua", aunque en Vossler la naturaleza y relaciones mutuas de ambos conceptos queda muy poco clara (anteriormente ya Schuchardt había opuesto Spaltung -'creación personal'- a Ausgleich -'generalización por imitación'-).

6.1.3.

Evidentemente, la síntesis que acabamos de hacer de la doctrina de Vossler tiene bastante de esquemática y simplista, pero puede servir para dar una idea de sus líneas maestras de pensamiento, que se muestra, en general, si no erróneo, sí al menos impreciso, confuso y unilateral. A pesar de la gran repercusión que tuvo en su época, de la saludable influencia que ejerció, hoy día los postulados "idealistas" están superados; o, como dice Malmberg, el idealismo vossleriano ortodoxo, no sobrevivió a la segunda guerra mundial (*).

Y donde, a nuestro juicio, mayor es su grado de vaguedad e incosecuencia es en lo que respecta a las relaciones entre individuo y sociedad -aludidas en los puntos 3) y 4)-, cuyo análisis, cuando no incomprensible, resulta a todas luces inaceptable. Así, tras exponer la noción vossleriana de que "los innumerables cambios fonéticos individuales, quedan y se desarrollan ulteriormente aquéllos que están en la atmósfera, por decirlo así, y para los cuales existe en la comunidad lingüística una cierta inclinación colectiva", agrega Vidos:

"En esta afirmación vaga vemos el incierto oscilar de Vossler entre lo individual y lo colectivo en la vida del lenguaje"(**).

Y al referirse a otra idea suya según la cual "cada hombre se deja conducir por dos impulsos: uno le obliga a utilizar,

(*) Op. cit., p.78.

(**) Op. cit., p. 89.

en lo posible, la misma lengua que sus semejantes para poderse entender con ellos [...]", objeta por su parte Iordan:

"Pero Vossler afirma explícitamente que la lengua no es un medio de comunicación entre los hombres; si se emplea como tal, no se debe a unas convenciones lingüísticas, sino al hecho de que los individuos que hablan la misma lengua poseen una capacidad lingüística parecida. Esta afirmación no es sólo totalmente errónea, sino, además, en su parte final, absolutamente ininteligible"(*).

Desde un punto de vista más técnico, Coseriu critica la manera de enfocar Vossler el problema del cambio lingüístico, materia esta íntimamente conectada con la relación individuo-sociedad a que estamos aludiendo:

"K. Vossler parece acercarse por un momento a esta interpretación [del cambio fónico como cambio articulatorio], al observar que el proceso de cambio fonético (entendido, lamentablemente, como "desajuste mecánico"[...]) no se repite para cada palabra. Pero en seguida se desvía y habla de "analogía fisiológica", de 'un sentimiento motor, una asociación mecánica de sonidos, por la cual un cambio, que primero era sólo esporádico, se hace luego más frecuente y por fin se generaliza'. Ahora, esta explicación es de todo punto contradictoria e inadmisibile. Un cambio "se generaliza" en sentido extensivo, pero no en sentido intensivo. Vossler confunde la "generalidad" con la "regularidad", la lengua abstracta con la lengua concreta, el "saber" con la actividad lingüística"(**) y (2).

En suma, pues, hay en Vossler un profundo hiato entre lo individual y lo colectivo, que se percibe con claridad al comparar su concepción del lenguaje como creación del individuo y el estatus que, en su doctrina, otorga a la "forma interna de la lengua" como expresión de la mentalidad de un pueblo. Es así como,

(*) Op. cit., p. 151 y nota 18.

(**) Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico, p. 55.

a pesar de su antisociologismo manifiesto, puede considerársele, paradójicamente, entre los pioneros de una disciplina como la sociología lingüística.

6.2. Otras tendencias

Como se ha visto, geografía lingüística e idealismo apuntan, por caminos distintos, hacia un mismo fin. La vía empírica la representa la primera, mientras que el segundo proporciona la base ideológica. Pues bien, en el seno de la geografía lingüística -o en sus aledaños- se desarrollaron ciertas tendencias que en diversa medida asumieron los presupuestos de la escuela idealista y fueron remodelando la naciente disciplina. Del análisis somero de algunas de dichas tendencias vamos a ocuparnos a continuación.

6.2.1.

Ya en 1897, H. Schuchardt proclamaba la necesidad de un cambio de orientación en los estudios etimológicos: según él, los lingüistas se ocupaban demasiado de las palabras y muy poco de las cosas a las cuales las palabras se referían; se imponía, pues, una Sachforschung para paliar esta deficiencia, método que él mismo puso en práctica en sus trabajos posteriores y que aplicó por vez primera para las etimologías de gilet, campana, trouver en sus Romanische Etymologien, II (1899) (*).

(*) Apud L. Kukenheim, op. cit., p. 107.

Por su parte, el indoeuropeísta Rudolf Meringer desarrollaba ideas similares en un artículo titulado Etymologien zum geflochtenen Haus (1898) y otros posteriores, proponiendo en 1904 la fórmula "Wörter und Sachen" como denominación del método en que la Sachforschung tomaba carta de naturaleza. En 1909, Meringer, junto con Meyer-Lübke y otros lingüistas, fundó la revista Wörter und Sachen. Kulturhistorische Zeitschrift für Sprach- und Sachforschung, órgano de la tendencia que ellos preconizaban.

A pesar de las reservas de Schuchardt (3) -que desembocaron en encendidas protestas y en una disputa poco ejemplar sobre la paternidad de la idea-, el nombre Wörter und Sachen hizo fortuna, aceptándose comúnmente para designar el nuevo método etimológico, entre cuyos representantes hay que citar, además de los lingüistas aludidos, a Max Leopold Wagner y a Gottfried Baist.

Con posterioridad, en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, se formó en Hamburgo una nueva escuela, que, encabezada por F. Krüger y en torno a la revista por él fundada: Volkstum und Kultur der Romanen, asumía más directamente las bases del "Wörter und Sachen", dando mayor relieve al aspecto folklórico y a la cultura material que a lo lingüístico-etimológico. Die Gegenstandskultur Sanabrias und seiner Nachbargebiete y, sobre todo, Die Hochpyrenäen, obras ambas de Krüger, constituyen claras muestras de una disciplina puente entre la lingüística y la etnografía. Entre los discípulos y colaboradores de Krüger puede citarse a W. Giese, A. Kuhn, W. Bierhenke, K. Brüdert, H. Messerschmidt, H. Schneider, R. Wilms, etc. ; y, aunque no vinculados de forma directa a esta escuela, es preciso mencionar a K. Jaberg, J. Jud y G. Rohlfs, como exponentes, asimismo, dentro del ámbito de la romanística, de tendencias similares a las aludidas.(4).

6. 2.2.

En estrecha relación con los métodos anteriores está la llamada onomasiología, nombre con el que bautizó el romanista A. Zauner una serie de estudios que, basados en la geografía lingüística, tenían por finalidad el registro de las diferentes designaciones para un objeto, idea o grupo de objetos o ideas afines en uno o varios dominios lingüísticos.

El término onomasiología tiene, sin embargo, un uso general y otro especializado. En su acepción más amplia se refiere a una dirección de la semántica, en cualquiera de sus vertientes, que toma el concepto o el objeto como punto de partida, para llegar a las formas mediante las cuales se expresan estos lingüísticamente: la onomasiología general es, pues, más que una disciplina, un enfoque metodológico. En sentido restringido, en cambio, se aplica a una rama concreta de investigación, que, orientada del mismo modo, se desarrolló en el seno de la geografía lingüística, dentro de la cual hay que situarla.

Los orígenes de esta onomasiología comparativa se remontan a muy antiguo: se suele apuntar a F. Diez como su inmediato precursor, merced a la obra Romanische Wortschöpfung, publicada a modo de apéndice de su Gramática; pero son los trabajos de C. Salvioni y, sobre todo, los de E. Tappolet los que merecen la consideración de propiamente onomasiológicos; A. Zauner, creador del término, C. Merlo, V. Bertoldi y E. Eggenschwiller, entre otros, han contribuido a la consolidación de estos estudios (5). Y a raíz de la publicación de los atlas lingüísticos, las monografías onomasiológicas se han multiplicado incesantemente, de forma que han llegado a constituir un área extensa y bien delimitada de la investigación dialectal(6).

Como desarrollo ulterior de este tipo de estudios surge la onomasiología sincrónica, de carácter estructural, cuya principal dirección está representada por la teoría de los "cam-

pos lingüísticos"; basada en la psicología de la Gestalt, de cuya Feldtheorie toma el concepto de "campo" que aplica al lenguaje, esta teoría tiene sus más destacados exponentes en G. Ipsen, W. Porzig y, sobre todo, J. Trier. Las doctrinas de G. Matoré están en la línea de la teoría de los campos lingüísticos, aunque en ellas se pone mayor énfasis en el aspecto social, al punto de que, según Matoré, la lexicología se define como una disciplina sociológica que emplea material lingüístico constituido por palabras.

Tanto la teoría de los campos lingüísticos como la lexicología social de Matoré, se diferencian sustancialmente de los estudios onomasiológicos a que antes hemos aludido y que son su antecedente inmediato: el enfoque decididamente sincrónico y el carácter estructural son las notas comunes de aquellos que están ausentes en los últimos; en segundo término, el ámbito de investigación, que es preferentemente de orden inmaterial en la teoría de los campos -y, en menor medida, en Matoré-, frente al casi exclusivamente material, propio de los primeros trabajos onomasiológicos, así como del "Wörter und Sachen" y de los estudios sobre la Gegenstandskultur (7). Añádese, en estos últimos, la "presencia" de la geografía lingüística.

6.2.3.

Todos estos movimientos -sin contar con la onomasiología sincrónica, que es posterior- apuntan en la misma dirección reivindicativa de la semántica, frente al casi exclusivo monopolio de la fonética, que caracterizaba el anterior período dominado por las tesis neogramáticas. En consecuencia, ellos representan el germen del actual desarrollo de dicha disciplina, su antecedente inmediato dentro de la romanística. Además, puede decirse que con el método "Wörter und Sachen" y sus derivados se llevó a cabo un viejo anhelo de muchos lingüistas, entre otros, paradójicamente, de los neogramáticos: la investigación de la vida en el lenguaje, con lo cual se tendía un puente entre la lingüística y las ciencias del hombre, demasiado distanciadas en los últimos tiempos a causa del progreso y excesiva tecnificación de la primera. En palabras de B. E. Vidos:

"Subrayar el conocimiento de las cosas, de las "Sachen", no es, pues, otra cosa que una reacción contra las llamadas "leyes fonéticas" y contra lo que en la corriente "neogramática" había de no vital [...]. Toda la corriente de "Wörter und Sachen", o mejor, de "Sachen und Wörter", como la llamó Schuchardt, se propone como finalidad llevar al primer plano en la vida del lenguaje el aspecto semántico mediante el estudio profundo de las "cosas", y de esta manera no solo restablecer el equilibrio entre sonido y significado, sino, cuando la elección es posible, dar la preferencia a la 'señora Semántica' sobre la 'señora Fonética' (*)".

Por otro lado, si atendemos al dominio de la geografía lingüística, la repercusión en ella de las nuevas tendencias fue enorme, de tal manera que el rumbo tomado por los estudios geográficos del lenguaje ha sido determinado por esas tendencias. Es más, ha habido una fusión metodológica de ambas corrientes, llegándose a constituir una sola disciplina, que abarca tanto lo lingüístico como lo etnográfico (8).

Así, como primer testimonio importante de esta unión fecunda, tenemos el Atlas lingüístico-etnográfico de Italia y de Suiza meridional, de K. Jaberg y J. Jud, sobre el que se habrá de volver más adelante. Por el momento, interesa subrayar la evidencia de la palabra etnográfico en su título, clara expresión de la naturaleza de la obra, y que supone su principal novedad con respecto al atlas de Gilliéron: sirva como muestra de este nuevo carácter el hecho de que, además de los mapas correspondientes -ampliados con información sobre los objetos que las palabras designan-, contenga alrededor de 1.900 dibujos y más de 4.000 fotografías. A raíz de la aparición del Atlas italo-suizo, muchas publicaciones de geografía lingüística han seguido sus huellas.

(*) Op. cit., p. 59.

6.2.4.

Entre los más importantes movimientos surgidos a partir de la constitución de la geografía lingüística, queda por reseñar la denominada neolingüística, que, al igual que los anteriores, contribuyó notablemente al desarrollo de aquella, representando una de sus líneas de continuidad. Sin embargo, el análisis y caracterización de la escuela neolingüística se hace algo problemático, toda vez que, además de su reconocido eclecticismo y de ciertas incongruencias entre teoría y práctica, suscita muy diversas opiniones entre comentaristas e historiadores de la romanística (9).

Con la publicación del Breviario di neolinguistica: I. Principi generali di G. Bertoni, II. Criteri tecnici di M. Bartoli (Modena, 1925), así como de la Introduzione alla Neolinguistica (Ginebra, 1925), de M. Bartoli, se exponen los principios y métodos de la mencionada escuela y nace esta de forma oficial; anteriormente, sin embargo, se sentaban sus bases en un artículo de Bartoli, Alle fonti del neolatino, aparecido en 1910. La conjunción de las tesis de Bartoli y las de Bertoni, estas últimas de inspiración croceana y vossleriana, cristalizó en el Breviario, del que puede decirse, en efecto, "qui cherche une synthèse des conceptions des dialectologues et celles de l'école idéaliste"(*). Pero el resultado no fue del todo armonioso, y con el correr del tiempo, a la vez que ambos autores se fueron distanciando en su colaboración, la escuela neolingüística fue perdiendo de hecho el componente idealista, hasta el punto de aproximarse en la práctica al polo opuesto del idealismo: la neogramática. Quedó Bartoli como jefe de escuela, quien, posteriormente, y un poco a modo de renuncia de los postulados originarios, optó por cambiarle el nombre: lingüística espacial, tal como apa-

(*) L. Kukenheim, op. cit., p. 109.

rece en su más famosa obra de esta segunda etapa: Saggi di linguistica spaziale (Torino, 1945).

El eclecticismo, las verdaderas fuentes, las contradicciones internas y las vicisitudes históricas de la neolingüística son analizadas con justeza en este fragmento de la Lingüística románica de Iordan, que citamos en extensión:

"También Bartoli se declara ecléctico. En la Introduzione, pág. V, dice textualmente que la escuela neolingüística se basa en las ideas sugeridas por el Atlas de Gilliéron y en las de ciertos lingüistas y filósofos italianos y extranjeros. En el curso de la discusión nos enteramos de quiénes se trata: W. v. Humboldt, B. Croce, G. Gentile, G.[sic] Schuchardt, W. Meyer-Lübke y otros. Sin embargo, una lectura bastante atenta del libro de Bartoli me ha dejado la impresión de que las cosas no son exactamente así. En primer lugar, Vossler, que parte siempre de Humboldt y Croce, no sólo está ausente en la parte positiva del sistema neolingüístico, sino que, además, es presentado desfavorablemente en el resto del trabajo: por ejemplo, en la pág. 64, el romanista alemán (con toda su escuela) aparece como un "glottosofo" que no sabe nada de lingüística, aliado, lo que es verdad, a la escuela de Gilliéron, y, en consecuencia, a la de los neolingüistas, pero un aliado del cual Bartoli ruega a Dios que lo libre. De la filosofía "idealista" (así llama al movimiento filosófico de Croce y Gentile), Bartoli tomó la idea de que no existe léxico y gramática, o por mejor decir, diferencias entre la naturaleza de las palabras y la de las formas gramaticales, de los sonidos, etc.; todos los elementos de la lengua son idénticos en su esencia y, por consiguiente, deben ser explicados de la misma manera [...]. De Croce tomó además la teoría de la imitación: imitar un sonido extraño no significa reproducirlo en forma idéntica, sino crearlo nuevamente con medios propios; lo mismo sucede con las formas y palabras extrañas [...]. Pero lo que constituye la esencia de la doctrina de Croce, o sea la identidad de intuición y expresión, o con otras palabras, de estética y lingüística, está ausente del sistema de Bartoli. En cambio, Meillet le sugirió la idea de que las influencias lingüísticas se imponen cuando proceden de un pueblo o de una clase social que

goza ante los ojos de sus imitadores de un prestigio particular" (*).

Hechas, de la mano de Iordan, estas precisiones sobre la naturaleza de la doctrina de Bartoli (a Bertoni no ha de considerársele, en rigor como neolingüista), puede decirse que su verdadero origen y motor se encuentra en el método geográfico, del que la neolingüística no es sino una aplicación. Si en la distribución espacial de las formas lingüísticas se refleja de algún modo su cronología relativa, será factible establecer la relación cronológica entre los hechos lingüísticos a partir de su distribución espacial. Tal es, en esencia, el objetivo de la neolingüística, para el cual Bartoli elaboró una metodología propia, compendiada en sus célebres normas areales y apoyada, asimismo, en la teoría del sustrato, de Ascoli. Ahora bien, si el fundamento de sus doctrinas le fue suministrado a Bartoli por la comprobación de los hechos lingüísticos registrados en los atlas, el ámbito de aplicación de aquellas no fue el estrictamente dialectológico, sino más bien el de la lingüística comparada (10); por ello, la neolingüística solo tiene en cuenta los mapas en teoría, pero prescinde de ellos en la práctica, contentándose con el conocimiento indirecto o documental de la distribución espacial de los hechos en que se basa. Por último, digamos con Coseriu que el método de Bartoli, "superados los límites de la lingüística", ha sido reconocido como fructuoso para las investigaciones etnográficas y folklóricas (**).

(*) Pp. 495-496.

(**) "La geografía lingüística", p. 46.

6.3. La geografía lingüística durante la primera mitad del siglo XX

Mostradas las principales orientaciones teórico-metodológicas en que se enmarca la ciencia dialectal a partir de Gilliéron y los movimientos con que, de alguna manera, se relaciona, vamos a ocuparnos seguidamente de la actividad desplegada en este campo durante la primera mitad del siglo XX, tarea extremadamente ardua y ambiciosa si hubiera de llevarse a cabo en su plenitud. Aquí, sin embargo, solo nos proponemos dar cuenta de los principales trabajos, deteniéndonos algo en los más representativos, con el fin de ilustrar el progreso espectacular de nuestra disciplina desde la creación de la geografía lingüística.

6.3.1.

"En examinant les travaux publiés après la parution de l'Atlas linguistique de la France et du Bulletin des patois de la Suisse romande, on voit s'imposer deux nouvelles méthodes de recherche: d'abord celle de Gilliéron, développée et approfondie par ses élèves (Ch. Brunneau, O. Bloch, K. Jaberg, J. Jud, A. Griera, etc.) dont le but est d'étudier surtout la biologie du langage; ensuite celle de l'enquête par correspondance, telle qu'elle fut appliquée par L. Gauchat, J. Jeanjaquet et E. Tappolet pour le Glossaire, et dont le but est de réunir tous les matériaux dialectaux avant leur disparition."(*)

A las dos tendencias -mejor, técnicas- señaladas por S. Pop podría añadirse la monografía dialectal, cuya manifestación la constituyen todos aquellos trabajos designados con el título cuasi genérico "El habla de ...". En la época que estamos examinando merecen mención especial dos estudios que, aparte de su extraordinario interés, llevan al límite el concepto de monografía, representando su más genuino exponente: uno, el ya rese-

(*) S. Pop, op. cit., p. XLVI.

ñado de Rousselot, Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin, y otro, de Gauthat, que guarda muchas analogías con el anterior, L'unité phonétique dans le patois d'une commune (1905).

El número de monografías dialectales aparecidas desde entonces es prácticamente inabarcable; de ahí que renunciemos a dar cuenta siquiera de las más representativas, labor que exigiría no solo dedicación y espacio incompatibles con los fines de este trabajo, sino amplios conocimientos de la materia para alcanzar un criterio selectivo bien fundado. La monografía dialectal, por lo demás, combina con frecuencia, en variables proporciones, el método geográfico con el dialectológico propiamente dicho (véase 6.4.) y admite asimismo consideraciones etnográficas o antropológicas. (En realidad, los estudios de este tipo proliferaron enormemente gracias al nacimiento de movimientos como "Wörter und Sachen" y afines, y un buen número de las monografías dialectales están realizadas bajo la impronta de ellos -véase nota 6-.)

6.3.2.

Más arriba, al tratar de Stalder y su labor de pionero en la dialectología germánica, se aludía a la influencia que ejerció sobre F. Staub y L. Tobler, autores del Schweizerisches Idiotikon (11). Pues bien, este gran vocabulario de los dialectos alemanes de Suiza sirvió de modelo, a su vez, a otro de características similares para el dominio francófono: el Glossaire des patois de la Suisse romande. Capital en la ciencia dialectológica -hasta el punto de convertirse, junto con el ALF, en símbolo de la misma-, el Glossaire ha desbordado con mucho las previsiones iniciales de quien lo proyectó: el dialectólogo suizo Louis

Gauchat. En efecto, la obra, en el curso de su realización, fue adquiriendo ribetes de proyecto nacional, que requería, por un lado, el esfuerzo de más de una persona, y por otro, su propia institucionalización. Y es así como Gauchat y sus colaboradores inmediatos (E. Tappolet, J. Jeanjaquet y E. Muret) fueron tan solo los iniciadores; pero la labor continúa...

En palabras de K. Jaberg (que sería director de la redacción del Glosario entre 1942 y 1948):

"Un Glossaire de l'envergure de celui des patois de la Suisse romande n'est pas l'oeuvre d'un homme -quelque grands que soient son talent d'organisation et sa force de travail. C'est l'oeuvre d'une collectivité bien dirigée et de générations bien intentionnées. C'est en même temps une oeuvre nationale, puisqu'il s'agit de réunir en un Corpus définitif et complet -autant qu'oeuvre humaine peut être complète- tout ce qu'un petit peuple a créé dans le domaine de la langue, du folklore et de la civilisation en général. On n'a qu'à parcourir le ... Glossaire... pour se persuader qu'un dictionnaire tel que l'entendent M. Gauchat et ses collègues n'est pas seulement l'inventaire de tous les mots d'un certain domaine linguistique, de leurs multiples acceptions, de l'entourage linguistique dans lequel ils vivent...; c'est en même temps une encyclopédie -la plus vaste que l'on puisse imaginer- de la vie d'un peuple, de sa vie juridique, de sa vie religieuse et morale, de ses institutions militaires et politiques. Le système de l'enquête directe, combiné avec celui de l'enquête par questionnaires et avec l'étude des textes, permet de saisir tous les aspects de la vie linguistique du pays et de contrôler les renseignements obtenus. Si ceux-ci semblent insuffisants ou sujets à caution, on retourne sur le terrain; on n'est pas pressé, on veut faire oeuvre définitive... Le Suisse n'est ni romantique ni sentimental; mais il a le respect d'une tradition lente et saine... Il a l'idée que le bois d'un arbre est d'autant plus résistant que ses racines sont plus profondes. Voilà pourquoi il aime à sonder le sol où a crû la forêt de ses dialectes" (*).

(*) Palabras pronunciadas en el Segundo Congreso de Lingüística Románica (Sion, 1930) y recogidas en la Revue de Linguistique romane, t. VII, ns. 25-26, 1931, pp. 7-8; apud S. Pop, op. cit., pp. 235-236.

Nada mejor que este párrafo transcrito de Jaberg para ilustrar la naturaleza y verdadero alcance del Glosario; su voz autorizada nos exime de hacer lo propio. Unicamente vamos a añadir algunas precisiones y comentarios sobre el método de encuesta empleado y sobre el ámbito disciplinar en que se inscribe esta magna obra. Ambas cuestiones se relacionan y plantean de nuevo el problema de las conexiones entre dialectología y geografía lingüística.

Es sabido que la recolección del material para el Glosario se llevó a cabo, en su mayor parte, por correspondencia: durante diez años (de 1900 a 1910) se fueron enviando, con regularidad, cuestionarios parciales cuidadosamente elaborados por los autores del proyecto; los informantes -unos ochenta- habían de rellenarlos y enviarlos a la sede de la redacción. ¿Significa esto que el Glosario sea una obra hecha a la manera de la pléyade decimonónica de encuestas por correspondencia? ¿Significa que se muestre impermeable a las nuevas corrientes y al evidente progreso que representó el método geográfico? ¿Significa, en fin, que haya de considerarse de forma inequívoca como obra meramente "dialectológica", ajena a la geografía lingüística? En modo alguno. Tal como se desprende de la anterior cita de Jaberg, carece de sentido poner en duda la "modernidad" del Glosario: baste recordar que la encuesta por correspondencia, aunque el más importante, no fue el único instrumento utilizado para recoger el material; pero, aun en este caso, los autores no se contentaron con redactar un cuestionario, enviarlo y registrarlo: esa labor fue precedida por una tarea de reconocimiento sobre el terreno y seguida de numerosas comprobaciones igualmente sobre el terreno. A ello hay que añadir la experiencia y formación de sus autores en geografía lingüística -y no simplemente en técnica de confección de diccionarios-, así como el hecho de que en torno al Glosario fueran apareciendo diversas publicaciones que cabrían muy

bien dentro de aquella disciplina -es el caso, por ejemplo, de los Tableaux phonétiques des patois suisses romands-. Es evidente, pues, como señala Iordan, que "el método empleado por los autores del glosario reúne todas las corrientes principales de nuestra disciplina: histórica, geográfica, 'palabras y cosas', etc."(*). Es más, la complejidad y riqueza de la obra rebasan no ya el ámbito de dialectología o geografía lingüística, sino el de la propia ciencia del lenguaje. Concretamente, sobre la inserción del Glosario en un determinado marco disciplinar, opina este último autor:

"He afirmado en otro lugar que la geografía lingüística encontró muchos entusiastas en Suiza. La variedad de lenguas oficiales y la notable diversidad de hablas vernáculas explica el desarrollado sentido que los lingüistas suizos tienen para las cuestiones que afectan a la lengua en general y al dialecto en particular. Pero esto sólo no sería suficiente. Se necesita también una atmósfera científica favorable para nuestra disciplina: la comprensión empírica o intuitiva debe verse ayudada por una iniciación profesional para poder llegar a resultados verdaderamente notables. Suiza contó también con esta preparación científica gracias al trabajo de muchos maestros entre los que debemos mencionar a H. Morf y L. Gauchat, de quienes fueron alumnos casi todos los lingüistas suizos de las generaciones anteriores a la nuestra. Es cierto que ni uno ni otro cultivaron en sentido estricto la geografía lingüística [...]. Ambos hicieron d i a l e c t o l o g í a en el sentido tradicional del término. Pero no es difícil apreciar que entre la geografía lingüística y la dialectología existen relaciones muy estrechas: tanto una como otra tienen como objeto el estudio de las hablas populares; ambas disciplinas se diferencian sólo por los procedimientos (e incluso con respecto a este punto la diferencia entre ellas no es esencial, dado que también un dialectólogo, en el antiguo sentido del término, usa la encuesta directa sobre el terreno) y, particularmente, por el modo de presentar el material lingüístico (mapas, por una parte, glosarios y textos por

(*) Op. cit., p. 371.

otra). Por eso la actividad de Gilliéron encontró -tenía que encontrar- en los representantes de la dialectología suiza una acogida entusiasta y una seria comprensión"(*).

Como puede verse, queda suscitado el problema de la relación entre las disciplinas que tratan sobre la distribución geográfica de los hechos lingüísticos; y a la vez se apunta su posible solución, que empieza por plantear dicho problema como cuestión terminológica ("en sentido estricto la geografía lingüística ...", "dialectólogo, en el antiguo sentido del término...", etc.). En el próximo apartado volveremos sobre todo esto para examinarlo con el oportuno detenimiento.

Señalemos, por último, que el Glosario sirvió de modelo a obras análogas en el dominio románico y no románico: el Dictionari Rumantsch Grischun y el Vocabolario della Svizzera italiana, sendas obras consagradas a las otras dos lenguas románicas de Suiza, siguen fielmente la trayectoria y metodología del Glosario; también Mn. A. Grierer empleó el método de la encuesta por correspondencia para su Tresor de la Llengua, de les Tradicions i de la Cultura popular de Catalunya. En general, como dice S. Pop, de la experiencia y conocimientos puestos a colación por los autores del Glosario, "profitaient, par la suite, les entreprises analogues en Italie, en Espagne, en Autriche, en Allemagne et jusqu'au Canada [...]" (**). Y el mismo autor, en otro lugar de su obra, señala también la influencia ejercida en la dialectología nórdica:

"Les chercheurs des pays scandinaves et de la Finlande appliquent eux aussi une méthode d'enquête qui rappelle souvent celle du Glossaire, sans être tout à fait identique avec elle [...]" (***).

(*) Ibidem, pp. 364-365.

(**) Op. cit., p. 242.

(***) Ibidem, p. XLVI.

6.3.3.

El método propiamente geográfico fue imponiéndose poco a poco, como lo demuestra el gran número de atlas publicados o en vías de realización. Todos ellos, aun introduciendo mejoras, modificaciones o nuevos puntos de vista, siguen esencialmente la línea trazada por el de Gilliéron.

El Atlas lingüístico-etnográfico de Italia y de Suiza meridional -AIS- (12), de K. Jaberg y J. Jud, constituye la primera gran respuesta a la iniciativa gilliéroniana, la consolidación -por así decirlo- del método geográfico, al tiempo que un verdadero prototipo para los atlas posteriores.

Tal como se desprende del título, el atlas italo-suizo es, además de lingüístico, etnográfico; y ello representa la principal novedad con relación al de Gilliéron, tanto más importante por cuanto, en lo sucesivo, todo atlas lingüístico prestará debida atención a dicho componente: semántica y realidad, "palabras y cosas" se convertirán, pues, en capítulo esencial -incluso, en principio metodológico- de los estudios geográficos del lenguaje. En el AIS, esta orientación lingüístico-etnográfica se refleja sobre todo, lógicamente, en el predominio del léxico sobre la fonética, pues, como dice Iordan, "el conocimiento de las expresiones con las que el campesino, el artesano, etc., denominan los objetos y las nociones comunes, significa, al mismo tiempo, el conocimiento de su cultura respectiva"(*). En segundo lugar, el AIS presenta otra importante innovación, testimonio, asimismo, del espíritu "lingüístico-etnográfico" que lo guía: los numerosos dibujos (unos 1900) y fotografías (más de 4000) que sirven para ilustrar los referentes de las designaciones: objetos peculiares de la vida rural, algunos de ellos en trance de desaparición. Al igual que el patois se bate en retirada ante el empuje

(*) Op. cit., p. 430.

de la lengua estándar, las herramientas, utensilios u objetos en general que caracterizan una determinada cultura material van cediendo el paso -por imperativos del progreso- a una moderna, avanzada, pero impersonal tecnología: el lingüista (o dialectólogo) que, al recoger las viejas formas, las "salva" de su total desaparición, se alía con el etnógrafo, que hace lo propio -descripción, dibujo, fotografía...- con las cosas que esas formas designan. Consecuencia, también, de la preeminencia de lo semántico (y referencial), el AIS presenta novedades en cuanto a la disposición de mapas y materiales: estos aparecen agrupados, en vez de por orden alfabético, por nociones o "campos semánticos", según un enfoque onomasiológico (recordemos que Schuchardt, al reivindicar su "Sachen und Wörter", argumentaba que la "cosa" precedía al nombre...).

En el orden técnico-metodológico existen también notables diferencias respecto al AIF. En primer lugar, el AIS no mantiene los principios gillieronianos del investigador único y no lingüista; y, con el AIS, la mayor parte de los atlas posteriores. Un equipo reducido de investigadores, bien compenetrado, con dominio de las técnicas instrumentales y desprovisto de prejuicios sobre la realidad que va a explorar, ofrece todas las garantías y ventajas, especialmente cuando se trata de obras de cierta envergadura. En el caso del AIS, la ampliación del plan inicial -que comprendía solo el registro de las hablas réticas e italianas del norte-, entre otras circunstancias, exigió la participación de tres especialistas: P. Scheuermeir (encargado del grueso de la encuesta -Suiza meridional e Italia centro-septentrional-, con 306 localidades investigadas); G. Rohlfs (Italia meridional y Sicilia, con 81 localidades), y M. L. Wagner (que exploró 20 localidades en Cerdeña).

Sin relación directa con el número de encuestadores, y como diferencia, asimismo, del atlas de Gilliéron, el AIS contó desde el principio con tres cuestionarios distintos: el normal, basado en el ALF, de 2000 preguntas, y aplicado en la mayoría de los casos; una versión reducida del anterior, con 800 preguntas, elaborada para registrar el habla de las grandes ciudades; y, por último, el ampliado, de 4000 preguntas, cuyo objetivo eran las localidades de mayor interés dialectológico. Si los puntos investigados fueron menos que los del ALF, no lo fue en la misma medida -merced al número y amplitud de los cuestionarios empleados- la cuantía del material obtenido. Además, la selección de dichos puntos fue más rigurosa y -lo más característico- incluyó las grandes ciudades. En fin, la duración total de las encuestas fue de nueve años (1919-1928), aunque el tiempo real invertido en los trabajos fue menor y muy diferente según el territorio que había de explorarse (seis años, en el caso de Scheuermeir, para su zona correspondiente, mientras que, para las encuestas de Rohlf y Wagner, un tiempo mucho menor: quince y cinco meses, respectivamente).

Con esta breve exposición de algunos de los caracteres más relevantes del atlas italo-suizo, pueden confirmarse las excelencias del "atlas lingüístico -según Iordan- más importante de los realizados hasta hoy"(*). Por nuestra parte, sin aventurar un juicio semejante, hemos de corroborar las afirmaciones que hacíamos al comienzo de este apartado: si el Atlas lingüístico de Francia supone el inicio de la geografía lingüística y se ve, por tanto, revestido de valores simbólicos en la historia de esta disciplina, el Atlas de Jaberg y Jud viene a ser la consolidación del método y adquiere una carga simbólica semejante. No puede negarse -creemos- que con posterioridad ha habido modificaciones,

(*) Op. cit., p. 427.

mejoras parciales y, sobre todo, aprovechamiento de anteriores experiencias, pero es preciso reconocer que la geografía lingüística debe mucho a esta grandiosa obra, hasta el punto de que, sin ella, no sería lo que actualmente es.

6.3.4.

El Atlante linguistico-etnografico italiano della Corsica (ALEIC), de Gino Bottiglioni, se basa enteramente en la metodología de Jaberg y Jud, de cuyo atlas aspira a ser una prolongación. Bottiglioni, especialista en el estudio de las hablas de Córcega, pudo darse cuenta de la "nécessité d'un examen approfondi, 'plus exhaustif et plus systématique' que celui d'E. Edmont [...], dont les résultats sont estimés 'insuffisants' (*)". Ante la duda de realizar un diccionario dialectal o un atlas lingüístico, se inclinó por esta última solución, por dos motivos principales: en primer término, para superar lo que, a su juicio, había de simplista y unilateral en el Atlas lingüístico de Córcega, de Gilliéron y Edmont; y en segundo lugar, para completar el registro cartográfico de las hablas italianas, haciendo así de su atlas una especie de apéndice del italo-suizo, obra por la que sentía profunda admiración y que le sirvió de reconocido punto de partida. Cabe destacarse el hecho de que él solo llevara a cabo toda la labor que supone la confección de un atlas lingüístico: proyecto, elaboración del cuestionario, realización de las encuestas, trazado de los mapas... Esto, entre otros valores inherentes al Atlas, es lo que hace pronunciarse a S. Pop en los elogiosos términos que reproducimos a continuación:

"Gino Bottiglioni, grâce à un travail très ardu, digne de toute admiration, a pu réaliser une oeuvre

(*) S. Pop, op. cit., p. 537.

resultados no reflejan la situación lingüística actual, sino otra bien distante. Pero eso es un problema con que ha de enfrentarse a la larga la cartografía lingüística: un atlas no reclama otro solamente por la necesidad de ser mejorado, sino porque la realidad del habla, siempre en movimiento, habrá experimentado cambios considerables.

Numerosas dificultades para su elaboración y publicación se le han presentado también al atlas rumano, considerado por algunos como "el más perfecto hasta la fecha"(*) y (13). El Atlasul linguistic român (ALR) fue ideado y proyectado por Sextil Pușcariu, y realizado -en calidad de investigadores y redactores- por Sever Pop y Emil Petrovici. Sin embargo, diversas vicisitudes -especialmente, la guerra mundial- han retrasado su publicación y han motivado que esta no se realizara conforme al plan inicial. De considerables proporciones -tanto por la riqueza de los cuestionarios como por el número de puntos investigados-, la principal novedad del ALR reside en la manera de haberse realizado las encuestas y en la disposición y elaboración de los materiales recogidos. Con cuestionarios distintos, cada uno de los investigadores ha hecho su encuesta en todo el territorio rumano, si bien en dos redes de puntos (de este modo, a pesar de haber empleado dos investigadores, el ALR respeta el criterio del investigador único). Consecuentemente, se obtienen dos atlas bien diferenciados entre sí; de hecho, el Atlas rumano comprende un Atlasul linguistic român. Partea I (ALR I) y un Atlasul linguistic român. Partea II (ALR II). A ellos hay que agregar -y esto constituye una de las más útiles innovaciones del ALR- sendos apéndices: Micul Atlas linguistic român. Partea I (ALRM I) y Micul Atlas linguistic român. Partea II (ALRM II). Estos atlas me-

(*) C. Tagliavini, Introduzione alla Glottologia, p. 105; apud E. Coseriu, "La geografía lingüística", p. 53.

qui honore la dialectologie italienne et rend d'importants services à la linguistique romane"(*).

También en Italia se acometió la empresa de un atlas lingüístico exclusivo y general de la nación. Planeado desde antes de 1914 por Matteo Bartoli, se puso en marcha diez años más tarde sin que, hasta el momento, por diversas circunstancias, se haya concluido por completo. Entretanto, se produjo la aparición del Atlas italo-suizo, con el que, inevitablemente, el Atlante linguistico italiano (ALI) ha entrado en competencia -no exenta de sentimientos nacionalistas-. Al margen de ciertos avatares y problemas internos de esta obra, hay que señalar como su característica principal el hecho de que contenga el cuestionario más rico de cuantos se han empleado hasta ahora (más de 7500 preguntas en total, distribuidas en una parte general -3630 preguntas-, dos especiales -de 2000 y 1224, respectivamente- y un apéndice morfológico -con 1048 preguntas-); asimismo, la red de puntos de la encuesta es más espesa (1000 localidades) que las habituales. Con respecto al número de investigadores, el ALI, en su plan originario, mantiene el criterio del investigador único, que, sin embargo, no puede llevarse del todo a la práctica: tras la muerte de U. Pellis, un equipo de especialistas hubo de concluir la encuesta.

En su momento, y a la vista de la publicación del AIS, se cuestionó la oportunidad de un nuevo atlas italiano; el mismo G. Bottiglioni llegó a afirmar que este no sería más que un doble del de Jaberg y Jud. Sin embargo, opiniones de este tipo no encuentran plena justificación si se tienen en cuenta la novedad y amplitud del cuestionario que han servido de base al ALI. Obra de gran empeño e indudable interés, suscita reparos en otro sentido: la lentitud de su elaboración hace pensar en que sus

(*) Ibidem, p. 559.

vamente amplio y heterogéneo en cuanto al dominio abarcado, tanto el cuestionario como el número de puntos de investigación eran notablemente más reducidos que en las demás obras similares de alcance nacional; a ello habría que añadir su desatención hacia el componente etnográfico y la prioridad que, consiguientemente, concede a lo fonético sobre otros aspectos lingüísticos, en especial, el léxico. Y el factor tiempo, con todo lo que implica de pérdida de actualidad de la imagen suministrada... De ahí que, ante su publicación, no se hayan producido precisamente los más encendidos elogios (14).

6.3.5.

Siguiendo el ejemplo -si no la metodología- de los atlas de Gilliéron y de Jaberg y Jud, fuera del dominio románico se han acometido también numerosas empresas de cartografía lingüística. En la mayoría de ellas prevalece el criterio "regional" (que, asimismo, se va imponiendo en el área románica).

A título de ejemplo pueden citarse: los varios atlas regionales de Flandes (E. Blancoquaert, H. Vangassen y P. J. Maertens); el de Holanda (G. G. Kloeke); el de la región subcarpática de Polonia (M. Malecki y K. Nitsch); el atlas de los dialectos fineses (L. Kettunen); los atlas del sorabo y de las hablas estonias (P. G. Wirth y A. Saareste, respectivamente); atlas regionales del húngaro y del sueco (A. T. Szabó, M. Gállfy y G. Márton, el primer atlas regional del dominio húngaro; N. Lindqvist, a modo de apéndice de su estudio "El sudoeste de Suecia a la luz de la geografía lingüística", lo que puede considerarse como el primer atlas regional del sueco), etc. Más recientes son los trabajos para la confección de un atlas de las diversas regiones de habla rusa (R. I. Avanesov) y del atlas húngaro (G. Bárczi). En América, por un lado, el Linguistic atlas of New England (H. Ku-

nores contienen la elaboración de algunos aspectos fonéticos, gramaticales y léxicos según los materiales recopilados y publicados íntegramente en los atlas mayores.

No hace mucho se pudo concluir y publicar el Atlas lingüístico de Catalunya (ALC), dirigido y redactado por Mons. Antoni Griera. Comenzado en 1912, la guerra civil y sus secuelas posteriores paralizaron prácticamente los trabajos del ALC. Un largo paréntesis se abre en 1939 -año en que aparece el quinto volumen-, para cerrarse más de veinte años después con la publicación del resto de la obra. Fiel al método gillieroniano, pero de mayor riqueza en cuantía de material recogido, el principal defecto del ALC es el gran distanciamiento entre las fechas de su inicio y de su conclusión (a pesar de que no deje de ser un mérito el hecho de haber sido llevado a término, dadas las circunstancias adversas). Al respecto comenta Alvar:

"Sin embargo, aunque el Atlas haya sido terminado, incluso con unos índices, queda muy lejos -en su "ortodoxia gillieroniana"- de las exigencias actuales de la lingüística: publicar en 1963 la continuación de un Atlas comenzado a imprimir en 1923, pero continuando con explorador y sujeto diferentes, respondiendo a sincronías separadas por casi medio siglo, forzando la encuesta a lo ya impreso, etc., es arriesgarse a recibir demasiadas repulsas"(*).

No menos reservas suscita el Atlas lingüístico de la Península Ibérica (ALPI), cuya iniciativa partió de R. Menéndez Pidal por el año de 1907, pero del que todavía hoy no ha aparecido más que una parte. También la guerra civil, con la expatriación del redactor del proyecto, T. Navarro Tomás, ha sido la causa principal de la gran dilación del trabajo. Pero en este caso, además, no parece que el planteamiento del Atlas satisficiera las condiciones que se exigían para este tipo de obras: excesi-

(*) Anotación en I. Iordan, op. cit., pp. 446-447.

rath), y por otro, los pequeños atlas de Puerto Rico y de las hablas de Bahía (T. Navarro Tomás y N. Rossi, respectivamente), así como numerosos proyectos en la América hispana -estos últimos, claro, dentro del ámbito románico- (15). De 1915 data un atlas lingüístico de Siria y Palestina (G. Bergsträsser), con el que viene a inaugurarse la geografía lingüística no indoeuropea; existen atlas de las hablas bereberes (A. Basset), de las hablas árabes de Hōrān (J. Cantineau), del bantú (L. B. de Boeck), etc. Y así, otros muchos proyectos de cartografía lingüística, realizados o en curso de realización, que es imposible reseñar aquí (16).

6.4. Dialectología y geografía lingüística

A lo largo de las páginas precedentes se ha hablado de dialectología, geografía lingüística, lingüística geográfica, geología lingüística, geolingüística y otros tantos términos, sin dar una definición previa de los mismos y empleándolos con cierta imprecisión más o menos consciente. La labor que nos habíamos propuesto -es verdad- no exigía un riguroso criterio selectivo, una formalización a ultranza, que será materia de la segunda parte de este estudio. Sin embargo, parece oportuno, detener esta exposición histórica (por otro lado, poco queda por "historiar") y hacer una serie de estimaciones y precisiones terminológicas que, a modo de balance de cuanto se ha dicho, anticipen la tarea que más adelante vamos a emprender. Y para ello nos centraremos a continuación en el análisis de las relaciones entre dialectología y geografía lingüística.

6.4.1.

El principio básico sobre la relación entre geografía lingüística y dialectología podría resumirse diciendo que aquella no es más que un método dentro de esta última. Por tanto, no cabe hablar de una y otra como de dos disciplinas distintas, por más que se reconozcan conexiones y aun cierta dependencia entre ellas. Ni tampoco cabe identificarlas por completo. La dialectología parte siempre, de forma explícita, de las nociones de lengua y dialecto; o, tautológicamente, contempla los hechos lingüísticos en su vertiente "dialectológica". La geografía lingüística, en cambio, no tiene necesidad de considerar dichas unidades como marco de referencia, ni, por tanto, examinar los hechos lingüísticos bajo esa perspectiva; con otras palabras, el cometido de la geografía lingüística se cumple con la observación-recolección de las formas y su posterior registro cartográfico.

En el Dictionnaire de linguistique de J. Dubois puede leerse al respecto:

"Le terme de dialectologie, pris parfois comme simple synonyme de géographie linguistique, désigne la discipline qui s'est donné pour tâche de décrire comparativement les différents systèmes ou dialectes dans lesquels une langue se diversifie dans l'espace et d'établir leurs limites. Le mot s'emploie aussi pour la description de parlers pris isolément, sans référence aux parlers voisins ou de la même famille"(*).

Y en el artículo del mismo diccionario dedicado a la geografía lingüística:

"La partie de la dialectologie qui s'occupe de localiser les unes par rapport aux autres les variations des langues s'appelle le plus souvent géographie linguistique"(**).

(*) P. 150, s. v. dialectologie.

(**) P. 230, s. v. géographie linguistique.

Si aquí se pone de relieve la condición de la geografía lingüística de ser parte de la dialectología, en el estudio introductorio de Coseriu, "La geografía lingüística", se insiste en su carácter de método dialectológico:

"En la terminología técnica de la lingüística actual, la expresión "geografía lingüística" designa exclusivamente un método dialectológico y comparativo que ha llegado a tener extraordinario desarrollo en nuestro siglo, sobre todo en el campo románico, y que presupone el registro en mapas especiales de un número relativamente elevado de formas lingüísticas (fónicas, léxicas o gramaticales) comprobadas mediante encuesta directa y unitaria en una red de puntos de un territorio determinado, o, por lo menos, tiene en cuenta la distribución de las formas en el espacio geográfico correspondiente a la lengua, a las lenguas, a los dialectos o a los hablantes estudiados"(*).

Estas definiciones -entre las muchas que se podrían citar- vienen a corroborar nuestro punto de partida: la necesidad (al menos formal) de separar el método -¿parte?- (geografía lingüística) de la disciplina en que se integra (dialectología). Ello no significa que, de hecho, ambas puedan aislarse perfectamente: el método, por serlo, apunta a finalidades que le proporciona la disciplina-marco; y esta última debe al método en cuestión gran parte de su desarrollo actual.

Otro factor viene a sumarse a la distinción señalada: el carácter sincrónico/diacrónico, que puede oponer geografía lingüística a dialectología. En efecto, mientras que el método geográfico -en sí mismo- no puede ser sino sincrónico, la dialectología admite, además de la consideración sincrónica, la diacrónica. Es más, hasta el advenimiento de la lingüística estructural, predominaba en dialectología el enfoque diacrónico.

(*) P. 29.

6.4.2.

Quizá fuera esto a que acabamos de aludir la razón por la que algunos de los primeros adeptos a la geografía lingüística percibían entre esta y la dialectología radicales diferencias, hasta el punto de reclamar para la primera no solo el título de nueva disciplina, sino el de ciencia autónoma. Lo cierto es que la publicación del Atlas francés levantó un revuelo considerable en los medios especializados y, de modo similar a lo que había sucedido años antes en Alemania con los neogramáticos, provocó una polémica científico-metodológica que, a su vez, desembocó en una disputa poco ejemplar, llena de hostilidad, ataques personales y antagonismo "extralingüístico". Frente a fervientes defensores del método, que alababan su carácter absolutamente novedoso y hacían de él una verdadera panacea, se alzaban voces de la más variopinta tesitura cuyo común denominador era la crítica -más o menos hostil- al método y a su aureola; así, M. Grammont:

"En cuanto a la geografía lingüística, c o n l a q u e s e a r m a t a n t o a l b o r o t o, no se trata de una disciplina nueva; lo que es nuevo es el a b u - s o q u e h o y s e h a c e d e e l l a" (*).

Ni tan escasamente novedosa como pretendía Grammont, ni tan radicalmente distinta a lo hecho hasta entonces -como juzgaban sus acérrimos partidarios-, la geografía lingüística gillieroniana, de la cual es fácil encontrar antecedentes, ciertamente ha supuesto una verdadera revolución, pero en la medida en que ha contribuido al progreso espectacular de la ciencia o disciplina en que se inscribe: la dialectología.

Precisamente por ello, por el nivel que los estudios dialectológicos han alcanzado gracias al método geográfico, este se ha convertido en el método por excelencia, en la condición

(*) Apud I. Iordan, op. cit., p. 316; hemos mantenido el espaciado del autor.

sine qua non de la moderna dialectología; y es cierto que, actualmente, no puede concebirse esta sin aquel. Se comprende, pues, que haya quienes no distingan entre una y otro: es tanta la interdependencia entre ambos que, a todos los efectos, forman un único bloque, una sola disciplina, para la cual se puede emplear la denominación de geolingüística (17).

Pero en otro lugar decíamos que la geografía lingüística no había de entenderse como circunscrita al ámbito meramente dialectológico. No hablamos ya del método gilliéroniano estricto, sino de sus implicaciones, de lo que ha representado para la ciencia del lenguaje; se trata de una geografía lingüística en sentido amplio, que no es sino el descubrimiento, desarrollo y generalización de la vía empírica como componente de todo estudio científico del lenguaje. Y ahí -a nuestro juicio- es donde estriba su verdadera importancia, que trasciende los límites de la dialectología e incluso de lo propiamente geográfico. De este modo, la geografía lingüística no es solo lo que habitualmente entendemos por ella: registro cartográfico del material lingüístico; representa el intento más claro, serio y organizado de aproximación a los hechos del habla, cuya consideración se hace indispensable dadas las actuales exigencias de la ciencia del lenguaje.

Ahora bien, si el término geografía lingüística admite usos y gradaciones de sentido diferentes -método dialectológico, método dialectológico por excelencia, lingüística "de campo" (18)-, en los últimos tiempos la propia dialectología ha visto aumentar notablemente su competencia, al menos teóricamente y en determinados sectores de investigación. La ampliación del concepto de dialecto -temporal, geográfico, sociocultural ...- ha convertido la disciplina de la que es objeto en la alternativa principal de la lingüística descriptiva; así, la dialectología -en este

sentido muy amplio de lingüística diferencial- se constituye en el lazo de unión (o disciplina-puente) entre la lingüística interna y la externa. (Como aquí se va a partir de una concepción similar de lo dialectológico, dejamos para más adelante las consideraciones y precisiones que reclama cuanto se acaba de exponer.)

6.4.3.

En este punto, se impone una breve recapitulación terminológica. Comencemos por lingüística geográfica:

"[...] la dénomination linguistique géographique aurait été plus juste; mais est trop tard pour revenir sur une appellation consacrée par de nombreux travaux"(*).

Ciertamente más exacta, la denominación lingüística geográfica apenas es utilizada, y cuando se utiliza -como esporádicamente puede hacerse aquí- vale tanto por geografía lingüística, que es, por así decirlo, la nomenclatura oficial. Otro sinónimo de esta última, que goza de cierta aceptación, es el de geografía dialectal:

"Los alemanes emplean ambos términos, Sprachgeographie y Dialektgeographie, predominando el primero que, si no me engaño, es el que usan siempre los partidarios de esta disciplina, mientras que el otro parece ser preferido por los investigadores que propiamente no trabajan en el dominio de la geografía lingüística"(**).

Sin embargo, es preciso distinguir entre este uso -no muy frecuente- de geografía dialectal y la dialect geography de ciertos autores anglosajones, a la cual ya se ha aludido en otra parte (véase nota 17), y que engloba tanto la dialectología como

(*) A. Dauzat, La géographie linguistique, p. 5, nota 1; apud M. Alvar (anotación) en I. Iordan, op. cit., p. 252, nota [3].

(* *) I. Iordan, op. cit., p. 252.

la geografía lingüística. Igual alcance poseería el término geolingüística.

Por lo que se refiere a la oposición terminológica geología / geografía lingüísticas, convenimos con Iordan en que:

"Cuando estudiamos los procesos de expansión y la manera como se juxtaponen y se estratifican las áreas de varios fenómenos lingüísticos, tenemos la posibilidad de reconstruir los estadios sucesivos de una lengua y remontarnos hasta la lengua base. Tal sería el fin de la geología lingüística: explorar los hechos en profundidad, reservando la denominación estricta de geografía lingüística para la investigación en la que mediante mapas se estudian las condiciones en que determinados fenómenos lingüísticos emigran y se extienden por un territorio (*).

Solo nos quedan dialectología y geografía lingüística, para los cuales remitimos a los epígrafes anteriores de este apartado, toda vez que el examen llevado a cabo de sus relaciones mutuas no ha sido, en el fondo, más que un análisis terminológico. Sin embargo, vamos a permitirnos insistir en lo fundamental. En cuanto a la dialectología -propiamente, comparada- habrá que distinguir entre la diacrónica y la sincrónica, aparte ya de esa otra macro-dialectología (más formal que real) que trataría conjuntamente sobre las variantes temporales, geográficas, sociales... de la lengua histórica. Y por lo que a la geografía lingüística respecta, es preciso subrayar su carácter de método -fundamentalmente dialectológico-; la prueba está en que no se habla de "geógrafos lingüistas", sino de dialectólogos o de lingüistas sin más. Hoy día, por otra parte, carece de sentido hablar, como hace I. Iordan en una de las anteriores citas que de él hemos traído, de "partidarios de esta disciplina" (lo que implica "adversarios" o "detractores" de la misma): todo el mundo reconoce su utilidad e importancia, y no solo dentro del marco dialectoló-

(*) Op. cit., p. 252; hemos respetado el espaciado del texto.

gico estricto, sino porque supone el indispensable contrapunto empírico de la lingüística especulativa y formalista.

6.4.4.

Al final de su ensayo "La geografía lingüística", expone E. Coseriu, a manera de conclusión, una serie de juicios sobre la materia que merece la pena reseñar por su rigor y exactitud. Vamos a cerrar este apartado -y capítulo- con ese texto de Coseriu -dividido en temas- que suscribimos plenamente y que, por otra parte, parafrasearíamos muy torpemente.

1) Sobre la importancia y logros de la geografía lingüística:

"El método geográfico [...] constituye, indudablemente, una de las grandes conquistas de la ciencia del lenguaje de nuestro siglo.

"Concebida inicialmente como actividad preliminar de colección y registro de materiales, la geografía lingüística ha logrado, ya en este plano, adelantos muy considerables, perfeccionando cada vez más los métodos de investigación directa de la multiforme realidad del hablar y proporcionando a los lingüistas esos poderosos instrumentos (y, al mismo tiempo, fuentes) de estudio que son los atlas lingüísticos. Pero en sus fases sucesivas ha logrado mucho más que esto. La interpretación de los mapas ha desechado dogmas, ha confirmado hipótesis y ha puesto en evidencia nuevos hechos, contribuyendo a aclarar y a modificar profundamente una serie de problemas que hoy, gracias en gran parte a la geografía lingüística, se conocen mucho mejor que hace cincuenta años, o se plantean de manera muy distinta".

2) El cambio lingüístico y la historia de la lengua:

"Precisamente, la geografía lingüística ha contribuido a demostrar con toda evidencia que cada cambio lingüístico parte, en último análisis, de un individuo hablante y se difunde por razones sociales y culturales; que no hay cambios simultáneos en toda una "lengua", debidos a oscuras razones fisiológicas o biológicas; que los cambios fonéticos se difunden con las palabras y que cada fenómeno tiene su área de difusión, según su

antigüedad y según la aceptación que ha encontrado en el ambiente social; que los fenómenos lingüísticos, no sólo los léxicos sino también los fónicos y gramaticales, pasan de una "lengua" a otra; que las palabras son formas de cultura que acompañan en su difusión los conceptos y los objetos de civilización. Ha hecho ver claramente que cada palabra, cada forma lingüística, tiene su propia historia; y ha contribuido de esta manera a modificar la concepción misma de la historia de la lengua, que ya no es historia de un bloque unitario visto sólo en sus relaciones externas, sino -como se ha señalado- la historia de un juego constante, e infinitamente matizado, entre innovación y conservación, entre el hablar concreto del individuo que realiza una tradición lingüística y la lengua de una comunidad histórica, que se alimenta continuamente de los actos lingüísticos individuales".

3) Sobre la delimitación de la lengua y su fijación conceptual:

"La individualidad misma de una lengua, dentro de un conjunto de hablas afines, llega de este modo a definirse según los distintos momentos de equilibrio en la tensión entre innovación y conservación, y con esto ya se pasa al campo de la gramática comparada[...].

"Finalmente, el propio concepto de "lengua" se ha modificado gracias a la noción de "isoglosa", adquirida primeramente -como "línea espacial"- por la geografía lingüística. En efecto, se debe en gran parte al método geográfico, y a las discusiones e interpretaciones que éste ha suscitado, el hecho de que la lengua pueda verse hoy, ya no como organismo autónomo con "vida" independiente de los hablantes, sino, idealmente, como "sistema de isoglosas" que se estructura sobre la base del hablar concreto e, históricamente, como unidad y continuidad de una tradición lingüística en una comunidad".

4) La geografía lingüística tiene, sin embargo, sus limitaciones: los mapas no reflejan por completo la realidad del habla:

"Pero, como es natural, el método geográfico no lo explica todo y no debe considerarse como una panacea para todos los problemas lingüísticos [...].

"[...] lo que se registra en los mapas registra sólo aproximadamente el hablar. Existe, además, el peligro

de que se encuentre justamente lo que se está buscando: la arcaicidad, por ejemplo, si se eligen sujetos viejos y refractarios a la innovación; o la novedad, la adaptación y la difusión de la lengua común, si se eligen sujetos jóvenes e innovadores.

"Los atlas lingüísticos, ni siquiera los más ricos, no pueden proporcionar, para cada punto, una descripción "exhaustiva" del hablar y, por lo tanto, no sustituyen las investigaciones dialectales monográficas. Y los indicios espaciales que los mapas ofrecen no sustituyen la documentación histórica, así como el simple conocimiento mecánico de la distribución de las formas en un territorio no dispensa del conocimiento de las condiciones de vida, sociales y culturales, que rodean, y en parte condicionan, el hablar".

5) ¿Contra los neogramáticos?

"En la historia de la lingüística, el método geográfico ha contribuido a fortalecer y a justificar la oposición a ciertos principios neogramáticos, explícitos o implícitos, como el de la existencia independiente de la lengua fuera del hablar, el de los límites dialectales y el de la generalidad e "inexcepcionalidad" de la ley fonética. Pero esta oposición no podría ser absoluta [...] ni llegar a eliminar ciertos conceptos que, aunque tales (es decir, abstracciones), corresponden a realidades del hablar, como "lengua" y "dialecto", o a ignorar una comprobación como la de la normalidad histórica del cambio fonético".

6) Sobre la continuidad de las áreas:

"En realidad, la geografía lingüística no puede eludir la exigencia de una norma objetiva y por esto, al desechar las normas neogramáticas, y en particular la generalidad y ficisidad de la "ley fonética", debe introducir una nueva norma, que es la de la continuidad de las áreas: la no-continuidad es algo que exige explicación en cada caso, del mismo modo que las "excepciones" en la aplicación de la ley fonética de los neogramáticos. Y es aquí donde empiezan los riesgos, en primer lugar, el de caer en el objetivismo de las formas y áreas lingüísticas consideradas como "cosas" independientes de los hablantes: hay que tener siempre en cuenta que las formas no "viajan" de por sí, sino que se introducen en el acervo de un individuo del hablar

de otro individuo, mediante contactos que no implican una continuidad de áreas, porque los individuos se trasladan de un área a otra con todos sus hábitos lingüísticos, y también a través de contactos indirectos[...]".

7) Existe el riesgo de caer en la excesiva atomización:

"Otro riesgo es el de atender sólo a la multiplicidad y heterogeneidad y descuidar, en cambio, la unidad y homogeneidad del hablar [...]; o bien de ver lo que cambia, descuidando lo que permanece de algún modo "idéntico": es el riesgo de la excesiva atomización. A este respecto hay que observar que las "conservaciones" e "innovaciones" son tales con respecto a algo: a un conjunto, a una tradición o "norma". En el lenguaje es importante el polo de la variedad, que corresponde a la expresión individual, pero también lo es el de la unidad, que corresponde a la comunicación interindividual y es garantía de intercomprensión [...]: existe el hablar porque existen individuos que piensan y sienten, y existen "lenguas" como entidades históricas y como sistemas y normas ideales, porque el lenguaje no es sólo expresión, finalidad en sí mismo, sino también comunicación, finalidad instrumental, expresión para otro, cultura objetivada históricamente y que trasciende al individuo".

Advierte, por último, Coseriu del error de considerar la geografía lingüística como "toda la lingüística, como una lingüística nueva que sustituye a una vieja"; e insiste en que no se trata más que de un método, todo lo revolucionario que se quiera, pero método al fin y al cabo.

En las conclusiones de su ensayo, el autor va mucho más allá de la caracterización general y de lo meramente descriptivo o técnico: se adentra en terrenos más propios de la teoría -o aun filosofía- del lenguaje. Como este trabajo pretende ser una reflexión sobre el hecho dialectal con todas sus implicaciones, hemos de tener bien presentes textos como el que acabamos de reproducir, con el que en buena medida "sintonizamos" y cuya línea especulativa nos servirá de modelo. De ahí la extensa cita (*).

(*) Pp. 67-69.

Notas

(1) Muy sugerente parece al respecto la pregunta que se hace Kukenheim:

"Serait-il trop osé de supposer un lien, quelque faible qu'il soit, qui relie la conception géométrique du cubisme aux "structures" dont parleront les linguistes, par ailleurs, par la technique?" (op. cit., pp. 99-100).

Y R. Jakobson viene a confirmar esta suposición cuando nos narra las experiencias personales que despertaron su vocación por la "nueva lingüística":

"Aquellos de nosotros que estudiaban el lenguaje aprendieron a aplicar el principio de relatividad a las operaciones lingüísticas. Nos vimos atraídos hacia aquella dirección por los progresos espectaculares realizados por la física moderna y por la teoría pictórica y el ejemplo práctico del cubismo, en el cual "todo se basa en la relación" y en la relación entre las partes y los todos, entre el color y la forma, entre la representación y lo representado. 'Yo no creo en las cosas', decía Braque, 'creo solamente en las relaciones que existen entre ellas' " ("Panorama retrospectivo", en Ensayos de lingüística general, p. 141).

(2) Más adelante señala Coseriu otro error de apreciación en Vossler, relacionado con el anterior y consistente en la identificación de la analogía y el cambio fonético:

"Vossler, según parece, recuerda la distinción de H. Paul [...] entre Lautwandel (cambio fónico) y Lautwechsel (sustitución fónica), y considera la "generalización" de un cambio fónico como Lautwechsel. Esto es, en cierta medida, exacto, pues la selección que sigue a una adopción [...] puede, en efecto, interpretarse como Lautwechsel [...]. Pero no se trata de "analogía", sino de reconocimiento de la identidad funcional de dos modos fónicos. No es lo mismo hacer [] de todo [lj] y hacer [] también de la l de levar, levamos (por analogía con llevo, llevas, lleva, etc.), regularizando de esta manera el paradigma del verbo. Lo que el cambio fonético (es decir, la opción fónica) tiene de regular no es "analógico" sino "sistemático". Por lo tanto, Vossler no "supera" la antinomia entre cambio fonético y analogía, como afirma A. Alonso [...], sino que simplemente confunde los dos fenómenos" (Ibid., p. 56).

(3) Como se sabe, a la fórmula de Meringer replicó Schuchardt con otra en que el orden de los términos aparecía invertido, y ello debido al hecho de que la "cosa" precedía lógicamente a la palabra. La disputa sobre el nombre -"Sachen und Wörter" fue propuesta por Schuchardt ya en 1905- acabó en una disputa sobre la prioridad del método, disputa tanto más lamentable en cuanto que carecía de sentido; como decía Spitzer:

"el método 'palabras y cosas' tiene raíces tan profundas en la concepción de Meringer como en la de Schuchardt, y tanto el uno como el otro pueden ser considerados como creadores de esta corriente" (Meister Werke I, p. 370, apud I. Iordan, op. cit., p. 112).

Y por su parte Iordan añade:

"A esto debe agregarse el detalle que desde hace mucho tiempo se ha reconocido la relación estrecha entre las palabras y las cosas: el mismo Schuchardt da algunos datos sobre este asunto [...], mostrando que no sólo en el siglo XIX, sino desde antes, los investigadores se han dado cuenta del principio en que se basa la doctrina "palabras y cosas". No debemos olvidar tampoco que la revista Wörter und Sachen tiene como lema la siguiente frase de J. Grimm: "Sin embargo, la lingüística que cultivo y de la que parto no ha podido nunca llenarme plenamente, y por eso me he sentido satisfecho siempre que he podido llegar de las palabras a las cosas", frase que contiene ideas parecidas a las expuestas más arriba [de Schuchardt y Meringer] y que son cien años anteriores" (Ibid., pp. 112-113).

(4) La especial dedicación de Krüger y sus discípulos al iberorromance se vio secundada por la labor en nuestra península de numerosos cultivadores del método. Véase al respecto la exposición (con abundantes referencias y comentarios) de M. Alvar sobre "palabras y cosas" en Ibero-Romania (anotación en I. Iordan, op. cit., pp. 117-124).

(5) Retengamos a título de ejemplo las siguientes obras: C. Salvioni, Lampyrus italica. Saggio intorno ai nomi della lucciola in Italia (1892); E. Tappolet, Die romanischen Verwandtschaftsnamen mit besonderer Berücksichtigung der französischen und italienischen Mundarten. Ein Beitrag zur vergleichenden Lexicologie (1895); A. Zauner, Die romanischen Namen der Körperteile. Eine onomasiologische Studie (1902); C. Merlo, I nomi romanzi delle stagioni e dei mesi ... Saggio di onomasiologia (1904); V. Bertoldi, Un ribelle nel regno dei fiori. I nomi romanzi del Colchicum autumnale L. attraverso il tempo e lo spazio (1923); E. Eg-

genschwiler, Die Namen der Flodermäus auf dem französischen und italienischen Sprachgebiet (1934), etc.

(6) Existen varios repertorios bibliográficos sobre investigaciones onomasiológicas: uno de ellos figura en C. Tagliavini, Guida alle tesi di laurea e di perfezionamento nelle discipline linguistiche (1946); algo más reciente es el de B. Quadri, Aufgaben und Methoden der onomasiologischen Forschung. Eine entwicklungsgeschichtliche Darstellung (1952). Las páginas 411-423 de la Lingüística románica de Iordan están dedicadas enteramente a bibliografía "onomasiológica" (la lista se amplía considerablemente con las referencias bibliográficas aportadas por M. Alvar, de quien puede verse también, para el dominio hispánico, una extensa nota -218- en las páginas 125-126 de la misma obra).

(7) Según esto, la onomasiología general comprende, además de otras tendencias, tanto la onomasiología sincrónica como la comparativa (onomasiología en sentido restringido), a la que habría que agregar, por afinidad metodológica, el movimiento "Wörter und Sachen" y los estudios sobre lingüística y cultura material.

(8) No hay que olvidar -como ha quedado antes señalado- que las tendencias a que estamos aludiendo, si no surgieron, sí se desarrollaron dentro de la geografía lingüística; por tanto, no cabe hablar estrictamente de fusión de dos métodos dispares o ajenos el uno al otro, sino de enriquecimiento de una disciplina -la geografía lingüística- merced a nuevas vías de investigación desarrolladas en su propio seno.

(9) Así, para B. E. Vidos, "la llamada neolingüística no es otra cosa que la corriente neogramática basada en los principios de la geografía lingüística" (op. cit., p. 76), mientras que el juicio más extendido en torno a esta escuela la considera como una síntesis del idealismo y del estudio geográfico del lenguaje; por ejemplo, B. Malmberg afirma:

"El idealismo y la geografía lingüística se funden en una entidad en la escuela italiana de la neolingüística (op. cit., p. 78).

En este sentido se pronuncia Coseriu cuando refuta la opinión de Dauzat sobre los fundamentos de la neolingüística:

"A pesar de lo que cree A. Dauzat [...] Bartoli y sus discípulos no se basan en F. de Saussure ni consideran las lenguas como 'organismos naturales'. Todo lo contrario" ("La geografía lingüística", p. 61, nota 41).

Y I. Iordan, tras una serie de precisiones en torno al

tema, concluye:

"El fundamento de su doctrina [de Bartoli] lo constituyen, en primer lugar, la geografía lingüística y, después, algunas de las ideas de Bartoli (op. cit., p. 496).

(10) Así lo hicieron para el indoeuropeo V. Pisani y G. Bonfante con ciertas restricciones y críticas.

(11) Schweizerisches Idiotikon, Wörterbuch der schweizerdeutschen Sprache, Gesammelt auf Veranstaltung der Antiquarischen Gesellschaft in Zürich unter Beihilfe aus allen Kreisen des Schweizervolkes, cuyo primer fascículo data de 1881, aunque los trabajos preparatorios se habían iniciado cerca de veinte años antes.

(12) Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz, 8 volúmenes, Zofingen, 1928-1940. Al tiempo de la aparición del primer volumen, los autores publicaron un importante estudio que venía a explicar la naturaleza y características del AIS, así como los principios que lo informaban y la metodología empleada: Der Sprachatlas als Forschungsinstrument, Halle, 1928. Asimismo, fueron apareciendo artículos que ilustraban aspectos de la obra.

(13) En Orígenes de las lenguas neolatinas, C. Tagliavini se expresa en parecidos términos:

"Aún mayor perfeccionamiento en la forma y la sustancia de los atlas lingüísticos en territorio romance han aportado los estudiosos rumanos en el Atlasul Lingvistic Român [...]" (p. 84).

Para este atlas lingüístico puede verse M. Alvar, Metodología e historia lingüística. A propósito del "Atlas de Rumanía",

(14) Así lo reconoce D. Catalán, quien, no obstante, considera el ALPI como una obra valiosa y necesaria:

"Como era de esperar, la publicación de un atlas cuyos materiales habían permanecido inéditos durante un cuarto de siglo no fue acogida con gran excitación por la crítica. Sin embargo, sería un gran error considerar el ALPI como una obra de la que cabe prescindir. A pesar de los progresos realizados en el conocimiento de los dialectos en los últimos treinta años, la dialectología española y portuguesa apenas ha avanzado en visiones panorámicas. El ALPI y sólo el ALPI nos proporcionará durante mucho tiempo una imagen de conjunto respecto a la articulación dialectal de los varios dominios lingüísticos de la Península Ibérica; sobre todo respecto

al castellano, cuya diversidad geográfica estamos muy lejos de conocer" (Lingüística ibero-románica I, pp. 244-245).

(15) Cf. J. J. Montes, Dialectología y geografía lingüística, p. 79.

(16) Cf. en S. Pop, op. cit., "Aperçu historique sur le développement de la dialectologie", y sobre todo, el segundo volumen, consagrado enteramente a la dialectología no románica.

(17) La lingüística anglosajona, a partir de Bloomfield, utiliza el término geografía dialectal, que recubre el área conjunta de la geografía lingüística y de la dialectología. En cuanto a la geolingüística, leemos en el Dictionnaire de linguistique, de J. Dubois:

"On appelle géolinguistique l'étude des variations dans l'utilisation de la langue par des individus ou des groupes sociaux d'origines géographiques différents. Le mot géolinguistique est ainsi la forme abrégée de GEOGRAPHIE LINGUISTIQUE" (p. 233).

Y en el artículo "Géolinguistique" del Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage, de O. Ducrot y T. Todorov:

"On peut appeler g é o l i n g u i s t i q u e l'étude de toutes les variations liées à l'implantation, à la fois sociale et spatiale, des utilisateurs du langage" (p. 79).

(18) Tal como en sociología, por ejemplo, se emplea el término: metodología que hace uso de la encuesta para el registro de datos y eventualmente los somete a pautas estadísticas.

CAPITULO VII

TENDENCIAS ACTUALES: CONCLUSION

Los atlas regionales.- Dialectología y estructuralismo.- Dialectología y sociolingüística

Hemos llegado al último tramo de esta aproximación histórica a la cuestión dialectal; poca "historia" queda por hacer: literalmente -según se hacía constar en el anterior capítulo-, un período que va de los años cincuenta a la actualidad. La tarea, sin embargo, entraña ciertas dificultades: escasez de apoyaturas bibliográficas (pensamos, sobre todo, en historias de la lingüística y de la dialectología); aumento -en progresión geométrica- del material a examinar (y aquí hay que reconocer que la simple reseña, e incluso mención, de cuanto se está haciendo de interés en este campo desborda por completo nuestra capacidad); y, por encima de todo, la falta de distanciamiento, de perspectiva, para analizar objetivamente el período en que nos hallamos inmersos y detectar en él relaciones de causa-efecto. (no es fácil historiar lo que aún no ha cristalizado suficientemente en el proceso histórico). Si se considera, además, que la "historia inmediata" configura el marco teórico en que pretendemos desenvolvemos, que se convierte en cuerpo doctrinal de este, se comprenderá que existan interferencias entre la materia

correspondiente a este capítulo y la de los sucesivos, en los cuales tiene mejor cabida "contextual". Por todo ello, renunciamos de antemano a ofrecer aquí un panorama extenso y pormenorizado de las tendencias actuales en nuestra disciplina, contentándonos con una breve introducción o apunte general que sirva de cierre a esta especie de historia dialectológica que hasta ahora hemos trazado. En todo caso, confiamos en que dicho panorama se vaya desprendiendo implícitamente de cuanto nos resta por decir en la segunda parte del trabajo.

Por lo demás, a continuación examinaremos, en primer término, el desarrollo en los últimos tiempos de la dialectología y geografía lingüística según las pautas tradicionales, más o menos remodeladas; en segundo lugar, se tratará sobre la influencia en nuestra disciplina de corrientes tales como el estructuralismo y la sociolingüística, analizando el posible hermanaje entre aquella y estos, y las perspectivas que de él resulten; concluiremos, fuera de los estrictos límites de este capítulo y a manera de apéndice o epílogo, con un balance explicatorio de lo que esta historia dialectológica ha pretendido ser.

7.1. Los atlas regionales

"Instruits de plus en plus par l'expérience, les dialectologues se sont rendu compte des imperfections de l'ALF de Gilliéron. Lui-même avait déjà regretté l'absence de l'accent du mot, qu'il a ajouté à partir de la carte 156; mais il y a d'autres défauts: comme les questionnaires avaient été établis d'avance, il pouvait arriver qu'Edmont s'informât de noms d'objets inconnus dans la contrée enquêtée; de plus, Gilliéron n'aimait pas les retouches: le "premier jet" seul comptait pour lui et il se méfiait de "réponses extorquées"; il est à noter qu'une réponse peut être inexacte et qu'il est dangereux d'y édifier une théorie. On s'aperçut aussi que les distances admises dans l'ALF sont trop grandes: au lieu d'admettre 30 à 40 kilomètres,

il est préférable de serrer d'avantage les mailles jusqu'à 10 kilomètres tout au plus. Certaines petites questions comportaient des équivoques: "il faudra qu'il vienne" peut désigner aussi le pluriel. Le choix des sujets interrogés aurait dû être fait avec plus de prudence pour éviter de tomber sur un patoisant qui aurait subi l'influence de la langue de Paris. Enfin, ne note qu'un seul synonyme du mot français, laissant parfois de côté toute une séquelle de vocables qui ont le même sens, bien que colorés par des éléments affectifs. Ce qui manque surtout, ce sont les images (photos ou, mieux encore, croquis qui font ressortir les détails significatifs: les "anses" d'un panier sont autres que celles d'une casserole). Voilà les principaux défauts que s'efforceront d'éviter les collaborateurs du Nouvel Atlas Linguistique de la France, dont le programme a été lancé par Albert Dauzat dans Le Français Moderne 7 (1939)"(*).

Es así como surgen los atlas regionales, "la innovación más importante de la geografía lingüística en las últimas décadas"(**), en cuyo planteamiento y elaboración, además, se aprovecha la experiencia de una geografía lingüística ya consolidada (en particular, las concepciones "etnográficas" del Atlas italo-suizo).

Con los atlas regionales, la geografía lingüística cobra renovado impulso: cartografiados en su mayor parte los grandes dominios lingüísticos, el paso siguiente no podía ser otro que la reducción del objetivo y la compresión de la "malla" de puntos a investigar (delineado el contorno y los grandes rasgos del cuadro, solo quedaba la labor de detalle para completar la obra). Y el símbolo de esta nueva etapa de la geografía lingüística es el Nuevo Atlas de Francia (NALF), tomado como modelo —más o menos próximo— por los demás atlas románicos de Kleineräume (1).

(*) L. Kukenheim, op. cit., pp. 204-205.

(**) M. Alvar (anotación) en I. Iordan, op. cit., p. 453.

En el planteamiento del NALF se toma conciencia de la necesidad aludida de proseguir y completar la obra iniciada; y no únicamente por imperativos de orden teórico, sino porque, a juicio de Dauzat y sus colaboradores, además de "retocar", era preciso rectificar, mejorar el Atlas de Gilliéron. Por otra parte, las hablas rurales habrían experimentado notables cambios en los casi cincuenta años que separaban el inicio de ambas empresas cartográficas, por lo que su registro quedaba plenamente justificado. Pero es que, además, se observaba una marcha vertiginosa de esas hablas rurales hacia su nivelación con la lengua estándar, y se hacía necesario, por tanto, "salvarlas" antes de que llegaran a desaparecer (2).

Similares objetivos presentan los demás atlas regionales, aunque en su mayoría no obedezcan a un plan general como el del NALF, en donde la vasta empresa se articula en empresas parciales coordinadas por un principio unificador, de manera que el resultado ofrezca la imagen de un mosaico o un rompecabezas de piezas bien ajustadas. A este respecto, y referido al ámbito hispánico, señala M. Alvar:

"[...] Los Atlas regionales que se planean fuera de Francia están proyectados con miras de absoluta independencia. De nuevo, el aislamiento de los investigadores (como en otro tiempo las Landas, Bretaña o las Ardenas) y la inconexión de sus empresas. Por ejemplo, cuando en la Península Ibérica se suscitan nuevos Atlas parciales [...] cada autor actúa con independencia absoluta y sus obras -aunque mutuamente no se ignoren- carecen de relación: plan, alcances, métodos, etc., etc. son de diversísimas pretensiones; falta la visión de conjunto, fragmentada en una abigarrada diversidad" (*) y (3).

Además de la reducción del espacio y mayor fijación del objetivo a investigar, la nueva geografía lingüística introduce

(*) Anotación en I. Iordan, op. cit., p. 455.

o adopta una serie de variantes respecto a la ortodoxia gilliéroniana. Entre las más generalizadas está la de la pluralidad de exploradores, que además suelen ser lingüistas avezados en cuestiones dialectológicas y en las técnicas de encuesta. Como dice M. Alvar:

"Los nuevos Atlas románicos son empresas de equipos, a veces, numerosos en exceso. Creo inútil hablar de si los exploradores deben o no ser lingüistas. El principio de Gilliéron ha sido definitivamente arrumbado (pero, Edmont no era lingüista? Al pie de su nombre en el ALF, se dice: "Auteur du Lexique Saint-Polois"). Hoy no exploran más que los lingüistas y, ciertamente, no se puede decir que los frutos escaseen [...]

"Pero si esta cuestión parece aclarada, creo que todavía se presta a discusión la del explorador único o los varios exploradores. El AIS contó con tres colectores de gran altura [...]. Imitando el método del AIS se planearon las nuevas empresas"(*).

A imitación también del Atlas italo-suizo, una segunda nota diferenciadora de la nueva cartografía lingüística en relación a la clásica es su atención a las "cosas", su carácter etnográfico que, con el lingüístico, combina la mayoría de los atlas más recientes. "Hoy nadie duda del acierto de estudiar juntas palabras y cosas"(**). Y ello, en este caso, con más motivo que en los atlas mayores, toda vez que un dominio reducido se presta mejor a un estudio minucioso donde tenga cabida lo etnográfico y, en general, todo cuanto está en relación con el habla investigada; lógicamente, en los atlas de grandes dominios, que deben atender a los rasgos más generales, estos aspectos tienden a obviarse.

Finalmente, la moderna geografía lingüística aplica, en diversa medida y no sin reservas, los métodos surgidos con las nuevas corrientes de la ciencia del lenguaje, así como ciertos

(*) Ibid., p. 461.

(**) M. Alvar, ibid., p. 465.

procedimientos técnicos que el progreso ha puesto a su alcance: estamos pensando, concretamente, en el estructuralismo y su aplicación a nuestra disciplina, por un lado, y por otro, en el uso de grabaciones y otras técnicas de fonética experimental destinadas a completar y mejorar los datos suministrados por la observación directa.

Pese a ello, no ha de entenderse esta geografía lingüística como algo por completo novedoso, como una geografía lingüística radicalmente opuesta a la anterior. Si se ha de otorgar el calificativo de "revolucionaria", solo la obra de Gilliéron lo merece -por más que, como se ha visto, haya habido quienes se lo han pretendido negar-; la "nueva" no lo es sino nominalmente, por razones de comodidad terminológica, puesto que, en esencia, ha seguido fielmente el camino trazado por los primeros cultivadores del método, Gilliéron a la cabeza. Solo cabe hablar, pues, de mejoras, progresos y renovación, de distintas etapas dentro de una fundamental continuidad, pero en ningún caso de ruptura. Muy resueltamente se pronuncia la autorizada voz de Alvar en tal sentido:

"[...] Bien sé cuánto ha significado la geografía lingüística para el progreso de nuestra ciencia, y nadie podrá negarme el entusiasmo con que la practico. Pero mi fe en ella no me [impide] ver que lo que hacemos hoy es, con enormes progresos, ¿quién lo duda?, lo que inventó Gilliéron. Pero frente a la fonética experimental, que ha querido romper con la dialectología, por remoquete llamada tradicional, la geografía lingüística de hoy es ortodoxamente gilliéroniana y ortodoxamente tradicionalista. Porque tradición no es repetir lo viejo, sino hacer vivir juvenilmente unos principios que se estiman válidos [...]"(*).

(*) Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual, p. 14 (hemos restituido lo que parece el sentido del texto, cambiando permite -a nuestro juicio, errata- por impide).

Queda, por último, una delicada cuestión: ¿cuál es el futuro de la geografía lingüística?, pues parece que su época dorada pertenece al pasado más o menos inmediato y que no cuenta hoy con los entusiastas seguidores de hace unos años. Es verdad que, actualmente, otros temas, otras disciplinas, otras áreas de conocimiento lingüístico monopolizan los intereses de los estudiosos del lenguaje, de tal suerte que muchas de las materias que en épocas anteriores gozaban de la atención preferente de la lingüística han quedado como eclipsadas, marginadas, relegadas a un ámbito subterráneo y aun desprestigiadas. Y entre ellas, ¿la geografía lingüística? Sin ánimo de hacer de futurólogos y sin nostalgia de gloriosos tiempos pretéritos, hemos de significar en voz alta que la geografía lingüística, independientemente de modas, alharacas y "fervientes adeptos", mantiene la misma vigencia de épocas pasadas, sigue siendo un camino abierto de investigación y, en consecuencia, está lejos de haberse anquilosado o haber "alcanzado su techo". Y ello porque: 1ª) existen amplios dominios aún sin explorar y cartografiar; 2ª) la materia que le sirve de objeto -el habla en su extensión geográfica- es una fuente inagotable, toda vez que, aun en el supuesto de haberse registrado por completo, admite siempre enfoques de diverso grado (y no solo eso, sino que, por estar sometida a constante evolución, reclama, periódicamente, nuevos registros; 3ª) no debe entenderse geografía lingüística como 'lingüística geográfica' exclusivamente, sino también como 'lingüística empírica', y mientras el lenguaje siga siendo objeto de la ciencia a la que ha dado su nombre, esa geografía lingüística en sentido amplio existirá con pleno derecho.

7.2. Dialectología y estructuralismo

"[...] nevertheless dialectology still remains one of the linguistic disciplines that has been least affected by the changes brought about by the structuralist trend."(*)

En estrecha vinculación con la problemática anterior está el tema que da título a este nuevo apartado y que recoge la cita que lo inicia. El hecho es que, con la aparición, desarrollo y posterior hegemonía de las corrientes estructurales, se observa una progresiva decadencia de los estudios dialectológicos, que habían alcanzado su cénit durante la primera mitad del presente siglo -época de máximo esplendor de la geografía lingüística- (4). Con otras palabras, a raíz del advenimiento y auge del estructuralismo, la geografía dialectal -sírvanos la nomenclatura- abandona su puesto privilegiado entre las disciplinas lingüísticas, para ocupar posiciones muy de segundo orden. La cuestión es, sin embargo, si existe entre ambos fenómenos una relación de causa-efecto, o si se trata, más bien, de una mera coincidencia. O una tercera posición, intermedia: que el estructuralismo haya obrado como catalizador, todo lo más, como desencadenante -pero no como responsable inmediato- de ese proceso de regresión dialectológica. Elucidada esta cuestión, se dará respuesta implícita a la más importante de cuál es la naturaleza de dicho proceso, esto es, de cómo ha de entenderse aquí esa supuesta "decadencia".

Pues bien, de las tres alternativas propuestas nos inclinamos por la última: en efecto, el método estructural no contiene en sí mismo nada parecido a un germen que atente contra la práctica dialectológica, ni -queremos pensar- contra la metodolo-

(*) P. Ivić, "On the Structure of Dialectal Differentiation", Word, XVIII, 1962, p. 34.

gía en ella imperante. En todo caso, si se quiere ver hostilidad o conflicto metodológico, este se produce más bien con la lingüística histórica, de resultas del cual no puede decirse que quedara malparada, ni invalidados sus principios y procedimientos; explícitamente, el único "ataque" estructural al historicismo consiste en haber propugnado un desplazamiento de prioridades: si, durante el siglo XIX, el estudio histórico del lenguaje constituyó el objetivo preferente de la lingüística -y aun el único posible, según H. Paul-, las corrientes estructurales reivindicarán el enfoque sincrónico, otorgándole no solo la posibilidad de ser -negada de hecho en la época anterior-, sino la primacía sobre los otros estudios lingüísticos. En este sentido, la dialectología, concebida como disciplina subsidiaria de la lingüística histórica, se vio afectada por el cambio de óptica, y a pesar de los nuevos rumbos surgidos en su seno -geografía lingüística- hubo de ceder la posición privilegiada que en los últimos tiempos venía ocupando. Pero no creemos que este retroceso dialectológico haya sido resultado de un ataque frontal por parte del estructuralismo, de una incompatibilidad con este, por más que el arraigo de la lingüística estructural algo ha tenido que ver en dicho retroceso. De cualquier forma, este último parece innegable. Así, D. Catalán se pronuncia de manera taxativa:

"Aferrada, en general, a viejos moldes de estudios, la dialectología se recoge hoy sobre sí misma, o se refugia en el campo etnográfico, sin decidirse a exigir voz y voto en la asamblea de la lingüística general moderna"(*).

Sin embargo, la clave de esta situación nos la da Alvar al comentar y matizar con acierto la afirmación de D. Catalán que acabamos de reproducir:

(*) "Dialectología y estructuralismo diacrónico", Miscelánea Homenaje a André Martinet. Estructuralismo e Historia, La Laguna, 1962, t. III, p. 69; apud M. Alvar, Estructuralismo..., p. 18.

"Acaso al emitir juicios como éstos se está pensando de forma unilateral; dejando aparte las metáforas, se piensa que la aparición de unos nuevos métodos significa que otros -más o menos tradicionales- han periclitado ya: planteamiento parcial de la cuestión. Porque la misión de un método no acaba con la aparición de otro, sino que puede coexistir con él y aun reelaborarse dentro de sus propios condicionamientos [...]. No creo que la dialectología deba verse hoy como una especie de discusión bizantina, cuando unos presuntos enemigos combaten esta Constantinopla ideal [...]"(*).

Y añade más adelante:

"En un momento determinado, la dialectología se convirtió en la disciplina directriz de los estudios lingüísticos. Que haya dejado de serlo no significa su anquilosamiento" (**).

Justas palabras las de Alvar que -no hace falta decir- compartimos plenamente y que, por otro lado, sintetizan el estado real de nuestra disciplina en la actualidad, así como las ideas que sobre el particular hemos tratado de exponer.

Queda otra cuestión, enunciada en la cita que encabeza este apartado: la de la aplicación del estructuralismo al campo que tradicionalmente se ha venido considerando dialectológico; o, parafraseando el título de un célebre artículo de U. Weinreich, la de ver si es posible una dialectología estructural. Para este autor la respuesta es afirmativa:

"In answer to the question posed in the title of this paper [is a structural dialectology possible?], it is submitted that a structural dialectology is possible. Its results promise to be most fruitful if it is combined with 'external' dialectology without its own conceptual framework being abandoned"(***)).

Efectivamente, posible, deseable, necesaria, la dialectología estructural (o la aplicación del estructuralismo al mar-

(*) Op. cit., p. 18.

(**) Loc. cit.

(***) "Is a structural dialectology possible?", Word, X, 1954, p. 400.

co dialectológico) es actualmente, además, un hecho incuestionable, si bien no en la medida que, de forma un tanto ingenua, esperarían algunos. Y ello, entre otras cosas, porque, como nos recuerda Alvar, "el estructuralismo no es una doctrina uniforme ni doctrinalmente sin fisuras: ante tales hechos, no resulta viable hablar en bloque de 'estructuralismo y dialectología' y dogmáticamente decidir si concedemos o no los beneficios de la nueva fe" (*). No caben, pues, generalizaciones de esta índole, y lo primero que hay que preguntarse es qué estructuralismo puede entrar -y ha entrado- "en el juego". Ciertamente, no un estructuralismo llevado a sus últimas consecuencias, a su puridad:

"[...] it could only study relations within systems; and since in a perfect system all parts are interrelated ("tout se tient"), it is hard to see how systems could even be conceived of as partially similar or different; one would think that they could only be wholly identical or different. Considerations of this nature prevented orthodox Saussureanism of the Geneva school from undertaking the study of gradually changing systems, since it was felt that languages could only be compared, if at all, at discrete 'stages' [...]" (**).

Es impensable en este punto, pues, un estructuralismo a la manera de Hjelmslev, por el que la lingüística se ve reducida a un "álgebra de formas vacías", como califica Coseriu (***) la formalización extrema de la glosemática.

"But a more flexible structuralism has overcome this hurdle by abandoning the illusion of a perfect system, and is producing notable results in the diachronic field" (****).

(*) Op. cit., p. 88.

(**) U. Weinreich, op. cit., p. 391.

(***) Apud M. Alvar, op. cit., p. 20.

(****) U. Weinreich, op. cit., p. 391.

Surge entonces el concepto de diasistema como conjunto de esos varios sistemas parcialmente semejantes. Y con él la primera gran aportación del estructuralismo al ámbito dialectológico, el primer fruto del maridaje entre las nuevas corrientes y la vieja disciplina, quedando, a su vez, constituido el marco de referencia por antonomasia de lo que puede llamarse dialectología estructural.

Por otra parte, una influencia de la metodología estructural en dialectología se refleja en la exigencia, cada vez más ostensible, de rigor y sistematicidad en las descripciones dialectales, todo ello derivado de la concepción del dialecto como sistema y no como acumulación de hechos "peculiares". Así explica esta situación H. López Morales:

"[...] los estructuralismos en lingüística fueron -y son- capaces de satisfacer algunos aspectos de la descripción dialectal. El simple hecho de acercarse a los dialectos como quien examina la estructura de un cuerpo exento era ya aleccionador. Mucho más productivo: la implantación de unos métodos de análisis que eran aplicables a otros sistemas (la lengua) de jerarquía superior. La idea de que los elementos que integraban el sistema -aunque se tratase de un sistema dialectal- eran interdependientes dio resultados muy variados que no hacen al caso aquí, pero que terminaron por desterrar de la investigación dialectal ciertos criterios atomistas y desilvanados [sic]. Se conjugaban dos aspectos importantes en estas tendencias estructurales: dialecto como sistema, por una parte, y por otra, metodología analítica que, aunque concebida en sus orígenes para otros fines, alcanzaba ahora al dialecto"(*).

Además de Weinreich -y a partir de él- han sido muchos quienes han planteado la cuestión de la aplicabilidad del estructuralismo a la dialectología: Ivić, Doroszewski, Pulgram, Franciscato, Hutterer, Catalán, Alvar ... (5) Y la respuesta, en lí-

(*) Dialectología y sociolingüística. Temas puertorriqueños, pp. 14-15.

neas generales ha sido afirmativa. Como positiva y real ha sido la aplicación de los métodos estructurales a nuestra disciplina.

Ultimamente, un nuevo camino se abre lleno de prometedoras expectativas, que obligaría a reformularse la vieja pregunta de Weinreich en términos parecidos a estos: ¿es posible una dialectología generativo-transformacional?

7.3. Dialectología y sociolingüística

En los últimos tiempos, una nueva tendencia, disciplina, área de conocimiento -que no es fácil discernir su condición- ha adquirido notable desarrollo y viene acaparando la atención de los estudiosos del lenguaje, hasta el punto de que, para muchos, dentro de su marco se halla el campo más amplio, la vía más firme, el verdadero futuro de nuestra ciencia. Nos referimos, claro está, a la sociolingüística o, si se quiere, al conjunto de estudios a los que cuadra el calificativo de sociolingüísticos. Y en este punto conviene recordar las palabras de uno de sus más cualificados representantes, que nos evitan mayores precisiones sobre su amplitud temática y de objetivos:

"sociolinguistics is more frequently used to suggest a new interdisciplinary field -the comprehensive description of the relations of language and society"(*).

El fundamento doctrinal de la sociolingüística queda resumido en una simple frase: el lenguaje es un hecho social. Y las innumerables consecuencias de la naturaleza social del len-

(*) W. Labov, The Social Stratification of English in New York City, pp. IV-V; apud M. Alvar, op. cit., p. 69.

guaje constituyen el objeto de análisis de esta disciplina. Puede comprenderse que, en el sentido amplio resultante de su condición básica, la sociolingüística sea absolutamente inabarcable. De ahí que haya habido numerosos intentos de reducir y delimitar su campo de acción; estos, sin embargo, aun admitiendo que lo hayan conseguido en parte (formal o convencionalmente), no pueden evitar las constantes implicaciones en otras esferas del conocimiento cuando se trata de explicar la íntima naturaleza de los hechos de lengua y sociedad; con lo cual, la sociolingüística, en la práctica, desborda con frecuencia el marco de una competencia estricta y rigurosamente planificada. Por otra parte, hay que consignar la diversidad de denominaciones -sociolingüística, sociología del lenguaje, sociología lingüística, lingüística sociológica- cuyo contenido no está del todo definido ni deslindado -por más que en este particular también ha habido intentos de ordenación- y que son indicio, asimismo, de la aludida amplitud de objetivos y del desdibujamiento de funciones específicas.

No es nuestro propósito penetrar, por tanto, en la ardua problemática de la delimitación de esta disciplina; ni siquiera podemos pretender dar cuenta de los principales logros que configuran su praxis y las tendencias que la rigen. Sin embargo, vamos a trazar, a modo de reseña y según la línea de indagación histórica que viene guiando estas páginas, un bosquejo de lo que a nuestro juicio constituye su variada genealogía.

Ya se ha dicho que, como tal disciplina, la sociolingüística es bien reciente, por más que la reflexión sobre el lenguaje como hecho social no lo sea tanto. De ahí que pueda verse en las doctrinas de Marx uno de los gérmenes directos, una de las fuentes, de cierta sociolingüística (o de la sociolingüística en sentido amplio). Desde su creación, el marxismo -que concibe len-

guaje y pensamiento como un solo proceso en estrecha dependencia de la dimensión social del hombre- no ha dejado de ocuparse del tema del lenguaje y poner de relieve su íntima conexión con la sociedad, aunque siempre bajo una óptica marcadamente filosófica. Sin embargo, hasta bien entrado el siglo XX, la lingüística no se hizo permeable de forma decidida a esta corriente ideológica. Y ello tuvo lugar en Rusia, en plena época de euforia revolucionaria, gracias a la Nueva Teoría, de N. Y. Marr, que constituye el primer intento de aplicar a la lingüística los principios marxistas. Tras un éxito fulgurante y veinte años de hegemonía y verdadera colonización de la lingüística rusa, el marrismo, que apenas tuvo eco en otros países, fue condenado expresamente por Stalin y desapareció por completo de la escena "político-lingüística" de la Unión Soviética. De la Nueva Teoría, extraña amalgama de comparatismo y ciencia-ficción, ha quedado poco en la historia de la ciencia del lenguaje, si acaso la consideración de la lengua como superestructura y fenómeno de clase; esta idea, si no del todo nueva, fue subrayada insistentemente por Marr y, con ciertas reservas, ha pasado al acervo de la lingüística moderna, más concretamente, al de su vertiente sociológica.

Algo parecido sostenía la llamada "escuela lingüística francesa", que constituye la segunda fuente de la sociolingüística. Sin los presupuestos ideológicos que caracterizaban la anterior, pero con los fundamentos sociológicos heredados de las doctrinas de Durkheim, quienes componen esta escuela coinciden en concebir el lenguaje como institución social (¿superestructura?) y se aplican en demostrarlo. Pero lo hacen, en mayor o menor medida, a base de comentarios incidentales y referidos sobre todo al vocabulario. Pueden citarse, dentro de esta tendencia, los nombres de F. de Saussure, Ch. Bally, J. Vendryes y A. Meillet(6), quines han de figurar, sin duda, entre los precursores de los estudios sociolingüísticos.

La tercera fuente de la sociolingüística queda representada por el funcionalismo del Círculo de Praga. K. Bühler, A. Martinet, N. S. Trubetzkoy, R. Jakobson ... sentaron bases de esta disciplina al deslindar con claridad funciones y usos del lenguaje, presididos todos por la función comunicativa, verdadero exponente (o causa) de su dimensión social. Una segunda generación de lingüistas praguenses ha desarrollado la idea de la multifuncionalidad del lenguaje y ha hecho aportaciones clave a la moderna sociolingüística.

Entre las fuentes (o direcciones) de esta, hay que mencionar también la que se desarrolla en Inglaterra, de la que pueden citarse, en primer término, los trabajos de J. R. Firth y su escuela, y más modernamente -y con una mayor conciencia "sociolingüística"- los de B. Bernstein.

Pero el antecedente más directo de la sociolingüística hay que situarlo en los Estados Unidos de América. Allí se confunden, de hecho, génesis y verdadero nacimiento de esta disciplina. A partir de las obras de F. Boas, E. Sapir y B. L. Whorf, se ha venido sucediendo una larga serie de trabajos con el denominador común de introducir consideraciones sobre la estructura social en la descripción lingüística. Cabe distinguir, a grandes rasgos, una línea matriz, la etnolingüística, aplicada al estudio de las lenguas indígenas de América en relación con sus peculiares formas sociales y culturales, y una línea derivada, la sociolingüística propiamente dicha, o estudio de la comunicación en el seno de una misma comunidad (mono o multilingüe), según los diversos grupos sociales que la integran.(7). Es comprensible que fuera en los Estados Unidos donde se gestaran ambas: allí, por un lado, siguen vivas multitud de lenguas indígenas, que de alguna manera han entrado en conflicto con las de nueva implantación; por otro lado, aquel país, verdadero foco migratorio, constituye un verdadero crisol de lenguas, razas, costumbres

y civilizaciones con enormes barreras socio-comunicativas. El conocimiento y estudio de los resortes de esa macroestructura social se convierte, así, en una necesidad imperiosa para resolver los propios problemas de convivencia.

Praxis y teoría muy cerca la una de la otra, en los Estados Unidos ha surgido una sociolingüística que, dada la ingente actividad que ha desarrollado y desarrolla, reclama para sí, por decirlo de algún modo, la legitimidad, la antorcha de la disciplina. Dentro de ella, sin embargo, se perfilan diversas tendencias cuyo deslindamiento y análisis nos llevarían demasiado lejos. Destquemos, no obstante, con Brigitte Schlieben-Lange (*), 1) los estudios de bilingüismo y diglosia (J. Fishman, Ch. Ferguson, W. Lambert, etc.); 2) los urban language studies (W. Labov), y 3) la ethnography of communication (D. Hymes, Susan Ervin-Tripp, J. Gumperz, etc.).

A esta variada gama genética y de líneas de acción(8) -que no ha pretendido ser sistemática, sino meramente ilustrativa- hay que añadir los trabajos "sociolingüísticos" que se han venido haciendo desde posiciones dialectológicas. Pensemos, sin ir más lejos, en H. Schuchardt, verdadero precursor -como indicábamos en otro lugar- de la sociolingüística, por los numerosos apuntes e intuiciones de esta índole que pueden encontrarse a lo largo de su obra. O, dentro del ámbito hispánico, en V. García de Diego, cuyos conceptos de "dialecto vertical" y de "complejo dialectal" no andan muy lejos de ciertas categorías empleadas con profusión por la sociología lingüística de nuestros días(9).

No es de extrañar que se haya producido este fenómeno de incursión dialectológica en terrenos que podrían calificarse

(*) Iniciación a la sociolingüística, pp. 50-63.

de sociolingüísticos, puesto que entre una y otra disciplina, en cualquiera de sus vertientes o acepciones, existen evidentes puntos de contacto. Este es un hecho incontrovertible que preside nuestro razonamiento y que, desde luego, explica la inclusión, en un contexto "dialectológico" como el presente, de un apartado dedicado a la sociolingüística. Simplemente una consideración: la esencial identidad (aunque con diferencias de jerarquía, si se quiere) entre los conceptos de comunidad geográfica y de grupo social: una comunidad geográfica no es más que un grupo social amplio. De ahí que la distinción que a veces se quiere establecer entre dialectología y sociolingüística no pueda -o no proceda- hacerse según este criterio. Como dice López Morales:

"No parece que sea lícito establecer una dicotomía entre dialectología y sociolingüística basados en el carácter horizontal o vertical, geográfico o social de los dialectos estudiados; una característica tan ocasional como ésta no puede convertirse en principio definitorio" (*).

Si bien no sería difícil trazar una línea de separación entre lo dialectológico y lo sociolingüístico -al menos, convencionalmente-, habría que buscarla por distinto camino que el que representa la diferencia -no esencial- de objetos de estudio: más adecuado parece establecer la distinción con arreglo a diferencias de enfoque de un mismo y único objeto. Pero ello comporta en la práctica interferencias y encabalgamiento en los cometidos de una y otra disciplina, hasta el punto de ponerse en tela de juicio la conveniencia de considerarlas por separado. En todo caso, y sin entrar por ahora en esta polémica, su propia existencia constituye un argumento más que prueba la íntima vinculación entre dialectología y sociolingüística, hecho que sin reservas podemos dejar puesto de relieve.

(*) Dialectología y sociolingüística. Temas puertorriqueños, p. 17.

Al principio de este apartado se aludía al papel vivificador que el desarrollo de la sociolingüística había representado para la ciencia del lenguaje en general. Así, pues, si la lingüística se ha visto enriquecida y ha ampliado notablemente sus horizontes merced al advenimiento e implantación de los estudios de lengua y sociedad, ¿qué puede decirse de la dialectología, disciplina con la que, si no se fusiona, tan estrecho parentesco manifiesta la sociolingüística? ¿No comparten ambas un mismo futuro lleno de halagüeñas expectativas?

Notas

(1) El término procede de K. Jaberg, del título de uno de sus últimos trabajos: "Grossräumige und kleineräumige Sprachatlanten", Vox Romania, XIV, 1955, pp. 1-61; hemos tomado la referencia de M. Alvar, anotación en I. Iordan, op. cit., p. 453, nota [328].

(2) Muy gráficamente resume L. Kukenheim esta situación con las siguientes palabras:

"Nous ne sommes pas loin du moment où il conviendra d'ériger un monument à la mémoire de la dernière femme du 'pays' qui a parlé patois" (op. cit., p. 206).

(3) Sin embargo, la ingente obra cartográfica de Alvar dentro del dominio hispánico parece contradecir estas afirmaciones. Si bien es cierto que dicha obra no responde a un plan a la manera del NALF, en la práctica tiende de forma muy acusada a cubrir por completo el ámbito hispánico peninsular (y extrapeninsular: Canarias). Ello hace de su autor el máximo representante de la nueva geografía lingüística en España.

(4) No hay contradicción con lo que antes decíamos sobre el "futuro prometedor" de los estudios de geografía dialectal. Una cosa es que el campo permanezca abierto y otra el que los cultivadores abunden.

(5) Cf. G. Salvador, "Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal", R.S.E.L., VII, 2, 1977. En este lúcido y revelador trabajo (no exento de cierto escepticismo), el autor -a quien habría que incluir en la nómina de estudiosos que han tratado el tema- glosa algunas de las ideas de Alvar a las que hemos estado refiriéndonos: divorcio más ficticio que real entre estructuralismo y dialectología, inconveniencia de los ataques por parte de la dialectología estructuralista a la dialectología tradicional (que no ha de confundirse con la mala dialectología), etc. Y tras agudas consideraciones enunciadas con sabia campechanía y espontaneidad llega a conclusiones como la siguiente:

"Adelantaré que la pregunta de Weinreich así enunciada, ¿es posible una dialectología estructural?, me parece retóricamente válida, pero científicamente falaz. Si hay una lingüística estructural -y estructuralistas en lingüística lo son, a veces, incluso los que niegan serlo- necesariamente ha de ser estructural la dialectología, o no ser nada" (p. 39).

En buena medida compartimos estas afirmaciones de G. Salvador.

(6) Una mezcla de "sociologismo francés" y marxismo la constituye la obra del discípulo de Meillet, M. Cohen.

(7) Nos referimos, claro, a cierto tipo de sociolingüística, próxima a los urban language studies de W. Labow, centrada en el inglés, y opuesta por tanto al estudio de las lenguas indígenas.

(8) Para completar el panorama, podríamos citar, como tendencia sociolingüística de acusada personalidad, la que surge en Italia en torno a la figura y obra de F. Rossi-Landi; y en este último decenio, la que se puede considerar como escuela alemana, con nombres como D. Wunderlich, U. Oevermann y el filósofo J. Habermas, entre otros.

(9) Fue J. P. Rona quien señaló afinidades entre el 'diasistema' y el 'complejo dialectal', según observa H. López Morales en "Hacia un concepto de sociolingüística", Lecturas de sociolingüística (comp. F. Abad), p. 114, nota 14.

Podemos cerrar las páginas de esta dilatada historia con unas breves consideraciones sobre los fines que ha perseguido y que, a nuestro juicio, explican algo de sus virtudes, defectos y peculiaridades. Al principio de esta aproximación histórica se hacían las precisiones oportunas acerca del objeto de la misma, sobre las cuales se ha venido insistiendo a lo largo del texto. Repetidas veces se ha dejado constancia explícita, por ejemplo, del plan "totalizador" que nos habíamos propuesto y de la amplitud temática resultante, lo que ha dado lugar, en determinados momentos, a una incómoda situación en que entraban en conflicto el desarrollo íntegro de la materia y la imperiosa necesidad de síntesis y brevedad. Esa amplitud de objetivos nos ha llevado, asimismo, a incluir numerosos aspectos que son tratados normalmente en las historias de la lingüística. Y, en este sentido, compartimos -y hemos querido desarrollar al máximo- la idea cardinal que expresan las siguientes palabras de Alvar, ya citadas al principio del presente trabajo:

"Enfrentarse con el tema que me fijó el Comité organizador del Congreso plantea ni más ni menos que intentar una historia de la dialectología románica. Porque la situación actual de nuestros estudios no es otra cosa que la historia recibida o la historia que estamos haciendo, pero será difícil aislar una de otra. Al pensar en esa "situación actual" no podremos desentendernos de una metodología que viene actuando desde atrás, y al hablar de "estudios dialectales" tampoco podemos hacer abstracción de otros estudios lingüísticos"(*).

(*) Estructuralismo..., ya cit., p. 13.

Sin embargo, ese planteamiento global nos habría llevado mucho más lejos de lo que lo ha hecho, y se hacía necesario realizar una constante tarea de selección. De resultados de ella, hemos sacrificado, en general, el corpus de datos en favor de otros aspectos "históricos" que nos han parecido más oportunos de examinar. (Justo es decir que no siempre ello se ha debido a una actitud perfectamente concebida y rigurosamente aplicada: no ha faltado improvisación y sí, a veces, información de primera mano.) En este punto, sin embargo, se advertirá un desequilibrio notable entre los primeros y los últimos capítulos: aquellos no solo registran todo lo existente, sino que "hurgan" entre los materiales y "sacan a la luz" buen número de datos inéditos (al menos en su consideración dialectológica); por el contrario, en estos últimos la omisión de datos importantes es mucho más acusada. Y ello se ha debido a dos razones: por un lado, el aumento en progresión geométrica de trabajos y hechos dignos de mención, cuyo conjunto, a partir de determinada época, se hace prácticamente inabarcable; por otro, la no necesidad de insistir demasiado en aquello cuyo papel en la historia de la dialectología es universalmente reconocido.

Si en la primera parte, pues, se atiende más a los datos que en la segunda, aspectos como la interpretación de esos datos reciben un tratamiento justamente inverso; es decir, conforme nos hemos ido aproximando a la época actual, la atención se va centrando, más que en la referencia y caracterización de obras y hechos, en el análisis de su significado y de las coordenadas en que se inscriben.

En líneas generales, y considerando la totalidad del texto, el balance —como decíamos más arriba— resulta favorable a este último aspecto. Hemos procurado, sobre todo, señalar las influencias recíprocas entre los hechos, analizar las tendencias

que los rigen y -en síntesis- buscar relaciones de causa-efecto. En este sentido, hemos tratado de poner de relieve la vinculación de los hechos dialectológicos 1º) entre sí, 2º) con las líneas maestras de la historia lingüística y 3º) con las corrientes de pensamiento y otros factores "extralingüísticos" de las sucesivas épocas. Con otras palabras, esta historia de la dialectología ha pretendido ser más explicatoria que descriptiva.

De todo ello surge una concepción algo peculiar de la historia, por la cual el hilo cronológico sirve de base, de ordenamiento de un conjunto de datos (no, por cierto, exhaustivos); ambos, a su vez, constituyen la "infraestructura" de las categorías y finalidades a las que acabamos de referirnos. Y la "historia" se convierte, de este modo, en "sistema" o algo parecido. Este ha sido, al menos, nuestro propósito. Otra cosa es que lo hayamos logrado.

731

EN TORNO AL DIALECTO

II

S I S T E M A

Concluida la aproximación histórica al concepto de dialecto, vamos a abrir a continuación una vía distinta para el conocimiento de este: la que hemos llamado aproximación sistemática. A nuestro entender, ambas se complementan y pueden ofrecer una imagen completa del objeto que tratamos de caracterizar. Al tono empírico, acumulativo de la primera, se suma ahora una perspectiva más formal, que pretende introducir una serie de principios ordenadores dentro de la materia constituida por el dialecto y realidades colindantes, con el propósito de definirlo y delimitarlo respecto a estas últimas. Hay que adelantar, sin embargo, y por contradictorio que parezca, que el fin perseguido se vislumbra más que hipotético, sin que pueda decirse que existan soluciones unívocas y enteramente satisfactorias para el problema planteado. ¿Tarea inútil, pues, la que se realiza a sabiendas de la vacuidad del fin que la impulsa? Queremos pensar que no es así: puede resultar perfectamente legítimo, positivo y aun necesario el hecho de mostrar, de manera explícita y razonada, cómo no son posibles respuestas simplistas sobre el particular; de la discusión crítica que ello comporta, se irán desprendiendo, además, puntos de indudable interés para una revisión de los fundamentos teóricos de nuestra materia. De este modo, el fin se convierte en pretexto, en hilo conductor, y el éxito no consistirá tanto en haber alcanzado una supuesta meta, como en la firmeza de los pasos que a ella conducen.

CAPITULO I

FUNDAMENTOS SAUSSUREANOS

La lengua como dimensión social del lenguaje.- Lingüística interna y lingüística externa.- Sincronía y diacronía.- El dialecto en Saussure.

"La lingüística de hoy da comienzo con Saussure y sigue siendo fundamentalmente saussuriana no por apelar más o menos explícitamente a Saussure, sino porque usa categorías y modelos de análisis que encuentran su empleo y su precisión por primera vez en el Cours y cuyo origen hay que buscar en el sistema social en que la lingüística se constituye"(*).

Una vez más, se hace preciso volver la vista al Curso de lingüística general, hecho que, sin embargo, viene siendo menos frecuente en los últimos tiempos. Y querríamos hacerlo sin que se viera en ello nada más (ni menos) que el reconocimiento de su importancia capital no solo en lingüística, sino en toda reflexión que tenga por objeto el lenguaje en sus múltiples facetas. Nos resistimos a dejar de creer que esto siga siendo así; nos resistimos a relegar a Saussure a la prehistoria de la lingüística; nos resistimos, en fin, a disociar lo nuevo de lo an-

(*) A. Ponzio, Producción lingüística e ideología social, p. 187.

terior, la lingüística de nuestros días de una tradición científica en la que esta, sin duda, se fundamenta.

Con este declarado "saussureanismo", no pretendemos quedarnos exclusivamente en la doctrina del lingüista ginebrino -por más que se nos muestre abierta, susceptible de diversas interpretaciones-, ni sumarnos a uno de los bandos que hay quienes se empeñan en formar y enfrentar en irreconciliable lucha de "ismos". Nuestra actitud queda al margen de posturas antagónicas y de los inevitables prejuicios que entrañan; y la atención -explícita y detenida- que prestamos al Curso no implica identificación plena con su doctrina ni negación de que esta, con posterioridad, haya sido desarrollada e incluso superada.

En las circunstancias actuales -hay que decirlo- no están de más declaraciones de principios como la que, a modo de preámbulo, acabamos de expresar.

Por lo demás, y sin salirnos del preámbulo, hemos de consignar otro hecho: la dificultad de referirse, en el momento presente, al Curso de Saussure, no ya "descubriendo" en él aspectos nuevos, sino aportando un mínimo de originalidad en el comentario. Ciertamente, poco queda por decir de Saussure y de su obra, y mucho menos si no se pretende -tal es nuestro caso- hacer exégesis de ella. No obstante, dada la naturaleza de este trabajo y los requisitos de explicitud inherentes al mismo, se hace necesario detenerse en lo que constituye uno de sus fundamentos teóricos, una de sus fuentes de reflexión. Y nos detendremos en ello procurando exponer, de la forma menos convencional posible, y con miras de concreción, aquellos puntos de la doctrina saussureana más vinculados con la temática del presente trabajo y que son base de su razonamiento.

Por encima de todos está sin duda la distinción lengua/ habla, piedra angular del quehacer lingüístico, que tiene además una especial incidencia en toda caracterización razonada y explícita del concepto de dialecto. A ella dedicaremos el primer apartado de este capítulo, haciendo hincapié en los aspectos intrínsecos de la misma y en sus desarrollos ulteriores que presenten conexión más inmediata con la materia que nos ocupa.

Tal conexión parece mucho más clara en el caso, por ejemplo, de la parte IV del Curso, que corresponde precisamente al lado geográfico del lenguaje. Y sin embargo -creemos-, su peso específico es sensiblemente menor en relación con la índole teórica de nuestros objetivos (1). Con todo, por razones de afinidad temática y por su indudable interés, no podemos dejar de considerar las concepciones saussureanas sobre la dimensión geográfica del lenguaje, lo que hemos titulado "el dialecto en Saussure".

Además de los anteriores, otros dos temas configuran este capítulo dedicado a la obra del lingüista ginebrino: las distinciones entre lingüística interna y externa, por un lado, y entre sincronía y diacronía, por otro. En el primer caso, se trata de situar no solo este trabajo, sino la propia disciplina dialectológica, en sus coordenadas metodológicas precisas, lo que, en última instancia, apunta a caracterizar la oposición entre una lingüística descriptiva abstracta y esas otras facetas de nuestra ciencia cuyo común denominador es la presencia efectiva de "lo social" entre sus componentes. En fin, la ampliación del concepto de dialecto desde la vertiente geográfica a la sociocultural, "estilística" e incluso temporal nos lleva a centrarnos en esas dos categorías saussureanas -sincronía y diacronía- que han servido de modelo a categorías paralelas para los demás ámbitos de la variación idiomática.

1.1. La "lengua" como dimensión social del lenguaje

Esencial para comprender la doctrina de Saussure y la revolución que supuso en la lingüística, la dicotomía lengua/habla debe ser, asimismo, punto de arranque, implícita o explícitamente, de toda aproximación sistemática al concepto de dialecto. Aquí, según se ha dicho antes, vamos a partir expresamente de ella, en concreto, de uno de los criterios que mejor la definen y que mayor rendimiento poseen para los fines que perseguimos. Se trata de la oposición social/individual, lo que se traduce en la consideración de la langue como la vertiente social del lenguaje.

1.1.1.

Retengamos a este respecto uno de los pasajes del Curso, si no más reveladores, sí más ajustados a los requisitos formales de una definición de los términos de la dicotomía. En él queda patente la importancia que otorga Saussure al criterio social/individual como pauta caracterizadora de dichos términos:

"El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e independiente del individuo[...]; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla[...]"(*).

Llama la atención la "independencia" del individuo" que Saussure atribuye a la lengua, carácter que se hace derivar de la concepción de hecho social en la sociología de Durkheim. Es manifiesta la influencia ejercida por este último en Saussure, especialmente en el capítulo de su doctrina a que nos estamos refiriendo: la lengua saussureana es un hecho social en el sentido de Durkheim. A este respecto comenta A. Ponzio:

(*) C.L.G., p. 64.

"Las características que Saussure atribuye al hecho social, por las que individualiza la langue como el lado social del lenguaje, son las mismas que lo social adopta en el sistema capitalista, presentándose como resultado no querido de las acciones de cada uno, como regido por leyes imprevistas e independientes de los fines que cada uno se propone, como resultante de acciones individuales que domina a los individuos como potencia extraña. En este sentido, para Saussure la lengua es un hecho social: ejerce sobre el individuo una constricción externa; no es función del sujeto hablante sino resultado pasivo de la práctica de la parole, producto sufrido, situado fuera de la voluntad de los individuos [...]. Análogamente, en el sistema capitalista toda forma de socialización [...] no funciona como asociación en función de fines comunes, sino como "colaboración no voluntaria" consiguiente a comportamientos privados, dirigidos a realizar intereses privados" (*).

Sin entrar en comentarios sobre las apreciaciones de Ponzio acerca del sistema capitalista, sí importa subrayar que para este autor no hay, en Saussure, asomo de interpretación dialéctica de la relación lengua-habla, sociedad-individuo. La ideología saussureana -manifestada a través de su doctrina y basada, a su vez, en las teorías de Durkheim- se muestra claramente conservadora y responde a las concepciones sociológicas subyacentes al sistema capitalista. De este modo, al sociologismo saussureano se hace extensiva la crítica dedicada por Marx a la forma con que el capitalismo "entiende" la dimensión social del hombre:

"El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada, que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino natural, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni adónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario,

(*) Op. cit., pp. 188-189.

una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y de los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos" (*).

Sin embargo, trasladando la crítica a la doctrina -lingüística- de Saussure, cabe hacerse preguntas como estas: ¿es lícito reprochar a un lingüista su atención preferente (o exclusiva) al uso, valor y comportamiento lingüísticos tal como se presentan, y no a la génesis de los mismos?; ¿cabe esperar que un lingüista resuelva aporías planteadas por necesidades metodológicas, cuya solución -más aparente que real, por otra parte- pertenece a otras esferas del conocimiento?; se puede pedir a ese lingüista que vaya más allá de lo "fenomenológico" y se adentre en lo "metafísico"? En el caso de Saussure, creemos que la crítica directa es del todo improcedente, y solo se justifica en la medida en que enriquece y supera su pensamiento, proyectándolo fuera del marco en que estrictamente se desarrolló. Porque no hay que olvidar que toda la filosofía saussureana del lenguaje responde al intento de sentar las bases de una lingüística científica, para la cual una de las tareas principales consistía en separar, precisamente, la lingüística de la filosofía.

Dentro todavía de la letra del Curso, es preciso aludir a otros dos parámetros caracterizadores de la lengua y el habla saussureanas: de una parte, el criterio abstracto/concreto; de otra, el de potencial/actual. Ambos remiten al anterior y constituyen puntos de partida de algunos de los que denominamos desarrollos ulteriores de la dicotomía lengua/habla. Así, en efecto, pueden considerarse las teorías de Coseriu (sistema, norma y habla) y de Chomsky (competencia y actuación), que examinaremos en breve.

(*) La ideología alemana, p. 36; apud A. Ponzio, op. cit., p. 189.

La lengua es abstracta en el sentido de que su realidad es de otro tipo que la realidad concreta del habla; tiene el mismo modo de ser que el común denominador de una serie de elementos, que la propiedad que los une. La existencia de la lengua solo se infiere a partir de los hechos de habla (2).

En cuanto al criterio potencial/actual, la lengua es potencial en el sentido de que es la condición, la posibilidad de los actos de habla. (Básicamente este criterio alude a la distinción aristotélica entre potencia y acto, y puede equipararse más o menos con otras nociones -dobles- como son código/mensaje, modelo/realización y, como veremos, la dualidad chomskiana competencia/actuación.)

El carácter potencial de la lengua presupone su anterioridad con respecto al habla. Es esta la principal diferencia que se advierte entre este carácter de la lengua y su condición abstracta a que nos hemos referido antes. En un sencillo esquema:



1.1.2.

Una de las interpretaciones más fecundas de la dicotomía saussureana, desde el punto de vista de su operatividad en lingüística, es lo que se conoce como modelo tripartito del hecho de lenguaje: la distinción de Coseriu entre sistema, norma y habla, que representa a su vez un desarrollo de dicha dicotomía.

Sin embargo, a pesar de la aparente ampliación del modelo, hay en él una decidida visión unitaria de los hechos lingüísticos, que algunos han llamado monismo (en oposición al dualismo de Saussure): no existen tres planos diferentes del lenguaje en tanto que realidades autónomas, sino una sola realidad contemplada de diferente manera. Coseriu, al igual que antes lo había hecho Hjelmslev, considera que la verdadera esencia de la dicotomía saussureana radica en el criterio abstracto/concreto, y sobre esta base elabora su propio modelo: a partir del habla, lo único que existe realmente -lo único cuya existencia es directamente percibida-, y mediante un doble proceso de abstracción, se accede, en primer lugar, a la norma, y en segundo lugar, al sistema.

El marco de análisis del lenguaje propuesto por Coseriu viene a representar para muchos la misma jerarquía nomenclativa de un anterior modelo de Hjelmslev (esquema, norma, uso), pero rebajada en un grado. En efecto, hay en Coseriu un rechazo explícito del concepto hjelmsleviano de esquema en lo que a su aplicabilidad lingüística se refiere; sin embargo, no puede negársele su importancia teórica, como el propio Coseriu reconoce:

"La abstracción [que el esquema supone] resultaría probablemente inaplicable en la lingüística histórica, [...] pero tendría, sin embargo, utilidad en la llamada "gramática general" y en la comparación estructural entre las lenguas, dado que sus moldes podrían aplicarse a más de una lengua (así, una gramática esquemática húngara coincidiría en gran parte con una gramática turca y una gramática rumana coincidiría en muchos puntos con una gramática albanesa" (*).

Del mismo modo que, según Coseriu, lenguas diferentes tendrían esquemas comunes, ¿no podría decirse lo mismo, con mayor razón, de los diferentes estadios de una "misma lengua", así

(*) "Sistema, norma y habla", Teoría del lenguaje y lingüística general, p. 100.

como de sus distintos "dialectos"?; ¿no tendrían esos estadios y dialectos una misma gramática esquemática subyacente? Evidentemente, sí. Llegamos, pues, a un posible contacto entre los conceptos de esquema y diastema, cuestión que importa retener ahora para examinarla más adelante con algún detenimiento.

Es, sin embargo, el concepto de norma el que, desde nuestro punto de vista y en atención a nuestros intereses, requiere mayores precisiones. El hecho decisivo para su establecimiento consiste en la no identificación de las categorías social y funcional (o de las realidades que cubren), reunidas por Saussure dentro de la matriz definitoria de la lengua; es decir, no todo lo "social" ha de ser necesariamente funcional. De este modo, la norma sería lo específicamente social del lenguaje. Así lo entiende Coseriu cuando afirma que "la norme correspond à peu près à la langue en tant qu'institution sociale", mientras que "le système est la langue en tant qu'ensemble de fonctions distinctives (structures oppositionnelles)" (*).

En este punto cabe hacerse preguntas como estas: ¿qué se debe entender por social?, ¿se identifican abstracto, formal, funcional y sistemático?; o esta otra: si hay en el lenguaje aspectos sociales no funcionales, ¿puede establecerse la misma oposición en sentido inverso?, esto es, ¿existen aspectos funcionales que no sean sociales?

En primer lugar, hay que convenir con Coseriu en que lo "social" y lo "individual" no son categorías antitéticas:

"[...] pero el elemento social se comprobará en el mismo hablar individual, abandonándose toda ficticia oposición entre un 'individuo asocial' y una sociedad 'extra-individual'" (**). y (3).

Es decir, hay que entender social, con Coseriu, como la suma -o mejor, interacción- de lo individual y lo extraindividual. Por lo que respecta a la segunda pregunta que aquí se ha

(*) "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire", p. 39.

(**) "Sistema, norma y habla", p. 42.

planteado, parece claro que puede trazarse una divisoria entre los dos primeros y los dos últimos términos; tendríamos, por consiguiente, abstracto y formal, por un lado, y funcional y sistemático, por otro. Sin embargo, en Saussure vienen a confundirse todos ellos o se viene a considerar idéntica la realidad que cubren. Coseriu, en cambio, establece -como se sabe- grados de abstracción o formalización, de manera que, si bien el sistema (funcional y "sistemático") siempre posee carácter abstracto, la norma (abstracta, pues supone un primer grado de abstracción respecto al habla) carece en sí misma de valor funcional. No obstante, aunque este es sin duda el sentido que se desprende de su doctrina, y así lo manifiesta en repetidas ocasiones Coseriu, existen pasajes de la obra en que la distinción no se hace tan a rajatabla (4); de cualquier forma, a pesar de esa falta de rigor, el sentido básico se mantiene y no ha lugar a equívocos sustanciales.

A la vista de cuanto se ha dicho, la respuesta a la tercera pregunta de las formuladas no ofrece ningún tipo de dudas: aunque funcional y social sean caracteres diferentes, a los que se llega por distinta vía especulativa, el segundo siempre acompaña al primero (ya se ha visto que esto no sucede a la inversa); dicho con otras palabras: lo funcional siempre implica lo social. Y ello, según Coseriu, por dos razones. En primer lugar, porque social no significa meramente 'extraindividual', sino que cubre tanto este aspecto como lo que corresponde al individuo. Y en segundo lugar, porque tampoco abstracto se identifica con funcional; así, mientras que la norma es "abstracta", solo el sistema -abstracto en doble medida- posee carácter funcional.

Sin embargo, como apunta Coseriu, también "los fenómenos subjetivos pueden considerarse en un plano superior de formalización [...] (*)". Tendríamos, así, el acto verbal de Bühler(5), noción empleada por Coseriu para rebatir la supuesta identidad entre lo social y lo abstracto, pero que luego no ocupa un lugar preciso en su doctrina. Admitiendo que se trate de un aspecto exclusivamente individual, quizá pudiera identificarse con la noción de "saber" o "acervo lingüístico" (individual), solo que este último es concepto elaborado a partir de la oposición potencial/actual y caracterizado por el primero de los rasgos; además, "el concepto de 'acervo lingüístico' resulta exterior a la lingüística, que estructura sus abstracciones exclusivamente sobre la base de hechos concretamente registrados, y no sobre virtualidades o conjuntos de representaciones no investigables con medios glotológicos" (**).

(*) Ibidem, p. 53.

(**) Ibidem, pp. 93-94.

¿Qué otros aspectos, aparte del hablar, son meramente individuales en el lenguaje? Con arreglo a las definiciones dadas por Coseriu de su modelo tripartito, y partiendo de los hechos de habla registrados en un solo individuo, es preciso consignar la "existencia" de un nuevo nivel que comprende todo cuanto es repetición en el habla de ese mismo individuo, toda vez que "en el acto lingüístico se comprueban [...] isoglosas entre el acto considerado y actos lingüísticos anteriores, del mismo individuo o de otros individuos, que se han tomado como modelo"(*). Así, pues, como eslabón intermedio entre el habla y la norma propiamente dicha, estaría la norma individual, a la que se llegaría por medio de una formalización que eliminara "lo puramente ocasional y momentáneo, lo que, hasta desde el punto de vista del individuo considerado, es originalidad expresiva absoluta, elemento totalmente inédito"(**) y (6).

Reteniendo muy especialmente las nociones de acervo idiomático y norma individual como aspectos subjetivos del lenguaje, podemos concluir añadiendo, con Coseriu, otras caracterizaciones de interés al concepto de norma.

Existen en realidad varias normas:

"Dentro de la misma comunidad lingüística nacional y dentro del mismo sistema funcional pueden comprobarse varias normas (lenguaje familiar, lenguaje popular, lengua literaria, lenguaje elevado, lenguaje vulgar, etcétera), distintas sobre todo por lo que concierne al vocabulario, pero a menudo también en las formas gramaticales y en la pronunciación"(***)

La norma representa el equilibrio del sistema:

"[...] la norma de una lengua representa su equilibrio 'externo' (social, regional), entre las varias realizaciones permitidas por el sistema [...], y, al mismo

(*) Ibidem, p. 57; el subrayado es nuestro.

(**) Ibidem, pp. 96-97.

(***) Ibidem, p. 98.

tiempo, su equilibrio 'interno', entre las variantes combinatorias y de distribución (que son 'invariantes normales') y entre varios modos sistemáticos isofuncionales [...]. La norma como equilibrio del sistema puede llamarse norma funcional (*).

Podría hablarse, pues, de distintas dimensiones de la norma: 1) la norma en sentido genérico (= lo que en el hablar es repetición de modelos anteriores); 2) la norma como equilibrio del sistema (norma funcional), que puede entenderse como norma externa o como norma interna; 3) la norma como realización colectiva o no del sistema: en el primer caso, tendríamos la norma social, mientras que en el segundo, la norma individual; 4) la norma social, a su vez, se "descompone" en distintas normas según la pertenencia del sujeto a grupos sociales específicos y según los ámbitos y circunstancias en que tenga lugar el hecho comunicativo.

Una última caracterización de la norma (y del sistema) sobre la que hay que hacer especial hincapié; según Coseriu:

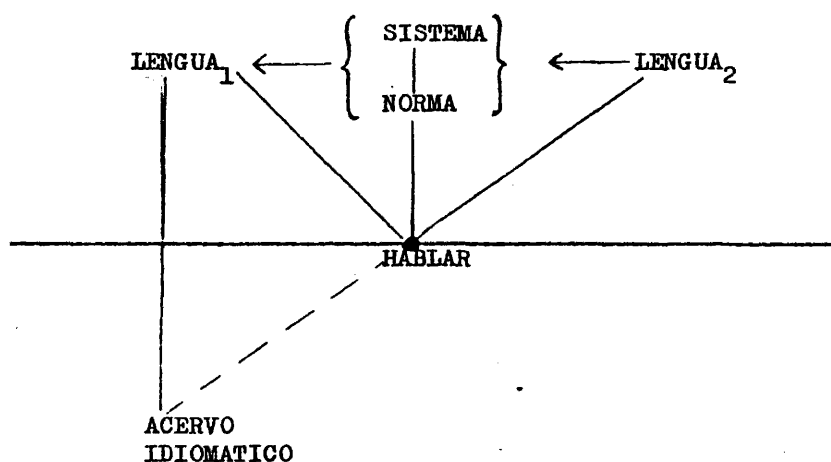
"El sistema es 'sistema de posibilidades, de coordinadas que indican los caminos abiertos y los caminos cerrados' de un hablar 'comprensible' en una comunidad [...]; la norma, en cambio, es un 'sistema de realizaciones obligadas' [...] consagradas social y culturalmente: no corresponde a lo que 'puede decirse', sino a lo que ya 'se ha dicho' y tradicionalmente 'se dice' en la comunidad considerada" (**).

A la vista de consideraciones como esta, ¿sería infundado acudir a la pareja terminológica recepción/producción para interpretar la oposición sistema/norma? De momento, dejemos la pregunta en el aire, aunque podemos anticipar que utilizaremos el referido criterio para una caracterización ulterior del sistema y la norma, lo que supone, desde luego, que el criterio merece, a nuestro entender, ser tomado en consideración.

(*) Sincronía, diacronía e historia, pp. 30-31.

(**) Ibidem, p. 31.

En resumen, la concepción de Coseriu sobre la naturaleza del lenguaje y las exigencias de su estudio quedaría representada en un diagrama como el que sigue:



Sobre la base del hablar (lo único que tiene existencia concreta), se elabora el concepto de lengua como conjunto de rasgos comunes o isoglosas (lengua₂ en el esquema). En ella, y con relación a modelos precedentes, constituidos también como factor común de hechos de habla (lengua₁), se diferencia lo que es simplemente normal de lo que es funcional (norma y sistema, respectivamente). Esa "lengua anterior" (lengua₁) viene a coincidir con el concepto psico-sociológico de acervo idiomático, sin duda existente, pero ajeno a la lingüística propiamente dicha. Bueno sería, además, incluir en el esquema los diversos conceptos (mejor, dimensiones) y "grados" de norma a que antes se ha aludido, pero el trazado de un marco tan ambicioso nos llevaría probablemente demasiado lejos y fuera de la doctrina explícita de Coseriu. Es preferible por ahora, pues, dejar ese aspecto en puntos suspensi-

vos; más adelante, sin embargo, se hará necesario plantear frontalmente la cuestión y darle cumplida y detallada respuesta.

1.1.3.

Con frecuencia se ha señalado el paralelismo entre la dualidad chomskiana competencia/actuación y la dicotomía de Saussure a que venimos refiriéndonos, sin que ello signifique que la diferencia sea solo de nomenclaturas. Además, como es sabido, tampoco elabora Chomsky su doctrina sobre la base del pensamiento saussureano, con la intención expresa de desarrollarlo o superarlo. En este punto, concretamente, no puede hablarse, en rigor, más que de coincidencia (parcial) de dos concepciones, y no de desarrollo por parte de Chomsky de las ideas del lingüista ginebrino.

El punto de contacto, que el propio Chomsky se encarga de subrayar, radica en el parámetro potencial/actual, que une lengua y competencia para oponer ambas al habla-actuación. Así, en Aspectos de la teoría de la sintaxis -una de las obras más representativas del "clasicismo chomskiano"- este autor, tras definir competencia como el "conocimiento que el hablante-oyente tiene de su lengua" y actuación como el "uso real de la lengua en situaciones concretas"; tras referirse al modo en que esta última refleja la primera (solo de manera fiel en el caso de un hablante-oyente ideal); tras rechazar las concepciones antimentalistas que parten de Bloomfield, para las cuales solo cuentan el uso, las respuestas incipientes o potenciales y los hábitos lingüísticos, viene a concluir su declaración de principios:

"La distinción que aquí señalo está relacionada con la distinción LANGUE/PAROLE de Saussure, pero es preciso rechazar su concepto de LANGUE como mero inventario sistemático de unidades y más bien volver a la concepción de Humboldt de la competencia subyacente como un sistema de procesos generativos [...]" (*)

(*) Aspectos..., p. 6

De la definición dada por Chomsky de los conceptos de competencia y actuación, se desprende el entronque psicológico de los mismos, que aproxima, por ejemplo, la noción de competencia (saber) a la de acervo lingüístico (7). Así, al comparar G. Francescato las parejas terminológicas de Saussure y Chomsky, afirma:

"La concepción saussuriana tiene implicaciones exclusivamente lingüísticas -no toca en absoluto los aspectos psicológicos del fenómeno lingüístico-. En este sentido, lengua es un concepto mucho más limitado que el de competencia, y habla lo es más que ejecución. Por otra parte, el concepto saussuriano está -por así decirlo- en un plano de abstracción más elevado que el concepto psicolingüístico de competencia"(*).

Y concluye:

"'Competencia' es, por eso, un concepto más extenso que 'lengua', en cuanto que implica también los aspectos psicológicos, y al mismo tiempo es más limitado en cuanto que se concluye en el ámbito individual y tiene necesidad de una abstracción sucesiva para pasar de la competencia del individuo a la de la colectividad, es decir, de la comunidad lingüística"(**).

No parece, sin embargo, que tenga necesidad Chomsky de recurrir a esa "competencia de la colectividad"; la razón y verificación de la descripción lingüística está en el hablante ideal de una comunidad totalmente homogénea. (la sociedad, pues, solo contaría en la medida en que es representada por ese hablante ideal; pero Chomsky no alude directamente a tal "representación"). En cualquier caso, lo importante es señalar que en Chomsky existen lo que podría llamarse dos ámbitos de la competencia: el del individuo perteneciente a una comunidad lingüística y el del hablante oyente ideal, que, en cierto modo representa a esta última. La competencia es propia de todos y cada uno de los hablantes, y es así como queda definida. Sin embargo, lo que de hecho

(*) El lenguaje infantil, p. 22.

(**) Loc. cit.

interesa a la descripción lingüística es la competencia del hablante oyente ideal, que es el marco sobre el que dicha descripción se aplica. Por el primero de esos que hemos llamado ámbitos -primera acepción de competencia, competencia en sentido genérico-, tendríamos una noción próxima a la de acervo lingüístico individual o aun a la más técnica de idiolecto (entendiendo este como saber más que como hábito); mientras que, por la segunda, sería lo mismo, solo que en una versión "idealizada". Se ha dicho que es esta la única que cuenta para Chomsky; por el contrario, la competencia real queda fuera de sus consideraciones o, al menos, carece de valor operativo dentro del conjunto de su doctrina.

1.1.4.

En el primer capítulo de su estudio sobre el generativismo y su relación con las escuelas lingüísticas europeas, expone V. Báez (*) algunas de las críticas que, entre lingüistas europeos, ha suscitado la dualidad chomskiana de competencia/actuación. El autor recoge, entre otras, las opiniones de H. Glinz, E. M. Uhlenbeck y E. Coseriu (coincidentes en señalar la insuficiencia de la dualidad), y añade por su parte:

"Como resumen de este capítulo sobre los conceptos competencia lingüística y comportamiento verbal en la obra de N. Chomsky, se puede decir que significan un avance, pero no tan espectacular como se ha creído. Suponen, desde luego, la superación parcial de la lingüística que parte de L. Bloomfield, al considerar la competencia como un mecanismo psicológico interior de cada hablante nativo, pero no abarcan la especulación del estructuralismo europeo sobre los conceptos lengua y habla, que desembocan en una consideración monista del hecho fenomenológico del hablar" (**).

(*) Introducción crítica a la gramática generativa, ...

(**) Ibidem, p. 32.

De las críticas a que aludíamos, merece especial atención por nuestra parte la de H. Glinz, por tratar directamente aspectos que constituyen materia de este trabajo. Su labor crítica se centra en uno de los aspectos más debatidos de la lingüística chomskiana: lo que se ha llamado su "reduccionismo" (8), es decir, la simplificación (¿excesiva?, ¿ilegitima?) que hace Chomsky del fenómeno lingüístico. Así, Glinz, que acepta de buen grado la sustitución de la pareja lengua/habla por la de competencia/actuación (la idea de competencia sugiere proceso generativo, frente al "simple inventario" de la lengua), propone el siguiente modelo, que resume su concepción de los hechos del lenguaje (*):

Competencia		Comportamiento verbal
	Idiolecto	
Sociolecto: dominio de los idiolectos		
Dialecto: dominio de idiolectos y sociolectos determi- nados geográficamente		
Lengua: dominio y complejo de sistemas de relaciones de todos los idiolectos, sociolectos y dialectos		Habla
Competencia: lengua, en cuanto que, en el oyente- hablante ideal, idiolec- to, sociolecto y dialec- to coinciden		Uso de la lengua

(*) Linguistische Grundbegriffe und Methodenüberblick, p. 95; aquí ha sido tomado de la transcripción de V. Báez, op. cit., p. 27.

La crítica de Glinz se centra, fundamentalmente, en dos puntos: 1) la existencia de dos tipos de competencia en el mismo hablante, la receptiva y la productiva; 2) la complejidad real de los hechos lingüísticos (de la que el cuadro ofrece testimonio -sin duda, no exento de cierta simplificación-).

Los conceptos de competencia productiva y receptiva no han pasado inadvertidos a los lingüistas -tradicionalmente se han venido llamando dominio activo y pasivo-; pero lo cierto es que no han recibido un tratamiento acorde a su importancia real, ni se les ha asignado un estatus preciso en la teoría lingüística. Y Chomsky, según Glinz, no es en ello una excepción. Este último autor, por su parte, tras caracterizar ambos tipos de competencia (la competencia receptiva es más abarcadora y difícil de determinar que la productiva) reclama de la teoría lingüística su consideración explícita, proponiendo a tal efecto la siguiente solución, expuesta por V. Báez:

"Dado que existe el bilingüismo, o el binomio, en muchos hablantes, de dialecto-lengua, y en casi todos los hablantes el trinomio idiolecto-sociolecto-lengua, tendríamos entonces que hablar de varias competencias en cada hablante [...]: si se trata de bilingüismo, entonces podemos hablar de distintas competencias, cuyas zonas de interferencia son observables claramente en los estudiantes de lenguas extranjeras, que proyectan estructuras específicas de sus lenguas particulares en la lengua aprendida, cometiendo frecuentes faltas. Si se trata de una lengua y sus dialectos, entonces se puede hablar de una competencia abarcadora de diferentes variantes, sobre todo para la competencia receptiva. En el caso de la competencia frente al socio- e idiolecto, podemos también admitir que la competencia receptiva, abarcadora de variantes, es siempre mayor que la competencia productiva"(*).

De todo esto se desprende que la competencia real- la única sobre la que la teoría lingüística ha de tratar- se esta-

(*) Ibidem, p. 28.

blece en el idiolecto, y a partir de él, en el sociolecto, dialecto y lengua. Constituye, pues, la competencia un sistema subyacente a estos planos, y se manifiesta básicamente en razón de la inteligibilidad y del reconocimiento de expresiones como propias de la lengua en cuestión.

Parece justa, pues, la crítica que hace Glinz a los conceptos de competencia y actuación tal como son considerados por el generativismo, toda vez que quedan al margen de la heterogeneidad real de las comunidades lingüísticas, ni satisfacen, por tanto, las exigencias que impone una descripción del verdadero funcionamiento del lenguaje. (Sin embargo, el modelo alternativo propuesto por este autor no deja de suscitar reservas ni puede mantenerse sin mayores precisiones; aquí se ha traído con el exclusivo propósito de evidenciar ausencias importantes en el generativismo clásico. Por nuestra parte, y como más adelante podrá verse, propondremos una solución distinta de la de Glinz, y desde luego, mucho más matizada.)

1.1.5.

En su edición crítica del Curso de lingüística general, Tullio de Mauro (*) traza un breve pero atinado balance comparativo de las doctrinas de Saussure y Chomsky, atendiendo esencialmente a sus diversos presupuestos (y fines) teórico-metodológicos. Dada su importancia intrínseca y la alusión indirecta -en alguno de sus puntos- a la materia que aquí se trata, pasamos a exponer dicho balance en síntesis.

(*) Ferdinand de Saussure, Cours de linguistique générale, édition critique préparée par...

Empieza de Mauro señalando un lugar común entre Chomsky y Saussure -a través del saussureanismo de Hjelmslev-: el rechazo -explícito en Chomsky- del inductivismo a ultranza característico de la lingüística bloomfieldiana. En lugar de la observación y descripción del corpus, la tarea de la lingüística, según Chomsky, es desde el principio el análisis del "system lying behind it". Saussure habla de la "lengua", y Hjelmslev propone un modelo explícito y quintaesenciado de las intuiciones de Saussure. Claro punto de contacto, pues, entre el generativismo y la ortodoxia saussureana, haciendo frente común contra la escuela americana heredera de la tradición de Bloomfield. El propio Chomsky elogia en determinadas ocasiones al lingüista ginebrino y admite el vínculo (siquiera remoto) entre sus teorías y las de aquel: ya hemos hablado de las parejas lengua/habla y competencia/actuación, y de cómo Chomsky señala expresamente coincidencias entre ambas (a pesar de que las diferencias sean notorias, como también ha quedado señalado aquí). En cuanto a ese reconocimiento, esa actitud favorable, elogiosa, de Chomsky hacia Saussure, observa de Mauro que va cambiando paulatinamente de signo, hasta hacerse claramente desdeñosa cuando Chomsky acusa a Saussure "d'avoir une conception 'apauvrie' du langage"(*).

Es evidente que el transformacionalismo del lingüista americano le separa por completo de Saussure y hace inútil cualquier tipo de comparación entre las doctrinas de ambos. Sin embargo, las divergencias son mucho más radicales y profundas, tan solo atenuadas por "le commun refus de la méthodologie inductiviste et de l'épistémologie positiviste, ou le commun refus de ce que Mulder [...], citant Bacon, a défini comme 'the way of the ant', la voie de celui qui se contente d'accumuler des faits" (**).

(*) Ibidem, p. 401; de Mauro se refiere a Language and Mind.

(**) Ibidem, p. 402.

En efecto, aun dentro de esa línea doctrinal común, definida según caracteres negativos (no inductivismo, no positivismo), existen notables diferencias, resumidas por de Mauro en seis puntos:

1) Mientras que Saussure propugna para la lingüística una elaboración teórica en dialéctica continua con la materialidad de los hechos, Chomsky, por el contrario, sigue la línea de un cálculo teórico incondicional (de Mauro retoma de Mulder la fórmula muy gráfica baconiana "the way of the bee" -aplicada a la epistemología de Saussure- y "the way of the spider" -aplicada a la de Chomsky-). 2) La lingüística saussureana manifiesta un vivo interés por el "lado etnográfico" de las lenguas, interés no compartido por Chomsky y los generativistas. 3) Saussure parte del signo lingüístico, integrado dentro del universo sémico del hombre; es más, intenta dar una definición explícita del signo y elaborar una teoría sobre él. No hay asomo de nada similar en Chomsky, para quien el único signo tomado en consideración, la oración, no es sino un elemento dado, axiomático, no definido de la teoría lingüística. 4) Como el punto de arranque del saussureanismo es una teoría explícita del signo, toda vez que este ha de ser necesariamente identificado y definido, no puede serle ajeno el problema de la significación. Esto último, en cambio, queda fuera de los intereses teóricos de Chomsky -al menos, del primer Chomsky, añadiríamos nosotros-, quien, al igual que los lingüistas de tradición bloomfieldiana, se desentiende del valor que una comunidad de hablantes otorga a una expresión lingüística. 5) Tanto Chomsky como los bloomfieldianos ignoran (hacen por ignorar) el carácter socialmente contingente y temporalmente caduco de los mecanismos que sirven para producir e interpretar signos lingüísticos; esto es, pasan por alto el carácter arbitrario, eje de la doctrina saussureana. 6) El centro de mira del generativismo es la competencia, que, al contrario que

la langue de Saussure, "n'admet pas pluriel, est une entité (semblable en cela au langage saussurien) née une fois pour toute, partie intégrante du cerveau humain"(*). En Saussure, por el contrario, es de interés esencial explicar cómo la capacidad única y universal del lenguaje da lugar a una pluralidad de lenguas, "conformées différemment à tous les niveaux de leur 'mécanisme' de production et d'interprétation, déformées dans les usages synchroniques et parcourues de tensions opposées et de tendances généralisantes, en transformation diachronique continue"(**).

Y concluye de Mauro:

"A la dialectique entre naturalité et historicité, entre langage et langues, tracée par Saussure, Chomsky oppose la tentative de résorber le monde de la multiplicité et de la variété historique dans l'immobilité (présumée) de la nature, de l'hérédité biologique. Le désintéret pour les aspects ethnographiques et sémantiques, l'absence de perspectives sémiologiques, l'absence d'approfondissement adéquat de la théorie de l'arbitraire, ne laissent à Chomsky et aux chomskiens d'autre voie que celle-là. Une voie radicalement différente de celle sur laquelle s'est placée, au début de ce siècle, la recherche silencieuse et problématique de Saussure"(***) y (9).

Aunque en algunos puntos objetable, el análisis comparativo de Tullio de Mauro es claro, profundo y trata, con notable capacidad de síntesis, lo esencial de las doctrinas comparadas, atendiendo a sus presupuestos metodológico-epistemológicos y a lo que ambas representan en la lingüística actual. Con la valiosa ayuda del lingüista italiano -y esta es la razón de haberlos hecho eco casi literalmente de su análisis- queda perfec-

(*) Ibidem, p. 404.

(**) Loc. cit.

(***) Loc. cit.

tamente demostrado cómo el generativismo no puede ser punto de arranque de una teoría sobre la "etnografía" del lenguaje -objetivo mediato de este trabajo- y de cómo solo "por omisión" puede ser tenido en cuenta, toda vez que dicho aspecto "etnográfico" es ajeno a sus preocupaciones científicas. Si iniciábamos este capítulo volviendo la mirada al Curso de lingüística general y hacíamos nuestro -despojándolo de su sentido peyorativo- el lema de Ponzio según el cual "la lingüística de hoy es fundamentalmente saussureana", podemos cerrarlo ratificando ese juicio y haciendo "profesión de fe" de un saussureanismo básico, que va a guiar toda nuestra reflexión a lo largo de estas páginas.

1.2. Lingüística interna y lingüística externa

Como se ha dicho en la Introducción, buena parte de este trabajo se inscribe de lleno dentro de lo que Saussure llamó lingüística externa (concretamente, en su vertiente teórica). Es, pues, el momento de precisar qué ha de entenderse por la parte (o perspectiva) externa de la ciencia del lenguaje. De acuerdo con Saussure:

"Nuestra definición de lengua supone que descartamos de ella todo lo que sea extraño a su organismo, a su sistema, en una palabra, todo lo que se designa con el término de 'lingüística externa' [...]"(*).

Lingüística externa es, pues, todo estudio ajeno a la descripción del sistema; y en términos positivos:

"[...]en primer lugar, todos los puntos en que la lingüística toca a la etnología[...].

(*) U.L.G., p. 67.

"En segundo lugar hay que mencionar las relaciones entre la lengua y la historia política[...].

"[...]un tercer punto: las conexiones de la lengua con las instituciones de toda especie, la Iglesia, la escuela, etc. [...].

"Por último, todo cuanto se refiere a la extensión geográfica de las lenguas y a su fraccionamiento dialectal cae en la lingüística externa [...]"(*) y (10)).

En cuanto a la metodología de ambas lingüísticas:

"La lingüística externa puede amontonar detalle sobre detalle sin sentirse oprimida en el torniquete de un sistema [...].

"Para la lingüística interna la cosa es muy distinta: la lingüística interna no admite una disposición cualquiera; la lengua es un sistema que no conoce más que su orden propio y peculiar"(**).

Por otra parte, no hay en Saussure -como a veces quiere verse- un rechazo de la lingüística externa, sobre todo en el sentido de ser considerada por él como no lingüística. En las notas de Riedlinger, recogidas por Engler, puede leerse:

"[...] Donc -(définition)- linguistique externe = tout ce qui concerne la langue sans entrer dans son système. Peut-on parler de linguistique externe? Si l'on a quelque scrupule, on peut dire: étude interne et externe de la linguistique. Ce qui rentre dans le côté externe: histoire et description externe. Dans ce côté rentrent des choses importantes. Le mot de linguistique évoque surtout l'idée de cet ensemble"(**).

(*) Ibidem, pp. 67-68.

(**) Ibidem, p. 70

(***) Apud T. de Mauro, op. cit., p. 428, nota 83.

1.2.1.

En este texto -traído aquí para ilustrar la importancia de la lingüística externa en la concepción de Saussure- se nos presenta un posible punto conflictivo con respecto a la enumeración de objetivos que aparece en el Curso. Se trata de la lingüística histórica: la histoire a que alude la anotación de Riedlinger. Si nuestra interpretación es correcta (11), solo sería lingüística interna una parte de la lingüística sincrónica, con lo que podría establecerse la siguiente correspondencia:

lingüística interna	lingüística sincrónica
lingüística externa	lingüística diacrónica

Pero si atendemos a lo que dice explícitamente el Curso (mejor, a lo que explícitamente no dice), obtendríamos este cuadro de correspondencias:

lingüística interna	lingüística sincrónica
	lingüística diacrónica
lingüística externa	lingüística sincrónica
	lingüística diacrónica

Es decir, habría, dentro de la lingüística interna, aspectos sincrónicos y diacrónicos, como también los habría dentro de la externa. Notemos, sin embargo, que las nociones de sincronía

y diacronía se introducen en el Curso mucho más adelante, y que la distinción entre lingüística interna y externa parece estar al margen de esta otra dualidad. En cualquier caso, existe conflicto, que se resolvería admitiendo la existencia de una lingüística interna propiamente dicha, que solo podría ser sincrónica, y de otra lingüística interna en sentido amplio, que abarcaría tanto aspectos sincrónicos como diacrónicos.

1.1.2.

Un segundo problema que presenta esta nueva dualidad saussureana es el de su relación con 'lengua/habla', hasta el punto de que, a primera vista, la lingüística interna parecería una extensión o perífrasis de la lingüística de la lengua, y la interna, de la del habla. Sin embargo, Saussure es claro sobre el particular: concluida su exposición sobre 'lengua' y 'habla' (en el último párrafo del capítulo anterior al que nos estamos refiriendo), advierte que en lo sucesivo será la lengua el eje de su reflexión. Y así lo confirma cuando inicia el capítulo sobre la lingüística interna y la externa, cuando habla de descartar de la lengua "todo lo que sea extraño a su organismo, [...] todo lo que se designa con el término 'lingüística externa'(*)". Es decir, en esquema:

lingüística de la lengua	lingüística interna
	lingüística externa
lingüística del habla	

(*) C.L.G., p. 67.

Sin embargo, ateniéndonos a las interpretaciones que se han hecho del Curso, y pensando sobre todo en la idea hjelmsleviana de la lengua como esquema, no sería aventurado identificar la lingüística de la lengua (la lingüística de lo "esencial") con la lingüística interna. Y aún cabe otro proceder, que consistiría en partir de la existencia de dos actitudes científicas con respecto al lenguaje: la de considerarlo en sí mismo y la de hacerlo en su conexión con el hombre, que es quien lo crea y hace uso de él. Serían, entonces, dos puntos de vista con que enfocar el mismo objeto, dos lingüísticas; y una vez elegida una de ellas —la perspectiva interna, la que atiende a los actos elocutivos— como la verdaderamente característica y primordial, distinguir a continuación dos planos: lengua y habla. Así, obtendríamos:

lingüística interna	lengua
	habla
lingüística externa	

A esto parece apuntar de Mauro cuando critica el título del capítulo en que se trata de la distinción de ambas lingüísticas:

"Le titre de la leçon, dans les notes de Riedlinger, est Division intérieure des choses de la linguistique. En effet, le titre choisi par les éditeurs pour ce chapitre n'est pas très heureux: il aurait mieux valu substituer linguistique à langue "(*).

(Recordemos que el título en cuestión, tal como aparece en el Curso, es "Elementos internos y externos de la lengua".)

(*) Op. cit., p. 428, nota 82.

Como se ve, y aunque esta vez Saussure se muestra algo más explícito, también se dan interferencias entre 'lengua/habla' y 'lingüística interna/lingüística externa', reflejo, sin duda, de las dificultades de interpretación, en su justo sentido, que plantea la nueva dualidad saussureana.

1.2.3.

Mucho más claro y categórico se muestra Saussure, en cambio, en lo que se refiere a la "extensión geográfica de las lenguas y a su fraccionamiento dialectal", materia considerada, inequívocamente, entre los objetivos de la lingüística externa. Así, por ejemplo, puede leerse al principio de la cuarta parte del Curso, dedicada a la lingüística geográfica:

"Al abordar la cuestión de las relaciones del fenómeno lingüístico con el espacio, abandonamos la lingüística interna para entrar en la externa, cuya extensión y variedad ya hemos señalado"(*).

Sin embargo, este tipo de afirmaciones no deja de suscitar reparos, o al menos, de prestarse a ciertas matizaciones: según la letra del Curso, la dialectología en su totalidad pertenecería a la lingüística externa, lo cual parece a todas luces insostenible.

Si admitimos que el estudio -o mejor, la descripción- de un determinado dialecto es dialectología (cuestión puramente metodológica, aceptable o no según el cometido asignado a la dialectología), es evidente que dicha descripción habría de excluirse de la lingüística externa, por la misma razón por que se excluiría la de una determinada lengua. Además, ¿estaríamos verdaderamente dentro de la lingüística interna al describir una lengua, que no es sino un complejo de variantes de diversa índole?

(*) P. 305.

Es verdad que esta condición puede ser voluntariamente ignorada, por necesidades epistemológicas, y obrar entonces como si la lengua fuera completamente homogénea; es lo que hacemos por lo común. Pero ello demuestra, una vez más, que lo importante no es el objeto, sino el punto de vista, o, como diría Saussure, "es el punto de vista el que crea al objeto". Así, pues, trátase de lenguas o de dialectos, si se consideran como bloques unitarios, la descripción llevada a cabo no entraría dentro de la lingüística externa (y aunque parezca contradictorio, en el caso de los dialectos, ni siquiera dentro de la dialectología) (12).

Descartados como integrantes de la lingüística interna los elementos históricos, sociológicos, culturales, etc., del proceso dialectal (véase la nota anterior); excluida de la lingüística externa, por el contrario, la descripción de formaciones lingüísticas aisladas (lengua, dialecto, etc.) en tanto que sistemas homogéneos, queda por asignar la condición precisa (interna o externa) a lo que es la tarea específica y esencial de la dialectología: el estudio de sistemas parcialmente semejantes, es decir, el estudio del diasistema. A este respecto, opina U. Weinreich:

"It may be feasible [...] to set up 'dialectological' as the adjective corresponding to 'diasystem', and to speak of dialectological research as the study of diasystems. Dialectology would be the investigation of problems arising when different systems are treated together because of their partial similarity. A specifically structural dialectology would look for the structural consequences of partial differences within a framework of partial similarity"(*).

Para Weinreich, pues, solo puede hablarse de dialectología en tanto en cuanto está implícita (al menos) la idea de diasistema; esto es, en tanto que existe comparación entre dis-

(*) "Is a structural dialectology possible?", Word, X, 1954, p.390.

tintos sistemas parcialmente semejantes (y, es fácil suponer, emparentados entre sí). Y dentro de ella habrá una dialectología específicamente estructural —como queda recogido en la cita—, opuesta a una dialectología que él llama externa:

"It is safe to say that a good deal of dialectology is actually of this type [estructural] and contains no necessary references to geography, ethnography, political and cultural history, or other extra-structural factors. In Gilliéron's classic studies, the typical (if not exclusive) interest is structural rather than 'external' [...]. Non-geographic, structural dialectology does exist; it is legitimate and even promising. Its special concern is the study of partial similarities and differences between systems and of the structural consequences thereof. The preceding is not to say, of course, that 'external' dialectology has been surpassed [...]"(*).

Y en otro lugar del mismo artículo señala algunos de los cometidos de esta dialectología externa:

"Given a map showing an isogloss, the 'external' dialectologist's curiosity is likely to concentrate on the locus of that isogloss. Why is it where it is? What determines the details of its course? What other isoglosses bundle with it? What communication obstacle does it reflect?"(**).

Dialectología interna y dialectología externa, pues. Dado que la dialectología es una disciplina lingüística, parece evidente que la dialectología externa de Weinreich formaría parte de la lingüística externa saussureana; y no sería aventurado incluir la dialectología interna (=estructural) dentro de la lingüística interna, con lo cual surgiría un conflicto entre la concepción de Weinreich y las enseñanzas del Curso (recordemos que, para Saussure, "todo cuanto se refiere a la extensión geográfica de las lenguas y a su fraccionamiento dialectal cae en la lingüis-

(*) Ibidem, p. 390

(**) P. 399.

tica externa"). Hay que añadir que dicho conflicto no se plantea directamente, pues Weinreich no se remite de manera explícita a la fuente saussureana de la oposición entre lo "interno" y lo "externo", ni, por consiguiente, hace crítica alguna de la aplicabilidad de la misma.

1.2.4.

A la vista de las concepciones del lingüista norteamericano, no podría considerarse sin más lo dialectológico como elemento externo de la lingüística, y se impondría una rectificación (o reinterpretación) del sentido de la dualidad saussureana lingüística interna/lingüística externa. Asimismo, ello se haría extensivo para la lingüística histórica. Y podría trazarse el siguiente cuadro disciplinar:

		sin.	dia
Dialectología	ext.	dialectología sincrónica externa	dialectología diacrónica externa
	int.	dialectología sincrónica interna	dialectología diacrónica interna
Lingüística descriptiva	int.	lingüística sincrónica interna	lingüística diacrónica interna
	ext.	lingüística sincrónica externa	lingüística diacrónica externa

Tendríamos, pues, por un lado. lingüística descriptiva, y por otro, dialectología. Esta última podría ser tanto sincrónica como diacrónica. Y cualquiera de las dos presentaría una vertiente externa y otra interna. Paralelamente, habría una lingüística

descriptiva sincrónica y otra diacrónica, dentro de las cuales se distinguiría también entre sus elementos externos e internos(13).

Sería preciso distinguir también entre aspectos teóricos y prácticos, división que afecta tanto al conjunto como a cada una de las disciplinas (se ha de entender teórico como 'general' y práctico como 'particular' o 'concreto': la praxis equivaldría al análisis del objeto previamente fijado, mientras que la teoría atendería más bien a la naturaleza y condiciones del análisis mismo). De este modo, podría hablarse, por ejemplo, de teoría de la lingüística descriptiva frente a lingüística descriptiva (de tal o cual lengua), de teoría dialectológica frente a dialectología (de determinado complejo dialectal), etc. De lo dicho se desprende que la naturaleza de este trabajo es de índole absolutamente teórica, haciendo hincapié en los aspectos teóricos externos.

1.3. Sincronía y diacronía

"[...] Es sincrónico todo lo que se refiere al aspecto estático de nuestra ciencia, y diacrónico todo lo que se relaciona con las evoluciones. Del mismo modo sincronía y diacronía designarán respectivamente un estado de lengua y una fase de evolución" (*).

En una aproximación al dialecto no puede dejarse de tomar en cuenta la dualidad saussureana sincronía/diacronía. Pero, obviamente, dicha dualidad no requiere ningún tipo de presentación por nuestra parte; ni siquiera exégesis o crítica, pues voces autorizadas ya han hecho tal labor, además de no ser este el lugar

(*) F. de Saussure, C.L.G., p. 149.

apropiado para llevarla a cabo. Sin embargo, los requisitos de explicitud de este trabajo nos fuerzan a consignar claramente todos sus puntos de referencia, y uno de ellos es sin duda la mencionada distinción. El sentido básico de la misma se resume en el texto que encabeza este apartado; con arreglo a és se han utilizado aquí y se utilizarán adjetivos como sincrónico o diacrónico. No son precisos, pues, -creemos- más comentarios ni apoyaturas textuales para satisfacer las exigencias formales aludidas (14).

1.3.1.

Aparte ya de requisitos formales y razones de índole general, conviene detenerse en aquellos aspectos de la dicotomía -o de su desarrollo- conectados directamente con nuestra materia. En este sentido, es significativo el párrafo siguiente, donde Saussure trata sobre la diferencia de métodos de la lingüística sincrónica y diacrónica, y hace una serie de consideraciones en torno al distinto tratamiento que ha de recibir la "cuestión dialectal" bajo una u otra perspectiva:

"Otra diferencia resulta de los límites de campo que abarca cada una de estas dos disciplinas. El estudio sincrónico no tiene por objeto todo cuanto es simultáneo, sino solamente el conjunto de hechos correspondientes a cada lengua; según lo requiere la necesidad, la separación irá hasta los dialectos y subdialectos. En el fondo el término de sincrónico no es bastante preciso; deberíamos reemplazarlo por el de idiosincrónico, un poco largo, en verdad. Por el contrario, la lingüística diacrónica no sólo no necesita, sino que rechaza una especialización semejante; los términos que considera no pertenecen forzosamente a una misma lengua [...]. Precisamente la sucesión de hechos diacrónicos y su multiplicación espacial es lo que crea la diversidad de idiomas. Para justificar una relación entre dos formas basta que tengan entre sí un vínculo histórico, por indirecto que sea"(*).

(*) Ibidem, p. 162.

El texto -que no deja de resultar algo confuso- parece querer decir, esencialmente, que la consideración sincrónica exige la delimitación previa del sistema. La ambigüedad reside en la frase "según lo requiere la necesidad, la separación irá hasta los dialectos o subdialectos": ¿piensa Saussure en estos en tanto que "lenguas" de segundo o tercer orden?; o, por el contrario, ¿se refiere a "variedades de lengua", formaciones lingüísticas integradas en la "lengua"? En cualquiera de los casos, para Saussure, la consideración sincrónica del dialecto requiere su consideración como ente autónomo. Y, en consecuencia, no sería posible, sincrónicamente, tratar un conjunto dialectal, es decir, plurisistemático.

En cuanto a la diacronía, nos dice el texto que una "especialización semejante" no es solo innecesaria, sino improcedente. Aquí el confusionismo se acentúa. Para ilustrar su afirmación, Saussure cita el caso del indoeuropeo *esti, el griego ésti, el alemán ist, el francés est, formas todas pertenecientes a "lenguas distintas". Ciertamente, la perspectiva diacrónica excede con frecuencia los límites de lo que se considera "una misma lengua". Y, en ese sentido, no requiere esa "especialización" a que alude Saussure. Pero no por ello dejan de pertenecer al ámbito diacrónico comparaciones entre elementos que forman parte de una misma lengua (es el caso, por ejemplo, de fecho y hecho). Podría objetarse que elementos tales no pertenecen al mismo sistema; Eso es claro; pero ni la palabra sistema (o lengua utilizada en ese sentido) aparece en el texto, ni el ejemplo propuesto resulta válido, pues induce a un falso espejismo: el de hacer creer que la visión diacrónica necesariamente ha de referirse a lenguas bien diferenciadas. (Una interpretación benévola del texto, así como de los demás pasajes del Curso relativos a estas cuestiones, sería la de que el concepto de diacronía lleva implícito el de "toda la diacronía"; solo entonces podría admitirse sin reparos: como de-

cíamos antes, es cierto que la visión diacrónica puede exceder los límites de un idioma.) De cualquier modo, es preciso concluir, tras la lectura de este párrafo, que para Saussure solo lo sincrónico es sistemático, mientras que lo diacrónico es extrasistemático, por así decirlo.

Y es aquí donde surgen los problemas (y no precisamente de interpretación, sino de fondo). En palabras de Coseriu:

"En efecto, de Saussure admite que la sincronía ("estado de lengua") es una "aproximación", "una simplificación" [...], y, sin embargo, más de una vez tiende a atribuirle permanencia y a identificarla con la lengua como tal: "... el sistema de valores considerados en sí y esos mismos valores considerados en función del tiempo" [C.L.G., p. 147]; "la lengua es un sistema en el que todas las partes pueden y deben considerarse en su solidaridad sincrónica" [ibidem, p. 157] [...] Para de Saussure el sistema es, en el fondo, un estado; y el estado es, de algún modo, estable. Y, ciertamente, la diacronía aparece como ajena al sistema e incomprensible si a la sincronía se atribuye "permanencia" y si el "en sí" de la lengua se identifica con un momento de su historia" (*).

Tendríamos así una identificación de lo sincrónico con lo sistemático y una consideración de la diacronía como asistemática. Es sabido que el estructuralismo diacrónico ha desestimado de hecho la segunda de estas aseveraciones, dando pruebas palpables de la posibilidad de tratamiento sistemático de los hechos diacrónicos. Pero no se trata tan solo de ignorarla en la práctica, sino de negar su validez teórica, de superarla realmente (15). Así, para Coseriu, habría que acudir al concepto de sistematización, que refleja el continuo hacerse sistemático de la lengua diacrónicamente; no solo ello implicaría el rechazo del carácter "asistemático" de la diacronía, sino que supondría algo más que la mera suma de sistemas situados en la línea cronológica:

"Ahora, si el cambio se entiende como hacerse sistemático de la lengua, es evidente que no puede haber nin-

(*) Sincronía, diacronía e historia, pp. 144-145.

guna contradicción entre "sistema" y "cambio" y, más aún, que no cabe siquiera hablar de "sistema" y "movimiento" -como de cosas opuestas-, sino sólo de "sistema en movimiento": el desarrollo de la lengua no es un "perpetuo" "cambiar", arbitrario y azaroso, sino una perpetua sistematización. Con el concepto de 'sistematización' la antinomia entre diacronía y sincronía se supera de manera radical, ya que se eliminan, al mismo tiempo, tanto la asistematicidad de lo diacrónico como la pretendida estaticidad de lo sistemático[...]"
(*)

Del texto de Saussure presentado más arriba se desprendería lo que llamábamos carácter extrasistemático de lo diacrónico. Si por extrasistemático entendemos 'plurisistemático', la afirmación saussureana es del todo exacta; si acaso habría que poner reparos a la forma de ilustrarla: el ejemplo -como hemos visto- induce a pensar que los elementos diacrónicamente considerados han de pertenecer a "lenguas" distintas. Pero la idea de que en la diacronía se atiende necesariamente a sistemas diferentes y, con frecuencia, fuera de lo que se considera una misma lengua, es no sólo correcta, sino evidente. (Recordemos que, para Weinreich (16), uno de los dominios de la dialectología diacrónica es el de la lingüística comparada tradicional.) Pero en el pensamiento de Saussure prevalece sobre todo el carácter asistémático de lo diacrónico, como claramente nos ha mostrado Coseriu. Y este punto de la doctrina saussureana -Coseriu es concluyente- carece de consistencia, pues conduce a un "atomismo" aún mayor que el que se suele atribuir a los neogramáticos. Y no hace falta decir que el estructuralismo diacrónico se ha encargado, de hecho, de invalidarlo.

(*) Ibidem, p. 154.

1.3.2.

Basándose, a su vez, en el texto saussureano que ha servido como punto de arranque de esta reflexión, L. Hjelmslev acepta la matización de Saussure sobre los términos sincrónico e idiosincrónico, y propone -en contra de la opinión de Saussure acerca de la conveniencia de su uso- el empleo generalizado del segundo:

"Los inconvenientes que comporta este término no nos parecen tan graves como para impedir su utilización práctica. Frente a otros muchos términos empleados corrientemente, tiene la ventaja indiscutible de ceñirse estrictamente a la realidad [...]. Empleamos, pues, en las páginas siguientes el término idiosincronía para lo que de ordinario se llama "gramática descriptiva", e, igualmente, el término idiodiacronía para designar la "gramática histórica" de una sola lengua. Finalmente, reunimos ambos órdenes de estudios bajo la designación idiocronía [...]" (*).

La distinción se hace necesaria, pues el término sincrónico puede designar dos tipos de estudios:

"1º. Uno de ellos versa sobre los estados concretos de lenguas; por ejemplo, el latín clásico, el danés moderno, el argot parisino de nuestros días, la lengua de Voltaire, etc. Podemos actuar en un dominio más o menos restringido según las circunstancias que se presenten, pero no es nunca posible establecer vinculaciones entre los estados una vez fijados como objetos de estudio (17).

"2º. El otro tipo de estudio se refiere a lo que podríamos llamar un estado abstracto, un plano en el que se proyectan los hechos observados en todos los estudios del primer orden, un sistema constituido por los principios del lenguaje desde el punto de vista sincrónico; en otras palabras, una gramática general.

"Se puede fácilmente, como lo ha hecho F. de Saussure, restringir el término sincrónico a la noción de los estados concretos, supra 1º. Para la lingüística general, podríamos pensar en adoptar el término pancrónica [...]" (**).

(*) Principios de gramática general, p. 109, nota 258.

(**) Ibidem, p. 110.

Tenemos así una nueva oposición que envuelve la anterior de sincronía/diacronía, y que definen los términos idiocronía y pancronía (en el sentido, respectivamente, de 'concreto' y 'general'):

(sincronía)	idiosincronía	pansincronía
(diacronía)	idiodiacronía	pandiacronía (18)
	IDIOCRONIA	PANCRONIA

Hay que subrayar que la oposición hjelmsleviana (idioncronía/pancronía) enfrenta la descripción lingüística -y eventualmente la historia (de una sola lengua)- con la lingüística general. No hay lugar en este marco para la "descripción sincrónica de varios sistemas concretos a la vez", como tampoco lo hay en el marco de las doctrinas de Saussure.

Pese a las recomendaciones de Hjelmslev, el término idiosincrónico no ha hecho fortuna en lingüística, manteniéndose la letra de la dicotomía saussureana, al menos como punto de referencia. Y es a medida que se va imponiendo la consideración de la "lengua" como diasistema (19) cuando surge la necesidad de precisar sobre las categorías que lo configuran. Este tipo de exigencia es el que ha llevado a G. Francescato a introducir el concepto de monocronía (y monocrónico):

"L'analisi linguistica, condotta secondo un piano perpendicolare all'asse del tempo, cioè a carattere puramente descrittivo, viene abitualmente chiamata sincronica: ma in questo tipo di indagine conta soprattutto, a parer mio, il fatto che il ricercatore si propone conscientemente di eseguire la sua ricerca astraendo da

qualsiasi riferimento di carattere storico, che vada cioè oltre i limiti del taglio nel tempo che egli ha prescelto [...]. Per questo tipo d'indagine vorrei proporre dunque, con una lieve modificazione della terminologia ormai tradizionale, il nome di monocronica (e monocronia si dirà quello che sino ad ora si era inteso col nome di sincronia)[...]"(*).

Como puede suponerse, no se trata de una mera sustitución de términos. El empleo de monocronía (monocrónico) comporta una acepción especial de sincronía (sincrónico); esto es, Francescato distingue entre monocronía y sincronía:

"Chiamiamo dunque analisi monocronica quella che si propone di indagare il sistema di una parlata (subdialetto) intesa come "corpus" chiuso [...]; analisi sincronica quella che indaga parallelamente gli elementi (che compaiono parallelamente) nei sistemi di più parlate appartenente a uno stesso diasistema (cioè allo stesso dialetto)"(**).

Es decir, la monocronía viene a ser "contemporaneidad absoluta e independencia de la historia", mientras que al orden sincrónico se relegarán "los hechos que manifiestan convergencia en el tiempo"(***). Queda claro, en consecuencia, que la descripción estructural de un sistema lingüístico será monocrónica, siendo sincrónica, por el contrario, la comparación entre sistemas coetáneos pertenecientes a un mismo diasistema (20).

Tenemos, pues, la dicotomía básica establecida por Saussure y las modificaciones hechas por Hjelmslev y Francescato, que originan, a su vez, sendos modelos alternativos de la misma; el de Hjelmslev, elaborado a partir de ideas expresadas por el propio Saussure; el de Francescato, apartándose algo de la ortodoxia

(*) "Struttura linguistica e dialetto", Actes du X^e Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes, p. 1014.

(**) Ibidem, p. 1015.

(***) M. Alvar, Estructuralismo ..., p. 27.

saussureana. Pues bien, cotejando el punto de partida y las aludidas modificaciones, pueden extraerse conclusiones como las siguientes:

1) En la acepción más característica de la sincronía saussureana no cabe sino describir estados concretos de lengua previamente fijados y delimitados, sin establecer vinculaciones entre ellos. 2) A este tipo de estudio, a esta forma de entender la "sincronía", responden, tanto la idiosincronía de Hjelmslev (y del propio Saussure), como la monocronía de Francescato, las cuales, consiguientemente, se identifican entre sí. 3) Ni en la dicotomía saussureana, ni en el modelo de Hjelmslev, hay lugar para el estudio conjunto de los diversos sistemas pertenecientes a un mismo diasistema; la pancronía (tan solo aludida por Saussure e integrante, en cambio, del modelo de Hjelmslev) se refiere más bien a los estudios de lingüística general, a la pura teoría lingüística, sin concretarse en lenguas o grupos de lenguas determinados. 4) Para subsanar esta deficiencia, Francescato adapta el término sincronía a un uso especial, diferente, pero no opuesto por completo, al que le da Saussure. 5) La forma de entender la diacronía es similar en los tres modelos examinados, si bien Francescato rechaza categóricamente su carácter "asistémico" (Hjelmslev, por su parte, no se plantea directamente esta cuestión; puede decirse, pues, que acepta de modo implícito las ideas de Saussure sobre el particular).

El estructuralismo diacrónico o la dialectología estructural, difíciles de compaginar con la ortodoxia saussureana (especialmente, el saussureanismo quintaesenciado de Hjelmslev), encuentran marco teórico adecuado en modelos como el de Francescato, donde la sincronía se inserta verdaderamente en el eje del tiempo, donde el "presente" lingüístico refleja elementos anteriores y anticipa sucesivos, en perfecta conjunción de la tradición y el

porvenir. Estaríamos, así, próximos a la idea de Coseriu sobre la historicidad del lenguaje:

"La lengua se hace, pero su hacerse es un hacerse histórico, y no cotidiano: es un hacerse en un marco de permanencia y de continuidad. De esta manera, considerada en dos momentos sucesivos de su historia, una lengua no es "ni tout à fait une autre, ni tout à fait la même". Pero el mantenerse parcialmente idéntica a sí misma y el incorporar nuevas tradiciones es, precisamente, lo que asegura su funcionalidad como lengua y su carácter de "objeto histórico". Un objeto histórico es tal sólo si es, al mismo tiempo, permanencia y sucesión. En cambio aquello que es sólo permanencia (por ej., las especies ideales) o sólo sucesión (por ej., las fases de la luna, las mareas) no puede tener ningún tipo de historia"(*).

1.4. El dialecto en Saussure

Aunque hay referencias indirectas a la noción de dialecto a lo largo de todo el Curso de lingüística general, una de las partes de la obra -la IV- se consagra específicamente al tema. Vamos a centrarnos en ella, prescindiendo aquí de las aludidas referencias y de otras que aparecen en las partes III y V y que presentan conexión más inmediata con lo dialectológico(21).

Como se ha dicho al principio del capítulo, en estas últimas partes del Curso se muestra Saussure, no solo menos innovador, sino poco consecuente con los principios por él mismo establecidos (22). De todos modos, dichas partes no carecen de interés, y es preciso tomarlas en consideración, como vamos a hacer

(*) Sincronía ..., p. 161.

aquí, concretamente con la titulada "Lingüística geográfica". Ello servirá, además, para ir dando paso a lo sustancial de nuestra temática.

1.4.1.

Como tantos otros lingüistas, llama Saussure la atención sobre la importancia de la diferenciación idiomática, hasta el punto de atribuir a su observación el origen de la reflexión sobre el lenguaje:

"Si las divergencias en el tiempo escapan muchas veces al observador, las divergencias en el espacio saltan a la vista en seguida; hasta los salvajes las perciben, gracias a los contactos con otras tribus que hablan lenguas diferentes. Justamente gracias a esas comparaciones es como un pueblo adquiere conciencia de su idioma"(*).

Y, más claramente:

"Así, la diversidad geográfica ha sido la primera comprobación hecha en lingüística; ella es la que ha determinado la forma inicial de la investigación científica en materia de lengua, incluso entre los griegos; verdad que los griegos no se aplicaron más que a la variedad que había entre los diferentes dialectos helénicos, pero es porque en general su interés apenas sobrepasaba los límites de la Grecia misma"(**)

La observación de la diversidad (en grados diferentes: desde los dialectos, hasta las grandes familias) da lugar : 1) a la toma de conciencia de la propia lengua y del hecho lingüístico (lenguaje, en general); 2) a la reflexión científica sobre el lenguaje, que empezará siendo de tipo comparatista, esto es, que buscará analogías dentro de esa diversidad. Ese comparatismo incipiente, según Saussure, tardó "un tiempo enorme" en desarrollarse

(*) C.L.G., p. 305.

(**) Ibidem, p. 306.

y lo hizo en dos direcciones: comparatismo tipológico y comparatismo histórico. El estudio dialectal pertenece a la segunda de las direcciones, pues se trata de comparar formaciones lingüísticas semejantes (en diverso grado) e históricamente emparentadas:

"En cuanto a la otra categoría de diversidades, la que hay dentro de las familias de lenguas, éstas ofrecen a la comparación un campo ilimitado. Dos idiomas pueden diferir en todos los grados: parecerse sorprendentemente, como el zendá y el sánscrito, o parecer del todo desemejantes, como el sánscrito y el irlandés; todos los matices intermedios son posibles: así el griego y el latín están más próximos entre sí que con respecto al sánscrito, etc. Los idiomas que no divergen más que en un grado muy débil se llaman "dialectos"; pero no hay por qué dar a este término un sentido rigurosamente exacto; ya veremos [...] que entre dialecto y lengua hay una diferencia de cantidad, no de naturaleza"(*).

1.4.2.

En esta IVª parte del Curso aparecen desarrolladas diversas nociones que, si bien no constituyen una aportación científica de gran envergadura o alcance teórico, están dotadas de alto valor pedagógico y reflejan una clara visión de los hechos del lenguaje, Veamos algunas de ellas.

Lo primero que hace Saussure es mostrar la complejidad de la realidad lingüística en su aspecto geográfico, la cual dificulta enormemente su estudio científico -por fuerza, simplificador y, paradójicamente, fuera de esa realidad que constituye su objeto-. Se trata de la inexistencia de comunidades lingüísticas uniformes. Dos son los factores esenciales que determinan ese estado de cosas, que alteran el desenvolvimiento lingüístico natural en el espacio: la coexistencia de lenguas y el desarrollo

(*) Ibidem, p. 308; el subrayado es nuestro.

de las lenguas literarias; o, en términos más técnicos, el bilingüismo y la estandarización. Y explica así este último proceso:

"Entendemos por 'lengua literaria' no solamente la lengua de la literatura, sino, en un sentido más general, toda especie de lengua culta, oficial o no, al servicio de la comunidad entera. Abandonada a sí misma, la lengua sólo conoce dialectos, ninguno de los cuales se impone a los demás, y con ello está destinada a un fraccionamiento indefinido. Pero como la civilización, al desarrollarse, multiplica las comunicaciones, se elige, por una especie de convención tácita, uno de los dialectos existentes para hacerlo vehículo de todo cuanto interesa a la nación en su conjunto [...]. Una vez promovido al rango de lengua oficial y común, el dialecto rara vez sigue siendo como era hasta entonces. Se le mezclan elementos dialectales de otras regiones; se hace cada vez más complejo, sin perder del todo por eso su carácter original [...]. Sea lo que fuere, la lengua literaria no se impone de la noche a la mañana, y una gran parte de la población resulta ser bilingüe, y hablar a la vez la lengua de todos y el bable (patois) local [...]"(*).

Tras añadir que estos fenómenos se han venido repitiendo desde la antigüedad y mostrar casos como los de la koiné griega y de la antigua Babilonia, concluye afirmando la necesidad de prescindir de la "cotidianidad" de los hechos para captar su realidad esencial -enmascarada por aquella-, en un proceso de abstracción que aparentemente falsea la propia realidad:

"Los hechos de que hemos tratado [...] son tan frecuentes que podrían pasar por un factor normal en la historia de las lenguas. Sin embargo, haremos aquí abstracción de todo lo que perturbe la visión de la diversidad geográfica natural, para considerar el fenómeno primordial, fuera de toda importación de lengua extranjera y de toda formación de una lengua literaria. Tal simplificación esquemática parecerá falsear la realidad; pero el hecho natural debe ser estudiado primero en sí mismo"(**).

(*) Ibidem, p. 312.

(**) Ibidem, p. 313.

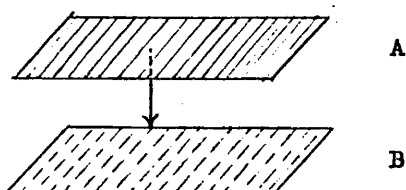
En segundo lugar -prescindiendo ya de los factores anteriormente aludidos y situándonos en el marco ideal que la investigación científica requiere- es preciso subrayar la idea saussureana de que detrás de la diferenciación geográfica se oculta la intervención del tiempo:

"¿Qué es lo que ha creado esas diferencias [geográficas]? Quienes crean que es el espacio, sólo serán víctimas de una ilusión. Por sí mismo el espacio no puede ejercer ninguna acción sobre la lengua [...]. Se olvida el factor tiempo, porque es menos concreto que el espacio; pero en realidad, de éste es del que depende la diferenciación lingüística. La diversidad geográfica tiene que traducirse en diversidad temporal"(*) y (23).

Paralelamente, traza Saussure un esquema con el que ilustra muy gráficamente la acción del tiempo en un territorio continuo. Suponiendo un territorio unilingüe y lingüísticamente homogéneo, ¿qué sucederá en él -se pregunta Saussure- al cabo de unos años de desenvolvimiento lingüístico espontáneo?:

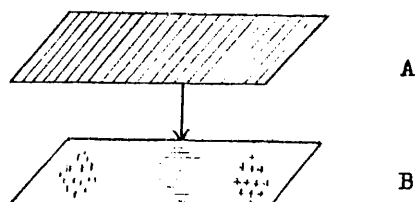
"1º No existiendo inmovilidad absoluta en materia de lenguaje [...], al cabo de cierto tiempo la lengua ya no será idéntica a sí misma.

"2º La evolución no será uniforme en toda la superficie, sino que variará según los lugares; nunca se ha comprobado que una lengua haya cambiado de la misma manera sobre la totalidad de su dominio. Luego no vale este esquema:



(*) Ibidem, p. 315.

sino más bien este otro:



que representa la realidad" (*).

Así, pues, la diferenciación es producto de la acción del tiempo; e, inversamente, el paso del tiempo no solo "provo-
ca" el cambio lingüístico, sino también la diferenciación idio-
mática en el ámbito espacial. Dos ideas, si no novedosas, sí
acertadamente expuestas por Saussure (sobre todo la segunda -que
no es igual que la primera-, mediante el ilustrativo esquema aquí
reproducido).

Tampoco ofrecen absoluta novedad las nociones saussu-
reanas de fuerza de intercambio y espíritu de campanario. Sin em-
bargo, es preciso consignarlas y examinarlas, no ya solo por ha-
ber sido categorizadas por Saussure -con una denominación bien
expresiva-, sino por el acertado análisis que hace el lingüista
ginebrino de su cometido -en proceso dialéctico- dentro de la co-
munidad idiomática:

"Por espíritu de campanario, una comunidad lingüís-
tica restringida sigue siendo fiel a las tradiciones
que se han desarrollado en su seno. Esos hábitos son
los primeros que cada individuo contrae en su infancia;
de ahí su fuerza y su persistencia. Si fueran los únicos
en actuar, crearían en materia de lenguaje particularis-
mos que irían hasta el infinito.

(*) Ibidem, p. 317.

"Pero sus efectos quedan corregidos por la acción de la fuerza opuesta. Si el espíritu de campanario hace a los hombres sedentarios, el intercambio los obliga a comunicarse entre sí [...], es un principio unificador, que contraría la acción disolvente del espíritu de campanario"(*).

La idea -ya se ha dicho- no es nueva. El enfrentamiento individuo-sociedad, originalidad-mimesis o como quiera llamarse -sustrato inequívoco de la dualidad que comentamos- ha sido señalado desde que el hombre reflexiona sobre su propia conducta. Lo mismo podría decirse -incluso con más razón- acerca del comportamiento lingüístico (que es, por un lado, un tipo de conducta, y por otro, la conducta humana por excelencia): sería ocioso demostrar cómo, ni en la reflexión filosófica sobre el lenguaje, ni en la lingüística propiamente dicha, ha pasado inadvertido el hecho que constata Saussure. Sin embargo, una vez más, el mérito de este consiste en asignarle un lugar preciso, elevarlo a categoría explícita, dentro de un intento global de fundamentación teórica de la lingüística.

Pero vayamos con la dualidad en sí misma. ¿No resulta paradójico que al espíritu de campanario -fuerza disgregadora, particularista- se atribuya "fidelidad a la tradición lingüística"? (24). Aquí se adivina un conflicto cuya resolución -solo en parte posible- requiere delimitar bien los ámbitos de la propia dualidad.

Cuando Saussure introduce ambos términos parece estar pensando en una "comunidad restringida" -así la nombra- integrada en otra mayor; y, aunque no explícitamente declarada, surge de inmediato la idea de la expansión de una lengua común o estándar y su pugna con los "idiomas" locales. La fuerza de intercambio favorece dicha expansión, y el espíritu de campanario tiende a ofrecerle resistencia. Pero cabe otra interpretación:

(*) Ibidem, pp. 327-328.

"Al intercambio se debe la extensión y la cohesión de una lengua. De dos maneras opera: ya negativamente, previene el despedazamiento dialectal ahogando una innovación en el momento de surgir en un punto; ya positivamente, favorece la unidad aceptando y propagando esa innovación"(*).

Es decir, aquí el marco de referencia es simplemente el del cambio lingüístico, en una comunidad algo más homogénea que aquella otra que integraba la "comunidad restringida" antes aludida. Y entonces el intercambio puede ser de dos tipos: conservador -con lo que la ruptura con la tradición sería un rasgo del espíritu de campanario- e innovador -y, consecuentemente, "tradicional" el otro miembro de la dualidad.(25).

Solo este segundo tipo de intercambio puede ponerse en conexión con aquel otro cuyo marco de referencia es el "cambio de lengua". El primer tipo es, prácticamente, lo contrario. De manera que, para mantener la misma denominación para ambos casos, se hace necesario prescindir del parámetro tradición/innovación, y quedarse únicamente con el de particularismo/colectivismo; y caracterizar, obviamente, el espíritu de campanario como la tendencia a mantener o destacar la peculiaridad, mientras que la fuerza de intercambio sería aquello que lleva al individuo a sumarse a las pautas colectivas.

Ahora bien, ¿es total ese particularismo?, ¿hay originalidad absoluta cuando un individuo permanece fiel a su grupo, sea innovador o conservador?

Ni en la adopción de un cambio, ni en el mantenimiento de una tradición lingüística, hay originalidad total. Esta solo se da en la innovación. Por tanto, no existe en realidad, el espíritu de campanario puro, o si existe es frente al grueso de la

(*) Ibidem, p. 328.

colectividad, puesto que internamente lo que hay es intercambio.

Es lo que el propio Saussure señala:

"En un punto dado del territorio -entendiendo por tal una superficie mínima[...] - es muy fácil distinguir qué es lo que depende de cada una de las fuerzas en presencia, el espíritu de campanario y el intercambio [...].

"Pero cuando se trata de una superficie, de un cantón, por ejemplo, surge una nueva dificultad: ya no se puede decir a cuál de los dos factores se remite un fenómeno dado [...]. Lo que es diferenciador para un cantón A es común a todas sus partes; allí es la fuerza particularista la que actúa, puesto que impide a este cantón imitar algo del vecino B, e, inversamente, impide a B imitar a A. Pero la fuerza unificadora, es decir, el intercambio, también entra en juego, pues se manifiesta entre las diferentes partes de A (A', A², A³, etc.)"(*).

Y, más claramente, concluye:

"Por eso se puede reducir todo a la única fuerza unificadora sin hacer intervenir el espíritu de campanario, ya que éste no es otra cosa que la fuerza del intercambio propia de cada región"(**).

Es decir, ambas fuerzas se reducen a un principio único, pero no solo en áreas relativamente grandes, sino también en pequeñas comunidades, donde los posibles particularismos (más fácilmente detectables) están basados siempre en el intercambio entre los miembros de esas comunidades: en el fondo, no se trata sino del componente social que preside toda actividad lingüística.

(*) Ibidem, pp. 330-331.

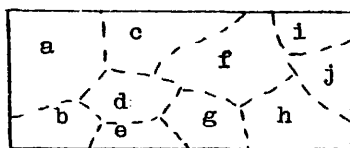
(**) Ibidem, p. 331.

1.4.3.

En lo que a los dialectos se refiere, Saussure no se muestra demasiado explícito ni su concepción dista mucho de la de sus contemporáneos. Recordemos la definición provisional que da de dialecto:

"Los idiomas que no divergen más que en un grado muy débil se llaman dialectos [...]; ya veremos [...] que entre dialecto y lengua hay una diferencia de cantidad, no de naturaleza" (*).

Más adelante vuelve sobre el tema sin revisar o ampliar la definición anterior, pero matizándola mediante una caracterización que se reduce a dos puntos esenciales: 1) los dialectos no tienen límites naturales y 2) la ya expresada de la falta de diferencia cualitativa entre la noción de lengua y la de dialecto. Para ilustrar el primero de los puntos, traza una imagen esquemática que reflejaría la idea simplista de muchos sobre la cuestión dialectal:



Los dialectos serían algo así como las piezas de un rompecabezas perfectamente encajadas entre sí; esto es, "tipos lingüísticos perfectamente determinados, circunscritos en todos sentidos y cubriendo en el mapa territorios yuxtapuestos y distintos (a, b, c, d, etc.)"(**).

(*) Ibidem, p. 308.

(**) Ibidem, p. 320

Pero -viene a señalar Saussure- es preciso sustituir esa idea por otra que podría formularse así:

"no hay más que caracteres dialectales naturales, no hay dialectos naturales; o, lo que viene a ser lo mismo: hay tantos dialectos como localidades"(*).

Y añade a continuación:

"Así la noción de dialecto natural es, en principio, incompatible con la de región más o menos extensa. Una de dos: o bien se define un dialecto por la totalidad de sus caracteres, y entonces es necesario fijarse en un punto del mapa y atenerse al hablar de una sola localidad; en cuanto se aleje uno de ella ya no se encontrarán las mismas particularidades. O bien se define el dialecto por uno solo de sus caracteres; entonces, sin duda, se obtiene una superficie, la que abarca el área de propagación del hecho en cuestión, pero apenas necesitamos señalar que ése es un procedimiento artificial y que los límites así trazados no corresponden a ninguna realidad dialectal"(**).

Es decir, circunscribe la noción de dialecto a la de localidad o punto en el espacio, lo que no deja también de ser una simplificación. Luego está la otra alternativa, aquella por la cual un dialecto se define por uno de sus caracteres, llegándose, naturalmente, a verdaderas superficies dialectales. Sin embargo, con eso lo que se obtienen no son realidades vivas, sino categorías abstractas, lo que hoy denominaríamos constructos. Así, pues, tanto en la idea central, que da título al apartado, como en su explicación y caracterización, la doctrina de Saussure -"los dialectos no tienen límites naturales"- se halla muy cerca de aquella otra que sintetiza la frase de Paul Meyer: "toda definición de dialecto es una definitio nominis y no una definitio rei".

(*) Loc. cit.

(**) Ibidem, pp. 320-321.

Tampoco puede hablarse -según Saussure- de lenguas con límites naturales:

"En las condiciones ideales que hemos supuesto, no se puede establecer fronteras entre lenguas mejor que entre dialectos. Así como no se podría decir dónde acaba el alto alemán y dónde comienza el plattdeutsch, así es imposible trazar un lindero entre el alemán y el holandés, entre el francés y el italiano [...]. Los lindes de las lenguas se encuentran ahogados, como los dialectos, en las transiciones. Así como los dialectos no son más que subdivisiones arbitrarias de la superficie total de la lengua, así el límite que se cree separa dos lenguas sólo puede ser convencional"(*).

Y es que -aquí se pone de manifiesto el segundo punto que habíamos destacado- no existen diferencias sustanciales entre lengua y dialecto; acaso solo de orden cuantitativo. Es más, incluso estas no siempre se determinan fácilmente:

"Es difícil decir en qué consiste la diferencia entre una lengua y un dialecto. A veces un dialecto lleva el nombre de lengua porque ha producido una literatura; es el caso del portugués y del holandés. La cuestión de la comprensibilidad tiene también su papel; se dirá muy bien de personas que no se comprenden que hablan lenguas diferentes [...]"(**).

No es de extrañar, por tanto, que similares fenómenos de desdibujamiento de límites se den en lenguas y dialectos:

"[...] lenguas que se han desarrollado en un territorio continuo en el seno de poblaciones sedentarias permiten registrar los mismos hechos que los dialectos en una escala mayor; en ellas se vuelven a hallar las ondas de innovaciones, sólo que ahora abarcan un terreno común a varias lenguas"(***)).

(*) Ibidem, p. 325.

(**) Ibidem, p. 324.

(***) Loc. cit.

Concluye Saussure el capítulo que dedica específicamente a los dialectos analizando (más bien exponiendo) algunos de los hechos y circunstancias que han contribuido, en buen número de casos, a borrar esa línea gradual de transiciones idiomáticas que caracteriza teóricamente la realidad lingüística: migraciones, conquistas, extensión de lenguas comunes a expensas de los dialectos, etc., factores todos ellos que entran de lleno en la lingüística externa y que, por nuestra parte, serán sometidos a consideración más adelante.

1.4'.4.

A la hora de hacer balance sobre la aportación de Saussure a la dialectología, se habrán de tener en cuenta los siguientes hechos: 1) Nada más lejos de la intención del autor del Curso que el elaborar un tratado dialectológico o de "lingüística geográfica". 2) Por el contrario, su labor en este campo está guiada por un propósito casi exclusivamente pedagógico, y concebida, además, a título introductorio del resto de la obra. 3) Este carácter introductorio -merced al cual, desde "las lenguas" se daba paso a "la lengua"- tenía su correspondiente reflejo en el originario plan de disposición de las distintas partes del Curso: concretamente -como se ha dicho-, las páginas dedicadas a la lingüística geográfica debían ir al principio, y no, como van, a modo de apéndice o añadido.

Esto explica algunos de los defectos (deficiencias) y virtudes de la aportación de Saussure a la dialectología a través del Curso de lingüística general. En primer lugar, el que no se pueda hablar de "verdadera aportación", pues, aparte ya del tratamiento poco detallado de la materia, nada hay de estrictamente nuevo. Otro de los reproches que podría hacérsele es el del enorme hiato existente entre los principios teóricos y los

escasos apuntes que aparecen en las últimas partes de su obra; e hiato en dos sentidos: en cuanto a diferencia de entidad y en cuanto a insolidaridad entre el contenido de ambos grandes apartados. Así, se echa de menos en este segundo un mínimo de rigor terminológico con relación al primero, pero, sobre todo, la aplicación coherente de los principios establecidos a la realidad viva de las lenguas.

Esta última crítica se mitigaría bastante si tenemos en cuenta lo dicho anteriormente sobre el proyecto originario de la obra, que traducía una más lógica y científica marcha del razonamiento saussureano, el cual, en proceso inductivo, iba "de las lenguas" a "la lengua", como ya ha quedado señalado (véase, además, la nota 1 del presente capítulo). Pero la supuesta crítica negativa se atenúa aún más si pensamos en el alto valor pedagógico que posee la "lingüística geográfica" de Saussure. En efecto, el lingüista ginebrino traza un cuadro general -acaso impresionista- a través del cual se captan los aspectos más importantes del "desenvolvimiento" espacial del lenguaje. Un cuadro, además, en el sentido propio del término, dado su carácter eminentemente ilustrativo, con profusión de elocuentes imágenes, algunas de las cuales han quedado aquí recogidas; imágenes en consonancia con multitud de ideas valiosas, si no por la novedad que encierran, sí por lo acertado de su exposición y tratamiento. Todo, pues, forma un conjunto nada desdeñable que, sólo por comparación con las grandes tesis saussureanas, justifica el haber sido relegado a segundo plano, pero en modo alguno el olvido o menosprecio de que ha sido objeto.

Notas

(1) En ocasiones hemos oído lamentarse a ciertos estudiosos por la subestimación de la crítica especializada hacia las partes IV y V del Curso, la primera de las cuales corresponde precisamente a los aspectos geográficos del lenguaje. Pues bien, creemos que ese desdén, ese olvido, es comprensible, teniendo en cuenta la diferencia de entidad entre las mencionadas partes y el resto del Curso, que es donde Saussure se muestra verdaderamente original e innovador. Además, se observa un marcado hiato, un cambio brusco de registro entre las primeras partes y las últimas, como si en estas Saussure no hubiera tenido en cuenta lo esencial de sus propias y revolucionarias tesis. Anotemos a este respecto con T. de Mauro que

"dans la conception finales qu'eut Saussure de l'ordre à donner aux théorèmes de sa linguistique, les pages sur "les langues" devaient être les premières: du point de vue pédagogique, le lecteur profane[...] et surtout l'étudiant en linguistique auraient ainsi avant tout eu affaire à l'accidentalité historique qui domine la vie des langues [...]. Partant de cette vision de l'aspect historique concret, le lecteur et l'étudiant auraient ensuite été conduits à prendre conscience d'une dimension générale des phénomènes linguistiques, et le discours serait passé des 'langues' à la 'langue' (Ferdinand de Saussure, Cours de linguistique générale, édition critique préparée par ..., p. 474, nota 291).

Es evidente que lo que el propio de Mauro ha llamado "la 'vulgata' del Curso de lingüística general" no es precisamente un dechado de coherencia y rigor en su organización. En el caso comentado, el cambio de orden explicaría en parte la ruptura expositiva a que nos hemos referido.

(2) Sin embargo:

"La lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta, y esto es gran ventaja para su estudio. Los signos lingüísticos no por ser esencialmente psíquicos son abstracciones; las asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, y cuyo conjunto constituye la lengua son, por decirlo así, tangibles; la escritura puede fijarlos en imágenes convencionales, mientras que sería imposible fotografiar en todos sus detalles los actos de habla [...]. Esta posibilidad de fijar las cosas relativas a la lengua es

la que hace que una gramática y un diccionario puedan ser su representación fiel, pues la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes" (C.L.G., p. 59)

¿Cómo armonizar el carácter "abstracto" de la lengua con las afirmaciones de Saussure recién transcritas, que inequívocamente lo niegan? ¿Qué sentido tiene aquí abstracto? Algo así -creemos- como 'vago', 'etéreo', 'ilusorio', 'fruto de la mera especulación'... Y nada, entonces, menos "abstracto" que la lengua, con cuya separación del habla no se ha hecho más que objetualizarla, cosificarla, "concretizarla", de manera que la descripción lingüística pueda tener principio y fin, ser posible, y no convertirse en una casuística sin límites. Por el contrario, el sentido que hemos dado primariamente a la palabra abstracto -no empleada así por Saussure- se refiere a un modo de existencia fuera de la realidad inmediata, y que concuerda perfectamente con el pensamiento de Saussure; es más, lo sintetiza.

(Hay que decir con T. de Mauro -op. cit., p. 426, nota 70- que la referencia a la escritura no está en las fuentes manuscritas del Curso y que no es más que una tentativa de los editores de interpretar el pensamiento saussureano. Por otra parte, el comentario de de Mauro es lo suficientemente revelador sobre este punto como para entresacar algunas de sus ideas y reproducirlas textualmente:

"[...] De telles délimitations [de las masas acústica y conceptual] sont donc des schèmes abstraits pour lesquels s'établissent les significations et les phonies concrètes. Il va de soi que de telles abstractions opèrent effectivement de façon "concrète" lorsqu'elles règlent les comportements linguistiques individuels.

"En tirant cette double conclusion (caractère "abstrait" des entités de la langue et leur efficacité "concrète"), Saussure se heurtait à une difficulté épistémologique et terminologique liée à son temps et à sa culture[...]".

Tras aludir a algunos de los valores epistemológicos del proceso de abstracción y a la revalorización del mismo por el neokantismo, neopositivismo, psicología de la percepción y otros movimientos científico-filosóficos, concluye de Mauro:

"[...] Mais, [...] privé de références épistémologiques valides et d'une terminologie adéquate, il est obligé d'une part de reconnaître et de souligner le caractère non concret, formel et donc abstrait, des entités linguistiques [...]; d'autre part, englué

dans une terminologie et une épistémologie dans lesquelles abstrait ne signifie que 'marginal' (Peirce), 'irréel', 'faux', il est obligé de déclarer que les entités de la langue 'ne sont nullement abstraites' [...], dans la mesure où elles opèrent effectivement [...]".

(3) En otro lugar puede leerse algo parecido:

"Saussure hace una distinción demasiado rígida entre 'individual' y 'social', o, mejor dicho, identifica 'social' con 'interindividual', 'intersubjetivo', mientras que, si se considera un individuo real, que es siempre social, 'social' es un concepto más amplio y comprende tanto lo individual como lo interindividual (*ibidem*, p. 39)

(4) Por ejemplo:

"[...] ya sobre la base del llamado 'producto lingüístico' puede establecerse un sistema normal, distinto del sistema funcional que se establece en el plano superior de abstracción, el de las 'formas lingüísticas' (p. 56).

O sea, la forma lingüística solo corresponde al sistema funcional; pero ¿no son sistema y norma "formas que se comprueban en el mismo hablar? Por otra parte, distinguidos claramente aquellos, ¿no resulta un tanto impreciso hablar de "sistema normal"?

(5) Bühler empieza por diferenciar netamente los criterios 1) interindividual/individual y 2) abstracto/concreto, y muestra luego cómo, combinados ambos criterios, se llega a los cuatro conceptos siguientes: acción verbal (individual, concreto), acto verbal (individual, formal), producto lingüístico (interindividual, concreto) y forma lingüística (interindividual, formal) (*Teoría del lenguaje*, pp. 62 y sigs.; apud E. Coseriu, *op. cit.*, p. 97).

(6) Pero Coseriu advierte que "los conceptos de norma social y norma individual no son necesariamente sucesivos, pues como punto de partida podrían considerarse actos lingüísticos pertenecientes a varios individuos, con lo que se llegaría directamente a la norma propiamente dicha" (*ibidem*, p. 97).

(7) Hay que recordar a este propósito con Coseriu que el concepto de acervo lingüístico, psicológico o socio-psicológico, es, en rigor, externo a la lingüística.

(8) Hemos tomado el neologismo reduccionismo de F. Abad, de la "Introducción" a sus Lecturas de sociolingüística, en donde se afirma, por ejemplo:

"[...] el propio Chomsky, insistente defensor en este punto de un reduccionismo estratégico [...]" (p. 10; el subrayado es nuestro).

Por otra parte, en este mismo ensayo, aduce el autor testimonios recientes de Chomsky donde, si no una revisión de conceptos básicos, sí hay, en cambio, un reconocimiento explícito de su carácter estratégico-metodológico, con la dosis de simplificación ("reduccionismo") que ello acarrea.

(9) A. Ponzio viene a ratificar esta opinión sobre la doctrina de Chomsky:

"Planteada en sentido acrítico y antidualéctico, la teoría lingüística chomskyana deja al hablante común en la misma condición en que lo describe: en la condición de usuario lingüístico, de hablante alienado (op. cit., p. 38).

Y, más adelante:

"Creo que, en realidad, la gramática generativa transformacional supera solo aparentemente esos límites de las gramáticas tradicionales y estructurales [el interés de estas, más que por los modos de producción, por los productos de la actividad lingüística]. Así resulta si se considera que, como se ha visto:

"1) la teoría lingüística chomskyana, igual que la lingüística tradicional, se presenta como teoría del u s o de la lengua;

"2) la creatividad lingüística se hace consistir en el u s o apropiado del sistema de reglas interiorizado por el hablante;

"3) ese sistema se considera como dado y no como producido;

"4) el hablante en el proceso de aprendizaje c o n s t r u y e sobre la base de los datos lingüísticos a su disposición una gramática, una teoría de la lengua; aprendiendo una lengua el niño i n v e n t a una gramática apropiada. Pero tal construcción de la gramática es simple "reproducción", "interiorización", "representación interna" de una gramática ya dada, de la gramática propia de la lengua que el sujeto aprende;

"5) como consecuencia de la adopción de posiciones innatistas se evita investigar sobre los procesos de

producción social de los códigos empleados por el sujeto hablante;

"6) la producción lingüística tomada en consideración es la producción individual, el uso de la lengua" (*ibidem*, p. 39)

Pero recordemos la "lectura" de Ponzio -bien distinta de la que hace de Mauro- del Curso de lingüística general; en ella se le reprocha precisamente su escaso carácter dialéctico (en 1.1.1. damos citas textuales de Ponzio sobre el particular, si bien los términos que entran en el juego dialéctico -ausente en Saussure, según este autor- son sociedad e individuo). La crítica comparativa de Ponzio sobre Saussure y Chomsky podría resumirse así: Saussure plantea, pero no resuelve; Chomsky, ni siquiera plantea.

(10) Cabe preguntarse si es exhaustiva esta relación de materias. Si lingüística externa es lo que no es la interna, desde luego que no. Si se piensa, además, en otras disciplinas fronterizas con la lingüística o en ciencias que, en diversa medida, tengan al lenguaje como objeto, la lista sería aún más incompleta. Parece, sin embargo, que el interés fundamental de Saussure al oponer estos dos tipos de estudios es el de aislar y definir la lingüística interna -descripción lingüística- o, por mejor decir, su objeto: el sistema. Así, anota de Mauro:

"La conception de la langue comme système ('langue-schéma de Hjelmslev [...] [...] se trouve ici pour la première fois définie de la façon plus nette" (*op. cit.*, p. 429, nota 91).

Y cabe suponer, por tanto, que Saussure se contentó con esbozar algunos caracteres del otro miembro del binomio -lo externo al sistema, la lingüística externa-, al que, paradójicamente, presta en el capítulo mayor atención material.

(11) No es seguro que en "histoire et description externe" el adjetivo se refiera únicamente a la "description", con lo cual habría una historia interna y otra externa, y tan solo la segunda formaría parte de la lingüística externa. Si tomamos la célebre comparación saussureana de la lengua con el juego del ajedrez, sistema serían, aparte de las reglas del juego, cada una de las jugadas de que consta una partida, de manera que la sucesión de las mismas pudiera compararse a la historia lingüística. Tendríamos así elementos históricos de índole externa -comparables al origen del juego del ajedrez, a su paso de Asia a Europa, etc.- y otros de índole interna -sucesión de las distintas posiciones-. De cualquier forma, el paralelismo de la lengua y el ajedrez no es del todo exacto.

(12) No se nos oculta que Saussure, al incluir la dialectología dentro de la lingüística externa, está pensando, más bien, en la extensión dialectal, en el fraccionamiento de una lengua en dialectos; es decir, en lo que dichos términos tienen de connotaciones históricas, políticas, sociológicas, etc. No sería justo, pues, centrar la crítica en la interpretación literal de este punto. (En todo caso, bueno será subrayar que no es voluntad crítica la que nos anima, sino la de esclarecer cuestiones que forman parte, en diversa medida, de la temática que aquí nos hemos planteado.)

(13) Naturalmente, el cuadro no pretende ser completo: solo ilustrativo de las diferencias aludidas. La base del mismo la proporciona la división que propone Weinreich:

"We might now restate and specify the suggested position of structural dialectology in linguistics as a whole. SYNCHRONIC DIALECTOLOGY compares systems that are partially different and analyzes the 'synchronic consequences' of these differences within the similarities. DIACHRONIC DIALECTOLOGY deals a) with DIVERGENCE, i. e. it studies the growth of partial differences at the expense of similarities and possibly reconstructs earlier stages of greater similarity (traditionally, comparative linguistics); b) with CONVERGENCE, i. e. it studies partial similarities increasing at the expense of differences (traditionally, substratum and adstratum studies, 'bilingual dialectology' and the like).

"The opposite of dialectology, which hardly needs a special name, is the study of languages as discrete systems, one at a time. It involves straight description of uniform systems, typological comparisons of such systems, and diachronically, the study of change in systems considered one at a time" (op. cit., p. 395).

Solo una anotación: donde la línea divisoria se hace más patente es entre lingüística descriptiva y dialectología sincrónica. Menos nítida se presenta entre las otras disciplinas (dialectología sincrónica, dialectología diacrónica y lingüística histórica) -pues todas ellas implican comparación-, de suerte que podrían oponerse en bloque a la primera. Esta situación puede representarse en un sencillo esquema, tal que el de la página siguiente:

dialectología sincrónica	dialectología diacrónica	DIALECTOLOGIA
lingüística descriptiva	lingüística histórica	LINGUISTICA

(14) Hagamos, no obstante, dos observaciones al margen sobre la manera como ha de entenderse la dicotomía. En cuanto a su naturaleza, hay que precisar -siguiendo el espíritu y la letra del Curso- que se trata de una distinción de perspectivas, de puntos de vista:

"La oposición entre los dos puntos de vista -sincrónico y diacrónico- es absoluta y no tolera componendas [...]"(C.L.G., p. 151; el subrayado es nuestro).

Al hilo del presente texto, hace T. de Mauro un largo y documentado comentario en el que se muestra categórico sobre la naturaleza de la distinción:

"On a cru communément que la distinction se place, pour Saussure, in re: l'objet "langue" a une synchronie et une diachronie, comme monsieur Durand a un chapeau et une paire de gants [...].

"L'attitude fondamentale de Saussure est que l'opposition entre synchronie et diachronie est une opposition de "points de vue"; elle a un caractère méthodologique, concerne le chercheur et son objet [...] et non l'ensemble des choses dont s'occupe le chercheur, sa matière (op. cit., pp. 452-453, nota 176).

Otro de los reparos que ha suscitado la dicotomía es la excesiva importancia que concede Saussure al aspecto sincrónico en detrimento del diacrónico. Es cierto que, como reacción al historicismo monopolizador de la época, hay en Saussure una reivindicación de lo sincrónico, al punto de elevarlo al primer plano del interés lingüístico; pero ello no entraña el menor desdén por el lado diacrónico:

"Después de conceder lugar excesivo a la historia, la lingüística volverá al punto de vista estático de la gramática tradicional, pero con espíritu nuevo y con otros procedimientos, y el método histórico habrá

contribuido a ese rejuvenecimiento; el método histórico, por contragolpe, será el que haga comprender mejor los estados de lengua. La vieja gramática no veía más que el hecho sincrónico; la lingüística nos ha revelado un nuevo orden de fenómenos; pero eso no basta; hace falta sentir la oposición de los dos órdenes para sacar todas las consecuencias que tal oposición comporta" (C.L.G., p. 151).

Saussure, pues, se muestra conciliador en este punto; preconiza una armonización de ambos métodos. Para de Mauro:

"Au moins dans les vœux de Saussure la nouvelle linguistique statique devrait conserver la trace des études diachroniques: elle est en cela, comme le faisait remarquer avec bonheur Vendryes [...], le réel dépasement d'une antithèse entre études diachroniques et synchroniques" (op. cit., p. 452, nota 174).

(15) Bien significativo es, a este respecto, el siguiente párrafo de Coseriu, que transcribimos casi en su integridad:

"[...] el estructuralismo diacrónico no supera en lo esencial, la antinomia entre sincronía y diacronía. Lo que hace es sólo mostrar que los cambios se hallan condicionados por el sistema y ordenar en la línea diacrónica una serie de sistemas sincrónicos, aunque vinculados, no por la simple continuidad, sino por la correspondencia entre sus estructuras funcionales. Con esto se corrige el "atomismo" y la heterogeneidad de la diacronía saussureana, se muestra que también la diacronía es "sistemática"; mas la antinomia misma -como pretendida oposición real- queda intacta. En efecto, de Saussure nunca negó que en la línea diacrónica pudieran "re-cortarse" hasta una serie infinita de sistemas sincrónicos. Lo que ocurre es que la antinomia saussureana no se supera, en su alcance real, si se sigue manteniendo de algún modo la concepción estática de la lengua y si se sigue considerando la lengua histórica como un conjunto de "estados de lengua" ordenados en el tiempo. No se supera si no se elimina efectivamente la identificación entre el ser de la lengua, que es un ser histórico (es decir, continuo) y un estado de lengua [...], o una serie de "estados" (que, en el fondo, es lo mismo)" (op. cit., p. 125).

(16) "Diachronic dialectology deals a) with divergence, i. e. it studies the growth of partial differences at the expense of similarities and possibly reconstructs earlier

stages of greater similarity (traditionally, comparative linguistics)[...]"(U. Weinreich, op. cit., p.395; en la nota 5 de este trabajo se da una cita más completa de estas y otras ideas conexas de Weinreich).

(17) Estas palabras de Hjelmslev confirman nuestra interpretación del texto saussureano: el enfoque sincrónico implica delimitación del sistema. Y Hjelmslev parece estar de acuerdo con Saussure al respecto; en una obra de 1928 ("preglosemática") se va configurando esa "ortodoxia saussureana" que, según Weinreich, tiene en Hjelmslev su más genuino exponente, y que conducirá, entre otras cosas, a la consideración estructural de la lengua en su pura sincronía (o idiosincronía, en términos del lingüista danés).

(18) "En rigor, hay también una pancronía en el orden diacrónico. Pero podemos prescindir de ello en gramática, puesto que en ella la diacronía no cuenta" (L. Hjelmslev, op. cit., p. 110, nota 261).

(19) No hará falta decir que no se trata de una conquista de la lingüística moderna. Tan sólo posee novedad en cuanto a su formulación.

(20) "[...] in questo senso la grande maggioranza delle analisi linguistiche di tipo descrittivo eseguite fino ad ora si possono definire monocroniche" (G. Francescato, op. cit., p. 1015).

(21) La parte III está dedicada a la lingüística diacrónica. La IV y la V ("Lingüística geográfica" y "Cuestiones de lingüística retrospectiva", respectivamente) constituyen la materia de "lingüística externa".

(22) En realidad, más que de incoherencia cabe hablar de hiato: Saussure no llega a contradecirse en este punto; sólo "ignora" lo esencial de su doctrina. (Véase al respecto lo dicho en la introducción de este capítulo y en la nota 1 del mismo.)

(23) Esto concuerda con las ideas de Francescato a que nos hemos referido en el apartado anterior; en particular:

"Se cerchiamo una spiegazione delle variazioni che l'indagine dei subdialetti ci permette di riconoscere entro il quadro del diasistema, non sarà difficile scoprire che, in generale, queste variazioni rappresentano non soltanto una funzione dello spazio, ma anche (e forse principalmente) una funzione nel tempo" (op. cit., p. 1013).

(24) Anotemos a modo de inciso que esa fidelidad a la tradición lingüística ha sido categorizada con el término lealtad lingüística:

"Language loyalty might be defined, then, as a principle -its specific contents varies from case to case- in the name of which people will rally themselves and their fellow speakers consciously and explicitly to resist changes in either the functions of their language (as a result of a language shift) or in the structure or vocabulary (as a consequence of interference)" (U. Weinreich, Languages in contact, p. 99).

Aunque Weinreich atribuye fundamentalmente este principio a la lengua estandarizada, dice también que

"one would suspect that a rudiment of this feeling is natural in every user of language, because the inescapable emotional involvement with one's mother-tongue as one learned in childhood [...] makes any deviation seem repugnant" (ibidem, pp. 99-100).

Esta lealtad lingüística rudimentaria se identificaría plenamente con el espíritu de campanario, tal como lo define Sausure.

(25) En principio, hay que diferenciar claramente los dos ámbitos de referencia, en el sentido en que se diferencian el cambio de lengua y el cambio lingüístico, a pesar de que entre ambos se puedan establecer paralelismos y puntos en común.

CAPITULO II

LA DIFERENCIACION INTERNA DEL IDIOMA

La diferenciación interna del idioma: el eje tridimensional.- Factores que determinan la diferenciación.- La variable diastrática.- Diastratía y diafasia.- La interacción social.

En cierta medida, este nuevo capítulo viene a sumarse a los anteriores e incluso a la primera parte, pues todo forma un conjunto cuyo denominador común es servir de información básica o, para ser más exactos, de premisa para el razonamiento subsiguiente. Tendríamos así, por un lado, ese gran acervo "informativo" que constituye la historia de los estudios dialectológicos; por otro lado, los principios teóricos según la lingüística saussureana, y por otro, lo que este capítulo encierra: una serie de observaciones sobre "las lenguas" como instituciones sociales; hechas unas desde antiguo, otras más recientemente, todas ellas han sido reformuladas en la actualidad, y se han convertido en fundamento -e incluso dogma- de la moderna sociolingüística y, por ende, de la teoría del lenguaje en general.

Pero, a la vez, este capítulo abre ya la vía especulativa propiamente dicha de la obra. En efecto, si hasta el momento

nos hemos contentado con exponer una serie de hechos y opiniones -en tono más o menos dialéctico-, reteniendo ciertas ideas y anunciando su posterior elaboración, desde ahora iremos cimentando ya nuestras propias tesis, naturalmente, con la oportuna apoyatura textual (y científica) de algunos de los autores que han reflexionado sobre el tema que nos ocupa.

Por consiguiente, dentro de la estructura del trabajo, puede hablarse de este como capítulo puente, que cierra los planteamientos o presupuestos generales e inicia ese intento de formalización de la lingüística diferencial más de una vez aludido.

2.1. La diferenciación interna del idioma: el eje tridimensional

Lo que todo el mundo entiende por idioma (1) dista mucho de ser un conjunto uniforme, un bloque monolítico sin fisuras. Por el contrario, se habla de la "multisistematicidad" de la lengua nacional -o, simplemente, de la lengua-: una lengua nacional ('lengua de una comunidad más o menos amplia') se halla estratificada -no puede decirse "escindida"- en un conjunto heterogéneo de formaciones lingüísticas, determinadas, básicamente, por las posibilidades efectivas de comunicación entre los miembros de la comunidad. Y el comportamiento verbal individual queda a su vez determinado por dichas formaciones; puede decirse, por tanto, que es previsible en alguna medida, o al menos, que se podrá prever cómo no va a ser (conociendo, claro está, las posibilidades comunicativas reales)(2).

Aunque el hablante normal no tome conciencia directa de ello, es de todos conocido que un "mismo" idioma sufre variaciones con el paso del tiempo. Otro de los hechos que no pasa desapercibido a la mayoría de los hablantes de una determinada lengua, sobre todo si sus relaciones sociales no se ciñen exclusiva-

mente a las del grupo en que de ordinario se desenvuelve, es la diferencia de formas de hablar dentro de un mismo marco de comprensibilidad mutua. Y, por último, a poco que un hablante medio reflexione sobre el uso que hace de su lengua, se dará perfecta cuenta de cómo se atiene a diferentes cánones expresivos según las circunstancias de la comunicación, esto es, según los distintos tipos de comunicación que lleve a cabo.

Si estas comprobaciones están al alcance de cualquier hablante, es obvio que al estudioso del lenguaje no se le hayan pasado por alto; es más, dada su importancia, ocupan lugar preferente -convenientemente elaboradas- dentro de la teoría lingüística.

2.1.1.

Desde muy antiguo existen testimonios de esa percepción de variantes idiomáticas (o intra-idiomáticas), como hemos mostrado a lo largo de la primera parte de este trabajo. Pero solo con la aparición de la dialectología como disciplina científica, en el siglo XIX, ha cobrado el hecho de la variación relevancia teórico-metodológica. Y ello, fundamentalmente, debido a autores como Gauchat, Rousselot, Gilliéron, y muy especialmente, Schuchardt, quienes, de manera explícita y por distintos cauces, han hecho ver la necesidad de una lingüística de la diversidad.

Más recientemente, otros lingüistas han insistido en el tema y propuesto modelos al respecto, bien como requisitos previos para sus propios trabajos, bien como aportaciones directas a la teoría del lenguaje. Concretamente, una de las tareas principales de la sociolingüística consiste en asignar al fenómeno de la diversidad un estatus preciso y darle la formalización oportuna; y, desde luego, ha habido numerosas tentativas en

este sentido por parte de los especialistas. De ellas han surgido nociones como las de idiolecto, sociolecto, diasistema, etc., que se han convertido en lugares comunes y puntos de referencia, tanto de la vertiente sociológica de la lingüística, como de la ciencia del lenguaje en general.

Un intento de sistematización global de esas y otras nociones lo constituye el esquema propuesto por Rona -el eje tri-dimensional- del que aquí nos vamos a hacer eco, señalando sus antecedentes, sometiéndolo a debate y, en suma, empleándolo como base o hipótesis de nuestro propio trabajo (*).

2.1.2.

El punto de partida de Rona es una crítica del concepto saussureano de lengua, demasiado vago y difuso -a juicio de este autor- y cuya utilización indiscriminada es fuente de equívocos y de grandes dificultades metodológicas:

"Así, si bien es cierto que existe un concepto de lengua (L_1) que se opone a habla (parole), no menos cierto es que cuando hablamos de una lengua francesa en cuanto opuesta a los dialectos y patois franceses, esta lengua (L_2) incluye en sí el "habla francesa", puesto que a esta L_2 corresponde un habla y a cada dialecto y patois un habla diferente. Aún podemos hablar de "lengua francesa" en cuanto opuesta a la alemana, española, inglesa, etcétera, y esta lengua (L_3) incluye aun los dialectos y patois franceses (con las hablas que les corresponden)" (**).

Estas ideas pueden esquematizarse -como su malogrado autor hacía- de la siguiente manera:

(*) Para la exposición y discusión del mismo, utilizaremos el artículo "La concepción estructural de la sociolingüística", Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística, pp.203-216.

(**) Ibidem, pp. 203-204.

(Lengua ₁)	lengua / habla
(Lengua ₂)	<u>lengua</u> / dialectos
(Lengua ₃)	l e n g u a / otras lenguas

En efecto, en el Curso de lingüística general no aparecen claramente diferenciados estos tres conceptos de lengua. Ya hemos señalado aquí que no existe absoluta coherencia entre las distintas partes del Curso, sobre todo entre las últimas y las primeras. No hay en Saussure, por ejemplo, mención explícita de que la langue no se identifica por completo con lo que se considera "una lengua". De ahí la necesidad -acertadamente señalada por Rona- de deslindar conceptos dentro del amplio y polisémico término lengua.

Sin embargo, la solución propuesta por este autor no deja de suscitar ciertas reservas. Por un lado, la diferencia entre lengua₁ y lengua₂ no estriba, a nuestro entender, en que esta incluya lo que pudiera llamarse "habla₁"; es más, no necesariamente se ha de concebir la lengua₂ como compendio de 'lengua + habla'. Consecuentemente, si lengua₃ abarca lengua₂ + dialectos y, por tanto, también sus "hablas" respectivas, podría aplicársele el razonamiento anterior. En resumen, pues, no suscribimos la idea de Rona de incluir el habla dentro de la lengua₂ -como hace explícitamente este autor- y de la lengua₃ -como se desprende fácilmente de su doctrina.

El segundo punto problemático del modelo es la propia distinción de tres conceptos de lengua, problema que se reduce a determinar la naturaleza de la lengua₂. Siguiendo con el ejemplo de la lengua francesa, lo primero que habría que preguntarse

es a qué "lengua francesa" nos estamos refiriendo. Lo más razonable es pensar en el llamado francés estándar, opuesto a dialectos y patois franceses. Ahora bien, aquí se nos presentan dos alternativas. En primer lugar, la de considerar ese francés estándar como lengua₁, al igual que los dialectos y patois; ciertamente, existen diferencias entre uno y otro tipo de formaciones lingüísticas, pero solo en cuanto a la "importancia" o a la extensión, es decir, de índole cuantitativa, externa, y no estrictamente teórica. Y cabe también la posibilidad de interpretar la "lengua francesa" -la supuesta lengua₂- como formación lingüística genérica, de la cual serían variantes "menores" los dialectos y patois. Sin embargo, tanto si concebimos las formas dialectales como variantes de la lengua estándar, como si consideramos esas formas dialectales -al lado de la estándar- como integrantes de una formación más amplia, no estaríamos sino en la lengua₃. Es decir, la lengua₂, o está "dialectalizada", o no lo está. En el primer caso se trataría de lengua₃; en el segundo, simplemente de lengua₁ (3).

Es cierto, sin embargo, que hay que distinguir -mejor dicho, no confundir- la lengua en sentido genérico (opuesta al habla), la lengua estándar y esa especie de "familia lingüística" -a veces llamada lengua- que forman esta última y ciertos dialectos emparentados con ella; sobre todo para evitar caer en el error de atribuir carácter de "lengua" (en sentido genérico) solo a la forma estándar, negándoselo a dialectos y patois. En este sentido sería válida la distinción de Rona. Pero, insistimos, siempre que ello no llevara a determinar en el plano teórico tres niveles formales de lengua: desde nuestro punto de vista, son solo dos los que, como cualitativamente diferentes, se pueden establecer.

Como solución que satisfaga esta última exigencia y que a la vez evite la total identificación de los tres conceptos de

lengua mencionados, propondríamos que se determinaran dos planos de oposición, que llamaríamos de la teoría y de la praxis. En el plano teórico se opondría la lengua₁ (opuesta a su vez al habla) a una lengua₂ (que sería la lengua₃ de Rona); si la primera puede denominarse código, para la segunda acuñaríamos el término de supercódigo (o, en terminología más usual, sistema / diasistema). En el terreno de la praxis, y en lo que a la "lengua" se refiere, se opondría la lengua estándar ("lengua"₁) a la "familia lingüística" antes aludida ("lengua"₂). Combinando ambos criterios, teórico y práctico, podrían obtenerse los tres conceptos de lengua señalados por Rona, solo que se eliminaría lo que a nuestro juicio representa una errónea jerarquización formal de los mismos.

2.1.3.

Hechas las precisiones anteriores, y siguiendo el hilo expositivo del trabajo que comentamos, podemos pasar a presentar el esquema propiamente dicho, el eje tridimensional. Es previo, sin embargo, el concepto de diasistema, que, al margen de ulteriores caracterizaciones, se puede identificar con la lengua₃ de Rona (nuestra teórica lengua₂). Así lo interpreta de hecho este autor:

"Aceptamos este término, acuñado por el lamentado Weinreich, como sinónimo de L₃, aun cuando Weinreich lo emplea solamente con referencia a la estratificación horizontal (dialectal). Creemos que "metasistema" (en el sentido ruselliano) sería el término obvio para describir o denotar un sistema de sistemas; pero este término sería entonces homonímico con el que designa el sistema del metalenguaje. Preferimos entonces hablar de "diasistema", que es al mismo tiempo un concepto obviamente similar al L-complex de Hockett también"(*).

(*) Op. cit., pp. 203-204.

Aceptable en líneas generales esta fijación -más que definición- del diasistema (4), solo hay que hacer notar que en este testimonio de Rona se halla una prueba implícita de lo que en el apartado anterior suscitaba nuestras reservas: el que la lengua₃ incluyera "aun los dialectos y patois franceses (con las hablas que les corresponden)"(*) ; es decir, que dentro de la consideración de 'lengua' (L₃) entrara un componente de "habla".

La prueba nos la proporciona la identificación con el "diasistema" de Weinreich; y, más claramente, la equiparación de este concepto con algo tan alejado del habla como la "arquitectura de la lengua" de Hjelmslev (que categóricamente la excluye):

"La 'arquitectura (charpente) de la lengua' de Hjelmslev, el concepto de "archisistema de Coseriu, el "sistema de sistemas" de que hablan los lingüistas checos, y aun nuestras propias observaciones [...] constituyen otras tantas tentativas de resolver este problema[...]"(**).

La representación de un diasistema ideal es, para Rona, un cubo -figura tridimensional- en el que quedan comprendidos todos los idiolectos de un "idioma"; a su vez, cada una de las dimensiones o ejes del cubo representa, respectivamente, el tiempo, el espacio y el grupo social, las tres principales variables que determinan la diferenciación interna del "idioma": ejes diacrónico, diatópico y diastrático:

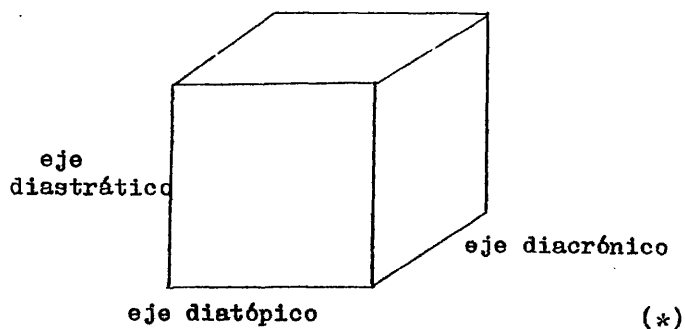
"Los tres ejes de este cubo pueden designarse, utilizando la terminología de Flydal [...] como eje diatópico, eje diastrático y eje diacrónico"(***).

(*) Ya citado anteriormente. El subrayado es nuestro.

(**) Ibidem, p. 204.

(***) Ibidem, p. 205.

He aquí una reproducción del esquema:



Este esquema constituye la base de la doctrina sociolingüística de su autor y cumple con la tarea para la que ha sido ideado: servir de representación de la "diversidad dentro de la unidad". Como tal vamos a utilizarlo aquí.

2.2. Factores que determinan la diferenciación

Se ha dicho que tiempo, espacio y grupo social configuran un triple eje en el que se representa el diasistema con sus variedades internas. Habría que considerar también un cuarto factor constituido por las circunstancias comunicativas en tanto que determinan diversos "estilos". Sin embargo, Rona no admite este factor dentro de su esquema, cuyos límites son, de un lado, el diasistema, y de otro, el idiolecto, porque considera que los estilos son variantes "intra-idiolectales". Así, al aludir a la denominación de los tres ejes, afirma:

(*) Tomado de la p. 205 de la obra citada.

"Utilizamos, en efecto, esta terminología desde 1958. Nos permitimos, en cambio, discrepar con la cuádruple organización que introduce Coseriu al adoptar esta terminología [...], ya que la diafasia se refiere a relaciones entre varios estilos de lengua dentro del mismo idiolecto (L_1), mientras que la diatopía, diastratía y diacronía son relaciones entre idiolectos distintos; se trata, pues, de relaciones de diferente orden"(*).

Sobre la inclusión o no de este factor en el modelo, sobre la naturaleza de los factores que lo configuran y sobre su propia validez, tratarán este y los sucesivos apartados del presente capítulo.

2.2.1.

La sociolingüística -al menos la de corte europeo- debe a Leiv Flydal (**) uno de los primeros intentos de formalizar la diferenciación interna del idioma, pero, sobre todo, una terminología -y categorización correspondiente- de amplio alcance y reconocido mérito. Tomando como base la pareja terminológica saussureana sincronía/diacronía, acuña otras dos, paralelas, para el espacio y los grupos sociales: sintopía/diatopía y sinstratía/diastratía, respectivamente.

Examinemos, en primer lugar, lo relativo al espacio. A la luz del Curso de lingüística general, donde se afirma que "la limitación en el tiempo no es la única dificultad que encontramos en la definición de un estado de lengua [,sino que] el mismo problema se plantea a propósito del espacio"(***), Flydal

(*) Loc. cit.

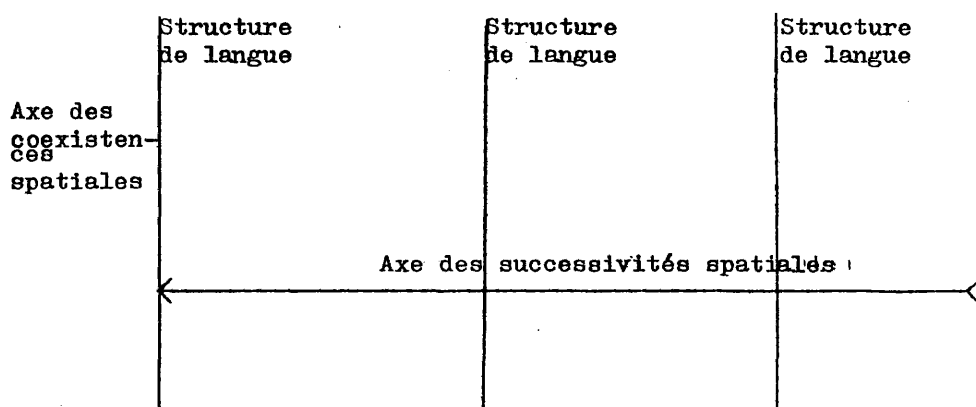
(**) "Remarques sur certains rapports entre le style et l'état de langue", Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap, vol. XVI, 1951, pp. 241-258.

(***) P. 177.

se propone desarrollar con fines operativos cuestiones que no pasan de ser simplemente apuntadas o reconocidas. Una vez sugerida la expresión eje de las sucesiones temporales para designar el "eje de las sucesiones" saussureano (diacronía) -pues no solo en el tiempo se suceden las estructuras lingüísticas-, añade Flydal:

"Les structures linguistiques se succèdent, d'une manière assez analogue, dans l'espace [...]. Les phénomènes linguistiques propres à cette aire peuvent ou bien être considérés, selon des méthodes comparatives, dans les changements observables d'une région à l'autre, c'est-à-dire dans ce qu'on pourrait appeler leur perspective diatopique, ou bien ils peuvent être étudiés dans les rapports que constituent entre eux les phénomènes qu'on peut observer à l'intérieur d'une partie donnée de cette étendue, c'est-à-dire selon ce que nous appellerons le point de vue syntopique"(*).

E ilustra su concepción con la siguiente figura(**):



En cuanto al factor social:

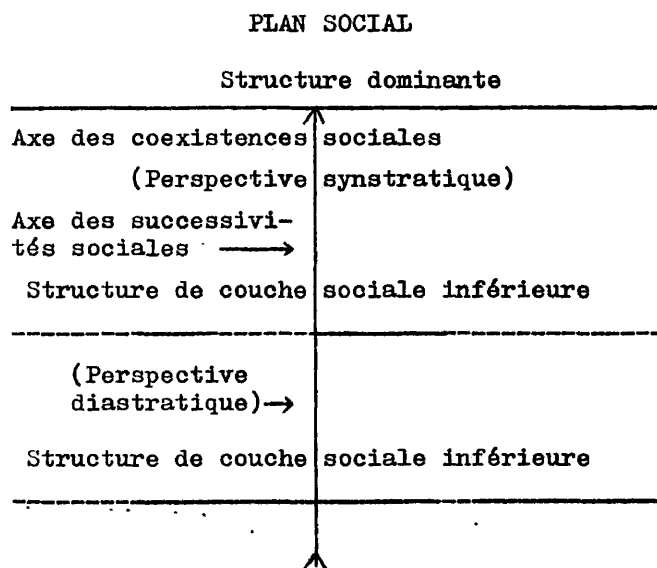
"Outre que les structures linguistiques se succèdent dans le temps et dans l'espace, elles se succèdent aussi, dans les sociétés à hiérarchie sociale suffisamment dé-

(*) Op. cit., p. 248.

(**) Ibidem, p. 249.

veloppée, à mesure que l'on descend ou que l'on monte l'échelle sociale" (*).

No existe, sin embargo, definición de los términos dias-
tratía y sinstratía, pero sí se presentan en la figura que ilus-
tra la influencia del componente "social" en la variación lingüís-
tica interna (**):



Hay que decir que la terminología y el modelo en que se inscribe fueron ideados para dar explicación de cierta clase de "hechos de estilo" que pueden registrarse en el uso de la lengua estándar como estructura dominante. No se trata, pues, de un marco teórico elaborado a propósito como formalización de los "hechos de diversidad dentro de la unidad".

(*) Ibidem, p. 250.

(**) Ibidem, p. 252. Las líneas horizontales representan diferentes estructuras de lengua según las distintas sinstratías (en línea continua se marcan los aspectos característicos y diferenciales -respecto a la estructura dominante- de dichas estructuras. La línea vertical indica el eje de las sucesiones sociales (diastratía

2.2.2.

Por su parte, E. Coseriu, en un importante trabajo de lexicología teórica (*), trata también el fenómeno de la diferenciación idiomática interna; pero no en sí mismo, como objetivo fundamental, sino -en actitud similar a la de Flydal- con el fin de proporcionar un marco teórico-metodológico adecuado, en este caso, a la descripción lexicológica. Ello no obsta para que sean numerosas las aportaciones a la teoría lingüística (sobre todo a la de la lingüística diferencial) que en dicho trabajo se contienen, lo que nos obliga a no perderlo de vista a lo largo de estas páginas. De esas aportaciones interesa destacar por el momento el concepto de diafasía en tanto que factor de diferenciación interna, y que viene a sumarse a los señalados por Flydal. De esta manera queda, pues, rectificado el "modelo" del lingüista noruego:

"La 'technique du discours' synchronique correspondant à une langue historique n'est jamais une technique unitaire. On y constate, notamment, trois types de différences internes qui peuvent être plus ou moins profondes: différences dans l'espace géographique, ou différences diatopiques; différences entre les couches socio-culturelles de la communauté linguistique, ou différences diastratiques; et différences entre les types de modalité expressive ou différences diaphasiques (nous adoptons les deux premiers termes de M. L. Flydal [...] et nous y ajoutons le troisième)" (**).

¿Qué es lo que comportan esas diferencias de tres órdenes? Técnicas de discurso distintas que se interfieren entre sí y que carecen de absoluta homogeneidad:

"Les techniques plus ou moins unitaires qui correspondent à ces trois types de différences (en s'y opposant) sont les "parlers locaux" et les "langues régionales"

(*) "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire", Les théories linguistiques et leurs applications, pp. 1-51.

(**) Ibidem, p. 33.

(techniques syntopiques), les "niveaux" socio-culturels de la langue (techniques synstratiques: "langage cultivé", "langage moyen", "langage populaire", etc.) et les "styles de langue" (techniques symphasiques: "langage usuel", "langage solennel", "langage familier", "langage des hommes", "langages des femmes", etc., et, dans la langue littéraire, "langage poétique", "langage de la prose", etc.). Mais ces techniques sont plus ou moins homogènes chaque fois à un seul point de vue, c'est-à-dire que l'homogénéité dans un sens n'implique pas l'homogénéité dans les deux autres sens: à chaque point de l'espace on trouvera des différences diastratiques et diaphasiques, pour chaque "niveau de langage" on constatera des différences diatopiques et diaphasiques et dans chaque "style de langue" il y aura des différences diatopiques et diastratiques. Dans ce sens, une langue historique n'est jamais un seul "système linguistique", mais un "diasystème": un ensemble de "systèmes linguistiques", entre lesquels il y a à chaque pas coexistence et interférence"(*).

2.2.3.

Hasta aquí las concepciones de Flydal y Coseriu presentadas textualmente. Examinémoslas ahora con un poco de atención.

Tiempo, espacio, grupo social y situación comunicativa -conjugando ambos modelos- constituyen, pues, los factores -bien diferenciados entre sí- no solo de la diversidad en el seno de lo que llamamos idioma, sino de la diversidad lingüística en general. A la pregunta de qué es lo que determinan esos factores, habíamos respondido, con Coseriu, que "técnicas de discurso", pues así se consideran las "hablas locales" y "lenguas regionales", los "niveles" socioculturales de la lengua y los "estilos de lengua". Hay que añadir -con Flydal- al principio de la lista los "estados de lengua" -o "estructuras de lengua en el tiempo", como quiere el lingüista noruego- (esta última noción se asimilaría

(*) Loc. cit.

fácilmente a la de "técnica del discurso" de Coseriu(5)). En cuanto a la terminología, optamos por técnica del discurso o del habla, por tratarse de un término más general, que no prejuzga sobre los caracteres sistemático y de unidad interna.

En síntesis -y esto no lo vamos a descubrir, pero sí es preciso subrayarlo-, las técnicas del discurso determinadas por los aludidos factores de diferenciación son "lengua" en sentido saussureano -al menos, para los autores que comentamos- (6).

Por otra parte, se ha dicho que los modelos de diversidad idiomática interna que encierran las concepciones de Flydal y Coseriu constituyen para ambos un marco teórico en que situar otros aspectos de la descripción lingüística. Concretamente, en el primero de los casos, es la explicación de ciertos "hechos de estilo" la que requiere dicha apoyatura teórica. Y es así como la distinción saussureana entre sincronía y diacronía se aplica a señalar la pervivencia de arcaísmos -"extraestructuralismos ocasional e individualmente tomados en préstamo de otras estructuras del mismo idioma"(*)- como portadores de efectos estilísticos (7). Destaquemos con Flydal este fenómeno, indicio de la "coexistencia" de estructuras de lengua distanciadas en el tiempo.

En cuanto a la distinción misma entre sincronía y diacronía, ya se ha tratado con cierto detalle en otro lugar de este trabajo; allí, pues, remitimos (véase 1.3.). Es ahora el momento, sin embargo, de añadir algo: si por sincronía entendemos 'realidad sincrónica', 'corte en el tiempo', y por diacronía 'realidad diacrónica', 'continuum temporal', es preciso entonces sustituir ambos términos por perspectiva sincrónica y perspectiva diacrónica. En efecto, sincrónicamente, más que estudiar la lengua "en un momento determinado" (que, en el fondo, constituye

(*) Op. cit., p. 244.

ya un período de mayor o menor extensión), lo que hacemos es considerar la lengua como si permaneciera inmóvil, como si fuera un verdadero estado); pero sabemos que en la realidad la lengua es un constante fluir. Ese fluir continuo habría de ser el objeto de la "diacronía", y sin embargo no lo es, o al menos no lo es del todo: diacrónicamente, no hacemos sino considerar varias sin-sincronías -en número variable según la precisión del análisis-, lo cual equivale a considerar el movimiento como una sucesión de estadios, de "saltos".

Esto ocurre también con la dimensión espacial, toda vez que "les structures linguistiques se succèdent, d'une manière assez analogue, dans l'espace"(*). Y es así como, contrariamente a lo que una visión directa de la realidad nos mostraría, "trazamos" límites dialectales precisos y aun establecemos los propios dialectos (8). Independientemente de que en algunos casos esto se produzca de hecho así, es preciso reconocer que el quehacer científico obliga a obrar de tal modo. Son, pues, imperativos de orden analítico los que nos llevan a "delimitar" el continuum de la realidad lingüística tanto espacial como temporalmente.

El eje "social" plantea el mismo problema, pues como dice Rona:

"Esto se debe al hecho de que la diferenciación diastrática es muy similar a la diatópica (dialectal)"(**).

Y la solución pasa por la misma vía "simplificadora". En torno a la diferenciación diastrática, sin embargo, existe, además de este, una compleja serie de problemas centrados 1) en los criterios que se han de seguir para fijar los niveles -estratos, grupos sociales- de la variable y 2) en las relaciones que

(*) Ibidem, p. 248.

(**) Op. cit., p. 206.

este eje "social" mantiene con el de los "estilos" de lengua. En los próximos apartados examinaremos dicha problemática.

2.3. La variable diastrática

L. Flydal, el primero en categorizar (con una feliz terminología) la variable "social", no es demasiado explícito a la hora de determinar los criterios que la definen:

"Tout parler étant localisable, avec les hommes dans l'esprit desquels il existe, dans le temps, dans l'espace et dans les divisions hiérarchiques et autres de la société [...]"(*).

Por su parte, Coseriu, a título provisional, habla de "les 'niveaux' socio-culturels de la langue (techniques synstratigues: 'langage cultivé', 'langage moyen', 'langage populaire', etc.)" (**).

Divisiones jerárquicas y otras de la sociedad (es decir, toda posible división), y "niveles" socioculturales: he aquí las dos propuestas que, sin embargo, no puede decirse que sean formales; en un caso, por demasiado genérica; y en otro, por tratarse más bien de un ejemplo, de un modo de ilustrar el concepto de diastratía. En vano, pues, buscaremos en los autores mencionados mayores precisiones sobre algo que sin duda las requiere.

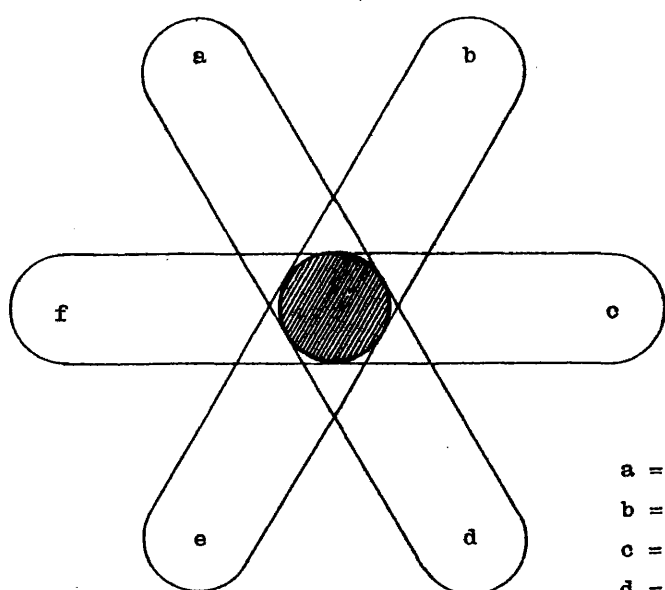
(*) Op. cit., p. 255; el subrayado es nuestro.

(**) Op. cit., p. 33; el subrayado es nuestro.

2.3.1.

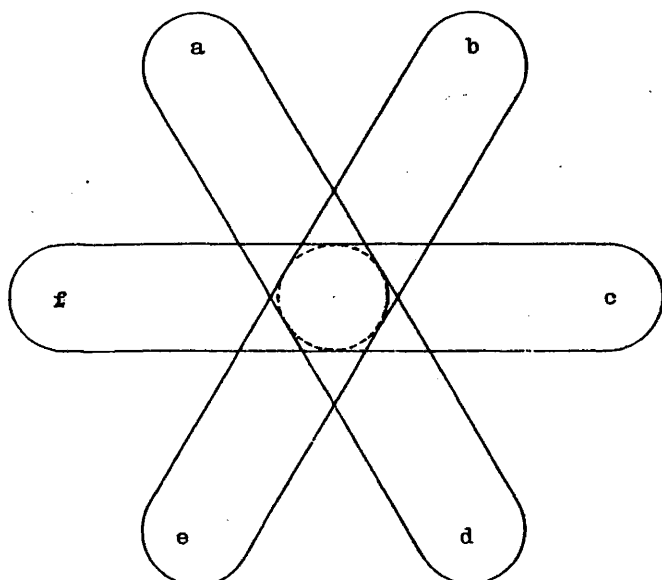
Aceptando en principio la idea de que son todas las posibles divisiones de la sociedad las que integran la variable diastática, reuniríamos un conjunto de criterios entre los que pueden señalarse: clase social, poder económico, grado de instrucción, hábitat (rural, urbano), sexo, edad, religión, profesión ... Cada uno de estos criterios -entre otros posibles- determina a su vez un conjunto de niveles, estratos, grupos -cualquier denominación es válida provisionalmente-. Los elementos de los distintos conjuntos lo son en número variable (grado de instrucción) o fijo (sexo); elevado (profesión) o reducido (los dos primeros, sobre todo el sexo, constituyen buenos ejemplos), y teóricamente finito.

Naturalmente, si admitimos la intervención de todos los criterios, todos habrían de conjugarse, con lo que el eje diastático ideal adoptaría la imagen de una intrincadísima red multidimensional. Es un hecho, en efecto, que un mismo individuo "pertenece" a diferentes estratos a la vez: puede tratarse, por ejemplo, de un varón, médico, de clase media alta (y alto grado de instrucción), de treinta años, integrante de un club deportivo, militante de un partido de izquierda moderada, aficionado a la ópera ... Esta "pertenencia del individuo a distintos estratos" ha de entenderse en el sentido propio de la expresión; es decir, dichos estratos no son una mera categoría sociológica, sino que pueden llegar a constituirse en grupos sociales. Con otras palabras, la conjunción de criterios no determina -por la intersección de sus elementos- compartimentos estanco como el que aparece en la figura de la página siguiente (esquema 1):



ESQUEMA 1

a = varones
 b = católicos
 c = 30-35 años
 d = abogados
 e = aficionados al fútbol
 f = políticamente, conser-
 vadores



ESQUEMA 2

No existe -refiriéndonos al ejemplo de la figura- un grupo de varones, católicos, entre treinta y treinta y cinco años, abogados, conservadores, aficionados al fútbol ... diferente del que reúne las mismas características salvo la última, que sería la afición al baloncesto (piénsese además que, aumentando el número de criterios y elementos -casados, calvos, con gafas, partidarios del divorcio ... se multiplicarían los estratos casi al infinito y se desembocaría en el individuo mismo). Por el contrario, si bien es cierto que en algunos casos puede formarse este tipo de estratos (cerrados), no por ello dejan de tener entidad los grupos que lo generan: volviendo al ejemplo, un individuo cualquiera está "vinculado" a los abogados y a los católicos -por citar solo dos parámetros-, y no solo a los abogados católicos. Aunque difícilmente representable, esta idea podría ser ilustrada mediante el esquema 2 de la figura anterior, donde la intersección de los grupos (círculo central) va en línea discontinua, indicando con ello que el "grupo" resultante está abierto en todas direcciones, que no se separa de los grupos que lo originan.

De todos modos, nos estamos moviendo en un plano completamente teórico, en algún sentido irreal. Y es que no todas las posibles divisiones de la sociedad dan lugar a verdaderos grupos sociales. Así, lo primero que hay que hacer a la hora de caracterizar la variable diastrática es formularse la pregunta: ¿qué es un grupo social?

2.3.2.

Qué no es un grupo social:

"[...] on peut dire ce que les groupes sociaux ne sont pas: collections d'individus (du type tous les hommes portant des casquettes ou toutes les femmes brunes de 32 ans et demi), catégories sociales statistiques (du type "Français percevant un salaire de 1500 F.", ou par

extension "Français moyen"), assemblage de personnes (du type "personnes se trouvant dans la salle des pas perdus de la Gare Saint-Lazare à 12 h.30") [...]"(*).

Para Marcellesi y Gardin, divisiones como las precedentes no satisfacen la definición de grupo social. Y citan a G.Gurvitch, para quien:

"le groupe est une unité collective réelle mais partielle, directement observable et fondée sur des attitudes collectives continues et actives, ayant une oeuvre commune à accomplir, unité d'attitudes, d'oeuvres et de conduites, qui constitue un cadre structurable vers un équilibre particulier des formes de sociabilité"(**).

La definición, a juicio de Marcellesi y Gardin, puede ser simplificada y, sobre todo, precisada, pues deja de lado la actividad lingüística; de este modo, se definirán los grupos sociales como:

"unités collectives réelles mais partielles, fondées sur une activité linguistique commune, et impliquées dans un processus historique"(***)).

Es decir, grupo social y grupo sociolingüístico serían dos nociones muy próximas, por no decir idénticas. Y, para los autores en quienes nos basamos, se podrían establecer los siguientes tipos de grupos sociales (que constituirán objeto de análisis tanto sociológico como sociolingüístico):

"1) Les classes diverses ont un rôle historique à jouer et notamment les classes antagonistes: l'activité linguistique de chacune aboutira rarement à un discours unique, mais pourra être étudiée par contraste;

"2) Les groupes caractérisés par leur place dans le travail productif ont leurs documents professionnels

(*) J.-B. Marcellesi - B. Gardin, Introduction à la sociolinguistique, p. 17.

(**) Ajud Marcellesi y Gardin, op. cit., p. 17.

(***) Loc. cit.

et techniques; on peut rapprocher des groupes professionnels les groupes impliqués dans des activités culturelles et de loisirs contribuant à la reproduction des forces de travail;;

"3) Les groupes engagés dans une activité tendant au maintien ou à la transformation de certains rapports sociaux comme les partis, les syndicats, ont leur congrès, leurs documents collectifs, leur presse;

"4) Les groupes religieux ont également une activité linguistique collective qui varie en fonction des cultes;

"5) Les groupes sociaux à base géographique (9) se structurent comme un ensemble d'individus impliqués dans la vie économique d'une région, et sur le plan linguistique ils se caractérisent par l'utilisation de dialectes et par la production d'énoncés relevant de ces dialectes" (*).

¿Entran de hecho todos estos grupos sociales en la variable diastrática? ¿Qué categorías se hacen intervenir en las investigaciones sociolingüísticas? ¿Qué "variedades" de lengua se corresponden con la subagrupación social?

La respuesta que vamos a dar ahora a este haz de interrogantes será solo parcial, y fundamentada sobre todo en la práctica llevada a cabo por estudiosos de la materia. No obstante, sin perjuicio de posteriores matizaciones, hay que convenir, en principio, que no pueden darse normas fijas para todos los casos; es decir, que habrá que tener en cuenta la naturaleza de la "sociedad" que se vaya a estudiar y los intereses específicos del investigador. Así nos confirma Alvar:

"[...] este grupo diatópico está escindido, a su vez, en unas capas diastráticas que -según el tipo de in-

(*) Ibidem, pp. 17-18; el subrayado es nuestro.

terés que nos condicione- serán los cortes generacionales, culturales, etc."(*).

2.3.3.

Lo que se considera piedra angular de la moderna lingüística norteamericana, Language de L. Bloomfield, abunda en consideraciones y apuntes que no dudaríamos en calificar de sociolingüísticos, hasta el punto de hacer de su autor uno de los precursores inmediatos de esta disciplina. Refiriéndonos en concreto a la cuestión que nos ocupa, en uno de los capítulos dedicados a aspectos "externos" del lenguaje -"Las comunidades lingüísticas"-, aparece una clasificación de las variedades de lengua atendiendo, de manera especial, al factor "diastrático":

"Los tipos principales de lengua en una comunidad lingüística pueden ser clasificados a grandes rasgos de la siguiente manera:

"(1) literario 'standard', usado en el habla más formal y en la escritura [...];

"(2) coloquial 'standard', el habla de la clase privilegiada [...];

"(3) provinciano 'standard' [...]; es hablado por la clase 'media' y muy cercano al (2), pero con ligeras diferencias de provincia a provincia [...];

"(4) 'sub standard' [...] hablado en los países europeos por la clase 'media baja'; en los Estados Unidos por casi todos, excepto los hablantes de tipo (2-3). Muestra diferenciación topográfica sin diferencias locales intensas [...];

"(5) dialecto local, hablado por la clase menos privilegiada; sólo ligeramente desarrollado en los Estados Unidos [...]; a veces las variantes son tan grandes como para resultar incomprensibles entre ellas y para los hablantes de los tipos (2-3-4) [...]"(**).

(*) Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 203-204; el subrayado es nuestro.

(**) Citamos por la edición española: Lenguaje, pp. 59-60

Hemos traído la clasificación de Bloomfield no con ánimo de someterla a examen crítico, sino con el de delinear una respuesta práctica -juntamente con las soluciones presentadas por otros lingüistas- a las preguntas que nos formulábamos al principio de este apartado. No obstante, digamos que dicha clasificación se articula en torno a la noción de standard en tanto que "valor" de tipo diastrático; es decir, para Bloomfield este último criterio es el que determina, principalmente, las variedades de lengua. El factor geográfico pasa a segundo plano; e incluso la propia variación dialectal se atribuye a las clases menos privilegiadas, esto es, se considera como hecho de naturaleza fundamentalmente social (en el sentido de 'diastrática'). Aunque sobre este punto hace Bloomfield la salvedad de que el dialecto local "en Suiza es usado también como lenguaje doméstico por las otras clases", parece aventurado relegar este tipo de formación lingüística al último lugar de la escala social (menos llamativo -pero también inexacto- hubiera sido hablar de "medios rurales" en vez de "clases menos privilegiadas"). En general, el escaso papel que desempeña en la clasificación de Bloomfield el factor geográfico se explica porque esta ha sido pensada casi exclusivamente para describir las variedades lingüísticas en los Estados Unidos, por más que su autor le otorgue visos de universalidad.

2.3.4.

Veamos a continuación "respuestas" actuales al problema suscitado. Si la anterior pertenecía a un "pre-sociolingüista", tomemos ahora dos muestras procedentes de estudiosos que se encuentran entre los cultivadores de esta orientación de la ciencia del lenguaje.

El también norteamericano W. Labov puede considerarse como uno de los que más han contribuido al desarrollo de la sociolingüística, hasta el punto de convertirse en el verdadero artífice de su vía empírica, quizá la tendencia mejor definida de cuantas forman el abanico sociolingüístico en la actualidad.

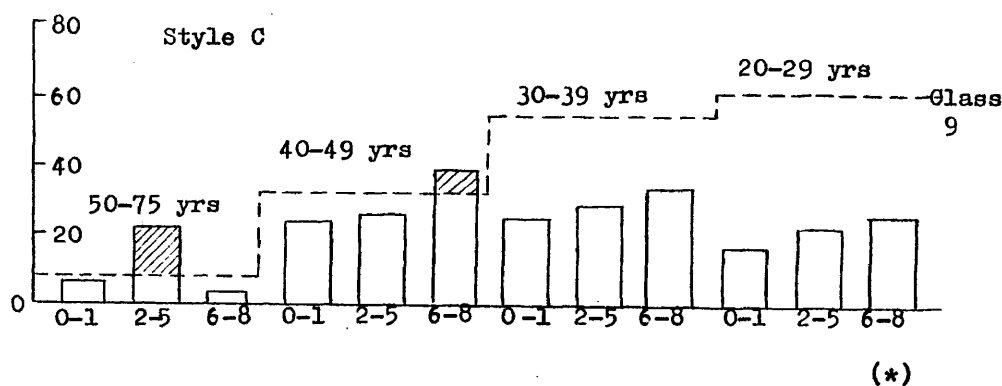
Por todo ello, la postura de Labov acerca del problema aquí planteado ha de ser enormemente significativa. Es difícil, sin embargo, aislarla del contexto que representa el conjunto de su doctrina, cuyo examen y crítica nos llevarían ahora demasiado lejos (10). No obstante, y haciendo esta salvedad, digamos que en su ya clásico The Social Stratification of English in New York City maneja dos parámetros fundamentales: la variable "social" y la "estilística" (en función de las cuales se determina la variable lingüística). Y dentro de la primera establece diez escaños o "clases", resultado de la combinación de tres índices: renta, nivel de instrucción y profesión; a su vez, estas clases se reagrupan en cuatro estratos:

"These groups are defined as divisions of the ten-point socioeconomic scale constructed by Mobilization for Youth on the basis of their data in the original survey. The socioeconomic index is based on three equally weighted indicators of productive status: occupation (of the bread-winner), education (of the respondent), and income (of the family). Informally, we may describe these class groups as follows: group 0-1, lower class; 2-4, working class; 5-8, lower middle class; 9, upper middle class. Classes 2 and 5 are marginal groups, which sometimes show the linguistic behavior of the next lower group, and sometimes that of the next higher group"(*).

La variable "social" queda, pues, constituida por una serie de elementos establecidos mediante la aplicación de un criterio mixto, que combina los valores: renta, instrucción y pro-

(*) W. Labov, Sociolinguistic Patterns, pp. 178-179.

fesión. Se obtienen, así, clases socioeconómicas, o si se quiere, socioculturales (11). Dentro de cada clase se registran, eventualmente, subdivisiones según el sexo, edad, raza, etc. Especialmente operativas son las que resultan de aplicar el criterio 'edad'; reproducimos uno de los esquemas utilizados por Labov donde aparece este componente:



(*) (El esquema representa la pronunciación de r final o preconsonántica por hablantes de clase baja -subproletariado- (0-1), clase trabajadora (2-5), pequeña burguesía (6-8) y alta burguesía (9), según cuatro grupos de edad y en estilo de lectura.)

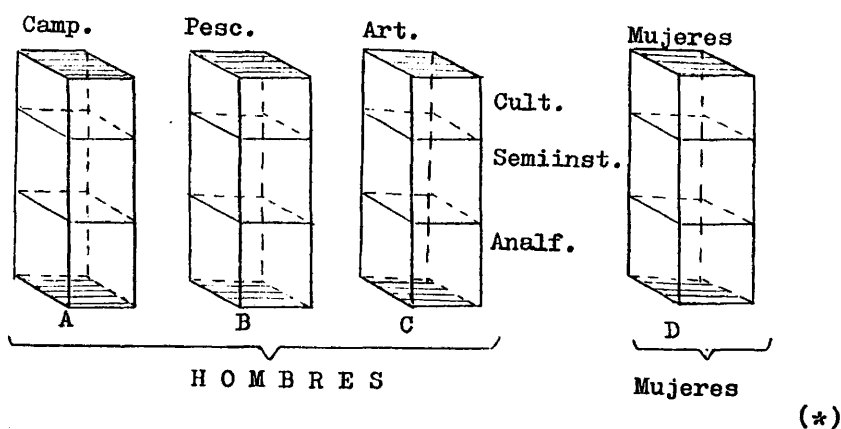
2.3.5.

Dentro del ámbito hispánico, es M. Alvar uno de los autores que más ha contribuido al desarrollo de la sociolingüística. Desde posiciones dialectológicas, desde una amplia y reconocida labor en la confección de atlas lingüísticos, ha pasado paulatinamente a ocuparse del fenómeno de la variación social, que

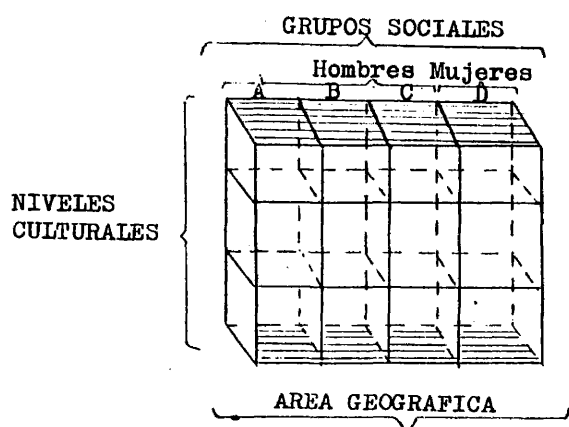
(*) Ibidem, p. 137

constituye ya la temática central de su obra de mayor empeño en este campo: Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria, de la que ya nos hemos hecho eco más arriba en la declaración de principios sobre el problema que estamos analizando. Lo que allí se recogió viene a ser la postura básica de Alvar en torno al establecimiento de los grupos de que consta la variable diastrática: serán los intereses del investigador y el tipo de sociedad estudiada lo que, en última instancia, determine el criterio para la fijación de esos grupos, así como el número de estos. Es decir -añadiríamos por nuestra parte-, no caben al respecto soluciones apriorísticas, válidas para todos los casos, si bien es cierto que un criterio como el llamado sociocultural tiene amplia aplicación y, por ende, visos de universalidad, de manera que puede considerarse como principio metodológico, como marco de referencia para cualquier tipo de análisis diastrático (es más, la misma noción de diastratía le debe, históricamente, su razón de ser).

El problema que se nos ha planteado no lo afronta en su obra Alvar de la manera como aquí se ha hecho. Quizá porque lo dé por supuesto. Pero sobre todo en la parte de la obra dedicada a los aspectos teóricos (12), se examina con detalle al lado de otros problemas "sociolingüísticos". Allí se trazan esquemas como el que reproducimos en la página siguiente:



O este otro, versión sintetizada del anterior:



(*)

En ambos esquemas -elaborados con fines teóricos (13) para ilustrar el fenómeno de la fragmentación sociolingüística en general- aparecen dos órdenes de diferenciación diastrática que se conjugan entre sí, dando lugar a grupos o, para ser más exactos, elementos dentro del continuum social. El primero de los

(*) P. 205.

(**) P. 206.

órdenes determina grupos sociales; se establecen estos, principalmente, con arreglo a las ocupaciones (pero adviértase que la diferencia de sexos viene a considerarla Alvar como una diferencia más de "grupo social"; o, lo que es lo mismo, mientras que la actividad masculina presenta en el esquema cierta diversificación, la de las mujeres no la presenta). El segundo orden -grado de instrucción- no origina verdaderos grupos, sino los llamados niveles culturales, factor de suma importancia, hasta el punto de constituirse -como se ha dicho- en "universal" de la descripción sociolingüística.

En general, estos esquemas no representan un intento de formalización abstracta o genérica de la fragmentación sociolingüística, sino que poseen más un carácter ilustrativo que propiamente teórico (no hay contradicción con lo que se ha dicho antes, según se precisa en la nota 13). De ahí que no se plantee directamente el problema de la naturaleza del grupo social, ni se den explicaciones detalladas sobre la diferencia de órdenes -o ejes en que se inscribe la variación diastrática de una comunidad lingüística-. Sin embargo, de los esquemas, tal como han sido trazados, se desprenden datos de interés teórico, susceptibles siquiera de un breve comentario.

La misma disposición en dos ejes -vertical y horizontal- es sumamente significativa, pues indica que la variación se realiza según dos pautas determinantes de categorías sociolingüísticas (sociológicas) bien diversas. Hay, por un lado, verdaderos grupos sociales, y por otro, simplemente niveles sociales. Si nuestra interpretación es correcta, Alvar parece atribuir la condición de grupo social tan solo a los que forman individuos con una actividad en común, negándosela en cambio a los agrupamientos que se establecen según el grado de instrucción. Los individuos pertenecientes a estos últimos carecerían, pues, de una

clara conciencia de grupo (¿clase?). Con otras palabras, faltaría aquí el marco comunicativo específico que origina un verdadero grupo sociolingüístico; lo cual no deja de ser cierto si pensamos en que la comunicación será siempre más viable (y cuantitativamente mayor) entre individuos de un mismo grado de cultura. Y, sin embargo, este último factor posee un evidente peso específico en todo estudio sociolingüístico (que en ningún momento le niega Alvar). Aquí se presenta un problema sobre el que volveremos más adelante.

Fuera ya de los esquemas propiamente dichos, pero no al margen de ellos, cabe reseñar la distinción entre sociedad rural y urbana, que viene a corresponderse, en líneas generales, con la de microcosmos y macrocosmos lingüísticos, de que habla Alvar (14). Es de destacar su forma de salir al paso contra la creencia muy extendida de que un macrocosmos presenta necesariamente mayor complejidad lingüística que un microcosmos:

"[...] resulta profundamente ilustrativo ver cómo un 'macrocosmos' puede estar más nivelado que un 'microcosmos': al estudiar, pongo por caso, el habla de Las Palmas encontramos que las diferencias entre los miembros de la colectividad son menores, por ejemplo, que en una minúscula aldea de catorce habitantes"(*).

Y más adelante:

"Al estudiar el habla de Las Palmas [...] he mostrado que es inexacto creer que la ciudad se fragmenta al aumentar la complejidad de la vida social. He señalado [...] que, si esto es cierto, no deja de serlo también la solidaridad exigida por gentes que -distantes en su quehacer- se necesitan mutuamente [...]. Porque, en una minúscula aldea, las necesidades primarias pueden ser satisfechas también de una manera primaria: cada grupo es independiente de los demás, con los que se relaciona ocasionalmente (15). No así en una estructura trabada como es la que obliga a convivir con grupos muy distintos del nuestro" (**).

(*) Op. cit., p. 211.

(**) Ibidem, p. 217.

Esta distinción básica entre lo urbano y lo rural, en lo tocante al tema que nos ocupa, ilustra ese principio de relatividad que se impone para la fijación de los elementos de la variable diastrática. Si comparamos dos marcos sociales opuestos -el macrocósmico de Las Palmas y el microcósmico de El Roque de las Bodegas, a que se refiere Alvar- vemos cómo un factor "socio-lingüístico" primordial en uno de esos marcos -tal, el grado de instrucción- deja de serlo en el otro; mientras que en este último tienden a cobrar relevancia otros factores -principalmente el ocupacional-, menos significativos en el primero.

2.3.6.

A la vista de cuanto ha quedado expuesto, a título -re-
pitamos- más bien indicativo, podemos extraer las siguientes conclusiones provisionales acerca de los factores de diferenciación diastrática:

1) Como principio básico, es preciso insistir en el de la relatividad, esto es, en la falta de un conjunto único de criterios aplicables a todo tipo de estructura social. Pero no ha de entenderse esto como carencia absoluta de criterios, sino como imposibilidad de reunirlos a priori en un conjunto con carácter universal, válido para todos los casos.

2) No toda posible división de la sociedad determina diferenciación social, distintos grupos sociales. Para el establecimiento de estos se han de tener presentes, además, los hechos de lenguaje, de modo que las nociones de grupo social y grupo lingüístico quedan muy próximas la una de la otra.

3) Se han enumerado, con Marcellesi y Gardin, divisiones de la sociedad (o de parte de ella) que pueden dar lugar a

verdaderos grupos: las llamadas clases sociales, la actividad profesional (y cultural), la religión, la política, la geografía (16)... Añadiendo a la lista alguno más (17), se obtiene lo que puede denominarse conjunto de factores potenciales de la sub-agrupación social o sociolingüística. Y aquí de nuevo aplicáramos lo expuesto en 1): no todos estos factores potenciales se toman en cuenta de hecho para el establecimiento de la estructura sociolingüística de cualquier tipo de sociedad. Con otras palabras, no toda sociedad se fragmenta lingüísticamente con arreglo a los mismos factores potenciales.

4) No se debe perder de vista que la diferenciación sociolingüística es cuestión de grados, de la misma manera que la actividad lingüística común -índice, reflejo (¿o causa?) de la existencia del grupo- no es privativa de los individuos dentro de cada grupo, sino que se da asimismo entre individuos pertenecientes a distintos grupos. Y aquí surge el interrogante, que solo nos contentaremos con enunciar: ¿qué grado de diferenciación es necesario para que esta adquiera relevancia lingüística?

5) En la práctica, en la absoluta mayoría de los trabajos sociolingüísticos, se toma en consideración una categoría que podríamos denominar sociocultural, síntesis de otras dos muy próximas entre sí: las que determinan el nivel económico y el de instrucción; puede hablarse, por tanto, de un "universal" de la descripción sociolingüística. Sin embargo, y al igual que otros factores de notable peso específico en este tipo de trabajos, como son el sexo y la edad, no origina grupos sociales propiamente dichos, o al menos, no en la misma medida en que lo hacen determinados factores (18). Ello no significa que dicha categoría deba ser abandonada, pues, a efectos lingüísticos, existen lazos en común -si no plenamente conscientes- entre los miembros de

las diversas clases. Es más, en una posible jerarquización de los factores de la variable diastrática, sería el "sociocultural" el que ocupara el primer lugar.

2.4. Diastratia y diafasia

En páginas anteriores se ha analizado el problema de la diferenciación lingüística de la sociedad, esto es, el de los factores que la guían y, consecuentemente, el de los criterios que emplea el estudioso para describir dicha diferenciación. Uno de los aspectos clave de esta problemática lo constituye la noción de grupo social, que ha sido objeto aquí de atención preferente, por más que no de toda la que hubiera requerido. Hasta el momento nos hemos aplicado sobre todo al carácter específico del grupo, sin haber hecho hincapié en otro de sus caracteres fundamentales: el de la pertenencia de todo grupo a la sociedad global. Así, es preciso considerar, con Marcellesi y Gardin:

"Autre erreur sur les groupes sociaux: celle qui les présente en termes de sociétés globales, sociétés secrètes, contre-sociétés ou autres [...]. Les groupes en effet n'existent que par la société globale et la société globale par les groupes. Ainsi "tout groupement est une synthèse unifiante, une cohésion équilibrée des formes de sociabilité, qui toutefois n'est jamais complète mais toujours partielle, du fait qu'elle est impossible sans l'intégration du groupe à la société globale" [...] et, en outre, l'interpénétration réciproque des groupes à différents degrés et niveaux accentue ces phénomènes, car les mêmes personnes participent souvent à plusieurs d'entre eux" (*).

(*) Op. cit., p. 17; el subrayado es nuestro (la cita del texto pertenece a G. Gurvitch, autor ya mencionado con anterioridad).

Es decir, grupos abiertos (e incluidos unos en otros) y pertenencia del individuo a más de un grupo social. A este respecto, M. Alvar cita al sociólogo F. Munné:

"Cada uno de nosotros tenemos varios endogrupos: uno familiar, uno o varios económicos o laborales, uno o varios recreativos, probablemente uno o varios religiosos, etc. Estos endogrupos entran en intersección si algún miembro se encuentra ante un conflicto o ante un refuerzo de roles"(*).

Y en otro lugar se refiere a ese mismo hecho bajo una perspectiva sociológica algo diferente:

"Paralelamente los sociólogos han descubierto lo que Morton llama role-set, es decir el hombre desempeñando varios papeles en la sociedad; o, con otras palabras, diversidad de comportamientos según la función en que participe"(**).

Este tipo de observaciones nos lleva a considerar el factor "estilístico", que según Coseriu determina técnicas específicas de habla e introduce un orden -axis- propio de diferenciación intraidiomática. La "pertenencia del individuo a varios grupos" tiende un puente natural entre lo diastrático y lo diafásico o "estilístico". Dentro del presente apartado examinaremos la indudable conexión entre estos dos órdenes, que cuestiona el juicio de Rona cuando excluía la variable diafásica de su eje tridimensional.

2.4,1.

Hemos visto cómo se debe a Coseriu la acuñación del término diafasia para designar la variación lingüística interna que origina "estilos de lengua". La constatación de la existencia

(*) Niveles socio-culturales ..., p. 21.

(**) Ibidem, p. 241.

de diversos "estilos" de un mismo idioma, que se atestiguan en un mismo individuo (según diversas situaciones comunicativas), es -hay que pensar- muy anterior. Pero no lo es tanto su análisis, más o menos sistemático, dentro de la ciencia del lenguaje; puede decirse que dicho análisis es fruto de este siglo, y casi exclusivamente, aportación del estructuralismo lingüístico y tendencias posteriores.

Según Ducrot y Todorov (*), son varias las fuentes de este tipo de estudios. En primer término, hay que mencionar la obra del antropólogo B. Malinowski, quien, si no el primero en considerar el lenguaje como un tipo de comportamiento, sí lo fue en darle a esta idea "le statut d'une hypothèse scientifique"(**). La aplicación de las doctrinas de Malinowski a un terreno más propiamente lingüístico se debió a J. R. Firth y su escuela, con el desarrollo de nociones clave como las de contexto de situación, función, situación, y el establecimiento de una tipología de estas últimas.

Mayor carácter operativo -y una incidencia más directa en la creación de una "estilística de la lengua" (19)- presentan ciertos trabajos surgidos dentro del Círculo de Praga (20). Así, B. Havranek propone una clasificación de las funciones del enunciado (21). Y más recientemente, fuera del Círculo de Praga pero dentro del funcionalismo, M. Joos distingue "cinq styles fonctionnels qu'il appelle intime, informel, consultatif, formel, 'gelé', qui correspondent à cinq degrés d'élaboration [...]"(***).

Una tercera fuente del análisis de los "estilos de lengua" la constituye la lingüística sociológica francesa, en donde

(*) Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage, pp. 87-91.

(**) Ibidem, p. 87.

(***) Ibidem, p. 89.

retendríamos nombres como los de Bally (22), Vendryes (23) y, especialmente, M. Cohen (24) (Sin embargo, la labor de los dos primeros se reduce a meros apuntes, mientras que la de Cohen viene a ser una especie de inventario, carente de los requisitos de una propuesta formal.)

Puede añadirse, siempre según Ducrot y Todorov, la contribución de filósofos como Wittgenstein y, sobre todo, Austin, quien ha tratado de describir los diferentes empleos del lenguaje, lo que le ha llevado a elaborar la noción de fuerza ilocutiva (semejante a la función de Malinowski y al poder de Cohen).

Por último, Ducrot y Todorov se refieren a la constitución de una disciplina (rama de la sociolingüística, o emparentada con ella) que está tomando cuerpo, fundamentalmente, en el ámbito anglosajón y que, bajo el rótulo de antropología lingüística, incluye, entre otras, orientaciones como las aquí mencionadas; coordina la labor de psicólogos, lingüistas y etnólogos; cuenta con cultivadores de renombre, como D. Hymes, Susan Ervin-Tripp o J. Gumperz, y promete un futuro singularmente fructífero (*) y (25).

2.4.2.

Como puede verse en la apresurada exposición que acabamos de hacer, la complejidad de la variación estilística intradiomática (26) es inmensa. De ahí que renunciemos de antemano a un intento de clasificación o formalización de la misma. Trataremos, en cambio, de mostrar las concomitancias que presenta con el fenómeno de la variación "social" o diastrática. Y ello nos fuerza a detenernos en el examen -siquiera a grandes rasgos-

(*) Ibidem, pp. 90-91.

de su naturaleza, al tiempo que a intentar un esbozo -muy general- de su tipología.

En primer lugar hay que hacer hincapié en un presupuesto básico: el de la misma distinción entre el orden diafásico y el diastrático (y otros). Así, por ejemplo, M. A. K. Halliday, A. Mc Intosh y P. Stevens hablan de "the users and uses of language" (*), reservando para la segunda modalidad el término de registro (27). Por su parte, entre nosotros, M. Seco (**) distingue lo que él llama "niveles de lengua" y "niveles de habla", y, como evidencia la terminología propuesta, insiste en la diferencia de naturaleza entre los unos y los otros (28).

En general, todos los estudiosos están de acuerdo en incluir los fenómenos de variación estilística y "social" dentro de dos órdenes o categorías sociolingüísticas diferentes. La cuestión es si el grado de diferencia es tal que lleve a considerar la primera como variación interna al idiolecto -"intraidiolectal"- y la segunda por encima del idiolecto -"supraidiolectal"-. Recordemos que esta última viene a ser la postura de Rona cuando rechaza la inclusión del orden diafásico dentro de su esquema tri-dimensional. Y, sin entrar directamente en la polémica, Coseriu parece sostener lo contrario, al atribuir el mismo carácter de "técnica de discurso" tanto a las formaciones de la variable diastrática como a los "estilos de lengua".

Antes de inclinarnos por una u otra alternativa, es necesario introducir dentro de la variable diafásica dos subórdenes fundamentales, que llamaremos, con G. Derutto, subcódigos y regis-

(*) Es este precisamente el título de uno de los capítulos de su obra The Linguistic Sciences and Language Teaching, recogido en el colectivo de J. A. Fishman (ed.) Readings in the Sociology of Language, pp. 139-169.

(**) P. e., Gramática esencial del español, pp. 231-233.

tros (para la categoría genérica que engloba a ambos, la variedad diafásica en general, este autor emplea la denominación variedad funcional-contextual). Un subcódigo es:

"una variedad del código lengua caracterizada por una serie de correspondencias adjuntas, es decir, que se agregan a las comunes y generales del código (sobre todo a nivel léxico) y son usadas en correspondencia a esferas y sectores definidos de actividad dentro de la sociedad y en dependencia del tema de que se habla"(*).

Los registros, en cambio, son variedades del código en relación con la situación:

"Un registro está formado por una clase de realizaciones seleccionadas por clases de situaciones. Los llamados "tonos", o "niveles", o "estilos" del discurso, están en relación con el uso de un registro en una situación comunicativa [...]. A diferencia de los subcódigos, los registros no tienen un léxico especial que los identifique [...]. Son por consiguiente pertinentes -para identificar los registros- las variantes a nivel fonológico y morfosintáctico [...].

"Además, a diferencia de los subcódigos, los registros no son enumerables sino que se disponen en una especie de continuum, en el cual es posible distinguir secciones [...]"(**).

Por último, distingue Berutto "variedades no bien definidas -que podríamos llamar modalidades de uso-, las cuales utilizan, combinándolos, varios subcódigos y varios registros (ejemplo de esto es la llamada lengua de la publicidad)"(***)

Así, pues, subcódigos, registros y modalidades no definidas de uso conforman la variable diafásica o -como quiere Berutto- funcional-contextual. Sin entrar en mayores disquisiciones -haría falta tratar sobre el concepto de "modalidad no

(*) La sociolingüística, p. 99.

(**) Ibidem, pp. 101-103.

(***) Ibidem, p. 105.

definida de uso"-, aceptamos la clasificación de este autor y retenemos, especialmente, las dos primeras categorías para la finalidad concreta que ahora nos guía.

2.4.3.

El núcleo del problema que vamos a examinar se concreta en la ya citada afirmación de Rona:

"Nos permitimos, en cambio, discrepar de la cuádruple organización que introduce Coseriu [...], ya que la diafasía se refiere a relaciones entre varios estilos de lengua dentro del mismo idiolecto (L_1), mientras que diatopía, diastratía y diacronía son relaciones entre idiolectos distintos"(*).

Son numerosas las implicaciones de estas palabras, las cuales ofrecerían materia para un amplio análisis desde diversos puntos de vista. Pero aquí vamos a ceñirnos básicamente a un solo aspecto: el de si lo diafásico posee o no carácter "supraidiolectal". Y la respuesta no puede ser sino afirmativa, con lo que rechazamos la concepción de Rona, propugnando, por el contrario, la "inclusión" de dicho orden en el eje de la diversidad idiomática interna.

En líneas generales, esta es la postura que adoptaría la mayor parte de los sociolingüistas actuales (29) -por más que no sea común la forma de planteamiento, ni siquiera el hecho de plantearse la cuestión-; es cierto que esto no constituye una razón intrínseca y legítima de lo que defendemos, pero sí, claro, bastante significativa. En un manual de sociolingüística como el ya citado de G. Berutto, puede leerse, a manera de declaración de principios:

(*) Op. cit., p. 205; véase 3.2. (introducción), donde se recoge la cita completa.

"[...] la sociolingüística es la disciplina que estudia la diversidad y la variedad de la lengua (de las lenguas), y en atención a que las posibles clases de variación de la lengua (de las lenguas) son esencialmente cuatro -es decir, dependen de cuatro variables fundamentales-, estudiará en particular cómo la lengua es diversa y cambia (son diversas y cambian): 1) a través del tiempo; 2) a través del espacio; 3) a través de las clases sociales; 4) a través de las situaciones sociales"(*).

Es decir, las tres categorías de Rona más la variable diafásica, que este rechaza. Pero no se puede negar que existe. Y, entonces, ¿dónde situarla?, ¿cómo considerarla?, ¿qué estatus asignarle?

Nuestra concepción es distinta de la de este autor, y se resume así: las formas que determina el orden diafásico son precisamente eso, formas, o mejor, formaciones lingüísticas, de alcance individual y que se dejan analizar en términos semejantes a los de las otras variaciones lingüísticas. El hecho de que manifiesten su diversidad dentro de un mismo idiolecto no invalida su aludido carácter individual, ni su consideración dentro las pautas de diversidad idiomática. Y es que hemos de pensar que el idiolecto -noción útil acerca de algo que, sin duda, existe- no representa ni una panacea ni el límite del análisis sociolingüístico: este no ha de detenerse al llegar al idiolecto, de igual modo que se resiste a hacerlo en el punto geográfico (municipio), en el grupo o en la familia.

La clave de lo que aquí se sostiene nos la da una afirmación esgrimida repetidas veces a lo largo de estas páginas: el individuo pertenece a varios grupos sociales a la vez y "transita" de uno a otro casi constantemente. Una manifestación de esta circunstancia nos la proporciona la gran proximidad de los con-

(*) Op. cit., p. 15.

ceptos de jerga y de subcódigo (y he ahí la razón por la que nos hemos detenido en 3.4.2. caracterizando este último). Se reconoce a las jergas carácter de variedad social -o diastrática:

"Son, también, variedades sociales las jergas; vale decir, las "lenguas" adoptadas por determinados grupos o subgrupos o categorías sociales [...]"(*).

Pero resulta que la jerga:

"es también un subcódigo, puesto que tiene un léxico propio (es decir, es una 'lengua especial')(**).

Así, pues, la jerga y el subcódigo tienen en común -valga la redundancia- el ser subcódigo. Evidente punto de contacto, que confirma lo dicho más arriba, lo cual resumiríamos, para concluir, con una simple aseveración: no parece legítimo excluir lo diafásico de las pautas de diversidad lingüística, considerándolo como un mundo aparte situado en una especie de limbo de nuestra disciplina (30).

2.5. La interacción social

El esquema de Rona, de que hemos partido para dar cuenta de los hechos de diversidad, requiere, a la vista de cuanto ha quedado expuesto, de una parcial remodelación que incluya la variable diafásica entre los factores de dicha diversidad. (Recordemos que la ausencia de este factor obedecía en Rona a convicciones teóricas explícitamente manifestadas, que encontraban su fundamento en una concepción monolítica del idiolecto; y esto último constituye -a nuestro juicio- uno de los puntos débiles

(*) G. Berutto, op. cit., p. 107.

(**) Ibidem, p. 108.

del esquema.) "Hecha" esta sustancial modificación, conviene aún llevar a cabo una serie de precisiones en torno al modelo (ahora cuatridimensional) representativo de los hechos de diversidad. Son dos las principales.

Primeramente, el modelo no ha de concebirse como la confluencia indiscriminada y simétrica de los ejes que lo componen; por el contrario, implica orden y asimetría. Orden, en el sentido de que no se puede alterar la relación jerárquica de los factores constituyentes. Es decir, se habrá de considerar primero lo diacrónico para acabar en lo diafásico, pasando, sucesivamente, por lo diatópico y lo diastrático; o a la inversa, si la relación jerárquica se establece de "menor" a "mayor" (31). En cuanto a la "asimetría", entendemos por ello el hecho de que los mencionados factores no "intervienen" de la misma manera en la constitución de variedades de lengua; esto es, no "determinan" variedades homólogas. Así, cabe esperar en principio que una variedad temporal englobe varias geográficas; una geográfica, varias de tipo sociocultural; y, a su vez, una de estas, varias funcionales-contextuales. O lo que es lo mismo: lo diafásico implica determinación diastrática; lo diastrático, determinación diatópica; y lo diatópico, determinación diacrónica.

La segunda de las precisiones se refiere a la naturaleza de los factores mencionados. Y hay que decir al respecto que no constituyen "esencialidades" distintas capaces de engendrar distintas series de formaciones lingüísticas. Se trata, por el contrario, de un mismo principio, orientado -o, mejor, reflejado- en distintos sentidos, verdadero factor de la diversidad (y de la unidad). Como dice Jespersen:

"Cuando hablo de dialectos como determinados por los hechos geográficos, no debe entenderse en un sentido demasiado físico. La causa más importante por la cual una lengua se divide en dialectos no es puramente fí-

sica sino la necesidad de comunicación por cualesquiera razones"(*).

Bloomfield, por su parte, habla muy acertadamente de densidad de la comunicación:

"Las más importantes diferencias del habla dentro de una comunidad se deben a diferencias en la densidad de la comunicación"(**).

Y añade:

"Imaginemos un mapa enorme con un punto para cada hablante de la comunidad e imaginemos que, cada vez que cualquier hablante pronuncia una oración, se dibujara en el mapa una flecha que señale el trayecto de su punto a los otros puntos que representan a cada uno de sus oyentes. Al final de un determinado período de tiempo, digamos setenta años, este mapa nos mostraría la densidad de comunicación dentro de la comunidad" (***) .

Un mapa así, difícilmente construible, ilustraría a la perfección el continuum del fraccionamiento lingüístico en el seno de una sociedad y la cristalización -dentro de esa misma sociedad- de formas lingüísticas específicas: la densidad comunicativa como reflejo de la interacción social; o a la inversa.

(*) Humanidad, nación e individuo desde un punto de vista lingüístico, p. 56.

(**) Op. cit., p. 53.

(***) Loc. cit.

Notas

(1) Inevitablemente hemos de recurrir, de forma provisional, a lugares comunes y términos al uso, sin la correspondiente definición previa. "Lengua", "idioma", "dialecto"... son algunos ejemplos de ese uso apriorístico, que se lleva a cabo sin perjuicio de ulteriores definiciones y oportunas explicaciones. Sirva esta advertencia -hasta cierto punto innecesaria- para casos similares, precedentes y sucesivos.

(2) Así, por ejemplo, un oficinista madrileño, ante una situación de calor (recurrirnos al célebre ejemplo de Hjelmslev), no se dirigirá a un compañero de ninguna de las formas siguientes (en circunstancias normales): "es ist Warm hier", "faze calor", "hase musho caló", "¡vaya una calor!", "el nivel térmico alcanza en estos momentos las cotas más altas en lo que llevamos de verano".

(3) Una prueba indirecta de la indefinición de lengua, es que, en el artículo que comentamos, después de haber sido presentado el concepto, no vuelve a ser mencionado para nada.

(4) No compartimos, en cambio, el juicio de Rona de que metasistema sería el término adecuado para el concepto 'sistema de sistemas', ni menos en el sentido russelliano. Una cosa es un sistema para hablar del sistema (metasistema) y otra un sistema subyacente a un conjunto de sistemas. El propio Rona -es cierto- desecha metasistema, pero para que no se produzca homonimia. El término es, sin embargo, impreciso, al margen de tal eventualidad.

(5) Recordemos el principio de un párrafo de Coseriu ya citado

"La 'technique du discours' synchronique correspondant à une langue historique n'est jamais une technique unitaire [...]" (op. cit., p. 33).

Luego, aun careciendo de homogeneidad interna, esa entidad sincrónica, el "estado de lengua", es técnica del discurso.

(6) En este punto se plantea de nuevo la cuestión de si es o no legítimo incluir dentro del eje tridimensional la variación diatópica. Más adelante trataremos de darle respuesta.

(7) "Les archaïsmes sont tous des manifestations de systèmes à des structures anciennes, mais suivant les conditions auxquelles ils sont admis au sein de la structure dominante et selon les effets stylistiques

qu'ils produisent, il convient d'en distinguer deux catégories différents[...]"(ibidem, p. 245; el subrayado es nuestro).

Se refiere a continuación a las dos categorías indicadas: la de elementos "aislados" (p.e., bachelier ès lettres) y la de elementos "productores de analogías" (p. e., el indefinido en el francés actual).

(8) Traemos de nuevo a colación la vieja disputa Ascoli-Meyer sobre la posibilidad de establecer fronteras dialectales y la existencia del mismo dialecto. Recordemos la expresiva fórmula de P. Meyer: toda definición de dialecto es una definitio nominis y no una definitio rei. No es el momento de dar respuesta al interrogante que plantea la polémica, ni de inclinarse por la solución de uno u otro lingüista. De todos modos, adelantándonos a lo que en el capítulo sobre los dialectos geográficos se va a exponer con más detenimiento, diremos que es preciso distinguir entre la realidad "teórica" -verdadero continuum- y la realidad propiamente dicha -donde existen límites "naturales" que se reflejan en verdaderas barreras comunicativas-. La solución a la disputa pasa pues, entre otras cosas, por el reconocimiento de que Ascoli y Meyer se pueden referir a cosas distintas.

(9) Adviértase que la consideración de los "grupos geográficos" como "grupos sociales" implica el desdibujamiento de la frontera (o la propia inexistencia de esta) entre lo diatópico y lo diastrático. Concretamente, en los autores que comentamos, esta actitud responde a una concepción unitaria de la sociolingüística, manifestada de manera explícita; lo que para ellos es la lingüística socio-diferencial (o, simplemente, la lingüística social):

"inclut entre autres, pour ne parler que de recherches bien constituées en France, la dialectologie, la lexicologie politique et technique et l'analyse de discours (Nous désignons ces disciplines par le nom sous lequel elles se sont constituées, mais nous essayons de montrer leur unité)"(ibidem, p. 15).

(10) Añadamos a esto el hecho de que se suelen considerar dos etapas en el desarrollo de la obra de Labov y, consecuentemente, dos tipos de doctrina, la segunda de las cuales se está configurando como una verdadera teoría lingüística (y aun ideología). Se habla, así, de un primer y de un segundo Labov:

"[...] Ce qui autorise à voir dans le travail de Labov deux étapes principales, disons, pour marquer la

coupure: le premier Labov, qui épouse les modèles taxinomiques, le second Labov, qui lie au modèle linguistique génératif-transformationnel une sociologie visant les structururations qui rendent compte des conduites sociales "(P. Encrevé, presentación de W. Labov, Sociolinguistique, p. 19).

(11) Hay que señalar, con Marcellesi y Gardin, el carácter "aséptico" de la estratificación social:

"L'établissement des groupes sociaux pose le problème de la nature de la théorie explicite ou de l'idéologie implicite qui sous-tend les critères utilisés et constitue évidemment un point crucial dans l'étude sociolinguistique. Pour Labov, ce point ne semble pas poser de problème; il reprend telle quelle la répartition sociale de son échantillon, établie par la précédente équipe d'enquêteurs dans l'idéologie que désigne la notion de stratification sociale. Pour cette sociologie, le concept de classe sociale (au sens marxiste du terme) n'existe pas; le mot "classe" définit généralement une construction du sociologue à partir d'un certain nombre de dimensions, construction sans justification théorique. Tout individu occupe un certain rang dans différentes hiérarchies (âge, fortune...); la combinaison de ces rangs constitue son standing social [...] Ces divisions en classes sont considérées par cette sociologie comme une trahison de la réalité sociale, celle-ci se présentant comme un continuum sans seuils importants"(op. cit., pp. 118-119).

(12) Se trata de la parte cuarta del libro, titulada muy elocuentemente "De la realidad a la teoría", y en ella se debaten cuestiones teóricas de alcance y se extraen conclusiones generales de lo anterior (encuesta y descripción de las hablas estudiadas).

(13) Es decir, no se aplican con exactitud matemática a los datos sobre el habla de Las Palmas obtenidos mediante encuesta y que aparecen en las partes segunda -sobre todo- y tercera de la obra; ni tampoco parecen reflejar estrictamente la estructura sociolingüística de otra determinada colectividad idiomática, por ejemplo, de tipo rural, como alguna de las estudiadas también en las islas por el propio Alvar. No es el propósito de este autor, por lo demás, diseñar un modelo genérico de estratificación sociolingüística, como lo prueba la presencia de grupos sociales -pescadores, por ejemplo- que no caracterizan todas las posibles sociedades. Se trata, a nuestro juicio, de un modelo, pero no absolutamente genérico y válido para todos los

casos; un modelo -o, mejor, ejemplo- de colectividad lingüística concreta, real, pero no de esta o aquella (en todo caso, más parece referirse Alvar a una comunidad no demasiado compleja, con una sencilla diversificación de funciones).

(14) En la primera página de un trabajo anterior, Sociología en un microcosmos lingüístico (El Roque de las Bodegas, Tenerife), queda indicada la fuente de la distinción terminológica:

"Roven I. McDavid Jr., al estudiar ciertas peculiaridades lingüísticas de Greenville, South Carolina, habló de microcosmos y macrocosmos".

(15) Alvar está pensando -nos parece- en un microcosmos lingüístico como el de El Roque de las Bodegas, donde existen grupos bien diferenciados y poco permeables entre sí. Evidentemente, no es este el caso de todos los microcosmos.

(16) Recordemos que estos autores propugnan una consideración conjunta de lo sociolingüístico y lo dialectológico, y hablan, así, de "lingüística sociodiferencial".

(17) Sin ir más lejos, el sexo y la edad. Con respecto al primero recogemos una opinión de Berutto que suscribimos plenamente:

"Cabe presumir que las diferencias de comportamiento lingüístico que pueden observarse entre hombres y mujeres sean de origen y de naturaleza completamente superestructural, es decir, adquiridas como consecuencia de la instauración de determinadas relaciones sociales antes que otras, excepto -obviamente- los caracteres fisiológicos (como diferencias de altura en la cadena hablada; etc.)" (op. cit., p. 136).

En cuanto a la edad, puede verse el lúcido trabajo de F. Lázaro Carreter, "Lenguaje y generaciones", donde se apuntan valiosas intuiciones acerca de la incidencia de los grupos generacionales en el cambio lingüístico, al tiempo que se delinean algunas de las posturas teóricas en torno al problema.

(18) Como ya hemos indicado, no existe necesariamente -a nuestro entender- actividad lingüística específica, exclusiva o predominante entre los individuos pertenecientes a una determinada clase. Dicho de otra manera, no hay conciencia definida de grupo, clara cohesión interna, entre los miembros de una clase social (sociocultural). Así vienen a reconocerlo Marcellesi y Gardin, para quienes:

"l'activité linguistique de chacune [de las clases] aboutira rarement à un discours unique [...]" (op. cit., p. 17).

Sin embargo, estos autores -recordémoslo- atribuyen a la clase social estatus de verdadero grupo, con lo que no estamos enteramente de acuerdo, sobre todo si tenemos en cuenta la ausencia de marco comunicativo, tal como admiten estos mismos estudiosos.

(19) Utilizamos esta expresión para designar el estudio de la diferenciación estilística de la lengua, y lejos, pues, del sentido que le da Bally.

(20) Pueden citarse, por ejemplo, B. Havránek, "The Functional Differentiation of the Standard Language", apud P. Garvin (ed), A Prague School Reader on Esthetics, Literary Structure and Style, Washington, 1964; V. Mathesius, Rec a Sloh (Lenguaje y estilo), Praga, 1942; J. Sabrsula, Francouzská stylistika (La estilística francesa), Praga, 1969, etc.

(21) Según los autores en quienes nos basamos: 1) comunicación factual, información; 2) exhortación, persuasión; 3) explicación general; 4) explicación técnica; 5) formulación codificada.

(22) En El lenguaje y la vida, son varios los pasajes en que se tocan estas cuestiones. Destacamos la distinción entre lengua oral y lengua escrita, definida esta como "el conjunto de fenómenos de lengua que responden a formas superiores de la vida y del pensamiento" (p. 162); sobre esta distinción pone Bally particular énfasis. Puede citarse también su Traité de stylistique française, esp. pp. 236-249.

(23) La parte IV de El lenguaje contiene abundantes alusiones a los "estilos de lengua", si bien no de forma claramente explícita; además, Vendryes no advierte la necesidad de distinguir teóricamente entre lengua especial y estilo de lengua.

(24) En Manual para una sociología del lenguaje (trad. de Matériaux pour une sociologie du langage), habla de "poderes del lenguaje", que son "usos parciales y especializados del lenguaje en el marco de superestructuras: es posible a menudo considerarlos bajo el aspecto de instituciones en el sentido estricto o como medios de realización de institución" (p. 147); y distingue: 1) la palabra y las fuerzas extrahumanas, 2) las fórmulas eficaces en las relaciones entre hombres, 3) la persuasión y la instrucción y 4) la distracción.

(25) En este punto, hay que mencionar una de las aportaciones sociolingüísticamente más rentables a este campo de los "estilos" de lengua: la noción de diglosia, propuesta por Ferguson:

"La diglosia es una situación lingüística relativamente estable en la cual, además de los dialectos primarios de la lengua (que puede incluir una lengua estándar o estándares regionales), hay una variedad superpuesta, muy divergente, altamente codificada (a menudo gramaticalmente más compleja), vehículo de una considerable parte de la literatura escrita ya sea de un período anterior o perteneciente a otra comunidad lingüística, que se aprende en su mayor parte a través de una enseñanza formal y se usa en forma oral o escrita para muchos fines formales, pero que no es empleada por ningún sector de la comunidad para la conversación ordinaria" ("Diglosia", Antología..., página 260).

En el fondo, se trata de la oposición, bien marcada, entre formal/no formal; se comprende, pues, que el concepto haya sido utilizado con matices peculiares por otros autores. Así:

"A Gumperz [...] le debemos sobre todo nuestra conciencia de que la diglosia no sólo existe en variedades multilingües que oficialmente reconocen varias "lenguas" y no sólo en las sociedades que utilizan niveles clásicos y vernaculares, sino también en las que emplean dialectos, registros diferenciados o niveles lingüísticos funcionalmente diferenciados de la clase que sean" (J. Fishman, Sociología del lenguaje, p.120).

El propio Fishman da una interpretación particular del concepto, que, en su relación con el bilingüismo, representa en el cuadro siguiente:

+ DIGLOSIA -

BILIN- GUISMO	+	1. Diglosia y bilingüismo	2. Bilingüismo sin diglosia
	-	3. Diglosia sin bilingüismo	4. Ni bilingüismo ni diglosia

(26) Y aún podría decirse: extraidiomática, si consideramos una comunidad plurilingüe, para la cual J. Gumperz ha introducido el concepto de matriz de códigos o repertorio.

(27) "The variety according to users is a DIALECT; the variety according to use is a REGISTER" (Ibidem, p. 141.)

(28) La distinción terminológica suscita uno de los problemas más controvertidos y de mayor alcance teórico en torno al eje diafásico. Aunque M. Seco no lo afirma explícitamente, la terminología por él adoptada parece indicar una sustancial diferencia de estatus, de tal manera que "nivel de lengua" constituiría "hecho" de lengua, y "nivel de habla", "hecho" de habla; o, para ser más exactos, los niveles de lengua se considerarían "lenguas" distintas, mientras que los niveles de habla tan solo serían hablas distintas dentro de una misma lengua (o aun dentro de la lengua -¿habla?- de un mismo individuo). Trataremos en su lugar correspondiente este problema, que se conecta muy estrechamente con el de la naturaleza "intraidioletal" o "supraidioletal" de la variación estilística.

(29) No sin cierto reparo empleamos este término: no creemos en la profesión de sociolingüista; es una simplificación "útil para entenderse", pero que no se ha de tomar al pie de la letra. Valga esta advertencia para cuanto llevamos dicho y para cuanto nos resta por decir.

(30) Otro punto de contacto entre lo diafásico y lo diastrático (y diatópico) lo expone así Brigitte Schlieben-Lange:

"Las variantes regionales pueden a menudo hacer acto de presencia como niveles de estilo menos oficiales, algo así como lenguaje familiar. (Intersección diatópico-diafásica.)

"Es asimismo posible que los sociolectos bajos en el lenguaje de las capas más elevadas representen el nivel de estilo menos forzado. (Intersección diastrático-diafásica.)" (Iniciación a la sociolingüística, p. 114).

Esto último nos lleva, como también señala esta autora, a la hipótesis de Bernstein, "la cual afirma asimismo que la capa media estaría perfectamente en condiciones de adaptarse a la conducta lingüística de la capa inferior, pero no a la inversa" (ibidem, p. 114, nota 23).

(31) Esto no significa que, necesariamente, en todas las situaciones concretas objeto de examen, se hayan de considerar todos estos factores; ni tampoco que en algunas situaciones no coincidan dos o más de ellos.

CAPITULO III

EL DIALECTO COMO FORMACION LINGUISTICA (I)

Lengua histórica y lengua funcional.- El diasistema.- Idiolecto: ¿sistema o norma individual?

Hasta el momento se han dedicado estas páginas, prácticamente, a presentar la materia en torno a la cual gira la problemática del dialecto. No se han enunciado hipótesis, no ha habido propuestas formales, ni siquiera se ha empleado una terminología mínimamente coherente y rigurosa: nos hemos limitado a retener ideas para una posterior elaboración y a señalar problemas que "más adelante serían tratados con cierto detenimiento".

En este punto hemos llegado, sin embargo, al núcleo del trabajo, donde han de tener cabida hipótesis, propuestas y soluciones, articuladas sobre la base de una terminología rigurosa y sometida a un debate previo. Este capítulo y el siguiente, que forman unidad y constituyen juntos la parte central del trabajo, representan, pues, lo esencial de la formalización de la lingüística diferencial que intentamos. En concreto, en el que aquí se abre, nos ocuparemos de definir las categorías básicas que tendrán su aplicación en el próximo. Hemos tomado contacto con los datos, con los "hechos" (capítulos anteriores) e

intentaremos elaborar un modelo o marco genérico que los explique, a cuya construcción dedicaremos este capítulo, para volver en el siguiente a los "hechos", aplicando en ellos el modelo.

Pero a nadie escapa la complejidad que entraña una teorización de la lingüística diferencial. Y, como ya se ha señalado, este trabajo no aspira a resolver todos los problemas que presenta aquella. Más bien, nos contentaríamos con mostrar la dificultad de hallar soluciones enteramente satisfactorias a dichos problemas, o, simplemente, con plantearlos en sus justos términos. En la medida, pues, en que estos capítulos centrales participan de esos presupuestos (que no son sino declaradas limitaciones), no cabe esperar un marco teórico exento de interrogantes y puntos suspensivos, un modelo que nos proporcione la clave, la explicación adecuada de los fenómenos de la diversidad (y unidad) lingüística.

3.1. Lengua histórica y lengua funcional

Todo acercamiento al problema del dialecto, todo intento de caracterizarlo o de asignarle un estatus teórico preciso pasa por la distinción clara entre, al menos, dos conceptos de lengua: la lengua -langue- en tanto que código supraindividual y la lengua como institución social determinada, revestida de caracteres históricos "las lenguas". Es la explícita distinción de Rona entre lo que él llama lengua₁ y lengua₃ (1). Y la de Coseriu -que aquí adoptamos- entre lengua funcional y lengua histórica. Esta distinción comporta a su vez otras -aun dentro de los propios límites de la doctrina de Coseriu- y exige ciertas precisiones y análisis, que es lo que llevaremos a cabo en las páginas que siguen.

3.1.1.

No se encuentra en Coseriu una definición rigurosa de ambos conceptos. A lo largo de su obra hay, sin embargo, abundantes caracterizaciones de los mismos, o referencias indirectas a ellos a través del examen de conceptos cercanos, del mismo ámbito. Así, en Sincronía, diacronía e historia, anotamos:

"[...] la lengua funcional no debe confundirse con la lengua histórica o idioma(2) (como, por ej., la lengua española, la lengua francesa, etc.). Una lengua histórica puede abarcar no sólo varias normas sino también varios sistemas"(*).

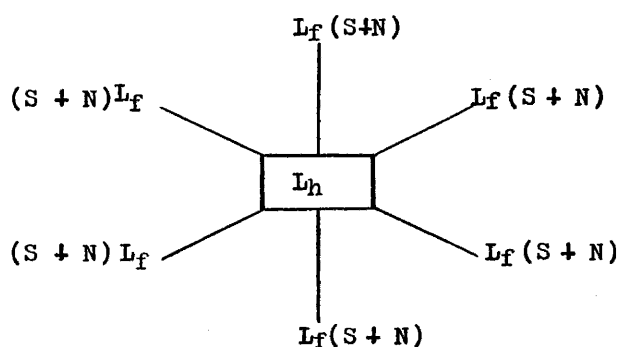
Y, un poco antes, puede leerse:

"De un modo general, se puede decir, pues, que una lengua funcional (lengua que puede hablarse) es un 'sistema de oposiciones funcionales y realizaciones normales', o, mejor, sistema y norma"(**).

De estas caracterizaciones, importa destacar, por un lado, la consideración de la lengua funcional como "la lengua que puede hablarse", y por otro, la naturaleza más "amplia" de la lengua histórica, que comprende varias lenguas funcionales -o sus correspondientes sistemas y normas (3)-. Ello será nuestro punto de partida, que podría representarse en un sencillo esquema, como el que mostramos en la página siguiente. En él ocupa el centro la lengua histórica $-L_h-$, que comprende un número indeterminado de lenguas funcionales $-L_f-$, dentro de las cuales habrá que distinguir un "componente" sistemático $-S-$ y otro normal $-N-$:

(*) P. 31.

(**) P. 31.



La distinción entre lengua histórica y lengua funcional lleva a Coseriu a hacer otra para el concepto de norma:

"La norma como equilibrio del sistema puede llamarse norma funcional"(*).

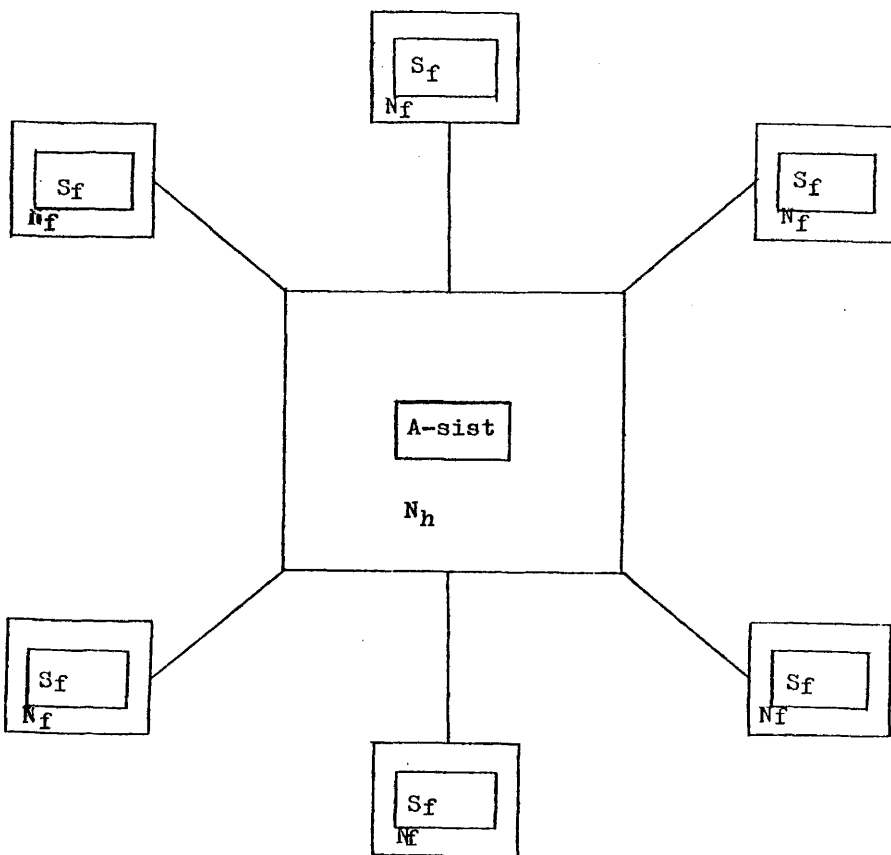
Además de la norma funcional, cabe considerar una norma histórica:

"El equilibrio entre los sistemas abarcados por un archisistema puede llamarse norma histórica"(**).

Introduce aquí Coseriu el concepto de archisistema, "componente" sistemático de la lengua histórica, la cual, como se ha visto, tendrá también su aspecto "normal". De este modo, el esquema anterior se modificaría en el que sigue:

(*) Ibidem, p. 31.

(**) Ibidem, p. 32.



(donde la lengua histórica "se descompone" en archisistema -A-sist.- y norma histórica -N_h-, y las distintas lenguas funcionales, en sistemas -S_f- y normas funcionales -N_f-).

Aunque en el trabajo que comentamos apenas hay más alusiones dignas de mención al concepto de archisistema, en otro anterior, se detiene algo más Coseriu en dicho concepto. E importa aquí destacar el carácter que le atribuye de común denominador de los sistemas que lo integran:

"Naturalmente, nada impide que, mediante una nueva abstracción, se constituya, sobre la base de los "sistemas" comprobados, un archisistema que corresponda al "español"; sólo que éste ya no podría tener ninguna funcionalidad (no podría "realizarse" en una "norma" y luego en un "hablar"), porque conservaría sólo los elementos comunes de esos 'sistemas'>(*).

Puede entreverse en esta cita una concepción del archisistema, si no como un mero constructo, puramente artificial, sí al menos como una elaboración teórica con buena dosis de variabilidad y de escasa "presencia" tanto en la descripción lingüística como en la conciencia idiomática de los hablantes.

Algo parecido podría decirse de la norma histórica que le corresponde (4), cuyo sentido tan solo se aclara un poco en una nota a pie de página:

"[...] las oposiciones normales son esencialmente distintas de las oposiciones sistemáticas: éstas son internas, mientras que aquéllas son externas. Un hecho de norma puede ser "funcional" (por ej., puede tener función expresiva o apelativa), pero sólo con respecto a otra norma (correspondiente a otro ambiente social, a otro ámbito regional, a otro "lugar" del sistema), o, simplemente, con respecto a lo que "no se dice" (norma inexistente), y no dentro de la misma norma. Por ello las oposiciones entre varios sistemas dentro de un "archisistema" pueden considerarse como "normales". Así, por ej., el ser /ž/ en rioplatense justamente /ž/ (y no /j/ o /λ/) es un hecho estilísticamente funcional con respecto al "español ejemplar de Castilla", pero no lo es dentro del mismo sistema rioplatense"(**).

Con la introducción del concepto de norma histórica se acentúa el paralelismo entre la lengua histórica y la funcional, dotando así al esquema que representa a ambas de una simetría absoluta; sin embargo, no parece que la operatividad de tal

(*) "Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje", en Teoría del lenguaje y lingüística general, p. 227.

(**) Sincronía..., p.32, nota 68.

concepto sea grande, pues, a juzgar por lo que se nos acaba de decir, la norma histórica, en la práctica, se identifica con el sistema, solo que considerado como "equilibrio" del archisistema. Este último concepto, en cambio, sí ha resultado operativo en nuestra disciplina, y requerirá algo más que la breve alusión que hasta ahora hemos hecho de él. Pero eso será más adelante, en el apartado especial que le dedicaremos, como corresponde a lo que es, sin duda, un punto básico de referencia de toda reflexión sobre la diversidad idiomática, al tiempo que uno de los polos en que se desenvuelve esta.

3.1.2.

Lo cierto es que el término archisistema apenas ha tenido eco en la literatura sociolingüística. En cambio, su sinónimo diasistema ha gozado de mucha mayor aceptación. Es este término el que viene empleando últimamente el propio Coseriu:

"Por ello, una lengua histórica es un conjunto ("diasistema") de dialectos, niveles y estilos de lengua" (*).

Y en un trabajo anterior, al que ya se ha aludido en estas páginas, encontramos por primera vez el término en cuestión:

"Dans ce sens, une langue historique n'est jamais un seul 'système linguistique', mais un 'diasystème': un ensemble de 'systèmes linguistiques', entre lesquels il y a à chaque pas coexistence et interference" (**).

Es esta la obra de Coseriu en la que más directamente se tratan las categorías que nos ocupan, constituyendo así un riguroso -aunque breve- marco en el que inscribir los hechos de

(*) "El estudio funcional del vocabulario", en Gramática, semántica, universales, p. 220.

(**) "Structure lexicale...", ya cit., p. 33.

diversidad, o al menos, un punto de partida -como lo ha sido aquí- para dar explicación de esos hechos. El apartado que comentamos se titula "'Architecture' et 'structure' de la langue" y en su punto 3 afirma Coseriu:

"D'accord avec M. Flydal [...], nous apelons architecture de la langue l'ensemble de rapports que comporte la multiplicité des "techniques du discours" coexistantes d'une langue historique. L'architecture de la langue ne doit pas être confondue avec la structure de la langue, qui concerne exclusivement les rapports entre les termes d'une "technique du discours" déterminée ("langue fonctionnelle"). Entre les termes "différents" du point de vue de la structure de la langue, il y a opposition; entre les termes "différents" du point de vue de l'architecture de la langue, il y a diversité"(*)

Podemos resumir las concepciones de Coseriu acerca de la dualidad lengua histórica-lengua funcional en un cuadro donde se recojan los términos que articulan dicha dualidad:

I	II
LENGUA HISTORICA (IDIOMA)	LENGUA FUNCIONAL (<u>LENGUA</u>)
DIASISTEMA NORMA HISTORICA	SISTEMA NORMA (FUNCIONAL)
ARQUITECTURA	ESTRUCTURA
RELACIONES DE DIVERSIDAD	RELACIONES DE OPOSICION

(*) Pp. 34-35.

Sin perjuicio de mayores precisiones sobre algunas de las categorías que aparecen en el cuadro (lo cual se va a llevar a cabo posteriormente), este será el modelo básico que adoptemos para enfrentarnos con la materia que constituye el objeto del presente trabajo.

3.1.3.

Antes de pasar al análisis del concepto de diasistema en la sociolingüística teórica (o en la teoría del lenguaje), conviene que exminemos -todavía dentro del marco de las doctrinas de Cöseriu- la posible relación entre dicho concepto y los de esquema (Hjelmslev) y tipo (propuesto por el propio Cöseriu).

Como hemos visto, Cöseriu denomina arquitectura al conjunto de relaciones que determina la coexistencia de lenguas funcionales dentro de una lengua histórica; y en la cita donde se recogía esta definición, quedaba de manifiesto su procedencia: el artículo de Flydal que hemos comentado ampliamente en el capítulo anterior. Ahora bien, a nadie escapa que el verdadero origen del término arquitectura está en Hjelmslev, para quien viene a ser sinónimo de esquema (en el sentido en que pueden considerarse sinónimos estructura y sistema):

"[...] En francés tal vez fuera posible servirse del término charpente (de la langue) como sinónimo de schéma"(*).

Y Flydal se remite explícitamente a este pasaje de la obra de Hjelmslev:

(*) "Lengua y habla", ya cit., p. 105, nota 32.

"Structure et extrastructuralismes forment un ensemble que, en modifiant un peu une image empruntée à M. Hjelmslev [...], nous appellerons ici l'architecture d'ensemble de la langue ou simplement l'architecture de la langue, en entendant par architecture non pas la disposition architectonique des parties d'un tout, mais un tout systématique formé de parties solidaires, dont la solidarité réciproque est moins accusée que celle qui existe entre les différentes parties de la structure"(*).

Es evidente que Flydal se aparta del sentido que atribuye Hjelmslev al término arquitectura (carpente). Queda claro en la cita qué es lo que entiende el lingüista noruego por arquitectura: una especie de "supralengua", mientras que la arquitectura (esquema, carpente) es para Hjelmslev lo esencial del concepto saussureano de lengua, y estaría cerca de la "disposition architectonique des parties d'un tout" a que alude -y excluye de su consideración de arquitectura- Flydal. Por su parte, Coseriu se muestra de acuerdo con la acepción del término según este lingüista.

Sin embargo, el hecho de que esquema (arquitectura en el sentido de Hjelmslev) y diassistema (arquitectura en el sentido de Flydal y Coseriu) sean conceptos elaborados de diferente manera, y por tanto, diferentes, no impide el que pueda verse en ellos puntos en común. Así, es sabido que en Hjelmslev la noción de esquema supone el grado máximo de abstracción en la escala de formas comprobables a partir del acto de habla; sería el nivel de la forma pura, que comprendería -en expresión de Coseriu- un conjunto de "relaciones algébricas de 'cantidades vacías'"(**). El esquema carecería, pues, -permitásenos así expresarlo- de toda posible "realización". Pero esta característica

(*) Op. cit., p. 245.

(**) "Sistema, norma y habla", p. 100.

también la posee el diasistema o, para ser exactos, el archisistema, del cual hemos visto más arriba que afirmaba Coseriu que

"no podría tener ninguna funcionalidad (no podría 'realizarse' en una 'norma' y luego en un 'hablar')"(*).

Asimismo, sostiene este autor que una lengua histórica

"no es una técnica homogénea del discurso, sino normalmente un conjunto complejo de tradiciones del hablar en parte concordantes y en parte divergentes[...]"(**).

Y, más adelante, tras referirse al hecho de que la denominación de lengua funcional se hace en virtud de que es la lengua que funciona de manera inmediata en el hablar, afirma:

"no se habla nunca "español" a secas, sino siempre una variedad determinada de español"(***)'.

Por otra parte, dice explícitamente Coseriu:

"La abstracción [que supone el concepto de esquema] resultaría probablemente inaplicable en la lingüística histórica, que no puede ignorar ni la sustancia fónica ni la relación entre los signos lingüísticos y las cosas designadas, pero tendría, sin embargo, utilidad en la llamada "gramática general" y en la comparación estructural entre las lenguas, dado que sus moldes podrían aplicarse a más de una lengua (así, una gramática esquemática húngara coincidiría en gran parte con una gramática esquemática turca y una gramática rumana coincidiría en muchos puntos con una gramática albanesa)"(****).

Fijándonos en la última parte de estas afirmaciones, ¿no es el diasistema comparación de sistemas distintos? y ¿no

(*) "Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje", ya cit., p. 227.

(**) "El estudio funcional del vocabulario", ya cit., p. 219.

(***) Ibidem, p. 220.

(****) "Sistema, norma y habla", p. 100.

cabe incluso llegar a construir -al menos teóricamente- diasis-temas de lenguas bien alejadas, sobre la base de semejanzas par-
ciales?

De cualquier modo, lo esencial del concepto de esque-
ma no es la comparación de sistemas. El esquema vendría a ser,
sin más, un grado sucesivo de abstracción con respecto al sis-
tema, y secundariamente "podría comprobarse" que varios siste-
mas coinciden en una misma pauta esquemática.

Tampoco el tipo lingüístico implica necesariamente
comparación entre varios sistemas. Este concepto, introducido
por Coseriu, se define, en primer lugar, como plano funcional
de la lengua:

"[...] el 'tipo lingüístico' abarca los principios
funcionales, es decir, los tipos de procedimientos
y categorías de oposiciones del sistema, y represen-
ta, por ello, la coherencia funcional comprobable en-
tre las varias secciones del sistema mismo. Así in-
terpretado, el tipo es una estructura lingüística
objetiva, un plano funcional de la lengua: es, sim-
plemente, el nivel de estructuración más alto de una
técnica lingüística"(*).

Y, más sencillamente;

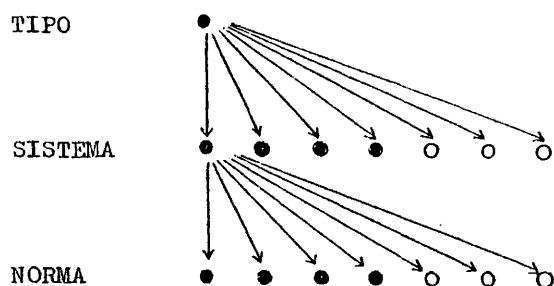
"Resumiendo: [...] el 'tipo' [comprende] los prin-
cipios correspondientes a las reglas del sistema[...].
En este sentido, toda lengua es una técnica en parte
realizada y en parte realizable: el sistema es siste-
ma de posibilidades con respecto a la norma, el tipo
lo es con respecto al sistema"(**).

Esto último queda representado en los esquemas siguien-
tes, trazados por el propio Coseriu:

(*) "Sincronía, diacronía y tipología", en El hombre y su lengua-
je, p. 195.

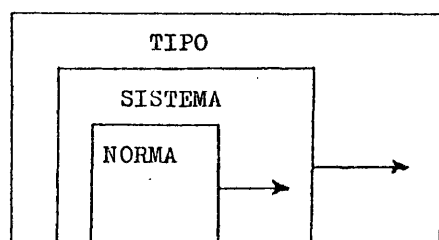
(**) Ibidem, p. 195.

1.



(donde ● = hechos "existentes" y ○ = hechos "posibles").

2.



(*)

(En este segundo diagrama se refleja la posibilidad de cambio de norma sin cambio de sistema, así como la del cambio de sistema sin cambio de tipo.)

Según la anterior caracterización, se comprende que lenguas distintas puedan responder a un mismo tipo. Sin embargo, observa Coseriu:

"El tipo como 'clase de lenguas' es un corolario o, más bien, una aplicación de este concepto"(**).

(*) Ibidem, p. 197.

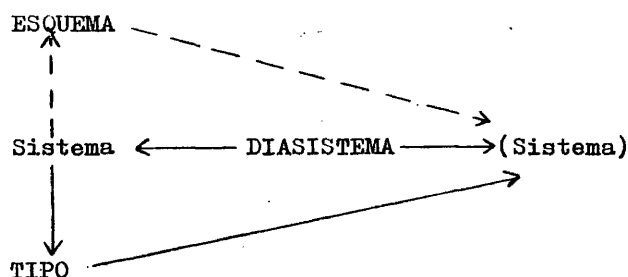
(**) Ibidem, p. 195, nota 5.

En tal sentido, cabe oponer diasistema, por un lado, a esquema y tipo, por otro, pues -como decíamos más arriba- lo que en el primer caso es esencial (la comparación de sistemas), en el segundo es simplemente accidental. Añadiríamos también un segundo carácter a esta oposición: mientras que en el paso del sistema al diasistema hay un "salto" cuantitativo, tanto esquema como tipo implican, con relación al sistema, un "salto" cualitativo.

Se podría establecer una segunda oposición que enfrentara diasistema y tipo, en un solo término, a esquema, en el otro. Efectivamente, este último concepto se concibe solo de manera "negativa", diferencial, en tanto que -repetámoslo- conjunto de relaciones algebraicas de "cantidades vacías"; por el contrario, diasistema y tipo comportan sustancia lingüística(5).

En fin, si oponemos "forma" (con o sin sustancia) a "categoría", quedarían a un lado el diasistema y el esquema, opuestos ambos al tipo.

En resumen, pues, con relación al sistema, estos tres conceptos quedarían así dispuestos:



Diasistema, esquema y tipo son "abstracción" del sistema: cuantitativa y con referencia a otros sistemas, en el caso del diasistema; cualitativa y -básicamente- con respecto al pro-

pio sistema, en el caso del esquema y del tipo (se ha marcado también en la figura la naturaleza de la segunda oposición que señalábamos antes: la línea continua indica "positividad", mientras que la discontinua, lo puramente diferencial).

No hay duda, pues, de que esquema, diasistema y tipo, a pesar de que presentan concomitancias entre sí, son conceptos diferentes, o mejor, elaborados a partir de distintas premisas y a través de distintos cauces. Aunque Coseriu no analiza explícitamente la relación entre ellos, el examen que aquí hemos llevado a cabo -basado en la doctrina de este autor- apunta claramente hacia esa conclusión. No obstante, quedan ambigüedades o puntos oscuros dentro de la trama conceptual en que se inserta cada uno; ello produce cierto confusiónismo, pero, a la vez, el saludable efecto de que la realidad lingüística no quede encerrada en moldes demasiado rígidos o enfocada bajo puntos de vista demasiado categóricos y excluyentes.

3.2. El diasistema

"Structural linguistic theory now needs procedures for constructing systems of a higher level out of the discrete and homogenous systems that are derived from description and that represent each a unique formal organization of the substance of expression and content. Let us dub these constructions 'diasystems' [...]"
(*)

(*) U. Weinreich, "Is a structural dialectology possible?", ya cit., pp. 389-390.

A mediados de los años cincuenta, y en un famoso artículo del que hemos extraído el texto precedente, introduce y define Uriel Weinreich la noción de diasistema, que tanto rendimiento producirá en los estudios dialectológicos y sociolingüísticos posteriores. Como ya se ha indicado, esta noción representa el marco de referencia dentro del cual se inscriben los hechos de diversidad lingüística ("intra-idiomática"), al tiempo que el nivel más alto -o unidad más amplia- en que esa diversidad se desenvuelve.

Una caracterización del diasistema se ha hecho ya en el apartado anterior (3.1.3.), de resultas de haberlo comparado con los conceptos de esquema y tipo, tal como se perfilan todos ellos en la doctrina de Coseriu. Y aunque los puntos de vista sean diferentes, dicha caracterización nos exime de buena parte de la tarea que aquí corresponde, la cual se limitará fundamentalmente a recoger las críticas que se le han hecho y a señalar las dificultades que comporta su aplicación indiscriminada.

3.2.1.

Antes de nada, aludamos al propio término. Acuñado, como se ha dicho, por Weinreich, responde a una pauta terminológica característica de la lingüística estructural, y más concretamente, de la saussureana (6). Sin embargo, también parece entroncarse con dialectológico, como nos indica el mismo Weinreich:

"It may be feasible, without defining 'dialect' for the time being, to set up 'dialectological' as the adjective corresponding to 'diasystem', and to speak of dialectological research as the study of diasystems"(*).

(*) Ibidem, p. 390.

Es cierto que los conceptos de diasistema y de dialectología se implican mutuamente, al igual que existe una evidente correspondencia entre el término y otros de la lingüística estructural que están en la mente de todos. Es ocioso, pues, preguntarse por la génesis exacta de diasistema. Y, sin embargo, la terminología suscita cuestiones que conviene tratar.

La primera se refiere a las palabras de Weinreich que acaban de ser citadas, donde se hace corresponder el adjetivo dialectológico con diasistema. Ya en 1.2.3. concluíamos con Weinreich que los conceptos de dialectología y de diasistema habían de ir unidos; en otras palabras, que dialectología implica siempre comparación entre variantes con respecto a una unidad superior. Lo que, sin embargo, no parece desprenderse de esas palabras es que dialecto sea lo mismo que diasistema (7): el hecho de que la dialectología se ocupe del diasistema significa que esta disciplina no puede perder de vista la pertenencia de las entidades que estudia al diasistema (de las entidades aisladas se ocuparía, más bien, la lingüística descriptiva), pero no necesariamente que diasistema y dialecto se identifiquen.

La otra cuestión es solo indirectamente terminológica, mejor dicho, no se deriva tanto del término diasistema cuanto de su componente sistema. Lo que es preciso señalar es que el sentido de sistema (y de diasistema) en Weinreich no coincide con la delimitación precisa que posee este término a partir de Coseriu; es decir, la noción de diasistema no prejuzga la naturaleza estrictamente sistemática de los "sistemas" que comprende. No es que haya desacuerdo entre las concepciones de Weinreich y de Coseriu (es sabido que la distinción de este último entre sistema, norma y habla es posterior al artículo del malogrado lingüista norteamericano en que se define el diasistema), pero lo que sí es cierto es que, a partir de Coseriu,

el concepto de diasistema cobra una especial dimensión (no exenta de complejidad).

3.2.2.

En una obra introductoria de sociolingüística, a la que hemos aludido con anterioridad, su autor, G. Berutto, dedica un apartado al análisis del diasistema, que en primera instancia entiende como el conjunto de dialectos que conforman una "lengua":

"La noción de diasistema permite representar los varios niveles de análisis de un sistema lingüístico, teniendo en cuenta las variedades presentes en él en forma unitaria. Es decir que, dada una lengua y sus dialectos, es posible, en lugar de considerarlos como sistemas aparte, plantearlos como un sistema único y representar en conjunto sus estructuras"(*).

Enseguida, el autor se hace eco de las críticas que ha suscitado el concepto de diasistema. Una de ellas es la de su extensión, es decir, el hecho de que no se defina claramente a qué realidades se pueda aplicar. Pero opina Berutto:

"A la objeción se puede responder diciendo que el concepto de diasistema debe tomarse cum grano salis e interpretarse sociolingüísticamente. Es evidente que, suponiendo que tuvieran un sistema fonológico muy semejante -diferente sólo en algunas zonas del inventario de oposiciones-, no por eso se construirá un diasistema del chino y el guaraní, o ni siquiera, del italiano y el español (que, sin embargo, tienen un sistema vocálico análogo), salvo, quizás, en los casos de bilingüismo [...], donde puede resultar útil para el análisis de las interferencias representar diasistemáticamente el sistema fonológico doble [...]; el diasistema, por ende, se utilizará preferentemente para las variedades de una lengua, en especial para una lengua y sus dialectos"(**).

(*) La sociolingüística, p. 94.

(**) Ibidem, p. 96.

Tenemos, entonces, que ya desde un principio el diasistema se considera como una solución de compromiso, casi como un artificio descriptivo aplicable según lo aconsejen las circunstancias y carente de rasgos de validez universal.

La noción de diasistema, según ciertos autores, puede aplicarse en el eje del tiempo (8), con lo que se obtendría algo así como un diasistema común a los sucesivos sistemas propios de determinadas épocas y que constituyen la evolución lingüística. Su aplicación en el espacio es el principal rasgo que lo define: un diasistema para una zona lingüística (comunidad o macro-comunidad), integrado por diversos sistemas regionales o locales. Igualmente, en la esfera social: el diasistema, por ejemplo, de la ciudad, que comprende sistemas de los distintos agrupamientos en que "se divide". Y así sucesivamente. Resulta, pues, que en términos absolutos, tendríamos: "diasistema de diasistemas de diasistemas ... de sistemas". Excesivo.

Otro problema derivado de la consideración "esencial" del diasistema sería el de su delimitación. Temporalmente, ¿dónde situar la frontera, por ejemplo, entre el diasistema latino y el español, si es que se admitiera que cada uno constituye un solo diasistema? En los otros ámbitos pueden plantearse similares interrogantes. Y aunque la noción de inteligibilidad mutua(9) venga a atenuar algo el problema de la delimitación del diasistema, lo cierto es que sigue sin resolverse y se llega a caer en un círculo vicioso.

En otro orden de cosas, y siguiendo con las críticas al concepto de diasistema, convenimos con Berutto en que:

"la distancia entre dos lenguas -o entre variedades- surge no sólo del inventario de las unidades y de sus oposiciones, sino también -y en medida notable- de la distribución de las unidades, especialmente de la pre-

sencia de los fonemas en el léxico. La distribución de las unidades tiene, pues, un papel importante en las estructuras de los sistemas, que el análisis diastemático deja de lado [...]"(*).

Justo es decir, sin embargo, que al propio Weinreich no se le escapa este elemento de diferenciación cuando distingue entre differences of inventory y differences of distribution; y él mismo señala la "incapacidad" del diastema para reflejar estas últimas:

"Differences in distribution cannot be inferred from a comparison of the differences in inventory, although the two ordinarily stand in a definite historical relationship"(**).

Claro que, al considerar las diferencias distribucionales nos adentramos en la morfología (en su acepción etimológica), terreno infinitamente más amplio, en donde tienen cabida nociones como las de frecuencia de aparición, rendimiento funcional, etc., que ni siquiera desde un punto de vista "sistemático" están suficientemente analizadas. Tanto en morfología como en los demás niveles del análisis lingüístico donde entra más directamente la semántica, no puede decirse sino que haya descripciones parciales del sistema. ¿Qué puede, pues, esperarse cuando lo que se pretende establecer no se trata de un sistema, sino de un diastema?

Por último, otra de las críticas, o mejor, reservas que se dirigen contra el diastema, tal como ha sido ideado por Weinreich, estriba en su carácter que podríamos denominar excesivamente formalista o esquemático; nociones de tan marcado cariz sociolingüístico como la de prestigio no tienen cabida

(*) Ibidem, pp. 96-97.

(**) Op. cit., p. 394.

dentro de él:

"[...] los geolingüistas objetan que el diasistema weinreichiano no toma en cuenta factores sociolingüísticos (como el "peso" sociocultural de los elementos de una variedad y su presentación como 'formas de prestigio', etcétera)"(*).

Una posible contraobjeción: el diasistema constituye un primer paso, susceptible de cuantas precisiones sociolingüísticas convenga hacérsele.

3.2.3.

A la vista de las reservas que se le han puesto, algunas de las cuales hemos presentado aquí, ¿qué valor tiene realmente la noción de diasistema? Sin duda, relativo. Es sintomático, por ejemplo, el hecho de que en una obra dedicada a Uriel Weinreich, como Sociolinguistic Patterns, de W. Labov, no aparezca la voz registrada en el índice terminológico; o que tampoco aparezca en trabajos menos especializados (o menos doctrinales), como pueden serlo las introducciones a la sociolingüística de Marcellesi y Gardin, por un lado, y de Brigitte Schlieben-Lange, por otro (10). Parece, pues, que la noción de diasistema está lejos de ser de alcance universal. Sin embargo, creemos en su validez metodológica, y venimos a suscribir las siguientes afirmaciones de Berutto:

"Pese a tales limitaciones, en nuestra opinión el concepto de diasistema sigue siendo operativo -sobre todo en situaciones de bilingüismo- para representar el conjunto de dialectos que constituyen una lengua o el conjunto de formas de hablar que constituyen un dialecto -etc.- ; en general, un sistema lingüístico

(*) G. Berutto, op. cit., p. 97.

y sus variedades geográficas [...]. En sentido sustantivo podríamos, pues, redefinir el diasistema como un grupo de modos de hablar, afines por su estructura y utilizados en la misma comunidad [...]. Así, podrá hablarse -según nosotros, con bastante propiedad- de un diasistema italiano (o diasistemas de los italianos regionales [...]) para indicar el italiano "standard" y las variedades regionales del italiano; o de un sistema piamontés, para indicar el grupo de modos de hablar que incluye el turinés y los modos subregionales (bielés, monferrino, etc.) de los faldeos montañosos" (*).

Es decir, diasistema se puede aplicar tanto a una "lengua" (el italiano "standard" a que se refiere Berutto) y sus variedades, como a un "dialecto" (entendido como conjunto de modalidades lingüísticas: el piamontés del ejemplo). Lo que no quiere decir -insistimos- que a toda realidad que llamemos dialecto (o que convencionalmente así la designemos) le convenga el término diasistema o el adjetivo diasistemático. Hay más de un tipo de dialecto, o mejor, más de una forma de entender la palabra dialecto.

Pero, volviendo al texto de Berutto, hay en él una precisión que merece ser retenida:

"Más bien, convendrá darle un sesgo sociolingüístico al diasistema en el sentido de tomar en cuenta oposiciones no distintivas, pero sí sociolingüísticamente significativas" (**).

Y aduce el primero de los ejemplos con que ilustra Weinreich el concepto de diasistema:

$$1,2 \quad // \quad i \underset{e}{\sim} \underset{e}{e} \approx a \approx o \approx u \quad //$$

(*) Ibidem, p. 97.

(**) Loc. cit.

donde la presencia de /e/ en lugar de /ɛ/, o viceversa, no provoca diferenciación semántica (lo que habría que cuestionar es, por tanto, el carácter fonemático de cualquiera de ambos elementos -e cerrada o e abierta-), pero no cabe duda de que dicha presencia (de uno u otro) hará posible la identificación de enunciados como pertenecientes a una de las dos variedades.

"[...] la distinción -añade Berutto- puede tener mayor importancia, aún, si una de las variedades es "sistema hegemónico"[...]; e incluso, un alófono puede tener, significación sociolingüística [...]. Además, los rasgos diferenciales de las variedades geográficas y sociales [...] son siempre índices de pertenencia al grupo; susceptibles, por tanto, de desempeñar un papel importante en la dinámica sociolingüística"(*)

Resulta, entonces, que, entendiendo el diasistema latu sensu, puede abarcar variedades estrictamente funcionales (sistemas) y/o variedades normales (pues la norma define también el modo de hablar del grupo). Sin duda alguna, aquí radica uno de los "puntos de relatividad" que caracterizan este debatido concepto.

En cuanto a la delimitación del diasistema, a que nos referíamos en el apartado anterior, ello constituía -decíamos- un problema irresoluble. Pero, más bien, si contemplábamos el diasistema como una "esencialidad". Por el contrario, dicho problema se resuelve -o, parafraseando a Coseriu, se disuelve- si asumimos desde el principio la inherente relatividad que el diasistema posee, su carácter metodológico (no queremos decir irreal), que nos permite adaptarlo a situaciones de índole diversa. Evidentemente, ello implica cierta dosis de confusiónismo y ambigüedad, pero en contrapartida -creemos- un efecto positivo, por

(*) Ibidem, pp. 97-98.

cuanto nos aleja de una realidad lingüística demasiado esquemática y poco matizada.

3.3. Idiolecto: ¿sistema o norma individual?

"The totality of the possible utterances of one speaker at one time in using a language to interact with one other speaker is an idiolect."(*)

Llega el momento de fijar e intentar definir la noción de idiolecto, que ha sido empleada hasta ahora sin demasiado rigor y siempre con algunas reservas. Y lo vamos a hacer, tal como apunta el título del apartado, atendiendo a la concepción tripartita del lenguaje propuesta por Coseriu, que, bien se advertirá, constituye uno de los anclajes más firmes de esta elaboración teórica (11).

3.3.1.

La elección del título del presente apartado presupone que, dentro de la doctrina de Coseriu, el idiolecto no pueda tener otro carácter que el de "sistemático" o "normal" (el término individual -pensamos- no ofrece lugar a dudas); es decir, simplificando algo las cosas, que el idiolecto sea "lengua" y no "habla". Sin embargo, tal carácter no se desprende directamente

(*) B. Bloch, "A set of postulates for phonemic analysis", Language, 24, p. 7.

de la definición dada por Bloch y recogida arriba. Es más, la expresión "the totality of possible utterances" poco favorece a que sea así interpretado. Pero es el propio Bloch quien hace una serie de precisiones fundamentales sobre el alcance que atribuye a 'idiolecto'. Examinemos la primera de ellas:

"As Bloomfield says in a similar connection [...], we are obliged to predict; hence the word 'possible'. An idiolect is not merely what a speaker says at one time: it is everything that he COULD say in a given language"(*).

A pesar de la matización que se da a la palabra possible y el énfasis que en ella se pone, quedan puntos oscuros.

Ciertamente, la insistencia en el carácter potencial del idiolecto apunta a considerarlo como la "lengua" del individuo. Pero lengua en el sentido bloomfieldiano del término; es decir, 1) en tanto que categoría cuya existencia solo se admite por las necesidades de la descripción ("we are obliged to predict"), y 2) como conjunto de posibilidades, entre las cuales se cuentan las efectuadas (conjunto de lo que se dice -"not merely what a speaker says"- y de lo que se puede decir -"everything that he could say [...]"-).

Sin entrar en pormenores críticos, es importante destacar que este modo de entender la lengua excluye su consideración como plano del lenguaje "por encima" del habla. Si idiolecto es el conjunto de utterances posibles -esto es, las efectivas más las no realizadas-, no es de extrañar que haya habido dos maneras de adaptarlo (más o menos explícitamente) a la dicotomía saussureana: interpretándolo como la lengua del individuo, o haciéndolo como su habla. Aunque predomina la primera de las interpretaciones, podemos aducir un testimonio como el de Labov,

(*) Ibidem, p. 7.

que parece inclinarse por la segunda:

"Thus Bloch introduced the term 'idiolect' to represent the speech of one person talking on one subject to the same person for a short period of time"(*)y(12).

El idiolecto que cita Labov sería, en efecto, suma de actos de habla, y por tanto, habla (13). En cualquier caso, lo más usual -decíamos- es entender el idiolecto como lengua individual, con independencia de si esta interpretación se ajusta o no estrictamente al modelo dicotómico de Saussure. Este será el sentido que se adopte aquí en lo sucesivo. Pero sigamos con las aclaraciones que hace el propio Bloch a su definición de idiolecto:

"As for the words 'at one time', their interpretation may safely vary within wide limits: they may mean 'at one particular moment' or 'on one particular day' or 'during one particular year'; they are included in the definition only because we must provide for the fact that a speaker's manner of speaking changes during his life-time. The phrase 'with one other speaker' is intended to exclude the possibility that an idiolect might embrace more than one STYLE of speaking: it is at least unlikely that a given speaker will use two or more different styles in addressing a single person"(**).

Las aclaraciones de Bloch se refieren al significado que ha de darse a "en un tiempo determinado" y "al hablar con otro". Pero la determinación temporal es sumamente vaga y tan solo se limita por un carácter negativo: el idiolecto no es la lengua del individuo a lo largo de toda su vida, sino que, por el contrario, en el curso de esta, el individuo puede cambiar de forma de hablar, de idiolecto. El condicionamiento del oyente

(*) Sociolinguistic Patterns, p. 192.

(**) Op. cit., p. 7.

se reduce a la imposibilidad de que un idiolecto abarque más de un estilo. En síntesis, la definición de Bloch, como él mismo dice, implica:

"(a) that an idiolect is peculiar to one speaker, (b) that a given speaker may have different idiolects at successive stages of his career, and c) that he may have two or more different idiolects at the same time"(*).

La primera de las conclusiones se admite -mejor dicho, se entiende- sin más. Pero las otras dos plantean ciertos problemas sobre la naturaleza del idiolecto. Efectivamente, ambas parecen poder reducirse a una sola: idiolecto es la manera peculiar de emplear un determinado estilo; en tal caso, sería necesario reformular las conclusiones. Pero si se entienden estas literalmente, se hace preciso distinguir dos tipos de idiolecto: el idiolecto en tanto que corresponde a distintas etapas del individuo (que abarcaría más de un estilo) y el idiolecto como estilo peculiar a que nos hemos referido antes; y si esta interpretación parece forzada, si no se quiere llegar a tan categórica alternativa, al menos habrá de reconocerse que el concepto de idiolecto resulta más amplio y ambiguo de lo que parece a simple vista.

3.3.2.

Uno de los lingüistas que más ha rentabilizado la noción de idiolecto ha sido Ch. F. Hockett. En otro lugar expon-dremos su teoría sobre la comunidad lingüística, sustentada en dicha noción. Pero ahora interesa poner de relieve que fundamen-

(*) Loc. cit.

talmente a él se debe el haber atribuido al idiolecto el carácter de "lengua" (en el sentido saussureano del término). Así lo define:

"En general, la totalidad de los hábitos lingüísticos de una misma persona en una época dada constituye un idiolecto"(*)y(14).

Y más adelante comenta:

"Pero la noción de idiolecto es importante porque, en último análisis, a una lengua sólo se la puede observar como un conjunto de idiolectos. El lenguaje es el instrumento básico que posibilita el comportamiento colectivo de los seres humanos, pero el habla no es en sí misma [...] un comportamiento colectivo. Es imposible observar directamente todos los hábitos lingüísticos de una comunidad. Ni siquiera es posible observar los hábitos de un individuo: lo único que podemos observar directamente es el comportamiento lingüístico de los individuos [...]"(**).

Y en otro capítulo de la misma obra corrobora lo que implícitamente se desprende de lo anterior: la lengua es hábito; el habla, comportamiento (hecho histórico). He aquí la cita textual:

"[...] una lengua es un conjunto de hábitos. Un hecho de habla o emisión, en cambio, no es un hábito, sino un hecho histórico [...]. Los hechos de habla [...] se pueden observar directamente. Los hábitos [...] no son inmediatamente observables [...]"(***)).

Está claro: el idiolecto es "lengua", y puede redefinirse como la lengua del individuo. Pero aquí nos encontramos con una nueva dificultad, que estriba en el carácter social de

(*) Curso de lingüística moderna, p. 319.

(**) Ibidem, pp. 319-320.

(***) Ibidem, p. 142.

la langue saussureana, incompatible con la estricta individualidad del idiolecto. Déjesenos transcribir a continuación un testimonio de Jakobsen en donde, con singular maestría, queda suscitado el problema:

"Con gran interés, como de costumbre, he leído el trabajo distribuido por mi viejo amigo Hockett sobre el idiolecto. Este artículo reduce el idiolecto a los hábitos lingüísticos de un solo individuo en un tiempo dado, con exclusión de sus hábitos en lo tocante a la comprensión del habla de los demás. Si a lo largo de un tiempo más bien prolongado se hubieran observado y grabado mis charlas, nunca se me hubiera oído decir "idiolecto". Pero ahora, al hablar con ustedes, lo utilizo porque me adapto a mis posibles adversarios, Hockett por ejemplo. Lo mismo ocurre con otros muchos términos. Todos, al hablar con una persona desconocida, tratamos, de modo consciente o no, de establecer un vocabulario común: ya para hacernos gratos, ya para hacernos entender o hasta para deshacernos de él, nos servimos de los términos de nuestro destinatario. En lenguaje no existe la propiedad privada: todo está socializado. El intercambio verbal, lo mismo que cualquier otra forma de interrelación, exige por lo menos dos comunicantes, de modo que el idiolecto resulta ser una ficción un tanto malévola"

(*) y (15).

Por su parte, Coseriu afirma:

"Por ello, contrariamente a lo que piensa R. Hall [...], el concepto de idiolect, introducido por B. Bloch, no resuelve las dificultades que (para la descripción sistemática objetivista) plantea la coexistencia de sistemas; ni puede introducirse este concepto como "intermedio" entre langue y parole, pues, interpretada como corresponde, la diferencia entre "lengua" y "habla" es diferencia entre abstracto y concreto (o de saber y hacer, potencia y acto, virtual y actual), y no una diferencia cuantitativa, de extensión. El concepto, además, no es nuevo. Nuevo es sólo el término, pues como concepto el idiolect es análogo a la Individualsprache de K. Rogger y a la lingua individuale de va-

(*) "El lenguaje común de antropólogos y lingüistas", Ensayos de lingüística general, p. 21.

rios estudiosos italianos. Y también O. Jespersen hablaba de los 'hábitos lingüísticos de un individuo'[...]. Pero, como ya lo ha observado A. H. Gardiner[...], la "lengua individual" es simplemente una "lengua" (lan-gue) [...]. En cuanto al concepto mismo de 'lengua individual' -fuera del sentido de "acervo lingüístico individual"[...] y del sentido particular que adquiere en la estilística-, se trata de un concepto híbrido. Una "lengua individual" (deducida del hablar de un individuo) es "lengua" sólo técnicamente, pero no realmente. En cuanto "lengua", no es estrictamente individual; y en cuanto estrictamente "individual" no es lengua: no puede haber una lengua no hablada "con otro"[...]' (*)

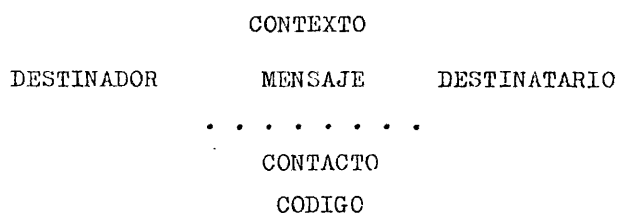
Hemos reproducido íntegramente (o casi íntegramente) este texto de Coseriu por lo clarificador que resulta para caracterizar la noción de idiolecto. En él se destacan cuatro núcleos o puntos básicos: 1) El idiolecto no representa un nivel intermedio entre la lengua y el habla saussureanas; 2) el idiolecto solo puede ser "lengua"; 3) la noción de idiolecto es anterior a su nacimiento oficial; y 4) concebido como "lengua", el idiolecto provoca una verdadera aporía, pues no hay lengua que no sea necesariamente "social" (es este el punto en común entre los dos textos que aquí se han citado). Además, alude Coseriu de paso a la nociones de acervo lingüístico individual y de "estilo" particular, con las cuales puede identificarse el idiolecto sin mayores dificultades.

Los tres primeros puntos apenas merecen nuevos comentarios por nuestra parte, pues, en un caso -los puntos 1) y 2) pueden reducirse lógicamente a uno solo- ya ha quedado manifestada aquí una opinión similar a la de Coseriu: si el idiolecto es hábito, solo puede considerarse "lengua" (en el sentido saussureano); y en otro caso, lo único que hace el lingüista rumano

(*) Sincronía, diacronía e historia, pp. 35-36.

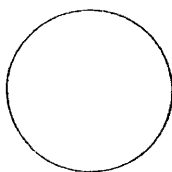
es constatar un hecho suficientemente testimoniado: la existencia del concepto de idiolecto previa a Bloch (aunque aquí se podría objetar que esa existencia previa no quita mérito a este autor, que supo introducirlo con el rigor y operatividad precisos).

Pero la aporía que plantea la consideración del idiolecto como "lengua individual", o simplemente, la combinación de estos dos últimos términos, constituye el más serio reparo que se ha puesto al concepto de Bloch, la máxima limitación con que ha surgido y que impide su uso sin reservas. Efectivamente, si traemos aquí, por ejemplo, el conocido esquema de la comunicación, de Jakobson:

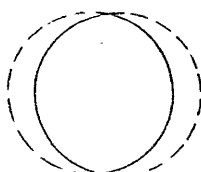


(*)

podemos observar que para los dos sujetos del acto comunicativo se presupone un código "del todo, o en parte cuando menos, común"(**). Es decir, y también esquemáticamente:



1) CODIGO TOTALMENTE COMUN
A DESTINADOR Y DESTINATARIO



2) CODIGO PARCIALMENTE COMUN
A DESTINADOR Y DESTINATARIO

(*) "Lingüística y poética", Ensayos de lingüística general, p.353.

(**) Ibidem, p. 352.

En el primer caso no tiene cabida de ningún modo el idiolecto: el código, compartido por ambos sujetos, siempre social, sería entonces dialecto (o así podríamos llamarlo). En el segundo caso, en cambio, no habría inconveniente en distinguir dos idiolectos diferenciados entre sí, pero con elementos comunes -código supraindividual-, que son los que hacen posible la comunicación.

Ahora bien, no cabe duda de que la primera imagen no se ajusta a la realidad. Es improbable -y difícil de imaginar- que dos individuos posean un repertorio idéntico de conocimientos -o hábitos- sobre la lengua que emplean. Cada cual, por el contrario, "poseerá" la lengua a su manera. El concepto de idiolecto no contradice entonces la visión más sensata y elemental de los hechos: más aún, se desprende necesariamente de ella. Pero ¿qué es este idiolecto? Ya se ha dicho: conocimiento lingüístico o hábito lingüístico, esto es, acervo idiomático o isoglosa.

El idiolecto puede entenderse, efectivamente, como acervo lingüístico individual, es decir, como suma de conocimientos que un individuo posee acerca de su lengua -distintos en alguna medida de los que posee, por ejemplo, su interlocutor-. La existencia del acervo individual parece innegable; y su reconocimiento, de suma importancia, al menos en una perspectiva psicológica. Sin embargo:

"el concepto de 'acervo lingüístico' resulta exterior a la lingüística, que estructura sus abstracciones exclusivamente sobre la base de hechos concretamente registrados, y no sobre virtualidades o conjuntos de representaciones no investigables con medios glotológicos"(*) y (16).

(*) E. Coseriu, "Sistema, norma y habla", pp. 93-94.

En suma, pues, y sin negar la importancia que psicológicamente puede tener el idiolecto como acervo lingüístico individual, hay que convenir en que dicho concepto (así entendido) queda al margen de los intereses estrictamente lingüísticos.

En cambio, desde un punto de vista propiamente lingüístico, cobra legitimidad, y aun se hace imprescindible, la noción de isoglosa. E isoglosa es el hábito lingüístico y, por tanto, el idiolecto (entendido, obviamente, de esta manera). En consecuencia, el idiolecto es 'lengua', como, por otra parte, ya ha quedado reseñado. Llegamos de nuevo a la aporía anterior: si 'lengua' comporta siempre carácter social, el idiolecto, como algo estrictamente individual, no puede ser "lengua". Y, sin embargo, en tanto que hábito, tampoco puede ser otra cosa.

Existe un modo de resolver la aporía, un modo de conciliar la noción de idiolecto con la de lengua (isoglosa). Con otras palabras, es posible mantener dentro de la misma matriz los dos elementos que básicamente definen el idiolecto: el ser "lengua" y el ser individual. Esta posibilidad nos la ofrece, dentro de la doctrina de Coseriu, el concepto de norma individual. En efecto, por ser norma lleva implícito el carácter de 'isoglosa', y abarca, como indica el término, los aspectos exclusivamente individuales de un hablar:

"[...] si se consideran los actos lingüísticos de un solo individuo, hay que introducir en el esquema, entre los límites del hablar y los de la norma social, un campo intermedio, correspondiente a la norma individual, es decir, un campo que comprenda todo lo que es repetición, elemento constante en el hablar del individuo mismo, eliminándose sólo lo puramente ocasional y momentáneo, lo que, hasta desde el punto de vista del individuo considerado, es originalidad expresiva absoluta, elemento totalmente inédito"(*).

(*) E. Coseriu, ibidem, pp. 96-97.

Así, pues, si excluimos la idea de idiolecto como sistema individual, porque el sistema, por ser "comunicativo", nunca es meramente individual; y si ignoramos el carácter de acervo lingüístico que el idiolecto posee -y ello reconociendo la licitud, y aun necesidad, de atribuirle dicho carácter, bajo una óptica psicológica-, la única definición coherente y lingüísticamente válida del idiolecto pasa por su consideración como conjunto de isoglosas que se observan a lo largo de los actos lingüísticos de un mismo individuo. Y esto equivale a decir que el idiolecto es norma individual (la interpretación del idiolecto como "habla individual", aparte de marginal, comporta una redundancia y hace innecesaria la misma noción de idiolecto). Como norma individual, pues, -huelga decirlo- será entendido aquí en lo sucesivo.

Notas

(1) Véase 2.1.2., donde se exponen las ideas de este lingüista sobre el particular y se cuestiona la necesidad de distinguir teóricamente una 'lengua₂'.

(2) Con alusión a esta equivalencia hemos empleado a veces la expresión diversidad intraindicada o similares.

(3) Ya en "Sistema, norma y habla" apunta Coseriu un planteamiento semejante:

"[...] una "lengua" comprende toda una serie de sistemas menores (dialectos, "lenguas" especiales, sistemas distintos socialmente o culturalmente: lengua docta, lengua literaria, lengua popular, lengua familiar, de límites variables y a menudo convencionales)"(p.103).

Y observa en nota a pie de página:

"En español el término idioma nos permitiría distinguir un sistema de isoglosas culturalmente determinado, instrumento y vehículo de la cultura de uno o más pueblos (idioma francés, idioma italiano, etc:), de un sistema de isoglosas cualquiera (lengua). Sin embargo, esta distinción no se hace comúnmente"(nota 161).

(Aquí sería preciso distinguir entre idioma y lengua de cultura, en el sentido de que no toda formación lingüística -sistema de isoglosas- dentro de un idioma responde a la "lengua de cultura"; es decir, esta última estaría comprendida dentro del idioma. A ello parece apuntar el propio Coseriu cuando en un trabajo posterior -"Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje", pp. 226-227- sostiene que conceptos como los de norma y sistema no coinciden con el de lengua-idioma, "que se establece sobre bases históricas y culturales; o también sobre bases empíricas de validez relativa, como la intercomprensión".)

Pero más significativas son las siguientes afirmaciones:

"Sin embargo, los conceptos de sistema y norma y el concepto de lengua, aunque estructurados de distinta manera, no son antitéticos. En efecto, los aspectos comunes de una serie de actos lingüísticos son necesariamente normales y, en un plano superior de formalización, funcionales: podemos, por consiguiente, hablar

de norma y sistema refiriéndonos a una lengua (sistema de isoglosas), en lugar de referirnos exclusivamente al hablar. Sólo que la lengua se entiende no sólo en la comunidad y en el espacio, sino también en el tiempo: se trata de un concepto histórico [...]"(p. 103).

(4) Si bien archisistema -o su sinónimo diasistema- es utilizado a menudo por Coseriu a lo largo de su obra, no hemos encontrado en ella más que las breves alusiones a la norma histórica que aquí se han recogido.

(5) Podemos comprobar esta afirmación ilustrando, por ejemplo, las nociones de esquema y diasistema y comparándolas entre sí. Supongamos dos "variedades" de una misma "lengua" cuyos sistemas vocálicos presenten ambos cinco elementos; en uno de esos sistemas, el elemento anterior, medio es más cerrado que en el otro. El diasistema de ambos sería el siguiente:

1,2 // i, $\underset{1}{e}$ a o u //

(Se trata de uno de los ejemplos -con alguna variante de transcripción- empleados por Weinreich en su artículo "Is a structural dialectology possible?" -p. 394-.)

Se comprueba que los sistemas en cuestión responden a un mismo esquema, en el cual el segundo elemento se definiría:

$$(\text{símbolo}) \underset{1}{e} = \begin{cases} \text{no } \underset{1}{i} \\ \text{no } \underset{2}{a} \\ \text{no } \underset{3}{o} \\ \text{no } \underset{4}{u} \end{cases}$$

En el diasistema, en cambio, el elemento en cuestión aparece "positivamente" definido:

$$\underset{1}{e} = \frac{\underset{1}{e}}{\underset{2}{e}}$$

(6) Es posible, incluso, que haya sido formado tomando el modelo de Flydal, quien -recordemos- a partir de diacronía introdujo los términos diatopía y diastatía.

(7) Aquí discreparíamos con la interpretación que da Alvar a estas mismas palabras de Weinreich, cuando afirma:

"Pero resulta entonces que dialecto viene a ser lo mismo que diasistema (Estructuralismo..., p. 25).

Y, más adelante:

"[...] si dialecto es un concepto sustentado en la diferenciación, venimos a negar la existencia del objeto de nuestro estudio" (loc. cit.)

Dialecto es -no vamos a descubrirlo- un concepto muy amplio y, ciertamente, sustentado en la diferenciación, pero, más bien, en la diferenciación de la entidad superior en la que se inscribe (diasistema), o mejor, en la diferenciación entre los elementos (dialectos) pertenecientes a un mismo diasistema. (Es verdad que en algunos casos se habla de dialectos que solo pueden ser concebidos como diasistemas: dialectos o conjuntos de hablas carentes de unidad; es el caso del leonés, del que dice Alarcos -Fonología española, p. 140-:

"no ha existido nunca, porque el proceso de integración que lo hubiera constituido [...] fue detenido por la expansión del castellano vecino [...]: podríamos, eso sí, trazar el diasistema de las hablas "leonesas", pero no un sistema del leonés".

Se trata aquí del problema, sobre el que volveremos, de la polisemia de la palabra dialecto.)

(8) Rona lo declara explícitamente cuando traza su cubo representativo del diasistema, una de cuyas dimensiones es la temporal. También Coseriu -recordemos- dice que la lengua -opuesta a sistema y norma- "se extiende no sólo en la comunidad y en el espacio, sino también en el tiempo" (véase nota 2 de este mismo capítulo).

(9) A este concepto dedicamos un apartado al tratar de los dialectos geográficos; allí (6.2.) remitimos, pues, para las precisiones oportunas. Pero adelantemos algo bien sabido: la inteligibilidad mutua está lejos de constituir un índice por completo seguro y universalmente válido para delimitar el concepto de lengua, en especial porque no se presenta (o deja de hacerlo) de manera absoluta.

(10) Las ya citadas Introduction à la sociolinguistique, de J.B. Marcellesi y B. Gardin, e Iniciación a la sociolingüística, de Brigitte Schlieben-Lange.

(11) Acaso convenga recordar que el concepto de idiolecto, introducido por Bernard Bloch, es cronológicamente anterior al modelo tripartito de Coseriu. Podría parecer llamativo que otorguemos a este preeminencia sobre aquel. Lo hacemos, en efecto, pero no en términos cronológicos absolutos. Por un lado, es innegable que, dada nuestra formación, sistema-norma-habla constituyen presupuestos, casi dogmas, del quehacer lingüístico, mientras que idiolecto es una adquisición bastante más reciente: habría -hay- entonces "anterioridad subjetiva" a favor del modelo tripartito del lingüista rumano. Pero, si esto es una argumentación indirecta, marginal, existe, por otro lado, el pleno convencimiento de que la distinción de Coseriu -no exenta de dificultades- posee mayor alcance u operatividad que el concepto introducido por el estudioso norteamericano, a la vez que suscita menos reservas a la hora de ser aceptada. De ahí que, suponiendo que la comparación fuera lícita, le demos primacía sobre el idiolecto, y la utilicemos como base para la crítica de esta última noción (y no solo para ello).

(12) Justo es decir que aquí Labov no trata de dirimir si el idiolecto es "lengua" o "habla"; es más, la adecuación del concepto a la dicotomía saussureana resulta por completo ajena a sus intereses específicos. Por otra parte, acto seguido, añade un comentario del que se desprendería un carácter contrario en el idiolecto:

"Although this term has been widely adopted, it is doubtful if anyone has found within such an "idiolect" the homogeneous data which Bloch hoped for" (loc. cit.)

(La homogeneidad, en efecto, solo es esperable de algo que sea "lengua", y no del habla, por definición, heterogénea.)

(13) También Rossi Landi identifica el idiolecto con el habla, o mejor, el habla con el idiolecto, cuando afirma:

"En el lenguaje hay ciertamente un aporte individual que nadie pretende discutir. Lo aclaró el Saussure "oficial" del Cours de linguistique générale con el concepto de parole o "hablar" (también "habla"). Yo diría que tal aporte es visto principalmente como (i) lo que el individuo excepcionalmente añade al patrimonio de la lengua; (ii) idiolecto, estilo individual en la construcción de mensajes [...]" (El lenguaje como trabajo y como mercado, p. 17).

Sin embargo, no es el propósito de Rossi Landi, como

tampoco lo era el de Labov, entrar en la polémica aquí suscitada. Además, el razonamiento, el contexto y el propio sentido de un término como habla son en Rossi Landi completamente distintos de los nuestros.

(14) Una definición similar la encontramos, por ejemplo, en Weinreich, quien, a su vez, parece referirse a ella como la más generalizada, al menos en los Estados Unidos (lo que no deja de ser significativo):

"[Idiolect] has been used in the United States to denote 'the total set of speech habits of a single individual at a given time' " ("Is a structural dialectology possible?", p. 389).

Adviértase la diferencia entre la definición original y esta de Weinreich (o la citada de Hockett): de las "possible utterances" se pasa a los "speech habits".

(15) Seguimos citando a Jakobson:

"[...] Y, como muy bien sabemos, uno de los deberes esenciales de la lengua consiste en salvar el espacio, franquear las distancias, crear una continuidad espacial, buscar y establecer una lengua común a través de las ondas. Claro está, si lo que está en juego es la distancia, mayores y más numerosas serán las diferencias dialectales que aparecerán. En dos comunidades lingüísticas vecinas, el código no es el mismo, pero aun así no puede hablarse de aislamiento hermético de ambas comunidades. Podría ocurrir, pero sería algo anormal, más bien patológico. Por lo general se da una tendencia a entender a los miembros de la otra comunidad lingüística: el revelador trabajo de mi probado amigo Twaddell nos hizo ver cómo funciona este mecanismo. Es, ni más ni menos, la "interconexión codal" [code switching] de que hablan los ingenieros de la comunicación (ibidem, pp. 22-23).

Palabras elocuentes, de las que, por nuestra parte, nos limitaremos a subrayar y retener el concepto de "interconexión codal".

(16) Además, resulta que el acervo lingüístico individual

"puede abarcar elementos pertenecientes a varias 'lenguas' [...]" (E. Coseriu, Sincronía..., p. 36).

E incluso elementos no estrictamente "lingüísticos", si entendemos ese acervo como competencia lingüística individual (lo que no deja de ser cierto) y esta, a su vez, como competencia comunicativa (o sociolingüística); así opina Berutto:

"Una ambiciosa implicación teórica de la sociolingüística es el concepto de "competencia comunicativa": un hablante de una comunidad lingüística cualquiera es tal, en cuanto posee la capacidad de producir y comprender mensajes que lo pongan en interacción comunicativa con otros hablantes. Esa capacidad comprende no sólo la habilidad -por así decirlo- lingüística, gramatical, de producir frases bien construidas y de saber interpretar y emitir juicios sobre frases producidas por él mismo o por otros, sino que, necesariamente, constará por un lado de una serie de habilidades extralingüísticas interrelacionadas, sociales y "semióticas" [...], y por el otro, de una habilidad lingüística -digámoslo así- polifacética y multiforme, que consistirá principalmente en poseer distintas variedades de lengua, en saber identificarlas y en pasar de una a otra"(op. cit., pp. 40-41).

CAPITULO IV

EL DIALECTO COMO FORMACION LINGUISTICA (II)

El dialecto como lengua funcional.- Los dialectos.

"A nuestro entender, la lingüística, más que otras ciencias, por la naturaleza misma de su objeto, debe moverse entre los dos polos opuestos de lo concreto y de lo abstracto: subir de la comprobación empírica de los fenómenos concretos a la abstracción de formas ideales y sistemáticas, y volver luego a los fenómenos concretos, enriquecida por los conocimientos generales adquiridos en la operación abstractiva. Lo importante es que no se conforme con la abstracción y no se quede en ella, porque la íntima comprensión de la realidad del lenguaje podrá alcanzarse sólo en ese momento de vuelta a lo concreto"(*).

Lo que inicialmente iba a constituir materia de un solo capítulo ha sido repartido entre dos, este y el anterior, por obvias razones de longitud. Existe, por tanto, a pesar de la obli- gada cesura, un notable grado de continuidad entre ambos, o me- jor, una esencial unidad temática, tal como indica el título co- mún. Pero más que el título -poco preciso- es factor de unión el hecho de constituir ambos el núcleo, no solo de esta segunda

(*) E. Coseriu, "Sistema, norma y habla", pp. 16-17.

parte, sino del conjunto de la obra; un núcleo de marcado carácter teórico, donde perseguimos una formalización de los hechos de lingüística diferencial, como ya se ha indicado en los preliminares del capítulo III.

Sin embargo, a pesar de la continuidad, existe una fundamental diferencia "temática" entre uno y otro capítulo, diferencia que bien podría expresarse subtitulando el primero "Presupuestos teóricos", y el segundo "Teoría del dialecto". Efectivamente, hasta el momento hemos hecho uso de la palabra dialecto atendiendo al sentido vago que posee y que a ningún lingüista -y no solo lingüista- escapa. Pero no pasan menos desapercibidas a ningún lingüista las dificultades que existen para precisar ese sentido o la falta de acuerdo sobre el uso del término en contextos especializados. Pues bien, un intento de definición del dialecto -con todo lo que ello implica- es la finalidad y justificación de nuestra tarea. Y es ahora cuando toca acometerla directamente; cuando, sin salirnos del marco teórico pero apuntando hacia objetivos más concretos -de ahí las palabras de Co-seriu que abren este capítulo-, hemos de preguntarnos: ¿qué es un dialecto?

4.1. El dialecto como lengua funcional

En oposición al idiolecto, el dialecto es "lengua de varios". Solo, pues, metafóricamente o aludiendo a un código lingüístico compartido cabe admitir la expresión "mi dialecto"; si nos referimos a lo estrictamente individual -hábito o modo peculiar de "conocer" ese código- habremos de emplear el término idiolecto.

Al suponer dos individuos -cuando menos- para su establecimiento, el dialecto comporta, por así decirlo, un proceso

de abstracción, mediante el cual se consideran irrelevantes las diferencias interpersonales, las peculiaridades individuales (de realización o "de idiolecto"). De este modo 'dialecto' viene a ser -es- equivalente de 'lengua' en el sentido saussureano. Pero resulta que, por otra parte, lengua y dialecto se oponen o suelen oponerse (al menos en alguna acepción de uno y otro término). Por tanto, parece conveniente introducir una precisión terminológica y adoptar lengua funcional para designar la langue saussureana. Consecuentemente, podemos proponer en principio la identificación entre 'dialecto' y 'lengua funcional'; o, si se quiere, podemos afirmar que todo dialecto es lengua funcional (o comporta varias lenguas funcionales).

4.1.1.

La afirmación anterior requiere ciertas matizaciones. En primer lugar sobre la equivalencia lengua (en sentido saussureano) = lengua funcional. Recordemos que este último término ha sido introducido por Coseriu; para caracterizarlo, pues, hemos de remitirnos a su doctrina, que, sobre el particular, ya ha sido expuesta y comentada suficientemente en estas páginas (véase 3.1.). No dice explícitamente Coseriu que la lengua funcional se identifique con el concepto saussureano de lengua; pero si tenemos en cuenta que 1º) "una lengua funcional (lengua que puede hablarse) es un 'sistema de oposiciones funcionales y realizaciones normales', o mejor, sistema y norma"(*) y que 2º) "podemos [...] hablar de norma y sistema refiriéndonos a una lengua (sistema de isoglosas)[...]"(**), se desprende que lengua funcional y lengua son equivalentes, o mejor dicho, que

(*) E. Coseriu, Sincronía..., p. 31.

(**) E. Coseriu, "Sistema, norma y habla", p. 103.

lengua funcional cubre la acepción saussureana de lengua, y viene a resolver el problema que suscita la polisemia de este último término.

En segundo lugar, y aunque parezca redundante, es preciso que nos detengamos en la ecuación dialecto = lengua funcional. Remitiéndonos nuevamente a Coseriu:

"Une 'technique du discours' homogène aux trois points de vue, c'est-à-dire une technique considérée à un seul point de l'espace, à un seul 'niveau de langue' et dans un seul 'style de langue' (technique syntopique, syntratique et symphasique), sera appelée [...] langue fonctionnelle. Une langue commune fortement unifiée est assez proche de cette notion (surtout quant à l'unité syntopique), mais ne coïncide pas avec elle"(*).

Es decir, una lengua funcional es una técnica de discurso sintópica, sinstrática y sinfásica; y habrá que añadir: sincrónica, si nos situamos en un plano más general. Por tanto, 'dialecto' será también eso: técnica de discurso sincrónica, sintópica, sinstrática y sinfásica.

Pero si nos fijamos en la última parte del texto transcrito, vemos que el propio Coseriu, al apuntar la proximidad de la noción de lengua funcional con la de lengua común, está admitiendo una interpretación más amplia, menos estricta, de aquella. Así, Berutto afirma:

"Tendremos, por tanto, variedades que llamamos funcionales-contextuales, variedades geográficas y variedades contextuales [sic] (1).

"En la terminología de Coseriu -difundida sobre todo en Alemania-, cada una de esas variedades sería una 'lengua funcional' y las tres clases que hemos distinguido más arriba serían variedades 'diafásicas', 'diatópicas' y 'diastráticas', respectivamente"(**).

(*) "Structure lexicale...", ya cit., p. 33.

(**) Op. cit., p. 98.

En consecuencia, hay dos formas de entender el concepto de lengua funcional: en sentido estrecho, tal como ya ha sido definido, y en sentido lato; según este, 'lengua funcional' es la técnica de discurso "homogénea" en cualquiera de los órdenes (temporal, geográfico, social y estilístico), es decir, en una época, o en un lugar, o en un estrato, o en un "estilo" determinados.

Por otra parte, si la técnica sintópica -la variedad geográfica- es lo que comúnmente se denomina dialecto, no parece que existan dificultades teóricas en extender el empleo del vocablo a las variedades determinadas por los otros órdenes (más aún, ello es teóricamente necesario). Queda sí justificada plenamente la equivalencia lengua funcional = dialecto, que vamos a utilizar como premisa. Y, por otro lado, de lo que llevamos dicho se desprende que habrá: 1) dialectos temporales, 2) dialectos geográficos, 3) dialectos sociales y 4) dialectos estilísticos. En un cuadro de correspondencias terminológicas:

D I A L E C T O

Diacronía-sincronía	DIALECTO TEMPORAL	ESTADO DE LENGUA
Diatopía-sintopía	DIALECTO GEOGRAFICO	DIALECTO
Diastratía-sinestratía	DIALECTO SOCIAL	SOCIOLECTO
Diafasía-sinfasía	DIALECTO ESTILISTICO	"ESTILO"

(Cada uno de los tres órdenes "determina" distintos d i a l e c t o s, que serán temporales, geográficos, sociales o estilísticos según el orden considerado. Además, cada tipo de dialecto recibe una denominación específica: hablamos de estados

de lengua para referirnos a las distintas formaciones lingüísticas "situadas" en la línea del tiempo; son dialectos propiamente dichos (o por antonomasia) los geográficos; para los dialectos sociales o "verticales" se ha acuñado el término sociolecto, y estilos -no sin reservas empleamos este término- serán las variedades diafásicas.)

4.1.2.

En otro lugar (véase 2.4.) nos referíamos al "orden y asimetría" de los ejes que constituyen el modelo de la diversidad lingüística. Esto mismo habrá de aplicarse a las formaciones lingüísticas o dialectos que determinan los factores representados por dichos ejes.

Por "orden" entendíamos que, en la consideración de todos esos factores, habría de ir primero lo temporal; en segundo lugar, lo espacial; después, lo social, y por último, lo estilístico. O a la inversa. Refiriéndonos, pues, a los dialectos o a sus tipos, la enumeración de estos habrá de hacerse en tal sentido. ¿Solo la enumeración?

En el mismo trabajo en que aparece el texto de Cose-riu reproducido más arriba, e inmediatamente antes de este, puede leerse:

"[...] Mais ces techniques sont plus ou moins homogènes chaque fois à un seul point de vue, c'est-à-dire que l'homogénéité dans un sens n'implique pas l'homogénéité dans les deux autres sens: à chaque point de l'espace on trouvera des différences diastratiques et diaphasiques, pour chaque 'niveau de langage' on constatera des différences diatopiques et diaphasiques et dans chaque 'style de langue' il y aura des différences diatopiques et diastratiques"(*).

(*) Op. cit., p. 33.

Al margen de la imprecisión del término homogeneidad, a nuestro entender hay que matizar -o rectificar- lo que aquí dice Coseriu. Es cierto que no existen variedades diatópicas, variedades diastráticas y variedades diafásicas per se, en abstracto, con independencia entre ellas, como si fueran entidades autónomas. Pero no es menos cierto que resultan más fáciles de aislar unas que otras, que es más o menos posible llevar a cabo determinada consideración haciendo abstracción de los otros sentidos. Y ello porque la acción de las fuerzas (tiempo, espacio, sociedad y situación comunicativa) no es "indiscriminada", sino que todas ellas "intervienen" en un orden dado; y además no lo hacen "por igual", sino, contrariamente, con distinto peso específico cada una. Hablamos entonces de "asimetría": como decíamos en 2.4., las formaciones de la variable diafásica implican determinación en la diastratía; a su vez, las de esta, determinación diatópica; y las formaciones diatópicas, determinación en el tiempo. Esto es lo mismo que decir que no es posible concebir, por ejemplo, la acción de la situación comunicativa si no es sinstrática, sintópica y sincrónicamente. Pero, en cambio, y yéndonos al otro extremo de la línea jerárquica, es más factible hacer abstracción de factores como el estilístico, el social y el geográfico, y describir un estado de lengua o el cambio lingüístico. De este modo, rectificaríamos las palabras de Coseriu: la "homogeneidad" social es cierto que no implica "homogeneidad" de estilo; pero no lo es que no implique "homogeneidad" geográfica (todo lo contrario, la exige para poder ser ella misma establecida).

Idéntico razonamiento sirve para los distintos tipos de dialecto a que dan lugar los factores aludidos. Así, pues, se habrá de partir -al menos teóricamente- de la siguiente je-

rarquía "asimétrica": 1) dialecto temporal, 2) dialecto geográfico, 3) dialecto social y 4) dialecto estilístico. Más esquemáticamente:

D I A L E C T O T E M P O R A L

⌞

D I A L E C T O G E O G R A F I C O

⌞

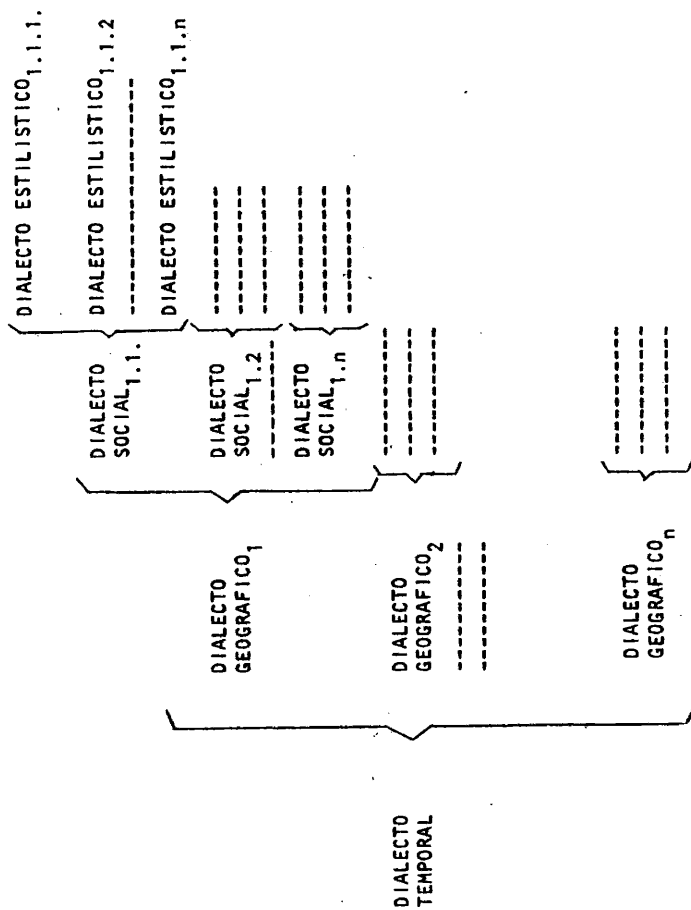
dialecto social

⌞

dialecto estilístico

(donde el empleo del símbolo algebraico \in 'pertenece a' y de diferentes tipos de letra o procedimientos de realce -espaciado, versales, subrayado...- refleja el "orden y asimetría" aludidos, que a su vez tienen el desarrollo que se indica en la siguiente página).

Hay que insistir en algo que se ha dicho antes solo de paso: el esquema a que llegamos es fundamentalmente teórico, tan solo un modelo con que enfrentarnos a los hechos de variación "intra-idiomática"; pero esos mismos hechos, que se registran en situaciones lingüísticas determinadas, pueden modificarlo. Con otras palabras, lo que aquí propugnamos es una aproximación al fenómeno de la variación lingüística a partir del modelo propuesto (y que a continuación desarrollamos); este será válido únicamente en principio, como punto de arranque teórico, independientemente de que la realidad lo "supere" o lo rectifique. Sobre esta idea volveremos más adelante (4.2.), pero conviene dejar claro ahora a qué nos estamos refiriendo. Pensemos, por ejemplo, en nuestras actuales sociedades urbanas, o si se quiere, en las sociedades con amplia red de medios de comunicación social: es evidente que existe una tendencia a la uniformación lingüística, opuesta a la "natural" tendencia disgregatoria (que



muchas veces no es sino mantenimiento de la tradición); y son las diferencias geográficas, que tienden a borrarse, las más sensibles, quizás, a la "acción" de ese tipo de sociedad, porque una de las misiones de los mass media y, en general, de los medios "a distancia" es precisamente la de "salvar" el espacio. El esquema, por tanto, ante esa clase de situación, habría de ser modificado: podríamos decir que, en tal caso, las diferencias geográficas se habrían "neutralizado" o estarían en camino de hacerlo.

4.1.3.

Hasta el momento han sido explícitamente definidos dos términos primarios que, a su vez, comportan cada uno sus propias categorías descriptivas, así como ciertas categorías colindantes; se trata de idiolecto y dialecto, claramente diferenciados entre sí. Ahora, con este último se suele emparejar de ordinario el término lengua, presentándose ambos términos como correspondientes a dos nociones y realidades diferentes y haciéndose hincapié en la oposición que mantienen. Hemos de recordar que no es el tema "central" de este trabajo el análisis de las diferencias entre lengua y dialecto, sino más bien la definición de este último; pero, naturalmente, ello no significaba que dejemos de abordar la cuestión, de manera más o menos directa, más o menos explícita. La razón de no hacerlo frontalmente, la razón de evitar a toda costa, en un marco teórico estricto, títulos como "Lengua y dialecto" (2) es bastante simple: dentro de nuestro modelo, ambos conceptos no se oponen realmente. Veamos.

Con Coseriu habíamos sustituido lengua en el sentido saussureano por lengua funcional, de lo que se desprende que,

dada la equivalencia lengua funcional = dialecto, 'lengua' y 'dialecto' no solo no se oponen, sino que se identifican. En realidad no descubrimos nada, pues 'dialecto' no es una categoría intermedia entre la langue y la parole, sino que, como todo el mundo sabe posee el estatus de langue. Pero insistamos: en sus sentidos primarios -'código' y 'formación lingüística supraindividual'- lengua y dialecto son idénticos e intercambiables en una relación predicativa.

Un segundo sentido de la palabra lengua -todavía dentro de límites puramente teóricos- es el de 'diasistema'. Pues bien, independientemente de que también dialecto puede entenderse como tal, según veremos más adelante, para 'diasistema' se ha propuesto la menos equívoca denominación lengua histórica. Resulta entonces que, como término primario, lengua tiene el sentido genérico de 'langue', 'código'; casi, por así decirlo, metateórico, pues para "las lenguas" hemos optado por lengua funcional o dialecto. Y solo "secundariamente" (porque el uso así lo ha consagrado) lengua se aplica a algunas de las que aquí llamamos lenguas históricas. Fuera, pues, del sentido saussureano, lengua es término "extralingüístico", no oponible a dialecto (3). Tenemos que insistir en que nos estamos moviendo en un plano estrictamente teórico; saliéndonos de él, la "oposición" existe sin duda, y más adelante la examinaremos con detenimiento. Anotemos, por último, que un problema terminológico similar ya ha sido tratado más arriba (2.1.3.), cuando criticábamos las ideas de Rona sobre "tres conceptos de lengua en Saussure", y allí llegábamos a la conclusión de que no pueden mezclarse los aspectos teórico y práctico (o distintos "niveles" de teoría); nos remitimos, pues, a lo que allí se ha dicho, que es en cierto modo complementario de cuanto acabamos de exponer.

4.1.4.

La equiparación de "lengua" con la lengua histórica -por apriorística o teóricamente secundaria que resulte- suscita el problema, si no de la oposición entre lengua y dialecto, sí el de la oposición entre este y la lengua histórica, de donde se desprenderá una definición más matizada de dialecto (opuesto con nitidez a idiolecto).

Por de pronto hay que subrayar de nuevo que a dialecto le hemos atribuido el sentido básico de 'lengua funcional', y solo de esta forma vamos a entenderlo por ahora (no se nos oculta que puede adquirir -y de hecho adquiere- otras "acepciones": sin ir más lejos la misma de 'lengua histórica'(4); pero con ello no vamos a contar por ahora).

Se trata, entonces, de marcar la oposición entre la lengua funcional -o dialecto- y la lengua histórica, de "situar" aquella en su justo lugar dentro de esta. Pero lo que en apariencia no ofrece dificultad, lo que teóricamente ha quedado ya más o menos establecido, constituye uno de los problemas más deslizantes de la lingüística diferencial y uno de los puntos débiles de toda elaboración teórica esquemática, a poco que cotjemos esta elaboración con los hechos que trata de explicar. Solo si acordamos la relatividad esencial de algunas de las categorías que componen el modelo teórico, adquirirá este validez y capacidad explicatoria. Dentro de tal premisa, trataremos de dar aquí nuestra propia visión de los hechos. Lejos de dogmatismos y soluciones excluyentes, nos limitaremos a apuntar algunas hipótesis sin el carácter de propuestas formales o definitivas.

El mismo concepto de diasistema -lengua histórica- suscita -como ya se ha señalado- numerosos reparos, que se paliarían si lo consideramos desde el principio en sentido amplio,

sin demasiadas precisiones. Es así como uno de sus rasgos principales es el carecer de límites fijos en los órdenes temporal y espacial: no hay fronteras, por ejemplo, entre el latín y el castellano, de un lado, y entre el francés y el italiano actuales(5), de otro; se trata en ambos casos de un paso gradual de un sistema a otro; lo cual, si tenemos en cuenta puntos de la cadena suficientemente alejados, nos permite hablar de "diasistemas diferentes", pero no nos permite, en cambio, decir dónde acaba uno y empieza otro de estos diasistemas.

Por otra parte, ¿cuántos diasistemas contiene una "lengua"? Más de uno, sin duda. O uno -sin límites fijos- en el que se incardinan los demás, según el orden tiempo-espacio-grupo social-estilo. Es decir, habrá un diasistema de los diferentes "estilos" para cada "grupo social"; estos, a su vez, constituirán el diasistema "social" de cada "punto" en el espacio; las distintas formaciones lingüísticas geográficas formarán luego el diasistema sincrónico; y por último habrá un diasistema de los diferentes estados de lengua. Tendremos, por tanto, un diasistema de diasistemas de diasistemas... Si ello parece a todas luces excesivo, como apuntábamos en 3.2.2., lo cierto es que a esta "solución" aboca todo el razonamiento que aquí se ha hecho, aplicado -claro está- al pie de la letra.

Pero el diasistema -ya ha quedado señalado en ese mismo lugar- ha de entenderse en sentido amplio, más como un útil de la descripción lingüística que como una realidad ("esencialidad") perfectamente objetivada y delimitable (sin que, por otra parte, ello signifique que se trate de un mero "constructo", una pura abstracción). Dadas su relatividad inherente y su amplitud variable, se comprenderá que el concepto de diasistema pueda aplicarse, sin caer en contradicción, a situaciones diversas, mejor

dicho, a diversos planos o perspectivas con que se encaren los hechos de lenguaje. Concebido el diasistema, de un modo general, como conjunto de formaciones lingüísticas poco diferenciadas entre sí, no es incompatible, por ejemplo, la idea de un "diasistema de la lengua española" con la de un diasistema de los distintos socioslectos de un determinado punto geográfico en una época dada: en ambos casos se puede hablar de diasistema, y sin recurrir en el primero a la serie "diasistema de diasistemas de diasistemas...".

¿Qué lugar, dentro de este "relativo" y "variable" diasistema, ocupa el dialecto?, ¿qué estatus preciso posee? Hay que pensar que, al igual que el conjunto de que forma parte, no escapará a cierta indefinición, a cierta "relatividad". La dificultad estriba, a nuestro juicio, no tanto en reconocer la existencia del dialecto, como en separarlo nítidamente de los otros, en aislar cada uno de los dialectos que integran el diasistema. Dicho con otras palabras, dos formaciones lingüísticas dentro de un mismo diasistema, que por definición comparten rasgos comunes, ¿constituyen dos dialectos diferentes o uno solo "abarcador" de "variantes" internas?; y en el segundo caso, ¿cuál será la condición de esas "variantes"?

La distinción de Coseriu entre sistema y norma puede ayudar a resolver —siquiera parcialmente— los interrogantes planteados. Una de las conclusiones que se desprendían del examen del concepto de diasistema, llevado a cabo en 3.2.3., era que este podría comprender "variedades estrictamente funcionales (sistemas) y/o variedades normales". Luego los dialectos o formaciones lingüísticas que lo configuran constituirán bien sistemas diversos, bien normas diversas dentro de un mismo sistema (o formaciones lingüísticas con sistema común y norma diferente), o ambas cosas. Pero hemos visto que existe un orden

definido en la "intervención" de los factores de la diferenciación lingüística, y por tanto, una jerarquía "dialectal". En consecuencia, y a título de hipótesis, propondríamos la siguiente caracterización del dialecto dentro del diasistema, que representamos en el esquema:

+ sistema			+ norma (- sistema)
dialecto temporal	dialecto espacial	dialecto social	dialecto estilístico

Se trata de una línea continua que va de "lo más sistemático" a lo "menos sistemático" ("más normal"), en donde están situados, por este orden, los dialectos temporales, los espaciales, los sociales y los estilísticos. El modelo requiere ciertas aclaraciones:

1) Los adjetivos "sistemático" y "normal" aluden, respectivamente, a la posibilidad de constituir diferentes sistemas dentro de un diasistema y diferentes normas dentro de un mismo sistema.

2) Las representaciones + sistema y + norma (- sistema) traducen, también respectivamente, la mayor posibilidad de formar sistemas diversos (con una o más normas) en un extremo de la línea, y la mayor posibilidad de que las formaciones lingüísticas del otro extremo sean consideradas, más bien, como normas dentro del mismo sistema (y no sistemas diferentes; de ahí - sistema).

3) No toda formación lingüística situada en el extremo o más próxima al extremo + sistema ha de ser considerada necesariamente como "sistemática".

4) Es preciso insistir en el carácter "gradual" del modelo: en cada uno de los extremos, como se ha dicho antes, no se niega la posibilidad de considerar las formaciones lingüísticas según lo representado en el opuesto; en los lugares intermedios, la proximidad a uno u otro extremo indica la mayor posibilidad de que se originen formaciones, bien más "sistemáticas", bien solo más "normales", pero no se rechaza lo contrario (6).

5) No se nos oculta la ambigüedad e indefinición del esquema propuesto, donde caben interpretaciones diversas de los elementos que lo integran y donde, en vez de fronteras tajantes entre esos elementos, se dan pasos graduales de uno a otro. Ello -creemos- va en consonancia con el proceso dialéctico en que se hallan sus componentes, que da lugar a una situación de equilibrio inestable (que el propio esquema trata de reflejar).

6) Se trata básicamente de una aplicación al ámbito "dialectal" de la distinción de Coseriu entre sistema y norma, la cual arroja suficiente luz sobre la problemática del dialecto, si bien no la resuelve por completo.

Paralelamente -y todavía con un carácter de hipótesis más acentuado- propondríamos una extensión del esquema como la que sigue:

+ dominio pasivo		+ dominio activo	
dialecto temporal	dialecto geográfico	dialecto social	dialecto estilístico

Al término del apartado 1.2.3. ya quedó apuntada la posibilidad de caracterizar la oposición sistema/norma mediante la pareja comprensión/emisión o recepción/producción; posibilidad que el mismo Coseriu parece sugerir cuando afirma:

"El sistema es 'sistema de posibilidades, de coordinadas que indican los caminos abiertos y los caminos cerrados' de un hablar 'c o m p r e n s i b l e' en una comunidad [...]; la norma, en cambio, es un 'sistema de realizaciones obligadas' [...] consagradas social y culturalmente: no corresponde a lo que 'puede decirse', sino a lo que ya 'se ha dicho' y tradicionalmente 's e d i c e' en la comunidad considerada [...]"(*).

El sistema sería entonces marco de comprensión, y la norma, pauta de emisión. En el esquema hemos adoptado, sin embargo, las nociones clásicas de dominio pasivo y dominio activo, por estar suficientemente identificadas en lingüística. (Conviene recordar que el dominio pasivo no connota 'pasividad' u otra noción semejante: la recepción de un mensaje, por el contrario, siempre es activa.)

Puede advertirse que, con relación al modelo anterior, en uno de cuyos extremos aparecía - sistema debajo de + norma, falta el correspondiente - dominio pasivo. Ello se debe a que

(*) Sincronía, diacronía e historia, p. 31; el espaciado es nuestro.

la aparición de este último podría provocar de entrada un grave malentendido: el de hacer pensar que el dominio activo de una "técnica" lingüística implicara la ausencia de dominio pasivo de esa misma técnica, cosa a todas luces falsa. Si nos hubiéramos inclinado por proceder paralelísticamente, esto es, incluyendo - dominio pasivo debajo de + dominio activo, habríamos querido significar que ambos dominios no son idénticos, o mejor, que abarcan diferente extensión, correspondiendo la más amplia al dominio pasivo. Con otras palabras, mientras que el dominio pasivo comprende -o puede comprender- varios dominios activos, cuando hablamos de dominio activo nos referimos precisamente a él (que, por supuesto, comporta -permítasenos decirlo- su propio dominio pasivo), y no al dominio pasivo más amplio. En todo caso, no es necesario situarnos en esa circunstancia para afirmar que la "capacidad" de producción lingüística es más limitada que la de recepción.

Sin intentar una defensa a ultranza de este nuevo esquema -desde el primer momento ha quedado señalada su condición de hipótesis-, conviene hacer algún comentario sobre su naturaleza -lo que con él se pretende significar- y las dificultades que comporta.

Primeramente, hay que dejar en claro que no propugnamos, sin más, identificar las nociones de sistema y norma con las de dominio pasivo y activo, respectivamente: se trata tan solo de apuntar una posible caracterización de los dos primeros conceptos; sin embargo, la exacta medida e implicaciones de dicha caracterización resultan difíciles de determinar, y se nos va a permitir no intentarlo aquí.

El aspecto del esquema que más importa subrayar es que este participa igualmente de los caracteres esenciales del ante-

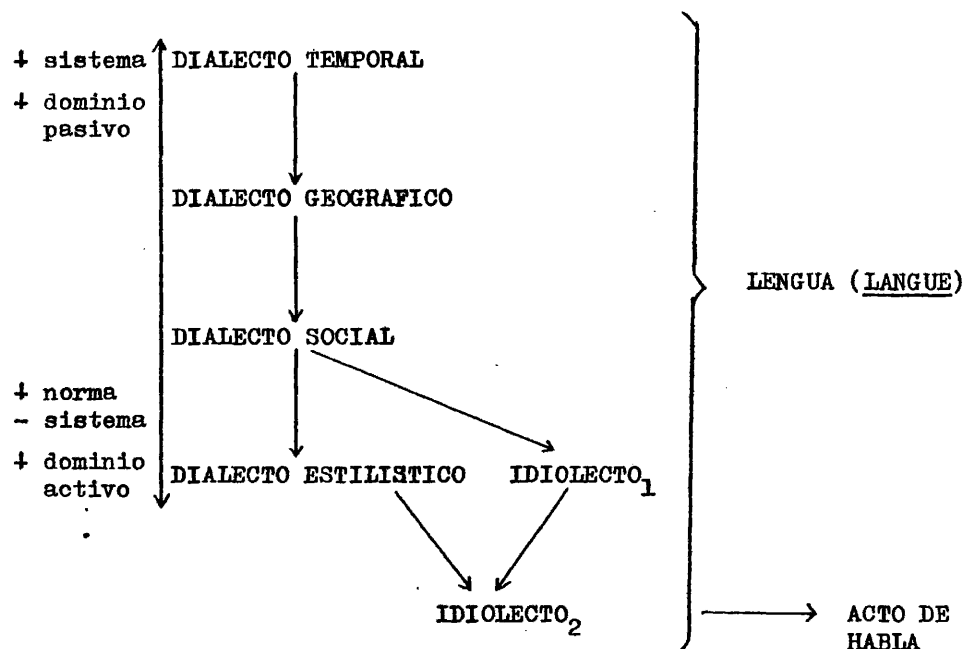
rior, del cual, como se ha dicho, viene a ser una extensión. "Gradualidad" y "relatividad" serán nociones que no habrán de perderse de vista a la hora de interpretarlo. Ocioso será insistir, pues, en que sus elementos no aparecen marcados por un determinado rasgo, definidos en términos de presencia/ausencia, sino por la mayor o menor probabilidad -según disten de uno u otro extremo- de ser considerados bajo la perspectiva que dicho rasgo señala. Así, situándonos en el caso más claro, a ambos extremos de la línea, diríamos que un hablante actúa lingüísticamente -dominio activo- en un "estilo" determinado, dentro del marco más amplio -dominio pasivo- de un dialecto temporal abarcador de variantes geográficas, sociales y estilísticas. O bien, que ese mismo hablante "se produce" según tal o cual "estilo", pero comprende varios, pertenecientes a diversos sociolectos, y estos a su vez, correspondientes a varios dialectos espaciales; más aún, es capaz de entender arcaísmos, formas en desuso, expresiones características de épocas muy anteriores, que desde luego nunca emplearía (7). Pongamos como ejemplo el "estilo formal": ahí se ve claramente cómo cobra especial relieve la imitación -repetición = norma- de las formas prestigiosas de habla, incluso a veces por encima de la exigencia de hacerse entender (8): por así decirlo, se acentúa la "actividad" del hablante (sin que por ello confundamos actividad con dominio activo).

Acaso esta interpretación de "lo dialectal" según las pautas dominio pasivo/dominio activo parezca aventurada. Sin negarlo del todo, insistimos en que nuestro propósito no ha sido en esto el de dar una explicación cabal, sino el de sugerir una posible caracterización de los hechos que estamos examinando; además, hemos subrayado la naturaleza "poco definida" del esquema y la necesidad de interpretarlo con cautela y de forma muy matizada. Dicha caracterización puede también parecer trivial,

pero lo cierto es que no la hemos encontrado, aplicada a la materia que nos ocupa, en ninguna obra especializada (9); y su importancia -creemos- parece incuestionable. De lo que no cabe duda es de que el esquema -y la caracterización que lleva implícita- plantea problemas y suscita ciertas reservas: entre otras cosas, provoca una colisión entre los conceptos de di-sistema (marco de comprensión) y sistema; sin embargo, en realidad no hace sino trasladar una problemática anterior, compleja y de difícil solución, por más que dentro de él se nos muestre de modo más palpable.

4.1.5.

Podemos cerrar este apartado con el esquema de la página siguiente, el cual viene a sintetizar cuanto se ha dicho hasta ahora, fundamentalmente en los capítulos IV y V, al tiempo que representa la formalización de la lingüística diferencial a que venimos desde el principio aludiendo:



Fuera del acto de habla, y como determinantes de ese acto, se distinguen: 1) un idiolecto₂, definido a) por ser un "estilo" determinado y b) por pertenecer a un conjunto más amplio -idiolecto₁- que comprende varios "estilos" individuales; 2) un dialecto estilístico, de carácter no meramente individual, que forma parte del repertorio de un sociolecto; 3) un idiolecto₁, conjunto de hábitos lingüísticos de un solo individuo, determinado a su vez por ese mismo sociolecto (son estos dos últimos factores los que definen, como se ha dicho, el idiolecto₂); 4) un dialecto social (sociolecto) al que pertenece el idiolecto del hablante; 5) un dialecto geográfico, que abarca, entre otros, el sociolecto anterior; y 6) un dialecto temporal, estado

de lengua de un tiempo dado en que tiene lugar el acto comunicativo y todo el proceso subyacente.

4.2. Los dialectos

Antes de dar paso al análisis del dialecto geográfico, materia específica -si se quiere- del presente estudio, vamos a examinar, siquiera brevemente, algunos aspectos del modelo a que hemos llegado. Cerraremos, pues, este capítulo ocupándonos de ese encadenamiento de órdenes dialectales que constituyen el objeto de la lingüística diferencial y que, al menos teóricamente, representan el primer sentido, el sentido genérico, de la palabra dialecto.

A la hora de determinar precisamente los sentidos de este vocablo, de cuanto se ha dicho hasta ahora se desprende una idea fundamental que apenas necesita ser subrayada: dialecto es toda formación lingüística supraindividual en cualquiera de los órdenes: temporal, espacial, social y estilístico. Sucede entonces que lo que habitualmente se entiende por dialecto no es más que un tipo de este dialecto genérico que acabamos de definir. En consecuencia, habrá que entender dialectología como sinónimo de lo que hemos venido llamando lingüística diferencial. En efecto, la dialectología -a nuestro entender- no excluirá de su competencia formaciones lingüísticas por el hecho de no ser del tipo de las que tradicionalmente han constituido su objeto. Cabe, sin embargo, admitir diferencias de enfoque entre lingüística diferencial y dialectología, como admitir, asimismo, con-

vencionalmente, un sentido restrictivo de esta última disciplina; según este, dialectología será el estudio interno —en la acepción saussureana del término— de los dialectos geográficos (y, eventualmente, de los sociolectos).

4.2.1.

Pero vayamos con el modelo propiamente tal. Huelga casi decir que posee un marcado carácter teórico, al igual que los anteriores, que no hace sino compendiar. Para más detalles sobre esta cuestión, nos remitimos, pues, a los lugares en que ha sido tratada, especialmente, al final del apartado 5.1.2. Allí se hablaba de un modelo con que enfrentarnos a los hechos de diversidad... que podía ser modificado o "superado" por los propios hechos. Esa misma idea podríamos repetirla ahora y añadir alguna variación: el modelo propuesto constituye un marco formal en que se circumscribe la diversidad "intra-idiomática" (y aun idiomática), al tiempo que un instrumento a priori para explicar las situaciones concretas dentro de dicha diversidad. Se reconoce, asimismo, que escapan a él numerosos matices de la realidad que formaliza; pero, a la vez, se presenta "abierto", de modo que esa realidad no quede constreñida en el molde demasiado rígido de su indudable esquematismo.

En cuanto a los dialectos, o mejor, tipos u órdenes dialectales que incluye, hay que decir primeramente que en lo sucesivo vamos a prescindir —mientras no se advierta lo contrario— del tipo de dialecto temporal, situándonos por consiguiente en una perspectiva sincrónica. Era importante mostrar la conexión entre los conceptos de "estado de lengua" y de dialecto, señalar la necesidad de considerar ambos, teóricamente, bajo una misma categoría genérica; pero una vez hecho esto, es pre-

ferible separar lo temporal, "adscribirlo" de nuevo a la lingüística histórica, no sin poner en claro que se trata fundamentalmente de una convención, sin duda útil y oportuna.

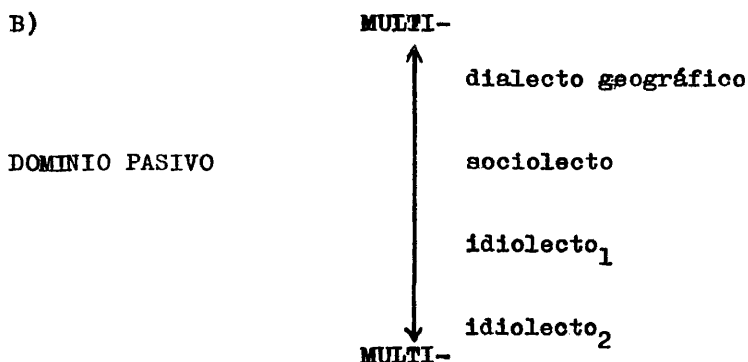
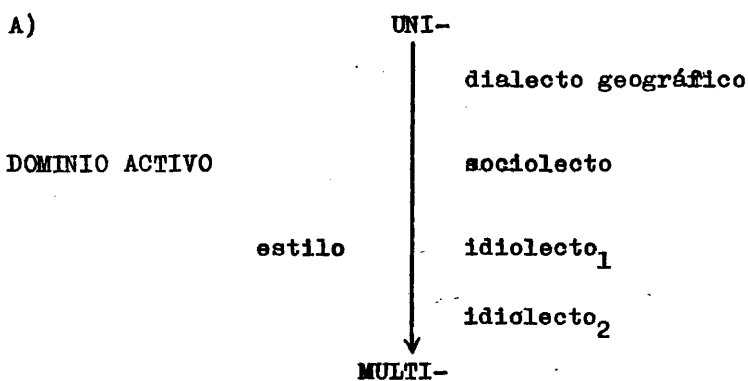
Quedan los otros tres órdenes dialectales, de cuyas relaciones mutuas -lo que más arriba denominábamos "encadenamiento" dialectal- vamos a ocuparnos ahora. No es nuestro propósito, sin embargo, analizar exhaustivamente la compleja problemática que ello suscita, sobre todo si nos aplicamos a situaciones reales o concretas. Por otra parte, algo de esa problemática se ha planteado -que no resuelto- en el capítulo II., al tratar de la diferenciación interna del idioma. Y lo que consideramos materia específica de este trabajo -el dialecto geográfico, aislado convencionalmente de los otros tipos- va a serlo del próximo capítulo. Por lo tanto, tómese lo que ahora nos resta por decir como un apunte complementario del modelo propuesto, y que queda muy lejos de agotar todas sus posibilidades de desarrollo.

4.2.2.

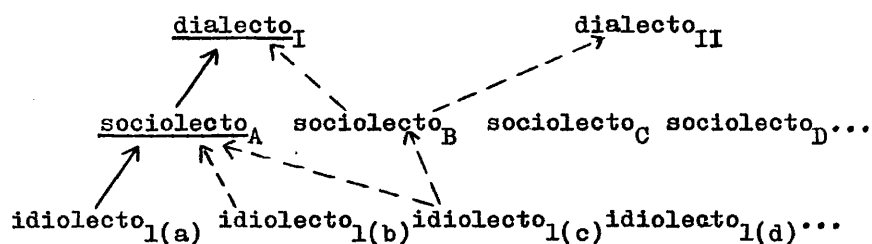
La relación fundamental que presentan los tres órdenes es de pertenencia de abajo arriba (según el esquema). Esto quiere decir que, en principio, cada elemento del rango inferior forma parte del superior, "pertenece" a este. Así, pues, hay que partir de que un determinado dialecto geográfico comprende varios sociolectos, un sociolecto varios estilos... Pero obsérvese que, al llegar a este punto -sociolecto- la línea de "pertenencia" se bifurca, para reunificarse nuevamente en lo que hemos llamado idiolecto₂, último eslabón de la cadena y elemento al que remite directamente el acto de habla. Quiere ello decir que un determinado sociolecto comprende, por un lado, varios

estilos, y por otro, varios idiolectos₁ (conjunto de hábitos lingüísticos de un individuo); y, a su vez, un idiolecto₂ (estilo individual) "forma parte" de un estilo determinado, al tiempo que es elemento integrante del conjunto de estilos de un individuo (idiolecto₁).

Otra caracterización del modelo la obtenemos acudiendo nuevamente al binomio producción-recepción. Puede enunciarse así: desde el punto de vista del dominio activo existen tantas más formaciones lingüísticas (de un mismo tipo) cuanto más nos acerquemos al extremo inferior, y viceversa; desde el punto de vista del dominio pasivo, hay una acusada tendencia a la "comprensión" de todas las formaciones lingüísticas que integran el diasistema. Esquemáticamente:



Es evidente que, cuando hablamos de dominio activo o pasivo, nos situamos en el individuo, y por tanto, en el idiolecto₁. Y, por definición, un idiolecto₁ comporta normalmente varios idiolectos₂. Ahora bien, ese idiolecto₁ remite a un sociolecto y a un dialecto geográfico, pero no comprende tales formaciones lingüísticas, sino que está comprendido en ellas:



O sea, teóricamente y situándonos en el dominio activo, un idiolecto₁ contiene varios idiolectos₂:

idiolecto₁ ⊃ varios idiolectos₂

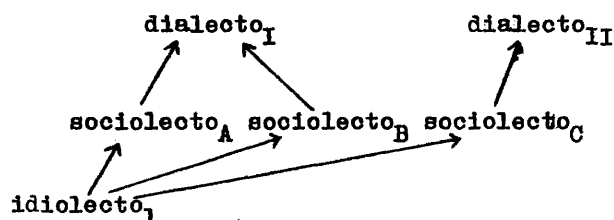
y está contenido dentro de un sociolecto y un dialecto geográfico:

idiolecto₁ ⊂ sociolecto ⊂ dialecto geográfico

Así, el sociolecto y el dialecto geográfico de un individuo son compartidos -activamente- por otros, y para "establecer" dichas formaciones lingüísticas, se procede de acuerdo con similitudes reales (isoglosas). Insistimos: puede hablarse de sociolecto y dialecto geográfico de un individuo, pero agregando:

compartidos con otros individuos; en cambio, los diversos idiolectos₂ de ese mismo individuo -y el conjunto: idiolecto₁- le son exclusivos.

Sucede que, en la práctica, es frecuente que un individuo domine activamente, aparte de "sus" propias formaciones lingüísticas, otro(s) sociolecto(s) comprendido(s) o no dentro del mismo dialecto geográfico (en este último caso, dominaría también otro(s) dialecto(s)):



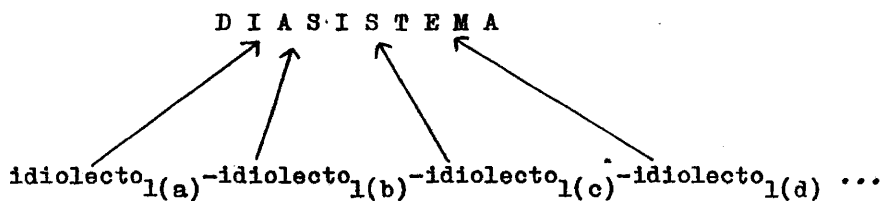
Pero aquí surgen varios problemas. En primer lugar, y empleando la nomenclatura del esquema precedente, si el individuo domina varios sociolectos (A, B, C...) y dos dialectos geográficos -en este caso- (I y II), ¿en virtud de qué criterio le asignamos A y I como "su" sociolecto y "su" dialecto, respectivamente? En segundo lugar, ¿procede hablar en estos casos de "un solo" dominio activo complejo o de "varios" dominios activos perfectamente diferenciados? Y, por último, ¿no constituyen estos casos "especiales" ley general, teniendo en cuenta -sin ir más lejos- el principio inobjetable de que el individuo pertenece a la vez a más de un grupo social y domina, por tanto, más de un sociolecto?

No tenemos respuesta clara y contundente para este haz de interrogantes. Y responder de manera regularmente satisfactoria

exigiría páginas y páginas. Sin embargo, esa respuesta -que no vamos a dar- pasa, sin duda, por el reconocimiento -uno de los lemas de este trabajo- de que los hechos de diferenciación idiomática, o de lingüística diferencial, han de contemplarse como en realidad son: un continuum sin cortes tajantes, donde lo relevante son las nociones de predominio/no predominio, más/menos, y no las de presencia/ausencia absolutas. Así, puede decirse, por ejemplo, que al individuo que nos ocupa le asignamos el sociolecto A en virtud del mayor número de veces que lo emplea, del mayor número de circunstancias en que se desenvuelve dentro del grupo que lo define. Puede establecerse, también, un dominio complejo en el caso de formaciones lingüísticas poco diferenciadas, y varios dominios "separados" para sociolectos y dialectos muy diferenciados. Y en cuanto al tercer punto, remitimos a las páginas en que se ha tratado la variable diastrática (2.3.), donde se dan más detalles sobre "la lengua y el continuum social" y se alude a una posible jerarquía de categorías diastráticas.

Esta idea del continuum preside también el principio que enunciábamos más arriba, a título de hipótesis, y como caracterización del modelo básico: un individuo domina necesariamente varios idiolectos₂; a medida que se sube en la escala, son menores las probabilidades de dominio de las formaciones lingüísticas de los sucesivos eslabones: probablemente domine varios sociolectos, pero acaso solo un dialecto geográfico (aunque no se excluye que domine más de uno).

El dominio pasivo de un individuo se establece, básicamente, según la "inteligibilidad mutua", con lo cual, queda ampliado de forma considerable (con relación al dominio activo), hasta alcanzar el diasistema mismo (10):



Pero, entonces, ya no hay dialectos (ni sociolectos ni dialectos geográficos), sino una sola formación lingüística supraindividual, condición y marco de la inteligibilidad mutua. Cabe, sin embargo, admitir un criterio subsidiario "de dominio pasivo": el reconocimiento por parte del individuo de algunos idiolectos como pertenecientes a "su" dialecto; aunque no es criterio firme, determinaría formaciones lingüísticas de extensión mayor que las establecidas "según el dominio activo". Por otra parte, la inteligibilidad mutua no es magnitud fácilmente mensurable: comporta grados. Y todavía cabría aumentar el número de objeciones o de aspectos susceptibles de amplio debate: por ejemplo, lo referente al dominio pasivo complejo o a los "varios" dominios pasivos perfectamente compartimentados, etc.

4.2.3.

Otra de las consecuencias que podrían desprenderse a la vista del modelo es que las formaciones lingüísticas que encierra están perfectamente estructuradas, con el mismo número y calidad de componentes del orden inferior; es decir, que el modelo presenta un aspecto de simetría total en todas sus partes. La más superficial visión de los hechos se encargaría de contradecir semejante apreciación, por excesivamente esquemática y

artificial. Y aquí hay que insistir en que el carácter teórico del modelo no significa que todas las situaciones posibles que incluye se ajustan a la realidad, sino que la realidad (o realidades) se encuentra entre tales situaciones. Concretamente, si nos fijamos, por ejemplo, en el orden de los dialectos geográficos, resulta evidente que no todos ellos poseen ni la misma "extensión" ni el mismo estatus: pensemos en que muchos dialectos de este orden se conciben como variantes de otros más amplios: dialectos dentro de dialectos. Esto mismo puede decirse de los sociolectos, como ya quedó señalado en 2.3.6., donde, a manera de principio, se insistía en el hecho de que no toda sociedad se fragmenta lingüísticamente con arreglo a las mismas pautas.

Otro punto a que ya se ha aludido es el que podría denominarse "alteración de los órdenes" y que afecta, fundamentalmente, a la relación geografía-agrupamientos sociales. Si el modelo otorga "primacía" al factor diatópico sobre el diastático, ello es solo a título provisional, como categoría previa para aproximarse a los hechos diferenciales. Pero eso no significa que las cosas sucedan siempre de tal modo. Así, se reconoce como posible (y muy frecuente, de hecho) el que, en determinadas comunidades, la diferenciación según el eje diastático sea más acusada que la diatópica, la cual, en esos casos, pasa a segundo plano y tiende a extinguirse: es indudable que en nuestras sociedades modernas los medios de comunicación social (y de transporte) apuntan hacia la supresión de las barreras espaciales y favorecen, muy especialmente, la uniformidad geográfica en el lenguaje; y no ya en el momento presente, sino en épocas pretéritas, es sabido que los cauces comunicativos entre las clases altas de distintos lugares geográficos eran mucho mayores, no solo que entre las clases bajas de dife-

rente ubicación, sino que entre las clases alta y baja del mismo lugar (dicho de otro modo: podían -y pueden- darse más diferencias entre un individuo culto y otro no culto de la misma localidad, que entre dos individuos cultos de distintas localidades; o, con otras palabras, es entre las clases bajas -o populares, como querría un dialectólogo de la vieja escuela- donde mejor se perciben las peculiaridades geográficas); digamos por último que la "presencia" de la lengua estándar (concepto sobre el que volveremos más adelante) modifica sensiblemente las relaciones dentro del esquema (baste pensar en que con ella se introduce el factor "prestigio", de tanta importancia sociolingüística). Interferencia o alteración de los órdenes son, pues, hechos normales que han de tenerse en cuenta a la hora de aplicar el modelo (apriorístico) a situaciones reales y concretas.

4.2.4.

Al hilo de estas últimas y rápidas consideraciones llegamos a una cuestión que merece tratamiento aparte y, desde luego, mucho más detenido del que aquí le vamos a dar. Cuando examinábamos los factores de la diferenciación diastrática, aludíamos al carácter universal que en la descripción sociolingüística poseía el llamado criterio sociocultural (entiéndase en sentido lato, como combinación, principalmente, del nivel económico y el de instrucción). Y también nos preguntábamos cuáles eran las razones de que se forjaran grupos (niveles) sociolingüísticos según ese criterio, habida cuenta de que no implicaba una densidad comunicativa específica y acentuada entre los miembros que integraban tales grupos (comparándolo, por ejemplo, con el factor ocupacional). Pues bien, la respuesta pasa por la consideración de las tesis psico-sociológicas de

B. Bernstein, y en concreto, de la denominada "concepción deficitaria" acerca de la diferencia entre sociolectos "socioculturalmente" determinados. Esto no presupone, desde luego, que se acepte por completo la doctrina del mencionado autor -mejor dicho: no se trata de aceptar o no aceptar-, entre otras cosas porque, para hacerlo, habría que analizar sus numerosas implicaciones (tarea que excede nuestros objetivos y posibilidades). Ello nos impide seguir hasta el final lo que puede ser una solución del problema aquí planteado, tal como apuntan las muy sugerentes teorías del psico-sociólogo inglés. No obstante, examinemos brevemente esas teorías, dejando en puntos suspensivos su aplicación a lo que ahora nos ocupa.

Como se sabe, Bernstein empieza por distinguir entre un código elaborado y un código restringido (lo que él llama elaborated y restricted code, denominaciones que a partir de 1962 sustituyen, respectivamente, a formal y public code). Un código elaborado o amplio (11) es un sistema de planificación verbal en cuyo ámbito existen numerosas alternativas sintácticas para el hablante que lo utiliza (dicho de otro modo: es difícil predecir cuáles va a emplear); en un código restringido, por el contrario, esas alternativas son mucho menores, y por tanto, más fácilmente predecibles (también el vocabulario -aunque esto no sea criterio definitorio- suele ser bastante más reducido que en el código elaborado) (12). Pues bien, hecha esta distinción, Bernstein afirma -y ello constituye el núcleo de su doctrina, la hipótesis propiamente dicha- que en las clases bajas predomina el código restringido, mientras que en la clase media es el código elaborado el característico; o, mejor, las clases bajas solo tienen acceso a la forma restringida de código:

"[...] así como las condiciones sociales que origina el código restringido son universales, así también

dicho código está al alcance de todos los miembros de la sociedad. Pero puede ser que un sector considerable de nuestra sociedad tenga acceso sólo a este código debido a las implicaciones de la clase de que procede. Quiero decir que hay una probabilidad relativamente alta de que se encuentren niños limitados a este código en los sectores de la clase media más baja" (*).

A partir de estas premisas esboza Bernstein una caracterización de ambas formas de actividad verbal, atendiendo a sus implicaciones psico-sociológicas:

"Si el hablante se orienta hacia el uso de un código amplio [elaborado] este código ayudará al hablante, por medio de los criterios de planificación, a expresar sus propósitos, su intención concreta, a dar una forma verbal explícita a su experiencia peculiar. Si el hablante se orienta hacia el código restringido, este código no facilitará, por medio de sus criterios de planificación, la expansión verbal de la intención concreta del individuo [...]. Estos dos códigos [...] tienen su origen en ciertos tipos de relaciones sociales. No son necesariamente el resultado de la inteligencia innata del hablante. El nivel en que un hablante actúa dentro de un código determinado puede ciertamente depender de su habilidad natural, pero la orientación depende completamente de las presiones que actúan sobre el hablante" (**).

La función principal del código restringido consiste en la definición y refuerzo de las relaciones sociales que sirven de marco al acto comunicativo, al mismo tiempo que quedan reducidas las posibilidades de expresar verbalmente experiencias individuales. Contrariamente, el código elaborado permite escapar a esquemas rígidos de roles y hace posible la individuación, la diferenciación personal en lo tocante al lenguaje (13). En términos bernsteinianos:

(*) "Códigos amplios y restringidos: sus orígenes sociales y algunas consecuencias", Antología..., ya cit., p. 367.

(**) Ibidem, p. 367.

"Los códigos restringidos pueden considerarse sólo como sistemas lingüísticos orientados hacia el status. Los códigos refuerzan la forma de relación social al limitar las posibilidades de señalar diferencias personales verbalmente"(*).

"Lo personal e intransferible [,en un código restringido,] se comunicará sólo implícitamente"(**).

"Si nos fijamos en lo que se transmite verbalmente y no en lo que se transmite extraverbalmente, un código amplio [elaborado] anima al hablante a fijarse en la otra persona en lo que tiene de experiencia distinta de la propia. Un código amplio [elaborado] se orienta no al status sino a la persona"(***)).

Como puede verse, tres son las categorías sobre las que gira la reflexión de Bernstein: habla, individuo y sociedad; dicho de otro modo: comportamiento verbal, vertiente psicológica (cognición) y estructura social. Pero puede decirse que es en estas dos últimas donde pone el énfasis y por donde se mueve todo su razonamiento e investigación empírica. El componente lingüístico viene a ser solo un indicador, no un fin en sí mismo, que conduce a otras esferas de interés. Rastreado influencias "lingüísticas", se advierte acaso la de Whorf con sus hipótesis deterministas y relativistas, que se hallan en la fornera de la lingüística y la psicología o filosofía del lenguaje.

Donde mejor se pone de manifiesto ese "descuido" de Bernstein por lo estrictamente lingüístico es en su controvertida noción de código, que ha servido para descalificar -al menos desde esta perspectiva- el conjunto de su teoría. Pero, como

(*) Ibidem, p. 367.

(**) Ibidem, p. 366.

(***) Ibidem, p. 368.

como dice B. Schlieben-Lange:

"Desde luego no se le hace justicia a Bernstein cuando se le critica la falta de rigor de sus análisis lingüísticos; hay que reconocer que su interés andaba orientado hacia la teoría de la socialización" (*)

Decididamente, el 'código' de Bernstein se aleja bastante de lo que por código entienden los lingüistas: a grandes rasgos, la langue saussureana o la competencia de Chomsky. En todo caso, parece haber un intento de inscribirlo dentro del marco teórico de este último:

"Bernstein se remite a la distinción de Chomsky entre competencia y actuación y plantea la pregunta de cómo han de explicarse las diferencias de actuación específicas de capas. Por otra parte, no puede admitirse que sea diferente la competencia, puesto que hay que suponer que un individuo -dando por supuesto un cierto nivel de inteligencia- dispone de todos los principios gramaticales de estructuración de las oraciones en el sentido de que está en situación de entender oraciones de la forma gramatical más dispar [...]. Por eso Bernstein supone que entre competencia y actuación están interpuestas además otras reglas fundamentalmente extralingüísticas, que dirigen la elección actual a partir del 'programa interno' de la competencia. Bernstein denomina a esas instancias hipotéticas que marcan la elección a partir del 'sistema formal de reglas', 'códigos lingüísticos' y los define como principios que dirigen las funciones lingüísticas de planificación[...]. El concepto de los códigos lingüísticos se convierte en Bernstein en un 'miembro intermediario' en el plano teórico entre estructura social y estructura de la personalidad o conducta"(**) y (14).

(*) Op. cit., p. 64.

(**) U. Haug y G. Rammer, Psicología del lenguaje y teoría de la comprensión, pp. 101-102; el subrayado es nuestro; hemos omitido, por otra parte el subrayado de nombres propios en el texto.

Una discusión a fondo de la noción de código en Bernstein nos llevaría demasiado lejos, dentro de un ámbito, además, en que nos moveríamos con dificultad. Bástenos la cita precedente como aclaración (o ampliación) de su sentido básico.

A falta de una crítica bien fundada de las teorías de Bernstein, y admitiendo que en conjunto pueden suscitar dudas y reservas, lo que no puede negarse es que poseen, aparte de un singular atractivo, un trasfondo de verdad y que han abierto una vía para la investigación de la realidad del lenguaje, sobre todo en su vertiente psico-sociológica: un examen, siquiera superficial, del comportamiento lingüístico nos lleva a reconocer, bien una dicotomía, bien un continuo -en ambos casos, según las categorías propuestas por Bernstein- subyacente a dicho comportamiento. En cuanto a su aplicación a las cuestiones que nos vienen ocupando, esta se centra en la adscripción de uno y otro código a distintas capas sociales y en la naturaleza "deficitaria" que atribuye Bernstein a los sociolectos bajos con respecto a los superiores. Como dice B. Schlieben-Lange:

"La hipótesis del déficit (Bernstein-Oevermann) admite que la lengua de la capa inferior actualiza únicamente una parte de la lengua total, quedando otra vez por saber si esa actualización parcial afecta ahora a la competencia o a la performance del hablante de la capa inferior"(*).

También es este punto partimos del supuesto anterior: la aplicación, que aquí no vamos explícitamente a proponer, sino a sugerir, habría de ser cautelosa y muy matizada. Nuevamente citamos a B. Schlieben-Lange:

"[...] se habla a veces generalizando de la concepción diferencial de la Sociolingüística norteamericana en

(*) Op. cit., p. 112.

contraste con la concepción deficitaria de la europea (= anglo-germana)"(*).

Y añade en otro lugar:

"Si contraponemos ahora la concepción diferencial y la deficitaria, saltará a la vista un fallo metodológico: que ambas teorías han surgido en distintas situaciones histórico-sociales y, por consiguiente, sólo son adecuadas -en el mejor de los casos- a estas situaciones [...]. Hipótesis que han surgido en situaciones completamente distintas son acertadas o falsas sólo con respecto a la situación respectiva, pero no se pueden discutir en el vacío"(**).

Pues bien, situándonos dentro de la "óptica europea", sin pretender emitir una teoría de alcance universal, y con las reservas anteriormente expuestas, creemos que las diferencias entre el llamado nivel culto y el vulgar han de explicarse en términos de la teoría deficitaria, o al menos, ha de considerarse tal hipótesis a la hora de profundizar en dichas diferencias. Una ojeada al repertorio de señales de una y otra forma de código (véase nota 12) apoya esta idea, que gira en torno a la noción de autocontrol del habla. Por aquí llegamos también a evidenciar lo que se ha apuntado páginas atrás: la estrecha relación entre el orden diastrático y el diafásico (véase 2.4.3. y, especialmente, nota 30 de ese mismo capítulo). A la formación de ciertos dialectos geográficos y al cambio lingüístico podría aplicarse -para algunos de sus aspectos- la teoría deficitaria. Pero insistamos: ello no puede hacerse indiscriminadamente; en concreto, dentro mismo de la diferenciación social (diastrática), no todos los tipos de sociolectos, ni todas las situaciones en que se originan, se dejan analizar en semejantes términos.

(*) Op. cit., p. 112.

(**) Ibidem, p. 45.

4.2.5.

Son numerosos los aspectos que restan por tratar de lo que hemos llamado encadenamiento dialectal. Hacerlo supondría encerrar toda la sociolingüística en unas páginas, tarea que ni intentamos ni está a nuestro alcance. Silenciar esos aspectos, sin embargo, no equivale a ignorarlos deliberadamente, ni mucho menos pretender que la solución de los problemas que nos han ocupado pueda darse del todo con las claves que aquí se han propuesto.

Quizá la ausencia más significativa sea la de la corriente sociolingüística (si es que la podemos llamar así) que gira en torno a la noción de competencia comunicativa. Sociología, psicología, lingüística, filosofía -pragmática- ... se cuentan entre las ramas del saber que delinear su indudable aspecto interdisciplinar. Movimientos, escuelas, direcciones de investigación de variada procedencia confluyen en ella a través de la temática común del acto de habla. Así, puede hablarse de un antecedente de esta heterogénea tendencia en las teorías de Austin y Searle sobre los speech acts; parece clara la conexión entre estos y la ethnography of communication, cuyo máximo representante es D. Hymes; y la "escuela alemana" (Habermas, Wunderlich), que reúne los anteriores como presupuesto de su teoría de la actuación:

"Los presupuestos para una tal teoría de la actuación lingüística se hallan principalmente en la filosofía del acto de habla que cita Wunderlich (Austin, Searle) y en la 'Ethnography of Communication'" (*) y (15).

Y hemos mostrado tan solo el nudo más claro de interinfluencias. Pero, tangencialmente, también se podrían situar

(*) B. Schlieben-Lange, op. cit., pp. 112-113.

de esta corriente nombres como los del propio Labov (que se ha ocupado desde el principio de los contextual styles -aunque solo los ha sistematizado con arreglo al grado de consciencia en el hablar-; pero sobre todo el llamado "segundo Labov", con su intento de aplicación a la sociolingüística de las teorías generativistas); S. Ervin-Tripp y J. Gumperz (que habrían de considerarse dentro de la propia ethnography of communication); U. Oevermann (más vinculado al "psico-sociologismo" de Bernstein), e incluso J. Fishman y Ch. Ferguson (algunos aspectos de cuyas doctrinas -orientadas hacia el bilingüismo y la diglosia- encuentran su sitio dentro de esta "sociolingüística del habla"). Y se podría ampliar la lista... hasta la práctica totalidad de los estudiosos que, directa o indirectamente, se ocupan de la parole (texto) y sus condicionamientos (16).

El dialecto ha sido nuestro punto de atención, y bajo una perspectiva eminentemente "lingüística" (teórica). Quizá esto ayude a justificar tan significativas ausencias en el presente trabajo. Pero bien sabemos que la problemática del dialecto no se puede separar de esa otra centrada en el acto de habla y que es hoy día objeto de inusitado interés: un examen detenido de la noción de dialecto nos lleva indefectiblemente al de 'comunidad lingüística', 'función social', 'actitudes', 'speech events' y otras muchas categorías del universo de la sociolingüística, que es infinitamente más que una tranquilizadora nomenclatura. Si nuestra deliberada elección puede justificarse, no lo es tanto por razones científicas cuanto por las lógicas limitaciones que nos impone un tema ciertamente difícil de agotar.

Notas

- (1) Claramente se trata de una errata; debe decir: "sociales".
- (2) No obstante, así titulamos un apartado del último capítulo, pero a modo de aplicación, registrando los usos habituales de uno y otro término, y comparándolos con nuestros postulados teóricos.
- (3) Podrá objetársenos que dialecto también es "extralingüístico" (o solo "extralingüístico", para ser más exactos). Es cierto que, adoptando lengua funcional es innecesaria la sinonimia; pero esta ha sido propuesta 1ª) por ser dialecto término bastante técnico -más que lengua- (piénsese en el paralelo idiolecto), 2ª) por ser lengua funcional, más que denominación, caracterización, y 3ª) porque es precisamente el dialecto el objeto principal de nuestro análisis, y es necesario, bien incluirlo dentro de un modelo teórico, bien definirlo con relación a alguno de los elementos que integren dicho modelo.
- (4) Véase 6.4. En cuanto a la posibilidad de entender el dialecto como lengua histórica, ya hemos contado con ella en estas páginas: puede verse al respecto la nota 7 del capítulo IV, donde se refieren los testimonios de Alvar y Alarcos.
- (5) En este último caso nos remitimos a la situación descrita por Hockett en su Curso de lingüística moderna, p. 32:
- "Todos los idiolectos de lo que comúnmente se llama 'francés' e 'italiano' pertenecen a una sola macro-lengua. El normando o el parisién no se entienden mutuamente con el romano o el siciliano, pero es posible encontrar cadenas que cruzan, de pueblo en pueblo, la frontera francoitaliana".
- (6) Así, por ejemplo, pueden constatarse en Coseriu los conceptos de norma regional y norma social:
- "[la norma] representa una selección dentro de las posibilidades de realización admitidas por el sistema. Tal selección presenta variaciones 'externas' (por ej., sociales y regionales) e 'internas' (combinatorias y distribucionales)" (Sincronía..., p. 30; el subrayado es nuestro).
- Y también el concepto de sistema geográfico (dentro de un diasistema):

"[...] Y quien explica una forma como [aža] agregando [ała] (halla) manifiesta un conocimiento de otro sistema perteneciente al mismo idioma" (*ibidem*, p. 33).

Por consiguiente, hay formaciones lingüísticas (dialectos) de orden geográfico -y añadiríamos: de otros órdenes- que se consideran como normas distintas dentro del mismo sistema, y los hay que representan sistemas diferentes. El ejemplo que da Coseriu de la primera alternativa es el caso de las realizaciones alveolares y uvulares del fonema /r/ en francés; y de la segunda, el ya citado de [aža] y [ała] (solo podrá hablarse de lo "sistemático" de [aza] si lo comparamos con el sistema "distinguidor" -/λ/ v /j/-; si la comparación se efectúa con la pronunciación [ája] que "neutraliza" haya (aya) y halla, no cabe hablar de dos sistemas, sino de dos normas dentro de un mismo sistema).

No siempre resulta fácil atribuir los caracteres de "sistemático" y "normal" a determinadas formaciones lingüísticas. Incluso una misma formación o un mismo tipo de formaciones se contempla a veces como sistema y a veces como norma. Esta circunstancia, que de alguna manera recoge el esquema, puede explicar el hecho de que en su conjunto un dialecto como el andaluz, por ejemplo, -para muchos, sistema en cierto grado diferente del español "estándar"- sea considerado como norma regional por Alvar:

"De un sistema del español común, que todavía ejerce -a través de su lengua escrita, por ejemplo- una coordinación comunicativa entre los hablantes de esa lengua, se han desgajado una serie de normas regionales (andaluzas, canaria, rioplatense, antillana, etc.) que coexisten en un momento dado " (*Niveles...*, p. 199; el subrayado es nuestro).

Y es que la lengua (o el dialecto), como dice Berutto:

"es un fenómeno complejo, no coherentemente sistemático y probablemente no explicable en términos teóricos unitarios y no-desnaturalizable (es decir, imposible de reducir in toto a un aparato normalizado de 'datos' y 'reglas') [...]" (*op. cit.*, p. 34).

Aquí se adivinan arduos problemas que con toda intención preferimos eludir.

(7) Evidentemente, con propósitos estilísticos especiales sí podría emplear una de esas expresiones; o en imitación deliberada y artificial del habla de épocas anteriores. En cuanto al límite

de inteligibilidad, este varía según las personas, su "receptividad", grado de cultura, etc.; de todos modos, excluimos, claro está, los casos de historiadores, filólogos, lingüistas..., que han podido realizar un aprendizaje específico.

(8) Bien es verdad que no siempre esto sucede así: hacerse entender requiere esfuerzo y particular esmero. Pero expresiones poco "estilizadas" no están reñidas con la exigencia de ser comprendido y no hacen acto de presencia en contextos formales. Hacerse entender y "estilo" elaborado son, pues, cosas distintas, que, como se ha dicho, pueden no darse juntas o darse en diferente medida. Y el esfuerzo por conseguir una u otra es de distinta naturaleza.

(9) Nos referimos a una aplicación decidida y explícita. Algo de ello hay, sin embargo, -aunque más tiene de apunte que de propuesta formal- en Linguistische Grundbegriffe..., de H. Glinz, quien hace hincapié en la distinción competencia productiva / competencia receptiva, nociones próximas a las tradicionales de dominio activo y pasivo. Ciertamente, las ideas de este lingüista sobre el particular han resultado sugerentes a la hora de elaborar nuestro esquema.

(10) Al final de 4.1.4. señalábamos la colisión que entre los conceptos de sistema y diasistema producía la consideración de lo "sistemático" como + pasivo.

(11) Es así como se ha traducido a veces el elaborated originario. Concretamente, de este modo lo hace Xavier Albó en "Códigos amplios y restringidos: sus orígenes sociales y algunas consecuencias", Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística (compilación de L. Garvin y Yolanda Lastra de Suárez). Aunque amplio remite a una característica importante del código "elaborado", nos parece más exacto el término elaborado como traducción del concepto bernsteiniano -y, en consecuencia, va a ser este último el que aquí se utilice.

(12) Brigitte Schlieben-Lange (op. cit., pp. 65-67) presenta un cuadro en el que se caracterizan, según una lista de señales lingüísticas, uno y otro código. El cuadro, que a continuación reproducimos, ha sido extraído del compendio hecho por F. Hager, H. Haberland y R. Paris, Soziologie + Linguistik -Die Schlechte Aufhebung sozialer Ungleichheit durch Sprache, pp. 61-63:

LENGUA FORMAL	LENGUA PUBLICA
menos predecible	más predecible
<u>Capa media</u>	<u>Capa inferior</u>
1. Los enunciados están	Frases breves, gramatical-

construidos con pulcra
disposición y sintaxis
gramaticales

mente simples, a menudo incom-
pletas, de forma pobre, des-
cuidada.

2. Las modificaciones lógicas se transmiten mediante unas construcciones oracionales gramaticalmente complejas, sobre todo mediante el empleo de conjunciones subordinadas. Uso raro de proposiciones subordinadas para diferenciar con más precisión un tema del enunciado. Uso simple de conjunciones que siempre se repiten (pues, entonces, y).
3. Selección diferenciada de adjetivos y adverbios. Selección rígida y limitada de adjetivos y adverbios.
4. Frecuente utilización de los pronombres "ello" y "se". Empleo raro de esos pronombres.
5. Utilización frecuente de preposiciones que expresan relaciones tanto lógicas como espaciales y temporales.
6. Frecuente uso de breves mandatos y preguntas.
7. La cualificación individual viene dada verbalmente por la estructura y las relaciones que se establecen en y entre los enunciados. La cualificación individual está implícitamente contenida en la estructura oracional: se trata de una lengua de significaciones implícitas.
8. Juega un papel importante la selección individual a partir de una serie de giros y aforismos tradicionales.
9. El uso de símbolos tiene lugar en un grado ínfimo de generalización.
10. El uso lingüístico remite a la disposición de una jerarquía conceptual compleja.

11. El simbolismo expresivo (es decir, los gestos y entonación que acompañan a un enunciado) diferencia mejor las significaciones, prefiriéndose eso antes que enfatizar palabras importantes o acompañar el enunciado de una manera difusa.

12. Las apreciaciones de hechos suelen emplearse como argumentaciones; al final hay casi siempre una afirmación categórica como "¡Tú no te me vas de casa!".

13. Muchas veces se formulan apreciaciones como preguntas implícitas que provocan luego una "respuesta", de suerte que se desemboca en conversaciones "circulares" en las que los hablantes se aseguran su simpatía recíproca (circularidad simpatética).

Y podemos citar también este otro ejemplo que recogen Haug y Rammer en Psicología del lenguaje y teoría de la comprensión, p. 105:

"Bernstein presenta con referencia a Hawkins la historia siguiente como ejemplo de un código elaborado: 'Tres chicos juegan al fútbol y un chico chuta el balón y pasa volando por la ventana, el balón hace añicos el cristal y los chicos miran y sale un hombre y les chilla porque ellos han roto el cristal, por lo cual echan a correr y entonces esa señora mira por la ventana y echa pestes contra los chicos' [...]"

"Esa historia rezaría así en el código restringido: 'Ellos juegan al fútbol y él lo chuta y va por el aire limpiamente, allí hace añicos el cristal y ellos miran y él sale afuera y les grita porque lo han roto, por eso se escapan corriendo y entonces ella se asoma y echa pestes contra ellos' [...]"

(13) El código restringido se vincula con la función fática del lenguaje, en el sentido de que refuerza la solidaridad entre los hablantes, su conciencia de cuerpo social. Es lo que se ha llamado función "tranquilizadora", que sirve para constatar la presencia del interlocutor: "aquí también hay otro" -se ha dicho- es lo que parece reclamar. Por ello, este tipo de código, tan cargado de valores simbólicos, no puede ser desechado. Como dice Bernstein:

"Puesto que este modo de hablar (= restringido) asocia psicológicamente al hablante con sus semejantes y en el plano sociológico con la tradición local, no hay que desvalorar la lengua pública del hablante; de lo contrario es grande el peligro de una alienación"(apud B. Schlieben-Lange, op. cit., p. 71).

(14) Surge aquí una vez más la idea de dominio activo (implícitamente diferenciada de dominio pasivo). Así parece indicarlo la expresión -que hemos puesto de relieve- elección actual (en el mismo párrafo -aunque omitida en la cita- aparece, entre otras, producción actual). No ha de perderse de vista -a nuestro entender- la idea de dominio activo en la caracterización del código bernsteiniano (si bien no podemos decir hasta qué punto ni analizar todas las consecuencias de ese especial emparejamiento). De cualquier forma, no está muy claro el lugar que ocupa el código mismo: ¿aspecto de la competencia?, ¿de la actuación?, ¿eslabón intermedio entre una y otra, como quieren los autores citados? B. Schlieben-Lange se inclina por la primera solución, si bien no afronta los problemas que ello plantea:

"Si al código restringido se le designa como fenómeno de performance, entonces es como si cada hablante dispusiera virtualmente de todo el sistema lingüístico y pudiera igualmente escoger también otros procedimientos lingüísticos. Pero de hecho el hablante del código restringido dispone justamente sólo de ese código restringido, es decir, que no sólo su performance, también su competencia está reducida"(op. cit., p. 112).

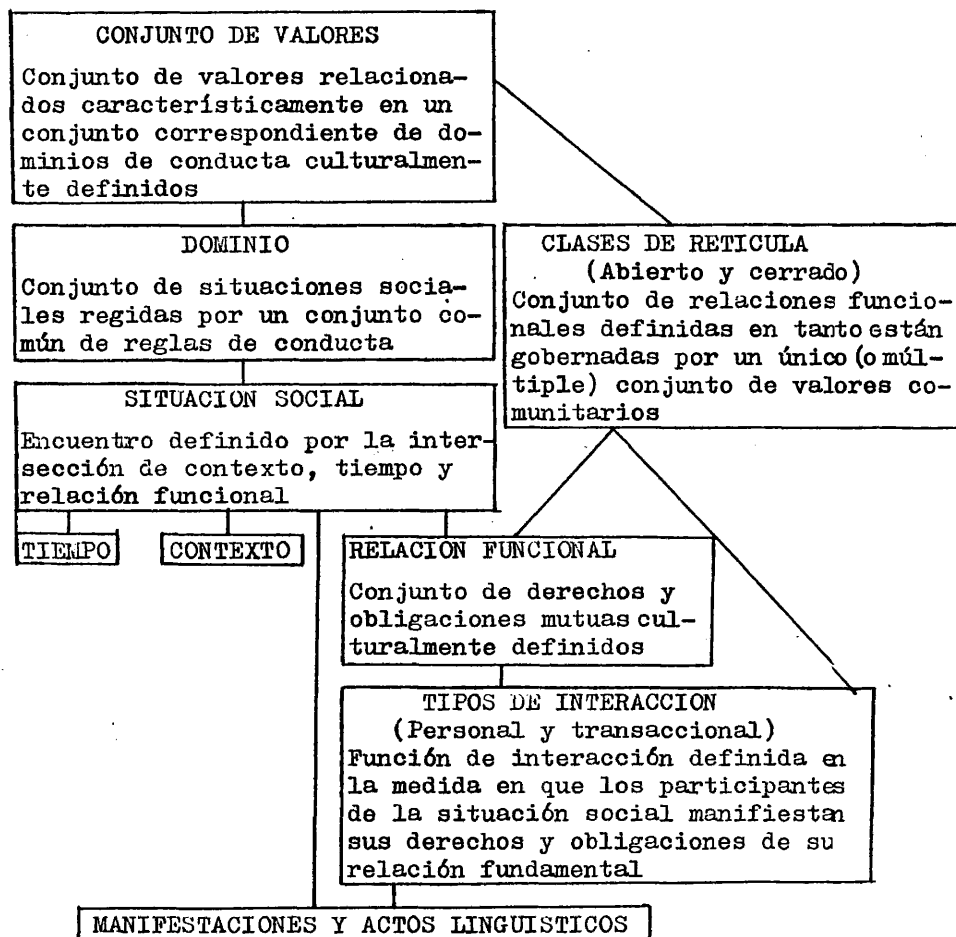
Y a continuación apunta la posibilidad de recurrir a la asimetría de la competencia activa y pasiva del hablante, con lo que viene a confirmar nuestra idea de que, a través de este cauce, pueden plantearse muchos de los problemas que la materia suscita:

"Ahora bien, por supuesto, cabe admitir que la competencia de cada hablante es asimétrica, o sea, que ciertos elementos forman parte de su conocimiento pasivo de la lengua, pero que él nunca llegará a actualizar"(loc. cit.).

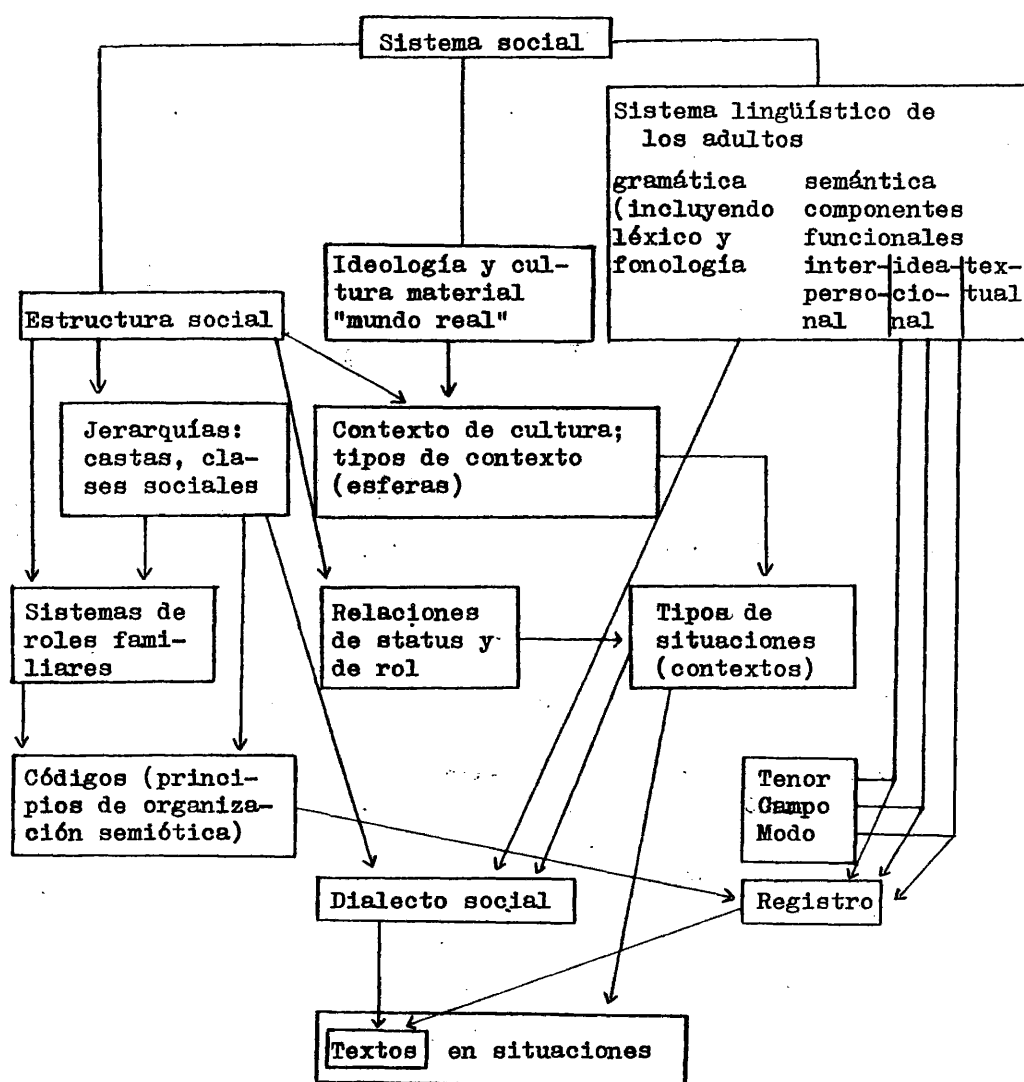
(15) De los autores mencionados pueden citarse, como más representativas, las siguientes obras: J. L. Austin, How to Do Things with Words (1962); J. E. Searle, Speech Acts (1969); D. Hymes, "The Ethnography of Speaking" (1962), On Communicative Competence (1971); J. Habermas, "Vorbereitende Bemerkungen zu einer Theorie der kommunikativen Kompetenz" (1971); D. Wunderlich, "Zum Status der Soziolinguistik" (1971).

(16) A título de ejemplo mostramos tres esquemas que tratan de reflejar los principales factores subyacentes (¿competencia comunicativa?) a un acto de habla:

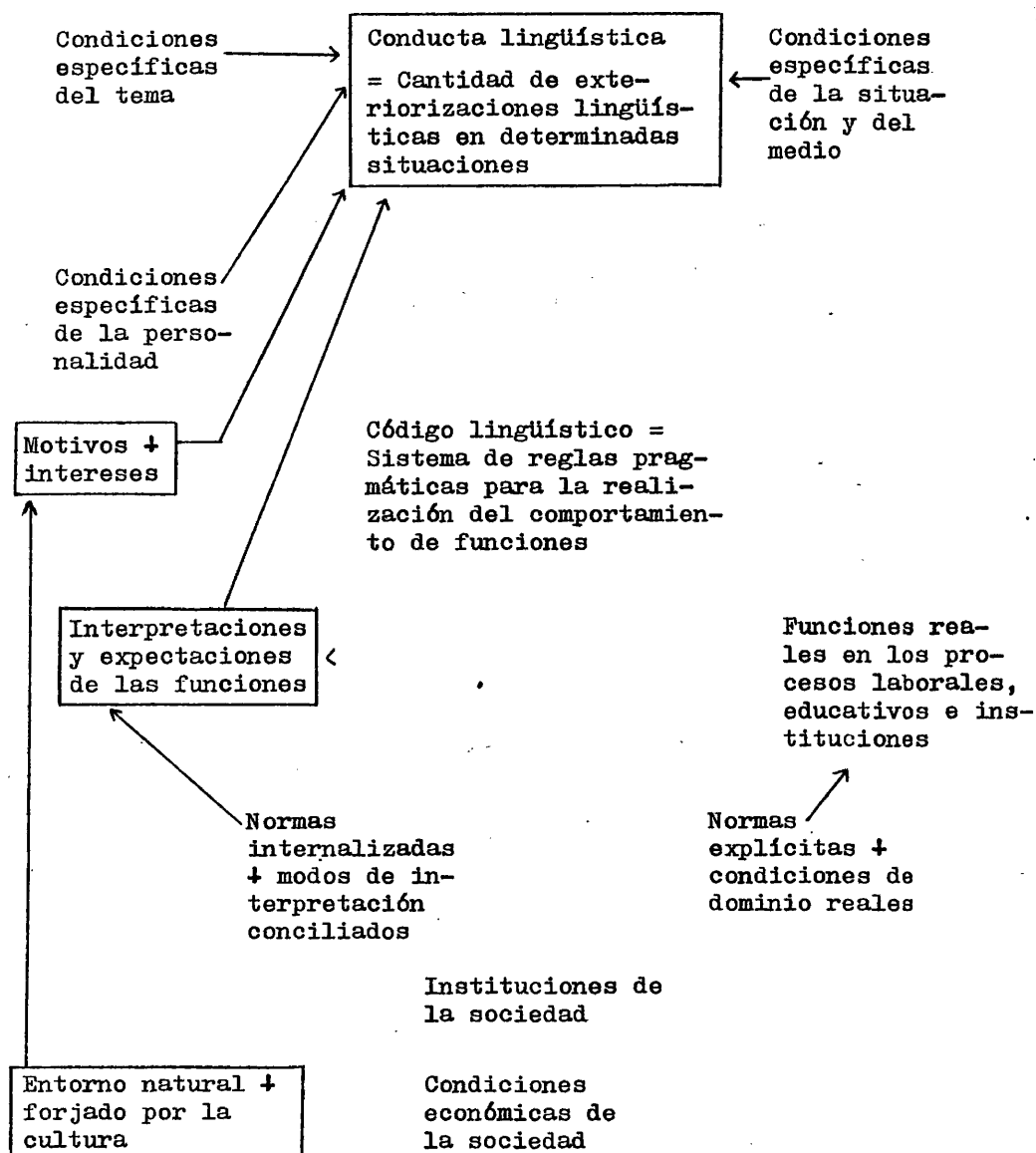
- 1) J. FISHMAN (Sociolingüística, p. 83; de R. L. Cooper, "How Can We Measure the Roles which a Bilingual's Language Play in His Everyday Behavior?")



2) M. A. K. HALLIDAY (con adaptaciones) (apud G. Berutto, op. cit., p. 74)



3) D. WUNDERLICH (apud B. Schlieben-Lange, op. cit., p. 168)



Cada uno de los esquemas remite, evidentemente, a las doctrinas de sus autores, y no pueden, por tanto, ser equiparados sin más, si bien los tres apuntan hacia un ámbito similar -aunque desde distintas perspectivas-: el acto de habla y sus procesos subyacentes (que, en el caso de Wunderlich, de manera explícita, giran en torno a la noción de competencia comunicativa).

Comparando cualquiera de ellos con los que aquí se han propuesto, resultan los primeros, por supuesto, mucho más ricos y comprensivos. Pero es que, en nuestro caso, solo nos hemos fijado en un aspecto (que simplificando llamaríamos "de los códigos lingüísticos") y no en el conjunto de elementos que rodean el acto de lenguaje.

EN TORN O AL DIALECTO

III

CAPITULO V.

EL DIALECTO GEOGRAFICO (I): CONTRIBUCIONES AL
ESCLARECIMIENTO DE LA NOCION DE DIALECTO

André Martinet.- Václav Polák.- Boris Cazacu.- Jean Fourquet.-
Manuel Alvar.- Einar Haugen.

Hasta el momento, pocos han sido los rasgos que pueden definir este trabajo como de carácter dialectológico -ni siquiera en su vertiente teórica-, al menos, según se entiende de ordinario el adjetivo (nos referimos, sobre todo, a la segunda parte). Pero, como ya se ha dicho, el problema del dialecto no solo afecta a la dialectología: es, básicamente, un problema de lingüística general, o mejor, de teoría del lenguaje. Uno de nuestros objetivos era mostrar la inserción del dialecto en una esfera más extensa que la meramente "dialectológica", asociada esta última de forma inmediata a lo geográfico: no hace falta insistir en que el dialecto constituye una categoría genérica que abarca varios órdenes y que, desde un punto de vista formal, sería necesario, por tanto, asignar a la disciplina que lo estudia un cometido más amplio del que tradicionalmente se le ha dado, o incluirla dentro de otra que bien podría ser la sociolingüística. Pero no vamos a discutir aquí esta cuestión, ni a proponer

un cambio terminológico; bástenos señalar la necesidad teórica de un planteamiento semejante, lo cual, por otra parte, explica la circunstancia, a que aludíamos antes, de la ausencia de un tratamiento específicamente "dialectológico" (geográfico) de nuestro objeto de análisis.

Sin embargo, ahora sí lo vamos a hacer: los dos últimos capítulos de la obra (el que ahora se inicia y el que viene a continuación) los dedicaremos por entero a los dialectos geográficos, o si se quiere, a los dialectos propiamente dichos. No es preciso aducir testimonios de cómo la idea de dialecto va ligada indefectiblemente a la de geografía, tanto en ambientes especializados como para el hombre de la calle, tanto en la tradición de la lingüística como entre los estudiosos de hoy. Y respetamos, claro es, esta forma de ver las cosas, siempre que no se lleve a cabo de manera unilateral. En consecuencia -creemos-, han de admitirse, por de pronto, dos sentidos de la palabra dialecto: uno amplio y otro más restringido. Por el primero la entendemos como formación lingüística genérica (dentro de otra mayor) -que es como lo hemos hecho hasta aquí-; por el segundo nos remitimos a su acepción usual de 'dialecto geográfico'. El acuerdo en esto último es general, lo que explica que dediquemos un espacio aparte a ese dialecto geográfico, que nos ocupemos por separado de él. Ello, sin embargo, no puede hacernos perder de vista los otros factores del hecho dialectal, de los que solo por necesidades analíticas el dialecto geográfico ha sido deslindado.

No solo hemos pretendido buscar un marco formal en que instalar los hechos diferenciales, sino también analizar y tratar de aclarar algunos de los problemas que suscitan. Uno de ellos es el ya tradicional de la relación entre lengua y dialecto, que surge en toda su plenitud bajo la perspectiva de la geografía,

en la consideración del dialecto geográfico. Explícita o implícitamente, estos dos capítulos girarán en torno al examen de dicha relación y la naturaleza de sus componentes. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre la materia -cuya problemática, si no resuelta, sí parece superada- no está de más detenerse en ella, con el propósito de sintetizar opiniones, definir las vías de esa superación y, eventualmente, disipar ciertos malentendidos que todavía pueden entorpecerla.

Desde que los dialectos vienen reclamando atención especial, desde que su estudio se va erigiendo en una disciplina rigurosa y organizada -o quizá, según se ha dicho, como prueba de su constitución científica- el propio concepto de dialecto ha sido objeto de reflexión y ha provocado más de una polémica. Muy significativa y resonante fue la protagonizada por Schuchardt, Ascoli y Meyer en las últimas décadas del siglo XIX, de la cual nos hemos ocupado suficientemente en la parte histórica de este trabajo. Pero acaso haya sido con el advenimiento del estructuralismo y su preocupación por revisar los fundamentos teóricos de nuestra ciencia, así como delimitar y definir sus unidades, cuando la reflexión sobre el dialecto y la controversia a que ha dado lugar han adquirido su mayor relieve; y ello -insistimos- más de una perspectiva de lingüística general que estrictamente dialectológica. (No quiere esto decir que todas las escuelas y estudiosos modernos se hayan preocupado en la misma medida por el tema; es más, ha habido doctrinas -y más todavía, descripciones lingüísticas- que lo han obviado o ignorado deliberadamente: pensemos, sin ir más lejos, en los reproches que en este sentido se le han hecho al generativismo clásico.) A partir de los años cincuenta, con el método estructural prácticamente asentado, se va haciendo cada vez más palpable la necesidad de revisar términos y lugares comunes de la ciencia del

lenguaje. Así, de esta época, datan las siguientes palabras de Martinet, que vienen a criticar precisamente la ausencia de este "revisionismo" en el campo dialectológico, tal como se desprende de la lectura, por ejemplo, de La Dialectologie, de Sever Pop, tantas veces aludida a lo largo de la parte histórica del presente trabajo:

"Practically untouched by the new approach is a field called dialectology. Some years ago, a huge and, in a way, useful book, however rambling and repetitious, was published in Belgium under the title La Dialectologie. Structuralism is conspicuously absent from this study"(*).

Y, más concretamente, critica la falta de una definición clara de 'dialecto', circunstancia que llama la atención en una obra de las pretensiones enciclopédicas de La Dialectologie:

"As the word clearly indicates, 'dialectology' is the study of dialecta. Thus the first task of dialectologists should be an exact determination of what ground the term 'dialect' is meant to cover. Yet nowhere in the above -mentioned book do we find a statement to this effect"(**).

Por su parte, Martinet, en el estudio al que pertenecen estas citas, trata de arrojar luz sobre el problema de la definición del dialecto y su delimitación con respecto a otras nociones adyacentes. Como él, muchos otros autores se han ocupado de la cuestión: la lista sería inabarcable, pues baste pensar simplemente en que la práctica totalidad de los manuales de lingüística contiene referencias más o menos extensas, más o menos directas, acerca de la naturaleza del dialecto. En este primer

(*) "Dialect", Romance Philology, VIII, 1954, p. 1.

(**) Loc. cit.

capítulo vamos a recoger y comentar algunas de las opiniones que, en torno a dicha problemática, han aparecido en los últimos tiempos, limitándonos a estudios monográficos consagrados específicamente al tema. Desde luego, no son todas las que se han vertido, ni siquiera el conjunto de las más significativas, pero creemos que la muestra no carece de representatividad (1).

5.1. André Martinet

Sin que se le pueda considerar propiamente dialectólogo -aunque en alguna ocasión haya trabajado en este campo-, A. Martinet es uno de los autores que mayor preocupación han mostrado por la fijación teórico-conceptual del dialecto. Su artículo "Dialect", que ahora vamos a examinar, ya al que ya hemos aludido más arriba, es bien significativo al respecto.

Aparecido en 1954 (2), "Dialect" supone, a nuestro juicio -según ha quedado antes indicado-, una toma de conciencia de la necesidad de revisar las bases teóricas de la dialectología, en consonancia con la labor que en tal sentido impulsó el método estructural en lingüística. Ya se han aducido testimonios que confirman esos declarados propósitos. Pero puede añadirse alguno más:

"Structuralism has taught us that linguistic units should be defined by opposition, and this is true of categories and technical terms too. 'Language' and 'dialect' form a fairly clear opposition"(*)

(*) Ibidem, p. 3.

5.1.1.

La introducción del artículo viene a ser una reflexión sobre cuestiones de índole epistemológica, tales como los conflictos entre terminología corriente y científica, el papel de la lingüística como ciencia piloto, el estatus de la dialectología dentro de la ciencia del lenguaje... Sobre este último punto destaca una afirmación de gran alcance:

"Granting that dialects are linguistic types, structural descriptivists will certainly reckon with them as at least potential grist for their mills. If so, what task would remain for the dialectologists? Mere collection of linguistic material with the set purpose of using it exclusively for historical research? The truth of the matter is, of course, that "dialectology" is not the label for a neatly circumscribed discipline concerned with all the facets of a given object, but one of the historical articulations of linguistics, a reaction against the well-nigh exclusive preoccupation of long generations of scholars with written standard languages"(*) y (3).

En numerosas ocasiones hemos señalado las interferencias entre lo "lingüístico" y lo "dialectológico". He ahí la razón.

El resto del artículo se divide en dos claras partes. Dedicadas ambas a caracterizar la noción de dialecto, en la primera examina Martinet la relación lengua/dialecto, mientras que en la segunda enfrenta este último con la formación lingüística denominada patois.

En general, todo el estudio posee un tono más empírico que formal. Son las situaciones dialectales, y no tanto el dialecto, las que aparecen tratadas. Si bien ello no deja de ser positivo, se echan de menos definiciones, fijación de cri-

(*) Pp. 1-2; el subrayado es nuestro.

terios, análisis de rasgos "pertinentes", etc. De este modo, el dialecto queda suficientemente caracterizado e ilustrado, pero no explícitamente definido (4). Y las "conclusiones" se desprenden de la lectura del artículo, pero no se hace referencia a ellas de manera clara y directa. Así, apunta Martinet la distinción de dos tipos de dialecto, o en realidad, de dos tipos de situación dialectal:

"Linguistically and sociologically, it makes a great difference whether a "dialect" is one of several equally legitimate forms of a given language or whether it is felt to deviate from an accepted standard [...]

"Thus we distinguish between dialects that are, so to speak, fully legitimate representatives of the language and opposed to it only as parts to a whole, and others that are, in a way, marginal and opposed to the language as something at least partially different"(*).

Los Estados Unidos proporcionan el ejemplo característico de la primera de las situaciones, mientras que en Europa es prácticamente general la segunda:

"In this country [Estados Unidos], no one can help speaking a "dialect", because there is no form of speech which is not a dialect; in Europa generally, there is in every country a segment of the population which does not speak any 'dialect', but the 'language'"(**).

A su vez, dentro de la segunda situación, cabe distinguir otras dos, de las cuales nuestro país ofrece adecuada muestra:

"But, theoretically at all times and practically very often, we should distinguish between dialects re-

(*) P. 3.

(**) P. 3.

sulting from differentiations of a "koiné" which continues to be the standard and those stemming from the disintegration of older "koinés" or former dialectal units. The best illustration of such an opposition is probably found in Spain [...]. In this particular instance, we may mark the distinction by referring to Leonese as a Spanish dialect and to Extremeño as a Castilian dialect"(*) y (5).

5.1.2.

En resumen, Martinet parte de la distinción entre dialectos "legítimos" y dialectos "inferiores", y dentro de estos establece una segunda división: dialectos coexistentes con la "lengua" de la que han surgido y dialectos resultantes de una "lengua" anterior. Como puede verse, el criterio distintivo básico radica en lo que puede denominarse consideración "social" del dialecto en las distintas situaciones en que tiene lugar. Con ello Martinet eleva a categoría teórica un fenómeno de simple costumbre, de actitud; parece decir: en América dialecto no tiene connotación "peyorativa" (6), en Europa sí: existen, pues, dos tipos de dialecto. Justo es señalar que esto no se manifiesta tan categóricamente y que la distinción se apoya en otros criterios. Por otra parte, no puede negarse la importancia que posee el concepto de actitud social, ni que, de hecho, existan los tipos mencionados. Pero no compartimos una idea que otorgue primacía a un rasgo meramente "coyuntural" y no propiamente lingüístico. (sin embargo, como veremos más adelante, nuestra postura está más cerca de la del mismo Martinet en trabajos posteriores como, por ejemplo, El lenguaje desde un punto de vista funcional).

(*) P. 4.

En cuanto a la "lengua", no hay referencia explícita al concepto en la obra que comentamos. Su fijación conceptual se desprende implícitamente de la tipología dialectal establecida. Así, en oposición al primer tipo de dialecto, habrá una "lengua" que represente el "todo" frente a la "parte" (dialecto- (7)); y una "lengua", opuesta al segundo tipo, que inequívocamente viene a coincidir con la lengua estándar o con la Koiné (8). Este punto, susceptible de las mismas reservas que el anterior, merece también un detenido tratamiento en su lugar oportuno.

Una vez diferenciados "lengua" y "dialecto", pasa Martinet a analizar la relación entre este y el concepto de patois. Precedida de una serie de precisiones terminológicas, llega a la siguiente conclusión:

"The term 'patois' thus seems to deserve adoption in the technical jargon of linguists even more than heretofore. But its use is legitimate only in a culturally well-characterized situation, namely, when dialects have disintegrated under the pressure of an irresistible standard. Patois presuppose such a standard, and we may still need a general term to refer to a geographically severely limited linguistic variety: as it were, a subdivision of a dialect. Leaving the newly coined 'idiolect' out of the picture, we lack a blanket term referring to the speech of a community smaller than the one that uses a 'dialect'" (*)

De nuevo Martinet, lo que hace es caracterizar un uso, una costumbre, y no tanto "imponerlo"; o, al menos, contrastarlo con categorías resultantes de un análisis estrictamente lingüístico -científico- de los hechos.

(*) Pp. 9-10.

Por lo demás, el artículo contiene abundantes sugerencias -p.e., la distinción entre dialectos divergentes y convergentes (9)- y, como decíamos al principio, constituye una buena muestra de situaciones dialectales explicadas con claridad y maestría.

5.2. Václav Polák

"The article by Václav Polák, 'Contributions à l'étude de la notion de langue et de dialecte' [...], which arrived too late to be utilized here as fully as it deserves, suggests that we call 'language' a diasystem whose partial similarities are grammatical while its partial differences are phonologic and lexical."
(*)

Esta es, en efecto, la tesis fundamental que propone V. Polák en el artículo mencionado (**), junto con su complementaria:

"Le cadre des variations possibles dues aux changements des éléments phonétiques et lexicaux détermine les variantes horizontales ou verticales. J'appelle les variantes horizontales d'une langue donnée les systèmes partiels régionaux des dialectes [...]. Elles sont caractérisées au total surtout par les changements phonétiques en comparaison avec d'autres variantes géographiques des dialectes, alors que les variantes verticales [...] ont -tout considéré- le caractère stylistique, étant déterminées par le choix des moyens stylistiques, surtout par le changement des couches lexicales dans l'ensemble d'une langue"(***)

(*) U. Weinreich, "Is a structural dialectology possible?", p.396, nota 13.

(**) "Contributions...", Orbis 3, 1954, pp. 89-98.

(***) P. 97.

Es decir, 'lengua' sería, como apunta Weinreich, el diasistema -no es este el término que utiliza Polák- establecido a partir de las semejanzas gramaticales de los sistemas que lo integran. Estos se diferencian, fundamentalmente, en virtud del plano fónico y del léxico, determinando -según lo que Polák parece indicar- dialectos propiamente dichos, en el primer caso, y variantes "verticales" (lengua literaria, jergas, argot, etc.) en el segundo. De acuerdo con esta interpretación, la relación entre lengua y dialecto sería la existente entre el "todo" y la "parte". No opone, pues, Polák el dialecto a la lengua en tanto que forma "inferior" a forma "superior" de lenguaje, ni identifica, en consecuencia, 'lengua' con 'lengua estándar', 'lengua de cultura', etc. Y ello con arreglo a un declarado propósito de eludir consideraciones extralingüísticas e intentar la fijación conceptual del binomio según un parámetro propiamente lingüístico:

"C'est aussi pourquoi la délimitation et l'interprétation du dialecte à ce point de vue ne répond pas aux exigences purement linguistiques [no se refiere, obviamente, al suyo]. Et la solution de la question du dialecte doit être possible aussi uniquement dans le domaine de la linguistique pure"(*).

Semejante idea de lengua y dialecto le lleva a negar la independencia de las lenguas eslavas como tales, con excepción del búlgaro, y a considerarlas más bien como dialectos, como variantes de una esencial unidad:

"Au point de vue synchronique, par rapport au système commun slave, les langues slaves ne sont que des variantes régionales et géographiques ("horizontales") et en même temps verticales d'une structure, excepté le bulgare, c'est-à-dire des dialectes dans le sens

(*) P. 90.

déterminé par la notion du dialecte expliquée ci-dessus"(*).

No estamos en condiciones de apoyar o rebatir esta apreciación de Polák, pero sí podemos afirmar que choca frontalmente ~~contra~~ una tradición muy enraizada. Aceptando el razonamiento que le permite emitirla, habría que ver si la distancia entre las lenguas en cuestión es efectivamente tan corta como para que dejen de ser consideradas lenguas distintas. Pero es que dicho razonamiento -basado en la idea generalmente aceptada de que es el plano gramatical el que define esencialmente la lengua- suscita más de una reserva. Y el criterio que de él se deriva resulta unilateral y discutible, por más que contenga una parte de verdad y merezca, por tanto, ser tenido en cuenta. En la delimitación de las nociones de lengua y dialecto no se trata -a nuestro juicio- de proponer exclusivamente una nueva convención terminológica, sino, más bien, de intentar explicar la que tradicionalmente ha venido operando (y no solo en lingüística); una ruptura total con esa tradición no necesita siquiera de los términos tradicionales objeto de examen. En caso de que esta última se muestre insuficiente o poco clara, cabe contrastarla, primero, y completarla, después, con nuevas aportaciones. De este modo, ignorando deliberadamente los llamados factores extralingüísticos, obtendremos tan solo una visión parcial de la materia. Pero incluso admitiendo que esto sea posible, el pretendido criterio lingüístico de Polák dista mucho de ser definitivo, sobre todo en los casos de lenguas emparentadas entre sí, donde similitud y diferencia son cuestión de grados; y en este sentido se comporta igual que la noción de inteligibilidad mutua. En lugar de hacer de él el único responsable a la hora de decidirse por una de las dos cate-

(*) P. 98.

gorías, lengua o dialecto, parece más prudente incluirlo junto con otros criterios, lingüísticos y extralingüísticos, dentro de una matriz de rasgos que en su totalidad caractericen a una de esas categorías, y por ausencia u oposición, a la otra.

5.3. Boris Cazacu

La tarea de elaborar una matriz de rasgos para definir 'lengua' y 'dialecto' ha sido acometida por B. Cazacu en su artículo "Autour d'une controverse linguistique: langue ou dialecte?" (*) y (10). Para este autor, toda definición de cualquiera de los términos del binomio basada en un solo criterio carece de validez universal y, por tanto, de los requisitos necesarios de una verdadera definición:

"Consideré isolément, nul des critères envisagés n'est satisfaisant; recourir à l'un de ces critères, ignorer les autres, ne permet pas toujours de résoudre le problème de la classification de tous les idiomes"(**).

Se hace preciso, pues, reunir un conjunto de criterios -elaborar una matriz- y examinar con arreglo a ese conjunto las formaciones lingüísticas susceptibles de ser consideradas lengua o dialecto. Es de suponer que, de la confrontación, resultarán casos muy claros en uno u otro sentido -si se satisface (o no) el total de los criterios- y casos dudosos (o mixtos) -cuando se satisface solo una parte-. La cuestión puede

(*) "Autour d'une controverse linguistique: langue ou dialecte?" (Le problème de la classification des idiomes romans parlés au Sud du Danube)", Recueil d'Etudes Romanes, Bucarest, 1959.

(**) P. 27.

complicarse porque alguno de los criterios manejados no determina categorías antitéticas perfectamente deslindadas entre sí, sino una línea continua que va de un mínimo a un máximo o viceversa. Con todo, el cotejo de la matriz de criterios con formaciones lingüísticas concretas proporciona suficientes elementos para discernir las que son 'lengua' de las que son 'dialecto' (o las que más se aproximen a uno u otro extremo, o equidisten de ambos). Se obtiene así una imagen bastante nítida de los conceptos de lengua y dialecto (al menos, en un determinado sentido). Examinemos uno a uno los criterios que propone Cazacu.

5.3.1.

En primer lugar, y por encima de todo, están los criterios propiamente lingüísticos, que se reducen en esencia a dos: el genético y el estructural, relacionados entre sí de manera tan estrecha, que para algunos llegan a fundirse en uno solo: el criterio genético-estructural. En esta línea puramente lingüística -recordemos- se mueve el anterior razonamiento de Polák, del cual se hace eco detenidamente Cazacu, hasta el punto de ilustrar con él, casi de forma exclusiva, la cuestión tratada. Sin entrar a fondo en todo lo que implica este criterio o haz de criterios, hay que hacer notar una de sus limitaciones fundamentales, y es que sus posibilidades de aplicación para el fin perseguido son bastante escasas. En primera instancia, con él llegaremos a determinar el parentesco o no, la semejanza estructural o no entre las formaciones lingüísticas sometidas a examen. En caso negativo, nada relativo a su condición podremos afirmar de ellas; si, por el contrario, existe parentesco o parecido, es cuando tendrá sentido preguntarse

si se trata de lenguas o dialectos. Aquí es donde entra la doctrina de Polák, que en el mejor de los casos, solo dará respuesta parcial al interrogante planteado. Efectivamente, dadas, por ejemplo, dos formaciones lingüísticas, lo único que es posible determinar según el parámetro de Polák es si constituyen dialectos de la misma lengua. Supongamos que no; ello no implica que sean entonces "lengua", sino que pertenecen a ámbitos lingüísticos -por así llamarlos- diferentes, sin que pueda atribuirseles estatus -de lengua o dialecto- dentro de esos ámbitos(11).

Por lo demás, el mismo Cazacu señala la insuficiencia de los criterios exclusivamente lingüísticos para decidir acerca de la condición de tal o cual formación lingüística:

"Le fait de s'en tenir au critérium structural et d'ignorer les critères extra-linguistiques (historiques, politiques, etc.) peut entraîner des conclusions paradoxales, comme celles de V. Polák concernant certaines langues slaves qu'il considère comme des dialectes"(*) y (12).

La inteligibilidad mutua es otra de las nociones que se han manejado para definir 'lengua' y 'dialecto' y que se incluye dentro de la matriz de criterios que Cazacu aduce a tal fin. No se trata de un criterio propiamente lingüístico, pero tampoco extralingüístico:

"Ce critérium a ceci de particulier qu'il ne peut figurer ni parmi les critères linguistiques, ni parmi ceux qui sont extralinguistiques [...]. Les résultats obtenus par ce critérium sont fondés sur des faits qui appartiennent à un domaine que l'on a désigné, ces derniers temps, sous le nom de métalinguistique"(**).

(*) P. 22.

(**) P. 22.

Sea cual sea su naturaleza, la noción de inteligibilidad mutua -a nuestro juicio- se muestra por completo insuficiente para el fin perseguido. Suponiendo que hubiera dos alternativas -inteligibilidad / no-inteligibilidad-, dos idiolectos mutuamente inteligibles pueden pertenecer -permítasenos la expresión- al mismo dialecto (un dialecto "está constituido", cuando menos, por idiolectos mutuamente inteligibles); o bien, pueden pertenecer a la misma lengua. Si, por el contrario, no existe inteligibilidad mutua, lo que es seguro es que los idiolectos en cuestión no pertenecen al mismo dialecto, si bien es muy probable que tampoco pertenezcan a la misma lengua. Para Cazacu esto último no ofrece lugar a dudas:

"Du fait que les sujets qui parlent deux idiomes se comprennent les uns les autres, on conclut que ces idiomes sont des dialectes; s'ils ne se comprennent pas entre eux, c'est qu'ils parlent des langues différents"(*).

Es así como explica este autor el funcionamiento del criterio que estamos analizando. Sin embargo, no podemos estar enteramente de acuerdo con la explicación, pues, por un lado, no compartimos sus apreciaciones concretas (solo son válidas en un determinado sentido), y por otro, no creemos -ya ha quedado dicho más arriba- en la capacidad del propio criterio para discernir los caracteres de lengua y de dialecto en sí mismos: la inteligibilidad mutua, tal como nos es presentada, sirve tan solo para separar dominios lingüísticos (¿lenguas?), pero nada más. Las cosas se resuelven algo (o se complican, según se mire) si tenemos en cuenta que la inteligibilidad no es magnitud absoluta, sino que se presenta según gradaciones, que es difícil, por tanto, fijar sus límites y que depende también de con-

(*) P. 22.

dicionamientos individuales y circunstanciales: grado de cultura, experiencia, afinidad temática, etc. (13). En resumen, pues, la inteligibilidad mutua queda lejos de constituir por sí misma un factor decisivo para caracterizar las nociones de lengua y dialecto. De todos modos, no puede ser desdeñada, y más adelante le dedicaremos un apartado especial.

También basado en el recurso a los usuarios, cita Cazacu un tercer criterio: el de la conciencia de estos de pertenecer a una comunidad lingüística bien definida (14). Tal conciencia suele acompañar a los hablantes de una "lengua" y se manifiesta de forma muy acusada -apunta Cazacu- en determinadas etapas históricas, particularmente cuando surge un sentimiento de afirmación nacional. No es necesario insistir en que, al igual que los anteriores, este factor no permite por sí mismo deslindar los conceptos de lengua y dialecto: su aplicabilidad a tal efecto carece, pues, de validez universal. Se dan casos en que hablantes de dialecto poseen una fuerte conciencia "lingüística" (pensemos, por ejemplo, en la actual polémica sobre el valenciano). Otras veces esa conciencia del hablante no aparece de forma nítida o, cuando aparece, puede contradecir los hechos tal como realmente se producen. En fin, sin negarle la importancia principalísima que posee (15), y dado asimismo su carácter relativo, no se le puede otorgar otro papel que el de alinearse junto con otros criterios dentro de la matriz caracterizadora de los conceptos que nos están ocupando.

A los criterios mencionados hay que añadir los que son propiamente extralingüísticos, en los cuales Cazacu no se detiene -no llega siquiera a enumerarlos-, por considerar su papel suficientemente reconocido entre los especialistas que han tratado la relación lengua-dialecto:

"Tous les linguistes sont d'accord pour affirmer que les facteurs extralinguistiques (d'ordre historique, social-économique, politique et culturel) jouent un rôle important, décisif même selon quelques-uns, lorsqu'il s'agit de discerner un dialecte d'une langue. Voilà pourquoi, à notre avis, il n'est pas nécessaire d'insister sur ce rôle"(*).

Por último, es preciso tener muy en cuenta, según Cazacu, el criterio que él llama extensión de funciones, por el cual a la lengua corresponderá "un registre de fonctions riche et varié"(**); mientras que el dialecto poseera "des fonctions plus limitées, parce qu'il est employé dans le domaine de la vie courante et parce qu'il sert de moyen de communication entre gens appartenant à un group restreint de sujets parlants"(***)).

Cabe incluir este criterio dentro de los extralingüísticos, si bien tiene implicaciones de orden lingüístico, o mejor, como dice Cazacu:

"Le degré de développement des fonctions d'un idiome ainsi que son importance social, dépendent des facteurs extralinguistiques; cependant, cette extension des fonctions d'un idiome a des répercussions sur sa structure même (création des divers styles corrélatifs, variétés fonctionnelles de la langue)"(****).

En realidad, el criterio, tal como es manejado por lo común, se concretiza en uno de sus aspectos: la existencia de un registro literario, que no ha de entenderse en sentido restrictivo -arte del lenguaje-, sino como desarrollo de las posibilidades que permite la lengua escrita, es decir, no solo

(*) P. 26.

(**) P. 26.

(***) P. 26.

(****) P. 26.

la lengua literaria, sino la científica, la periodística, la epistolar.,.(16). Este carácter "literario" es lo que ha llevado a algunos lingüistas a designar el criterio como "filológico", con objeto de distinguirlo de los meramente lingüísticos.

5.3.2.

Sobre estos cinco puntos, algunos de los cuales abarcan más de un criterio, gira la doctrina de Cazacu en torno a la caracterización del binomio lengua-dialecto. Se trata, como puede verse, de una síntesis de nociones que, casi siempre de manera aislada, se han empleado a tal fin entre los estudiosos de la materia. La aportación de Cazacu consiste en haberlas reunido, elaborando así una especie de matriz para la delimitación de los términos de dicho binomio. Este es, creemos, el mejor medio para resolver la problemática que ello plantea. El resultado es, como ya se ha dicho, una imagen suficientemente nítida de ambos términos, que encuentra aplicación en situaciones concretas (17).

Sin embargo, no puede decirse que la matriz tal como la propone Cazacu sea, ni mucho menos, definitiva. Aparte de una serie de defectos formales -por ejemplo, la falta de explicitud (18)-, hay que hacer notar una incoherencia básica de partida que afecta al modo de entender el propio objeto de reflexión. En efecto, a veces el autor enfrenta -siempre implícitamente- 'dialecto' a 'lengua' concibiendo esta como entidad objetivamente superior (dialecto/supradialecto, sistema/dia-sistema); y a veces opone 'dialecto' a 'lengua' según un parámetro distinto: el que manifiesta la relación dialecto / lengua estándar -por ejemplo, cuando aduce el criterio de la extensión de funciones-. Es esta una confusión gravísima que

dificulta enormemente una verdadera solución del problema. Por lo demás, parte Cazacu de formaciones lingüísticas bien delimitadas y se plantea la tarea de asignarles una denominación, lengua o dialecto, según una lista de diferencias-tipo que propone al efecto, sin aludir a la delimitación misma de esas formaciones. Esto sí que es la verdadera problemática de la relación lengua-dialecto, el núcleo de la controversia lingüística a que alude Cazacu en el título de su trabajo. No sabemos si el autor ha pretendido mostrar un aspecto de dicha controversia o reducirla por entero a una cuestión de nomenclaturas. En el segundo caso, sería una simplificación bastante peligrosa.

5.4. Jean Fourquet

El colectivo Le langage, editado bajo la dirección de A. Martinet, incluye dentro de la sección Le langage et les groupes humains el trabajo de J. Fourquet "Langue, dialecte, patois", que proporciona datos de interés para la materia que aquí se está tratando (*).

El fin que persigue Fourquet es más divulgativo que estrictamente científico o creativo, por lo que no cabe esperar teorías novedosas o aportaciones de gran alcance. Como en el caso de Martinet, le interesa al autor, más que definir explícita y formalmente los conceptos que enuncia el título, caracterizarlos, ilustrarlos, mostrar la realidad a que se vinculan.

(*) "Langue, dialecte, patois", Le langage, pp. 571-596. Hay traducción española de la obra en volúmenes independientes, uno de los cuales (número 4) es precisamente El lenguaje y los grupos humanos, que contiene, entre otros, el trabajo que estamos examinando.

De ahí que haga hincapié en el ejemplo, en las situaciones reales (19) y que, al referirse concretamente a los dialectos, sea la dialectalización lo que aparezca en realidad tratado, y no el dialecto mismo. Ello no obsta para que haya algunas ideas aprovechables para una discusión teórica de este último concepto, si no por la novedad que presentan, sí por el tratamiento que les da su autor.

Empieza Fourquet mostrando dos hechos de experiencia lingüística inmediata:

"1) L'expérience de la diversité des langues; c'est à celle que se réfère le récit biblique de la Tour de Babel [...]

"2) L'expérience de diversités à l'intérieur de ce qu'on considère comme une même langue[...](*).

Incluimos esta cita, que nada de especial tiene en cuanto a contenido, para destacar el procedimiento (estilístico) que emplea Fourquet para iniciar su exposición: apelar a la experiencia inmediata de sus lectores, hacerles ver cómo la materia que va a ser tratada constituye una realidad viva, algo que no les es por completo ajeno. Esto, claro, va en consonancia con el carácter divulgativo a que aludíamos antes. Por lo demás, hemos subrayado el procedimiento por coincidir con el que ha sido utilizado en la parte histórica de este trabajo. Allí se ha desarrollado la idea de cómo la experiencia de la diversidad ha dado origen a la reflexión sobre el lenguaje y de cómo entre las primeras disciplinas lingüísticas se cuenta una incipiente dialectología (mejor, lingüística diferencial).

Pero vayamos con el trabajo en sí mismo, del que cabe destacar precisamente lo contrario de lo que criticábamos

(*) P. 571.

en Cazacu y a lo que ya hemos hecho somera referencia: no parte Fourquet de entidades perfectamente definidas y geográficamente delimitadas; habla del proceso de dialectalización y viene a proponer la sustitución del propio término dialecto por el de área dialectal:

"Lorsque nous disons le 'gascon', le 'sicilien', le 'souabe', ce langage est ambigu: on pourrait songer à un être linguistique 'un', qui se manifesterait avec une certaine variété; en fait il s'agit d'un type, défini par la somme des traits communs aux dialectes de l'aire gasconne, sicilienne, souabe; ce n'est pas une langue, c'est-à-dire un code complet, utilisable pour communiquer. Il serait souhaitable, pour éviter certaines erreurs tenaces, de rappeler constamment que le fait de base est l'existence d'une aire dialectale, occupée par une famille de parlers, en employant des termes comme 'Gallo-Romania, Teuthonia, Frisia'>(*).

Tenemos, pues, tal como se desprende de la cita, un tipo (dialecto) realizado en un área dialectal, que se opone a lo que en primera instancia llamamos lengua y que, matizando, puede denominarse, como lo hace Fourquet, lengua supralocal. El nombre de esta última traduce su principal carácter: la superación de las limitaciones comunicativas espaciales. Hay un primer tipo: la lengua vehicular:

"S'il s'agit d'une langue au service d'activités pratiques simples, on parlera de langue véhiculaire (allemand: Verkehrssprache). On trouve de ces langues le long des grandes lignes de communication, parlées à la fois par ceux qui se déplacent et par ceux qui, fixés en un point, sont impliqués dans les trafics. Une telle langue est, par essence, supralocale (allemand: überlandtschaftlich); sa fonction même est de surmonter la variation géographique des moyens de communiquer, par l'adoption d'un moyen unique(**).

(*) P. 577.

(**) Pp. 577-578.

También lengua supralocal lo es la koiné, que constituye el segundo tipo genérico de aquella y que se caracteriza, como rasgo específico, por estar ligada a la difusión de bienes culturales:

"A ce premier type de langue supralocale est opposé un autre, pour lequel on emploie le terme générique de koinè [...].

"Ici la langue supralocale est associée à la diffusion de biens de culture: traditions littéraires, pensée philosophique et scientifique, innovations techniques, juridiques, etc.[...]"(*).

Su carácter supralocal se acentúa, por así decirlo, de modo que, en esencia, tolera pocas variaciones, aparte de ampliar considerablemente su radio geográfico de acción:

"En tant que langue supralocale, une koinè a, par définition, une norme unique, valable en tous lieux, à la limite sur toute la terre: la norme de la koinè française est en principe la même pour le français enseigné à Harvard ou à Kyoto que pour le français enseigné à Paris [...]"(**).

Prescindiendo de otra serie de aspectos, como el que se alude en la cita -la koiné se enseña-, o como el de la extensión de funciones, hay que decir que este tipo de lengua sufre también una incipiente dialectalización:

"Dans les pays où des dialectes ont préexisté à l'extension de la langue commune, il s'est produit un transfert du phonétisme du dialecte sur celui de la koinè: les sons de celle-ci ont été interprétés et reproduits par assimilation à ceux du parler local. La pression de la langue écrite, s'exerçant par l'école, limite les divergences de vocabulaire et de syntaxe, s'oppose à la confusion de sons notés dis-

(*) P. 578.

(**) P. 579.

tincts, mais est sans effets sur les nuances de timbre et surtout les faits d'intonation et de modelé rythmique. On parle ainsi de français régionaux. En Allemagne, un terme spécial, celui de Umgangssprache (langue de la conversation courante), a dû être créé pour désigner des variantes particulièrement marquées par le substrat dialectal"(*).

A partir, pues, de una doble oposición (local / supra-local, por un lado, y lengua de actividades simples / lengua de actividades superiores, por otro), quedan establecidos los tres tipos lingüísticos principales, tal como recoge el siguiente cuadro, que se desprende implícitamente de la exposición de Fourquet:

	lengua de actividades simples	lengua de actividades superiores
lengua local	+	- (20)
lengua supra-local	+	+

Los tres tipos resultantes -marcados con el signo + en el cuadro- son, por este orden: el tipo dialectal (llamémoslo, con reservas, dialecto), "lengua" local de actividades simples; la lengua vehicular (21), lengua supralocal de actividades simples, y la koiné o lengua supralocal de actividades superiores.

(*)P. 592.

El resto del trabajo de Fourquet consiste en una serie de precisiones en torno a este esquema básico que, como hemos dicho, no aparece explícito, y que constituye su principal aportación -en el sentido que más arriba ha quedado explicado- a la materia que nos viene ocupando.

5.5. Manuel Alvar

Dentro de su ingente obra dedicada a la dialectología hispánica, en repetidas ocasiones ha tratado M. Alvar cuestiones teóricas, algunas de ellas referidas concretamente a la delimitación de los conceptos que vienen siendo aquí objeto de examen (22). A continuación vamos a hacernos eco de un trabajo suyo sobre el particular, aparecido con el muy explícito título de "Hacia los conceptos de lengua, dialecto y hablas"(*).

5.5.1.

El punto de partida de Alvar son dos definiciones del dialecto registradas en sendos diccionarios de terminología lingüística, que apuntan concepciones diferentes del mismo. Así, cita en primer lugar la definición que de dialecto da J. Marouzeau:

"forme particulière prise par une langue dans un domaine donné"(**) y (23).

(*) "Hacia los conceptos...", NRFH, XV, 1961, pp. 51-60.

(**) Lexique de la terminologie linguistique..., apud M. Alvar, op. cit., p. 51.

Y, en segundo lugar, la que puede leerse en el diccionario de Mattoso Câmara:

"do ponto de vista puramente lingüístico, os dialectos são linguas regionais que apresentam entre si coincidência de traços lingüísticos essenciais"(*).

A una y otra definición atribuye Alvar caracteres diacrónico y sincrónico, respectivamente (24); y muestra cómo ambas adolecen de insuficiencias, cómo cada una de ellas sostiene un punto de vista opuesto y, al tiempo, unilateral. De las tres partes en que puede dividirse el artículo que comentamos, la primera la dedica el autor a comentar, a su vez, las definiciones mencionadas, deteniéndose especialmente en la del tratadista brasileño, que juzga más aventurada y pretendidamente revolucionaria. Es insostenible y abusivo, por ejemplo, el empleo del concepto 'lengua regional' para definir 'dialecto' (nosotros añadiríamos que puede, más bien, inducir a error o confusión). En cualquier caso, las ideas que expresan estos diccionarios acerca del dialecto (y la lengua) sirven básicamente a Alvar, como se ha dicho, de punto de arranque para la exposición de sus propias doctrinas.

Así, en la segunda parte del artículo, y como aplicación anticipada de las mismas, queda esbozada una clasificación de los dialectos españoles con su correspondiente terminología:

"[...] habrá que pensar en la existencia de dos tipos de dialectos: unos de carácter arcaico (leonés, aragonés), otros de carácter innovador (hablas meridionales, español de América). No se me ocultan las imperfecciones de la terminología, pero creo que, en esencia, los dos dialectos del Norte son de tipo arcaizante porque la justificación de sus modalidades

(*) Diccionario de fátos gramaticais, apud M. Alvar, op. cit., p. 51.

es anterior al momento en que el castellano se impuso como lengua nacional, mientras que los de carácter innovador se explican tan sólo como evoluciones del castellano. Si hacemos la gramática histórica del leonés o del aragonés llegaremos al latín (y eventualmente al celta o al ibero); si trazamos la del murciano o la del canario, descubrimos el castellano. Queda aparte el judeo-español: tiene toda una serie de rasgos de los dialectos innovadores (seseo, yeísmo, pérdida de s final), mientras que posee, también, gran cantidad de elementos arcaicos. Y es que se trata, antes que nada, de una etapa fósil del castellano, sobre la que han -o no- actuado diversos factores internos y, en menor medida, externos"(*).

La clasificación es útil, sobre todo desde un punto de vista pedagógico. Por lo demás, la distinción de dos tipos de dialecto es uno de los postulados de nuestro propio trabajo, por lo que -hemos de reconocer- esta doctrina de Alvar referida al ámbito dialectológico hispánico se ha tenido en cuenta aquí de forma muy especial, como marco implícito de referencia.

5.5.2.

Pero es la tercera parte del artículo la que ahora importa subrayar, pues en ella acomete el autor la tarea de definir explícitamente algunos de los conceptos básicos de la dialectología: lengua, dialecto, habla regional y habla local. El procedimiento que utiliza para ello Alvar recuerda algo al que hemos comentado de Cazacu: diseño de una especie de matriz de rasgos que oponen, de un modo general, la lengua al resto de las formaciones. Así:

(*) P. 55.

"LENGUA es, en la acepción que aquí nos ocupa, el 'sistema lingüístico del que se vale una comunidad hablante y que se caracteriza por estar fuertemente diferenciado, por poseer un alto grado de nivelación, por ser vehículo de una importante tradición literaria y, en ocasiones, por haberse impuesto a sistemas lingüísticos de su mismo origen' (*)".

Acabamos de decir que propone Alvar una oposición genérica, por la que quedarían enfrentados 'lengua', por un lado, y los demás conceptos, por otro; es decir: 'lengua / dialecto, habla regional, habla local'. Estos últimos poseen en común los rasgos anteriores en su grado negativo, y se diferencian según un parámetro "cuantitativo", por llamarlo de algún modo:

"DIALECTO es, de acuerdo con lo que hemos dicho, 'un sistema de signos desgajado de una lengua común, viva o desaparecida; normalmente, con una concreta limitación geográfica, pero sin una fuerte diferenciación frente a otros de origen común'. De modo secundario, pueden llamarse dialectos 'las estructuras lingüísticas, simultáneas a otra, que no alcanzan la categoría de lengua [...]

"HABLAS REGIONALES serán, de acuerdo con todo lo expuesto, 'las peculiaridades expresivas propias de una región determinada, cuando carezcan de la coherencia que tenga el dialecto' [...].

"Por último, en este proceso de minimización dialectal, las HABLAS LOCALES son 'estructuras lingüísticas de rasgos poco diferenciados, pero con matices característicos dentro de la estructura regional a la que pertenecen y cuyos usos están limitados a pequeñas circunscripciones geográficas, normalmente con carácter administrativo (municipio, parroquia, valle)' (**).

Aparte de las definiciones mismas, el resto del trabajo lo dedica Alvar a analizar cada uno de los caracteres que

(*) P. 55.

(**) La definición de dialecto aparece en la p. 57; las otras dos restantes, en la 60.

las componen. Vamos a detenernos en algunos de ellos, concretamente en los que configuran el concepto de lengua. Retengamos primeramente un principio que afecta a toda la caracterización y que el autor señala:

"La enumeración de condiciones se ha hecho siguiendo un orden de valor: la fuerte diferenciación es un factor decisivo. Sólo así se explica, por ejemplo, la situación del sardo o del rético dentro de las lenguas romances, o la pretensión de convertir el gascón en una nueva lengua neolatina"(*).

Tenemos, pues, lo que hemos llamado una matriz de rasgos, y estos aparecen enumerados en orden de mayor a menor importancia. Implícitamente se nos dice, además, que no todos esos rasgos estarán presentes en las formaciones lingüísticas consideradas (esta idea no aparece aquí, ciertamente, pero se confirma más adelante, con el examen que el autor lleva a cabo de cada uno de los rasgos). En la cita se incluye, asimismo, la explicación de la primera de las condiciones: la fuerte diferenciación.

'Fuerte diferenciación' no es otra cosa que el criterio manejado por Polák para delimitar los conceptos de lengua y dialecto, y el que, a ese mismo fin, aduce Cazacu como criterio propiamente lingüístico. Añadamos que la inteligibilidad mutua, segundo de los factores propuestos por este, no es sino una consecuencia del menor o mayor grado de diferenciación. Así, pues, la dificultad que se nos ocurre para "admitir" sin reservas este criterio de Alvar es la que se deriva de su condición de magnitud no discreta: ¿qué grado de diferenciación es preciso para hablar de lengua o de dialecto?; fuerte para la primera, débil para el segundo... pero, ¿en qué medida? Bien sabemos que la respuesta es difícil.

(*) Pp. 55-56.

El criterio de la diferenciación acusada suscita, además, otro problema de no menor complejidad, que se manifiesta en cuanto se trata de fijar los términos de la comparación. Así, por ejemplo, castellano y rético (25) —al que se alude expresamente en la definición— no se comparan con formaciones lingüísticas del mismo nivel, porque ellos mismos constituyen —o pueden constituir— formaciones de nivel diferente: mientras que el rético se opone, por ejemplo, al grupo galo-italico, el castellano puede oponerse, tanto a sus propios dialectos (en cuyo caso las diferencias no serán fuertes), como a otras lenguas o grupos lingüísticos románicos. No por ello se niega la condición de "lengua" a uno u otro "idioma": ambos lo son, pero en distinto sentido (26).

A este criterio se añade, como hemos visto, el del "alto grado de nivelación", que viene a coincidir con la uniformidad de la koiné, característica ya comentada al exponer la teoría de los tipos lingüísticos de J. Fourquet. Al proponer este criterio, en unión del anterior, trata Alvar de componer un amplio marco en el que se incluyan las formaciones lingüísticas de distinto cuño que pasan de ordinario por la consideración de lenguas. Se trata también de un criterio relativo —gradual—, con todo lo que ello implica, y el autor le atribuye importancia secundaria, de modo que las formaciones que no lo cumplen a entera satisfacción no quedan necesariamente excluidas de la categoría 'lengua':

"El hecho de que las hablas réticas o el rumano no tengan la cohesión del francés o el español, no puede servir de argumento. En ambos casos se cumplen otros de los rasgos de mi definición y, de cualquier modo, el rético o el rumano tienen la coherencia necesaria para constituir sendas unidades lingüísticas" (*).

(*) P. 56.

Los otros dos criterios son propiamente extralingüísticos: la existencia de una "importante tradición literaria" -acaso ampliable en el sentido que le da Cazacu- y el hecho de "haberse impuesto a sistemas lingüísticos de su mismo origen", que traduce el concepto de lengua nacional -que en la práctica tiende a confundirse con el de lengua oficial-. Aunque separables, ambos criterios guardan estrecha relación y no parecen plantear excesivos problemas de orden estrictamente teórico.

El resto del trabajo consiste en sendas explicaciones y precisiones de los conceptos de dialecto, habla regional y habla local. No vamos a entrar en ellas para no alargar excesivamente este comentario y por entender que, en cierto modo, se desprenden de la caracterización de 'lengua' (27). En resumen, cifándonos, pues, a este aspecto, y más concretamente a los dos primeros caracteres, puede decirse que el trabajo de Alvar está en la línea del de Cazacu, en el sentido de que ambos elaboran una matriz de rasgos con los que delimitar los conceptos objeto de examen. En el caso de Alvar, la inclusión de la 'cohesión interna' al lado de la 'diferenciación fuerte' supone un ambicioso intento de abarcar, de modo explícito, formaciones lingüísticas de naturaleza diversa pero que admiten el mismo nombre de lengua. Entendemos su razonamiento, pero aquí vamos a proponer más adelante una solución, si no sustancialmente distinta, sí enfocada bajo otro ángulo de mira.

5.6. Einar Haugen

Como hemos podido comprobar, no existe una definición unívoca ni sencilla de 'lengua' y 'dialecto'. Las soluciones más realistas pasan por el trazado de una matriz de rasgos que no todas las formaciones lingüísticas cumplen (o incumplen) en igual medida. Poco puede decirse que sirva para todo aquello que de hecho se considera lengua o dialecto; pocas cosas que satisfagan todos los usos de uno y otro término. Sin embargo, se hace preciso buscar un rasgo general que, como punto de partida, sitúe en un marco apropiado cada uno de los elementos de la relación, y aun la relación misma, para ir después particularizando y haciendo las matizaciones oportunas. Ese rasgo genérico, ese marco formal previo, bien puede ser el que apunta Einar Haugen en su artículo "Dialect, Language, Nation"(*):

"Since this historical process can be indefinitely repeated (28), the two terms are cyclically applicable, with "language" always the superordinate and "dialect" the subordinate term. This is also clear from the kind of formal structures into which they can be placed: "X is a dialect of language Y," or "Y has the dialects X and Z" (never, for example, *"Y is a language of dialect X"). "Language" as the superordinate term can be used without reference to dialects, but "dialect" is meaningless unless it is implied that there are other dialects and a language to they can be said to "belong". Hence every dialect is a language, but not every language is a dialect"(**).

Admirable justeza y sencillez: lengua y dialecto constituyen una relación en la que siempre la primera es el elemento

(*) American Anthropologist 68, Nº 6, 1966; recogido en E. Haugen, The Ecology of Language (ed. Anwar S. Dil), pp. 237-254, que es por donde citamos.

(**) P. 239.

superordinado, y el segundo el subordinado. Y ello en todas las situaciones en que se concretice dicha razón. Creemos que pocos caracteres como este, en cuanto a univocidad y generalidad, pueden formularse a propósito del binomio lengua-dialecto. Apenas un principio formal, no supone, desde luego, la solución de los problemas sustantivos que el binomio entraña, pero sí un firme anclaje teórico con que poder enfrentarse a ellos.

Otra de las aportaciones del trabajo que comentamos es el minucioso análisis terminológico que en él se lleva a cabo, lo cual representa, sin duda, una necesaria vía de aproximación a la "cuestión diferencial". Lengua, dialecto, patois, koiné, entre otros, son examinados con detalle, acudiendo a la historia cuando esta proporciona datos de interés sobre el sentido actual de los mismos y atendiendo -claro- a los diversos matices significativos que pueden poseer, así como a su traducción a distintas lenguas, con los usos especiales que de ella se suelen derivar.

Pasando ya al capítulo de aspectos más sustanciales, entrando ya en la materia del trabajo, cabe destacar la distinción que hace Haugen entre dos claros órdenes en que se sitúa habitualmente la discusión 'lengua-dialecto':

"One of these is structural, that is descriptive of the language itself; the other is functional, that is, descriptive of its social uses in communication" (*)

La dimensión estructural proporciona la base para la delimitación de las realidades que son objeto de examen. Atiende fundamentalmente al parentesco entre ellas

"In the structural use of 'language' and 'dialect', the overriding consideration is genetic relationship.

(*) P. 242.

If a linguist says that Ntongo has five dialects, he means that there are five identifiably different speech-forms that have enough demonstrable cognates to make it certain that they have all developed from one earlier speech-form. He may also be referring to the fact that these are mutually understandable, or at least that each dialect is understandable to its immediate neighbors"(*).

El 'parentesco-parecido' lleva, como se ve, al criterio de la intercomprensión, del que se dice, una vez más, que no es un criterio seguro para la finalidad perseguida:

"Between total intercomprehension and total comprehension there is a large twilight zone of partial comprehension in which something occurs that we may call 'semicommunication'"(**).

El orden funcional se refiere sobre todo a los usos que hacen los hablantes de las formaciones lingüísticas en cuestión, e implica, asimismo, criterios como 'prestigio', 'lealtad lingüística', etc.:

"In the functional use of 'language' and 'dialect', the overriding consideration is the uses of the speakers make of the codes they master [...]. The sociolinguist may also be referring to the fact that the 'language' is more prestigious than the 'dialect'. Because of its wider functions it is likely to be embraced with a reverence, a language loyalty, that the dialects do not enjoy"(***)).

Como puede verse, apenas hay nada nuevo, respecto a los autores antes estudiados, en la concepción de Haugen sobre 'lengua-dialecto': la distinción principal entre el orden estructural y funcional ya ha sido hecha con otros términos. No-

(*) Pp. 242-243.

(**) P. 243.

(***) P. 243.

vedoso en relación a los autores anteriores puede ser la referencia al concepto weinreichiano de lealtad lingüística. A destacar, desde luego, la caracterización formal del principio sobre la relación que mantienen los elementos del binomio. Sin embargo, lo más significativo del trabajo de Haugen son las páginas (numerosas) que dedica al acceso de un vernacular (dialecto, lengua "subdesarrollada") a "lengua" (estándar). Dominio casi exclusivo de la sociolingüística(29), a esta parte del artículo de Haugen aludiremos en su momento, al ocuparnos de la lengua estándar (véase 6.3.2.).

Notas

(1) Recientemente ha sido publicado el artículo de Coseriu "Los conceptos de 'dialecto', 'nivel' y 'estilo de lengua' y el sentido propio de la dialectología", Lingüística Española Actual, III/1 (1981), pp. 1-32, cuando no nos es posible incluirlo como materia del presente capítulo -lo que sin duda alguna merece y hubiera sido de desear- y solo podemos hacernos eco de su aparición. La ausencia es tanto más significativa en razón de la temática -coincidente en una parte importante con la nuestra (una rápida lectura del artículo nos sugiere, además, ciertos planteamientos comunes)- y del autor -cuyas doctrinas han sido firme base de este trabajo.

(2) El autor nos indica que "this paper was read at Harvard University on March 12, 1953 in the series of 'Lectures in Memory of Professor Amado Alonso'".

(3) En el fondo, Martinet parece rechazar una supuesta separación entre la lingüística (descriptiva) y la dialectología, tesis con la que estamos de acuerdo si se entienden una y otra disciplina, respectivamente, como la descripción de las lenguas y la de los dialectos.

(4) El concepto de dialecto escapa a definiciones simplistas; no se puede pretender "encerrarlo" en unas pocas páginas. No es esto, pues, lo que "echamos de menos". Son cosas distintas el que algo aparezca completo y el que esté explícitamente formulado. A esto es a lo que aquí nos referimos.

(5) En este sentido, cabe también el recurso de oponer dialectos españoles a dialectos del español, incluyendo dentro de la primera categoría el leonés y el extremeño, y este último dentro de la segunda. Como dice Berutto, refiriéndose al milanés:

"En efecto [...], ciertamente no puede decirse que los dialectos italianos sean variedades habladas del italiano: "dialectos italianos" quiere decir 'dialectos hablados en Italia' y no 'dialectos del italiano'" (op. cit., pp. 92-93).

(6) Pero E. Haugen, comentando no este artículo sino Elementos de lingüística general, rechaza semejante interpretación:

"Nor is it common to speak of 'British dialect' in reference to cultivated English speech, and Americans are generally resentful of being told they speak

'American dialect' when reference is had to the speech of educated people. Martinet is therefore beside the mark when he writes that in America 'the term denotes every local form of English but without any suggestion that a more acceptable form of the language exists distinct from the dialects' ("Dialect, Language, Nation", The Ecology of Language, p. 240).

- (7) "[...] we distinguish between dialects that are [...] fully legitimates representatives of the language and opposed to it only as parts to a whole [...]" (p.6; el subrayado es nuestro).

Aquí, sin embargo, surge un problema al que alude Martinet pero no le da respuesta clara: ¿se trata de la "lengua" americana?

- (8) 'Lengua estándar' y 'koiné' son nociones que da por definidas Martinet y que considera, si no idénticas, sí muy próximas la una de la otra.

- (9) "Linguistic evolution, as de Saussure pointed out long ago, is largely regulated by the speakers' conflicting tendencies toward isolationism and toward expansion of communication. The former beget divergence, the latter convergence" (p. 11).

- (10) Como bien indica el subtítulo del trabajo, la finalidad concreta que persigue Cazacu es la caracterización de los "idiomes romans parlés au Sud du Danube", acerca de los cuales concluye el autor que constituyen "un exemple de 'dialects du type divergent'; à cause d'un ensemble complexe de circonstances, ils n'ont pas réussi à devenir des langues indépendantes capables de répondre aux nécessités intellectuelles de la vie moderne [...]" (p. 29).

- (11) Ciertamente, no pretendemos criticar de nuevo el razonamiento de Polák, sino, más bien, una interpretación poco matizada del mismo. En efecto, este autor no se preocupa directamente de elaborar una teoría acorde con los usos tradicionales de lengua y dialecto (todo lo contrario, de hecho). Su 'lengua' es distinta de la noción en que está pensando Cazacu, y se aproxima más a la de 'ámbito lingüístico', que aquí, ocasionalmente, hemos manejado.

- (12) Hay en la cita una crítica, más que a la simplificación que supone el empleo únicamente de criterios lingüísticos, al

empleo mismo, por cuanto puede dar lugar a conclusiones "paradójicas". Claro que lo que parece entender Cazacu por paradójico en este caso es que una lengua sea en realidad un dialecto. Aparente contradicción si lengua y dialecto se sitúan en el mismo nivel de discurso, o si se pretende designar con esos términos dos esencialidades diferentes. Pero la contradicción desaparece con una lectura de la afirmación de Polák más ajustada a su verdadero sentido, y que podría ser de la siguiente manera: algunas de las que tradicionalmente se consideran lenguas -por ejemplo, el caso de las lenguas eslavas-, desde un punto de vista científico (lingüístico), habrán de ser consideradas más bien como dialectos. Al hablar de "paradoja", si no entiende esta como 'aparente paradoja', Cazacu denota una actitud casi torpemente metafísica.

(13) Sobre la afirmación anterior de que las cosas se resuelven y a la vez se complican, diremos que se resuelven algo en el sentido de que un cierto grado de inteligibilidad podría determinar la pertenencia a un mismo dialecto, y otro grado distinto (desde luego, menor) determinaría la pertenencia a un dominio más amplio (¿lengua?). Se complican, en cambio, entre otras cosas, porque no resultaría fácil a priori establecer tales grados.

(14) Conciencia es para Cazacu una denominación que sintetiza dos nociones distintas: el sentimiento de pertenecer a una comunidad lingüística determinada y la voluntad de seguir perteneciendo a ella; o, más exactamente, en palabras del autor:

"Il s'agit du s e n t i m e n t qui fait que les sujets voient dans l'idiome qu'ils parlent une langue différente et de la v o l o n t é qu'ils manifestent de considérer leur idiome comme une langue différente des autres [...]. Encore que "sentiment" et volonté soient des notions distinctes, pour simplifier, nous pouvons dire en bref, qu'il s'agit de la "conscience" des sujets qui parlent une certaine langue"(p. 23).

(15) La moderna sociolingüística así lo reconoce. 'Conciencia' y 'lealtad lingüística' (en la acepción weinreichiana) están muy próximas entre sí. En general, la 'conciencia' es una categoría fundamental de la "sociolingüística de las actitudes" (Fishman).

(16) Ahora bien, cabe preguntarse si este "registro literario" no es en realidad un dialecto suprarregional, del que disponen todos los "dialectos" que conforman la entidad que llamamos lengua. Una respuesta afirmativa a esta pregunta supone situarse

en distinta perspectiva con que enfocar la relación lengua-dialecto de la que, concretamente en este punto, se sitúa Cazacu.

(17) Así, el autor puede extraer sus conclusiones acerca del carácter de las hablas rumanas del sur del Danubio:

"C'est pourquoi les idiomes susmentionnés n'ont pas formé de langues différentes; au contraire, sous l'influence des langues avoisinantes, ils sont en voie de disparition, en tant que dialectes" (p. 27).

(18) Y en este sentido hablamos de imagen, de ilustración algo impresionista.

(19) Si Polák aplica su doctrina principalmente a las lenguas eslavas y Cazacu hace lo propio para los dialectos rumanos del sur del Danubio, J. Fourquet da una descripción general, desde un punto de vista lingüístico, del Occidente europeo continental -insistiendo algo más en el área germánica-; mediante esa descripción ilustra las nociones que dan título a su trabajo.

(20) La casilla correspondiente a la lengua local de actividades superiores está vacía, pues como dice Fourquet:

"S'il n'en résulte pas quatre types, mais trois seulement, c'est que les activités de culture dépassent par nature le cadre d'une petite communauté indifférenciée, et ne peuvent être associées qu'à une élite supralocale".

Y añade a continuación, refiriéndose al carácter relativo del cuadro:

"Cette classification n'a qu'une valeur relative, car il y a des degrés intermédiaires et des ponts d'un type à l'autre" (p. 581).

(21) No es necesario señalar que lenguas de este tipo son las lenguas francas, los sabirs, los pidgins y, en cierta medida, los criollos. Esta materia, bastante bien estudiada y de la que existe una vasta bibliografía (en Le langage, sin ir más lejos, se le dedican dos capítulos, con referencias bibliográficas al final de cada uno), ocupa un lugar privilegiado dentro de la moderna sociolingüística. A pesar de su estrecha vinculación con lo que aquí estamos tratando, razones de delimitación del objeto de análisis nos han obligado a silenciarla por completo.

(22) Aparte de la que aquí vamos a comentar, pueden citarse "La dialectología", a la que más adelante nos referiremos, y una publicación reciente, "Lengua, dialecto y otras cuestiones conexas", donde aborda el problema desde un punto de vista más sociológico, complementario al de las anteriores.

(23) En realidad, al lado del diccionario de Marouzeau, y en lo que a 'dialecto' se refiere, cita Alvar el Diccionario de términos filológicos, de F. Lázaro, del que dice:

"En este punto, la valiosa -y utilísima- obra de Lázaro Carreter traduce la definición de Marouzeau" (p. 51).

Por nuestra parte, recogemos el primer enunciado de la definición que da Lázaro de dialecto:

"Modalidad adoptada por una lengua en un cierto territorio, dentro del cual está limitada por una serie de isoglosas"(p. 140, s. v. dialecto).

(24) De lo transcrito de ambas definiciones no se desprenden directamente los caracteres aludidos. El propio Alvar comenta más abajo, refiriéndose a la definición de Marouzeau:

"Entonces veríamos que la definición de Marouzeau incluye un concepto muy poco comprometedor ("forme prise par une langue"), que, si presupone una diacronía, no riñe con una posible sincronía actual"(p. 35).

(25) La situación actual del rético dista mucho de la que tuvo en épocas pasadas; a pesar de la revalorización que en los últimos tiempos han experimentado las hablas vernáculas y de que el romanche sea desde 1938 la cuarta lengua nacional de Suiza, las hablas réticas han ido perdiendo terreno bajo la presión de las lenguas colindantes. Hoy día -por más que una de sus variedades haya accedido al mencionado rango y haya habido, en consecuencia, intentos de unificación- sigue siendo más apropiado emplear la expresión hablas réticas.

(26) Queremos decir que, mientras que el rético ha de describirse como un diasistema, el castellano puede ser así considerado (castellano/leonés), o serlo como un sistema (castellano de Castilla) -naturalmente, no es lo mismo-. Se dice -y vamos a simplificar- que un hablante de Castilla habla la "lengua"; pero también puede sostenerse que lo que en realidad habla es un dialecto de otra lengua más abarcadora que la anterior.

(27) No es así exactamente, pues, de hecho, la propia definición de dialecto no se formula en los mismos términos (con carácter

negativo) que la de lengua, e incluye además apreciaciones de gran interés. Por otra parte, merecería la pena detenerse algo en la oposición interna de 'dialecto', 'habla regional' y 'habla local', que provisionalmente hemos tildado de "cuantitativa".

(28) Se refiere Haugen a lo que había escrito en el párrafo anterior:

"In a descriptive, synchronic sense "language" can refer either to a single linguistic norm, or to a group of related norms. In a historical, diachronic sense "language" can either be a common language on its way of dissolution, or a common language resulting from unification. A "dialect" is then any one of the related norms comprised under the general name "language", historically the result of either divergence of convergence" (p. 239).

(29) "Since the study of a linguistic structure is regarded by linguists as their central task, it remains for sociologists, or more specifically, sociolinguists, to devote themselves to the study of the functional problem."(p. 242).

CAPITULO VI.

EL DIALECTO GEOGRAFICO (II): HACIA LA DELIMITACION CONCEPTUAL DE 'DIALECTO'

El dialecto y la geografia.- La inteligibilidad mutua.- La lengua estándar.- La palabra dialecto y sus usos: lengua y dialecto.

En el capítulo precedente hemos examinado las posturas de diversos autores en torno al dialecto, concretadas en la relación que guarda con la lengua, fuente de abundantes polémicas, de una controversia lingüística -como reza el título de uno de los trabajos examinados- no resuelta por completo. Pero es que, en términos absolutos, es, por definición, irresoluble. Y ello por la sencilla razón de que está basada en un esencial relativismo, como lo prueba el hecho de que las "soluciones" apuntadas reúnan un conjunto heterogéneo de criterios, que solo en casos ideales se cumplen o incumplen totalmente, y la mayoría de los cuales se caracteriza por su "gradualidad". Podemos recordar al respecto unas palabras de Ch. F. Hockett:

"Una lengua, pues, es un conjunto de idiolectos más o menos similares. Un dialecto es exactamente lo mismo, con esta pequeña diferencia: cuando los dos términos se emplean juntos en una misma discusión debe suponerse que el grado de similitud entre los idiolectos de un mismo dialecto es mayor que entre

todos los idiolectos de la lengua [...]. La relativa imprecisión de los términos es una ventaja, no un inconveniente, ya que siempre es posible agregar tantos términos técnicos precisos como sea necesario, sobre la base de distintos criterios de similitud entre idiolectos"(*).

¿Cuestión puramente nominal? En el fondo sí. Pero estamos obligados a mostrar en qué medida; es decir, se hace preciso indagar sobre el fundamento de la convención, no precisamente unívoca. La relativa imprecisión terminológica a que alude Hockett puede ser una ventaja, pero también un grave inconveniente si no se aplica de manera coherente, si se hace sin medir en cada caso el valor de los términos o confundiendo la realidad con la convención. El "problema del dialecto" se "resuelve" -o, como diría Coseriu, se disuelve- planteándolo de forma correcta.

Las opiniones que se han recogido en el capítulo anterior -y otras muchas que allí hubieran podido figurar- ilustran, en sustancia, el concepto de dialecto, y más concretamente, las diferencias entre él y la lengua. En ese sentido, el problema está resuelto. Nuestra tarea inmediata, pues, no arrojará mayor luz al mismo, no aportará nada sustancialmente nuevo. Y, sin embargo, -creemos- falta aún lo más importante: la exacta definición de 'dialecto' (y, eventualmente, 'lengua') en tanto que unidad o categoría del análisis lingüístico. Ahí está el verdadero problema, que solo empezaremos a resolver -como ya se ha dicho- en la medida en que lo planteemos correctamente. Esto último va a ser el objetivo de las páginas que siguen.

(*) Curso de lingüística moderna, p. 320.

6.1. El dialecto y la geografía

Uno de los axiomas de este trabajo, a partir del cual hemos elaborado un modelo explicatorio de los hechos diferenciales, era la consideración del dialecto como lengua funcional. También ahora partiremos de esa idea. Otro de los puntos de arranque del análisis que vamos a emprender es la propia dimensión geográfica de 'dialecto': entre los diversos órdenes dialectales (social, estilístico, etc.), figura el determinado por el factor 'espacio'; la misma denominación se ha especializado para designar este uso, de manera que 'dialecto' y 'geografía' se hallan en estrecha relación. Por último, y también como punto de partida, vamos a constatar con Martinet una serie de hechos bien establecidos:

"1. Ninguna comunidad es lingüísticamente homogénea. Ni siquiera dos personas usan la misma lengua exactamente de la misma manera; la misma situación provocará distintas reacciones lingüísticas en distintos observadores; ni siquiera dos personas usarán o entenderán el mismo vocabulario; incluso los aspectos bien estructurados de la lengua como fonología y morfología pueden diferir, en cuestiones importantes, de una persona a otra sin menoscabar la comprensión mutua e incluso sin ser notados por los interlocutores.

"2. Muchas personas pertenecen a dos o a más de dos comunidades. Tal es, como se sabe, el caso bien conocido de tensiones bilingües como las de Bruselas, Alsacia o Sud-Africa. Mas esto ocurre en muchas situaciones donde tanto un idioma vernáculo como uno nacional o clásico se usan alternativamente por las mismas personas con diferentes interlocutores [...].

"3. Mucha gente usa indistintamente diferentes estilos de la misma lengua. Un francés puede usar en el lapso de un minuto dos equivalentes totalmente distintos de '¿vamos?': el culto partons-nous? y el vulgar on les met? [...].

"4. Mucha gente, que no usa más que un estilo o una lengua, entiende diferentes estilos o diferentes lenguas. Un conocimiento pasivo de idiomas y una comprensión auditiva de diferentes estilos, no usados activamente por el oyente, es bastante frecuente y debería desempeñar un papel en la apreciación correcta de situaciones lingüístico-sociales"(*).

En resumen, vamos a trabajar en lo sucesivo 1º) sobre la base de que, entre los diversos tipos de dialecto, existe uno (el dialecto propiamente dicho) que puede definirse como 'lengua funcional geográfica'; 2º) sobre la base asimismo de la existencia de hechos de "variedad" lingüística como los que constata Martinet en la amplia cita anterior (heterogeneidad de la comunidad lingüística, bilingüismo, complejidad interna del idioma -multisistematicidad- y asimetría de los dominios idiomáticos activo y pasivo).

6.1.1.

De acuerdo con las concepciones teóricas de Coseriu, que aquí más de una vez hemos suscrito, la lengua, en tanto que plano formal del lenguaje, comporta un proceso de abstracción que parte del concreto hecho de habla, único que tiene existencia inmediatamente perceptible. Esta forma de entender el concepto de lengua debe mucho a la noción de isoglosa -mejor, se identifica con la noción de isoglosa (sistema de isoglosas)-, que es uno de los principios de la geografía lingüística; como nos recuerda Coseriu en una cita que ya ha sido recogida anteriormente:

"En efecto, se debe en gran parte al método geográfico y a las discusiones e interpretaciones que éste

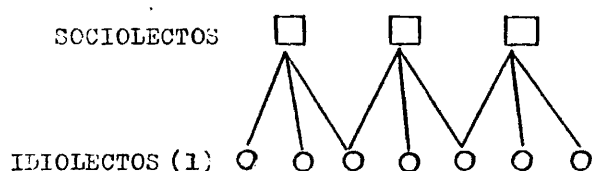
(*) El lenguaje desde un punto de vista funcional, pp. 144-145.

ha suscitado, el hecho de que la lengua pueda verse hoy, ya no como organismo autónomo con "vida" independiente de los hablantes, sino, idealmente, como "sistema de isoglosas" que se estructura sobre la base del hablar concreto e, históricamente, como unidad y continuidad de una tradición lingüística en una comunidad"(*).

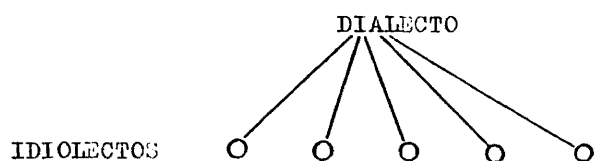
Es sabido que -siguiendo con la doctrina de Coseriu- el proceso de abstracción es doble: un primer grado, por el que se accede a la norma, y un segundo grado (con respecto al habla) que se corresponde con el sistema. Ambas nociones y sus posibilidades de aplicación a la lingüística diferencial han sido debatidas ampliamente en capítulos anteriores (véanse 1.1.2., 3.3.2. y 4.1.4.). En uno de esos lugares concluíamos que el idiolecto había de entenderse como norma individual, principio con el que ahora vamos a operar, pues partiremos explícitamente de la idea de idiolecto. Otra de nuestras bases operativas no requiere ya mayores explicaciones, ni apenas ser formulada: cuanto se acaba de decir respecto a la lengua conviene exactamente al dialecto; esto es, la noción de dialecto comporta, del mismo modo, un proceso abstractivo. Si 'dialecto' es, en primera instancia, 'lengua funcional', se reviste de los caracteres que definen a esta, fundamentalmente, el de constituir un sistema de isoglosas. Recordando, asimismo, otra de nuestras anteriores premisas, que el sociolecto está supereditado en principio al dialecto (geográfico), puede trazarse un esquema como el de la página siguiente, representación del proceso abstractivo que llamamos "de abajo arriba":

(*) "La geografía lingüística", ya cit., p. 67.

DIALECTO



Según esto, los distintos idiolectos constituyen diversos sociolectos que, a su vez, están comprendidos dentro de un dialecto geográfico. Este último se establece mediante el común denominador de los varios sociolectos que lo integran, los cuales comprenden series distintas de idiolectos, agrupados también según sus caracteres lingüísticos comunes. Hay que insistir en que se trata de una visión puramente teórica -y, sin duda, esquemática- de los hechos, que se ve sensiblemente modificada cuando se aplica a situaciones reales (en 2.3. hemos apuntado algunos de los problemas que se derivan de la consideración de la realidad concreta). Esta dimensión teórica en que nos movemos nos permite prescindir del sociolecto, lo cual se justifica en parte ante la exigencia de aislar (convencionalmente) nuestro objeto de análisis. El cuadro anterior quedaría, entonces, simplificado del modo siguiente:

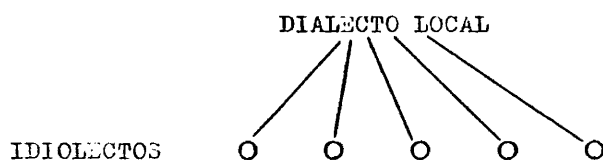


He aquí la esquematización del principio de la geografía lingüística a que aludíamos antes con Coseriu: el dialecto (o la lengua) como sistema de isoglosas. El dialecto se contempla como el código común de una serie de idiolectos que presentan entre sí, además, "unidad geográfica".

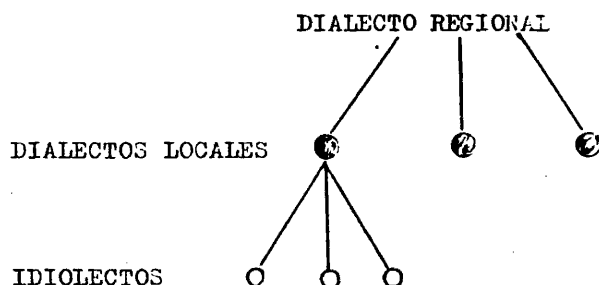
Ahora bien, la noción de unidad geográfica que acaba de ser incorporada a la definición del dialecto se nos antoja demasiado ambigua como para incluirse sin mayores precisiones. Si la "acción" diferencial del espacio puede equipararse a la del tiempo, que opera de manera gradual, ¿es lícito hablar de verdaderas unidades geográficas, esto es, cortes tajantes en un supuesto continuum espacial? Más arriba (2.2.4.) hemos anticipado algo de la respuesta: si en el eje diacrónico se aíslan convencionalmente diversos estadios -de extensión variable e indefinida-, para los que se supone un estatismo básico, en el eje diatópico puede actuarse de igual forma: por imperativos metodológicos se delimitan unidades geográficas que implican necesariamente cierto grado de homogeneidad interna y acusada diferenciación entre sí.

Pero sucede que no hay paralelismo estricto entre los órdenes temporal y espacial, que las cosas no ocurren exactamente igual entre uno y otro. Si nuestra experiencia del tiempo nos lleva a considerarlo como un verdadero continuum, en el eje espacial, al lado de variaciones continuas, se observan agrupaciones definidas de individuos (idiolectos) que constituyen pequeñas células, verdaderas unidades geográficas; es decir, los hablantes no se diseminan a lo largo del espacio en forma absolutamente gradual, sino que lo hacen en pequeñas concentraciones que se corresponden con la realidad socio-geográfica del municipio, de la localidad y, si se nos apura, incluso de la

aldea. De ello resulta la noción de dialecto local, que en rigor, debe reemplazar en los anteriores esquemas a la de dialecto:



Un importante capítulo dialectológico -bueno es recordarlo-, que cubre gran parte de la bibliografía especializada es el que, con el nombre de monografía dialectal, se ha venido ocupando -y se ocupa- de los dialectos locales. La necesidad de precisión, la búsqueda de una absoluta homogeneidad lingüística, llevó a muchos dialectólogos al estudio de las hablas locales. Aparte de que tampoco en ellas se encontró la pretendida homogeneidad, se ha criticado con razón el abuso de este procedimiento, y a la dialectología refugiada en el mero campo monográfico se la ha tachado de "atomística". Así, en efecto, pueden considerarse los estudios dialectológicos que hagan del dialecto local su único objetivo, el alfa y omega de sus preocupaciones. Y es que, por encima de este, existe al menos lo que puede denominarse dialecto regional (o territorial), unidad integradora de dialectos locales, que se establece tanto por imperativos descriptivos, como sobre la base de las afinidades reales entre sus elementos. Así, pues, dentro del propio ámbito geográfico, hay que postular la existencia de este tipo de dialecto, o lo que es lo mismo, la existencia de dialectos de dialectos:

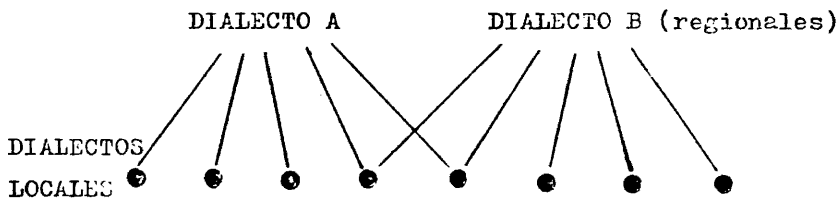


El esquema recoge un paso más de lo que hemos llamado proceso de abstracción "de abajo arriba". No hay que decir que el dialecto regional constituye la unidad dialectológica propiamente dicha, sin que ello signifique que la dialectología se limite al estudio por separado de cada uno de los dialectos de este tipo.

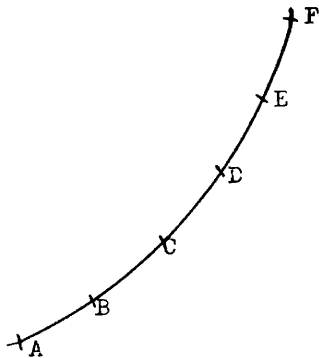
6.1.2.

En otro lugar hemos afirmado que el problema capital del dialecto (geográfico) estriba en su delimitación real, es decir, en las dificultades de aislar perfectamente los diversos dialectos entre sí (nos referimos a un problema "práctico", de la descripción dialectológica). Este ha sido uno de los caballos de la dialectología clásica: como se sabe, las dificultades aludidas -imposibilidad, por mejor decir- desembocó en la negación del propio dialecto -definitio nominis...-. Sin embargo, puede decirse que la solución de la controversia pasa por distinguir el problema de la existencia del dialecto y el de su delimitación: que esta no sea posible no implica necesariamente que no existan dialectos.

Sucede, ciertamente, que los dialectos regionales presentan interferencias entre sí. Esto significa que, dados, por ejemplo, dos dialectos regionales, algunos de los dialectos locales que comprenden en total se dejan clasificar tanto en uno como en otro:



Si suponemos un territorio en el que pudiera trazarse una línea que uniera algunas de sus localidades, observaríamos que las diferencias -lingüísticamente hablando- serían mínimas -apenas perceptibles- entre las localidades de inmediata proximidad, para ir aumentando a medida que se consideraran localidades más alejadas, hasta un máximo de diferenciación lingüística entre las situadas a uno y otro extremo de la línea. Sean A, B, C, D, E y F dichas localidades:



Las diferencias entre A y B serán muy pequeñas, lo mismo que entre cualquiera de los puntos inmediatos. Serán mayores entre A y C, mayores aún entre A y D, muy acusadas entre A y E, y máximas entre A y F. De estos dos, en virtud de su grado de diferenciación, diremos que pertenecen a dialectos regionales diferentes, a los cuales se adscribirán, asimismo, los subdialectos (dialectos locales) adyacentes (B y E). Pero, ¿a cuál de los dos dialectos regionales adscribir los locales de C y D, en el supuesto de que la diferenciación se efectuara en el sentido que ahora indicamos?:

	<u>A</u>	<u>B</u>	<u>C</u>	<u>D</u>	<u>E</u>	<u>F</u>
rasgo <u>a</u>	—	—	—	—		
rasgo <u>b</u>	—	—	—	—		
rasgo <u>c</u>	—	—	—			
rasgo <u>a'</u>					—	—
rasgo <u>b'</u>				—	—	—
rasgo <u>c'</u>			—	—	—	—

Supongamos seis rasgos lingüísticos (o aun seis formas) agrupados en pares opuestos (a-a'; b-b'; c-c'); la oposición global define dos dialectos regionales (dentro de los cuales habrá diferencias, incluso entre los elementos más próximos, que son teóricamente poco significativas). El cuadro muestra

con claridad la interpenetración de los dos dialectos en los puntos C y D, que coinciden entre sí y con A y B por el rasgo a, coinciden también entre sí pero con E y F por el rasgo c', y discrepan entre sí por los rasgos b-b' (b es compartido con A y B por C, mientras que D comparte b' con E y F). Bien, como se sabe, los rasgos con que hemos ejemplificado la situación precedente se llaman en lingüística isoglosas. Y un dialecto suele definirse como un "haz de isoglosas". Como resulta que no hay coincidencia absoluta entre los componentes del haz -la geografía lingüística así lo demuestra-, sobre todo si el número de isoglosas y de puntos observados es elevado, hay que concluir que no existen fronteras dialectales; o, recordando la vieja fórmula de Schuchardt, que los dialectos se encabalgan y entrecortan de tal modo, que es imposible fijar límites entre ellos. Y ya se ha dicho que este estado de cosas llevó incluso a la negación del propio dialecto.

Sin embargo, dentro de nuestra disciplina no se ha generalizado semejante criterio, que abocaría, en última instancia, a negar la posibilidad de descripción científica (sobre todo si está formulado en términos absolutos). Obviando las dificultades reales de su delimitación (2), separando esta última del hecho de su existencia, el dialecto constituye sin duda una unidad lingüística perfectamente operativa, para cuyo establecimiento se requiere: 1) un proceso de abstracción "de abajo arriba", según se ha explicado en el apartado anterior y 2) una suerte de abstracción "lateral", "de izquierda a derecha" o viceversa, que supera la imposibilidad real de una delimitación precisa, tal como acabamos de mostrar. Son imperativos descriptivos los que determinan, en ambos casos, semejante proceder.

Pero no son exclusivamente necesidades teórico-metodológicas las que nos llevan a hablar (o nos permiten hacerlo) en todos los casos de dialectos regionales. Prescindiendo por ahora de factores políticos o de civilización y atendiendo a condicionamientos puramente geográficos, resulta que tampoco el "espacio del dialecto regional" es un verdadero continuum: montañas, ríos, bosques, valles, llanuras, mares... componen un marco distinto del ideal con que venimos operando. Ello determina que los hechos lingüísticos no "se extiendan" por el espacio de manera uniforme, puramente "gradual", llegándose incluso, en ocasiones, a formar fronteras naturales entre los dialectos. El estudio de los factores mencionados -y otros que no lo han sido- y el análisis de su incidencia en la diferenciación lingüística, se hacen de absoluta necesidad si se quiere mostrar una imagen fiel de cómo esta se produce. Sin embargo, ello sólo puede llevarse a cabo ante situaciones concretas. De ahí que, en un trabajo como este de pretensiones teóricas, hayamos de limitarnos a reconocer su importancia, a señalar cómo la magnitud física o categoría filosófica 'espacio' no se identifica precisamente con la geografía real.

Sin embargo, ni siquiera esta geografía nos da la medida de lo que, lingüísticamente, se ha de entender por hechos diatópicos. Recordemos una cita anterior de Jespersen:

"Cuando hablo de dialectos como determinados por los hechos geográficos, no debe entenderse en un sentido demasiado físico. La causa más importante por la cual una lengua se divide en dialectos no es puramente física sino la necesidad de comunicación por cualesquiera razones"(*).

Pues bien, esa comunicación tiene lugar en el espacio, pero no está absolutamente predeterminada por unas supuestas

(*) Humanidad..., ya cit., p. 56.

leyes físicas o por ciertos condicionantes geográficos (u orográficos, si se quiere). Antes "prescindíamos" de factores políticos y de civilización, pero no porque pudieran de hecho desdarse, sino porque era imprescindible no mezclar planos de análisis. La oposición medio rural/medio urbano, la aparición de "epicentros lingüísticos", el comercio, la influencia de instituciones como la Iglesia o el ejército, los hechos de conquista y, desde luego, todo cuanto trae consigo el desarrollo de una lengua común o estándar son algunos de los factores -indiscriminadamente enumerados- que vienen a alterar por completo el panorama de ese mosaico dialectal continuo, sobre el que se imponen a modo de superestructura. Como dice Martinet:

"Observe that, once war and politics interfere, the grouping of dialects need not respect linguistic boundaries and remain confined to a genetically homogenous domain. In few places of this planet do we find a strict coincidence of political frontiers with the border lines between the vernaculars of different genetic types" (*).

Y nos hemos referido a factores que pudieran llamarse "tradicionales". ¿Qué decir de la revolución que, en lo tocante a medios o cauces comunicativos, se viene operando actualmente en la mayor parte de las sociedades? ¿Qué queda de esas primitivas áreas dialectales y aun de la misma dimensión geográfica del lenguaje?

(*) "Dialect", ya cit., pp. 10-11.

6. 2. La inteligibilidad mutua (Ch. F. Hockett)

A lo largo de todas estas páginas, pero muy especialmente desde que se ha hecho alusión explícita a la palabra dialecto, tratémosla de definir por oposición a términos colindantes -lengua, o concreto- más de una vez ha aparecido la noción de inteligibilidad mutua, sin casi proponérmoslo. Y es que, a poco que se indague en la relación lengua-dialecto u otros temas nucleares de lingüística diferencial, surge dicha noción, a modo de satélite de muchos de ellos, dentro del pequeño universo conceptual en que se integran. No tenemos más que volver, por ejemplo, al capítulo anterior para comprobar en qué medida esto es así. Se han examinado en él -recordemos- las posturas de diversos lingüistas en torno a la delimitación del dialecto, y en casi todas ha aparecido, de forma más o menos explícita, el criterio de la intercomprensión; en la mayoría de los casos, para otorgarle categoría de rasgo definidor de alguno de los términos objeto de análisis. Y, sin embargo, no ha dejado de quedar patente que no constituye un indicador firme para los fines perseguidos, pues, cuando se toma explícitamente en cuenta, 1º) se incorpora como un elemento más de una matriz de rasgos, válidos solo en su conjunto, y 2º) no sin hacer hincapié en el carácter sumamente "relativo" que posee. Entre los polos, pues, de su incierta condición -y dudosa utilidad científica- y la necesidad de no ignorarla, dada su presencia efectiva en los hechos diferenciales, discurre el análisis sobre la inteligibilidad mutua y el papel que desempeña en la descripción de esos hechos.

Por nuestra parte, poco nuevo añadiremos a lo que ya ha sido expuesto relativo a este polémico concepto; únicamente dejar constancia de cuál es el estado de la cuestión según lo

que hasta el momento se ha visto en estas páginas. Así, en términos absolutos, solo se puede afirmar que todos los idiolectos que constituyen un dialecto regional -o dialecto, simplemente- son mutuamente inteligibles; con otras palabras, la noción de dialecto supone un grado de inteligibilidad mutua "suficiente" entre los idiolectos -puede decirse también: dialectos locales o subdialectos- que comprende. Nos sentiríamos tentados a afirmar lo mismo de una "lengua", pero ello solo es válido en la medida que otorguemos a esta el sentido de 'lengua estándar'; queremos decir, por ejemplo, que no todos los dialectos italianos (aun sin contar los dialectos sardos) son "mutuamente inteligibles" (bien es verdad que no suelen ser considerados -ni nosotros tampoco lo hacemos- como una misma lengua; pero pongamos el caso de la "no inteligibilidad" de los dialectos francoprovenzales, pertenecientes a un mismo tronco lingüístico -y no a dos, por lo menos, como los dialectos italianos considerados-, aunque tampoco pueda hablarse sin más de lengua francoprovenzal). En resumen, la inteligibilidad mutua no aparece siempre dentro de todas las formaciones a las que se atribuye el término lengua. Por último, no se descarta cierto grado de comprensión recíproca entre individuos que emplean idiolectos de lenguas distintas.

Así las cosas, se nos va a permitir hacernos eco de una singular teoría sobre los hechos diferenciales, que tiene en la inteligibilidad mutua su principal eje. Se trata de la doctrina de Ch. F. Hockett, incorporada dentro de su conocido manual A Course in Modern Linguistics (*), no puede decirse que haya alcanzado toda la resonancia que mereciera, acaso por

(*) Traducido y adaptado al español con el título Curso de lingüística moderna, Buenos Aires, 1971; citaremos por esta edición española.

haberse considerado exponente -junto con las demás partes de la obra- de una tendencia lingüística "en vías de superación" durante los últimos tiempos. Es cierto que no descubre nada sustancialmente nuevo, pero su tono empírico, explicitud y original planteamiento de las cuestiones que trata, la hacen merecedora de elogio y la convierten en aportación decisiva al campo dialectológico o de los hechos diferenciales en general. Concretamente, arroja abundante luz sobre la noción de inteligibilidad mutua, que se ve, así, precisada al máximo: no creemos que se pueda sacar mayor partido científico de ella. Y esto es razón suficiente para dedicar el presente apartado a exponer la doctrina de Hockett, por más que no se deje aceptar sin ningún tipo de reservas, y en lo que a este trabajo respecta, no adoptemos sus conclusiones como premisa explícita de nuestro propio razonamiento. Dichas conclusiones, por otra parte, se extraerán por sí mismas, sin necesidad de que sean aquí subrayadas. Tómese, pues, lo que sigue, por un lado, a manera de inciso dentro de la marcha discursiva del trabajo, y por otro, como una amplia cita textual que ilustra bajo una peculiar perspectiva -articulada en torno al concepto de intercomprensión- algunos de los aspectos diferenciales que estamos tratando o que nos resta por tratar.

6.2.1.

El punto de arranque de Hockett es el idiolecto, o la "totalidad de los hábitos lingüísticos de una persona en una época dada" (*), y el parámetro de la inteligibilidad mutua:

"En este capítulo emplearemos sólo dos criterios que son, por así decirlo, externos, pues no requieren

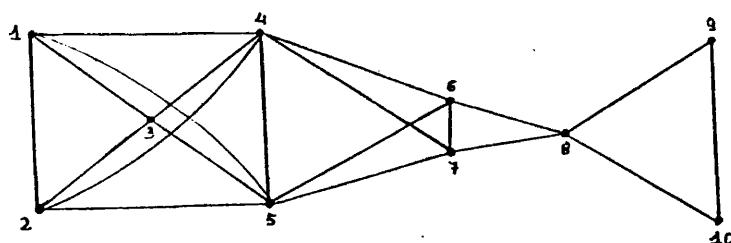
(*) P. 319. Véase además la discusión del concepto en estas mismas páginas (4.3.).

que el investigador sepa nada sobre el sistema de los idiolectos en cuestión. Ambos criterios proceden de una opinión muy generalizada sobre el lenguaje: el supuesto de que todas las personas que "hablan la misma lengua" se pueden entender entre sí, en tanto que, a la inversa, el hecho de que dos personas no se entiendan mutuamente significa que están hablando "lenguas distintas". Si bien los hechos no son tan simples, este supuesto es susceptible de modificación de modo de ofrecer bases más formales para la agrupación de idiolectos"(*).

A partir del idiolecto quedan definidos 'dialecto' y 'lengua', ambos como conjuntos de idiolectos más o menos similares. No existen, pues, diferencias entre una y otra categoría, salvo el hecho de que cuando los dos términos se emplean juntos, se supone mayor similitud entre los idiolectos del dialecto que entre los de la lengua (**). Ocurre, sin embargo, que Hockett no se interesa tanto en mostrar la correspondencia de los términos en uso con los hechos, cuanto en establecer nuevas categorías que respondan más satisfactoriamente a la realidad de esos hechos. Como los términos en cuestión, dado su empleo no exclusivamente científico, se prestan además a confusión, es preferible contar desde el principio con otros acuñados ad hoc, sin la carga connotativa de los anteriores. Surgen así microlengua y macrolengua, que no coinciden necesariamente con dialecto y lengua, entre otras cosas porque a estos últimos les falta la univocidad de aquellos. Con la ayuda de la figura de la página siguiente, pueden ilustrarse ambas categorías:

(*) P. 320.

(**) P. 320. Véase la cita al principio de 6.2.



• 11

Si consideramos un idiolecto junto con todos los que sean inteligibles (3) con él y entre sí, tendremos una microlengua. En la figura (*) hay cinco microlenguas: a) 1, 2, 3, 4, 5; b) 4, 5, 6, 7; c) 6, 7, 8; d) 8, 9, 10; e) 11 (4). Cuando dos idiolectos no son mutuamente inteligibles (por ejemplo, 1 y 10 de la figura), a veces es posible encontrar otro u otro que formen con los anteriores una cadena de inteligibilidad indirecta, a cuyos extremos se situarían estos: entre 1 y 10 existen varias cadenas posibles. De dos idiolectos mutuamente inteligibles o unidos por una de esas cadenas de inteligibilidad indirecta, se dice que están vinculados, y el conjunto de idiolectos vinculados constituye una macrolengua; dos son las macrolenguas que aparecen en la figura: A) 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y B) 11 (5).

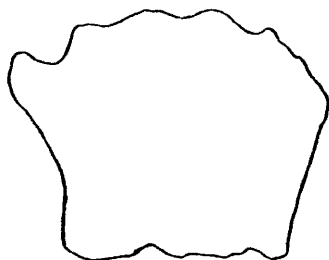
Acto seguido, ejemplifica estos conceptos con situaciones reales, contrastándolos al tiempo con los tradicionales de lengua y dialecto. Así, puede suceder que un conjunto de idiolectos considerado de ordinario como una lengua -y denominado de este modo- sea a la vez una microlengua y una macrolengua:

(*) Tomada de la obra que comentamos, p. 321.

son los casos, probablemente, de ciertas lenguas amerindias como el menónini, choctaw y otras habladas en época precolombina por tribus relativamente autónomas. Aquí coinciden la "lengua" tradicional, de una parte, y micro y macrolengua, de otra. Pero esta coincidencia no es demasiado frecuente, como tampoco lo es la de dialecto con microlengua y lengua con macrolengua. Lo que se entiende por "alemán" es, en realidad, menos que una macrolengua (en la que habría que incluir a idiolectos holandeses y flamencos), pero más que una microlengua (pues no todos los idiolectos de Alemania, Suiza y Austria son inteligibles entre sí); tampoco serían macrolenguas ni el "francés" ni el "italiano", sino que ambos formarían una macrolengua:

"El normando o el parisién no se entienden mutuamente con el romano o el siciliano, pero es posible encontrar cadenas que cruzan, de pueblo en pueblo, la frontera francoitaliana"(*).

La situación alemana puede representarse mediante la siguiente imagen:



(**)

En ella Hockett sitúa una vasta circunferencia central, que correspondería a la gran microlengua de los idiolectos mutuamente inteligibles entre sí, que son mayoría en rela-

(*) P. 322.

(**) Pp. 322-323.

ción a los no-inteligibles; las protuberancias laterales representan los tipos extremos minoritarios.

El caso del "francoitaliano" tendría, en cambio, esta otra representación:



(*)

Cada una de las dos mitades de esta especie de "pesa abollada" corresponde a las dos grandes microlenguas que pueden ser fácilmente aisladas; un estrecho pasillo constituye la conexión entre ambas.

A partir de estas nociones básicas, Hockett desarrolla otras de no menor interés. La articulación dialectal es una de ellas, y viene a ser algo así como el índice de inteligibilidad -o, también, variación interna- de una macrolengua. Para calcular ese índice es necesario conocer el número de pares de idiolectos, que se obtiene mediante la fórmula:

$$P = \frac{N(N-1)}{2}$$

donde P es la incógnita -número de pares- y N el número de idiolectos.

Si consideramos, por ejemplo, el caso representado más arriba, tendríamos:

(*) Loc. cit.

$$P = \frac{10(10 - 1)}{2} = 45. \text{ Hay 45 pares.}$$

El índice de articulación dialectal lo obtendremos a partir de la fórmula:

$$A = \frac{P - M}{P}$$

donde A es dicho índice, P el número de pares de idiolectos, y M el número de pares de idiolectos inteligibles entre sí.

En el caso anteriormente examinado:

$$A = \frac{45 - 20}{45} = 0,5.$$

Habría un índice de articulación medio.

Fijémonos en que los límites teóricos del índice son 0 y 1 (ahora bien, tanto el 1 como los valores próximos excluirían la condición de macrolengua del conjunto considerado; por tanto, no podrían darse si partimos precisamente de una macrolengua). Si M tiende a P, el índice de articulación dialectal tiende a 0. Será, pues, bajo, y habrá un alto grado de inteligibilidad mutua: la macrolengua tiende a confundirse con una microlengua. Si, por el contrario, M es alto (por supuesto, nunca superior a P; pero tampoco, como hemos visto, igual o muy próximo), será también alta la articulación dialectal y, por tanto, pequeño el índice de inteligibilidad mutua.

6.2.2.

Un paso más dentro del conjunto de esta teoría acerca de los hechos diferenciales suponen las categorías de núcleo común, sesquilingüismo y pauta general. Con ellas trata Hockett de dar respuesta a la pregunta: ¿qué correlación existe entre el grado de inteligibilidad de idiolectos y el de similitud de sus sistemas respectivos?

En general, una similitud grande entre dos idiolectos implica inteligibilidad mutua, sin que de ello se desprenda que la disminución de la similitud implique necesariamente una disminución proporcional de la inteligibilidad; es posible, incluso, que haya intercomprensión entre idiolectos con no demasiados puntos en común. Quienes tienen idiolectos virtualmente idénticos -o, si se prefiere, muy semejantes- pueden entenderse a pesar del ruido exterior (interferencias en el canal comunicativo). Recordando con Hockett nociones y principios de la teoría de la comunicación, pueden considerarse las divergencias en los sistemas de dos idiolectos como un tipo especial de ruido (interferencias en el código). Y dado que la señal lingüística emitida por el hablante contiene más datos de los necesarios (redundancia), es posible la comunicación entre dos hablantes a pesar del ruido (exterior o de interferencia en el código). De este modo, con tal que el ruido exterior sea mínimo, quedan compensadas las interferencias en el código, y dos idiolectos diferentes pueden llegar a entenderse.

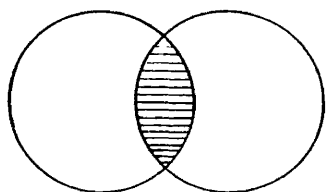
No obstante, hay otra razón, acaso más importante, de la comprensión mutua entre idiolectos que presentan entre sí acusadas diferencias. Se trata de lo que Hockett llama sesquilingüismo:

"Un dinamarqués que nunca hubiera escuchado noruego y un noruego que nunca hubiera oído danés tendrían

muchas dificultades para comunicarse. Entre danesmarqueses y noruegos cultos, sin embargo, la comunicación se establece sin impedimentos: cada uno habla la variedad de su lengua que le es propia, pero ha aprendido por experiencia a comprender la pauta lingüística de los otros. A este estado de cosas se lo puede llamar sesquilingüismo: monolingüismo productivo acompañado de bilingüismo receptivo"(*) y (t).

Aunque, según acabamos de ver, el sesquilingüismo supone "bilingüismo", la situación frecuentísima de que el dominio pasivo de un hablante sea más amplio que su dominio activo puede considerarse como un sesquilingüismo incipiente.

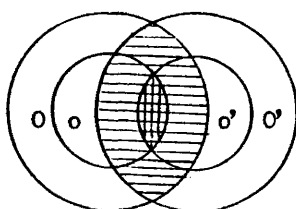
Para precisar esta noción se requieren otras, como la de núcleo común, que Hockett define como el conjunto de rasgos comunes de dos o más idiolectos; así, el núcleo común de los dos idiolectos de la siguiente figura será la intersección de los círculos que los representan:



Sucede -ya se ha dicho- que un hablante, con un determinado idiolecto productivo, puede entender cosas que él nunca diría. Un sencillo esquema de dos círculos concéntricos ilustra esa situación: el círculo interior corresponde al dominio activo -idiolecto propiamente dicho-; el exterior, al dominio pasivo. Según esto, se distinguen dos tipos de sesquilingüismo, representados a continuación (en ambos se suponen dos hablantes):

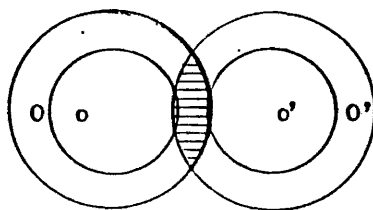
(*) P. 324.

1)



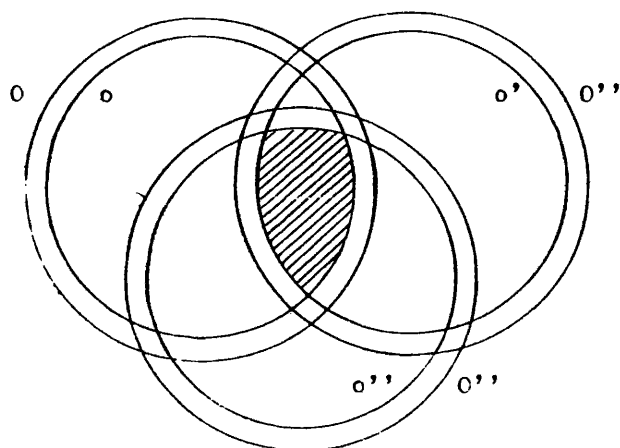
Si $\underline{o}, \underline{o}'$ son los idiolectos en cuestión y $\underline{O}, \underline{O}'$ sus correspondientes -y respectivos- dominios pasivos, la intersección de los círculos interiores ($\underline{o} \cap \underline{o}'$) corresponde a su núcleo común, y la intersección de los exteriores ($\underline{O} \cap \underline{O}'$) a su núcleo potencial de inteligibilidad.

2)



Aquí no hay intersección de idiolectos (núcleo común), pero sí la hay de dominios pasivos (núcleo potencial de inteligibilidad). Es el caso, por ejemplo, del francés que entiende pero no habla alemán, y del alemán que entiende francés pero sin poder hablarlo (7).

queda el concepto de pauta general, que se define como la suma de los repertorios, tanto activos como pasivos, de una serie de idiolectos con puntos en común. Viene a ser algo así como el marco potencial de comunicabilidad, dado que los idiolectos y los controles receptivos aumentan con la experiencia y aprendizaje de los individuos, en relación con el curso de los acontecimientos. En el esquema siguiente son tres los idiolectos considerados; presentan núcleo común (intersección de círculos interiores: $o \cap o' \cap o''$), núcleo potencial de inteligibilidad (intersección de círculos exteriores: $o \cap o' \cap o''$) y pauta general (unión de círculos exteriores: $o \cup o' \cup o''$):



(*)

(*) Este y los anteriores esquemas proceden de la obra que comentamos (pp. 329, 331 y 332).

Hasta aquí la exposición de las doctrinas de Hockett acerca de los hechos diferenciales, que han sido traídas a estas páginas, a modo de inciso, como ilustración del concepto de inteligibilidad mutua y su rendimiento científico. Decíamos al principio del apartado que no íbamos a extraer conclusiones; dejemos al propio Hockett pronunciarse en tal sentido:

"Ni la noción de núcleo común ni la de pauta general nos proporcionan -como tampoco lo hacía la de inteligibilidad mutua- un modo de determinar en forma bien precisa los límites entre lenguas distintas. Nos proporcionan, sí, otra manera de agrupar idiolectos en conjuntos de tipo lengua y -lo que es quizá más importante- nos enseñan que pueden ser igualmente válidas, a veces, formulaciones descriptivas que estén en aparente contradicción"(*).

En general, toda la teoría de Hockett supone una alternativa a la categorización tradicional de los hechos diferenciales. Una alternativa, sin duda, digna de tenerse en cuenta pero que solo implícitamente manejaremos en lo que nos resta de análisis.

6.3. La lengua estándar

"El mayor y más importante fenómeno de la evolución del lenguaje en los tiempos históricos ha sido el nacimiento de las grandes lenguas nacionales -griego, francés, español, inglés, alemán, etc.-, las lenguas 'standard' que han barrido o están barriendo los dialectos locales condicionados únicamente por factores geográficos. La tendencia a la división fue con-

(*) P. 333.

trarrrestada y surgieron formas lingüísticas tan independientes del lugar que las personas que las hablan no revelan por ellas cuál es su procedencia".
(*)

¿Lengua estándar, lengua nacional, lengua común, lengua general, lengua literaria, lengua de cultura, koiné, lengua oficial...?

Detrás de todas estas nomenclaturas, enumeradas en lista incompleta y desordenada, se esconde una serie de problemas, entre formales y de fondo, cuyo adecuado planteamiento requeriría páginas y páginas. A lo largo de este estudio se ha aludido, en repetidas ocasiones, al área conceptual designada por ese haz terminológico, y con premeditada ambigüedad nos hemos referido a ella empleando a la vez dos o más (y no siempre las mismas) de las expresiones citadas. Sin embargo, en todos los casos, hemos hablado de lengua estándar (8), y de ahora en adelante, nos proponemos adoptar la categoría con el término que la designa. Las precisiones (no por cierto exhaustivas) acerca del concepto 'lengua estándar' -y, en general, su explicación- constituirán el objeto de este nuevo apartado. Un breve comentario sobre la terminología será expuesto seguidamente, sin pretender con ello un riguroso análisis lingüístico-terminológico, sino tan solo dar cuenta de las razones de la elección.

En efecto, lengua estándar parece reunir, frente a las demás denominaciones, las mayores ventajas. En primer lugar, su extendido uso en la bibliografía especializada: de origen inglés, se ha ido difundiendo y generalizando por otros países, sobre todo, a raíz del auge de una floreciente y ubicua

(*) O. Jespersen, Humanidad..., ya cit., pp. 61-62.

sociolingüística (de indudable base angloamericana). Por lo demás, mantiene con los otros términos ciertas diferencias de matiz o de sentido, que lo hacen, a nuestro juicio, el más adecuado para la descripción científica. Así, comparándolo con lengua literaria o lengua de cultura, que implican una connotación peyorativa e inexacta de las formaciones lingüísticas opuestas ("no hay literatura dialectal", "los hablantes de dialecto o de lenguas exóticas carecen de cultura"), lengua estándar aparece desprovisto de ese tipo de valores, es término más neutro. Pero no tanto como lengua común o lengua general, pues introduce, al menos a nuestro entender, el sutil matiz de 'lengua modelo' (pero sin llegar a 'lengua modélica'). Es sabido que lengua oficial es término político y se refiere a las lenguas de uso obligatorio "a nivel" estatal o supraestatal (9). Lengua nacional presenta los mismos inconvenientes y dificultades para su delimitación que la palabra de la cual deriva. Y, por último, koiné, que parece el más próximo a lengua estándar, implica -creemos-, aunque sobre esto habría mucho que hablar, cierta heterogeneidad en su constitución.

Elucidadas estas cuestiones terminológicas y antes de pasar a examinar propiamente el concepto de lengua estándar, hay que advertir que nuestra tarea inmediata -el referido examen- va a estar basada casi exclusivamente en doctrinas ajenas. Dos son los motivos de este proceder: por un lado, estamos interesados solo indirectamente en el tema, en tanto que sirve para la delimitación del dialecto, nuestro principal objetivo; por otro lado, existen estudios muy valiosos sobre dicho tema desde diferentes perspectivas, de modo que apenas tendríamos nada que añadir, al menos poco de aportación personal. Pero, a diferencia del apartado anterior, serán varios, y no uno solo, los autores de cuyas teorías nos hagamos eco. De ellas resul-

tará una definición del concepto de lengua estándar, fundamental para los fines que perseguimos.

Una de las obras que vamos a manejar es Humanidad, nación e individuo desde el punto de vista lingüístico, del danés Otto Jespersen, que ya ha sido citada y de la cual hemos extraído un párrafo para introducir el presente apartado. El título es sumamente elocuente en relación con el contenido y la orientación de la obra: lengua y sociedad, o por mejor decir, sociedad desde una perspectiva lingüística. Con Jespersen penetramos en lo que puede llamarse "extralingüística", abandonando un poco los tecnicismos y, en cierto modo, la servidumbre formal que caracteriza nuestra disciplina. Pero es que no debe olvidarse que la lingüística se integra dentro de las ciencias humanas, pues estudia el hecho humano por excelencia, el lenguaje. Y sin negar la validez y utilidad de su elaboración científica, de vez en cuando resulta saludable mostrarlo en conexión con la realidad viva, devolviéndole su verdadero sentido. La materia que nos ocupa se presta particularmente a ello, pues no pueden explicarse cabalmente muchos de sus aspectos sin hacer referencia a los hechos sociales de toda índole en que tienen lugar, sin descender a la concreción de esos hechos. Y esto es lo que hace Jespersen. Acaso su visión pueda parecer, de un lado, "tradicional", y de otro, deshilvanada, poco sistemática y demasiado atenta a la curiosidad o al detalle. Es posible que sea así. Pero hay que pensar que su valor estriba en proporcionar unos datos -de manera an enciclopédica como sugerente- que exigen una teorización posterior. La sociolingüística, cuyo estatus fronterizo no ha dejado de señalarse -con el evidente riesgo de perder el equilibrio hacia alguna de las facetas que cubre-, se encargará de hacer esto último.

Así, pues, iniciamos un cambio de óptica, imprescindible para abordar la exposición sobre la lengua estándar. Ese nuevo tono, que puede considerarse heterodoxo, pero que nosotros preferimos llamarlo interdisciplinar, perdurará ya a lo largo de las páginas restantes -y no solo en las inmediatas-, donde se darán cita lingüística, sociología, psicología, historia..., y categorías como 'tradición', 'actitudes', 'prestigio', etc. saldrán constantemente a nuestro paso. Al principio, con la ayuda de Jespersen, expondremos los hechos tal como se producen, para luego dar entrada, con otros autores, a su elaboración teórica, a su interpretación más propiamente sociolingüística.

6.3.1.

De la citada obra de Jespersen, hay una parte dedicada específicamente al desarrollo de la lengua estándar: los capítulos III y IV, titulados ambos "Dialecto y lengua común nacional". Aunque la atención de Jespersen está centrada en esta última -no vamos a entrar en polémicas terminológicas-, el título indica claramente que su delimitación y caracterización exige enfrentarla con el dialecto y realidades afines. Es así como Jespersen inicia la exposición mostrando los hechos dialectales en dependencia de la geografía, lo que origina su más acusada nota: la "fragmentación" dialectal (10). A la vista de ello surge de inmediato la pregunta de si es esta la vía por la que discurre el lenguaje, el fin a que se ve inexorablemente abocado:

"En la vida del lenguaje nos parece observar dos tendencias opuestas, una hacia la división, la otra

hacia unidades cada vez más amplias. ¿Cuál es la más fuerte?>(*).

Se trata de la dialéctica entre unidad y variedad, uno de los leit-motiv que aparecen en todas las reflexiones sobre el dialecto, que aquí, sin embargo, no hemos querido abordar de forma explícita, pues nos habría llevado muy lejos de nuestros objetivos: a la futurología o, en el mejor de los casos, a la filosofía de la historia. Jespersen, por su parte, sale al paso de quienes piensan que "el proceso natural de la evolución tiende resueltamente a la división y resquebrajamiento de modo que de la unidad sale la variedad"(**). Uno de los datos que no suelen considerarse -según el lingüista danés- al hacer este tipo de afirmaciones es lo relativo a la población: admitamos que, grosso modo, se contabilizan más lenguas y dialectos en el presente que en el pasado; pues bien, en ese cálculo no se suele tener en cuenta que el número de hablantes en la actualidad es infinitamente superior al de épocas preteritas:

"Solamente el español (en España y América) es hablado actualmente por mucha más gente que el latín cuando el Imperio Romano gobernaba el mundo y lo mismo ocurre respecto al francés o al italiano. Esto patentiza -en todo caso sobre grandes regiones del globo- una marcada tendencia hacia una sola lengua hablada por una población mucho más numerosa que en cualquier tiempo anterior en toda la historia del mundo"(***)).

La más importante manifestación de la tendencia unitaria la representa el desarrollo de la lengua estándar, concepto este que Jespersen no llega a definir, sino de modo indirecto y en nota a pie de página:

(*) O. Jespersen, op. cit., p. 58.

(**) Ibidem, pp. 58-59.

(***) Ibidem, p. 61.

"En 1890 propuse definir el mejor danés diciendo que es el modo de hablar de aquellos cuya pronunciación no denota de qué parte de Dinamarca proceden"(*).

Es decir, la lengua estándar se caracteriza fundamentalmente porque con ella se superan las limitaciones espaciales. Es el rasgo 'supralocal' que pasa a primer plano, hasta el punto de hacer las veces de una definición. Ahora bien, semejante carácter -ya lo hemos dicho- implica comparación con las formas lingüísticas locales, con el habla condicionada por su ubicación espacial, con el dialecto, en suma. Concretamente, Jespersen está pensando en ese tipo de dialecto que surge a la par que la lengua estándar, que sufre la competencia de esta y que, actualmente -en bastantes casos-, se halla en trance de desaparición. Como dice Alvar:

"En primer lugar, no debe olvidarse un hecho básico: lo que llamamos lenguas literarias o lenguas de cultura -ninguna de las dos designaciones es de gran exactitud- no son en su origen otra cosa que modestos dialectos. Así el toscano, así el franciano, así el castellano [...]

"La diferencia entre lengua literaria y dialecto es, pues, un concepto histórico o, por mejor decir, derivado de la historia. Por razones distintas (políticas, sociales, geográficas, culturales), de varios dialectos surgidos al fragmentarse una lengua hay uno que se impone y que acaba por agostar el florecimiento de los otros. Mientras el primero se cultiva literariamente y es vehículo de obras de alto valor estético, hay otros que no llegan nunca a escribirse, y si lo son, quedan postergados en la modestia de su localismo. Mientras el primero sufre el cuidado y la vigilancia de una nación, los otros crecen agrestemente"(**).

(*) Ibidem, p. 62, nota 1.

(**) "La dialectología", Arbor, 299, 1970,

Ya veremos cómo no es este el único dialecto posible; pero, por ahora, interesa destacar de él los dos rasgos fundamentales que señala Alvar: 1) no hay diferencia sustancial -de estatus semiológico, puede decirse- entre este y la lengua estándar; procedentes de la misma cuna, la lengua estándar presenta mayor cohesión interna y es hablada -como lengua materna o como segunda lengua- por un número mucho más elevado de individuos; 2) el dialecto pierde terreno (tanto en el número de usuarios como en el de usos) ante el empuje de la lengua estándar, su prestigio y las ventajas prácticas que reporta.

¿Cómo y por qué se ha producido y se produce este último fenómeno? Jespersen enumera y explica "los factores que han gobernado la gran evolución nacional del lenguaje en los tiempos antiguos y en los más recientes y la relación de una lengua 'standard' con los dialectos locales"(*), es decir, los factores que determinan la extensión de una lengua estándar a costa de los dialectos. El hecho básico es que esta se adopta por necesidades "comunicativas": en cuanto un individuo hablante de dialecto amplía su horizonte vital -viaja, comercia, conoce nuevas gentes, lee...-, no tiene más remedio que aprender la lengua estándar, con el consiguiente abandono -si no por su parte, sí por la de sus hijos- del habla vernácula.

Aunque la lista es incompleta (no se consideran hechos que en la época en que fue escrita la obra no tenían la trascendencia actual) y no queden lo suficientemente deslindadas las categorías de causa, efecto, manifestación, etc. -ni precisada su relación-, pueden señalarse con Jespersen "factores" como la guerra; el servicio militar; los matrimonios entre forasteros; la abolición de ciertas instituciones sociales

(*) Op. cit., p. 62.

que vinculaban al individuo a su ámbito (por ejemplo, los siervos de la gleba medievales); la religión (pensemos en el carácter religioso de los juegos olímpicos en la antigua Grecia y su papel en la formación de la koiné; la literatura (Jespersen considera factor propiamente dicho la literatura oral: juglaresca, representaciones teatrales, etc.); las universidades; la formación de las grandes ciudades; el peso de la administración pública... Todos estos factores del desarrollo de la lengua estándar son examinados a lo largo de buena parte de los capítulos que Jespersen consagra a la materia (*).

En toda la exposición de este autor se deja entrever una característica de la lengua estándar que exige comentario. Así, cuando en su apunte de definición hablaba del "mejor danés" o cuando se refiere al hecho de que "los irlandeses, según dice Joyce, hablan por término medio mejor inglés [...] que la gente de la misma clase en la propia Inglaterra"(**), late la idea de que 'lengua estándar' y 'lengua modelo' se identifican o, al menos, están muy próximos entre sí. Pero tal identificación no es exacta. Ocurre que una lengua estándar genera un modelo o ideal de lengua, cosa que no sucede propiamente con el dialecto (que, como decía Alvar, "crece agrestemente"). Pero eso no significa que 'lengua modelo' y 'lengua estándar' sean lo mismo. Aquella es un nivel de esta, y, como tal nivel, -"lengua culta"- se opone tanto a los dialectos tradicionales como a los que -de diversa índole- se originan dentro de la lengua estándar (11). A este respecto, opina Robins:

"Un dialecto, o algunos grupos de dialectos muy semejantes entre sí que disfrutaban de un prestigio tal

(*) Ibidem, pp. 62-95.

(**) Ibidem, pp. 79-80.

como el de ser el habla de la gente culta de la capital del país, o de algún otro grupo social respetado, suele ser designado con el nombre de *lengua modelo*: "inglés modelo", "francés modelo", etc. Y la pronunciación característica de este tipo de inglés ha sido denominada received pronunciation ("pronunciación recibida") o "R. P.". El uso y consiguiente difusión de las "lenguas modelo" de dentro afuera y de arriba abajo de la esfera social, como si dijésemos, suele ser fomentado en los estados modernos por el empleo que se hace de ellas en diversos sentidos, tales como en las emisiones oficiales de radio y televisión, en la enseñanza de las escuelas, etc."(*).

Por último, señala Jespersen un doble aspecto de la lengua estándar que merece ser subrayado y sobre el que insistiremos más adelante. En primer lugar, puede detectarse en ella un proceso (más o menos acusado) de dialectalización:

"Pero la completa uniformidad nunca se ha alcanzado. Las circunstancias son demasiado complejas. Incluso personas con un total dominio de la lengua común nacional conservarán entre los mil detalles que constituyen una lengua alguna característica del dialecto local de su lugar de origen. Incluso algunas, a pesar de pertenecer a las clases cultas, sentirán un cierto orgullo en conservar huellas de su región natal y con una cierta coquetería pavonearán ante nosotros algunos de los rasgos salientes de su dialecto"(**).

Hay, como veremos, otras facetas de la dialectalización de la lengua estándar. En cuanto al segundo de los aspectos parciales, lo ilustra Jespersen de esta manera tan gráfica:

"Dentro de la esfera de la lengua 'standard' existe margen suficiente para grandes diferencias individuales; pensemos en personalidades acusadas de Sören

(*) R. H. Robins, Lingüística general, pp. 83-84.

(**) Op. cit., p. 98.

Kierkegaard y H. C. Andersen en Dinamarca o Tennyson y Browning en Inglaterra que escribían "la misma lengua" en la misma época y, sin embargo, ¡de qué modo tan diferente! Y hemos de observar que estas diferencias son acaso tan valiosas para la humanidad como las diferencias entre los dialectos de Devonshire y Yorkshire"(*).

Puede verse aquí, si bien Jespersen se refiere a los usos individuales, una alusión inconsciente a la versatilidad de la lengua, a su variación estilística. Variación estilística y dialectalización son, como se sabe, dos caras de un mismo rasgo, el de la variación interna del idioma, concretamente, de la lengua estándar.

6.3.2.

Una elaboración teórica más depurada, una formulación más precisa (que en ocasiones opera incluso con categorías cuantificables) se encuentra en ciertos estudiosos actuales que no dudaríamos en calificar de "sociolingüistas" (con todas las reservas que el apelativo suscita).

Uno de los trabajos pioneros sobre la lengua estándar dentro de esta corriente es el de Paul L. Garvin y Madeleine Mathiot, "La urbanización del idioma guaraní. Problema de lengua y cultura" (**). Como su título indica, los autores analizan la situación actual del guaraní en el Paraguay, y tratan de verificar la hipótesis de que allí "ahora hay en proceso de formación una lengua guaraní estándar como parte de una cultura

(*) Ibidem, pp. 103-104.

(**) El original inglés, "The Urbanization of the Guaraní Language: A Problem in Language and Culture", fue publicado en 1956. Aquí citaremos por su traducción española recogida en Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística, pp. 303-313.

bilingüe urbana"(*). Para ello establecen una serie de premisas teóricas, basadas a su vez en el funcionalismo praguense y en autores como U. Weinreich, que son las que, obviamente, interesa aquí destacar de manera especial.

Parten Garvin y Mathiot de la distinción entre las categorías antropológicas de lo folk y lo urbano, y atribuyen a cada una, según la sugerencia de Bohuslav Havránek, su correlato lingüístico: respectivamente, habla popular e idioma estándar:

"En consecuencia podemos considerar una lengua estándar como correlato lingüístico mayor de una cultura urbana y en este sentido técnico podemos considerar el grado de nivelación de un idioma como medida de la urbanización de la cultura de los hablantes.

"Al contrario, puesto que el habla folk se ha definido negativamente, la ausencia o un grado más bajo de nivelación se propone aquí como posible criterio para diagnosticar una cultura casi folk o completamente folk"(**).

Lo que podría denominarse "estilística praguense"(12) suministra el aparato teórico de Garvin y Mathiot, concretado en un triple eje con que definir la lengua estándar: 1) según sus propiedades; 2) según sus funciones; 3) según las actitudes de la comunidad hablante hacia ella. Los tres parámetros están de hecho interrelacionados, de modo que, por ejemplo, funciones como la "unificadora", "separatista" y la "de prestigio", por un lado, y actitudes como la "lealtad" y el "orgullo", por otro, se condicionan mutuamente.

Dos son las propiedades intrínsecas de una lengua estándar que distinguen los autores: estabilidad flexible e

(*) Op. cit., p. 305.

(**) Ibidem, pp. 303-304.

intelectualización. La primera es, según Mathesius, una propiedad ideal:

"para funcionar eficientemente una lengua estándar, debe tener cierta estabilidad, lo que se logra mediante una codificación apropiada; y al mismo tiempo ser lo suficientemente flexible en su codificación como para permitir modificación de acuerdo con el cambio de cultura"(*).

La intelectualización es una propiedad señalada por Havránek, para quien se define como la "adaptación al objetivo de hacer formulaciones precisas y rigurosas y si es necesario abstractas"(**). Este último propone una escala de intelectualización con tres niveles: simple inteligibilidad, precisión y exactitud, "a lo que corresponden respectivamente los dialectos funcionales siguientes: coloquial, técnico semi formal y científico"(***) y (13).

En cuanto a las funciones de una lengua estándar, se distinguen cuatro: función unificadora, función separatista, función de prestigio y función de marco de referencia. Las dos primeras son complementarias:

"Mientras que la función unificadora opone lengua estándar a dialectos, la función separatista opone una lengua estándar a otras lenguas como una entidad antes que como subdivisión de otra unidad mayor"(***)).

La posesión de una lengua estándar proporciona prestigio a sus hablantes, un prestigio tanto objetivo como subjetivo. Y por último, si no la lengua estándar, sí la codifica-

(*) Ibidem, p. 305.

(**) Ibidem, p. 306.

(***) Ibidem, p. 307.

(****) Ibidem, p. 308.

ción que ella requiere, se constituye en marco de referencia, patrón o modelo de habla, lo cual tiene mucho que ver con la función estética del lenguaje.

Lealtad lingüística (concepto definido por Weinreich), orgullo y conciencia de la norma son, en fin, las tres actitudes fundamentales que, derivadas de las propiedades y funciones de la lengua estándar, se perciben con claridad en quienes la hablan.

Hasta aquí, pues, la caracterización de este concepto debida a Garvin y Mathiot, quienes, con el propósito de analizar una situación concreta -el guaraní en medios urbanos paraguayos- han llevado a cabo una síntesis de teorías que sobre el tema habían elaborado ciertos lingüistas de la Escuela de Praga.

Otra es la corriente en que se instalan las doctrinas de Einar Haugen; una corriente, si se nos permite así expresarlo, más "sociolingüística" o con una mayor conciencia de este carácter. Sin embargo, aunque la perspectiva es distinta, no puede decirse que haya en Haugen elementos sustancialmente nuevos con relación a los que ya han sido expuestos. Consumado especialista en todo lo relativo a la estandarización, de este autor noruego-americano ya hemos examinado aquí su "Dialect, Language, Nation", artículo en que se propone, fundamentalmente, delimitar los conceptos de lengua y dialecto. Pero lo hace, en realidad, atendiendo sobre todo al primero de ellos, que recibe un tratamiento especial y bastante pormenorizado. Por eso mismo -y, naturalmente, por sus valores intrínsecos- cabe traerlo aquí, recogiendo algunas de las ideas más importantes que en él aparecen. En todo caso, es una simple muestra, entre otras muchas, del pensamiento de su autor.

En general, este trabajo de Haugen se caracteriza por un mayor grado de formalización de los hechos que rodean la lengua estándar, si lo comparamos con el de Garvin y Mathiot y, por supuesto, con el de Jespersen. Así, y aunque no es él quien lo propone, se hace eco de un procedimiento ideado por Ferguson para la medición de algunos de esos hechos:

"While making a survey of the world's standard languages, Ferguson proposed [...] to classify them along two dimensions: their degree of standardization (St. 0, 1, 2) and their utilization in writing (W 0, 1, 2, 3). Zero meant in each case no appreciable standardization or writing. St. 1 meant that a language was standardized in more than one mode, as is the case, for example, with Armenian, Greek, Serbo-Croatian, and Hindi-Urdu. He also included Norwegian, but it is at least arguable that we are here dealing with two languages. St. 2 he defined as a language having a 'single, widely accepted norm which is felt to be appropriate with only minor modifications or variations for all purposes for for which the language is used.' W 1 he applied to a language used for 'normal written purposes,' W 2 to one used for 'original research in physical sciences,' and W 3 to one used for 'translations and résumés of scientific work in other languages' (*)".

Al referirse al dialecto, Haugen hablaba de dos dimensiones -estructural y funcional- según las cuales podía definirse. Esas dos dimensiones, en el ámbito de la lengua estándar, constituyen, respectivamente, el problema de su codificación y el de su elaboración:

"The 'standardization' to which Ferguson refers applies primarily to developing the form of a language [...]. We shall call this the problem of codification. Ferguson's scale of 'utilization in writing' applies rather to the functions of a language. We

(*) "Dialect, Language, Nation", The Ecology of Language, ya cit., pp. 248-249.

shall call this the problem of elaboration [...]"
(*)

Y añade una consecuencia que debe ser especialmente resaltada:

"As the ideal goals of a standard language, codification may be defined as minimal variation in form, elaboration as maximal variation in function"(**).

El ideal teórico de una lengua estándar es, pues, un mínimo de variación formal y un máximo de posibilidades funcionales. Sin embargo, las lenguas naturales no se ajustan a esta pauta y, de hecho, la variedad de funciones acarrea una variación formal considerable, que en ciertas circunstancias, ocasiona la ruptura de la unidad lingüística (14). Estamos en el dominio de los "estilos", donde se produce una acusada interferencia entre forma y función. Ahora bien:

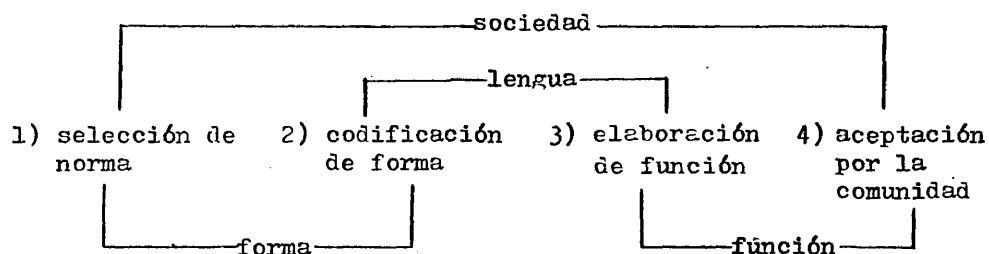
"These styles, which could be called 'functional dialects', provide wealth and diversity within a language and ensure that the stability or rigidity of the norm will have an element of elasticity as well. A complete language has its formal and informal styles, its regional accents, and its class or occupational jargons, which do not destroy its unity so long as they are clearly diversified in function and show a reasonable degree of solidarity with another"
(***).

Se han reseñado algunas ideas básicas expresadas por Haugen en el artículo que comentamos (especialmente importante y digna de ser retenida es esta última). Concluiremos con un cuadro que resume el contenido de dicho artículo:

(*) Ibidem, p. 250.

(**) Loc. cit.

(***) Ibidem, p. 250; el subrayado es nuestro.



(15)

Con la doctrina de Haugen, cerramos el apartado dedicado a la lengua estándar. El tema, desde luego, habría dado para más, pero creemos que así ya ha quedado suficientemente definido este concepto, al menos para las finalidades que perseguimos.

6.4. La palabra "dialecto" y sus usos: lengua y dialecto

Llegamos al punto final de este capítulo y de la obra, a un punto en que apretadamente debemos exponer nuestras propias opiniones acerca de lo que, en apariencia, ha sido nuestro norte: el dialecto, el dialecto geográfico. Y decimos "en apariencia" porque, ya con bastante anterioridad, ha quedado expuesto y analizado lo que, en realidad, constituía nuestro verdadero objetivo: la formalización de los hechos de lingüística diferencial, que resumen, por ejemplo, el cuadro de 4.1.5. y otros anteriores. Esta parte, pues, ha de considerarse como una aplicación de aquello.

Principal o secundario en el conjunto de la obra, el dialecto geográfico ha sido sin embargo, el objeto de estos últimos capítulos, y su definición la parte final de un silogismo con abundantes premisas. En buena lógica, nada nuevo queda en rigor por decir: todo está contenido en las bases del razonamiento. La tarea inmediata consiste, pues, en formular explícitamente lo que debe desprenderse de cuanto ya se ha tratado. Admitiendo que así sea, esa tarea dista, no obstante, de ser sencilla.

6.4.1.

Dialecto significa en este contexto -recordémoslo- 'dialecto geográfico'. Pues bien:

"Necesitaríamos, pues, un término como, digamos, 'dialecto₁', para referirnos a formas lingüísticas usadas por personas unilingües en su comunicación oral con cualquier otro miembro de la comunidad, incluso aquellos que usan cualquier otro dialecto₁. Así, la forma de hablar de la ciudad de Nueva York y la forma de hablar de Chicago serían en tal caso designadas dos dialectos₁ del inglés americano, puesto que un habitante de la primera ciudad no vacilaría en usar su propia forma de hablar al dirigirse a uno de la otra. Otro término, por ejemplo, 'dialecto₂', designaría formas lingüísticas usadas como vernáculos por personas bilingües en su comunicación con algunos miembros particulares de la comunidad, mientras que usan un dialecto₁ con los demás miembros; los usuarios de cualquier dialecto₂ son, en realidad, una comunidad más pequeña (provincial) dentro de la comunidad mayor (nacional)"(*).

Estamos básicamente de acuerdo con el contenido de este párrafo de Martinet, que en el fondo constituye la tesis

(*) A. Martinet, El lenguaje desde el punto de vista funcional, p. 149.

fundamental que aquí sustentamos. Sin embargo, queremos ir más lejos, matizar algo esta apreciación, de modo que refleje exactamente nuestro pensamiento.

Martinet habla de "dialecto₁" y "dialecto₂" como dando a entender que existen dos tipos de dialecto. Puede parecer una sutileza, pero lo que realmente opinamos es que no se trata de dos tipos de dialecto, sino de dos sentidos de la palabra dialecto; más aún, de dos realidades distintas que cubre un mismo término: consideramos teóricamente insuficiente la distinción 1 y 2 manteniendo la misma base. En la práctica no es necesario acuñar una nueva designación, con tal que se esté sobre aviso de la homonimia. Para simplificar, pues, hablaremos en lo sucesivo, de acuerdo con Martinet, de dialecto₁ y dialecto₂.

Una segunda precisión se requiere a nuestro juicio, la cual surge al cotejar la teoría con la praxis, estos dos dialectos teóricos y las formaciones lingüísticas reales que merecen este nombre (o a las que de ordinario se aplica). Más que dos categorías cerradas y excluyentes, concebimos uno y otro como los extremos de una línea en la que caben tipos intermedios y en donde pueden situarse las formaciones dialectales concretas. Esto último se ilustrará debidamente al final del capítulo.

Repetidas veces hemos definido el dialecto como lengua funcional en sentido geográfico. Es más, esta ha sido la única definición que se ha dado como válida y que, por supuesto, ahora mantenemos. Pues bien, el dialecto₁ es exactamente eso: lengua funcional geográfica. A esta primera acepción de la palabra dialecto asociamos de inmediato la vaga noción de variedad de lengua, que, en términos de Coseriu, se describe, bien como sistema dentro de un diasistema, bien como normaden-

tro de un sistema (en este segundo caso puede hablarse de "variedad de una variedad", de "dialecto de dialecto", o más simplemente, de subdialecto)(16). Como notas características subsidiarias, añadiríamos las de 'innovación lingüística', 'originalidad expresiva' cristalizadas en el seno de una comunidad dentro de otra mayor.

El segundo tipo de dialecto -para ser exactos, la segunda acepción de la palabra- se relaciona más bien con el concepto de lengua histórica: un dialecto₂ es una lengua histórica. Y se reviste, por tanto, de los caracteres que hemos atribuido a esta (véase 3.1.). Bueno será recordar con Coseriu en qué medida se oponen una y otra categoría de lengua:

"A la rigueur, il n'y a pas, à cet égard, de différence essentielle entre deux techniques du discours à l'intérieur d'une langue historique et deux langues historiques différentes. La différence est tout simplement de degré de diversité: à l'intérieur d'une langue historique, les différences sont moindres qu'entre cette même langue et une autre langue historique [...]"(*).

Una vez más las diferencias graduales, la línea continua, el "relativismo esencial", que tantas matizaciones requiere y tanta confusión puede originar. Habremos, pues, de precisar el sentido de lo que constituye nuestra propuesta básica: el dialecto₁ es lengua funcional; el dialecto₂, lengua histórica. Para ello juzgamos oportuno distinguir previamente tres niveles en que se enmarca la discusión en torno al dialecto: un nivel puramente teórico (dentro de él se ha establecido la primera de las oposiciones: dialecto₁/ dialecto₂); un segundo nivel, al que en ocasiones nos hemos referido con el

(*) "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire", ya cit., p. 35.

término extralingüístico (denominación demasiado genérica), que corresponde más o menos al lugar donde interfieren categorías de la ciencia lingüística y conceptos comunes (aquí es donde se plantea propiamente la controversia lengua/dialecto); y, por último, el nivel de los hechos, es decir, el de las formaciones lingüísticas concretas, el de los ejemplos reales. El ajuste de los tres planos exige un razonamiento cuidadoso, a veces sutil, y justifica la visión continua que hemos elevado a principio metodológico.

Teniendo en cuenta, pues, que nuestros dos dialectos teóricos ni se identifican exactamente con ciertos conceptos "extralingüísticos" -o, si se quiere, fronterizos entre la ciencia del lenguaje y el saber popular-, ni se dan en la práctica en estado puro, sin aleaciones, podemos llevar a cabo el examen que parte precisamente de ellos.

Corresponde al primer empleo de la palabra dialecto el sentido de variedad de lengua, o de formación lingüística diferenciada dentro de otra mayor. Un dialecto de esta índole sería algo así como la instantánea de una "lengua" a lo largo de un territorio determinado (17). Si no por definición, si en su consideración más típica, los dialectos que entendemos como variedades de una lengua son "mutuamente inteligibles". Se incluyen dentro de este dialecto, desde luego, las "diversidades no percibidas" (18), aunque muchas de ellas habrían de considerarse como "idiolectales". El uso de dialecto₁ no implica bilingüismo (en el sentido habitual del término), y todos los individuos monolingües (también en el sentido habitual) lo que en realidad hablan son dialectos₁.

En cuanto al dialecto₂, su caracterización exige tomar en cuenta, entre otras cosas: primeramente, su carácter de

lengua histórica; después, su relación con la lengua estándar; y por último, el bilingüismo (si no en su sentido ordinario, en uno muy aproximado) que comporta. Respecto a lo primero -dialecto₂ = lengua histórica-, no es necesario insistir. Veamos, pues, los otros dos puntos.

La lengua estándar -y no tenemos más que pensar en el francés, el castellano, el italiano...- es también lengua histórica -lo es por antonomasia-. Ello significa que 'dialecto'₂ y 'lengua estándar' constituyen una misma categoría teórica(19). Sobre esto volveremos enseguida. Conviene reseñar ahora el conocido fenómeno de que el dialecto₂, al sufrir la competencia de la lengua estándar, tiende a desaparecer o, cuando menos, a quedar relegado a un uso cada vez menor, tanto en número de hablantes como en lo que a su funcionalidad afecta. Lo que llamamos patois o -como quieren ciertos estudiosos de nuestro país- babble no es sino el testimonio de la decadencia del dialecto.

Otra situación de hecho que comporta el dialecto₂ es, como decíamos, el bilingüismo (20), el cual surge del conflicto entre el mencionado dialecto y la lengua estándar. El hablante de dialecto, ante una serie de circunstancias de orden vario, tiene necesidad de aprender la lengua estándar y alternar su uso con el de su propia habla vernácula. Ese hablante genérico (él mismo, sus hijos o descendientes) irá poco a poco perdiendo esta en favor de la primera. Salvo algunas excepciones (donde la unificación político-lingüística es reciente o donde predomina un sentimiento de resistencia al "centralismo"), este tipo de bilingüismo tiende a convertirse en monolingüismo.

Añadamos dos caracteres derivados de lo anterior. En primer lugar, lo que se refiere al criterio de la inteligibilidad: es fácil que dentro de un dialecto₂ se dé dicha inteli-

bilidad (sobre todo, entre idiolectos o subdialectos próximos), como también es posible que no se dé (a uno y otro extremo del dialecto). En segundo lugar, mencionaremos algo relativo a la actitud social que despiertan: va de la admiración (en ciertos medios intelectuales que reivindican lo folk) al desprecio irracional, pasando por la tolerancia o la consideración de hecho natural; en líneas generales, la palabra dialecto posee matiz peyorativo. Como dice Martinet:

"En todo caso, es preciso dejar bien sentado que el término dialecto en Italia, Alemania y otros países de Europa supone en el uso corriente un juicio de valor. Ciertamente este juicio es menos severo que el que supone el empleo de la palabra "patois". Pero cualesquiera que sean los sentimientos que un alemán o italiano tengan para su dialecto, no pensarán colocarlo al mismo nivel que la lengua nacional. El bávaro es ciertamente alemán, y el piamontés, italiano, pero hay una forma de alemán y una forma del italiano que no son 'dialecto', sino 'lengua'(*).

6.4.2.

Acabamos de mencionar con Martinet la palabra lengua. No podemos posponer por más tiempo el tratamiento de una materia que aparece en el título de este apartado: lengua y dialecto.

En la cita anterior hay un entrecomillado muy significativo y una frase final que no puede dejarse pasar sin más. Las comillas dentro de la frase ponen en evidencia un cambio de nivel de discurso: salimos del plano estrictamente lingüístico para entrar en el ámbito donde ciencia y saber "natural" se confunden y se prestan recíprocamente sus conceptos propios.

(*) Elementos de lingüística general, p. 192.

Es el ámbito que aquí se ha llamado "extralingüística", designación -ya se ha dicho- no muy exacta. Pues bien, en determinados contextos, lengua es un término extralingüístico. En concreto, cuando lo enfrentamos a dialecto lo es plenamente, y extralingüístico es el nivel en que nos movemos al tratar de definir la oposición (21).

Hay que apresurarse a decir que el sentido básico de lengua dentro de este nivel es el de 'lengua estándar' (concepto, desde luego, también extralingüístico). Y el rasgo genérico o formal que define la oposición lengua/dialecto, siempre extralingüísticamente, es el que señalaba Haugen: siempre que se enfrenten una y otro, el segundo será el elemento subordinado, y el primero, el superordinado. ¿Cómo se manifiesta esta oposición?

En primer lugar, detengámonos en lo que -se ha dicho- representa el sentido básico de lengua: 'lengua estándar'. Aquí se opondría esta lengua a "sus" dialectos₂: el alemán estándar, por ejemplo, se opone al bávaro o al suabo. Y la subordinación o supeditación de estos respecto a la lengua es evidente, como lo es su índole extralingüística: de prestigio, de extensión... -social, en suma-. (No se nos oculta que existe también cierto componente "lingüístico" que los opone: la cohesión interna; pero, por un lado, es difícil de medir, y por otro, unos y otros poseen la condición de lengua histórica, que es lo que en estricta ortodoxia los une.) Está claro que son dialectos de la lengua no porque de ella procedan, sino porque con ella mantienen lazos y porque, de hecho, han sufrido su influencia directa.

Puede oponerse asimismo la lengua estándar a los dialectos que han surgido en su seno. Sería la oposición del "todo con la parte" y hablaríamos entonces de una oposición lengua/dialecto propiamente lingüística. Sin embargo, lo mismo puede

hacerse con dialecto₂ y dialecto₁; luego no se trata de una oposición característica ni sirve, por tanto, para definir la de lengua/dialecto, por más que no proceda ignorarla.

La frase de Martinet sobre la que llamábamos antes la atención nos lleva a un segundo sentido de lengua, sin duda secundario y, dentro del mismo nivel extralingüístico, más convencional. Según él, ciertos hablantes de una lengua estándar emplean la "lengua" propiamente dicha. Es frecuente que esa "verdadera" lengua se trate de localizar en un determinado territorio, como lo es que se asocie con una élite sociocultural. Tendríamos, entonces, que lengua sería tanto como 'formación lingüística de prestigio', y se opondría, pues, a los dialectos₁ que con ella componen la lengua estándar. Por el prestigio que posee o se le atribuye se convierte en modelo de los demás, confundándose así con la noción de ideal de lengua o especie de metanorma.

Cabe una tercera acepción de lengua, que se sale ya de lo que hemos considerado su sentido básico, y se puede aplicar a formaciones lingüísticas diasistemáticas muy diferenciadas de otras (adyacentes) a las que se otorga la condición, bien de lengua, bien de dialecto. La posibilidad de que surja esta tercera acepción de la palabra o, pasando a un ejemplo concreto, el hecho de que se discuta si el gascón es lengua o dialecto, estriba en la esencial identidad, desde un punto de vista lingüístico, de los propios conceptos de lengua y dialecto. En resumen, esta "lengua" no es lengua estándar, por más que la estandarización no sea una magnitud absoluta, sino, ¡como no!, cuestión de grados. Por nuestra parte, nos resistimos a dar el nombre de lengua a este tipo de formaciones lingüísticas, pero es preciso reconocer que no existe otro.

De todo lo anterior se desprende fácilmente que dialecto puede referirse -repetámoslo- a 'dialecto₁' o a 'dialecto₂', así como que un dialecto₁ puede serlo bien de una lengua estándar (caso más típico), bien de un dialecto₂ (aquí se suele hablar de patois, bable, etc., pero también sería posible el término subdialecto). Por último, añadamos que lo de dialecto local y regional conviene a cualquiera de los tipos dialectales descritos.

A la vista de estas complejas y sutiles disquisiciones terminológicas, que han tratado de poner en relación dos niveles de análisis, ¿no sería más útil adoptar un punto de vista distinto, como el de Hockett, por ejemplo, y elaborar una teoría a base de conceptos nuevos (en su categorización lingüística), como los de microlengua y macrolengua del lingüista norteamericano?

6.4.3.

Solo nos queda tratar de insertar algunos ejemplos concretos dentro del esquema doble con el que hemos pretendido centrar la cuestión dialectal en sus niveles internos y externo (lingüístico y extralingüístico). La tarea no es tan simple como puede suponerse, y de ella resultará una visión modificada -creemos que mejor enfocada- de esa cuestión dialectal. El punto de referencia van a serlo los dialectos 1 y 2 con que hemos contado desde el principio.

Se suele ejemplificar el primero de los dialectos con la situación del inglés en los Estados Unidos. Martinet así lo hace:

"Todo norteamericano habla un dialecto, el de Boston, el de Nueva York, el de Chicago, o, si ha viajado mucho,

algún dialecto híbrido, sin que jamás tenga la sensación de que habla otra cosa que el inglés de América en una forma perfectamente aceptable en todas las circunstancias de la vida"(*).

No es necesario indagar mucho para encontrar ejemplos característicos del dialecto₂. Pero dejemos que sea el propio Martinet quien nos describa una situación dialectal de este tipo, que hoy conserva vigencia: .

"En los países en los que la lengua oficial ha adquirido tal situación muy recientemente, en especial en las zonas en las que durante mucho tiempo se han manifestado resistencias frente al poder central, las hablas locales se siguen empleando en amplios territorios y frecuentemente en todas las circunstancias de la vida, a excepción de las relaciones con las autoridades nacionales [...]. La existencia de dialectos de este tipo se admite tradicionalmente en países como Alemania e Italia. Hay, pues, un dialecto bávaro, un dialecto piamontés, un dialecto siciliano, etc." (**).

Con respecto al primero de los ejemplos, no estamos en condiciones de aseverar las apreciaciones de Martinet, ni tampoco de rebatirlas, pero nos queda la sospecha de que no refleje del todo la situación real. Es decir, no estamos muy convencidos de que la paridad geográfica absoluta se dé en los Estados Unidos, acaso porque tengamos presentes realidades más próximas. Sea como fuere, esos dialectos se tienen de localismo, y es fácil suponer que alguno de ellos se ve revestido de un cierto prestigio que lo hace digno de ser imitado. Surge entonces un enfrentamiento entre este y todos los demás, reconocidamente locales y poseedores de cierta tradición. Tradición que es nota característica del dialecto₂ -lengua histórica-. Como

(*) Op. cit., p. 193.

(**) Ibidem, p. 191.

también lo es el incipiente bilingüismo del provinciano que se instala en esa comunidad lingüística que hipotéticamente hemos supuesto más prestigiosa y prestigiada; la conciencia de inferioridad de su propio dialecto puede también tomar carta de naturaleza.

El dialecto, en su sentido primario, es una formación lingüística embrionaria, y viene a suponer el inicio de la fragmentación de la entidad mayor de que forma parte (fragmentación que no tiene por qué producirse por completo). Sucede, sin embargo, que no puede aprehenderse en su etapa inicial, sino cuando ha cristalizado socialmente, cuando comporta ya una tradición y, por tanto, hay en él algo de lengua histórica. Esto obliga a trazar una categoría intermedia -con diferentes grados según lo avanzado del proceso real- dentro de la línea a cuyos extremos se sitúan los dos grandes tipos.

El caso que comentamos a continuación no tiene el carácter hipotético del anterior. Se trata del dialecto andaluz -elegido por su indudable condición diferencial-. El andaluz es un dialecto propio del castellano, su historia nos conduce a este, del cual constituye -según se ha dicho (22)- una variedad interna innovadora. Todo esto abonaría su consideración como dialecto₁, lo que, en cierto modo, es verdad. Sin embargo, hay razones que nos llevan a acercarlo al dialecto₂; mejor dicho, a hacer de él un verdadero prototipo de la categoría fronteriza que hemos postulado. Evidentemente, el término andaluz connota localismo (regionalismo, si se quiere) y un cierto matiz peyorativo -no constante ni en la misma medida según las personas-; en contrapartida, otro supuesto localismo lo posee un castellano "puro", que se convierte así en especie de ideal de lengua, el estándar dentro de la lengua estándar -valga la expresión-. Un andaluz semiculto trasladado a un lugar donde supuestamente

se hable el castellano en su puridad adoptará dos instancias lingüísticas -la suya y la de su nueva comunidad-, que suponen sin duda un incipiente bilingüismo. Y no por necesidad de hacerse entender, sino por razones de prestigio. Al lado de esta situación asistimos a una, propia más bien de las clases ilustradas, que podría denominarse "de orgullo dialectal", donde no hay preocupaciones por disimular la procedencia, sino todo lo contrario.

El hecho de que el andaluz sea, desde un punto de vista histórico, un dialecto innovador, no significa que carezca de tradición: la tiene bien cimentada, y se transmite de padres a hijos. Y esta es una nota más que confirma su ubicación intermedia en la línea anteriormente marcada.

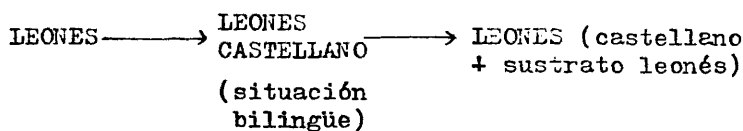
Del leonés se dice también que es dialecto del castellano. Pero de una manera distinta a como lo es el andaluz. ¿Dialecto₂? En principio, dados los caracteres de esta categoría, uno se vería tentado a responder que sí. Sin embargo, a poco que se coteje la situación real, las cosas cambian por completo, el juicio se hace diametralmente opuesto.

Ocurre que el leonés, como suele ser entendido, apenas existe. ¿Qué encontramos del primitivo dialecto en el territorio que llegó a abarcar? Topónimos; unas cuantas palabras autóctonas absorbidas además por la lengua que le ofrece competencia; el recitado de unos versillos en boca de algún improvisado trovador, de cuyo sentido no tiene clara conciencia; un "ácento"..., y poco más.

Ante este tipo de dialectos, de los que el leonés es buena muestra, la pregunta inmediata es si cabe hablar siquiera de dialecto. Desde luego, no hay en él rastro de bilingüismo, que era -recordemos- una de las características del dialecto₂:

es más fácil encontrar un individuo que se exprese sólo en su habla vernácula originaria, que uno bilingüe. Y lo primero es extremadamente raro. Responsable de este estado de cosas es la lengua estándar y su penetración, más o menos rápida, en el área dialectal.

Y sin embargo, a pesar de su precaria situación, no puede decirse que el dialecto se haya extinguido por completo. Ha dejado su huella en la lengua estándar que se le ha impuesto y se le impone. Entre los numerosos hablantes de esta, que ellos mismos o sus antepasados lo fueran del dialecto, persiste un vago recuerdo de él, traducido en un modo peculiar de realizar la lengua adoptada. Una pronunciación, una entonación, un léxico característicos constituyen lo que puede llamarse sustrato dialectal en la lengua estándar. Sincrónicamente, la situación se asemeja a la que se ha descrito de los Estados Unidos. Un sencillo esquema reproduce el proceso operado en el caso del leonés:

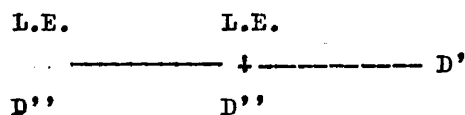


Monolingüismo de partida y monolingüismo de llegada, a través de una etapa bilingüe. Claro que no son lo mismo el leonés de uno y otro extremo. El primero responde con bastante exactitud al dialecto₂; es el dialecto arcaizante a que se refiere Alvar en su clasificación de los dialectos españoles(23). El segundo, en cambio, ejemplifica más bien el dialecto₁; no es leonés propiamente, sino castellano con leonesismos, castellano con sustrato leonés.

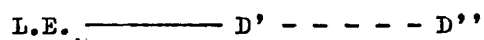
Con el andaluz, dialecto innovador en su formación, ocurre todo lo contrario: en tanto que acentúa sus diferencias con el dialecto considerado "ortodoxo" pierde entidad como dialecto₁ y se aproxima al dialecto₂.

Así, pues, estas dos categorías se hacen relativas en su aplicación, como se ha demostrado e ilustra el siguiente esquema, que resume los dos procesos descritos y sirve de cierre del presente capítulo.

1) LEONES



2) ANDALUZ



(donde L.E. = lengua estándar, D' = dialecto₁, D'' = dialecto₂: la línea discontinua indica en este caso la posibilidad de acceder el dialecto₁ a dialecto₂, o la condición de categoría intermedia que posee el dialecto examinado).

Notas

(1) Acaso convenga recordar que el nivel "idiolectal" a que nos referimos es el del idiolecto₁: conjunto de hábitos de un mismo individuo (véase 4.1.5., cuadro).

(2) En el ejemplo se decía que los dialectos locales más alejados entre sí formarían parte de dialectos regionales diferentes, precisamente en virtud de su grado de diferenciación; pero ¿cómo ha de ser este para determinar esa diferencia en la consideración de uno y otro? Al problema de la ausencia de fronteras dialectales se añade el de la falta de firmes criterios diferenciadores; es decir, en el caso que comentamos, no solo no se puede señalar dónde termina un dialecto y empieza otro, sino que se presenta la razonable duda de si existen realmente "uno y otro".

(3) Dos idiolectos son mutuamente inteligibles cuando los individuos monolingües que los hablan "se entienden sin dificultad [...] sobre temas de la vida diaria". Serán mutuamente ininteligibles si no se entienden en absoluto. El problema de la "graduación" de la inteligibilidad mutua lo resuelve Hockett de la siguiente manera:

"Si se entienden algunas veces, pero no siempre, o si sólo logran entenderse después de haberse escuchado hablar durante un rato o superando un cierto grado de dificultad, tenemos dos maneras distintas de tratar los hechos.

"Una es simplemente forzar una respuesta afirmativa o negativa absoluta para todo par de idiolectos. Esto no es tan artificial como puede parecer, dado que la mayor parte de los pares de idiolectos que se escojan al azar arrojarán resultados más próximos a uno de los extremos de la escala que al otro. Por lo demás, es posible establecer un grado mínimo de facilidad en la intercomunicación por debajo del cual la respuesta deberá ser negativa.

"La otra manera, por supuesto, consiste en cuantificar los diversos grados de inteligibilidad mutua"

(pp. 320-321).

A la medición de la inteligibilidad dedica luego un apartado con ejemplos "etnolingüísticos", y remite a estudios especializados de los que puede retenerse "Methods for determining intelligibility among dialects of natural languages", de C. F. Voeglin y E. S. Harris.

(4) Se supone que el idiolecto 11 se encadena con otros para formar una verdadera macrolengua.

(5) Decimos lo mismo, mutatis mutandis, que en la nota anterior.

(6) Y añade Hockett:

"De manera similar, los hablantes de chino de toda el área del mandarín entienden el mandarín de Pekín, con el que están muy familiarizados (puesto que Pekín es un importante centro cultural y político), pero el hombre de Pekín no puede comprender algunas de las otras variedades del mandarín a menos que se establezca en una región y efectúe el ajuste necesario en sus hábitos receptivos.

"En realidad, pues, la 'inteligibilidad mutua' no sólo es asunto de grado más bien que de clase, sino que ni siquiera es mutua siempre"(pp. 324-325).

Esta última apreciación merece, sin duda, ser subrayada.

(7) Lo más frecuente es que esto se produzca en una sola dirección, como apuntaba Hockett en la nota anterior; es decir, uno de los hablantes habla su lengua y entiende parte de la del otro, mientras que este último solo habla y entiende la suya. Pensemos en el caso de los inmigrantes españoles en Alemania, donde la relación subordinado-patrón explica esta circunstancia, por lo demás, de notable interés sociolingüístico.

(8) Obviamente, el standard inglés que aparece, bajo esta forma, en la traducción del texto de Jespersen con que se ha iniciado el capítulo. El término está ya, de hecho, castellanizado, por lo que, a estas alturas, resultaría impropio mantenerlo en su forma originaria.

(9) Se dice así que el romanche es lengua nacional, pero no oficial (en toda la Confederación), de Suiza. O que el inglés es lengua oficial, por ejemplo, de las Naciones Unidas o en todo lo relativo al tráfico aéreo.

(10) La descripción abunda en explicaciones sobre el "encabalgamiento" y las fronteras dialectales; en general, sobre cómo se produce la diferenciación y el papel que en ella tienen las particiones geográficas (p. e., las diócesis eclesiásticas) o los accidentes: ríos, cordilleras, bosques (Jespersen llama la atención sobre estos últimos, que en época medieval, antes de

las grandes roturaciones, constituían barreras más infranqueables que incluso las más elevadas montañas).

(11) Antes, sin embargo, elegíamos la denominación lengua estándar, frente a lengua común y lengua general, porque estándar connotaba un ligero matiz de 'modelo'. No hay contradicción. Una cosa es que un hablante de dialecto o patois imite el habla urbana -esto es, "se pase" de su lenguaje vernáculo a la lengua estándar- y otra que determinados individuos (no todos), en diferente medida y según las circunstancias, sientan la necesidad de adecuar su habla a un patrón superior. Se trata de dos acepciones distintas de la palabra modelo o de dos grados diferentes de su sentido.

(12) En la parte histórica de este trabajo se ha subrayado el papel que ha desempeñado el Círculo de Praga en el desarrollo de la sociolingüística; allí se consideraba como una de sus fuentes. Especialmente significativa ha sido la labor en este sentido de lingüistas checos como Vilém Mathesius y Bohuslav Havránek, de quienes hemos dado noticia explícita en 2.4.1.

(13) A nuestro juicio, 'intelectualización' se relaciona estrechamente con 'estabilidad flexible', o mejor, con 'flexibilidad'; es una subcategoría de esta última.

(14) Pone el ejemplo del latín y las lenguas romances, y alude al concepto fergusoniano de diglosia como distanciamiento entre un estilo "elevado" y otro "bajo".

(15) Aunque un cuadro semejante aparece en el texto, la disposición esquemática no es la misma. Con Haugen, hemos incluido, a uno y otro extremo, dos categorías -'selección' y 'aceptación'- que son el correlato "social" de las lingüísticas 'codificación' y 'elaboración'.

(16) Para estas cuestiones nos remitimos al amplio y complejo debate que se ha suscitado en varios lugares anteriores, especialmente en 4.1.4.

(17) Puede preguntárenos: ¿de qué lengua? Y no tendríamos más remedio que aplazar unas páginas la respuesta.

(18) Este concepto, con su correspondiente nomenclatura, lo hemos tomado de Martinet, quien lo ilustra así:

"De un total de 66 parisienses de veinte a sesenta años, pertenecientes en general a la burguesía y reunidos por casualidad en 1941, no fue posible encontrar

do que contestaran de modo absolutamente idéntico a 50 preguntas encaminadas a conocer el sistema vocálico de cada informador. Es muy notable en esta cuestión el hecho de que las diferencias lingüísticas que muestran estas respuestas divergentes no afectan a la comprensión, no son tenidas en cuenta ni percibidas. Cada uno cree hablar como todos los demás, puesto que todos hablan 'la misma lengua' ("Elementos de lingüística general, p. 185).

(19) En rigor, dialecto₁ y dialecto₂ no serían, pues, términos propios de la dimensión puramente teórica de este debate, a no ser que entendiéramos el segundo como categoría genérica que abarcara, tanto el dialecto₂ propiamente dicho como la lengua estándar. Si no se hace así, deberíamos hablar, en vez de dialectos, de "tipo₁ y tipo₂", que se corresponderían con lengua funcional y lengua histórica, respectivamente.

(20) Y bilingüismo, como señala Weinreich, no es solo lo que habitualmente entendemos por tal:

"Language contact and bilingualism will be considered here in the broadest sense, without qualifications of the degree of difference between the two languages. For the purposes of the present study, it is immaterial whether the two systems are 'languages', 'dialects of the same language', or 'varieties of the same dialect' " (Languages in Contact, p. 1).

Para todas las cuestiones relativas al bilingüismo, no podemos por menos que remitir a esta obra clásica sobre el tema, de la cual hemos extraído la cita precedente.

(21) En un nivel teórico -o aun metateórico- lengua se ha de emplear exclusivamente en su acepción saussureana.

(22) Véase al respecto el trabajo de M. Alvar del que nos hemos hecho eco en 5.5.1., donde es clasificado bajo esta etiqueta.

(23) Remitimos nuevamente a 5.5.1.

CONCLUSIONES

Para cerrar estas páginas, vamos a subrayar algunas de las principales ideas que se han expuesto a lo largo del trabajo. No se trate tanto de presentar el último eslabón de un razonamiento -cuyas premisas hubieran sido ya enunciadas- como de destacar lo esencial del mismo. Es decir, no hay aquí nada nuevo con relación a lo anterior, y, en ese sentido, no sabemos hasta qué punto son estas unas conclusiones propiamente dichas o lo que por conclusiones se suele entender. Sería más oportuno hablar de balance o recapitulación (y, si se nos apura, de índice de materias -habida cuenta de las abundantes referencias a capítulos y apartados anteriores-).

* * *

Esa labor se hace difícil para la parte histórica, por su propia naturaleza; además, ya ha habido ocasión de poner de manifiesto cuáles eran los objetivos de nuestra tarea, qué características generales reunía y en qué medida contribuía

a un mejor conocimiento del hecho dialectal en su historia (véase introducción general, capítulo I de la primera parte y epílogo de la misma). Hagamos ahora, no obstante, un breve resumen atendiendo a los factores mencionados y destaquemos algunas comprobaciones de interés efectuadas a lo largo de esa parte histórica.

Dialectología, articulación de la lingüística

Uno de los presupuestos fundamentales que nos han guiado ha sido el de la *n o s e p a r a - c i ó n d e d i a l e c t o l o g í e y l i n g ü í s t i c a*: la dialectología es lingüística, y esta (bien si la entendemos como ciencia general del lenguaje, bien si la consideremos en sentido más restringido, como 'descripción inmanente') no puede prescindir de aquella (véase I -primera parte-, 1.2.). Ello se traduce, históricamente, en que la historia de la dialectología se remonta a la de la ciencia matriz y en que, para dar entera explicación de cualquier hecho dialectológico (o acontecimiento histórico de esta índole), es necesario rebasar el marco de esa supuesta dialectología autónoma. Tales principios creemos haberlos puesto en práctica: nuestra historia se inicia en épocas remotas, y en todo momento hemos tratado de hacer lo más explícita posible la vinculación entre "desarrollo lingüístico" y "desarrollo dialectológico".

Conciencia
de diversi-
dad, génesis
de la refle-
xión lingüís-
tica

Como una prueba más (indirecta) de tal vinculación, podemos esgrimir una idea que, si bien no ha sido propiamente objeto de demostración, sí que ha sido subrayada en su lugar correspondiente (en especial, I, 2.1.): el origen de la reflexión sobre el lenguaje se asocia a la observación de la diversidad, y sobre todo, de la diversidad relativa: aquella de la que se toma conciencia en el seno de la misma comunidad, que no perturba la comunicación, pero que amenaza con poder hacerlo; en primer término, suscita la autointrospección lingüística, para reclamar, a poco, una suerte de control sobre el lenguaje, como refuerzo de la cohesión social. Esta idea, decimos, no ha sido demostrada con datos históricos concluyentes, pero parece una hipótesis razonable y, de manera más o menos expresa, ha de surgir cuando se reconstruye el origen histórico (y remoto) de nuestra ciencia.

Historia de
la "refle-
xión dialectal"

La otra característica general que quisiéramos destacar ahora es que, en las páginas de la primera parte, no ha habido historia de la dialectología propiamente dicha, sino, más bien, historia de la "reflexión dialectal", entendiendo esta expresión: 1º) no meramente como estudio

sistemático, organizado y autónomo de los dialectos, sino considerando también todos los factores que predisponen al mismo; y 2º) no solo "de los dialectos" (variedades geográficas características de lengua), sino de lo que es diferencial e implica unidad (antigua, parcial). Así, en efecto, creemos haber elaborado una visión histórica c o n t i n u a , mostrando cómo el "saber" (científico o precientífico) se va depositando en generaciones de estudiosos, se va transmitiendo de unos a otros, representando así un estímulo para saberes futuros, la fuente de su propia superación. En este sentido, hemos puesto de manifiesto la importancia de una etapa "pre-dialectológica" (donde se toma conciencia del hecho dialectal) para la constitución de lo que se considera dialectología científica (a partir de los últimos decenios del siglo XIX). Y ello -como decíamos- que el objeto no se limitaba al marco estricto del dialecto. En resumen, pues, nuestro propósito y tarea han sido los de trazar una historia de la reflexión sobre los hechos lingüísticos diferenciales (lingüística diferencial).

El término
dialecto

Pasando ya a aspectos más concretos, el capítulo de las comprobaciones o interpretaciones históricas efectuadas, destacaríamos, en primer

lugar, el "rastreo" filológico del término dialecto, llevado a cabo en I, 1.3. Aunque no ha habido un estudio exhaustivo (especialmente, semántico), hemos insistido en la importancia que tiene la acuñación de una palabra como reflejo de una especial toma de conciencia de la realidad que cubre (origen griego del término); y ha quedado clara la doble condición de dialecto: uso especializado (científico, culto...) y no especializado (general), con un progresivo avance de este último desde la introducción del término -como cultismo durante el siglo XVI- hasta nuestros días.

Primeros pasos de una lingüística diferencial

El capítulo II muestra con cierto detalle cómo se ha ido formando, a lo largo de la historia, las condiciones para el estudio sistemático de los dialectos, cómo se ha ido desarrollando la "conciencia dialectal". A la vez se reivindica el papel que en la constitución de nuestra disciplina ha desempeñado toda esa larga e ignorada época precientífica. Como hechos o acontecimientos clave pueden citarse, entre otros: la obra de Dante De vulgari eloquentia (I, 2.3.1.), incipiente tratado de filología o dialectología y clara exaltación de las hablas vernáculas; la aparición del normativismo (I, 2.3.4.-2.3.6.) en tanto que defensa de la lengua viva

-al igual que lo había sido el De vulgari eloquentia- y embrión del empirismo lingüístico; y la curiosidad científica del siglo XVIII (I, 2.4.), que se refleja, por ejemplo, en el "descubrimiento" del sánscrito y en un notable aumento del interés por lo propiamente dialectal (I, 2.4.2.-2.4.4.).

La lingüística, constituida: los neogramáticos

En el capítulo III, dedicado al examen de las tendencias lingüísticas generales que están en la base de la futura dialectología, se analiza con especial atención la doctrina neogramática (I, 3.4.) y se subraya uno de sus postulados: la necesidad de estudiar científicamente, empíricamente, las hablas vivas (I, 3.4.5.)

Origen y desarrollo de la dialectología

La labor de una pléyade de amateurs de la época romántica se compendia en I, 4.1. Continuadores de una tradición iniciada en el siglo anterior -a la que imprimieron un sello peculiar, un espíritu nuevo-, su misión consiste en crear el clima propicio para la formación de una dialectología autónoma y con plena conciencia de sus objetivos científicos. En este primer apartado del capítulo IV creemos haber ilustrado suficientemente cómo el movimiento romántico representa el antecedente inmediato de la

dialectología. Al término de ese capítulo (I, 4.3.), se hace hincapié en lo que consideramos hecho decisivo para la constitución de una verdadera ciencia dialectal: la necesidad de delimitar su propio objeto, la "reflexión en torno al dialecto"; el hilo de una famosa disputa teórica, se examina la obra de ciertos estudiosos, que puede esquematizarse en un triángulo (Ascoli-Schuchardt-Meyer, G. Paris), símbolo y fundamento de la nueva dialectología.

La geografía lingüística como "lingüística de campo"

Los atlas lingüísticos —a los que dedicamos los capítulos V y VI— suponen, con relación a lo anterior, la puesta en práctica de las recomendaciones de los neogramáticos, al tiempo que la superación de sus rígidos postulados; por otro lado —y he ahí su importancia teórica, más allá de los límites para los que fueron ideados— abren la vía empírica de la ciencia del lenguaje. Así es como ha de contemplarse la geografía lingüística, cuyas relaciones con la dialectología se analizan en I, 6.4.

Dialectología y sociolingüística

Por último, del capítulo VII, destacaríamos un apartado más analítico que histórico, "Dialectología y sociolingüística" (I, 7.3.), donde se subraya la íntima

dependencia de una y otra disciplina, que, juntas -y acaso bajo la impronta y empuje de la segunda-, desarrollan la vía empírica antes aludida, dando el necesario contrapunto a una lingüística formal e idealizante, algo alejada de la realidad -aunque no ajena por completo a ella.

* * *

Los dos primeros capítulos de la segunda parte tienen como función la de hacer explícito el marco del análisis posterior. En ese sentido, al igual que el conjunto de la parte histórica, nos introducen en la materia, pero, por carecer de enfoque histórico, participan del carácter básico de la segunda: "aproximación sistemática" a la noción de dialecto, verdadero objeto del presente trabajo.

Lengua, sistema y norma, competencia

El primero de estos capítulos proporciona (hace explícita) la base doctrinal, las coordenadas teóricas en que se asienta el modelo (también teórico) que proponemos. Allí se lleva a cabo un análisis de categorías como *l e n g u a* (II, 1.1.1.), *s i s t e m a y n o r m a* (II, 1.1.2.), *c o m p e t e n c i a* (II, 1.1.3.-1.1.4.); todas ellas según el parámetro *s o c i a l / i n d i v i d u a l*, que se pone especialmente de manifiesto en II, 1.1.5., al comperar los fundamentos

epistemológicos de Saussure y Chomsky y concluir que hay en el primero un *s o c i o l o g i s - m o e s e n c i a l*. Asimismo se llama la atención sobre conceptos como los de *n o r m a i n - d i v i d u a l* y *a c e r v o l i n g ü í s t i - c o*, por su estrecha relación con el de *i d i o - l e c t o* (II, 1.1.2.)

El dialecto es langue

Son también examinados otros puntos de la doctrina saussureana (o de su desarrollo) más vinculados temáticamente con nuestra materia -pero de menor rendimiento teórico- (II, 1.2.-1.4.). En fin, todo conduce a la formulación de una tesis básica, que constituye la principal premisa para la definición y caracterización del dialecto: este no puede ser otra cosa que *l e n g u a* (en el sentido saussureano).

Ordenes dialectales

En el capítulo II se inserta el "problema del dialecto" en otro más amplio: el de la diferenciación interna del idioma. Al lado de la variación dialectal característica (= geográfica), se examina la temporal, la social y la de estilo. Dejando fuera esta última queda configurado un triple eje o cubo, con el que Bona esquematiza la diferenciación mencionada. Presentado el *e j e t r i d i m e n s i o n a l* (II, 2.1.), se analizan sus componentes, esto es, los factores que determinan la diferenciación (II, 2.2.-2.4.): su

categorización conceptual y terminológica -Flydal, Coseriu ...-(II, 2.2.); los problemas que plantea la variable diestrática -principalmente, el del establecimiento de los grupos-(II, 2.3.); las relaciones entre lo diestrático y lo diafésico (II, 2.4.) (aquí se refuta la idea de Rona de excluir la variación estilística del eje, y por tanto, se propugna en realidad un eje c u a t r i d i m e n s i o n a l -2.4.3.-). En el último apartado (II, 2.5.), nos hacemos eco de un concepto de Bloomfield, la d e n s i d a d c o m u n i c a t i v a, que también llamamos interacción social: factor desencadenante del proceso de diferenciación (y unificación) y síntesis, pues, de los anteriores, presenta concomitancias -añadiríamos- con la llamada teoría de las ondas.

La dialectología, como lingüística diferencial

En resumidas cuentas, se trata aquí de delimitar el objeto de análisis, lo cual supone, paradójicamente, una ampliación del marco geográfico primitivo. En este capítulo hemos procurado ilustrar cómo d i a l e c t o l o g í a y l i n g ü í s t i c a d i f e r e n c i a l son equivalentes.

Formalización de la lingüística diferencial

El núcleo del trabajo lo forman los capítulos III y IV, donde, sobre la base de las categorizaciones anteriores, proponemos un m o d e l o

t e ó r i c o con que afrontar los hechos de lingüística diferencial, en el cual es elemento clave el concepto de dialecto. Concretamente, esa labor se efectúa en el capítulo IV, mientras que en el III lo que hacemos es traer los límites del modelo -entre el d i a s i s t e m a y el i d i o l e c t o (II, 3.2. y 3.3., respectivamente)- e insistir sobre las categorías ya examinadas o definir otras que se derivan de ellas. Acerca del diasistema, concluimos que el concepto es v á l i d o y o p e r a t i v o desde un punto de vista metodológico -esto es, siempre que se contemple no como una "esencialidad", sino como algo relativo- y aplicable a situaciones diferenciales de diversa índole (II, 3.2.3.). En cuanto al idiolecto, distinguimos dos tipos: idiolecto₁ e idiolecto₂ -"lengua" individual y estilo individual, respectivamente- (II, 3.3.1.); convenimos con varios autores en la contradicción en que se incurre al caracterizarlo como "lengua individual" (II, 3.3.2.); y lo redefinimos, en términos de Coseriu, como n o r m a i n d i v i d u a l (II, 3.3.2.).

Diasistema

Idiolecto como norma individual

Jerarquía de los órdenes dialectales

Un resumen de todo nuestro razonamiento, un esquema -compendio de otros anteriores- de la formalización de los hechos lingüísticos diferenciales, aparece en II, 4.1.5. De él destaca-

ríamos la idea de la *s u p e r i t a c i ó n* (entre sí) de los órdenes idio-dialectales según la prueba idiolecto₂-dialecto estilístico (e idiolecto₁)-dialecto social-dialecto geográfico-dialecto temporal (véase cuadro al final de 4.1.2.). Asimismo, el esquema recoge las ideas -apuntadas, más que sostenidas, a título de hipótesis- de que pueden caracterizarse los dos polos de la línea de "encañamiento dialectal" según los parámetros *+ s i s t e m a*, *+ d o m i n i o p a s i v o*, el uno, y *+ n o r m a*, *+ d o m i n i o a c t i v o*, el otro, con todas las matizaciones que se hacen en 4.1.4.

Los dialectos El segundo apartado (4.2.) de ese mismo capítulo supone un paso más en el análisis de los factores de la diferenciación, o mejor, de las formaciones lingüísticas a que dan lugar. Aparte de unas precisiones sobre la manera como ha de entenderse el binomio producción-recepción y sobre lo que anteriormente se había llamado relación de "pertenencia de abajo arriba" (4.2.2.), nos centramos en los órdenes social y estilístico, posponiendo el geográfico para capítulos sucesivos y prescindiendo del temporal (por adoptar -una vez demostrado el paralelismo de 'dialecto' y 'estado de lengua'- una perspectiva sincrónica). Entramos, pues, en un dominio típico

de la sociolingüística, tan inabarcable y deslizante como la propia disciplina. El examen llevado a cabo no es ni mucho menos exhaustivo, y en él cabe destacar dos cuestiones, a las que dedicamos sendos subapartados. Primeramente, en II, 4.2.3., se advierte del peligro de una interpretación demasiado rígida del modelo, que nos llevaría a concebir sus componentes como compartimentos-estanco, perfecta y uniformemente estructurados. En concreto, y por lo que a la variable diastrática se refiere, nada más utópico que pretender la descripción uno a uno de los diferentes sociolectos: en primer lugar, porque estos son difíciles de establecer e inventariar; en segundo lugar, porque no se hallan lo suficientemente diferenciados y todos ellos participan de un fondo común (a este respecto, añadiríamos una observación que viene a confirmar la idea de la jerarquía de órdenes dialectales: a diferencia del caso de los dialectos geográficos, donde se suele dar conciencia dialectal, entre los hablantes de sociolecto no existe clara conciencia sociolectal).

Autocontrol
del habla

En II, 4.2.4., y sobre la base de las doctrinas de B. Bernstein, se enuncia, de nuevo a modo de hipótesis, la teoría del autocontrol del habla: unido a la

densidad comunicativa, el autocontrol del habla -o más exactamente, su ausencia- es factor desencadenante de buena parte de los procesos de diferenciación.

Teorías sobre
los actos
de habla

El último subapartado de este capítulo (4.2.5) contiene apenas unas breves referencias a orientaciones recientes surgidas en un ámbito interdisciplinar y que giran en torno a la noción de *a c t o d e h a b l a*. Solo indirectamente vinculadas con el "problema del dialecto" -y ello justifica en parte que no hayan sido aquí consideradas-, es presumible que arrojen abundante luz sobre él, en la medida que lo hacen sobre el marco más amplio de los hechos lingüísticos diferenciales (remitimos, por ejemplo, a la nota 16 del capítulo, donde se reproducen esquemas que ilustran los factores y procesos subyacentes del acto de habla, propuestos por autores en la línea con la tendencia aludida o próximos a ella).

* * *

El dialecto
geográfico

A manera de aplicación del modelo teórico elaborado en capítulos anteriores, sigue una parte dedicada al dialecto geográfico, con la que se concluye el trabajo. Dividida en dos capítulos, el primero recoge algunas de las contribuciones de estudiosos al esclarecimiento de dicho

concepto, esto es, algunas de las soluciones dadas al problema de su delimitación respecto de la lengua; mientras que el segundo constituye propiamente la aplicación aludida.

La polémica
"lengue-die-
lecto" y al-
gunas solu-
ciones

En 5.1. nos hacemos eco de algunas ideas de Martinet sobre el particular, de las cuales destacaríamos la distinción de dos tipos básicos de dialecto: 1) el dialecto que se opone a la lengua como la parte al todo y 2) el dialecto "inferior", marginal con relación a esa lengua. V. Polák (5.2.), en cambio, no trata tanto acerca de las realidades que cubre el término dialecto como de las que debe cubrir (en oposición a lengue), y, a tal efecto, propone llamar dialectos (de una misma lengua) a aquellas formaciones lingüísticas diferenciadas solo en los planos fonológico y léxico, mientras que las formaciones lingüísticas diferentes en lo gramatical serían lenguas distintas. E. Cazacu (5.3.), por su parte, aduce no uno, sino varios criterios, todos los cuales habrían de tenerse en cuenta a la hora de discernir entre lengue o dialecto; son estos: el genético-estructural, el de la inteligibilidad mutua, el de la extensión de funciones y otros extralingüísticos. Para J. Fourquet (5.4.) el

di a l e c t o -que él llame tipo dialectal- es la "l e n g u a" l o c a l d e a c t i - v i d a d e s s i m p l e s, opuesto a la lengua vehicular (supralocal de actividades simples) y a la koiné (lengua supralocal de actividades superiores. M. Alvar (5.5.) propone también una matriz de criterios para caracterizar 'lengua' y 'dialecto', y advierte que se den t i p o s m i x t o s, que cumplen parte de los criterios correspondientes a una categoría y parte de los correspondientes a la otra. Por último, destacamos una idea de E. Haugen (5.6.) según la cual lengua y dialecto conforman una relación en la que la l e n g u a e s el e l e m e n t o s u p e r o r d i n a d o y el d i a l e c t o el s u b o r d i n a d o .

Pasando ya al capítulo VI, acaso sea el último apartado, "La palabra dialecto y sus usos: lengua y dialecto", el más significativo y al que mejor conviene lo que decíamos más arriba sobre la aplicación del modelo anterior. Previamente se examinan aspectos del fraccionamiento dialectal en el espacio (6.1.), la inteligibilidad mutua como noción básica para el desarrollo de una teoría sobre el agrupamiento de idiolectos (Hockett) (6.2.) y se analiza el concepto de lengua estándar, que constituye la prin-

cipal acepción del término lengua (6.3.).

¿Qué es un
dialecto? ¿A
qué se llama
dialecto?

Definido ya el tipo genérico "dialecto" como lengua funcional y adoptada la convención por la que se restringe su valor al meramente geográfico, queda por examinar, dentro de este último, cuáles son los usos del término, a qué realidades se aplica. Esa tarea se lleva a cabo en el apartado 6.4., donde se extraen lo que puede llamarse conclusiones del trabajo. El problema de la delimitación de 'lengua' y 'dialecto' enmarca buena parte de ellas -si bien no ha sido este el centro de nuestros intereses y aparece solo como un aspecto de otro problema más amplio: el de la caracterización y tipología de los dialectos geográficos.

Con Martinet postulamos la existencia de dos tipos dialectales, que vienen a coincidir en la práctica, con los que Alvar llama "innovador" y "arcaizante": *d i a l e c t o ₁* y *d i a l e c t o ₂* (6.4.1.); solo que nosotros preferimos hablar, más que de dos tipos, de dos excepciones de un mismo término. En un plano estrictamente teórico solo se da esta oposición, que es la misma que la de lengua funcional/lengua histórica y paralela a la de sistema/diátesis. Se comprenderá entonces la afirmación hecha más de una vez a lo largo del trabajo: "l e n g u a y d i a -

lecto (en pura ortodoxia) no se oponen entre sí", pues ambos poseen un mismo estatus semiológico.

La oposición surge cuando se mezclan con este planteamiento consideraciones extralingüísticas. En este segundo plano de análisis (6.4.3.) tendríamos, para concretar, los siguientes valores de lengua: 1) 'lengua estándar'; 2) 'formación de prestigio (dentro de la lengua estándar)'; 3) 'conjunto de dialectos fuertemente diferenciados de otros "colindantes", independientemente de que constituyen o no lengua estándar (p. e., el gascón)'. En todos los casos, la relación que mantiene la lengua con el dialecto es, en términos de Haugen, la del elemento subordinado / elemento subordinado.

B I B L I O G R A F I A

Para confeccionar este repertorio bibliográfico hemos tenido en cuenta, básicamente, las obras manejadas, en especial, aquellas sobre las que se cita en el texto, pero también otras a las que solo se hace referencia, por su interés para los aspectos tratados en cada caso. Incluimos también unas pocas obras fundamentales que, por diversas razones, no han sido directamente mencionadas, pero que han estado en nuestra mente a lo largo del trabajo. Excluimos, sin embargo, otras muchas a las que hemos aludido, sobre todo dentro de la parte histórica, por no considerarlas propiamente materia bibliográfica. El resto de las ausencias se explica por la amplitud temática -que nos ha obligado a llevar a cabo una lógica selección-, por razones de accesibilidad y, desde luego, por nuestras limitaciones. Esta es, pues, una bibliografía parcial, fragmentaria, y no la que el tema hubiera requerido; pero creemos que esto último habría sido objeto de un trabajo distinto, y no precisamente exiguo.

- ABAD, F.(comp.) Lecturas de sociolingüística, Madrid, 1977.
- "Introducción", Lecturas de sociolingüística.
- ALARCOS, E. Fonología española, Madrid, 1964, 4ª ed.
- ALVAR, K. "La dialectología", Arbor, 266, 1968, pp. 5-19.
- Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual, Madrid, 1969.
- "Hacia los conceptos de lengua, dialecto y habla ", NRFE, XV, 1961, pp.51-60.
- "Lengua, dialecto y otras cuestiones conexas", Lingüística Española Actual, I/1, 1979, pp. 5-29.
- Metodología e historia lingüística. A propósito del "Atlas de Rumanía", Salamanca, 1951.
- Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1972.
- Los nuevos atlas lingüísticos de la Rumania, Granada, 1960.
- "Sociología de un microcosmos lingüístico (El Roque de las Bodegas, Tenerife)", Prohemio, II, 1, 1971.
- Teoría lingüística de las regiones, Barcelona, 1975.

- ARENS, H. La lingüística (Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días), I-II, Madrid, 1975 (trad. J.M. Díaz-Regañón López).
- BÁEZ, V. Introducción crítica a la gramática generativa, Barcelona, 1975.
- BAILLY, A. Dictionnaire Grec-Français, París, 1933.
- BALLY, Ch. El lenguaje y la vida, Buenos Aires, 1967, 5ª ed. (trad. A. Alonso).
- Traité de stylistique française, París, 1951, 3ª ed.
- BATTISTI, C.-
ALESSIO, G. Dizionario etimologico italiano, Floren-
cia, 1950-57.
- BERNSTEIN, B. "Códigos amplios y restringidos: sus orí-
genes sociales y algunas consecuencias",
Antología de estudios de etnolingüísti-
ca y sociolingüística (vid. P. L. Gar-
vin, comp.), pp. 357-374 (trad. X. Albó).
- BERUTTO, G. La sociolingüística, México, 1979 (trad.
Stella Mastrángelo).
- BLACK, M. El laberinto del lenguaje, Caracas, 1969
(trad. R. J. Vernengo).
- BLOCH, B. "A set of postulates for phonemic analy-
sis", Language, 24, 1948, pp. 3-46.
- BLOCH, O. -
von WARTBURG, W. Dictionnaire étymologique de la langue
française, París, 1964 (4ª ed.).

- BLOOMFIELD, L. Lenguaje, Lima, 1964 (trad. Alma Flor Ada de Zubizarreta).
- BUHLER, K. Teoría del lenguaje, Madrid, 1967, 3ª ed. (trad. Julián Marías).
- CATALAN, D. "Dialectología y estructuralismo diacrónico", Miscelánea Homenaje a André Martinet, La Laguna, 1962, III.
- Lingüística ibero-románica I, Madrid 1974.
- CAZACU, B. "Autour d'une controverse linguistique: langue ou dialecte?" (Le problème de la classification des idiomes romans parlés au Sud du Danube)", Recueil d'Études Romanes, Bucarest, 1959, pp. 13-29.
- COHEN, M. Manual para una sociología del lenguaje, Madrid, 1973 (trad. de Materiaux pour une sociologie du langage, por J. Martín Arancibia).
- COROMINAS, J. Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana, Madrid, 1954.
- COSERIU, E. "Los conceptos de 'dialecto', 'nivel' y 'estilo de lengua' y el sentido propio de la dialectología", Lingüística Española Actual, III/1, 1981, pp. 1-32.
- "El estudio funcional del vocabulario", Gramática, semántica, universales, Madrid, 1978, pp. 206-238.

- COSERIU, E. "Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje", Teoría del lenguaje y lingüística general, Madrid, 1967 (2ª ed.), pp. 115-234.
- "La geografía lingüística", Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias, 14, 1954, Montevideo, pp. 29-69.
- Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico, Montevideo, 1958 (reimp. fotomec. Tübingen, 1969).
- "Sincronía, diacronía y tipología", El hombre y su lenguaje, Madrid, 1977, pp. 186-200.
- "Sistema, norma y habla", Teoría del lenguaje y lingüística general, ya cit., pp. 11-113.
- "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire", Les théories linguistiques et leurs applications, Nancy, 1967.
- COVARRUBIAS HOROZCO, S. de Tesoro de la lengua castellana, o española, Madrid, 1611; ed. de Martín de Riquer, Barcelona, 1943.
- CHOMSKY, N. Aspectos de la teoría de la sintaxis, Madrid, 1970 (Int., trad., not. y apéndice de C. P. Otero).
- DAUZAT, A. La géographie linguistique, París, 1944.

- DUBOIS, J. y otros Dictionnaire de linguistique, París 1973.
- DUBSKY, J. Introducción a la estilística de la lengua, Santiago de Cuba, 1970.
- DUCROT, O. -
TODOROV, T. Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage, París, 1972.
- FISHMAN, J. Sociología del lenguaje, Madrid, 1979
(int. de R. Sarmiento, epílogo de F. Abad;
trad. de R. Sarmiento y J. C. Moreno).
- FISHMAN, J. (comp.) Readings in the Sociology of Language,
Mouton, La Haya-París, 1970.
- FOURQUET, J. "Langue, dialecte, patois", Le langage
(vid. Martinet, comp.), pp. 571-596.
- FLYDAL, L. "Remarques sur certains rapports entre
le style et l'état de langue", Norsk
Tidskrift for Sprogvidenskap, XVI,
1951, pp. 241-258.
- FRANDESCATO, G. El lenguaje infantil, Barcelona, 1971
(trad. de Maria Antònia Oliver).
- "Struttura linguistica e dialetto", Ac-
tes du X^e Congrès International de Lin-
guistique et Philologie Romanes, París,
1965, III.
- GARVIN, P.L. -
MATHIOT, Madeleine "La urbanización del idioma guaraní. Pro-
blema de lengua y cultura", Antología...
(vid. P. L. Garvin, comp.) pp. 303-313.
- GARVIN, P. L. -
LASTRA DE SUAREZ, Yolanda (comp.) Antología de estudios de etnolingüística

y sociolingüística, México, 1974.

- GLINZ, H. Linguistische Grundbegriffe und Methodenüberblick, Frankfurt, 1971.
- GUMPERZ, J. Language and social groups, Stanford (California), 1971 (comp. e intr. Anwar S. Dil).
- HALLIDAY, M.A.K.-
McINTOSH, A.-
STEVENS, P. "The users and uses of language", Readings in the Sociology of Language, ya cit., pp. 139-169.
- HAUG, U. -
RAMER, G. Psicología del lenguaje y teoría de la comprensión, Madrid, 1979 (trad. de Francisco Meno Blanco).
- HAUGEN, E. The Ecology of Language, Stanford (California), 1972 (comp. e intr. Anwar S. Dil).
- "Dialect, Language, Nation", The Ecology of language, ya cit., pp. 237-254.
- "The Ecology of Language", The Ecology..., pp. 325-339.
- HEESCHEN, C. Cuestiones fundamentales de lingüística, Madrid, 1975 (trad. de A. Pérez).
- HERAUD, G. Peuples et langues d'Europe, París-Milán, 1966.
- HJELMSLEV, L. Principios de gramática general, Madrid, 1976.
- HOCKETT, Ch. F. Curso de lingüística moderna, Buenos Aires, 1971 (tr. y adapt. de Emma Gre-

gores y J. A. Suárez).

- IORDAN, I. Lingüística románica, Madrid, 1967.
(traducción, reelaboración parcial y notas de M. Alvar).
- IVIC, P. "On the Structure of Dialectal Differentiation", Word, XVIII, 1962.
- JABERG, K. Aspects géographiques du langage, París, 1936.
- Geografía lingüística. Ensayo de interpretación del "Atlas Lingüístico de Francia"; Granada, 1959 (trad. de M. Alvar y A. Llorente).
- JOBSON, R. Ensayos de lingüística general, Barcelona, 1975 (trad. de J. M. Pujol y J. Cabanes).
- JESPERSEN, O. Humanidad, nación e individuo desde un punto de vista lingüístico, Buenos Aires, 1947 (trad. de Fernando Vela).
- KUHNHEIM, L. Esquisse historique de la linguistique française et de ses rapports avec la linguistique générale, Leyden, 1966, 2ª ed.
- LABOV, W. The Social Stratification of English in New York City, Washington, 1966.
- Sociolinguistic Patterns, Filadelfia, 1972.
- Sociolinguistique, París, 1976 (trad. de Sociolinguistic Patterns por Alain

- Kihm; presentación de P. Encrevé).
- LAZARO, F. Diccionario de términos filológicos, Madrid, 1968, 3ª ed.
- Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII, Madrid, 1949.
- "Lenguaje y generaciones", Estudios lingüísticos, Barcelona, 1980, pp. 233-251.
- LOPEZ MORALES, H. Dialectología y sociolingüística. Temas puertorriqueños, Madrid, 1979.
- "Hacia un concepto de sociolingüística", Lecturas de sociolingüística, ya cit., pp. 101-124.
- MAIMBERG, B. Los nuevos caminos de la lingüística, México, 1968 (tr. de J. Almela).
- MARCOS, F. Reforma y modernización del español, Madrid, 1979.
- MARTINET, A. "Dialect", Romance Philology, VIII, 1954, pp. 1-11.
- Elementos de lingüística general, Madrid, 1970 (tr. de Julio Calonge).
- El lenguaje desde el punto de vista funcional, Madrid, 1971 (tr. de Mª Rosa Lafuente de Vicuña).
- MEILLET, A. Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes, reimpr. Alabama, 1964.

- MIGUEL, R. de Diccionario etimológico de la lengua latina, Madrid, 1946, 24ª ed.
- MONTES, J.J. Dialectología y geografía lingüística, Bogotá, 1950.
- MOUNIN, G. Claves para la lingüística, Barcelona, 1969 (tr. de Felisa Marcos).
- Historia de la lingüística. Desde los orígenes al siglo XX, Madrid, 1971 (tr. de Felisa Marcos).
- POLAK, V. "Contributions à l'étude de la notion de langue et de dialecte", Orbis 3, 1954, pp. 89-98.
- PONZIO, A. Producción lingüística e ideología social, Madrid, 1974 (tr. de Pilar M. Laveaga y M. Anós).
- POP, S. Bibliographie des questionnaires linguistiques, Lovaina, 1955.
- La dialectologie; aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques, Lovaina, 1950.
- ROBINS, R. H. Breve historia de la lingüística, Madrid 1974 (tr. de E. Alvarez).
- Lingüística general, Madrid, 1971 (tr. de Pilar Gómez Bedate).
- RIO, A. del "Los estudios de Jovellanos sobre el habla de Asturias", RFE, V, 1943.
- RONA, J. P. Algunos aspectos metodológicos de la dialectología hispanoamericana, Montevideo, 1958.

- RONA, J.P. "La concepción estructural de la sociolingüística", Antología... (comp. P. L. Garvin), pp. 203-216.
- ROSSI-LANDI, F. El lenguaje como trabajo y como mercado, Caracas, 1970 (tr. de Italo Manzi).
- SALVADOR, G. "Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal" RSEL, VII, 2, 1977, pp. 37-57.
- SAUSSURE, F. de Curso de lingüística general, Buenos Aires, 1967, 6ª ed. (tr. de Amado Alonso).
- Cours de linguistique générale, ed. crit. de Tullio de Mauro, París, 1974.
- SCHLIEBEN-LANGE, Brigitte Iniciación a la sociolingüística, Madrid, 1977 (tr. de J. Rubio).
- SECO, M. Gramática esencial del español, Madrid, 1973.
- TAGLIAVINI, C. Orígenes de las lenguas neolatinas, México, 1969, 5ª ed. (tr. de J. Almela).
- URIBE, O. Sociolingüística. Una introducción a su estudio, México, 1970.
- VENDRYES, J. El lenguaje, México, 1958 (tr. de M. de Montolío y J.M. Casas; revisión y adiciones de A. M. Badía Margarit y J. Roca Pons).
- VIDOS, B. E. Manual de lingüística románica, Madrid, 1973 (tr. del italiano de F. B. Moll).

- VILLAR, F. Lenguas y pueblos indoeuropeos, Madrid, 1971.
- VOSSLER, K. Positivismo e idealismo en la lingüística y El lenguaje como creación y evolución, Madrid, 1929 (tr. de J. F. Pastor).
- WEINREICH, U. "Is a structural dialectology possible?", Word, X, 1954, pp. 368-400.
- Languages in contact, Mouton, París-La Haya, 1974 (prólogo de A. Martinet).

I N D I C E

TOMO I

INTRODUCCION 4PRIMERA PARTE: HISTORIA16

CAPITULO I.-	<u>Preliminares. El término "dialecto"</u>	17
	¿Historia de la dialectología?	17
	Historia de la dialectología e historia de la lingüística	19
	El término <u>dialecto</u>	22
	Notas	25

CAPITULO II.-	<u>"Prehistoria" de la dialectología: de los orígenes a la época moderna</u>	28
	Los precursores	29
	Grecia y Roma	32
	Edad Media y Renacimiento	37
	El siglo XVIII	49
	Notas	58

CAPITULO III.-	<u>El siglo XIX</u>	64
	La primera mitad del siglo XIX	66
	Lingüística histórica y lingüística comparada: Franz Bopp	70
	La consolidación: Schleicher	79
	La nueva lingüística	83
	Notas	99
CAPITULO IV.-	<u>Nacimiento y desarrollo de la dialectología</u>	103
	La dialectología durante la primera mitad del siglo XIX	104
	Hacia la constitución científica de la dialectología: la escuela italiana	114
	La reflexión en torno al dialecto	120
	Notas	128
CAPITULO V.-	<u>Los primeros atlas lingüísticos. El atlas lingüístico de Francia</u>	131
	Los atlas de Wenker y Weigand	132
	El método de la encuesta directa	137
	<u>Les parlers de France</u> , de Gaston Paris	140
	El <u>Atlas lingüístico de Francia</u>	141
	Notas	158
CAPITULO VI.-	<u>Dialectología y geografía lingüística</u>	160
	El idealismo lingüístico.....	161
	Otras tendencias	169
	La geografía lingüística durante la primera mitad del siglo XX.....	177
	Dialectología y geografía lingüística.....	191
	Notas.....	202

CAPITULO VII.-	<u>Tendencias actuales: Conclusión</u>	207
	Los atlas regionales	208
	Dialectología y estructuralismo	214
	Dialectología y sociolingüística	219
	Notas	226
A manera de epílogo		228

TOMO II

<u>SEGUNDA PARTE: SISTEMA</u>	232
-------------------------------------	-----

CAPITULO I.-	<u>Fundamentos saussureanos</u>	234
	La <u>lengua</u> como dimensión social del lenguaje	237
	Lingüística interna y lingüística externa	256
	Sincronía y diacronía	265
	El dialecto en Saussure	274
	Notas	288
CAPITULO II.-	<u>La diferenciación interna del idioma</u>	298
	La diferenciación interna del idioma: el eje tridimensional	299
	Factores que determinan la diferenciación	306
	La variable diastrática	314
	Diastratía y diafasía	330
	La interacción social	338
	Notas	341
CAPITULO III.-	<u>El dialecto como formación lingüística (I)</u> ...	348
	Lengua histórica y lengua funcional	349

El diasistema	362
Idiolecto: ¿sistema o norma individual?	371
Notas	382

CAPITULO IV.-	<u>El dialecto como formación lingüística (II)</u> ...	388
	El dialecto como lengua funcional	389
	Los dialectos	410
	Notas	428

TOMO III

CAPITULO V.-	<u>El dialecto geográfico (I): Contribuciones al</u> <u>esclarecimiento de la noción de dialecto</u>	438
	André Martinet.....	442
	Václav Polák	457
	Boris Cazacu	440
	Jean Fourquet	457
	Manuel Alvar	462
	Einar Haugen	469
	Notas	473

CAPITULO VI.-	<u>El dialecto geográfico (II): Hacia la</u> <u>delimitación concensual de 'dialecto'</u>	479
	El dialecto y la geografía	481
	La inteligibilidad mutua	493
	La lengua estándar	505
	La palabra <u>dialecto</u> y sus usos: lengua y dialecto	521
	Notas	536

<u>CONCLUSIONES</u>	540
---------------------------	-----

<u>BIBLIOGRAFIA</u>	558
---------------------------	-----

<u>INDICE</u>	570
---------------------	-----

